DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR

BOSQUEJO HISTÓRICO

DE LA

LITERATURA CHILENA

(Publicado en la
Revista Chilena de Historia y Geografía)

Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
BANDERA 130
1915

BOSQUEJO HISTÓRICO

DE LA

LITERATURA CHILENA

I

Revolución de la Independencia.—Don José Miguel Carrera.—Fundación de la «Aurora».—Camilo Henríquez.—Don Juan Egaña y don Antonio José de Irisarri.—Don Manuel de Salas.—La «Gaceta del Rey» y su redactor fray José María de la Torre.

En 1810 empezaron las grandes agitaciones políticas que debían producir como consecuencia necesaria la guerra por la independencia y los primeros vajidos de nuestra literatura republicana.

La atmósfera intelectual de nuestro país se hallaba impregnada de un estrecho espíritu colonial, y habría sido, por tanto, imposible que ella sola engendrara la audacia suficiente para combatir contra tradiciones seculares.

Los escritores que en este período, llamado de la *patria vieja*, tomaron la pluma, a fin de estimular en sus compatriotas los sentimientos de libertad, no habían recibido

únicamente la ilustración que ofrecían los colegios de Chile, sino que la habían completado en el virreinato del Perú y en sus viajes por Europa y por América.

Sólo es dable citar una excepción a esta regla: entre los jóvenes que desde el primer día osaron ponerse al frente de las filas patriotas, el mendocino Martínez de Rozas no había salido de Chile sino para hacer una corta visita a su familia, que residía al otro lado de los Andes.

Podría argüirse, es verdad, que sobre el ánimo de Martínez de Rozas influyó la ardiente palabra de don José Antonio de Rojas, quien llegó, como se sabe, de la Península hondamente decepcionado por el triste espectáculo que rodeaba a la Corte; pero todos convendrán en que ésta no fué impresión directa, y, en consecuencia, que aquel ilustre criollo americano hubo de arrancar de sus propias entrañas el atrevimiento que exigían las críticas circunstancias en que se encontraba.

Por desgracia, no está comprobado que Martínez de Rozas fuera verdadero escritor, y, menos aun, que compusiera el *Catecismo* patriótico a él muchas veces atribuído.

Corresponde la envidiable gloria de haber esgrimido antes que ningún otro chileno el arma de la pluma en defensa de los intereses de la patria al valdiviano Camilo Henríquez, quien, en una proclama manuscrita, a principios de 1811, pidió la independencia de Chile.

Y el gobernante a quien cupo la honra de establecer la primera imprenta y de fundar el periodismo en nuestro país fué don José Miguel Carrera (1), que a indiscutibles

(1) José Miguel Carrera, (Santiago, 1785; † 1821, Mendoza). *Noticias biográficas y bibliográficas.*—Miguel Luis Amunátegui, *La Dictadura de O'Higgins.*—Barros Arana, *Historia General de la independencia de Chi-*

servicios militares agregó su gran talento natural de orador y literato.

El primer número de la *Aurora de Chile* apareció el día 13 de Febrero de 1812.

Carrera había nacido en cuna patricia, y en el centro de la ciudad de Santiago. Su madre era hija de un miembro de la Real Audiencia de Chile; y su padre, biznieto de valeroso soldado español, que a mediados del siglo XVII se distinguió en las campañas de Arauco, y, por ser de noble alcurnia, fué sepultado en una de las iglesias de esta ciudad con las insignias de la orden de Alcántara, a que pertenecía.

Don José Miguel recibió sin duda la instrucción que entonces se daba a los jóvenes de su clase, y que no era ciertamente muy profunda. Intentó además seguir el curso de filosofía en la Universidad de San Felipe; pero desgraciadamente en el archivo de esta corporación no consta que rindiera ningún examen.

El carácter inquieto y revoltoso que reveló desde muy niño obligó a su padre, hombre débil y cariñoso, a alejarlo de Chile.

Carrera completó su educación en la vida activa del comercio y de la guerra, primero en el virreinato del Perú y después en la Península. Vivió en Lima durante siete años, y de allí se trasladó a Cádiz, donde permaneció año y medio, consagrado siempre a los negocios.

---

le; e Historia General de Chile, tomos 8 a 13. — VICUÑA MACKENNA, *El Ostracismo de los Carreras.*—AMBROSIO VALDÉS, *Carrera.* — MEDINA, *Bibliografía de Carrera.—Documentos relativos a la independencia,* tomos 1.º y 7.º.

La invasión de España por los ejércitos de Napoleón le ofreció brillante oportunidad de iniciarse en la profesión de las armas, que había sido la de sus abuelos paternos y respondía a la más vehemente inclinación de su espíritu.

Desde el primer momento combatió en las filas españolas; hasta que en Enero de 1811, y con el grado de Sargento Mayor efectivo del Regimiento de Húsares de Galicia, resolvió correr al servicio de su patria, que se aprestaba para la guerra de la independencia.

Tanto en Lima como en Cádiz, don José Miguel adquirió la práctica de expresarse en castellano con soltura y elegancia; y llegó así a poseer algunas de las dotes que distinguen a los escritores de profesión, y que debía aprovechar en sus proclamas dirigidas al ejército de Chile.

Estas piezas, que desbordan de entusiasmo, y a las cuales inspira el más puro patriotismo, han sido consideradas por Vicuña Mackenna no inferiores a las alocuciones de Bolívar.

Pero, donde sobresale verdaderamente la pluma de Carrera es en su *Diario Militar*, escrito día a día y en presencia de los acontecimientos de que fué testigo.

El hecho de que don José Miguel redactaba día a día estas verdaderas memorias de su actuación política y guerrera se colije del método estrictamente cronológico empleado en ellas, y de la prolija colección de documentos con que trata de certificar las afirmaciones que estampa.

Pero hay una prueba positiva de mayor valor que permite asegurarlo, y ella consiste en la cartera de apuntes tomados por él en su viaje a Estados Unidos, a donde se dirigió en solicitud de armas, de soldados y de buques.

Habría bastado un pequeño trabajo de redacción para

dar a estos borradores la forma definitiva que ofrece el *Diario* (1).

Carrera pretendió evidentemente dejar por escrito plena justificación de su conducta dentro y fuera de Chile.

Barros Arana hace notar el espíritu apasionado que domina en el fondo del *Diario;* pero, al mismo tiempo, reconoce sus méritos: viveza y colorido en la redacción, y naturalidad en el estilo. Y califica esta obra así: «documento de valor inapreciable como fuente de información».

El *Diario Militar* de Carrera, el primero por orden de fechas, debía ser seguido de varios otros del mismo género, aun no publicados, como los de Beauchef y Tupper.

Don José Miguel Carrera, no sólo fundó, según antes se ha recordado, el primer periódico que apareció en Chile, o sea, la *Aurora,* sino que designó al ciudadano que debía redactarlo.

Este fué Camilo Henríquez (2), nacido en una de las provincias australes de nuestro pais, y educado en Lima.

La existencia de tan ilustre prócer no había trascurrido tranquila ni sin accidentes: habiendo profesado en

---

(1) Véanse los artículos publicados sobre esta materia por don Miguel Varas Velásquez en la REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, tomos 3.º y 4.º.

(2) CAMILO HENRÍQUEZ (Valdivia, 1769; † 1825, Santiago).

1.º *Noticias biográficas y bibliográficas.*—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, *Camilo Henríquez.*—BARROS ARANA, *Historia General de Chile,* tomo 8.º. —MEDINA, *La Imprenta en Chile.*—LUIS MONTT, *Bibliografía Chilena* tomo 2.º

2.º *Juicios Literarios.*—AMUNÁTEGUI, *La Alborada Poética en Chile.*— MENÉNDEZ Y PELAYO, *Antología de poetas Hispano-Americanos.*—JULIO VICUÑA CIFUENTES, *Introducción a la reimpresión de la «Aurora de Chile».*

el Perú en la orden de San Camilo de Lelis, fué sorprendido por el tribunal del Santo Oficio en la defensa de opiniones heterodoxas, y por ello encerrado en un calabozo. Este grave contratiempo decidió de su carrera posterior; pues, aun cuando pronto recobró la libertad, su espíritu conservó para siempre el sambenito de sospechoso con que le marcó la Inquisición.

Muy lejos estuvo, sin embargo, de merecer la nota de apóstata, con que le infama un gran crítico, el cual supone que ahorcó los hábitos. La verdad es que, cualesquiera que fueran sus creencias políticas, Henríquez mantuvo con lealtad sus votos de fraile de la Buena Muerte, hasta que, por breve especial de Monseñor Muzi, legado apostólico en Chile, secularizó un año antes de morir, en 1824 (1).

Camilo Henríquez, en el corto espacio de poco más de doce años, redactó en Santiago, donde vivía, y en Buenos Aires, adonde se trasladó después de la derrota de Rancagua, diez periódicos de importancia política y social; pronunció elocuente oración en la Catedral de Santiago el día 4 de Julio de 1811, en que inauguró sus trabajos nuestro primer Congreso; cantó a la Patria en entusiastas y numerosos himnos; y, por fin, escribió dos ensayos teatrales en favor de la independencia de América y de la libertad del pensamiento.

Esta vasta obra, juzgada con criterio literario, vale poco; pero en el escenario político alcanzó enorme transcendencia. Henríquez figura entre los más eficaces sepultureros de la monarquía española en América.

«Camilo Henríquez, escribe Barros Arana, entraba

(1) Este documento se conserva en nuestros archivos.

tarde en la carrera de escritor. No había ejercitado su pluma en la juventud, ni conocía los resortes de nuestra lengua, por haber hecho sus estudios en el latín artificial de los escritores modernos, y por haber ensanchado sus conocimientos en los libros extranjeros que podía procurarse. La frase, generalmente laboriosa, no daba todo el relieve ni toda la trasparencia al pensamiento; y, si bien podía convencer a los espíritus medianamente ilustrados, no tenía el vigor, el colorido y la vivacidad que hacen populares los escritos.»

«Sus dotes de escritor, agrega Vicuña Cifuentes, como las de quien llega a serlo en la edad madura, ya se puede suponer que no alcanzaron un total y oportuno desarrollo. Dominaba en él el tribuno, y, al leer sus artículos, generalmente hinchados y verbosos, se diría que el autor los declamaba a medida que los escribía.»

Por su parte, Menéndez y Pelayo sintetiza la opinión que se ha formado sobre Henríquez en esta cortante frase: «En prosa escribía con cierto calor tribunicio; pero fué, sin duda, detestable poeta».

Sólo una composición suya escapa intacta a la temible guadaña del crítico peninsular: la traducción del himno nacional de los Estados Unidos *Hail great Republic of the world*, que nuestro compatriota dedicó al pueblo de Buenos Aires.

Héla aquí:

¡Salve, gloria del mundo, República naciente,
Vuela a ser el imperio más grande de Occidente.
¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!

Que tus hijos entonen, de vides a la sombra,

Y entre risueñas fuentes sobre florida alfombra:
¡Oh patria de los libres, suelo de libertad!

Que canten tus hijuelos con balbucientes labios,
Y enseñen a los pueblos en la vejez tus labios:
¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!

Tus ángeles custodios te cubran con sus alas,
Y unidas las naciones en fe y amistad pura,
Salúdente con lágrimas, lágrimas de ternura:
¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!

Respecto de los ensayos teatrales de Camilo Henríquez lo único que cabe decir es que carecen de movimiento y sólo pueden ser apreciados por su significación moral y filosófica.

Henríquez no fué por cierto el único redactor de la *Aurora*, ni de los demás periódicos que se publicaron entre los años de 1812 y 1815; pues tuvo colaboradores chilenos y extranjeros.

De estos últimos no sería dable silenciar al peruano don Juan Egaña ni al guatemalteco don Antonio José de Irisarri, cuya influencia política y literaria adquirió las formas de una dominación en diversos períodos de nuestra historia.

Egaña había nacido en Lima, en 1769, y era hijo del caballero chileno don Gabriel de Egaña y Marín, quien más tarde recibió las órdenes sagradas, y de la señora peruana doña Josefa Risco.

El fruto de tal enlace se hallaba destinado a ser alumno sobresaliente de los colegios de la capital del virreinato; y en aquella ciudad recibióse de abogado, después de

haber seguido estudios de jurisprudencia en la Universidad de San Marcos.

No vino a residir en Chile sino a fines del siglo, cuando ya era un hombre, con todo el saber que podía proporcionar a los jóvenes la primera sociedad de entonces en la América del Sur.

Sería, pues, contrario a la verdad incluir a Egaña entre los escritores propiamente chilenos, a pesar de que aquí constituyó su hogar y a nuestra patria consagró su existencia entera. Fué el principal legislador de los primeros tiempos de la República; y dedicó considerables esfuerzos a la educación de la juventud: basta recordarle en esta senda como uno de los fundadores y de los más entusiastas maestros del Instituto Nacional.

Su hijo don Mariano, que colaboró con él en proyectos importantes de legislación, debía continuar con feliz éxito la obra política de su padre (1).

Don Antonio José de Irisarri aventajaba considerablemente a don Juan Egaña como escritor; y en el curso de su larga vida, durante la cual recorrió casi todos los países de ambas Américas y algunas de las principales naciones de Europa, compuso libros notables de historia y de filología.

Educado en su patria, no salió de ella sino después de 1805, y en sus peregrinaciones de *cristiano errante*, según

---

(1) Aun no se ha escrito la biografía completa de don Juan Egaña ni un juicio definitivo acerca de sus trabajos literarios y de jurisprudencia. En Londres y en Burdeos, por los años de 1826 a 1836, dió a luz una edición de sus obras; y don Marcial Martínez en 1854 publicó su interesante biografía del ilustre escritor en la *Galería de hombres célebres de Chile*. La mejor obra literaria de don Juan Egaña es sin disputa *El chileno consolado en los presidios*.

él mismo se llamaba, llegó a Chile a la edad de veintitrés años, en 1809.

Puede asegurarse que en esta fecha era un literato; pues ya había publicado sus primeros versos en la ciudad de Méjico (1).

Entre los chilenos que colaboraron en la *Aurora* el más conspicuo fué el benemérito patriota don Manuel de Salas (2), cuyo celo por el bien público y ardiente amor al prójimo le granjearon universal aprecio en todas las clases sociales.

Los escritos de Salas pertenecen al jénero didáctico, esto es, se hallan encaminados al convencimiento, con un propósito siempre útil a la vida; como que en su mayor parte fueron memoriales, informes, solicitudes y dictámenes dirigidos a la autoridad.

Si ha de aplicarse con estrictez la opinión de Revilla,

---

(1) La más completa biografía del célebre guatemalteco, publicada en su ciudad natal, y en 1896, por don Antonio Batres Jáuregui, es deficiente en la parte que se refiere a la vida de Irisarri en Chile y en Bolivia. Por lo que respecta a nuestra patria, deben consultarse la *Historia General* de Barros Arana, la *Historia de Chile* de Sotomayor Valdés, la *Vida de O'Higgins* y *Don Diego Portales* de Vicuña Mackenna, *Chile durante los años 1824 a 1828* de Concha y Toro, y *Camilo Henríquez* de Miguel Luis Amunátegui. Para estudiar con provecho la actuación de Irisarri en Bolivia, el investigador concienzudo necesita trasladarse a la ciudad de Sucre, en cuya biblioteca encontrará la preciosa colección de documentos manuscritos que perteneció al distinguido bibliógrafo don Gabriel René-Moreno y que legó en sus últimos días al mencionado establecimiento.

(2) *Manuel de Salas y Corvalán.* (Santiago, 1754; † 1841, Santiago).

1.º *Noticias biográficas.*—Miguel Luis Amunátegui *Don Manuel de Salas.*—Luis Salas Lazo, *Biografía.*

2.º *Crítica y bibliografía.*—Juan R. Salas E., *Escritos de don Manuel de Salas.*—Pedro N. Cruz, juicio literario, en el diario *La Unión* de Santiago, Junio de 1915.

según la cual «las composiciones didácticas que no cumplen, siquiera sea secundaria y accidentalmente, con la condición de lo bello, no pueden ser consideradas como literarias», las obras de don Manuel de Salas no deben incluirse entre las de esta clase. Pero, en cambio, ellas encierran un mérito superior al descrito por el egregio novelista.

Cada una de esas composiciones dió origen en nuestro país a una gran institución benéfica, como el Hospicio, la Academia de Matematicas, la Biblioteca, el Instituto Nacional; o a una reforma de trascendencia política, como la abolición de la esclavitud, y la rehabilitación de los criminales; o a una obra pública de utilidad indiscutible, verbigracia, el malecón del Mapocho y la explotación de las minas; o a industrias indispensables en un pueblo civilizado, como la hilandería del cáñamo, la producción de la seda, las fábricas de medias y frazadas, de paños y de loza; o, por fin, a la propagación de remedios eficaces, como la vacuna, para preservar la salud contra males terribles.

Si el género literario a que se dedicó don Manuel de Salas no deleita por su belleza estética, beneficia a la humanidad en forma real y positiva.

Los tres patriotas recordados: Carrera, que manejaba al mismo tiempo la espada y la pluma; Camilo Henríquez, el hombre de pensamiento; y don Manuel de Salas, filántropo por excelencia, —constituyen una venerable trinidad en los tiempos de la patria vieja.

La derrota de Rancagua puso fin a todas las innovaciones, y sometió de nuevo al país bajo el yugo del gobierno realista.

El vencedor, don Mariano Osorio, aprovechó, sin embargo, la imprenta armada por los revolucionarios, a fin

de dar a luz en ella un periódico que sirviera de baluarte a la monarquía.

Este fué la *Gaceta del Rey*; y, así como Carrera había encargado de la redacción de la *Aurora* a un fraile, Osorio eligió para que dirigiera la *Gaceta* al dominicano fray José María de La Torre (1).

El padre La Torre era persona instruída, en cuanto podía llegar a serlo un súbdito del Rey de España que nunca había transpasado los límites de esta lejana colonia de Chile.

Se había educado en el convento de Santiago, donde dictó diversos cursos de filosofía y teología. Es notorio, por lo demás, que los dominicanos rivalizaban con los jesuítas en la enseñanza de la juventud.

La Torre alcanzó en 1807 el título de doctor en teología en la Universidad de San Felipe.

Cuando estalló la revolución era prior del convento de Concepción; y no vaciló en abrazar la causa de los patriotas.

En estas circunstancias, le ocurrió un accidente que transtornó por completo su vida: en la noche del 27 de Octubre de 1812 individuos desconocidos se apoderaron de él en la vía pública, le subieron por la fuerza sobre un caballo frisón, y le trajeron hasta Santiago, donde fué encerrado en el convento grande de su orden.

Esta translación violenta de un eclesiástico no era un suceso singular en aquellos tiempos revueltos. De igual

(1) José María de la Torre. (Santiago, 1777; † 1840, Santiago). *Noticias biográficas y bibliográficas.*—Luis Francisco Prieto del Río, *Diccionario Biográfico del clero chileno.*—Luis Montt, *Bibliografía chilena;* y artículo sobre el mismo tema, publicado en la *Revista Chilena*, tomo 5.º—Medina, *La imprenta en Santiago de Chile.*

suerte procedieron los patriotas con fray Sebastián Díaz, de la recolección dominicana, a quien, para evitar que continuara combatiéndoles en el púlpito, le transportaron con mucho sigilo desde el sur a la capital.

La Torre refiere a su amigo fray Salvador Navarrete, del convento de Concepción, las amarguras que padeció, en carta admirablemente bien escrita, y llena de intencionadas frases, en la cual le da consejos, para el caso de que obtenga el priorato, sobre la mejor manera de hacer cumplir a los religiosos sus votos sagrados.

En este curioso documento, dado a conocer, en su *Bibliografía*, por don Luis Montt, el padre se revela de cuerpo entero, sin muchos escrúpulos, y con falta absoluta de solidez en sus ideas. Por cierto, confiesa haberse convertido a la causa del Rey.

La reconquista española le sorprendió en tal estado de ánimo y aceptó gustoso el encargo de redactar la *Gaceta*, con un sueldo de seiscientos pesos al año.

«Toda ella, asegura Montt, fué *cura et labore* del padre dominico, a quien pertenecen, además de los artículos de fondo, en que trató de refutar las doctrinas de la prensa revolucionaria, los comunicados que suscribía con diversas iniciales, para dar al periódico la apariencia de una colaboración que no tenía, las noticias locales, y, por fin, la selección de noticias del exterior, hecha con ilustrado criterio. Bajo este último aspecto, la *Gaceta* fué muy superior al *Monitor Araucano* y a la *Aurora*».

Sin duda alguna, La Torre sobresalía entre los escritores de la época por su estilo fácil y llano; pero se hallaba lejos de poseer, ni la ilustración política de Camilo Henríquez, ni los conocimientos científicos de su hermano en religión, fray Sebastián Díaz.

Esto no impidió que dirigiera el periódico a completa satisfacción de la autoridad.

Después de la victoria de Chacabuco, los patriotas le confinaron a la ciudad de Mendoza.

Desde allí, y al cabo de dos años, que La Torre consideró eternos, envió una solicitud al Gobierno de Chile en que impetraba su clemencia, alegando los méritos que había contraído con la patria antes y después de la reconquista. «Tuve la debilidad, declara, de hacer a los tiranos el infame servicio que exigieron. Procedí contra mi inclinación, y les obedeció mi mano; pero jamás mi corazón».

Fué perdonado, y regresó a su convento de Santiago. Como su émulo Camilo Henríquez, secularizó en 1824, por breve especial de Monseñor Muzi.

Desde entonces empezó para él, según lo advierte el señor Montt, una nueva fase de su vida.

En 1826 fué elegido Diputado por Santiago, y recibió asimismo el nombramiento de vice-rector, capellán y profesor del Instituto Nacional. La Torre debía enseñar más tarde en el colegio de Zapata, y en el Seminario Conciliar, después que este establecimiento se separó del Instituto.

En la legislatura a que perteneció, el presbítero La Torre defendió las doctrinas federalistas de don José Miguel Infante; pero con tal moderación y templanza que no pudo menos de distinguirse entre sus correligionarios.

Por último, en el orden eclesiástico, previo concurso, y en el año de 1829, obtuvo la parroquia de San Pedro; pero según parece, no siempre la sirvió por sí mismo.

Uno de sus biógrafos observa con razón que, mientras el tiempo hace crecer más y más la figura de Camilo Hen-

ríquez, abandona en lastimoso olvido al redactor de la *Gaceta del Rey*.

Esta pena es excesiva; y la República de Chile debe indultarla en favor de quien fué político liberal y profesor del Instituto en el mismo año de la conquista de Chiloé.

II

El periodismo en los primeros años de la República.—Don José Miguel Infante. — Don Melchor José Ramos.— Controversia política entre los partidarios y enemigos de don Bernardo O'Higgins.—Nacimiento de la historia nacional.—Don Manuel José Gandarillas.—El padre Guzmán.—Don Claudio Gay.

En el primer decenio siguiente a la victoria de Chacabuco el periodismo político contó con mayor número de pliegos impresos que en la época de la *Patria Vieja*, gracias a los muchos americanos instruídos que habían transmontado los Andes y giraban en torno del ejército libertador.

En el año 1818 se dieron a la estampa en Santiago tres periódicos de reducido tamaño, pero muy bien redactados: *El Argos de Chile*, del venezolano don Francisco Rivas, secretario del Ministro de Relaciones Exteriores; *El Duende de Santiago*, escrito por don Antonio José de Irisarri; y *El Sol*, publicado por el neogranadino don Juan García del Río, joven de veinticuatro años que iniciaba su carrera literaria.

A estos tres nombres hay que agregar, como ilustres obreros de la prensa, a los argentinos Vera y Pintado,

Monteagudo y Lafinur, y a don Juan Egaña, que siempre se mostró infatigable educador y publicista.

En aquellos años de peligro la bandera americana amparaba de igual suerte bajo sus pliegues a los hijos del norte y sur del continente, en cualquiera ciudad que estuvieran reunidos: en Lima y en Caracas; en Santiago y en Buenos Aires.

La fraternidad que entre ellos reinaba no era vana palabra.

De los pocos escritores chilenos que combatían a favor de la libertad, justo es mencionar al canónigo de la Catedral de Santiago don Manuel José Verdugo, quien debía ser elegido rector de la Universidad de San Felipe y del Instituto Nacional.

Para honra nuestra, en breve se anunció desde el Río de la Plata el regreso de Camilo Henríquez; y el gobierno se apresuró a confiarle la dirección del *Mercurio de Chile*, primera revista que apareció en nuestro país.

Los títulos, sin embargo, no deben engañarnos. El carácter de todas las mencionadas publicaciones fué esencialmente político.

En ellas, espíritus patriotas luchaban con denuedo en favor de la causa de la independencia, y de las libertades civiles y religiosas del país.

Hubo un momento en que Camilo Henríquez se creyó obligado a proclamar que los filósofos franceses del siglo XVIII eran los apóstoles de la razón.

Un dominicano chileno, Fray Tadeo Silva, que adquirió fama de teólogo en el gobierno de O'Higgins, le contradijo en virulento folleto titulado *Los apóstoles del diablo;* y fundó para refutar las opiniones del fraile de la Buena Muerte un nuevo periódico, *El Observador Eclesiástico.*

Estas manifestaciones de la prensa desgraciadamente duraban poco: por falta de suscritores, carecían del sustento necesario.

Ninguno de los periódicos publicados entonces alcanzó a imprimir ochenta números; y a este escaso bagaje se redujo toda la literatura nacional de los primeros nueve años.

Después de la conquista de Chiloé y de la incorporación del archipiélago bajo el gobierno de la República, empezaron a aparecer, en 1827, *El Mercurio* de Valparaíso, cuya influencia no se dejó sentir sino mucho después, y en Santiago, *La Clave*, de don Melchor José Ramos, y *El Valdiviano Federal*, de don José Miguel Infante.

Libres ya de enemigos, la principal preocupación de nuestros hombres de gobierno era en aquellos días la forma que debía darse a los poderes públicos.

En *El Valdiviano Federal*, según este nombre lo indica, el austero patriota don José Miguel Infante (1), fundó ardiente tribuna en defensa del sistema federalista.

Jamás político alguno gastó mayor energía ni constancia que él para persuadir a sus contrarios. Por desgracia, Infante no poseía el arte de la pluma, ni la elocuencia de la palabra. Su lenguaje, a menudo vulgar e incorrecto, era el mismo empleado en los escritos forenses de la época.

En los primeros tiempos, la novedad de la doctrina y el prestigio de que justamente gozaba el redactor contribuyeron a la popularidad del periódico; pero poco a poco empezó a decaer el entusiasmo de los lectores, la experiencia fué descubriendo a los ojos de todos que el fede-

(1) *José Miguel Infante.* (Santiago, 1778; † 1844, Santiago). Consúltese la biografía escrita por don Domingo Santa María.

ralismo no podía arraigar en nuestro país, y *El Valdiviano*, lenta y progresivamente, descendió desde el cenit, hasta donde había llegado, como en alta mar se hunde el astro del día, con la desconsoladora majestad de la derrota.

Por la inversa, *La Clave* ofreció siempre, durante los dos años y cuatro meses de su existencia, el alegre cuadro de los albores de la vida.

La redactaba un joven, casi adolescente, que apenas pasaba de los cuatro lustros, y fué, sin duda, uno de los ejemplos más notables de precocidad que se han visto en nuestro país.

Don Melchor José Ramos (1), tal era su nombre, se había educado en Lima, y, a pesar de su juventud, había ya colaborado en otros periódicos.

En *La Clave* combatió resueltamente las doctrinas de Infante y defendió con talento la política de don Francisco Antonio Pinto.

Es de advertir que Ramos desempeñó en este Gobierno el alto cargo de oficial mayor del Ministerio del Interior.

El redactor de *La Clave* se distinguía por la llaneza y soltura de su estilo. Si no hubiera muerto tan temprano habría perfeccionado sus dotes de escritor; tanto más cuanto que decidida afición al estudio y una lectura constante de libros europeos le habían hecho adquirir conocimientos superiores a los de la mayoría de sus compatriotas instruídos.

El periódico fundado por él constituye honroso modelo del grado a que entonces alcanzó la cultura de la República.

---

(1) Melchor José Ramos. (Santiago, 1805; † 1832, Jauja). Consúltese su biografía escrita por don Miguel Luis Amunátegui.

Después del periodismo nació entre nosotros la historia nacional; y, así como las campañas de Arauco habían dado origen a las crónicas compuestas durante la Colonia, la guerra de la independencia fué la musa que inspiró a los primeros cultivadores de este género literario en la era republicana.

Derrotado el ejército español en la gloriosa batalla de Maipo, el Cabildo de Santiago acordó que se publicara una narración exacta de los hechos memorables de la revolución.

Consta que O'Higgins encomendó este trabajo al hábil escritor argentino don Bernardo Monteagudo, y en seguida al benemérito don Juan Egaña; pero la vida inquieta y agitada de aquél y las múltiples ocupaciones de éste fueron causa para que no pudieran realizarlo.

Debían transcurrir algunos años antes de que una pluma chilena diera a luz la relación ordenada de los sucesos militares y políticos que transformaron la antigua colonia en nación independiente; y nadie más que O'Higgins sufrió las consecuencias de que tal obra no se hubiera escrito con la tranquilidad necesaria bajo los auspicios de su Gobierno.

Hallábase este ilustre prócer en el Perú, casi desterrado de su patria, y, en todo caso, vencido, políticamente hablando, con las amarguras que deja en el alma la pérdida del poder, cuando uno de sus adversarios publicó en la prensa de Lima feroz diatriba en contra suya, acusándole de tirano y de asesino.

Esto sucedía en 1833, a los diez años cabales después que O'Higgins había renunciado el mando en la capital de Chile. El tiempo había transcurrido veloz, sin cicatrizar

las heridas que tal acontecimiento había producido en el pecho del vencedor de Chacabuco.

El valiente soldado de la revolución fué incapaz de contenerse; y confió la respuesta a pluma más diestra que la suya.

Con la firma de prestigioso abogado peruano, pero en la realidad escrita por don José Joaquín de Mora, egregio literato español, apareció en la misma ciudad de Lima, y en el año 33, una detallada defensa de la administración acusada.

Este verdadero alegato alcanzó completo éxito en el jurado de imprenta, ante el cual O'Higgins arrastró a quien le había provocado, y en la sociedad entera de Lima; pero no consiguió enmudecer a aquellos chilenos que en conciencia creían tener la razón de su parte.

Don Manuel José Gandarillas (1), amigo y ardoroso partidario de don José Miguel Carrera, el rival sin fortuna de O'Higgins, que fué fusilado en Mendoza en 1821, después de no haber podido combatir por su patria en las batallas definitivas de Chacabuco y de Maipo, salió a la palestra en la ciudad de Santiago; y en Enero de 1834 empezó a publicar desde las columnas del periódico oficial, llamado *El Araucano*, un cuadro político que llevó

---

(1) *Manuel José Gandarillas y Guzmán.* (Santiago, 1790; † 1842, Santiago).

1.º *Biografía y Crítica.*—Sotomayor Valdés, *Hombres célebres de Chile*, tomo 2.º; y *Gobierno del General Prieto*, tomo 1.º—Sarmiento, *Obras*, tomo 3.º—Barros Arana, *Historia General de Chile*, tomos 11 y 16.

2.º *Bibliografía.*—Valentín Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, tomo 21.—*Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile*, tomo 14.

este título: *Don Bernardo O'Higgins. Apuntes históricos de la revolución de Chile.*

Este puede considerarse el primer ensayo histórico de valor escrito por un hijo de este país, después que se independizó de España.

En 1810 Gandarillas sumaba veinte años de edad, y entonces empezó estudios ordenados de jurisprudencia en la Universidad de San Felipe (1).

En 1813 alcanzó el grado de bachiller en sagrados cánones y leyes; y al año, cuando el desastre de Rancagua le obligó a huir a Mendoza, se ejercitaba en la práctica forense (2).

Durante la reconquista de Chile, ganó su vida en Buenos Aires, como impresor y fabricante de naipes.

La victoria de Chacabuco le abrió el cielo de la patria; pero por poco tiempo. Su estrecha amistad con la familia de Carrera le hizo sospechoso, y O'Higgins volvió a señalarle la puerta del destierro.

Los gobernantes argentinos, confabulados con los de Chile, encerraron a Gandarillas en prisión; y sólo por feliz casualidad logró escapar a bordo de una fragata inglesa, y trasladarse en seguida a Montevideo.

Allí se recibió de abogado en 1823, previa manifestación del expediente de sus estudios en Chile.

De regreso a la patria, después de la caída de O'Higgins, siguió con brillo y constancia la profesión del foro, hasta que la política y la prensa le atrajeron con irresistible imán.

---

(1). Libros de matrícula. El archivo de esta corporación se guarda en la Biblioteca del Instituto Nacional.

(2) Biblioteca Nacional. Archivo de la Real Audiencia, volumen 1,659, pieza 38.

En el gobierno del general Freire, desempeñó los elevados cargos de ministro de hacienda y del interior, y en ellos reveló excepcionales dotes de estadista.

Abandonó la administración pública con la presidencia de don Francisco Antonio Pinto, y fué enemigo declarado de su política.

Se inició entonces en la carrera de periodista, y ganó en ella legítimos laureles.

Sin auxilio de nadie, fundó *El Sufragante*, cuyo primer número apareció en 31 de Mayo de 1829, y cuyos editoriales constituyeron formidable ariete en contra de la autoridad.

Gandarillas se distinguía por su estilo lleno de elevación; y, sin descender, como otros periodistas de la época, a injurias personales, combatía con fuego por las buenas prácticas administrativas.

La caída del probo e ilustrado, pero débil, general Pinto, en mucha parte debe atribuirse a la inteligente oposición de hombres del temple de Gandarillas.

El régimen conservador que venció en 1830 obtuvo decidido apoyo de su pluma, mientras él concibió esperanzas de que, una vez dominado el espíritu de rebelión y de anarquía, se respetarían las libertades públicas.

Don Manuel José Gandarillas formó parte de la Convención Constituyente que, reunida desde Octubre de 1831 hasta Mayo de 1833, aprobó la Carta Constitucional que hasta hoy nos rige; pero en esa Convención, y en la junta nombrada por ella a fin de elaborar el proyecto de reforma que sirvió de base a los debates, representó tendencias genuinamente liberales.

Gandarillas sostuvo que la Convención debía limitarse a modificar algunos de los preceptos de la Carta de 1828.

Fué vencido, por desgracia; pues predominaron en la asamblea las doctrinas de la reacción.

Desde esta fecha rompió con el partido de gobierno, y, aun cuando fué elegido miembro del Senado, no titubeó en expresar claramente sus opiniones personales en la prensa y en el parlamento.

Con tal objeto, fundó, en compañía de algunos amigos, *El Philopolita*, periódico destinado a derribar la omnipotencia de don Diego Portales.

Después del asesinato de este patricio, Gandarillas hizo indicación en el Senado, en 7 de Agosto de 1837, para que se suspendieran las facultades extraordinarias concedidas al Presidente de la República en el mes de Enero, y se restableciera, por tanto, el imperio de la Constitución.

Discutido este proyecto en dos sesiones, fué rechazado por unanimidad; y su autor no volvió más al Congreso (1).

Gandarillas ejerció por espacio de diez años el cargo de ministro de la Corte Suprema de Justicia; y murió en 1842, sin que ni don José Miguel Infante, de quien lo habían separado siempre las vicisitudes de la política, ni don Andrés Bello, que tenía vínculos muy estrechos con el partido dominante, le dedicaran los artículos necrológicos de estilo, siendo de advertir que *El Valdiviano Federal* saludaba invariablemente con respeto y con cariño a los patriotas fallecidos, y que *El Araucano*, en el cual colaboraba Bello, había sido fundado por Gandarillas.

Lastarria parece desconocer los méritos del ilustre pu-

(1) *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de Chile*, (1811-1845). Tomo 25.

blicista. En cambio, Barros Arana los proclama sin reticencias en estos términos:

«Gandarillas fué un hombre realmente superior, que en el Ministerio, en los cuerpos legislativos y constituyentes y en la prensa se hizo notar por un talento distinguido, por una grande entereza y por un liberalismo de buena ley» (1).

Cábele, además, al escritor sin miedo y sin tacha la honra de haber merecido a los pocos días de su muerte elogiosa crítica, por su vida y por sus obras, de parte del insigne literato argentino don Domingo Faustino Sarmiento, en el reputado diario *El Progreso*, de Santiago.

Tales son los rasgos que, en rápido resumen, caracterizaron a don Manuel José Gandarillas, y que conviene recordar, pues aun no se ha escrito una biografía que corresponda a su importante actuación política.

Los *Apuntes Históricos* que dió a luz en 1834 no encierran verdadera historia, en el sentido propio de la palabra; porque carecen de una condición esencial, cual es, la imparcialidad. Gandarillas no había formado parte de los actores de primera fila, pero sí de los más apasionados en el drama de la revolución. No tenía, pues, la tranquilidad necesaria para juzgar a quien había sido cruel con los jefes del partido de Carrera y con el mismo Gandarillas.

Debe reconocerse, sin embargo, que en su libro se hallan trazadas con mano firme y sobriedad de tono las líneas matrices del gobierno de don Bernardo O'Higgins y marcados con tinta roja los defectos notables de su carácter y de su política.

---

(1) *Un decenio de la historia de Chile* (1841-1851). Edición de 1913. Tomo I, página 282.

Mucho se ha escrito más tarde sobre estos mismos hechos por panegiristas o contrarios del fundador de nuestra independencia; pero siempre unos y otros han tenido a la vista las páginas de Gandarillas, ya sea para recargarlas con nuevos pormenores, ya sea para rectificarlas con pruebas y testimonios desconocidos.

La mayor alabanza que puede dirigirse a este trabajo sobre nuestra historia revolucionaria es la de que, a pesar de haber sido compuesto hace ochenta años, se lee con vivísimo interés, como si hubiera sido escrito en nuestros días.

Honda fué, sin duda, la división social que causaron las agitadas pasiones de o'higginistas y carrerinos. Desgraciadamente, debía durar por largos años; y en la literatura histórica tuvo espléndidas manifestaciones por espacio de más de medio siglo.

No vale la pena detenerse en la Memoria que sin fundamento se atribuye al mismo O'Higgins, y que refiere los sucesos ocurridos en Chile desde 1810 hasta el gobierno de Marcó del Pont (1). Esta es una obra de escaso mérito literario e histórico, la cual fué encontrada entre los papeles de aquel general, y cuyo autor, seguramente chileno, no se conoce.

A otra categoría corresponde el elogio que en honor del héroe de Rancagua, por encargo de la Sociedad Nacional de Agricultura, publicó en 1844 el canónigo de la

---

(1) Publicada en el año 1900 en el tomo II de la *Colección de Historiadores y de documentos relativos a la Independencia de Chile*, con el título de *Memoria sobre los principales sucesos de la Revolución de Chile desde 1810 hasta 1814.*

Catedral de Santiago don Casimiro Albano (1) Pereira.

El respetable eclesiástico nombrado conoció a O'Higgins cuando éste era niño, antes de que le transladaran para su educación al convento franciscano de Chillán. Es muy sabido que don Ambrosio O'Higgins mantuvo por algunos años a su hijo en la ciudad de Talca, en casa de don Juan Albano Pereira, padre del canónigo y muy amigo de don Ambrosio.

El prebendado Pereira siempre mantuvo buenas relaciones de amistad con don Bernardo O'Higgins, y consiguió de su secretario en el Perú, después de la muerte de don Bernardo, numerosos documentos y noticias relativos a la vida del general en su hacienda de Montalván.

Esta es la base más valiosa de la relación histórica compuesta por él. Penoso es confesar, sin embargo, que el autor no supo alcanzar provecho de los materiales puestos a su disposición. Carecía de dotes literarias y de espíritu imparcial.

Los datos reunidos gracias a su solicitud han sido completados con tanto éxito por investigadores modernos que su libro sólo conserva valor bibliográfico.

La gran figura moral y política de O'Higgins no debía ser defendida ante el tribunal de la historia con solidez de criterio y lujo de pormenores y documentos sino mucho después, cuando en 1854 don Diego Barros Arana empezó a publicar su *Historia General de la Independencia de Chile.*

---

(1) Este nombre propio, que fué el del primer mártir cristiano de Inglaterra, se convirtió en Chile en apellido, y así lo llevan las familias de Carrasco Albano, Fernández Albano, Correa Albano, Vergara Albano y otras.

El alegato de Mora, la relación anónima a que antes se ha hecho referencia y el panegírico del canónigo Pereira descubrieron su insignificancia al frente de esta prodigiosa resurrección de nuestros anales patrios.

Barros Arana perfeccionó el cuadro de las campañas que dieron por resultado, primero, la defensa de Rancagua, y por último, la victoria de Maipo en su *Historia General de Chile;* y pudo enorgullecerse de ofrecer a la opinión ilustrada del país el retrato exacto del benemérito general chileno, con sus virtudes y defectos innegables.

Empero, el trabajo de Gandarillas no debía ser la única acusación seria en que se presentaran de relieve los grandes cargos que la opinión popular tenía derecho a establecer contra la conducta política de O'Higgins.

En 1845 don Diego José Benavente publicó su *Memoria sobre las primeras campañas en la guerra de la independencia de Chile*, y en 1853 don Miguel Luis Amunátegui presentó al juicio de sus conciudadanos la obra que tituló *La Dictadura de O'Higgins.* Ambos estudios merecieron marcados elogios de personas instruídas y de la juventud educanda.

Un nieto del general Carrera, por fin, dió a la estampa en 1888 documentado retrato de su ilustre abuelo, en el cual con nervioso estilo narra las numerosas aventuras, desgracias y triunfos de quien nació con dotes de mando y concluyó su vida en el banquillo de los ajusticiados (1).

Vicuña Mackenna se empeñó siempre por conservarse neutral entre los dos partidos rivales; pero su exquisita sensibilidad y la loca imaginación que había heredado de

---

(1) Don Ambrosio Valdés Carrera.

sus abuelos irlandeses le inclinaron por completo en favor de los vencidos en *El Ostracismo de los Carreras* (1857), y al lado del dictador en *El Ostracismo de O'Higgins* (1860).

Mucho más tarde, en 1882, dió a la estampa su *Vida de don Bernardo O'Higgins*, en que aprovechó las noticias y documentos originales que le obsequió en el Perú el hijo de este gran patriota, y en que creyó realizar obra de estricta justicia histórica. Sin duda, el libro mencionado contiene rico arsenal de cartas y datos fidedignos que contribuyen a dar realce a la fisonomía moral del fundador de la independencia.

Así nació nuestra historia patria, en medio de las hogueras políticas que engendró la guerra con los españoles, entre cuyas llamaradas se purificaron los sentimientos de odio y de envidia causados por aquella lucha a muerte, y de donde se levantó puro y vigoroso el espíritu cívico que dió vida a la República.

Al mismo tiempo que Gandarillas insertaba en las columnas del periódico oficial su acerba crítica de la administración de O'Higgins, daba a luz en Santiago, por entregas sueltas, el franciscano José Javier de Guzmán (1) un libro que, impreso por cuenta del gobierno, ofrecía el aspecto externo de historia completa de Chile, desde la conquista española hasta el año 1835, en que apareció el último pliego.

---

(1) *José Francisco Javier de Guzmán y Lecaros.* (Santiago, 1759; † 1840, Santiago),

1.º *Noticias biográficas.—Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo IX, página 372.—*Mayorazgos y Títulos de Castilla*, en la Sociedad Chilena del siglo XVIII. Tomo I, página 417.

2.º *Bibliografía y Crítica.*—Barros Arana, *Historia General de Chile*, tomo IX, pág. 640.—Sotomayor Valdés, *Gobierno del General Prieto*, tomo IV, pág. 196.—Andrés Bello, *Obras*, tomo VII, pág. 209.

La obra llevaba este título: *El chileno instruído en la historia topográfica, civil y política de su país.*

En lo tocante a la época antigua, el autor seguía y estractaba el *Ensayo* impreso por el Abate Molina en Bolonia, en 1787; y respecto de la revolución tomaba como base el manuscrito de Fray Melchor Martínez, franciscano como él, natural de España, y al cual el gobierno de la reconquista comisionó para que escribiera un cuadro de los sucesos ocurridos en Chile.

El padre Guzmán, a pesar de que fué testigo de los principales hechos revolucionarios, y de que, por sus altas relaciones de familia y haber abrazado él mismo la causa de la patria, pudo tener oportunidad de reunir gran copia de noticias y valiosos documentos, no juzgó indispensable hacerlo, ni, menos aun, pretendió componer una historia.

Se hallaba privado de la ilustración necesaria, ya que nunca traspasó los límites de la pobre colonia en que le tocó nacer, y sólo adquirió escasos conocimientos en el convento de su orden. Por lo demás, lucía mediocres dotes literarias.

Justo es reconocer, sin embargo, que Guzmán era de inteligencia distinguida, y que su figura se destaca entre las de sus contemporáneos por méritos propios.

Su padre, chileno asimismo, había sido uno de los letrados más respetables en nuestra sociedad del siglo XVIII.

La obra compuesta por Fray José Javier de Guzmán, la cual gozó de prestigio durante largos años, revestía, por decirlo así, las formas domésticas de una conversación entre tío y sobrino, sostenida en estilo familiar, y generalmente incorrecto.

Los escritores modernos han aprovechado anécdotas y

datos pintorescos desparramados en los capítulos relativos a la vida social, que el autor recogió de boca de sus abuelos.

Se ha dicho que este libro fué «la primera obra seria con que se iniciaron en Chile los estudios históricos». Sería más exacto, sin embargo, calificarla como la última de las crónicas chilenas de la época colonial; siendo así que Rodríguez Ballesteros, quien escribió posteriormente su *Revista de la guerra de la Independencia*, había nacido en Madrid.

La mejor prueba de que los diálogos del padre Guzmán, si fueron aplaudidos por la mayoría de los lectores, no dejaron satisfechas a las personas de alta cultura, se encuentra en la protección que en 1839 ofreció don Mariano Egaña, Ministro entonces, al naturalista francés don Claudio Gay (1) para que compusiera una historia política de Chile.

Este eminente sabio aceptó con entusiasmo; pero, antes de iniciar el trabajo, creyó necesario recoger importantes documentos en los archivos de Chile y del Perú. Más tarde agregó a su colección valiosas copias de manuscritos originales, que obtuvo en Francia y en los archivos españoles.

Como se sabe, Gay publicó dos tomos de documentos relativos a la historia colonial, los cuales constituyen la primera obra de esta clase sobre la conquista de Chile, y sin disputa el mayor servicio prestado por él a nuestros estudios históricos.

Por desgracia, la historia misma que lleva el nombre

---

(1) Consúltese la biografía de este personaje por BARROS ARANA, *Obras Completas*, tomo 11.

de Gay encierra mérito muy desigual. Escrita primitivamente en francés, fué traducida al castellano por diversas plumas, no siempre bien cortadas. La obra está, pues, muy lejos de ser digna de alabanza por su estilo literario.

Respecto de su importancia histórica, aunque aventajaba a los libros publicados hasta la mitad del siglo por la serenidad con que fué escrita, contenía muchos errores y deficiencias; como habría sido de suponerlo de parte de un extranjero que no dominaba el asunto.

La *Historia* política de Gay, a más de los tomos de documentos, comprende ocho de narración: los seis primeros, que forman propiamente la obra, fueron dados a la estampa entre los años de 1844 y 1854; y los dos últimos, escritos por Gay en las postrimerías de su vida, aparecieron en 1870 y en 1871.

El naturalista francés no consiguió componer un monumento literario; pero nadie podrá negar que legó a los investigadores de nuestro país inapreciable legajo de papeles históricos, y que enseñó a los jóvenes chilenos a escribir con verdad, según los métodos modernos, al respaldo de los mismos documentos.

III

Fundación del Instituto Nacional en 1813 y su restablecimiento en 1819.—Alumnos sobresalientes: don José Miguel Varas y don Ventura Marín.—Influencia de los maestros extranjeros en el progreso literario; don Ventura Blanco Encalada, don José Joaquín de Mora, don Andrés Bello.—La primera poetisa chilena.—El Semanario de Santiago.—Residencia en Chile de numerosos escritores sudamericanos.—Polémica entre los argentinos Sarmiento y López, y los chilenos Vallejo y Sanfuentes.

Cuando se estudian sin pasión los anales patrios produce asombro el progreso alcanzado en los primeros tiempos de nuestra vida independiente, en todos los órdenes: político, social, económico y literario.

Fuera del país, la República prestó eficaz auxilio a la independencia del Perú; y dentro del propio territorio, antes de diez años desde la incorporación de Chiloé, la Carta de 1833 organizó en forma definitiva las instituciones nacionales.

Un ejército y una escuadra formados por chilenos resguardaban nuestra autonomía; las ciudades habían mejorado considerablemente sus servicios, y establecido tea-

tros, mercados, escuelas y cementerios; la libertad de comercio daba insólita vida a los principales puertos.

Europeos ricos y distinguidos, en su mayoría ingleses, habían radicado negocios de importancia entre nosotros, y contribuían al bienestar de la sociedad.

Estas reformas y adelantos, protegidos por los hombres de gobierno, no habrían alcanzado, sin embargo, prosperidad alguna sin la firme base en que se apoya la jerarquía de las clases principales de nuestra población.

La uniformidad de intereses que reina entre las familias que viven de jornal o de salario, y su sometimiento a los propietarios acaudalados han disminuído en toda época los peligros que se derivan de la diferencia de razas; e intenso amor a la patria nos une a todos, ricos y menesterosos, en concierto indestructible.

Así se explica que los nuevos establecimientos de la República produjeran frutos en abundancia dentro de un plazo relativamente breve. A no dudarlo, el campo en que ellos arraigaron se hallaba bien preparado.

Una de las creaciones más felices de los padres de la patria fué el Instituto Nacional, que, a pesar de haber nacido envuelto en modestos pañales, creció con rapidez, y en pocos años arrojó las andaderas del escolasticismo y tomó la recta senda del progreso científico.

Fundado en 1813, destruído por la reconquista española al año siguiente y restablecido en el gobierno de O'Higgins, el Instituto no sólo era colegio de segunda enseñanza sino también seminario eclesiástico y universidad. Así lo requerían las necesidades de la época.

A pesar de esta reunión de objetos tan heterogéneos, el nuevo plantel consiguió educar buenos ciudadanos, profesionales competentes y escritores beneméritos.

Entre estos últimos, descuellan dos jóvenes que, más o menos, de igual edad, fueron alumnos aventajados del mismo Instituto: don José Miguel Varas y don Ventura Marín (1).

Ambos tuvieron la honra de ser elegidos profesores en el colegio donde se habían formado: el primero, de filosofía; y el segundo, de francés, retórica y geografía.

La ciencia del saber, con la honrosa excepción de quien había precedido a Varas en la cátedra y daba a sus discípulos algunas explicaciones de las doctrinas francesas del siglo XVIII, era enseñada uniformemente desde antiguo en los colegios chilenos según la norma estricta de las disciplinas conventuales.

El tribunal del Santo Oficio, que siempre nombró comisarios suyos en nuestro país, habría perseguido y condenado a los maestros disidentes en estas materias. Pero la revolución de la independencia, al mismo tiempo que cortó cadenas políticas y comerciales, dió considerable amplitud, aunque con restricciones, a la libertad del pensamiento.

Don José Miguel Varas reunió en 1828 las teorías que enseñaba a sus alumnos en un folleto que llevó por título el de *Lecciones Elementales de Moral*, en que apareció de manifiesto la influencia de Juan Jacobo Rousseau.

---

(1) *José Miguel Varas y de la Barra.*—(Cauquenes, 1807; † 1833, San Antonio). Consúltese la obra titulada *Los primeros años del Instituto Nacional.*

Buenaventura Marín y Recabarren.—(Santiago 1806; † 1877, Santiago). Acerca de su vida y obras, a más del libro que acaba de citarse sobre el Instituto Nacional, pueden leerse: la biografía de Marín que en 1877 publicó en *La Estrella de Chile*, año XIV, el presbítero don Luis Francisco Prieto del Río, y el juicio de Menéndez y Pelayo en su *Antología de poetas hispano-americanos.*

En 1829, Varas tuvo la fortuna de ser acompañado en esta clase de estudios por don Ventura Marín, elegido también en ese año profesor de filosofía.

Los mencionados jóvenes, que aun no llegaban a la mayor edad, pero sentían extraordinaria pasión por ilustrarse, se propusieron limpiar la enseñanza filosófica de las doctrinas medioevales, y consagraron todos sus desvelos a conocer con hondura la escuela sensualista de Condillac y de sus discípulos, Gerando, Destutt de Tracy y Laromiguière, cuyas obras principales tenían a la vista, y se hallaban entonces en gran boga.

De justicia es recordar que quien había acreditado entre nosotros a Destutt de Tracy y a Laromiguière fué el literato español don José Joaquín de Mora.

El fruto de las meditaciones de Varas y Marín es el libro que dieron a la estampa en 1830 con el nombre de *Elementos de ideología*. No se necesita advertir que los autores habían seguido bastante de cerca a los filósofos franceses a que se ha hecho referencia.

«Las circunstancias del país en aquella época, escribe don Ventura Marín cuatro años más tarde, no eran las más oportunas para una discusión literaria; sin embargo, aguardamos la nube que había de tronar sobre nosotros, y nos preparamos a entrar en una lid cuyos resultados habían de ser favorables a la enseñanza.»

Esta ingenua confesión revela el estado pusilánime en que vivían los espíritus más adelantados de nuestra sociedad en los principios del gobierno republicano.

A fin de apreciar a don Ventura Marín con exactitud, debe tenerse presente que se hallaba inscrito en el partido liberal y que en su carácter de miembro del Congreso

había puesto su firma al pie de la Carta de 1828, redactada por Mora.

«Afortunadamente, agrega en la misma página de la cual se ha transcrito el párrafo ya leído, fueron vanos nuestros temores, y un prolongado silencio de indiferencia o aprobación nos dejó en tranquila posesión del campo.»

Lo más probable es, contra lo aseverado por Marín, que los escolásticos de entonces no leyeron indiferentes, ni, menos aun, aprobaron a los atrevidos profesores del Instituto; y que, si no salieron a la palestra con el objeto de reprimirles, ello se debió a la agitación política que en 1830 dividía a todos los ciudadanos en dos ejércitos enemigos y no les daba tiempo para luchas filosóficas.

Muy en breve don Ventura perdió el valioso concurso de don José Miguel Varas, quien pereció en 1833 en un naufragio ocurrido enfrente al puerto de San Antonio; mas, no se desalentó por tan irreparable desgracia, y en los años de 1834 y 35 dió a luz sus *Elementos de la filosofía del espíritu humano.*

Don Andrés Bello juzgó favorablemente la obra del distinguido profesor desde las columnas de *El Araucano.* Por lo demás, Marín había abjurado de la escuela de Condillac, y se declaraba discípulo del célebre filósofo Cousin.

Este libro pone fin a la labor más importante de don Ventura; pues su vigorosa inteligencia empezó a obscurecerse en 1838. Vivió muchos años más; pero los numerosos escritos que compuso posteriormente carecen de la lucidez y novedad de sus primeros libros.

Como el célebre poeta Torcuato Tasso, halló cariñoso amparo contra la ingratitud de los hombres en un con-

vento de la orden de San Francisco, y allí se consagró a las prácticas devotas.

A la distinguida familia de Marín pertenece, asimismo, la primera poetisa digna de este nombre con que se ha honrado nuestro país: doña Mercedes Marín del Solar (1).

Esta señora recibió la mejor educación que podía darse a una mujer en la sociedad chilena de entonces; y su clara inteligencia le permitió leer con provecho obras históricas y literarias. Muy niña aun conoció el poema de Ercilla, y aprendió de memoria trozos de antiguas comedias, entre otras, el *Desdén con el Desdén*.

Había estudiado francés y era capaz de traducirlo. No debe, pues, causar extrañeza que leyera a menudo libros escritos en este idioma.

La sensibilidad exquisita de su alma la llevó, naturalmente, al estudio de la música, y pronto adquirió extraordinaria destreza en el piano.

Doña Mercedes aprendió también a cantar, y en su juventud entonaba con gracia.

Dama dotada de tan bellas cualidades, no careció del arte de componer en verso. Esta forma de expresión, por lo demás, se halla tan estrechamente unida al lenguaje de la música que, según algunos críticos, fuera de ser el canto origen verdadero del verso, constituye hoy la principal razón de su existencia.

La señora Marín tuvo la suerte de recibir lecciones li-

---

(1) *Mercedes Marín del Solar.* (Santiago, 1804; †1866, Santiago).

Sobre su vida y obras, deben consultarse la biografía publicada en 1867 por don Miguel Luis Amunátegui, la colección de sus poesías dada a luz en 1874 por don Enrique del Solar y el juicio literario sobre ellas escrito por don Manuel Blanco Cuartín.

terarias de un maestro incomparable, como lo fué para ella su primo don Ventura Blanco Encalada (1).

Este caballero, nacido en el territorio que actualmente pertenece a la República de Bolivia, se había educado en España, y después de azarosa vida en campamentos militares y en cortesanos salones, llegó a Chile, donde residía una parte de su familia, a principios de 1821. Sumaba entonces cerca de cuarenta años cumplidos.

Don Ventura era, ante todo, poeta, y se había formado en la escuela del neoclasicismo que dominaba en la Península a principios del siglo XIX.

Esto explica que de preferencia recomendara a su discípula las composiciones de Quintana, del presbítero Marchena y de Arriaza, que doña Mercedes solía aprender de memoria.

Leían además juntos las poesías de Alfieri, de fray Luis de León, de Meléndez y de Byron, el último de los cuales entusiasmaba a los jóvenes chilenos.

«Bajo la dirección de Blanco Encalada, la señora Marín, escribe su biógrafo, comenzó a formar su criterio literario, que llegó a ser correcto y delicado.»

Las composiciones poéticas de doña Mercedes forman grueso volumen, reunidas por la piadosa mano de don Enrique del Solar.

La musa que inspiraba de ordinario a la respetable matrona chilena era, por decirlo así, doméstica y casera. En numerosos versos canta a sus hijas, a sus amigos íntimos, a sus yernos, a sus primos Blanco Encalada, al médico que la atiende, a los artistas teatrales que la deleitan con su voz o por su destreza en el piano.

(1) Véanse la biografía compuesta por don Miguel Luis Amunátegui y las cartas que sobre el mismo personaje publicó su hijo don Manuel Blanco Cuartín. *Biblioteca de Escritores Chilenos*, volumen XI.

Cuando, por la inversa, pulsa la lira en los grandes acontecimientos públicos, la señora Marín se eleva en alas de grandes y patrióticas ideas, sin abandonar nunca su estilo facil y correcto.

«Su escuela, al decir de un crítico, era la de Quintana y Meléndez. Tenía de aquel el ardimiento patrio, de éste la dulzura.»

A este segundo género pertenece la hermosa protestación de la fe *Dulce es morir*; y al primero, la mejor obra que compuso, o sea, el *Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales*, la cual hace recordar, aunque escrito en diverso tono, el *Canto fúnebre a los Carreras* de don José Joaquín de Mora.

El estro propio de doña Mercedes se manifiesta en la siguiente estrofa, que es la segunda de su *Canto a Portales:*

Justicia eterna, ¿cómo así permites
Que triunfe la maldad? ¿Así nos privas
Del tesoro precioso,
En que libró su dicha y su reposo
La Patria, y así tornas ilusoria
La esperanza halagüeña,
Que un porvenir a Chile prometía,
De poderío, de grandeza y gloria?
¿Dónde está el genio que antes diera vida
A nuestra patria amada? O caro nombre
Que en vano intenta pronunciar el labio
Mudo por la aflicción! Tu infeliz suerte,
Tu prematura, dolorosa muerte,
No acierto a describir. Ilustre sombra!
Perdona mi extravío en este canto,
Ahogado tantas veces por el llanto.

La oda mencionada, según se afirma, recibió ligeras correcciones de don Andrés Bello. Ella habría bastado, sin embargo, tal cómo salió de la pluma de su autora para afianzar el prestigio poético de la señora Marín.

Si es innegable, como se ha podido comprobar, la influencia de don Ventura Blanco Encalada en los adelantos de la incipiente literatura chilena ¡cuánto mayores no serían las de don José Joaquín de Mora, quien regentó cátedras, sostuvo él sólo un periódico literario, *El Mercurio Chileno*, y fué autor de obras notables, en prosa y verso, y la de Bello, que vivió enseñando en nuestro país por más de treinta años, y al cual nadie disputa la primacía en las letras hispano-americanas!

Basta nombrar a algunos de los discípulos de uno y otro para cerciorarse de esta verdad.

Fueron alumnos de Mora en el colegio fundado por él con el nombre de *Liceo de Chile*: don Juan Nicolás Alvarez, conocido con el apodo de *Diablo Político;* don José Joaquín Vallejo; don José Victorino Lastarria; don Manuel Antonio Tocornal; don Marcial González; y don Jacinto Chacón.

Recibieron lecciones orales de don Andrés Bello en su propia casa, fuera de sus hijos, los mismos Lastarria y Tocornal, ya nombrados, don José María Núñez, don Salvador Sanfuentes, don Francisco Bilbao y don Manuel Antonio Matta.

¡Que honra para ambos maestros fué la de formar a esa docena de ciudadanos beneméritos, entre los cuales brillan los fundadores de cuatro partidos políticos: el conservador Tocornal, el liberal Lastarria, el radical Matta, y el socialista Bilbao; y dos insignes precursores de escuelas literarias: Vallejo, pintor en prosa de nuestras costumbres caseras,

y Sanfuentes, eterno enamorado de los lagos del sur, cuyo nombre figura en la primera línea de las letras patrias!

La incesante propaganda de profesores chilenos en el Instituto Nacional y el magisterio fecundo de publicistas tan sabios como don Andrés Bello y don José Joaquín de Mora dieron espléndidos frutos en *El Semanario de Santiago*, periódico que apareció en 14 de Julio de 1842 y fué redactado por alumnos de estos dos últimos escritores y del mismo Instituto.

El gaditano Mora se hizo digno de la amplia gratitud que le profesan las repúblicas del Río de la Plata, Chile, Perú y Bolivia por los importantes servicios que les prestó en aquella época; pero esa gratitud habría sido mayor si no se hubiera ignorado la simpatía manifestada por él en favor de la independencia mientras aun desempeñaba comisiones diplomáticas de Fernando VII.

Hasta hace poco tiempo, el encargo que le confió este monarca, en virtud del cual se dirigió a Italia durante el año de 1819, permanecía envuelto en el misterio. Hoy se sabe con seguridad que el objeto del viaje de Mora fué entablar relaciones amistosas con el canciller ruso, Capo de Istria, e informarse de lo que fraguaban ocultamente las demás naciones de Europa contra España.

Después que conoció bien el estado de la opinión en los principales centros, don José Joaquín creyó necesario enviar a su gobierno «un número del *Correo del Orinoco* (1), en que se decía que en manos de Fernando VII estaba la felicidad de los pueblos de América, que querían su inde-

(1) Periódico fundado en Ciudad Bolívar por Zea, Roscio, Gual, José Luis Ramos y otros, y publicado desde el 28 de Junio de 1818 hasta el 23 de Marzo de 1822. Picón Febrés, *La literatura venezolana en el siglo XIX*.

pendencia, la eterna alianza entre aquellos pueblos y la Metrópoli, y la obtención privilegiada de todas las franquicias para el mutuo comercio».

Este plan, acogido por Mora, recibió brusca repulsa del gobierno español; y así empezó a caer en desgracia ante la corte el agente confidencial de Fernando VII.

No se detuvo allí, sin embargo, el novel diplomático, y, con el propósito de calmar la excitación que reinaba en la Península, alimentada en considerable modo por enviados especiales de Sud-América, aconsejó dos supremas medidas: una Carta política de concordia y la amnistía general.

Después de esto, su misión fracasó por completo. Mora regresó a España a fines de 1819; y mes y medio más tarde el grito de Riego impidió la expedición militar a Buenos Aires. Fernando VII juró de nuevo la Constitución de 1812 (1).

Cuando el rey estableció el gobierno absolutista de 1823, Mora huyó a Inglaterra, donde hizo manifestaciones públicas en pro de la independencia de las colonias españolas.

Literato tan distinguido no podía menos de atraerse universales simpatías en las repúblicas del Nuevo Mundo. El Presidente de Argentina don Bernardino Rivadavia, prestó señalado servicio a su patria contratando a Mora para que redactara el periódico oficial de aquel gobierno.

Mora llegó a Buenos Aires a principios de 1827, y desempeñó con extraordinario celo las funciones de que estaba encargado; pero la impetuosidad de su carácter y su

---

(1) Noticias dadas por el literato español don Juan Pérez de Guzmán y Gallo, en un interesante artículo que reprodujo *El Ferrocarril*, de Santago, con fecha 7 de Octubre de 1899.

activa participación en política, impropias de un extranjero, le crearon poderosos enemigos, y al cabo de un año hubo de trasladarse a Chile, halagado por las ofertas del presidente Pinto.

Dificultades del mismo género que las anteriores hicieron también imposible a don José Joaquín de Mora su permanencia en nuestro país.

Felizmente vivió aquí mucho más tiempo que en la República Argentina, y después de tres años de lucha dejó arraigada entre nosotros la simiente liberal en el campo de la política y en el campo de las letras. Redactó la Constitución de 1828, difundió el conocimiento de buenos autores europeos y educó verdaderos discípulos, que le guardaron eterna gratitud (1).

Muy diversa de la de Mora fué la labor de don Andrés Bello y otros sus procedimientos a fin de realizarla.

Aunque colaboró de modo intenso en los consejos de gobierno y en las tareas positivas de la administración pública,—como oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, redactor del Código Civil y miembro del Senado,—se apartó invariablemente de las agitaciones políticas.

Esta conducta de esmerada reserva le permitió ejercer honda y duradera influencia en la educación de la juventud, y, ya sea por sus lecciones, ya sea por los sabios consejos que no negaba a amigos y discípulos, ora en fundamentales tratados de gramática y jurisprudencia, ora en artículos de crítica y erudición y en numerosas poesías, propias o traducidas, que daba a menudo a luz, el egregio

---

(1) Consúltese la obra *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos*, por don MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

venezolano trabó estrecho consorcio intelectual con las almas chilenas y propendió así en forma sólida y segura al progreso literario y científico.

Este alto magisterio, practicado con genuina probidad por un hombre de dotes excepcionales, que, nacido al calor de los trópicos, se formó en el centro más culto de Europa, debía durar por espacio de más de treinta y cinco años. De aquí nacieron las proyecciones extraordinarias de su enseñanza; y la verdadera dictadura que impuso a los que le escuchaban o leían, no resistida por nadie, y a la inversa, aceptada por todos con cariñoso respeto.

Don Andrés Bello llegó a Chile a mediados de 1829, cuando el prestigio de don José Joaquín de Mora se hallaba en su apogeo; debía presenciar la caída y el destierro de este rival suyo en las letras y en la cátedra; y su benéfica labor entre nosotros sólo concluyó con la vida, después de haber educado discípulos capaces de sucederle (1).

Todos los escritores chilenos que se han ocupado en narrar los principios de nuestra literatura señalan la fecha del primer número de *El Semanario de Santiago* como día memorable. Y, en efecto, este periódico, que prácticamente mostró los espléndidos resultados de las lecciones de Bello, de Mora y de los maestros del Instituto Nacional, ofreció a los aplausos de los lectores un centenar de trabajos de distinta índole, literarios, gramaticales, poéticos, pedagógicos y políticos, compuestos por jóvenes cuyo talento y entusiasmo constituía brillante esperanza para la patria (2).

(1) *Vida de don Andrés Bello*, por MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(2) Quien ha dado noticias más exactas y completas sobre *El Semanario* y sus colaboradores ha sido don Diego Barros Arana. Véase su obra *Un decenio de la Historia de Chile* (1841-1851), tomo I, págs. 310 y 328, y tomo II, pág. 29. Edición de 1913.

En las columnas del *Semanario* afirmó prestigio de literato don Antonio García Reyes, el cual ya había iniciado con éxito su carrera pública y, por desgracia, debía terminarla prematuramente; y en las mismas columnas el ilustre polaco don Ignacio Domeyko y don Antonio Varas, rector del Instituto Nacional, sostuvieron interesante debate sobre las necesidades de la enseñanza secundaria y superior, de donde debía originarse una de las reformas más trascendentales que han experimentado nuestros estudios de humanidades (1).

Pero los escritores que sin disputa ganaron la palma entre sus compañeros de redacción fueron don José Joaquín Vallejo y don Salvador Sanfuentes.

A más de las cualidades que reveló el primero de ellos en sus picarescas descripciones de costumbres nacionales, y de las dotes poéticas con que el segundo narró en nobles estrofas su leyenda *El Campanario,* estos jóvenes tomaron activa parte en una contienda periodística que aun recuerdan nuestros fastos.

En aquellos tiempos la República de Chile sirvió de asilo a muchos políticos y literatos sudamericanos que por acontecimientos diversos abandonaron a sus respectivos países.

Durante la administración del general Bulnes se reunieron al amor de la lumbre chilena el neogranadino García del Río (2), el peruano don Felipe Pardo y Aliaga,

---

(1) No debe extrañar que no se cite entre los escritores del *Semanario* a don José Victorino Lastarria, porque sólo publicó en esta Revista un artículo de poca importancia.

(2) Interesantes datos biográficos sobre este personaje pueden leerse en las págs. 305 y siguientes del tomo I de la obra de Barros Arana sobre el gobierno de Bulnes. Edición de 1913.

los argentinos don Domingo Faustino Sarmiento, don Vicente Fidel López, el doctor Ocampo (1), don Miguel Piñero, don Félix Frías, don Demetrio Rodríguez Peña, don Juan Bautista Alberdi, don Bartolomé Mitre y don Juan María Gutiérrez, y el uruguayo don Juan Carlos Gómez (2).

Todos ellos cultivaban las letras, y algunos han contribuído de una manera positiva al progreso e ilustración de los habitantes de este país.

Sarmiento, García del Río, Piñero, Frías, Rodríguez Peña, Alberdi (3) y Juan Carlos Gómez redactaron sucesivamente *El Mercurio*, de Valparaíso.

Gutiérrez se hizo acreedor a la gratitud y al aplauso de los chilenos con su espléndida reimpresión del *Arauco Domado*, y con la antología que llamó *América Poética* y dió a la estampa en 1846, la cual, según distinguido crítico español, «excede incomparablemente en mérito a las muchísimas colecciones análogas que después se han publicado en las Repúblicas del Nuevo Mundo» (4).

García del Río, además de su colaboración en *El Mercurio*, fundó en Valparaíso, por el estilo de las revistas

---

(1) Don Valentín Letelier publicó una biografía de este ilustre miembro del foro chileno en la *Revista de Derecho y Jurisprudencia*, en 1908

(2) Sobre la labor literaria y política de don Juan Carlos Gómez en Chile pronunció, a 7 de Octubre de 1905, noticioso discurso don Ricardo Montaner Bello, Director del Ateneo de Santiago, en la solemne junta celebrada con motivo de la traslación a Montevideo de los restos de aquel ilustre repúblico, yacentes en suelo argentino.

(3) Don Gonzalo Bulnes publicó en la *Revista Chilena*, tomo I, la biografía de este ilustre publicista.

(4) Vicuña Mackenna es autor de una noticiosa biografía de Gutiérrez. Véase además el artículo necrológico que le consagró don Luis Montt en la *Revista Chilena*, tomo X, pág. 593.

inglesas, un periódico semanal, con el nombre de *El Museo de Ambas Américas*, que contuvo gran variedad de materias, y ofreció verdadero interés a una sociedad joven como era la de Chile. Por desgracia, *El Museo*, que sólo apareció en Abril de 1842, murió por falta de suscriptores, en Diciembre del mismo año.

Don Vicente Fidel López, por su parte, también en el año de 1842, publicó *La Revista de Valparaíso;* y después del fracaso de ésta, empezó a redactar la *Gaceta del Comercio*, dirigida en aquel puerto por don Nicolás Pradel.

Sarmiento, de todos los argentinos residentes en Chile, es, sin discusión, el que más sirvió a nuestros adelantos literarios y pedagógicos. Fuera de su labor en *El Mercurio*, y en *El Progreso*, primer diario que apareció en Santiago, desempeñó el cargo de Director de la Escuela Normal de Preceptores y escribió numerosos libros y folletos de importancia (1).

Por desgracia, Sarmiento, en los dos diarios nombrados, y López, en *La Revista de Valparaíso* y en la *Gaceta del Comercio*, sostuvieron con los escritores de *El Semanario*, desde los primeros días de la fundación de este periódico, acalorada contienda que, a causa del irritable carácter de Sarmiento y del dogmatismo de López, degeneró en debate personal e hiriente, de una parte y de otra, y

(1) Los chilenos han pagado tributo de gratitud a este infatigable campeón de las letras, recordando su actuación entre nosotros, en diferentes obras. Consúltense las que siguen: MANUEL ANTONIO PONCE, *Sarmiento y sus doctrinas pedagógicas;* y J. GUILLERMO GUERRA, *Sarmiento, su vida y sus obras*. Además, don Luis Montt publicó, bajo los auspicios del gobierno argentino, los trabajos históricos y literarios de Sarmiento en Chile, y sus artículos de prensa sobre política de su país, en siete tomos. Años 1885-1889.

no produjo las benéficas consecuencias que habrían sido de esperar.

Con el pretexto de enaltecer el movimiento romántico que desde años atrás reinaba en Europa, y con el franco propósito de deprimir la literatura española, los escritores argentinos, contradichos por Vallejo y por Sanfuentes, quienes publicaron sendos artículos en *El Mercurio* y en *El Semanario*, creyeron oportuno extenderse en vanas disertaciones sobre los orígenes de la esterilidad de los jóvenes chilenos; las cuales ofendieron a los que habían sido alumnos de don José Joaquín de Mora y a los que continuaban siéndolo entonces de don Andrés Bello.

Sarmiento, sobre todo, sustentaba la opinión de que los métodos de este insigne venezolano, en vez de estimular a sus discípulos a escribir, les retraían de hacerlo, por el santo temor a incorrecciones de lenguaje y por exagerado culto a los *admirables modelos* que Bello les proponía como norma.

«Cambiad de estudios, exclamaba en hermosa exhortación a los jóvenes, y, en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y, cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre la patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida, escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta, será apasionado, aunque

a veces sea incorrecto, agradará al lector, aunque rabie Garcilaso...».

Después de este elocuente párrafo, Sarmiento llegaba hasta recomendar el ostracismo de Bello, el gran literato, «sin otro motivo, agregaba, que serlo demasiado y haber profundizado más allá que lo que nuestra naciente civilización exige los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a la juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento, y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración».

No puede menos de advertirse en las anteriores líneas que el polemista cometía flagrante injusticia contra aquel sabio maestro, en los mismos momentos en que los jóvenes educados por él daban espléndidas pruebas de que sus eruditas lecciones habían sido fructíferas.

Pero, en cambio, nadie negará que la tesis sostenida por el literato argentino encerraba algo de verdad. A los que empiezan no es posible pedir completa corrección, ni en el lenguaje ni en las ideas. A los que empiezan no conviene recomendar modelos infalibles. El buen profesor debe corregir a sus alumnos con extremada prudencia. De otra suerte, corre el riesgo de extinguir facultades naturales, y levantar barreras que los jóvenes no querrán o no podrán salvar siempre.

Exceptuada la falsa apreciación que hicieron del magisterio de Bello, si Sarmiento y López se hubieran limitado a lo expuesto, no merecerían censuras. Pero en el curso del debate extremaron sus doctrinas, hasta llegar a términos inverosímiles.

Sarmiento juzgaba insensato que «países como los americanos, sin literatura, sin arte, sin cultura», tuvieran

«pretensiones de formarse un estilo castigado y correcto», y que «se apegaran a las formas viejas de un idioma exhumado de entre los escombros del despotismo político y religioso».

Pocos días despues repetía estos mismos conceptos en forma más amplia, y proclamaba la libertad en el idioma y en la literatura, como en la política.

Don Vicente Fidel López no le iba en zaga a su compatriota en peregrinas teorías; y así no vacilaba en censurar a don José Victorino Lastarria, a pesar de que éste sentía también fervoroso entusiasmo por la escuela romántica, con motivo de que en un discurso dirigido a los jóvenes les había recomendado el estudio de la lengua española en los clásicos y modernos escritores de la Península.

«Creemos, asentaba López, que, si es cierto que la literatura española es retrógrada y antisocial, es imposible que el habla, que no sólo es el vocabulario sino el estilo y la literatura también, anuncie los progresos de la razón»; y concluía condenando el cultivo de la lengua de Castilla.

Estas exageraciones, las de López y las de Sarmiento, no serían hoy patrocinadas en las repúblicas hispano-americanas por ningún escritor de mérito nacido en ellas.

Por lo mismo que a mediados del siglo XIX estos países no podían enorgullecerse de poseer verdaderos literatos y artistas de la palabra, debían empeñarse en formarlos, y, con tal objeto, fomentar el estudio de la lengua, o sea, del instrumento necesario para la exacta expresión de las ideas.

Ahora bien, si entre nosotros no se habían escrito obras maestras, en prosa o verso, forzosamente los jóvenes tenían que buscarlas en la madre patria, a fin de adquirir en ge-

nuina fuente la verdadera índole y espíritu del idioma nacional.

Los consejos de Lastarria nacían de un criterio sano y recto.

El estudio de la lengua española entrañaba asimismo consecuencias de la mayor importancia para las naciones del Nuevo Mundo.

Si cada una de ellas se hubiera creído obligada a alejarse por completo de España y a recibir sus inspiraciones en otras comarcas, no habría estado lejano el día en que perdieran la uniformidad de la lengua y se oyeran en América tantos dialectos como repúblicas.

¿Era esto ventajoso? ¿Qué razón aconsejaba exponer a nuestros nacientes países a tamaña desventura?

Por el contrario ¿no había indudable conveniencia en que argentinos y chilenos habláramos una misma lengua, no sólo en el punto de vista literario sino también en el político?

Y, si la respuesta afirmativa venía a los labios por si sola ¿de qué otra forma podíamos conseguirlo sino acercándonos a España y estudiando con afecto a sus buenos escritores?

Felizmente en Chile triunfaron las lecciones de don Andrés Bello y de don José Joaquín de Mora, quienes supieron admirar a los grandes autores del romanticismo, sin que por eso menospreciaran las obras españolas del siglo de oro, e inculcaron en sus alumnos la necesidad de mantener la pureza del idioma patrio.

Así ha resultado que en nuestro país el castellano se habla mejor que en otras de las repúblicas de América.

IV

Don José Joaquín Vallejo.—Su retrato moral y su carrera política.—Pertenece a la escuela literaria de Larra, y posee originalidad y mérito propio.—Don Salvador Sanfuentes.—Imita a Mora en El Campanario.—Es el iniciador de la poesía descriptiva: Inami o la laguna de Ranco.—Otras obras.

De los principales contradictores que desde *El Semanario* lucharon con Sarmiento y con López, *Jotabeche*, o sea Vallejo (1), era seis años mayor en edad que don Salvador Sanfuentes.

Don José Joaquín Vallejo había nacido en cuna modestísima, pues su padre ganaba penosamente la vida en el

---

(1) José Joaquín Vallejo. (Copiapó, 1811 † 1858, Hacienda de Totoralillo).

1.° *Biografías.* Amunátegui, *Ensayos Biográficos*, tomo 3.°.—Alberto Edwards, *Biblioteca de Escritores de Chile*, tomo 6.°.—Pedro León Gallo *Suscripción de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andrés Bello*, página 103.

2.° *Crítica Literaria.* Domingo Arteaga Alemparte, *Discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades*, año 1866.—Gonzalo Bulnes-artículo publicado en la *Revista Chilena*, tomo 2.°, pág. 164.—Abraham König, *Introducción a las obras de Jotabeche*, Valparaíso, año 1878.

oficio de platero; y se había educado, gracias a la concesión de becas, primero en el Instituto de Coquimbo (1) y después en el Liceo de Chile, fundado por Mora en Santiago.

Los Cabildos de Copiapó y la Serena consiguieron para él estas prebendas, en vista de su aplicación y talentos.

Vallejo debía manifestar en el curso de la vida que tan hermosas dotes se hallaban compensadas con otras no muy recomendables.

Una vez clausurado el colejio de Mora, el joven copiapino siguió estudios de legislación en el Instituto Nacional; pero su pobreza le impidió terminarlos, y nunca obtuvo el título de abogado.

Después de consagrarse por algún tiempo al comercio, en 1835 alcanzó el nombramiento de secretario de la Intendencia del Maule.

Era su jefe el coronel don Domingo Urrutia. Como subalterno de este valeroso militar, Vallejo se manifestó obediente y cumplidor de sus deberes; pero más tarde, asociado con él en negocios de comercio, rompió con su antiguo jefe, y le declaró la guerra en todas las formas posibles.

Cualesquiera que hubieran sido las impertinencias y atropellos del intendente Urrutia, ellos no justificarían la actud de violencia y de acritud observada por Vallejo en los tribunales y en la prensa contra aquel respetable soldado de la patria.

Aun resuenan los ecos de las sangrientas burlas con

---

(1) Vera Yanattiz, *Liceo de La Serena*. 1903. Pág. 12.

que el futuro *costumbrista* (1) satirizó a quien había sido su protector, presentándole a la risa del público, en artículos impresos o manuscritos, como el tipo del mandón de provincia.

Al final de su carrera, Vallejo debía cometer delitos contra la libertad de los ciudadanos, iguales a los que censuró en su juventud. Esta inconsecuencia sólo se explica por su carácter violento; pues era incapaz de reprimir las pasiones que había heredado.

Vallejo no usaba puñal al cinto, como los mineros de Copiapó; pero esgrimía un arma más poderosa, la cual casi siempre ocasionaba heridas incurables.

Después de su riña con Urrutia, le cobró tanto odio que no omitió diligencia a fin de hacerlo destituir; y, no pudiendo conseguir este anhelado objeto, se convirtió en irreconciliable enemigo del gobierno.

Vallejo fué uno de los redactores de la *Guerra a la tiranía*, periódico que empezó a aparecer en Agosto de 1840, «el más provocador y ofensivo que jamás se ha publicado en Chile».

Los artículos de este periódico no sólo eran procaces sino groseros.

Por desgracia, las luchas políticas de los primeros tiempos de nuestra vida independiente se habían distinguido a menudo con iguales caracteres, en la prensa y en los debates del Congreso; y la *Guerra a la tiranía* habría po-

(1) Este vocablo aun no ha sido admitido en el Diccionario de la Academia Española. Es, sin embargo, necesario; pues no hay otra palabra para designar al artista pintor o al escritor de costumbres. En la décimocuarta edición del mencionado Léxico se da cabida a la voz *cuentista*, en el sentido de escritor de cuentos; y por idénticas razones, debiera incluirse el vocablo propuesto.

dido citar en justificación de su actitud antecesores como *El Hambriento* de 1827, redactado por egregios estadistas, en cuyas columnas no escaseaban injurias ni ataques personales de toda especie.

Las producciones que Vallejo insertó en la *Guerra a la tiranía* han sido reimpresas con esmero entre sus artículos de costumbres, y la lectura de ellas da idea de la licencia que dominaba entonces en el periodismo.

Vallejo designaba al presidente Prieto con el apodo de *viejo Asnul*, y al candidato a la presidencia, general Bulnes, con el de *Bulke*. «Este enfermo, escribía refiriéndose a él, es un traga-drogas, como es un sumidero de coñac, pisco y ginebra».

A don Manuel Montt, ministro de Justicia, de quien debía ser más tarde ardoroso partidario, le describía como «un indiecito de Nueva Holanda».

Evidentemente Vallejo, que desahogaba su ánimo por los medios modernos de la cultura más alta, cual era la prensa, no podía vencer sus sentimientos de odio y amor, propios de hombres de otra condición social que la suya.

Tenía, sin embargo, el mérito de arrepentirse. Cuatro años cabales después de haber publicado sus artículos políticos en la *Guerra a la tiranía* caracterizaba la misión de la prensa en las nobles frases que van a leerse: «Ella es uno de esos divinos presentes que Dios, inspirando a algunos escogidos suyos, suele hacer de tarde en tarde a la razón del hombre. Ella ha venido a domar las pasiones ilustrando la inteligencia; nó a sublevarlas, que eso sólo es obra del embrutecimiento».

Este hermoso arranque apareció en un periódico fundado por el mismo Vallejo en Copiapó, y, como se ve, era la

condenación más explícita imaginable de su violenta campaña contra el gobierno del general Prieto.

Pero la índole natural del joven atacameño fué siempre más poderosa que sus propósitos de enmienda, y no debían transcurrir otros cuatro años sin que nuevos artículos hirientes y personales revelaran la esencia misma del genio que le dominaba.

Por desgracia, a veces Vallejo no satisfacía sus violentas pasiones con ataques e injurias por la prensa; y no faltó ocasión en que recurriera a las vías de hecho.

A los pocos días de haber fundado *El Copiapino* se dió de bofetadas con el gobernador accidental don Eusebio Squella en una de las calles de la capital de Atacama, y a la luz del sol.

Este hecho descubre mejor el fondo de su alma que muchas páginas de observaciones íntimas.

Decepcionado de la política, don José Joaquín regresó a Copiapó en Septiembre de 1841, y permaneció en su ciudad natal por cerca de ocho años.

En la primera época se dedicó a la defensa de pleitos, aunque no poseía el título de abogado. Felizmente no necesitó perseverar en esta modesta tarea de profesional anónimo; pues, habiendo adquirido algunas barras de mina, le sonrió la suerte y reunió el caudal que necesitaba.

Esta fortuna y la popularidad de que entonces gozaba en la provincia dieron a Vallejo el cargo de diputado al Congreso por el departamento de Huasco.

Su obra como parlamentario fué deslucida: carecía de las condiciones del orador, y no llevó a los debates una ayuda verdaderamente útil. Por lo demas, sólo asistió a las sesiones de 1849 y de 1850.

En cambio, se hizo reo de deslealtad para con sus com-

pañeros de la Cámara. En el primero de los años mencionados envió desde Santiago numerosas correspondencias al *Mercurio* de Valparaíso, en que se burlaba groseramente de los más ilustres diputados liberales: de Lastarria y de don Bruno Larraín, de los presbíteros Taforó e Eizaguirre, de Sanfuentes y de don Justo Arteaga.

Cualquiera de los individuos de una corporación tiene pleno derecho para defender en ella sus ideas con tenacidad y constancia; y en el fuego de la réplica puede aun usar de argumentos personales, que admiten excusa. Pero no está autorizado, sin incurrir en la nota de falta de hidalguía, para sacar a luz en la prensa los defectos físicos, las enfermedades y las tachas de orden moral que hacen desmerecer a sus compañeros de trabajo.

«El corresponsal del *Mercurio*, apunta uno de los biógrafos de Jotabeche, fué una verdadera resurrección del redactor de la *Guerra a la tiranía*.»

El carácter irritable de Vallejo no le permitía discutir con calma ni batirse de guante blanco; y su mordacidad habitual se ensañaba contra el adversario que tenía al frente.

En la campaña de 1851 luchó con denuedo a favor del candidato de gobierno, o sea, don Manuel Montt.

Pero no se limitó a combatir dentro de la esfera legal. Con motivo de haber estallado un motín en la aldea Juan Godoy, en las faldas de los cerros de Chañarcillo, Vallejo, que recibió el mando de la fuerza destinada a sofocarlo, cometió graves atropellos contra la libertad de los ciudadanos.

«Sus faltas y actos, escribe don Pedro León Gallo, no tienen justificación, y sólo pueden explicarse por el vértigo que las pasiones políticas despiertan.»

Ya sea consecuencia de estos desaciertos, ya sea manifestación natural y lógica del torbellino revolucionario que envolvía a todo el país, la ciudad de Copiapó tomó asimismo armas contra el gobierno; y don José Joaquín habría, sin duda, perecido a manos de los que hacía poco tiempo eran sus admiradores si no hubiera escapado al puerto de Caldera.

En recompensa de su adhesión, el gobierno le hizo elegir en 1852 Diputado por Cauquenes; pero Vallejo no desempeñó este cargo, y a fines del mismo año aceptó una misión a Bolivia.

Sus gestiones diplomáticas alcanzaron tan pobre éxito que recibió órdenes terminantes de Chile para pedir su pasaporte antes de que completara cuatro meses de residencia en La Paz.

Así terminó la carrera política de Vallejo. En los últimos años se dedicó por completo a los negocios y a la familia. En 1850 había contraído matrimonio con una sobrina suya.

Don José Joaquín fué excelente marido y padre amantísimo.

Debe confesarse, sin embargo, que ni estas virtudes domésticas, ni su labor de hombre público explican el prestigio de que goza ante la posteridad.

La aureola que rodea la figura de Vallejo está formada por los cuarenta artículos de costumbres que publicó en la plenitud de la vida, entre los años de 1841 y 1847, en *El Mercurio*, de Valparaíso, *El Semanario de Santiago* y *El Copiapino*.

Toda esta obra literaria cabe en pequeño libro de trescientas páginas; pero constituye un pedestal más sólido y duradero que el bronce.

De los cuadros descritos por Vallejo sobre las costumbres de su época, sin duda, los mejores son aquellos que retratan a los mineros de Chañarcillo y a los habitantes de la capital de Atacama.

Entre los cuarenta artículos de la colección, los indicados no alcanzan a la mitad; y llevan los títulos que siguen: *Copiapó*, *Mineral de Chañarcillo*, *La mina de los candeleros*, *El derrotero de la veta de los tres Portezuelos*, *El Carnaval*, *Los descubridores del mineral de Chañarcillo*, *Vallenar y Copiapó*, *El puerto de Copiapó*, *Las tertulias de esta fecha*, *Pampa Larga*, *Paseos por la tarde*, *¡Quién te vió y quién te ve!*, *Los cangalleros*, *Las salidas a paseos*, *El teatro*, *los vapores y el hospicio de Chañarcillo* y *Corpus Christi*.

Estas son las más finas alhajas del joyero de *Jotabeche*: célebre seudónimo que vivirá mientras en Chile se cultiven las buenas letras.

Algunos críticos estiman también de alto valor las composiciones *Una enfermedad*, *El provinciano* y *El provinciano renegado*, *Las amas de mis hijos* y *El liberal de Jotabeche*.

No puede negarse que en ellas brillan las sutiles dotes del psicólogo, y que en todas desparramó abundantes granos de sal y de ironía; pero no sería justo compararlas con las telas de precioso colorido local en que describe los varios aspectos de la vida del minero.

El autor vivió él mismo esta existencia subterránea, sufrió sus hondas decepciones y experimentó los éxtasis que causa la riqueza descubierta. Por eso, aun cuando lo primero que observa el lector en estos artículos son notas de crudo realismo, que saltan a la vista, por poco que fije la atención, concluye sintiendo que palabras y frases se hallan animadas de profundo y tierno espíritu de sim-

patía por los mineros y por las minas, el cual espíritu abarca desde las piedras y capachos hasta los *cangalleros* y *apires*.

Vallejo se eleva a menudo en arrebatos de entusiasmo y de lirismo, sobre todo cuando refiere la espeluznante miseria de las faenas.

Dignos de su pluma son los dos trozos que siguen, colocados uno en pos de otro en el *Mineral de Chañarcillo*.

«Una mina es un raro testimonio del poder y de la osadía del hombre... El estallido horrible de la pólvora que quema el barretero en la labor que trabaja; la conmoción producida en la enorme mole, cuyo centro se hiere; y el estruendo mil veces repetido por los ecos de las demás concavidades y grietas de la mina, es lo más imponente de cuanto puede experimentarse, es la expresión sublime de la omnipotencia de la industria, o, como dicen los mineros, el quejido del cerro que siente despedazadas sus entrañas.»

Después del triunfo la fatiga.

«A la vista de un hombre medio desnudo, que aparece en su bocamina, cargando a la espalda ocho, diez y doce arrobas de piedra, después de subir con tan enorme peso por aquella larga sucesión de galerías, de piques y de frontones; al oir el alarido penoso que lanza cuando llega a respirar el aire libre, nos figuramos que el minero pertenece a una raza más maldita que la del hombre, nos parece un habitante que sale de otro mundo menos feliz que el nuestro, y que el suspiro tan profundo que arroja al hallarse entre nosotros es una reconvención amarga dirigida al cielo por haberlo excluído de la especie humana. El espacio que media entre la bocamina y la cancha, donde deposita el minero los metales, lo baña con el

sudor copioso que brota por todos sus poros; cada uno de sus acompasados pasos va acompañado de un violento quejido; su cuerpo encorvado, su marcha difícil, su respiración apresurada, todo, en fin, demuestra lo mucho que sufre. Pero, apenas tira al suelo la carga, vuelve a desplegar su hermosa talla, da un alegre silbido, bebe con ansia un vaso de agua, y desaparece de nuevo, entonando un verso obsceno, por el laberinto embovedado de aquellos lugares de tinieblas.»

El cuadro que acaba de leerse habría podido llevar la firma de cualquiera de los más célebres escritores franceses pertenecientes a la escuela naturalista.

A la precisión y a la verdad en los detalles Vallejo agregaba siempre los rasgos característicos de nuestras costumbres nacionales; y con razón la crítica le considera el primer escritor genuinamente chileno que produjo la República.

El género literario a que debe su prestigio se cultivaba en la Península Española desde hacía pocos años y por distinguidos escritores; entre los cuales sobresalen Estébanez Calderón, Larra y Mesonero Romanos. El segundo de éstos es sin disputa el más notable de todos. La colección de sus artículos llegó a Chile en 1841, y fué aquí reimpresa en 1844. Este libro inspiró a Jotabeche y le sirvió de modelo.

Muchos jóvenes de nuestro país han imitado a Vallejo, en vida de él y después de su fallecimiento; y han alcanzado gran fama de *costumbristas*. No es ésta, sin embargo, la verdadera escuela a que Vallejo sirvió de precursor.

Los artículos de costumbres en ningún país han formado el caudal de grandes corrientes; pues, a causa de

su naturaleza, constituyen la especialidad de reducido número de literatos. El mencionado género sólo se mantiene de observaciones generales y siempre carece de argumento preciso, por decirlo así, tangible.

En cambio, los cuentos, que han obtenido gran boga entre nosotros, pintan también costumbres, y por efecto de su composición, resultan más vivos, ya que presentan en escena, nó seres abstractos o sombras de figuras, sino varones y mujeres de cuerpo entero, y exhiben al mismo tiempo verdaderas pasiones humanas.

Nuestros cuentistas de hoy son los legítimos continuadores de la obra de Jotabeche.

Don Salvador Sanfuentes (1), que por dolorosa coincidencia no tuvo vida más larga que la de Vallejo y murió atacado por el mismo mal, se diferenciaba mucho de éste por su propia índole.

El primer poeta de la República consiguió la envidiable suerte de ser el discípulo predilecto de don Andrés Bello, con el cual compartió las labores universitarias, primero como secretario general y más tarde como decano de la Facultad de Humanidades.

Sanfuentes recibió las sabias lecciones del maestro cuando Bello era todavía un hombre vigoroso, en la plenitud del talento; y, después de haber sido guiado por él en sus lecturas, en sus composiciones escolares y en las obras que escribió durante la edad viril, rindió la cabeza

---

(1) *Salvador Sanfuentes y Torres.*—(Santiago, 1817; † 1860, Santiago).
1.º *Biografía.*—Miguel Luis Amunátegui, *Don Salvador Sanfuentes.*
2.º *Juicios Literarios.*—Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas hispano-americanos.*—Valderrama, *Bosquejo histórico de la poesía chilena.*—Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos.*

al sueño eterno un lustro antes que don Andrés se despidiera para siempre de sus amigos.

Puede decirse que tocó a este último la triste honra de escribir el epitafio que debía esculpirse sobre el sepulcro recien construído.

«Cuando la nación llora sobre la tumba de un ciudadano, se lee en la carta de pésame que a la viuda de Sanfuentes dirigió el rector de la Universidad, la familia tiene doble motivo para hacerlo.»

Don Salvador fué discípulo de Bello en la más amplia acepción de la palabra, e, inspirado en sus consejos, dió a luz poéticas leyendas; de igual suerte que en los bosques del sur florecen hermosas enredaderas de copihues entre las brillantes hojas del canelo.

La primera obra notable publicada por Sanfuentes es su leyenda *El Campanario*, que apareció, como se ha leído, en *El Semanario de Santiago*, en 1842, cuando el autor sólo contaba veinticinco años de edad.

Esta composición se halla evidentemente inspirada en las *Leyendas Españolas* de don José Joaquín de Mora, de las cuales llegó un ejemplar a don Andrés Bello a los pocos meses de haber sido impreso en Londres.

El ilustre crítico dió sobre la obra generoso juicio en un número del *Araucano* de Noviembre de 1840, y no vaciló en manifestar que Mora «había ensayado en estas poesías un género de composiciones que le parecía nuevo en castellano, y cuyo tipo presentaba bastante afinidad con el del *Beppo* y el *Don Juan* de Byron, por el estilo alternativamente vigoroso y festivo, por las largas digresiones que interrumpían a cada paso la narración, y por el desenfado y soltura de la versificación, que parecía jugar con las dificultades».

Después de tan favorable dictamen, no es aventurado suponer que el mismo Bello puso el libro en manos de su amigo y discípulo Sanfuentes.

Este fué el origen de *El Campanario;* nombre feliz, que desde hace setenta años permanece ligado al del autor, en tal forma que es imposible recordar al uno sin el otro.

Don Salvador imitó en lo posible las leyendas de Mora; y, aunque, como principiante que era, se manifiesta inferior al modelo, que se distinguía por su extraordinaria habilidad para escribir en verso castellano, le aventaja bajo otros respectos.

Así Sanfuentes dió a su relato un colorido local que falta en la obra del maestro gaditano.

Muy conocidas y aplaudidas han sido en todo tiempo las estrofas del *Campanario* en que se describen las costumbres de un marqués chileno.

Por desgracia, no merecen igual elogio las demás partes de que consta la leyenda. Críticos beneméritos observan la inverosimilitud del desenlace, y la dañosa influencia ejercida sobre el argumento mismo por la literatura romántica europea.

Debe advertirse que *El Campanario* sólo fué un ensayo; y, en su elogio, es justo recordar que el maestro, o sea, Bello, seducido por el buen éxito del alumno, pretendió escribir una obra del mismo género.

«Allá por los años de 1844 o 1845, don Andrés Bello, refiere su biógrafo, concibió la idea de componer un poema narrativo, por el estilo de las *leyendas* de Mora, a fin de pintar las costumbres chilenas del principio de este siglo, y celebrar algunos episodios históricos de la revolución de la independencia. El poema debía denominarse *El proscrito*».

Ya era tarde. Las musas no inspiran sino rara vez a los ancianos. De tan hermoso proyecto sólo se conservan algunos fragmentos.

Más o menos, en esta época, Sanfuentes, que había sido nombrado intendente de Valdivia, compuso dos nuevas obras o leyendas, a las cuales no fueron por cierto extrañas las lecciones de Bello.

Una de ellas se llama *El bandido* y la otra *Inami o la laguna de Ranco* (1).

En estas composiciones, y sobre todo en la segunda, don Salvador se complace en cantar la naturaleza virgen de las regiones del sur, la cual deslumbró su vista y conmovió profundamente su numen.

El autor de la *Silva a la agricultura de la zona tórrida* debió sin duda de aplaudir esta feliz iniciativa de su querido discípulo.

Hasta entonces ningún poeta chileno había descrito las bellezas naturales de nuestro país; sin que pueda exceptuarse a Pedro de Oña, cuyos cuadros son falsos y artificiosos, como que el autor salió muy joven de Chile y escribió por recuerdos en la ciudad de los virreyes.

Corresponde, pues, a Sanfuentes la honra de haber introducido en nuestra literatura la poesía descriptiva, que más tarde algunos vates nacionales han cultivado con verdadero buen éxito.

---

(1) Las tres leyendas de don Salvador Sanfuentes mencionadas en el texto han merecido ser reimpresas. *El Campanario*, como acaba de leerse, apareció por primera vez en *El Semanario de Santiago*, en 1842; y *El bandido e Inami*, en 1850, en un volumen que don Salvador dió a luz con el título de *Leyendas y obras dramáticas*. Las tres obras fueron reproducidas en uno de los tomos de la *Biblioteca Chilena*, publicada en Leipzig durante el año de 1885, bajo la dirección de don José Abelardo Núñez.

Las hermosas estrofas que van a leerse y han sido tomadas de la introducción a la leyenda *Inami* ofrecen poético contraste de tempestad y calma en la espléndida comarca de Valdivia.

Aun aquí, pues, naturaleza brilla
en su primera majestad sencilla,
majestad, sencillez que humanas obras
no igualarán jamás. Es su belleza,
como la del salvaje,
sublime y admirable en su aspereza.
De bárbara pasión con el coraje
las tempestades mismas se difunden,
que sin cesar su atmósfera confunden.
Escúchase a menudo,
los techos agitando
y aun los frágiles muros doblegando,
el soplo bramador del viento rudo.
Nubes ennegrecidas,
como de combatientes densas hordas,
se lanzan de los montes
y cubren de negror los horizontes.
Braman al lejos sordas
las olas de la mar enfurecidas,
y del norte a los fieros arrebatos
gruesa lluvia la tierra inunda a ratos.
Tal vez un remolino
hace crujir cien robles;
agítalos; sacúdelos; en dobles
sentidos los embiste;
y al fin, nada a su esfuerzo se resiste,
siembra de sus despojos el camino.

Sus aguas acrecienta y todo absorbe
revuelto el Callecalle. Inmensa guerra
parece ser el orbe;
y al dilatarse rimbombando el trueno,
creyérase tal vez que de la sierra
descienden a los llanos,
montados en violentos corredores,
y alaridos lanzando aterradores,
nubes de conjurados araucanos!

Mas después que ha durado vario día
ese obstinado choque de elementos,
más apacibles vientos
vienen la niebla a desterrar sombría.
¡Cuán bello se presenta entonce el cielo!
¡Cómo el llano y el monte se engalana!
Y el suavísimo ambiente con qué anhelo
ya libre el pecho a respirar se afana!
Lago de plata el río se convierte
sobre su fondo trasparente, oscuro;
y el cáliz de las flores,
sembrando por doquier sus mil colores,
un oceano de perfumes vierte.
En rápidos cambiantes,
al torrente de luz que el sol despide
sobre horizontes del zafir más puro,
los verdes resplandecen más brillantes,
e inmensa reflexión la vista impide!
Resucitar parece la natura
de un prolongado sueño de quebranto;

y en medio aquel encanto,
donde ella se prodiga sin mesura,
la ciudad renaciente que algún día,
como hija predilecta del chileno
conquistador, su nombre recibía,
de su recinto ameno
se eleva, cual de un lecho de esmeralda;
y mientras la onda muda
viene del río a acariciar su falda,
el labrador de lejos la saluda.

Estos inspirados versos dan la medida de las facultades poéticas de Sanfuentes: su facilidad para componer le hacía a veces incurrir en helados prosaísmos y en insignificantes rimas; pero su innegable vena lírica le mantenía de ordinario en el mundo de los sueños.

Por lo demás, cuando pintaba los ríos y bosques de Valdivia, reproducía fielmente la realidad de las cosas, que había estudiado con esmero y había también descrito con pluma de funcionario.

En una de sus memorias al Gobierno había creído oportuno ofrecerle un cuadro completo de las excelentes condiciones geográficas de la provincia, con el fin de que se aprovecharan estas ventajas en el fomento de las industrias.

Por una feliz circunstancia, en el mismo año en que Sanfuentes fué llamado a la Intendencia de Valdivia, don Ignacio Domeyko visitó las regiones vecinas de Arauco y dió a la estampa en Santiago el hermoso estudio que lleva por título el de *Araucanía y sus habitantes*.

El autor de este libro se propuso la dilucidación del eterno problema sobre la mejor manera de civilizar a los

indígenas; y con tal motivo describió el estado moral de ellos, sus usos y costumbres. Y, a manera de prólogo, destinó algunas páginas, muy interesantes por cierto, a la naturaleza física del territorio.

«El estilo de esta obra, según el biógrafo de Domeyko, es sumamente poético, pintoresco, de ninguna manera inferior al de las mejores páginas de Humboldt.»

Por su parte, el mismo Domeyko hace la franca declaración que sigue, en carta a su amigo el General Aldunate: «Al escribir esta memoria, le dice, mi ánimo fué el de inspirar a la juventud chilena un cierto deseo de viajar por el interior de Chile, con el intento de conocer su país, como también el de invitar a esta juventud a que buscase inspiraciones en la bella naturaleza de Chile, en la vida social de sus habitantes...».

No sería, pues, temerario imaginar que don Salvador Sanfuentes recibió poderoso impulso del libro de Domeyko para la composición de sus leyendas; tanto menos cuanto que él, también deseoso de conseguir algún progreso en la cultura de los indígenas, se había visto obligado a estudiar y discutir, en una de sus memorias oficiales, el libro del sabio polaco.

A más de *El Campanario*, de *El Bandido* y de *Inami*, don Salvador compuso posteriormente las leyendas tituladas *Huentemagu* y *Ricardo y Lucía* o *La destrucción de la Imperial;* fué autor de dos dramas originales y en verso, *Juana de Nápoles* y *don Francisco de Meneses*, este último inconcluso; y, por fin, publicó gran parte de un poema que no alcanzó a ver terminado, *Teudo o Memorias de un solitario.*

No fué, sin duda, pequeña la obra poética con que en

riqueció las letras nacionales. Sólo la leyenda *Ricardo y Lucía* comprende 17,626 versos.

Aunque Sanfuentes censuró al empezar su vida literaria las exageraciones de los románticos, incurrió sin darse cuenta, en iguales defectos que ellos en casi todas sus obras.

Así *Juana de Nápoles*, en que se halla de manifiesto la impericia teatral propia de un joven que no había viajado fuera de Chile, por la naturaleza del asunto, pertenece al repertorio de Dumas padre, el gran dramaturgo francés; y *Teudo o Memorias de un solitario* narra aventuras tan fantásticas como las de *Don Alvaro o la Fuerza del Sino*, del duque de Rivas.

En cuanto a sus leyendas, a pesar de que don Salvador se inspira de ordinario en los cronistas españoles de la guerra de Arauco, desnaturaliza casi siempre el asunto y concluye por envolver a los personajes que pone en escena en una atmósfera de completa inverosimilitud.

El argumento de *Huentemagu* es la historia del cautiverio de una monja de Osorno, sor Gregoria Ramírez; la cual, a principios del siglo XVII, cayó en poder de un cacique de Arauco, y, según afirma Diego de Rosales, fué respetada por su dueño, sin menoscabo de la honestidad.

Ricardo y Lucía puede considerarse la segunda imitación del *Cautiverio Feliz*, de Núñez de Pineda y Bascuñán.

La primera, como se recordará, había sido ejecutada a fines del siglo XVII por el mercedario Juan de Barrenechea y Albis, quien dió a su obra forma de novela y la llamó *Restauración de la Imperial.*

Don Salvador Sanfuentes prefirió aprovechar este tema

para una leyenda, cuya acción se desenlaza durante la conquista e incendio de la Imperial por las hordas araucanas.

Las memorias de Pineda y Bascuñán conservan todo su mérito, y son muy superiores a la novela y a la leyenda mencionadas.

El asunto de *El Bandido* es de pura imaginación, y no ofrece ni las apariencias de la realidad.

Después de *El Campanario*, *Inami* es la mejor de las obras de Sanfuentes; pero en ella no debe buscarse la exactitud etnológica que exigen los preceptistas modernos.

A pesar de todo, nadie negará que la versificación fácil del autor hace grata la lectura de sus obras, en las cuales el alma del poeta vibra conmovida en cada página por sentimientos nobles y abnegados.

Don Salvador escribió asimismo una memoria histórica, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*, cuya introducción leyó ante los miembros de la Universidad, en la sesión solemne celebrada a 1.º de Diciembre de 1850.

A la corrección de la forma, este concienzudo trabajo agrega la profundidad del pensamiento. Debe confesarse, sin embargo, que la rapidez con que fué compuesto impidió a Sanfuentes dar un cuadro completo de los hechos principales.

La labor de investigación es muy deficiente.

El discurso preliminar, en cambio, revela comprensión clara y filosófica del asunto. El autor poseía las dotes de un verdadero maestro.

Fuera de los destinos universitarios y de la Intendencia de Valdivia, Sanfuentes desempeñó en su corta exis-

tencia los altos cargos de Ministro de Estado y de Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago.

Fué también miembro de la Cámara joven en uno de los períodos de mayor agitación parlamentaria.

En todas partes sirvió a la patria con talento y actividad; pero su gloria no se halla vinculada a los empleos públicos.

La juventud le recordará principalmente por sus poéticas leyendas, en que descubre hasta el fondo un alma tierna y generosa.

V

Progresos en la enseñanza pública.—El Seminario Conciliar de Santiago es separado del Instituto Nacional.—Se funda la Universidad de Chile.—Doble carácter de este establecimiento: académico y docente.—Don Andrés Bello fomenta el cultivo de la historia nacional; y don Ignacio Domeyko, el de las ciencias.—Fecunda labor de la Universidad.

Al finalizar la primera mitad del siglo XIX la instrucción pública había alcanzado grandes progresos.

En cumplimiento de una ley del año anterior, el Ministro Portales ordenó en Noviembre de 1835 la separacion del Seminario Conciliar de Santiago y del Instituto Nacional; y asignó al primero de estos colegios una renta anual, que debía invertirse en el arriendo de casa. El Instituto conservó la que ocupaba, esto es, la antigua de la Compañía de Jesús.

Los resultados fueron de positiva ventaja para la enseñanza. Desligado del plan de estudios teológicos, y con una población escolar homogénea, el Instituto, dirigido por hombres de primera fila, como don Manuel Montt, don Antonio Varas y don Francisco de Borja Solar, no sólo mejoró su disciplina interna sino que también robus-

teció y adelantó la enseñanza científica y literaria de los alumnos.

Es un hecho reconocido por todos que el Instituto ha sido desde su fundación el plantel más fecundo en escritores de mérito.

A los pocos años de esta gran reforma, la ley estableció otra de vastas proporciones y de mayor trascendencia inmediata para el cultivo de las letras nacionales: la creación de la Universidad de Chile.

Este nuevo organismo revestía doble carácter; pues era académico, y al mismo tiempo docente.

Hacía veinte años, uno de nuestros estadistas que en los albores de la República con más brillante éxito trabajaron en favor del progreso intelectual, don Mariano Egaña, había fundado la *Academia Chilena* con idéntico programa al que tuvo la Universidad de 1843 como sociedad literaria; pero tan hermosa creación murió como mueren aquellas plantas que carecen de sol y agua.

Nuestro país aun no alcanzaba su completa independencia, pues su extremidad austral permanecía bajo la dominación del Rey; y muy pocos chilenos ilustrados podían entonces dedicarse a la profesión de las letras.

La labor universitaria, en cambio, fué fecundísima, gracias a un centro social mejor preparado.

Nuestra Universidad, además de hacer progresar en forma notable el cultivo de las letras y de las ciencias, ha promovido la afición a las bellas artes.

Habría sido empresa ineficaz la de insistir entonces en la fundación de una academia o instituto literario por el estilo de los establecidos en grandes pueblos de antigua civilización. Empezábamos la vida libre, y teníamos necesidad de andaderas muy sólidas.

Fué sin duda muy feliz idea la de asociar al primero de nuestros colegios facultades, o academias, encargadas de las diferentes ramas del saber.

La institución no habría dado, sin embargo, frutos importantes sin el sabio gobierno de don Andrés Bello, su primer rector.

Según los estatutos universitarios, todos los años uno de los miembros de la corporación, designado por el rector, debía leer en sesión solemne un discurso, o memoria, sobre historia nacional.

Esta acertada medida promovió el estudio de nuestros anales patrios en forma tal que, puede afirmarse, a ella se debe que la historia de Chile sea mejor conocida que la de ningún otro de los países hispanoamericanos.

El hecho ha sido patentizado por crítico idóneo e imparcial. «No hay rincón de su historia, escribe Menéndez y Pelayo, que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios».

De más está decir que don Andrés Bello guió a la mayoría de los autores de las primeras memorias con prudentes consejos y atinadas correcciones.

Uno solo de ellos se colocó en abierta contradicción con el maestro, y éste fué don José Victorino Lastarria, joven de veintisiete años, a quien eligió el mismo Bello en 1844 para que iniciara estos estudios históricos.

La obra de Lastarria lleva por título el de *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile.*

Dos años más tarde Lastarria compuso un nuevo trabajo, que fué premiado en el certamen abierto por la Facultad de Filosofía y Humanidades: *Bosquejo histórico de la*

Constitución de Chile, durante el primer período de su revolución.

Ambas obras revistieron el carácter de discursos o disertaciones, más bien que el de historia; y si no puede negarse que, fundándose el autor en hechos comprobados por egregios escritores europeos, y en recuerdos tradicionales de nuestro propio país, se halló en situación de desentrañar los rasgos salientes del Gobierno de España en América, no adelantó gran cosa en punto a las peculiaridades del régimen social y político de la que había sido colonia chilena por cerca de tres siglos.

Lastarria careció de originalidad en estos ensayos juveniles; pues en ellos se limitó a referir y a comentar errores y preocupaciones ya extensamente expuestos en obras como la *Historia Filosófica* de Raynal, la *Historia de América* de Robertson, las *Noticias secretas* de don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, y algunas del abate De Pradt.

Es verdad que sacó interesantes deducciones aplicables a este país, y que en un estilo lleno de energía y elegancia tuvo valor para condenar las funestas consecuencias del régimen español que aun persistían en las prácticas sociales y gubernativas de Chile; pero también es cierto que tal no había sido precisamente el objeto de las memorias universitarias.

Estos ensayos revelaron que en Lastarria había la tela de distinguido publicista, mas no de verdadero historiador.

Con muchisíma razón, don Andrés Bello aconsejaba a los jóvenes el estudio de los hechos mismos, antes de que pensaran en discurrir sobre el espíritu y tendencias del régimen español.

«Cuando la historia de un país, escribe en *El Araucano*, no existe, sino en documentos incompletos, esparcidos, en

tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado.»

«Aprended, exclamaba con elocuencia, a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más cercanos a ellas. El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica. ¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fué el descubrimiento y conquista de América? Leed el diario de Colon, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Robertson. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa.»

La mayoría de los discípulos de Bello y algunos otros miembros distinguidos de la Universidad que consagraron sus ocios al estudio de la historia patria respetaron las opiniones del sabio maestro y adoptaron en sus trabajos el método por él indicado; y del mismo modo que, gracias a las lecciones de Bello, las personas cultas de nuestra sociedad se expresan en un lenguaje bastante correcto, pueden los chilenos sentirse ufanos de que la historia de su país es de las mejor estudiadas entre las naciones hispanoamericanas, merced también a la influencia del ilustre venezolano.

De las dos memorias que Lastarria presentó en la Universidad la que conservó por mayor tiempo su interés fué la segunda de ellas, o sea, el *Bosquejo Constitucional*, en que el autor trascribió íntegramente el texto mismo de las diversas constituciones dictadas en el primer período de

la revolución, y dedujo de estos documentos sensatos principios de filosofía y jurisprudencia.

La inserción de tan importantes piezas no debe ser censurada, porque la mayoría de los lectores las desconocían, y, como decía Bello, hay pleno derecho para pedir al autor de un libro de historia la comprobación de sus palabras.

Entre nosotros aun no se publicaban esas colecciones de documentos, tan comunes en los principales países de Europa, que ofrecen a los historiadores una base irrefutable.

Lastarria, sin embargo, sentía repugnancia al análisis positivo de los archivos históricos, y, por impulso natural, prefería desenvolver sus tésis políticas y filosóficas.

No ha faltado quien imagine que Bello, al censurar este método, obedecía a cálculos interesados más bien que a convicciones de doctrina.

—No olvidéis, se insinúa, que el sabio venezolano era consejero y empleado de un gobierno conservador, y que, por tanto, se hallaba obligado a defenderlo. El rector de la Universidad debía formar una nueva generación de jóvenes instruídos, pero nó de adversarios al gobierno. La propaganda de Lastarria era sumamente peligrosa.

Todo esto será muy exacto; pero no puede negarse que las lecciones de don Andrés Bello acerca del modo de escribir la historia recomendaban el único método aplicable en un país cuya vida no había sido estudiada en las fuentes originales.

La segunda memoria presentada en conformidad a la ley universitaria fué la del benemérito estadista don Diego José Benavente, quien escogió por tema la defensa militar de don José Miguel Carrera, a cuya causa había estado íntimamente unido.

Sin duda, el autor no tenía la imparcialidad indispensable; pero, en cambio, era un testigo de vista, que conocía perfectamente los hechos narrados, como que había sido actor en ellos.

Por otra parte, conservaba en su poder el *Diario Militar* de Carrera y los documentos originales en que se fundan las afirmaciones de este prócer de nuestra independencia (1).

El libro de Benavente fué bautizado con este nombre: *Memoria histórica sobre las primeras campañas en la guerra de la independencia;* y trata de los acontecimientos militares de 1813 y 1814.

La obra se halla escrita en estilo digno y levantado; y desde el primer día alcanzó favorable éxito entre las personas cultas del país.

La tercera memoria universitaria del género de las anteriores se debió a la brillante pluma de don Antonio García Reyes (2). Su trabajo sobre *la primera escuadra nacional* revela imparcialidad, estudio concienzudo de las fuentes y dotes naturales de escritor.

Durante el largo rectorado de don Andrés Bello se presentaron además las memorias históricas que siguen.

El primer gobierno nacional, por don Manuel Antonio Tocornal. Este es un verdadero capítulo de historia, y

---

(1) Estos documentos han sido publicados en el tomo XXIII de la *Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la independencia de Chile.* Sobre la memoria de Benavente, consúltese a Barros Arana, *Historia General,* tomo IX, página 649.

(2) Barros Arana, *Historia General,* tomo IX, página 443; y Vicuña Mackenna, tomo IV de la obra *Historia General de la República de Chile,* año 1868.

sin duda uno de los más importantes de la historia patria. Debe reconocerse, sin embargo, que su autor, hábil abogado y orador parlamentario eminente, carecía de las cualidades que distinguen a los investigadores de profesión.

Sobre el servicio personal de los indígenas y su abolición, por el presbítero don José Hipólito Salas. El señor Salas, que sobresalió en la oratoria sagrada, se limitó en su memoria a dilucidar una sola parte del tema escojido: el sistema de guerra defensiva que a principios del siglo XVII, y con autorización del Rey de España, ensayó la Compañía de Jesús en las fronteras de Arauco. La noble y heroica figura del padre Luis de Valdivia, promotor del proyecto, exigía un estudio más profundo que el que pudo realizar el presbítero chileno. Faltaron a éste los documentos necesarios, que mucho más tarde copió en la Península don Benjamín Vicuña Mackenna. De todas suertes, prestó el señor Salas señalado servicio a la historia de Chile derramando copiosa luz sobre la atrevida empresa del padre jesuíta.

Derecho público chileno, por don Ramón Briseño. Encierra una colección completa de todas las constituciones aprobadas y proyectadas desde 1811 hasta 1833, y ha servido de poderoso auxilio a los publicistas e historiadores de nuestro país.

Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo, por don Salvador Sanfuentes. En el capítulo anterior se ha hablado de esta obra, para la cual su autor dispuso de muy poco tiempo.

Historia de la enseñanza en Chile, por el presbítero don Ramón Valentín García. No es propiamente una memoria, como las que se habían escrito por los demás miem-

bros de la Universidad, sino un discurso. El trabajo contiene muy escasas noticias, y carece de interés.

La dictadura de O'Higgins, por don Miguel Luis Amunátegui. Obra de carácter político, en la cual el autor pone de manifiesto la omnipotencia de que gozaba O'Higgins, y el envanecimiento que había llegado a apoderarse de él. En 1823, cuando fué derribado del poder, el fundador de nuestra independencia se creía un gobernante necesario a la felicidad de su patria. Debía vivir veinte años más, y pudo convencerse de lo contrario.

Las Campañas de Chiloé, por don Diego Barros Arana. La mencionada memoria fué uno de los primeros trabajos históricos del autor. El señor Barros Arana hacía pocos meses que había alcanzado la mayor edad cuando compuso su libro, y se reveló en él infatigable investigador de los archivos y narrador eximio de los anales patrios.

Sobre los sucesos ocurridos desde la caída de don Bernardo O'Higgins en 1823 hasta la promulgación de la constitución dictada en el mismo año, por don Domingo Santa María. Hábil abogado, y más tarde juez y egregio estadista, el autor no tuvo tiempo para consagrarse al trabajo de analizar documentos y de registrar archivos; pero pudo disponer de los papeles históricos de Barros Arana, y recogió además valiosas tradiciones de boca de testigos respetables. Su narración es siempre fidedigna, y su estilo, elocuente y animado, se asemeja al de esos escritores franceses, como Emilio Ollivier, de quienes se ha dicho que parecen pronunciar un discurso cuando escriben. El señor Santa María fué uno de los primeros oradores de su tiempo.

Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828, por don Federico Errázuriz. Esta memoria no descubre a un es-

critor ni a un historiador; pero describe con sencillez y abundancia de pormenores un período interesante de nuestras guerras civiles. El señor Errázuriz abraza con entusiasmo la causa de los vencidos, y manifiesta convicciones liberales arraigadas.

Descubrimiento y Conquista de Chile, por don Miguel Luis Amunátegui. «Estudio cabal y completo de los documentos conocidos hasta entonces, escribía Barros Arana en 1884, grande arte en la exposición y en la narración, buen colorido en el estilo y notable sagacidad en los juicios, son las dotes que dominan en esa obra, cuya lectura recomendamos ardientemente a los que quieran estudiar bien esta parte de nuestra historia» (1).

Chile durante los años de 1824 a 1828, por don Melchor Concha y Toro. Más o menos idéntico juicio al que se ha leído sobre la memoria del señor Errázuriz, merece la del señor Concha y Toro. «Ella forma, escribe Vicuña Mackenna, un compendio claro, imparcial y luminoso, sino del todo completo, de una de las épocas más agitadas y turbulentas del crecimiento de nuestro país y de nuestros partidos políticos» (2). El autor hace presente que eligió el tema enunciado con el objeto de llenar el período que abarca desde el fin de la memoria del señor Santa María hasta el principio de la escrita por don Federico Errázuriz; pero, como lo advierte Vicuña Mackenna, tal vez no fué extraño a esta elección el hecho de que en la misma época tuvo el padre del señor Concha y Toro señalada intervención en el Gobierno.

---

(1) Barros Arana, *Historia General*, tomo, I, pág. 442.

(2) Introducción puesta a la memoria. *Historia General de la República de Chile*, tomo, V, pág. 203.

Esta fue la última memoria compuesta en el rectorado de Bello. De este modo, y bajo su discreta dirección, empezó a escribirse en forma sistemática la historia política y militar de Chile.

El brillante éxito alcanzado en este género literario ha merecido siempre, de nacionales y extranjeros, espontáneos y calorosos aplausos; pero no faltan tampoco aristarcos que lo niegan, y censuran el desarrollo y tendencias de la historia chilena.

«Hay quienes creen que en nuestras historias hay mucho, muchísimo follaje, y poco, poquísimo grano; que se copia y extracta mucho y se llenan páginas con menudencias indignas de la historia, y falta la síntesis, la observación filosófica y la narración pintoresca que da vida, amenidad y carácter al cuadro histórico.»

Esta apreciación peca sin duda de severa, y, además, de injusta. Muchos capítulos, y aun libros enteros de nuestra historia patria, brillan por su esquisito arte literario, y no son inferiores a las obras de buenos escritores europeos.

No todos los volúmenes de nuestra biblioteca histórica se hallan en este caso; pero sus autores merecen indulgencia si se atiende a que algunos escribieron sus memorias cuando eran muy jóvenes y a que la mayoría de ellos tenían que robar al trabajo diario, con que se ganaban la vida, el tiempo indispensable para estudiar concienzudamente los sucesos del pasado.

Por lo demás, no es cierto que en nuestros libros históricos el follaje exceda al grano con desproporción. Menéndez y Pelayo, que observa «la sequedad habitual de la literatura chilena», reconoce que ella es «sólida por lo común».

Si don Andrés Bello hubiera podido conocer aquellas críticas, es indudable, habría tomado la pluma para rebatirlas.

El rectorado de su sucesor, que lo fué el ilustre repúblico don Manuel Antonio Tocornal, pasó como una sombra, pues apenas duró un año; y tanto en este período como en el siguiente del sabio polaco don Ignacio Domeyko, los miembros de la Universidad continuaron sin descanso en su intensa labor histórica.

Domeyko ha sido uno de los grandes reformadores de nuestra enseñanza: a él se debe la trascendental innovación de separar el curso de humanidades de los estudios superiores, y a él corresponde la gloria de haber fomentado importantes asignaturas científicas. Basta recordar que compuso en nuestro país los primeros textos escolares en diversos ramos: *Tratado de ensayes*, *Elementos de mineralogía*, *Geología*, *Geometría subterránea*, y *Elementos de física*.

Aunque algunos de estos libros no han visto la luz pública, todos han contribuído a la educación científica de la juventud. Su autor dió lecciones sobre las indicadas materias en Coquimbo y en Santiago.

El rectorado de don Ignacio Domeyko se prolongó por más de tres lustros y favoreció eficazmente el progreso de las letras y de las ciencias en nuestro país.

VI

Don José Victorino Lastarria.—Sus maestros: Mora, Marín, don Andrés Bello.—Profesor de colegios particulares, y de legislación en el Instituto Nacional.—Se recibe de abogado.—Reseña de su carrera política: triunfos oratorios.—Cinco obras notables de derecho público.—Carrera literaria: funda periódicos y sociedades de bellas letras.—Cultiva casi todos los géneros.—Los Recuerdos Literarios.—Carácter de Lastarria.

De las primeras generaciones formadas en Chile independiente, Lastarria descuella por su genial inteligencia, por su libertad de criterio, y por su viril energía para propagar las doctrinas que creyó verdaderas.

Fué ciudadano benemérito e infatigable obrero intelectual, cuyo surco quedó profundamente grabado en el primer siglo de nuestra vida republicana.

Durante cincuenta años trabajó sin descanso en todas las esferas de la actividad social: en la cátedra, en la prensa, en el Congreso, en los tribunales de Justicia, en las oficinas de Gobierno y en las faenas de la industria.

En aquella época, los hombres que poseían talento e instrucción, tenían el deber de emplear estas cualidades, no comúnmente unidas, en las diferentes labores para las cuales se les juzgaba útiles.

Don José Victorino Lastarria por excelsas virtudes cívicas se ha hecho acreedor a un monumento público que haga perdurable su memoria.

En la historia de la literatura chilena, el nombre de Lastarria merece figurar de preferencia. Fomentó con entusiasmo durante su larga vida el cultivo de las letras nacionales, estimulando a los jóvenes por medio de sociedades y periódicos; y se dió a conocer como notable escritor.

Después de don Andrés Bello, nadie con más derecho puede ser considerado uno de los fundadores de nuestra literatura.

Ha habido tres personas en Chile a quienes se ha llamado maestros: Bello, Lastarria y Barros Arana; pero los tres no tienen iguales títulos para llevar este nombre.

Bello, en su propia casa, dió lecciones literarias y científicas a numerosos discípulos; por más de treinta años se ocupó en divulgar el conocimiento de los buenos escritores españoles; y en sus obras, puede agregarse, ha enseñado hasta hoy a los hijos de estas repúblicas derecho internacional, derecho civil y gramática castellana.

No influyó, sin embargo, en forma personal sobre el espíritu de los jóvenes. Más que todos los escritores de su tiempo, contribuyó a la ilustración de los chilenos; pero sin imponerles doctrinas ni creencias. Era un profesor y un literato que, con la serenidad del sabio, explayaba sus ideas en artículos, libros y lecciones, con la certidumbre de que sus juicios concluirían por ser aceptados. No fué propagandista político ni religioso; y en realidad no formó una escuela.

A la inversa, Lastarria, por más de medio siglo, trabajó en el triunfo de sus teorías de gobierno y derecho público, que enseñó a los alumnos del Instituto, y divulgó

en obras de importancia. Fundó, puede afirmarse, el moderno partido liberal.

Aunque eximio literato, es inferior a don Andrés Bello y no admite paralelo con él. Tampoco dejó discípulos en las letras.

El único de los tres maestros que merece ser calificado de tal, es Barros Arana. Durante diez años, como rector del Instituto, dió a la enseñanza pública un sello francamente positivo. Los jóvenes aprendieron de él a pensar por sí mismos, y más tarde propagaron las ideas sustentadas por el egregio educacionista. Podrían citarse veinte o treinta de sus alumnos de aquel tiempo cuya influencia liberal se ha dejado sentir en la enseñanza, en el libro, en la prensa diaria y en los comicios.

Don José Victorino Lastarria (1) no heredó riquezas; pero poseyó un tesoro en su cerebro privilegiado. Su abuelo paterno, el arequipeño don Miguel José, había sido publicista de nota en la época colonial; y debía renacer con brillo en el alma del más ilustre de sus nietos.

Por lo demás, Lastarria no nació desvalido. Su padre se esforzó en darle la mejor educación posible, y lo obtuvo. Antes de morir, vió a su hijo desempeñar altos cargos políticos, y le oyó en el Congreso como el primer orador de su tiempo.

Se ha repetido muchas veces que don José Victorino Lastarria es el tipo del *self-made-man*. Esta categórica afirmación no es perfectamente exacta. Don Francisco de

---

(1) José Victorino LASTARRIA.—(Rancagua, 1817; † 1888, Santiago). *Biografías y Críticas*, Alejandro FUENZALIDA GRANDÓN, *Lastarria y su Tiempo*.—Domingo ARTEAGA ALEMPARTE, *Don José Victorino Lastarria*. Retrato biográfico y político publicado en la obra *Los Constituyentes de 1870*.

Asís Lastarria, así se llamaba su padre, honorable comerciante establecido en Rancagua, a la inversa de muchos jefes de familia modernos, creyó que estaba obligado a dar a su primogénito una instrucción correspondiente a las dotes intelectuales que en él lucían.

Don José Victorino fué matriculado en el colegio de Mora a la edad de doce años, y permaneció en el establecimiento hasta que cerró sus puertas, en 1831. En este colegio adquirió arraigadas convicciones liberales, que debían ser el credo de toda su vida. Don José Joaquín de Mora propagó en Chile, como se sabe, las obras de algunos escritores franceses que modificaron en parte esencial las ideas filosóficas que hasta entonces dominaban entre nosotros; y perteneció al partido pipiolo, que era el más avanzado de los partidos chilenos.

Del liceo de Mora, Lastarria pasó al Instituto Nacional, en calidad de alumno interno. El Instituto era el mejor colegio del país. En tan respetable hogar, fué alumno de latín de don Pedro Fernández Garfias, y estudió filosofía en la clase de don Ventura Marín, quien enseñaba las teorías del filósofo Cousin.

Cualquiera que sea el juicio que hoy formemos sobre este ilustre pensador, es innegable que el conocimiento de sus obras significó un progreso para los jóvenes chilenos, acostumbrados a los raciocinios escolásticos.

De este modo, Lastarria, gracias al *gallego* Mora, como él le llamaba, y al filósofo Marín, nutrió su espíritu con nuevas y fecundas ideas. Tal fué la sólida base sobre la cual el futuro reformador debía construir sus atrevidos planes de gobierno.

Después de terminar el curso de humanidades, Lastarria empezo en el Instituto el de jurisprudencia; y fué

instruído en los arcanos del derecho por don Andrés Bello, quien daba entonces lecciones privadas de literatura y legislación. (1).

Don José Victorino por estos años fué condiscípulo de don Manuel Antonio Tocornal, de don Salvador Sanfuentes, de don Pedro Ugarte y de varios otros jóvenes que pertenecían a nuestra primera sociedad.

En resumen, Lastarria se educó bajo la dirección de los mejores maestros de la América Española; y en Marzo de 1839 obtuvo el título de abogado, verdadera llave de oro para quien sabe manejarla.

Tan brillante principio auguraba una vida dichosa; pero, a la inversa, desde la edad de veinte años se vió obligado a empezar el áspero combate que no concluyó sino con su muerte, el difícil ascenso, de que habla uno de sus biógrafos, «a la montaña escarpada, cuya cumbre no tocó sino después de larga, tenaz y dolorosa lucha.»

Carecía de hacienda y de influencias sociales. Una mala estrella había perseguido a los descendientes del criollo arequipeño: todos se encontraban dispersos y empobrecidos.

En la aristocrática sociedad de Santiago, don José Victorino no recibió apoyo alguno. Para ser admitido en ella habría necesitado de pergaminos, que no tenía.

Sólo podía ofrecer una vasta ilustración, excepcional entre los jovenes de aquel tiempo; pero ella le perjudicaba en vez de servirle. Las opiniones avanzadas de Lasta-

(1) Lastarria se reconoce deudor a Bello en lo tocante a sus conocimientos de literatura española, en una nota puesta al pie de su *Estudio sobre los primeros poetas españoles*. Véase el tomo XI de las *Obras completas de don J. V. Lastarria*, edición oficial. Lastarria no le atribuye mérito alguno a ese *Estudio;* pero, en realidad, lo tiene, y grande, porque es un resumen muy completo de las lecciones de Bello sobre la materia.

rria inspiraban recelo a las personas timoratas, que le juzgaban peligroso.

Don José Victorino empezó a ganarse la vida como profesor de colegios particulares, y no tenía más entrada que ésta cuando don Manuel Montt, en 1839, le dió una cátedra de derecho en el Instituto.

Tan honrosa distinción fué sin disputa merecida. A pesar de que sólo contaba veinte y dos años de edad, Lastarria ya había publicado algunas pequeñas obras, que revelaban su talento y su consagración al estudio.

Podría afirmarse que inició su carrera política al día siguiente del asesinato de Portales; acontecimiento memorable que permitió la transformación paulatina de nuestro régimen de gobierno.

El despotismo de aquel estadista, que algunos repúblicos han juzgado necesario, había sido abrumador para el espíritu de jóvenes que como Lastarria sentian bullir dentro de sí las nobles aspiraciones del progreso.

Desde aquella fecha, tal vez sin darse cuenta de ello, don José Victorino formó el firme propósito de consagrarse a la ardua empresa de derribar el predominio conservador, que entre nosotros tenía sujeto el pensamiento y encadenada la palabra. A tan atrevido plan subordinó su vida entera: todos sus artículos, publicados dentro y fuera del país; todos sus libros; todos sus discursos llevan la misma marca liberal.

En el Congreso, al cual perteneció desde el año 1843, en que fué elegido representante de Elqui y de Parral, hasta 1878, en que abandonó su silla de senador, Lastarria combatió con tenacidad los artículos de nuestra Carta que daban facultades omnímodas al Ejecutivo; y contribuyó a su reforma de un modo eficaz.

Podrán discutirse y censurarse muchos de los actos por él ejecutados como Ministro, como diplomático, y, en general, como político; pero a ninguno de nuestros compatriotas sería lícito desconocer la parte considerable que le cupo en el establecimiento de las instituciones democráticas que nos rigen.

Esta es la verdadera base del prestigio que realza la figura de Lastarria.

La grande influencia ejercida por el egregio estadista en la reforma de nuestras leyes constitucionales podría hacer creer que siempre tuvo un asiento en el Congreso. No fué así, sin embargo. Lastarria perteneció a la Cámara de Diputados sólo en siete períodos: 1843, 1849, 1855, 1858, 1864, 1867 y 1870. En 1876 fué elegido senador de la República; y esta es la única ocasión en que aquel elevado cuerpo le contó entre sus miembros, pues, aunque reelecto en 1879, no pudo desempeñar su cargo, al principio, porque se hallaba fuera del país, con el carácter de Ministro diplomático, y después de su vuelta a Chile, a causa de impedirlo la ley de incompatibilidades parlamentarias. Lastarria era Ministro de los tribunales superiores de justicia.

La época más brillante de su vida parlamentaria, su época heroica, comprende los años de 1849 y 1850; en los cuales real y verdaderamente dirigió en jefe a sus amigos políticos, y desplegó tan eximias dotes de orador que fué entonces estimado el primero de todos. Como disponía de grande influencia en el Congreso, no es de extrañar que, gracias a su táctica y a su habilidad, pusiera en peligro la candidatura de don Manuel Montt a la presidencia de la República.

La elocuencia parlamentaria constituye uno de los gé-

neros del bien decir que dan mayor renombre a quienes lo cultivan con éxito; por desgracia, no deja tras de sí testimonio fehaciente que permita apreciarla en su exacto valor. Un discurso, por elocuente que sea, agrada menos, de ordinario, a las personas que han podido aplaudirlo pronunciado por su autor, leído más tarde en las columnas de un diario.

La causa es evidente. «La viva voz, escribe Milá y Fontanals, es la verdadera palabra, no sustituída por los signos muertos de la escritura; es la expresión de la voluntad que obra en otra voluntad; el alma que habla al alma».

Los discursos de Lastarria se estudian hoy con el interés que despierta la ilustre personalidad de quien los escribió y con el deleite que ofrece la galanura del estilo; pero no conservan ni el nervio ni el espíritu que trasmitía a sus oyentes el audaz tribuno.

Esos discursos contienen sabias lecciones sobre nuestras leyes y apasionadas críticas de nuestros hombres de gobierno; pero no hacen revivir los ademanes, ni las inflexiones de la voz, ni las miradas: son flores de artificio fabricadas con maestría.

Para darnos cuenta de la oratoria de Lastarria, y para explicarnos la dominación ejercida por su palabra, es necesario interrogar a los contemporáneos.

Aunque mucho menor en edad, don José Antonio Torres Arce, que tuvo ocasión de oir a menudo sus discursos, se expresa en estos términos: «Cuando yo escuchaba a Lastarria, o mejor dicho, cuando lo admiraba en la tribuna parlamentaria; cuando lo veía presentarse con la frente erguida desafiando al enemigo; cuando lo miraba solo atacando a todos a un tiempo, y dictando proposicio-

nes que hacían temblar a los Ministros y amotinaban a toda la Asamblea; cuando lo escuchaba protestar que en la hora del peligro estaba pronto a sacrificarse en aras de la República, creía que estaba llamado a ser el O'Connell del pueblo chileno... (1)».

Lastarria poseyó algunas de las principales condiciones del orador: voz argentina, facilidad y elegancia de palabra, vasta ilustración y honradez intachable. No era raro, pues, que ocupara altísima situación en el Congreso de su país.

La obra ejecutada por Lastarria en su carácter de publicista es tan valiosa como su labor parlamentaria, y sin duda de mayor trascendencia.

Don José Victorino se hallaba dotado de las cualidades necesarias para ser escritor, y nada pudo apartarlo de su invencible afición a las letras: ni la pobreza, ni los destierros a que fué condenado, ni sus deberes diplomáticos, ni los trabajos industriales a que se consagró en varias ocasiones.

En su época de mayor vigor intelectual dió a la estampa cinco libros, de desiguales méritos, pero todos de innegable interés.

En sus *Elementos de Derecho Público Constitucional*, que aparecieron en 1846, Lastarria, según su biógrafo, resumió las teorías que enseñaba a los alumnos del Instituto; y se inspiró en las doctrinas del jurisconsulto alemán Enrique Ahrens, el cual había dado a luz en París, hacía solamente ocho años, su notable *Filosofía del Derecho*.

Don José Victorino sentía verdadera pasión por los libros, y aprovechaba todo estudio serio que leía para

(1) José Antonio Torres, *Oradores Chilenos*.

deducir aplicaciones útiles a su patria. La obra de Alletz sobre la *Historia General de Europa desde 1814 hasta 1830* le hizo concebir el plan de la *Historia Constitucional del Medio Siglo*, cuya primera parte publicó en 1853. Los azares de la vida debían impedirle escribir la segunda parte.

Por los años de 1855 y 56 publicó sus comentarios a la Constitución de 1833; libro del cual uno de los amigos políticos de Lastarria, cincuenta años más tarde, hacía el siguiente elogio: «Esta obra sólo conserva interés histórico y bibliográfico, pues todas las reformas que propone han sido realizadas en Chile» (1). Difícilmente otro libro de igual género podría merecer un juicio tan halagüeño.

Lastarria imprimió en 1865, en Buenos Aires, y en 1867, en Bélgica, las diferentes partes de que se compone *La América*, o sea, la cuarta de sus extensas obras políticas. En ella, trata de los vínculos que ligan al antiguo y al nuevo continente, de las revoluciones de este último, y del actual estado de América. En la primera parte, adopta las doctrinas de Laboulaye y de Courcelle-Seneuil; y en la segunda y tercera presenta el desarrollo lógico de las ideas personales del autor sobre la sociabilidad de los países que fueron colonias de España, materia que ya había dilucidado en su memoria universitaria sobre la época de la *Conquista*.

En 1874, finalmente, entregó al juicio de sus conciudadanos el libro que intituló *Lecciones de Política Positiva*, leídas primero en la *Academia de Bellas Letras*, y reunidas después en un volumen. Como lo indica su nombre

(1) Don Miguel Luis Amunátegui.

este trabajo no es sino un ensayo de aplicación de las doctrinas positivistas de Augusto Comte.

Las obras mencionadas no sobresalen sin duda por su originalidad: el autor desenvuelve siempre ideas y teorías de distinguidos escritores franceses. Es justo, sin embargo, reconocer que ellas han sido compuestas por un espíritu superior, en continuo progreso, y que ponen de relieve notables dotes literarias.

Además de los discursos parlamentarios y de los tratados didácticos que se acaban de enumerar, don José Victorino escribió numerosos estudios políticos de pequeña extensión.

Digno de especial recuerdo es su *Juicio Histórico sobre don Diego Portales*, a pesar de que esta obra ha merecido severísimas críticas de conspicuos miembros del partido conservador.

El dictamen de Lastarria sobre aquel eminente hombre público carece de imparcialidad, y se halla lejos de tener los requisitos que debe reunir un capítulo de historia. Es sabido que el autor nunca manifestó condiciones especiales para escribir tales obras.

Su *Juicio crítico* marca, sin embargo, una fecha en la vida de don José Victorino; pues contiene las principales ideas que le sirvieron de guía en todos sus actos públicos.

Así como la carrera política de Lastarria empezó con el derrumbamiento del régimen de absolutismo fundado por Portales, su iniciacion en la carrera de las letras data desde el memorable día 3 de Mayo de 1842, en que pronunció el elocuente discurso inaugural de la Sociedad Literaria de ese año.

Antes de esta fecha, se distinguió como maestro y dió a

luz algunos libros de estudio; pero no había exhibido en público sus dotes personales de literato y pensador.

En el recordado discurso manifestó la necesidad de que los jóvenes chilenos nutrieran su espíritu con la lectura de las obras de la moderna literatura francesa; y, como buen discípulo del gran Bello, aconsejó a sus compañeros de Sociedad que no descuidaran el cultivo de la lengua patria, en la cual deberían expresar sus ideas y sentimientos. Con luminoso raciocinio, les demostró que ninguno de ellos llegaría a ser buen escritor si no estudiaba las obras clásicas de la literatura española.

Sobrada razón ha tenido Lastarria para conservar esta pieza oratoria de la juventud, que constituye su fe de bautismo en la vida literaria. Pocos jóvenes de aquel tiempo habrían sido capaces de componerla, y menos aun los valientes que se hubieran atrevido a pronunciarla. Es preciso recordar que los libros franceses eran mirados con recelo en la sociedad de entonces, y que, en sentir de personas serias, merecía anatema quien leía a algunos de los autores principales de esa literatura.

La Sociedad Literaria vivió poco; pero alcanzó a producir sus frutos. *El Crepúsculo*, que le sirvió de órgano, fué fundado por ella. Este es el primer periódico de su clase en que Lastarria tuvo una gran participación.

Cinco años más tarde, en 1848, en compañía de numeroso grupo de jóvenes, entre los cuales el mismo Lastarria menciona en sus *Recuerdos* a los poetas Lillo, Irisarri, José Antonio Torres y Guillermo Blest Gana, y a los prosadores Cristóbal Valdés, los hermanos Amunátegui y Joaquín Blest Gana, fundó la *Revista de Santiago*, la cual debía tener en este período más de año y medio de vida.

Fué una revista de juventud, rebosante de savia y de

frescura. Llegó a tal punto su prestigio que renació tres veces, después de haber dejado de aparecer otras tantas. Las causas de esta popularidad deben buscarse en las sólidas cuanto apreciables cualidades de su fundador, y en los progresos alcanzados por los jóvenes estudiosos de la capital.

La *Revista de Santiago*, mucho más que el *Semanario* de 1842, y mucho más que *El Crepúsculo*, reveló en forma palmaria que ya existía entre nosotros la base de una literatura.

Así quedó de manifiesto en el año 1859, cuando Lastarria, después de crueles persecuciones políticas, valiéndose de los mismos colaboradores de la *Revista*, y de algunos nuevos escritores, estableció el *Círculo de Amigos de las Letras*.

Esta sociedad se reunía en casa de don José Victorino, en la calle de la Merced, en la pendiente del Santa Lucía, donde se halla la subida al cerro. El local pareció elegido intencionalmente, a fin de representar los anhelos de la juventud, cuyos esfuerzos tendían nada menos que a las cimas de la poesía y del arte.

Durante varios años, el *Círculo* sirvió de hogar a todos los literatos, chilenos o extranjeros, sin distinción de credos políticos, que amaban el estudio y las letras.

Con esta institución, Lastarria indudablemente contribuyó al progreso literario y científico de nuestro país; como asimismo le dió fuerte impulso en 1873 fundando la *Academia de Bellas Letras*, ante cuyo ilustrado auditorio leyó su última obra de trascendencia filosófica, las *Lecciones de política positiva*.

El carácter del viejo luchador no desmayó jamás: cambiaba a menudo de campo, pasando al Congreso desde la

Sociedad Literaria, y del Cuerpo Legislativo a las faenas de la industria; pero en todas partes mantuvo sus ideales y defendió sus principios.

Se ha leído que, muy joven, empezó a trabajar en el modesto empleo de profesor de colegios particulares, y que en 1839 don Manuel Montt le nombró catedrático de legislación en el Instituto. Lastarria desempeñó este último cargo hasta que fué destituído, por razones políticas, en 1851.

Entonces era ya un publicista notable. El profesor había ilustrado a numerosas generaciones; en cambio, el ejercicio del magisterio había perfeccionado la educación del patriota.

Lastarria no sólo en las aulas fomentó la enseñanza pública. En 1860 fué nombrado decano de la facultad de humanidades de la Universidad de Chile; y dos años más tarde compuso *El libro de oro de las escuelas.*

Su obra propiamente literaria ofrece variedad de géneros; pero, debe confesarse, no en todos ellos manifiesta el autor igual destreza.

Lastarria escribió un gran número de composiciones en verso, durante toda su vida, y las dió siempre a la estampa: desde el año 1848, en *El Aguinaldo*, hasta el año 1887, en que publicó un soneto dedicado a don Guillermo Matta.

Justo es reconocer que estas producciones, nacidas, sin embargo, de pluma tan elegante, carecen de inspiración y de gracia. El estilo de Lastarria, elocuente, copioso, y a las veces campanudo, se avenía mal con esas líneas rimadas que se llaman versos, y en las cuales brillan la concisión y la malicia del concepto. En Lastarria nunca lució lo que puede definirse numen poético.

Fué además autor de obras dramáticas; pero, como él mismo confiesa, sin competencia para este difícil arte. Las poesías y las comedias de Lastarria no son sino tentativas desgraciadas de un literato que, según opinión general, sobresalía en otros géneros.

Los cuentos escritos por él pueden dividirse en varias clases: históricos, políticos y sociales. En unos y otros el estilo es fácil y agradable; pero todos carecen de imaginación. La fantasía que los anima da origen a menudo a personajes y a situaciones falsas.

Don Guillermo, nada más que una pequeña novela, proyecta amarga sátira contra los estadistas conservadores, y ofrece cuadros que despiertan interés.

Las narraciones de carácter histórico contienen inexactitudes vituperables. En *Rosa*, por ejemplo, el autor supone que el año de la batalla de Chacabuco gobernaba a Chile el Marqués de Avilés.

El alférez Alonso Díaz de Guzmán, en el cual Lastarria refiere algunos episodios de la vida de la monja alférez, o sea Catalina de Erauso, no nos transporta a la época, ni al lugar de las escenas, por falta de colorido. La mencionada composición descuida en absoluto la verdad histórica.

Indudablemente Lastarria no poseyó condiciones ni para el verso ni para la novela.

En cambio, sus recuerdos de viajes son notables.

Entre ellos, es digna de mención la carta que desde el Perú dirigió a don Bartolomé Mitre, a principios de 1851, en la cual describe a Lima con pincel vigoroso y pintoresco. Este estudio podría ser tachado de superficial; pero siempre se leerá con agrado.

Lastarria tiene cuadros de la pampa argentina y de la

Cordillera de los Andes que merecerían llevar la firma del más célebre de los artistas.

Su mejor obra literaria fué escrita y publicada mucho más tarde, cuando se aproximaba al período de la ancianidad.

A los sesenta años, don José Victorino era un desengañado de la vida. No le faltaron, sin embargo, grandes honores públicos: en 1862 desempeñó el cargo de Ministro de Hacienda; en dos ocasiones obtuvo la representación diplomática de su país; fué jefe del primer gabinete en la administración de don Aníbal Pinto; y en 1877 ocupaba un sillón en el Senado y otro en los Tribunales Superiores de Justicia.

Ninguna de estas distinciones le dieron esa serenidad de espíritu que brilla en la frente de la mayoría de los hombres que se acercan al término de la jornada.

La lucha había sido muy ruda. En 1849, es verdad, alcanzó los más brillantes triunfos parlamentarios que pueden suponerse en un pueblo nuevo; pero el premio de estos triunfos fueron dos destierros al Perú y una situación sumamente difícil para su familia.

A fin de que los suyos gozaran una vida más holgada, en tres épocas diversas, hizo el sacrificio de consagrarse, lejos de la capital, en las provincias del norte, a las faenas mineras, por desgracia, sin ningún éxito.

La profesión de abogado tampoco fué para él un hada bienhechora. No nació litigante; ni tenía la habilidad del defensor.

El elocuente parlamentario y el egregio publicista, durante muchos lustros, no dieron vida cómoda al meritísimo ciudadano.

Estas causas explican su amargura.

Cuando en los comienzos del gobierno de Pérez, después de tantas batallas, se imaginó que había llegado al puerto, le aguardaban nuevas zozobras, nuevas desilusiones.

Como Ministro, no se mantuvo a igual altura que en los bancos de la oposición; como representante de Chile, fracasó en sus gestiones diplomáticas; como magistrado, dió pruebas de poseer probidad e ilustración superiores a su criterio de juez.

Algunos de los que habían sido discípulos suyos llegaron a aventajarle en las tareas de gobierno.

Lastarria creyó sinceramente que sus servicios públicos habían caído en el olvido.

La publicación de *La Historia de la Administración Errázuriz* por el eminente periodista don Isidoro Errázuriz conmovió hasta lo más hondo el alma de don José Victorino, el cual juzgó que en este libro se desconocía la influencia ejercida por él en el movimiento literario de 1842.

Este es el origen de los *Recuerdos Literarios*, la obra más brillante salida de su pluma, que salvará el prestigio del escritor contra los estragos del tiempo.

Publicada, primero, en dos volúmenes, en el año 1878, este impetuoso desahogo de un espíritu herido, apareció más tarde en uno solo, en elegante edición de la casa Brockhaus, de Leipzig.

En los *Recuerdos* se encuentra la confesión, grandilocuente a veces, y siempre apasionada, nó del hombre íntimo, sino del literato y luchador, que, sin medir obstáculos antes de entrar en combate, había salido a menudo sangriento y cabizbajo, aunque con la conciencia satisfecha.

Sobre todo en la primera parte, brilla un estilo acerado y vigoroso, que no carece en ocasiones de sensibilidad y ternura; y se leen páginas de ardiente oratoria, que con-

cluyen de ordinario con vivas imágenes de variados matices.

Por desgracia, esta obra de Lastarria no es siempre justa; y en algunos de sus capítulos trata de amenguar la influencia de don Andrés Bello, o de desconocer el mérito de los discípulos de éste.

Tan notoria falta de ecuanimidad debe atribuirse a la idiosincracia del autor. «Naturaleza ardiente y apasionada, escribe don Domingo Arteaga Alemparte en su retrato de Lastarria, no siempre lleva con paciencia la contradicción de sus opiniones; se siente a veces exasperado por la controversia, y entonces asume un dogmatismo contundente con que parece que la autoridad de su palabra quisiera imponer antes que persuadir. Carácter dotado de todas las altiveces y todas las delicadezas del amor propio, este sentimiento ha llegado a adquirir en él proporciones exageradas, estimulado por el rudo e incesante batallar contra los multiplicados adversarios que ha hallado en su camino».

A pesar de todo, los *Recuerdos Literarios* constituyen una obra de que puede enorgullecerse nuestro país. Después de leerla, hay razón para afirmar que don José Victorino Lastarria es el primero de nuestros literatos.

VII

Paralelo entre Lastarria y Francisco Bilbao.—Autobiografía de este último.—Publicaciones de Bilbao en Chile, en el Ecuador, en el Perú, en París, en Bruselas y en Buenos Aires.—Principios dominantes en su espíritu.—Apreciación literaria sobre Bilbao.—Muere en la capital argentina a los 42 años de edad.

En la misma época en que Lastarria componía y daba a luz sus trabajos de derecho público, en los cuales asentaba los fundamentos de esta noble rama del saber, proponía las reformas que a su juicio debían introducirse en la legislación chilena, y tomaba con calor la defensa de la Améca latina contra la Europa invasora, otro escritor chileno sostenía idénticos principios y, en páginas de fuego, abrazaba la misma causa política.

Este último era Francisco Bilbao. Entre Bilbao y Lastaria había, sin embargo, profundas diferencias.

Lastarria ante todo se distinguía como catedrático; y en sus anhelos de transformación política y social, prefería el empleo de medios pacíficos, sin agitaciones ni revueltas. El campo en que manifestó mayor actividad fué el Congreso, donde siempre se valió de medios legales. Le acusaron, sin embargo, de revolucionario, y sin pruebas positivas le desterraron del país.

Bilbao, por la inversa, pertenecía a esa clase de hombres que carecen de calma para aguardar los frutos de una propaganda eficaz. Se sublevaba ante las leyes de la evolución, que en todas las esferas dominan; y contra los impulsos de un alma sensible y llena de amor al prójimo, optaba invariablemente por la lucha armada, con el objeto de obtener pronto la corrección de antiguos males y el cambio radical de instituciones caducas.

A pesar de tales antinomias, tanto Lastarria como Bilbao combatían en favor de unos mismos ideales: gobierno de la democracia, fraternidad americana y secularización del Estado. Solían juntarse en la admiración de un mismo publicista: ambos siguieron las doctrinas de Edgardo Quinet. Coincidían a veces en el título de sus libros: en 1862 publicó Bilbao, en Buenos Aires, *La América en Peligro*; y en 1865, Lastarria dió a la estampa, en la misma ciudad, la primera parte de su obra *La América*.

Estos puntos de contacto hermanaban las convicciones de uno y otro pensador; pero estaban lejos de representar las cualidades características de los dos espíritus. Lastarria era hombre de raciocinio, y desenvolvía sus doctrinas con lógica impecable; Bilbao era un iluminado, un vidente, todo espontaneidad, todo inspiración!

Francisco Bilbao brilló como un meteoro en la sociedad de Santiago; y la conmovió profundamente, por sus ataques al catolicismo y por sus teorías socialistas.

Habría sido de creer que no era chileno, aunque amaba a Chile de corazón y había nacido en la capital de la República. ¡Tanto se distinguía de sus conciudadanos por la impetuosidad y osadía de las ideas que profesaba!

Bilbao no era, sin embargo, de genuina cepa nacional. Su madre había nacido en Buenos Aires, y su abuelo pa-

terno reconocía origen francés. En estos antecedentes se halla tal vez la explicación del carácter de nuestro compatriota. De igual modo que el agua de los ríos se pierde a veces en el suelo, y atraviesa extensas capas porosas de la corteza terrestre, para brotar en sitio que dista mucho de la fuente primitiva; así aparecen de repente en algunos individuos las dotes físicas o intelectuales que pertenecieron a lejanos abuelos.

Bilbao había sido alumno de don Andrés Bello, y colaboró con sus trabajos en *El Crepúsculo*, fundado por los discípulos del egregio maestro.

Sociabilidad chilena fué el título de su principal artículo; el cual estalló como una bomba en el ambiente religioso y tranquilo de la ciudad de Santiago.

La justicia condenó al temerario autor que, a pesar de sus pocos años, se atrevía a desafiar las creencias más arraigadas de su propio país; y la Universidad le expulsó del Instituto Nacional, donde seguía el curso de derecho.

Así empezó la vida pública y literaria de uno de los ciudadanos más discutidos y estudiados de la América Española.

En carta escrita desde Buenos Aires a su querido amigo don Miguel Luis Amunátegui, con fecha 25 de Abril de 1862, tres años antes de morir, le mandó la autobiografía que va a leerse, en la cual recuerda los principales hechos de su agitada existencia, forma la lista de sus libros, discursos y artículos, y señala las ideas principales que, como otros tantos faros, le sirven de guías. (1).

(1) *Francisco Bilbao y Barquín* (Santiago, 1823; † 1865, Buenos Aires).

1.º *Biografías.* Manuel Bilbao, *Obras completas de Francisco Bilbao.*—Pedro Pablo Figueroa, *Historia de Francisco Bilbao.*—Armando Donoso, *Bilbao y su tiempo.*

2.º *Juicios políticos, literarios y filosóficos.*—Adversos: Zorobabel

«APUNTES CRONOLÓGICOS (de memoria)

«1823. Nací Santiago, en la Alameda.

«Mi memoria tiene muy presente cuando mi papá me sentaba en sus rodillas en los Congresos de los años 26 y 28; y los diputados que jugaban conmigo: Argomedo, Lira, Orjera, tu papá creo, Rodríguez.

«Mi primer recuerdo terrible fué cuando asaltaron la casa al alba, creo que fué la *Revolución de los Coraceros.* Pero no entraron, gracias a la energía de mi mamá; mientras tiraban de balazos a la casa de D. Carlos Rodríguez.

«Después fuí al campamento liberal, antes de Ochagavía; y el día de la batalla ví a la *partida del alba*: mi impresión queda consignada en la *Sociabilidad Chilena.* Recuerdo lo que sufrí cuando Lircay; y por Tupper tan llorado.

«Mi primer libro fué la *Araucana* de Ercilla, que me dió mi papá. Creo que ha tenido mucha influencia hasta hoy en mi vida.

«Recuerdo tendría 5 ó 6 años cuando me agitó notablemente lo que hoy llamamos mundo ideal, de fuerza, de gloria, de heroísmo: vivía en una especie de encantamiento.

«Todo esto se echó a perder desde que me hicieron ca-

RODRÍGUEZ, *Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas.*—Rómulo MANDIOLA, *Francisco Bilbao y sus panegiristas.*—Crescente ERRÁZURIZ, *Introducción al libro de Mandiola.*—Pedro N. CRUZ, artículos publicados en *El Porvenir* de Santiago, año de 1894.—Favorables: Manuel Blanco CUARTÍN, volúmen XI de la *Biblioteca de Escritores de Chile.*—Eduardo DE LA BARRA, *Bilbao ante la sacristía.*—Augusto Orrego LUCO, artículo de la *Revista de Santiago*, tomo 1.º, año 1872.—José Antonio TORRES, *Oradores Chilenos.*—Isidoro ERRÁZURIZ, *Historia de la Administración Errázuriz.*—LASTARRIA, *Recuerdos Literarios.*—Miguel Luis AMUNÁTEGUI, *Ensayos Biográficos*, tomo 2.º—Benjamín Vicuña MACKENNA, *Historia de la jornada del 20 de Abril de 1851.*—Barros ARANA, *Un decenio de la Historia de Chile.*

tólico. Perdí una sublime espontaneidad e inocencia, 7, 8 ó 9 años.

«Sufrimos mucho cuando las persecuciones del gobierno de Prieto.

«Recuerdo que vi la entrada del trofeo de los Carreras. Un carro erizado de bayonetas o espadas. Mi papá me conducía y me explicaba. Asistí a los funerales.

«Desterrado mi papá, me llevó al Perú. Tenía 11 años. Allí se desarrolló en mí el *ascetismo católico*, y estuve *tocado*. Es la época más triste de mi vida.

«La presencia del ejército chileno contribuyó a salvarme. Volví a Chile a los 5 años, a empezar la carrera del Instituto Nacional. Hasta la condenación del jurado.

«Salí para Europa en 1844. Allí me dediqué a la filosofía, historia, arte. Recorrí gran parte de Alemania e Italia. Asistí a la gran insurrección de Junio.

«Volví a Chile en 1850.

«Sociedad de la igualdad; revolución del *20 de Abril*. Desde entonces empezó mi proscripción.

«Llegado al Perú, procuré organizar una sociedad de jóvenes para abolir la esclavitud y fortificar el *racionalismo*. Fuí inmediatamente perseguido sin formación de causa. Asilado, y después de tres meses, en la legación francesa, solicité una entrevista del Presidente. Me recibió muy bien, y me confesó que mi prédica contra la esclavitud era envolver al Perú en el *desorden y en el caos;* pero, con la promesa de no mezclarme en la política del país, me dejó libre.

«Respeté mi palabra. Pero, en 1853, empieza la revolución; mis enemigos me acusan de conspirar; y nosotros tres (1) fuimos mandados a la cárcel. Sólo Manuel fué to-

(1) Francisco Bilbao y sus hermanos Manuel y Luis.

mado. No habiendo nada contra nosotros, sino odios ocultos, nos envían a Guayaquil. Allí rompí mi silencio y escribí el terrible folleto: *Revolución de la Honradez.* Reimpreso en el interior, fué como un ejército para Castilla; y en Lima se dió hasta media onza por un ejemplar. En Guayaquil recibí la noticia de la muerte de Lamennais. Creyendo ya, después de seis meses de mi destierro, terrible por el clima, que Castilla estaría muy cerca, o que la Revolución estallaría en Lima, con varios personajes peruanos nos embarcamos. Llegamos y nada había, y principia una serie de peligrosas aventuras, que duran tres meses; porque se ofrecía dinero, vivo o muerto, por mí, y nosotros conspirando.

«Se retira de la Sierra Echeñique, perseguido por Castilla; y, en sus apuros, promete *libertad al esclavo que lo sirva por dos años.* Entonces le lancé mi famosa carta en hoja suelta, y por imprenta oculta, *recordándole* que si quería envolver al Perú en el *desorden y el caos.* Esta carta produjo muchos resultados.

«1.º Porque prometí a nombre de la Revolución y de Castilla la abolición absoluta de la esclavitud y de la mita.

«2.º Porque destruí el interés que podía haber despertado Echeñique: él, al que sirviese *por dos años;* y yo *a todos.*

«3.º Porque hice ver en Lima la angustia de su poder, Quiso enregimentar chilenos; y les lancé una proclama, que siento no tenerla. La persecución redobló; pero ya Castilla se acercaba, y a los pocos días tuvo lugar la batalla de la Palma, 5 de Enero de 1855, al amanecer. Muy temprano entraban ya dispersos; y Luis, Manuel y yo, armados, armamos algunos, hicimos repicar en San Pedro, y el

pueblo acudía. Nos dirigimos a la Plaza; porque temíamos se organizase una resistencia en la ciudad, apoyada en la guarnición. Encontramos una masa de pueblo; y entonces hablé, rifle en mano, *unas pocas palabras*, que hacen nos dirijamos todos a carrera a la Plaza. Sale la caballería de Palacio, corre el pueblo; pero hacemos pie, y Luis rompe el fuego, y la caballería huye. Sale la infantería; y, observando ciertos signos, creo que no quieren pelear, y entonces me avanzo solo entre los dos bandos, gritando: *cese el fuego*. No me engañé. El batallón se rindió: los oficiales me daban sus espadas, que les devolvía, diciéndoles que huyesen; y la tropa arrojó las armas. Entonces empezó el desórden, incontenible. Saquearon la casa de Echeñique. Yo estaba muy contento. Luego recibimos refuerzo de Castilla, y Lima quedó asegurada.

«Fueron, pues, grandes mis servicios a la causa de la regeneración del Perú; pero obligué a la revolución a libertar a los esclavos y a abolir la mita. Los propietarios me odian todavía. Después describí la importancia de *la victoria*, y publiqué para la nueva Convención mi *Gobierno de la libertad*. No me acuerdo bien cómo inicié, o se inició, la polémica sobre la *libertad de cultos*. Pero fué terrible y peligrosa.

«Se congrega la iglesia, se reunen los conventos, se predica, se me escomulga, se hacen procesiones, y mi vida fué en peligro por el fanatismo de la plebe. Diputaciones constantes se envían al Gobierno. La policía me pone preso;—no quise huir, porque debía responder de mis ideas. Soy enviado a la cárcel de la *Inquisición*, sin juicio, por mis escritos. La gente acude a visitarme. El Gobierno reprende al magistrado por su tropelía; y soy puesto en libertad, ordenando se sobresea en mi acusa-

ción. Pero la agitación redobla; y yo era un compromiso muy fuerte para el Gobierno, porque me tenía mucha gratitud, por mis servicios a la causa vencedora. Entonces nacen los amigos del Gobierno una suscripción para enviarme a Europa; y así fué como salí en Mayo de 1855.

«Asistí a la muerte de la hija de Michelet; y yo fuí el encargado para recibirlo y darle la noticia, porque llegaba esa noche, llamado por el telégrafo.

«Fuí a ver a mi querido Edgar Quinet en su destierro en Bruxelles. Durante tres meses no quiso que comiese sino con él. Época magnífica. Escribí dos artículos en la *Libre Recherche*. Volví a Italia. Publiqué en París el *Congreso Americano* y *Lamennais*. Y vine en 1857 a Buenos Aires.

«Fundo la *Revista del Nuevo Mundo*. Venía preocupado de la idea de la Federación Americana, y me encuentro con la división aquí. Estudio la cuestión; y, a pesar de las simpatías públicas y privadas de los hombres de la situación que gobernaban, veo que este país camina a su perdición si no se une. El Brasil y Paraguay, íntimamente interesados en la división; porque así el primero podrá absorber al Estado Oriental, su ambición, y el segundo que no haya un poder que le pida cuenta de sus picardías y de la hostilidad a la libertad fluvial. Los unitarios de Buenos Aires, convencido por la historia y lo que veo, no quieren sino el dominio de toda la República; y, por eso, siempre se oponen a la *igualdad provincial*, base de la federación. Mi *Revista* abordó la cuestión; pero mis ideas religiosas hicieron que le faltase apoyo. Pero adquirí un nombre, y fuí llamado a corresponsal del *Uruguay*, y después al *Orden*. La oposición en Buenos Aires no tenía una bandera, y temía su jefe Calvo, ser

menos porteño que sus adversarios. Es por esto que fluctuaba, hasta que desde mi primer artículo entré de pleno plantando la bandera de la *nacionalidad*. Hubo asombro; pero el éxito fué grande, y buena la batalla. Todos los diarios de las provincias reproducían mis artículos, y hasta en el *Senado Federal* se pronunció mi nombre. La oposición aumentó su poder, su prestigio; y hasta mis mismos enemigos, como puedes verlo en un artículo reimpreso en la «Discusión» de Santiago, del 3 de Enero de 1861, me hicieron justicia. Jamás había tenido en la prensa un éxito semejante. Cartas, visitas, manifestaciones de simpatía. La juventud me buscaba, y fuí nombrado para presidir las asociaciones literarias que se formaron: el Liceo, el Ateneo. Se me atacó horriblemente; pero no aflojé un átomo, como le pasó a Sarmiento cuando me acusó, y el *Orden* era una potencia. Pero vino la cuestión masónica, la persecución, la prédica, y salí al encuentro. Entonces Domínguez, católico, propietario del *Orden*, suspendió mi artículo; y yo le envié mi dimisión. Sigue Mármol, pero los suscriptores se retiran, y el *Orden* murió.

«Entre tanto había fundado el comité paraguayo, y fundado un órgano de ese país desdichado. Trabajé mucho con los proscriptos, y mucho hicimos; pues hasta hoy el comité y yo somos un fantasma que aterra al Dictador (1).

«La lucha en Buenos Aires se había encarnizado. Su gobierno cerró el oído a las proposiciones pacíficas del Paraná; y el asesinato de Benavides, y la teoría del *asesinato político ensalzada* por el partido dominante, y la ninguna esperanza de reforma por medio del sufragio, porque

(1) El Presidente don Carlos Antonio López, quien murió en ese mismo año.

es como en Chile: fraude y violencia, me hizo pensar en los grandes medios. Fuí a Entre-Ríos. Conocí a Urquiza (episodio curiosísimo); y ví que no se atrevía a cumplir la ley. Entonces yo promuevo el levantamiento de los pueblos. Redacto el *acta;* yo la leo en Plaza Pública; y el Uruguay entero la firma. Siguen los pueblos; Urquiza se entusiasma; me da la redacción del *diario oficial;* y desde allí proclamo la invasión para integrar la República. Y fué Cepeda, y triunfé, y muy enfermo me retiré hasta hoy de la política. Pero jamás me perdonarán los separatistas de Buenos Aires el golpe que les dí.

«Después vinieron Derqui y Urquiza a Buenos Aires. Fué la escena más triste y ridícula, y más falsa. Desde entonces mi desprecio por los protagonistas de Buenos Aires y por Urquiza fué profundo. ¡Qué falsía! Qué mentir! Qué degradación! Los hombres que sostenían que Urquiza era un *ladrón*, *degollador*, lo abrazaban públicamente: Mitre, Sarmiento y Elizalde, sus ministros, que habían dicho ser el más grande de los bandidos, eran los principales en atender al bandido. Vi desde entonces que la prostitución era muy profunda; y ya ni deseos de mezclarme tuve en la política. Auguré la guerra; vino, y la traición de Urquiza derribó el edificio de la Confederación, y no creo en muchos años vuelva a levantarse. La guerra continúa.

«En todo este tiempo he sido como Cónsul de los chilenos, peones, para eximirlos de la guerra; y, justicia sea hecha, estas administraciones han atendido perfectamente a mis reclamos, sin carácter diplomático. ¿Hasta cuándo estarán abandonados los chilenos? Yo escribí al ministro hace 2 ó 3 años, y no me contestó. Vivo aquí respetado hasta por mis adversarios políticos; porque han visto mis

intenciones y pureza. Pero era necesario que chilenos arrojasen una sombra sobre mi conducta. Pobres diablos, siempre la envidia! Miguel Luis ¿no es glorioso haber tenido en país extraño la influencia y nombre que tengo aquí? Esto lo debo pagar. Han de creer más a Sarmiento y Gómez, los pelucones en Chile, que a mí. Cuando te digan que aquí hay libertad, es una *mentira*. No hay, ni puede haber diario de *oposición*. *Todos* confiesan que se hace *lo que se quiere* en las elecciones; y *esto es todo* (bien lo sabes). En la campaña, el despotismo es sin farsa. Si vieras lo que se hizo para la guerra, la gente que hubo que fusilar! Y hoy continúan fusilando prisioneros de guerra! Trabajé, pues, mucho por la integridad de este país, en mi línea de operaciones.

«*Americana*.

«*La Revista del Paraná* ha publicado dos artículos míos: uno, el *desterrado;* y otro, sobre lenguas americanas.

«Sigo achacoso de salud, y trabajando poco; pero algo tengo escrito.

«Fin.—*F. Bilbao.*»

«Publicaciones de F. Bilbao (que recuerda)

«Años 1840, ó 1841, 42, en la *Gaceta del Comercio*, de Valparaíso.

«Sobre la abolición de los carros penitenciarios.

«Sobre la navegación y colonia del Estrecho.

«Traducción e introducción a la *Esclavitud Moderna* de Lamennais.

«Discurso en el entierro de don José Miguel Infante. 1843 (1). Artículos en la *Gaceta*, de Valparaíso.

(1) Equivocación de Bilbao. Infante murió a principios de 1844.

«1844. *Sociabilidad Chilena.* Defensa y polémica.

«1846, 47. *Los Araucanos*, en la *Revista* independiente de París; y pequeños artículos en el *Journal des Ecoles.*

«Traducción de los *Evangelios*, con reflexiones de Lamennais; las reflexiones a la *Imitación de Cristo* por Lamennais.

«1848. Contra la expedición de Roma en la *Tribune des Peuples*, redactada por Mickiewicz.

«1849, en el océano, *Los Boletines del Espíritu.*

«1850. Programa de la Sociedad de la Igualdad, discursos, artículos.

«El principio de un libro, *La Ley.*

«1851. *Necesidad de una Convención* (último escrito en Chile).

«1851. Empiezan mis mensajes del Proscripto, que, reunidos a la *Revolución de Chile*, fueron publicados en una edición en Lima, 1853. Un tomo.

«1852. *Santa Rosa de Lima.*

«1853. *Revista Independiente*, que funda Manuel en Lima.

«1854. Destierro a Guayaquil. *La Revolución de la Honradez*, folleto terrible contra la administración Echeñique.

«*La abolición de la presidencia*, y dos mensajes más.

«1855. *Noticias de la victoria.* (Comercio de Lima).

«*El Gobierno de la Libertad.*

«Polémica sobre la libertad de cultos, y salida del Perú.

«1856. La República en Sud-América, en la *Libre Recherche* de Bruxelles, revista de Pascal Duprat.

«El juicio de Obando, id., id.

«*El Congreso Americano.* París.

«*Lamennais.* París.

«1857. Fundo la Revista del *Nuevo Mundo* en Buenos Buenos Aires.

«1858. Redacción del *Orden*, seis meses, y corresponsal del *Uruguay*. Fundo el *Grito Paraguayo*.

«1859. Ocho meses, redacción del *Nacional Argentino*.

«1858. Colaboración del *Museo Literario*, en donde se publicó la introducción de mi discurso: *la ley de la historia*, que fué leído en plena sesión del Liceo del Plata, en Buenos Aires.

«1860 y 61. Algunos artículos sueltos publicados en la *Reforma Pacífica* de Buenos Aires, y en la *Revista del Paraná*.

«1861. Segunda edición de Santa Rosa. Buenos Aires.

«He ahí lo que mi memoria me suministra; porque no tengo casi nada de lo que he publicado. Pero voy a ver modo de reunirlo.

«De todo lo apuntado ¿qué es lo que conoces, posees o no posees?

«A juicio mío, lo que más importancia merece es:

«1.º La *Sociabilidad Chilena;*

«2.º Los *Boletines del Espíritu;*

«3.º *La Revolución en Chile*, y los *Mensajes del Proscripto*, que forman un tomito de 300 páginas.

«4.º El *Gobierno de la Libertad;*

«5.º Mi *Lamennais;* y

«Algunos fragmentos de lo publicado en revistas y diarios, como la *República*, la *Tragedia Divina* (en la Revista del *Nuevo Mundo*).

«*Ideas dominantes.*

«Racionalismo puro. Negación de las religiones oficiales. Descatolización de América.

«Incompatibilidad de la República y del catolicismo. Separación absoluta de la iglesia y del Estado.

«Creo que he sido el primero en negar hoy la existencia de una *nación iniciadora*. Descentralización de influencia y poder; y omnipresencia del espíritu en todas las que quieran.

«Marcha al *Gobierno Directo*.

«Negación de la Providencia en la historia, tal como se entiende por Bossuet, Vico, Herder, Schelling, Hegel, Cousin y los doctrinarios.

«Fundación del *dogma-axioma*.

«La cuestión de la *Creación*. (Que es de, o en lo que más me ocupo).

«Regenerar el Paraguay, y abolir la esclavitud en el Brasil. Unión Americana. etc.»

Posteriormente, Bilbao dió a luz en Buenos Aires sus últimos libros: *La América en Peligro*, ya citado, en Agosto de 1862; y, dos años más tarde, *El Evangelio Americano*.

Era esta la época tenebrosa de la intervención europea en Méjico.

El entusiasmo de Bilbao por la causa americana no le hizo olvidar ni por un momento la situación de su patria. Todo su anhelo era regresar a ella. «Mucho deseo volver, escribía a un amigo en 28 de Octubre de 1861 (1), —voy a ver si puedo hacerlo este verano;— pero, ¡si vieras el triste estado de mi papá, que es lo que más me detiene! Y, pensando en mi vuelta, te pido me digas en qué podré ocuparme para sustentarme».

Esta alma de apóstol nunca supo apreciar los bienes

(1) Carta a don Miguel Luis Amunátegui.

materiales, y siempre llevó resignada la vida de la pobreza.

A fines de 1863 contrajo matrimonio con una hija del General argentino don Tomás Guido. El único fruto de este enlace murió a los pocos días de nacer.

Las cartas familiares a menudo ofrecen el mejor retrato de quien las ha escrito.

En 16 de Enero de 1862, Francisco Bilbao acusa recibo a sus amigos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui de la obra *Juicio Crítico de algunos poetas hispano-americanos*, compuesta por ambos, y publicada en 1861, en estos términos:

«Mucho tiempo sin carta de Uds.; pero don Juan María Gutiérrez me trajo el libro que Uds. me enviaron, y así he creído que las buenas horas que dióme su lectura han sido la mejor correspondencia. El juicio de Gutiérrez, (que es voto) es el mejor. Dice que es un excelente trabajo, necesario, utilísimo y que producirá grandes bienes. Lleno de sensatez, me decía, conocen toda la literatura americana, y, aunque se ve *dos estilos*, el libro está bien escrito. Sería necesario, (y Barros Arana podría hacerlo) que contratasen los escritores chilenos un librero en Buenos Aires y Montevideo que recibiese y vendiese sus obras.

«Así, pues, procuren mandar unos 15 ó 10 ejemplares a venta. Gutiérrez muy contento y entusiasmado con Uds., y yo lo mismo.

«Se me olvidaba decirles lo que he admirado *la paciencia de Uds.* para leer y analizar esa masa de versos que supone la composición de vuestro libro.

«Díganme, amigos,—no se tentarían Uds. a hacer una edición de la *Araucana*, ilustrada y con notas? Para Chile

es la *Ilíada*; allí la genealogía; es nuestra *Germania*. Con los trabajos de Domeyko, Gay y otros viajeros, algunas vistas de paisajes y costumbres, con la *etimología* de las palabras *aucas*, con el desarrollo de la idea justísima que Uds. exponen en su libro, como fundador Ercilla de un *ciclo* literario, en fin, con una introducción como Uds. sabrían hacerla, y notas, sería el libro que el gobierno debía imprimir a 100,000 ejemplares en Europa. Sería una empresa grande, útil, bella y fecunda. Medítenla, mis amigos. Si Chile debe ser una nacionalidad, o algo *sui generis*, ha de apoyarse en Ercilla (1).

«Han de saber que es una excepción esta carta, por lo larga; pues he vuelto a tener una recaída, a arrojar mucha sangre por la boca, y estoy muy débil. Voy a salir al campo, y, si no muero, y adquiero un poco de fuerzas, voy a ver si voy a Chile, pues ya mi deseo es violento, y no me deja tranquilo. Háganme el favor de decirme si creen Uds. que podré encontrar en qué ganar la vida, pues poco necesito.»

Francisco Bilbao no debía realizar tan ardiente voto; ni debía volver a encontrarse entre sus amigos de Chile. En sus cartas a don Miguel Luis Amunátegui, recuerda con sincero afecto a don Manuel Recabarren, a don Luis Pereira, a don José Victorino Lastarria, a don Luis Ovalle, a don Federico y a don Isidoro Errázuriz, a don Benjamín Videla, a don Manuel Antonio y a don Guillermo

(1) La hermosa idea propuesta por Bilbao a los hermanos Amunátegui, hace más de cincuenta años, acaba de ser realizada por don José Toribio Medina, quien a su magnífica edición del poema ha agregado un tomo de documentos acerca de la vida del poeta, y, además, actualmente prepara otros dos volúmenes: una extensa biografía de Ercilla, y notas y comentarios bibliográficos y lingüísticos de su obra.

Matta, a don Nabor Cifuentes, a don Diego Wittaker, y especialmente a su maestro don Andrés Bello, del cual solía recibir afectuosos saludos.

Bilbao murió el 19 de Febrero de 1865, y fué sepultado al lado de su padre, don Rafael, en el cementerio de Buenos Aires

Si hubiera regresado a la patria, habría sufrido amargos desengaños. La irreligiosidad que francamente profesaba le enajenó la estimación de muchos de sus amigos.

Hoy mismo, después de tantos años, es común oir negar los méritos y cualidades que le adornaban.

Sistemáticamente, los adversarios de sus doctrinas le colocan entre los malos escritores de nuestro país.

Esta crítica, sin embargo, encierra profunda injusticia.

Es cierto que Bilbao usaba a menudo, sobre todo en los últimos tiempos, un estilo declamatorio, reñido con el buen gusto literario; pero asimismo lo es que, al lado de páginas exageradas y enfáticas, escribía otras que sólo merecen aplauso.

Los párrafos que siguen, son dignos de un verdadero escritor:

«El sol se eclipsa y el frío de los polos se extiende sobre la tierra. Humanidad ¿en dónde estás? Veo el egoísmo entronizado; cada uno para sí, y cada uno, sin Dios y sin alma, se envuelve en el negro sudario de la indiferencia. Sólo un alma solitaria vela sobre una roca, contemplando las victorias de la muerte que avanza y retrocede, ante aquel último baluarte, del que sale una voz que le dice: «Aquí no llegarás», y he aquí que el sol vuelve a brillar para dejar ver el arco iris de la esperanza.

«Y el que tal hace y lleva el calor vivificante de su pa-

labra de uno a otro polo, es el Cristo, inmortal centinela, y bendición para todo el que lo invoca. Porque ¿qué seríamos sin Dios? Cosas sin nombre rodando fatalmente en las tinieblas.

«Creamos y esperemos. El fin es nuestro.»

(Boletines del Espíritu)

La obra de la cual se ha copiado la página anterior, pone de manifiesto la influencia ejercida sobre la mente de Bilbao por el autor de las *Palabras de un creyente*, el abate Lamennais.

Tanto del maestro como del discípulo se ha escrito que parecían pertenecer a la secta de los milenarios. Vicuña Mackenna advierte que las ilusiones de Bilbao hacen recordar las del jesuíta Lacunza.

Francisco Bilbao empieza así su vida de *Santa Rosa de Lima:*

«Al acercarse a las poblaciones, lo primero que responde a la mirada investigadora del viajero es la torre del monumento religioso. La religión, como base y coronación de toda sociedad, levanta su cabeza sobre las habitaciones del hombre, como un pensamiento de unidad y amparo.

«Del mismo modo, lo primero que hiere la mirada del alma, cuando se observa cualquier pueblo, es la santidad y el heroísmo, que vigilan sobre los hombres, como luces del espíritu, que el Señor levanta para conservar el testamento de la ley.

«Las alturas sobresalientes de la humanidad son los santos y los héroes, que, como las torres de los templos, o la bandera de la patria que flamea, son los primeros o los últimos objetos que reciben y conservan la luz del sol.

«En tiempos del paganismo, cada raza, cada casta, y

aun cada ciudad, confiaba a un Dios el depósito de sus ideas y la representación de sus sentimientos. Entre los romanos, la habitación de cada ciudadano era guardada por dioses tutelares que se llamaban Lares, y que constituían a cada habitación en un templo inviolable a los asaltos del Estado o de los hombres. Los pueblos cristianos han elevado el culto de los Santos, y han personificado en ellos sus instintos, sus simpatías, sus ideas favoritas; y la humanidad cristiana ha elevado sobre todos los héroes y los santos a la sublime e incomparable figura del Salvador del Mundo.

«Pobre ha sido la América en creaciones para la viña del Señor, pobre es su cielo, desnudo su firmamento de santidad; y sólo Lima lanzó una estrella radiante de virginidad y de belleza, que domina e ilumina a su patria, mucho más que el cúmulo de las riquezas de su suelo.»

Las frases transcritas revelan el más acendrado misticismo y demuestran la más pura ortodoxia.

Cumple, sin embargo, recordar que Bilbao no fué creyente sino en cortos períodos de su vida.

Tal es el motivo por el cual numerosos compatriotas suyos han escarnecido su memoria.

En cambio, todos los chilenos deben reconocer los nobles sentimientos democráticos que agitaban su pecho, su excelso patriotismo, y la abnegación con que siempre defendió la autonomía de las repúblicas latino-americanas (1).

(1) Los discípulos y admiradores de Bilbao trataron, hace años, de levantarle una estatua, y consiguieron fuera esculpida por el egregio artista chileno don Nicanor Plaza; pero hasta la fecha no obtienen permiso del Congreso para la erección del monumento.

VIII

Don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui.—Estudian humanidades en el Instituto Nacional.—Libros históricos: Descubrimiento y Conquista de Chile, Los Precursores de la Independencia de Chile, La Crónica de 1810, La Reconquista Española, La Dictadura de O'Higgins, El Terremoto del 13 de Mayo de 1647.—Obras literarias: críticas, biografías y narraciones históricas.—Vida de don Andrés Bello.—Acentuaciones viciosas.—Apuntaciones lexicográficas.—Discursos parlamentarios.—Cuestiones de límites con Bolivia y Argentina.—Memorias sobre enseñanza.—Artículos de prensa.

«Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui no vinieron al mundo, como los gemelos siamenses, en una misma hora, ni unidos, como éstos, por un nervio simpático, que infundía la sangre del uno en las venas del otro. Pero su existencia moral ha estado desde la cuna de tal modo identificada, que separar sus vidas, sería una especie de impiedad, casi un fratricidio.»

Así empieza Vicuña Mackenna su reseña biográfica de los dos hermanos, en el año 1867, con motivo

de la reproducción de una obra firmada por ambos (1).

Quedaron huérfanos de padre cuando eran muy niños. Escasos de bienes, habrían fracasado probablemente en la vida sin su posición social y sin la enseñanza que recibieron en el Instituto.

Alcanzaron valioso apoyo de los parientes y amigos de sus padres; y el Instituto les dió hogar y educación.

Aunque se habían incorporado algunos años antes en el establecimiento, puede decirse que empezaron estudios sistemáticos en 1843, en el mismo año en que don Andrés Bello fué elegido rector de la Universidad de Chile.

La benéfica influencia de este egregio sabio americano sobre la juventud de nuestro país fué también usufructuada por ellos, durante más de veinte años, en esa época de la existencia en que el hombre se forma y escoge una carrera.

Los hermanos Amunátegui no vacilaron un momento en optar por la profesión de las letras y del magisterio, que debía proporcionarles justo renombre.

En el Instituto, oyeron las lecciones del eminente filólogo Vendel-Heyl, y aumentaron además su ilustración

---

(1) *Don Miguel Luis Amunátegui.* (Santiago, 1828; † 1888, Santiago).—*Don Gregorio Víctor Amunátegui.* (Santiago, 1830; † 1899, Santiago).

Biografía, bibliografía y crítica literaria.—BARROS ARANA, *Don Miguel Luis Amunátegui.*—JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE, *Los constituyentes chilenos de 1870.*—AUGUSTO ORREGO LUCO, *Amunátegui.*—FRANCISCO VALDÉS VERGARA, *Historia de Chile.*—BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *Historia General de la República de Chile,* tomo 2.º—Discurso de don José Alfonso, al inhumarse los restos de don Gregorio Víctor Amunátegui, en Enero de 1899.—Pedro N. Cruz, artículos publicados en *El Porvenir* de Santiago, del 26 de Julio al 4 de Agosto de 1895.

con la lectura de cuantos libros caían en sus manos. Eran asiduos visitantes de la Biblioteca Nacional.

El primer trabajo de importancia que compusieron fué *La Reconquista Española* (1814 1817), dada a luz en los *Anales de la Universidad* en el año 1851, cuando aún no tenían la mayor edad.

La dedicaron a don José Victorino Lastarria, entonces desterrado político, en la siguiente forma: «Fué usted, señor, quien primero nos estimuló a escribir; nuestra primera obra le corresponde, pues, de derecho» (1).

Esta obra ha sido juzgada de una manera satisfactoria no sólo por amigos de los autores, como Barros Arana, sino también por adversarios políticos. En realidad, ella había sido compuesta concienzudamente, con cuidadoso estudio de los archivos, privados y oficiales, y consulta de los principales autores de la época de la reconquista que quedaban vivos.

El estilo es correcto, claro y natural, y la narración de los sucesos, animada e interesante.

Más tarde, cuando el libro fué reimpreso, los Amunátegui estimaron necesario modificar su redacción y dar ma-

(1) A pesar de que ocurrieron graves divergencias, no sólo en materias literarias sino de gobierno, entre Lastarria y los hermanos Amunátegui, su amistad se mantuvo inalterable durante un largo período de cerca de cuarenta años.

Cuando Lastarria publicó los *Recuerdos Literarios*, don Miguel Luis Amunátegui se creyó obligado a rebatir las apreciaciones, a su juicio, injustas, que el autor emitió en ese libro sobre don Andrés Bello. Así se explica la dedicatoria con que, de su puño y letra, Lastarria le obsequió el primer tomo de los *Recuerdos:* «S. D. Mig. L. Amunátegui, eterno contradictor y casi adversario, pero siempre amigo y muy querido de J. V. Lastarria».

En sus últimos años, este benemérito publicista mantuvo tan estrechas relaciones con los Amunátegui que les visitaba diariamente.

yor amplitud a algunas páginas; pero, por desgracia, no alcanzaron a terminar este trabajo de perfeccionamiento.

En el mismo año en que se publicó *La Reconquista*, presentaron a la Universidad otra memoria histórica, compuesta también por ambos, con el título de *Los tres primeros años de la revolución de Chile*. Este segundo libro no ha sido dado a la estampa, aunque, de igual suerte que el anterior, obtuvo aprobación y recompensa universitarias.

Las demás obras firmadas por don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui son los siguientes:

Una conspiración en 1780. Es este un folleto en el cual se narra la tentativa emprendida por dos franceses domiciliados en Chile contra el gobierno español.

Biografías de americanos. Los hermanos Amunátegui dieron a luz en esta ocasion la biografía de don Andrés Bello, que debían completar en libros posteriores (1); la de don Simón Rodríguez, célebre maestro de Simón Bolívar, trabajo citado con encomio por don Fabio Lozano y Lozano, distinguido literato de Colombia, en su reciente estudio acerca de Rodríguez; ligero bosquejo de la vida y obras de Camilo Henríquez, publicado ya en su parte esencial, el cual debía ser aumentado considerablemente más tarde; semblanza del patriota don Manuel de Salas (2),

(1) Crítica de las poesías de Bello en el *Juicio de algunos poetas hispanoamericanos*, (1861); resumen biográfico acerca del mismo Bello, con notables agregaciones, en el libro *Suscrición de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andrés* (1874); rectificación de los *Recuerdos Literarios* de LASTARRIA, publicada en el diario *La República* (1878); *Vida de don Andrés Bello* (1882); y segundo tomo de la obra *Ensayos Biográficos* (1893), en el que se hallan reunidos varios estudios, nuevos y antiguos, sobre Bello y sus hijos.

(2) Este trabajo fué publicado al mismo tiempo con la firma de don Miguel Luis Amunátegui en la *Galería de hombres célebres de Chile*, de DESMADRYL (1854).

reimpresa también después, con grande acopio de documentos y nuevos datos; y, por fin, apuntes sobre el cronista madrileño de nuestra *Guerra de la Independencia* Rodríguez Ballesteros.

De la Instrucción Primaria en Chile: lo que es, lo que debería ser. En esta memoria, que fué premiada por el gobierno, los Amunátegui hicieron interesantes observaciones, entonces muy aplaudidas, que hoy mismo convendría meditar. «La enseñanza, sostienen, debe ser dirigida y sistematizada por un poder social, y no por los individuos, o por reuniones de individuos». «El Estado, agregan, cuando tiene escuelas, las abre para todos, y procura que todos asistan a ellas». El Estado, sin embargo, no debe coartar la libertad de fundar escuelas particulares.

Abogan enérgicamente por la instrucción primaria obligatoria, y por el mejoramiento de la educación femenina. «Enseñad a leer a todas las mujeres, dicen; y veréis cómo al poco tiempo todos los hombres sabrán también leer».

Proponen además reformas que a mediados del siglo pasado debieron juzgarse atrevidas y que hoy son realidades: el establecimiento de bibliotecas escolares y la organización de la lectura a domicilio.

Juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos. Se reproducen artículos publicados y se agregan algunos nuevos. Don Miguel Luis Amunátegui había dado a luz en la *Revista del Pacífico* y en la *Semana* el análisis de las composiciones de Olmedo, Maitín, Lillo, Heredia, Bello, Echeverría y Sanfuentes; y su hermano había insertado en los mismos periódicos críticas de Gabriel de la Concepción Valdés, Mera, José Eusebio Caro, Galindo, Berro y Blest Gana.

Hay que agregar a la anterior lista de obras las biografías de don Salvador Sanfuentes y de don José Joaquín Vallejo, dadas a la estampa en 1866.

Después de esta fecha no publicaron ningún otro trabajo con las firmas de ambos.

Al mencionar las memorias universitarias de *La dictadura de O'Higgins* y del *Descubrimiento y Conquista de Chile*, presentadas por don Miguel Luis Amunátegui en 1853 y en 1862, Vicuña Mackenna, en su reseña biográfica, se expresa así:

«Aunque estas obras llevan sólo el nombre de Miguel Luis, su hermano ha cooperado de varias maneras en su preparación. Cuando no han trabajado juntos, como los castores, desde los cimientos hasta la cúspide, los dos obreros literarios, a la manera de las familias de artistas que recuerdan todavía algunas ciudades de Italia, se han dividido oportunamente los papeles: Miguel Luis en tales casos ha sido el arquitecto; Gregorio Víctor, el constructor.»

«Es preciso confesar, escribe en otro párrafo, que, antes que a Lastarria, que se había mostrado sólo filósofo y prosista, que a Tocornal, narrador frío y contemporizador, y que a Benavente, libelista a la vez que historiador, débese a los Amunátegui la gloria de haber sido los verdaderos fundadores de la escuela histórica de Chile.»

Coincide en esta apreciación de Vicuña Mackenna otro crítico chileno de nuestros días. «El único de nuestros historiadores, escribe Cruz, que ha tenido un concepto verdaderamente artístico de la historia es don Miguel Luis Amunátegui. En las obras que publicó en su juventud descubrió con evidencia aptitudes sobresalientes para la descripción histórica». Y más adelante: «Siempre vivi-

rán la *Dictadura* y el *Descubrimiento y Conquista*, aun serán más conocidos y apreciados que ahora...».

El segundo de estos libros fué asimismo elogiado en los demás países de América. «La última obra de ustedes que recibí, dice a los autores el general Mitre (1), fué la «Historia del Descubrimiento y Conquista de Chile», que leí con vivo interés, especialmente su introducción, por las vistas originales que en ella se desenvuelven y que realmente sólo pueden ser comprendidas por el criterio de este siglo de libertad».

«En esa introducción, don Miguel Luis Amunátegui trazaba un excelente contraste entre la conquista y la colonización de la América Española. Obra del esfuerzo individual de los aventureros europeos, que lejos de su patria y de su rey acometían en el Nuevo Mundo empresas de la mayor dificultad, la conquista lleva el sello del heroísmo, de la resolución suprema, de la grandeza en la concepción y de una brillante osadía en la ejecución. El coloniaje, por el contrario, es pálido, sombrío, mezquino; porque el hombre pierde entonces su individualidad, obra avasallado por el despotismo de los reyes y sus delegados, cuya voluntad se cumplía puntualmente a millares de leguas de la metrópoli. De este contraste, que Amunátegui había dibujado con mano maestra, en un cuadro reducido pero magnífico, sacaba utilísimas lecciones para el presente y el porvenir de los pueblos hispanoamericanos (2).»

La publicación de estas obras, que eran verdaderas his-

---

(1) Carta familiar de 30 de Octubre de 1863, firmada en Buenos Aires. *Archivo del General Mitre*, tomo XX, pág. 121.

(2) Barros Arana, *Obras Completas*, tomo VIII, págs. 129-130.

torias, ofrece evidente prueba del progreso intelectual y literario alcanzado por los chilenos en los últimos decenios.

Si se compara *la Dictadura de O'Higgins* o el *Descubrimiento y Conquista de Chile* con las crónicas escritas en la colonia por Olivares, Molina, Vidaurre y Carvallo y Goyeneche, se observará en el acto una diferencia fundamental entre éstos y aquellos libros.

Los alumnos de la Compañía de Jesús descubrían, en sus crónicas, intenso amor a la patria; y trataban, sin duda, de corregir los defectos más visibles en el gobierno de la capitanía general. La guerra araucana constituía la primera preocupación de estos escritores. Aparecían, sin embargo, como aves de corto vuelo. Narraban de ordinario los sucesos por orden estrictamente cronológico, y no se atrevían a desafiar el omnímodo poder de los reyes. Sus obras eran caseras.

La independencia americana dió amplia libertad a todo un continente. Sucedió en el Nuevo Mundo el mismo fenómeno que se observa en un edificio, cerrado por mucho tiempo, cuyas puertas y ventanas son abiertas de repente: la luz y el aire inundan todas las habitaciones, y arrojan los gérmenes malsanos.

En las colonias hispanoamericanas se hablaba en voz baja; porque se temía incurrir en delitos políticos o religiosos. La Real Audiencia y el Tribunal del Santo Oficio eran dragones formidables cuya misión principal consistía en defender la inviolabilidad del rey y la pureza de los dogmas.

En las nuevas repúblicas, los ciudadanos habían proclamado el principio de la soberanía popular, que descansa sobre la base del libre pensamiento.

Esta transformación del régimen político trascendió necesariamente a las obras intelectuales. Los autores ya no estaban obligados a poner en su pluma una sordina.

Los libros de Lastarria y de los hermanos Amunátegui manifiestan que, a pesar de subsistir en nuestra sociedad restos del antiguo sistema de gobierno, se había abierto nueva era.

Se ha leído que el *Descubrimiento y Conquista de Chile*, más sin duda que la *Dictadura de O'Higgins*, mereció elogiosos conceptos de escritores que tenían competencia de jueces. El libro mencionado fué, al mismo tiempo, objeto de censuras.

Al autor escribió desde Buenos Aires su amigo Francisco Bilbao, con fecha 17 de Abril de 1863, acusándole recibo de dos ejemplares del libro, en estos términos:

«¡Con cuánto placer y furor curioso, le dice, empecé a leerlo! Esos momentos de felicidad deben empeñar nuestra gratitud para con los autores que los inspiran. He leído seguido, sin esfuerzo, con interés, y apreciando tu juicio, tu trabajo, tu discernimiento. Tenemos, pues, un libro de la conquista. Tu prefacio es muy importante y oportuno; y don Juan María Gutiérrez, que los quiere mucho a ustedes dos, me dijo que iba a hacer publicarlo en los diarios.

«Pero yo voy a decirte lo que he echado de menos en tu libro:

«1.º Sobre los primitivos habitantes (origen, creencias, costumbres).

«2.º Sobre su idioma.

«Bien sé que el problema es arduo, y es uno que está a la orden del día en la ciencia moderna; pero por eso mismo es muy digno de ti.»

En verdad, Amunátegui no había consagrado un capítulo especial a los indígenas chilenos. Se puede afirmar, sin embargo, que lo habría hecho en el caso de poseer todos los datos necesarios.

Francisco Bilbao estaba en lo justo cuando sostenía que una historia de la conquista debía empezar describiendo a los primitivos habitantes del país. Por desgracia, en la época en que apareció la obra de Amunátegui no se conocían otros trabajos sobre los mapuches que los muy incompletos de algunas crónicas coloniales.

Se ha enrostrado, asimismo, al autor el defecto de que no presenta en su obra retratos completos del carácter de cada uno de los personajes principales.

Esta crítica carece de fundamento. Los militares españoles que conquistaron el territorio comprendido entre el desierto de Atacama y el seno de Reloncaví no estaban dotados de esa complejidad de sentimientos que es muy frecuente en los hombres modernos. Pedro de Valdivia, Francisco de Aguirre, Francisco de Villagra eran soldados groseros, que se distinguían especialmente por su tenacidad y arrojo, y que no usaban de mucha diplomacia para alcanzar sus fines, ni vivían una vida interior tan intensa que merecieran profundo examen psicológico.

La sencilla narración de las hazañas en que tomaron parte, descubre todo lo que puede y es digno de saberse de sus cualidades características.

El mismo Hurtado de Mendoza, cuando vino a Chile, era un joven de veintidós años, y, aunque educado en el hogar de una de las familias más ilustres de la monarquía, sin grandes honduras espirituales.

Para juzgar con imparcialidad el *Descubrimiento* debe tenerse presente que el autor sólo dispuso de muy pocos

libros de primera mano, a saber, las cartas de Valdivia al emperador Carlos V y el *Libro Becerro* del Cabildo de Santiago, los documentos de don Claudio Gay, la crónica de Góngora Marmolejo y *La Araucana* de Ercilla.

Antes de la mencionada obra, don Miguel Luis Amunátegui había compuesto un *Compendio de Historia de Chile*, que destinaba a la enseñanza, del cual se han impreso trece ediciones.

Durante cuarenta años, desde 1856, en que fué por primera vez dado a luz en Valparaíso, hasta 1896, fecha de la decimotercia edición, publicada en Santiago por don Nicasio Ezquerra, este librito ha servido a numerosas generaciones para el estudio de la historia patria.

En el momento de su publicación, fué considerado el mejor compendio de su clase, por la naturalidad del estilo y la claridad de la narración. Se hallaba lejos, sin embargo, de ser completo; pues, como reza su título, sólo trata de la historia política, y no describe las otras manifestaciones de la actividad social, que propiamente constituyen la cultura de un pueblo. Faltan en el compendio datos sobre las costumbres, que a los tratados del escritor francés Seignobos dan extraordinario interés.

Algunos críticos han sido de parecer que la mejor obra de Amunátegui fué *La Dictadura de O'Higgins*, no sólo por su aspecto político sino literario. Con los bríos propios de la juventud, el autor descubrió en ella sus principios liberales, y empleó, para expresarlos, entusiasta y vigoroso estilo.

Otros opinan que encierra valor más duradero el *Descubrimiento y Conquista de Chile*. Barros Arana juzgaba que este libro merecía ser reimpreso, con agregaciones y

notas explicativas, para aprovechar de este modo los trabajos modernos de investigación.

A pesar de estas críticas, ha prevalecido en los últimos tiempos el dictamen de aquellos que conceden el primer lugar a *Los Precursores de la Independencia de Chile*.

Esta obra es de una trascendencia innegable, y ofrece un cuadro muy bien estudiado del régimen colonial. En el primer tomo, el autor expone los elementos constitutivos del gobierno y de la sociedad bajo la dominación española; en el segundo, describe las múltiples fases de la guerra araucana, la condición miserable en que vivían los indígenas sometidos, las diferentes leyes dictadas por el rey y el sistema de guerra defensiva propuesto por los jesuítas para civilizar a los naturales, las medidas de rigor que en ocasiones se emplearon contra ellos, y la abolición del sistema de encomiendas. En el tercer tomo, por fin, después de analizar las consecuencias producidas por el gobierno del rey, asunto que Amunátegui explaya en interesantes capítulos consagrados a los mestizos y a los criollos de las colonias americanas, entra a referir algunas tentativas de rebelión, y a ahondar las causas económicas que prepararon el triunfo de la independencia.

El título del libro se halla perfectamente justificado en el plan de la composición. Así como la medicina comprueba que cada individuo trae al nacer los gérmenes de la enfermedad naturalmente destinada a quitarle la vida, la historia nos revela en las colonias españolas, desde los primeros días de la conquista, síntomas evidentes del espíritu de libertad que con el trascurso del tiempo debía trasformarse en abierta revolución contra la madre patria.

En América hubo precursores de la independencia durante los siglos XVI, XVII y XVIII; y es craso error

imaginar que el rompimiento entre estos países y la Península estalló de repente, como fenómeno aislado, obedeciendo sólo a causas inmediatas, sin una gestación de siglos, lenta y progresiva.

Se ha censurado con acrimonia al autor su procedimiento de intercalar en el relato extensas piezas, de ordinario escritas en lenguaje macarrónico, y se ha insistido por respetables críticos en advertir que habría sido de indudable conveniencia la agrupación de tales documentos al fin de cada tomo, en forma de apéndice. De este modo, no se habría interrumpido el curso de los hechos y habría ganado la obra en perfección literaria.

Amunátegui se ha adelantado a tales censuras explicando en modesta advertencia, puesta en el primer tomo de su obra, cuáles fueron los motivos que lo indujeron a preferir a cualquiera otro el método seguido por él.

«Los actuales hispanoamericanos, dice, necesitan hacer esfuerzos de imaginación para poder figurarse lo que eran sus abuelos, tal vez lo que eran sus padres.

«Esta circunstancia obliga al historiador del período colonial, que trata de sucesos tan diferentes de los que ahora presenciamos, a ir apoyando sus aseveraciones en pruebas y documentos, si desea no exponerse a que se le tilde de inventor, en vez de narrador.»

Sea cual fuere el criterio con que se aprecie el procedimiento que en este caso y en otros creyó oportuno adoptar don Miguel Luis Amunátegui, debe reconocerse que *Los Precursores de la Independencia de Chile*, en la forma en que apareció el libro, constituyen el primer ensayo de una historia filosófica de nuestro país, fundado en hechos y en pruebas irredargüibles, no en vanas declamaciones.

Nunca imaginó su autor que había compuesto una obra definitiva; pero sí se halagó con la idea de que estos estudios sobre los orígenes de la magna empresa de la independencia podrían ser de eficaz ayuda a los futuros historiadores.

En la época en que publicó *Los Precursores*, de 1870 a 1872, Amunátegui tomaba activa participación en política, ejercía el laborioso cargo de secretario general de la Universidad y regentaba clases en el Instituto Nacional.

Su hermano, don Gregorio Víctor, vivía consagrado a las arduas labores de la magistratura judicial.

A pesar de todo, los hermanos Amunátegui robaban horas al tiempo que habrían debido consagrar al descanso, y continuaban sin interrupción sus trabajos históricos.

La última obra de aliento que don Miguel Luis Amunátegui dedicó a la vida del pasado fué *La Crónica de 1810*, que quedó inconclusa. Alcanzó a publicar los dos primeros tomos, y dejó en borrador el tercero.

No fueron los mencionados sus únicos libros sobre la historia política de Chile.

A la edad de veinte años publicó una biografía del general Borgoño, quien acababa de morir, en la *Revista de Santiago*, fundada por Lastarria. Esta fué, por decirlo así, su iniciación en la carrera literaria.

Amunátegui no se limitó a estudiar los sucesos públicos, sino que, además, dedicó algunas de sus obras a la descripción de las costumbres sociales. La rebusca de documentos en los archivos de Gobierno y el examen prolijo de viejas crónicas, le dieron a conocer interesantísimos episodios y detalles privados que permitían penetrar en la intimidad de las familias y de los personajes de otro tiempo.

Ya en *Los Precursores* había aprovechado muchos de estos pormenores, que desentrañó de polvorientos legajos, y con los cuales pudo iluminar cuadros y hombres de épocas remotas.

A tal género de obras pertenecen *El terremoto del 13 de Mayo de 1647*, las *Narraciones Históricas*, los *Cuadros Antiguos* y *El Cabildo de Santiago desde 1573 hasta 1581.*

Los Amunátegui compusieron asimismo algunos libros referentes al cultivo de las letras en nuestro país. En su *Antología de poetas hispanoamericanos*, Menéndez y Pelayo reconoce que don Miguel Luis Amunátegui «es sin duda el escritor a quien más ilustración debe la historia literaria de Chile».

Uno y otro hermano habían dado a la estampa prolijos trabajos acerca de los escritores de la época colonial. Don Gregorio Víctor es autor de interesantes críticas sobre los poetas Oña y Alvarez de Toledo, y sobre el cronista jesuíta Alonso de Ovalle. Don Miguel Luis, por su parte, había publicado monografías de Ercilla, Núñez de Pineda y Bascuñán, el mismo Alonso de Ovalle y Carvallo y Goyeneche.

A más del *Juicio Crítico*, ya citado, en el cual se analizan las composiciones de quince poetas de la América Española, don Miguel Luis Amunátegui ha escrito biografías de los siguientes personajes: *Doña Mercedes Marín del Solar*, *Don Ignacio Domeyko*, *Don Rodulfo Amando Philippi*, *Don José Joaquín de Mora*, *Don Ventura Blanco Encalada*, *Don Manuel Antonio Tocornal*, *Don Bernardo de Vera y Pintado*, *Don Melchor José Ramos*, *Don Carlos*, *Don Francisco y Don Juan Bello*, *Don José Antonio Torres.*

Uno de sus estudios más eruditos, en el que aparecen

mayor número de noticias ignoradas por las nuevas generaciones, es el que trata de *Las primeras representaciones dramáticas en Chile.* Esta obra se publicó primero en forma de artículos o capítulos, en 1872, en la *Revista de Santiago*, que entonces dirigían don Augusto Orrego Luco y don Fanor Velasco; y más tarde, después de la muerte del autor, en un tomo, gracias al empeño de su hermano, don Gregorio Víctor.

En la misma *Revista*, empezó don Miguel Luis Amunátegui a dar a luz una verdadera crónica de *La Universidad de San Felipe*, establecimiento, como se sabe, fundado por el rey de España, Felipe V, que precedió inmediatamente a la actual Universidad de Chile; pero no concluyó este trabajo, en gran parte, a causa de la desaparición de la *Revista.*

La principal obra con que Amunátegui ha contribuído a la historia de las letras nacionales es la *Vida de don Andres Bello*, dada a la estampa con motivo del centenario del ilustre sabio.

Nadie tuvo en mayor aprecio este libro que don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien lo califica de «eruditísimo y, sobre toda ponderación, interesante».

«Admirador yo, agrega, del insigne filólogo y acendrado poeta, gloria de la América del Sur y de la patria literaria española, he procurado siempre con ahinco leer cuanto acerca de él se escribe, y cuanto puede contribuir al más exacto conocimiento de su fisonomía intelectual. Bajo este aspecto, el libro es un tesoro; y en sus páginas, don Andrés Bello parece revivir, tal como fué en la intimidad familiar, en la cátedra y en la vida pública. Pocos trabajos biográficos conozco en la literatura española tan nu-

tridos, tan completos y hechos con tanto amor y diligencia» (1).

Un juicio parecido se ha publicado últimamente en la patria de Bello sobre el libro de Amunátegui.

«Es la biografía fundamental del ilustre polígrafo venezolano, escribe el Director de la Biblioteca Nacional de Caracas. Bello aparece en toda la pureza de su gloria; y su labor enciclopédica, su larga vida de civilizador, y, especialmente, su apostolado de maestro en Chile, quedan evidenciados por modo perdurable» (2).

Sería incompleta la reseña de la obra literaria de don Miguel Luis Amunátegui si no fueran recordados sus numerosos artículos y memorias relativos a la enseñanza pública, y los nutridos volúmenes en que dilucidó nuestras cuestiones de límites con Bolivia y con la República Argentina.

Con ocasión de esta última contienda, Amunátegui reunió y publicó un grueso legajo de documentos, de alto valor para la historia de estos países de la América del Sur.

Sus discursos parlamentarios forman dos gruesos tomos, en que se estudian muchas materias de enseñanza y de política discutidas aun en nuestros días. Puede aseverarse que algunas de estas piezas conservan todo su interés.

No sucede lo mismo con la mayor parte de su obra periodística. Los artículos de fondo de un diario tienen extraordinaria semejanza con las hojas de los árboles:

---

(1) Carta a don Miguel Luis Amunátegui, firmada en Santander, en el mes de Septiembre de 1882.

(2) Manuel Segundo SÁNCHEZ, *Bibliografía Venezonalista*. Caracas, 1914.

cuando éstas se desprenden de las ramas pierden el color, trasforman la materia que las compone, y empiezan a servir para otros fines. Igualmente, las hojas de la prensa cumplen su misión en breve plazo y en seguida mueren.

Don Miguel Luis Amunátegui fué redactor principal de *El Independiente*, *La República* y *El Ferrocarril*, de Santiago, y *El Mercurio* de Valparaíso. Sería sin duda de provecho para nuestra historia política, hacer cuidadoso análisis de tales artículos, y tal vez publicar una selección de ellos.

Según las palabras de Vicuña Mackenna, don Gregorio Víctor Amunategui fué constante colaborador de su hermano. Se hallaban dotados de diferentes caracteres; pero supieron armonizar contrapuestas facultades. Un mismo ideal e indénticas doctrinas inspiraban a ambos.

El estilo propio de don Gregorio Víctor aparece en libros como las *Narraciones Históricas* y la memoria de 1856 sobre la *Instrucción Primaria en Chile*. Puede asegurarse que tanto las *Acentuaciones Viciosas* como las *Apuntaciones Lexicográficas* se deben principalmente a él.

Su hermano empleaba un lenguaje más sencillo y natural; el estilo de don Miguel Luis Amunátegui es el del *Compendio de Historia de Chile* y del *Descubrimiento y Conquista*.

Las diferencias entre ambos escritores se descubren fácilmente en los artículos que publicaron por separado en sus años juveniles.

IX

Don Diego Barros Arana.—Su educación en el Instituto Nacional.—Su entusiasmo por las investigaciones históricas.—Obras de la juventud.—Combate la política de don Manuel Montt.—Parte al extranjero.—Reune documentos y libros sobre la historia patria en la República Argentina, en Londres, en los archivos españoles y en París.—Es nombrado rector del Instituto Nacional.—Sus grandes servicios a la enseñanza.—La Historia General de Chile.—Otros libros.—Carrera diplomática.

Don Diego Barros Arana (1), cuya gran inteligencia y cuyos eminentes servicios en la enseñanza y en las letras nacionales han sido negados por adversarios políticos, continúa siendo a los ojos de la juventud estudiosa una de las cumbres de nuestro país, a la cual es necesario que ascienda todo el que quiere conocer el pasado y juzgar bien el presente.

Aun no ha trascurrido un decenio desde el día de su

---

(1) *Diego Barros Arana.* (1830, Santiago; † 1907, Santiago).

Biografía y bibliografía.—Vicuña Mackenna, *Don Diego Barros Arana*, tomo 1.º de la *Historia General de la República de Chile*, año 1866·—Domingo Arteaga Alemparte, *Los constituyentes chilenos de 1870.*—Víctor M. Chiappa, *Bibliografía de don Diego Barros Arana.*—Emilio Vaïsse, *Bibliografía General de Chile*, tomo 1.º

fallecimiento; y, tal vez por esta circnnstancia, no se publica una historia detallada de su vida. Las luchas que sostuvo durante cerca de medio siglo y las pasiones que desencadenaron esas luchas han dejado reliquias vivas en muchos de nuestros contemporáneos.

Felizmente, los escritos de Barros Arana señalan las fechas principales de su agitada carrera, y los retazos de verdaderas memorias que en ellos se leen, o bien explican su conducta política en importantes períodos, o bien nos descubren silenciosa labor de luengos años en los campos de la investigación histórica.

No se necesitan en realidad otros datos para formar criterio sobre su obra literaria.

Barros Arana nació en opulenta casa de la ciudad de Santiago, cuando ya había terminado la guerra de la independencia.

Su padre, don Diego Antonio Barros, que llegó a ocupar un sillón en el Senado, por importantes servicios a la causa de la libertad y de la paz pública, pertenecía a la aristocracia del país. Era hijo de don Manuel Barros Andonaegui, uno de esos respetables agricultores que en otro tiempo formaban entre nosotros la clase feudal, y de doña Agustina Fernández Leiva, hermana del representante de Chile en las Cortes de Cádiz de 1812.

La familia de Barros reconocía por fundador a Juan de Barros, natural de Galicia, soldado de la hueste de don García Hurtado de Mendoza.

La madre del futuro historiador de Chile, hermana de uno de los ministros del dictador Rozas, era la señora argentina doña Martina Arana y Andonaegui.

Este último apellido, que pertenecía a Barros Arana tanto por línea paterna como materna, es vascongado. Así

se explican sus condiciones especiales de carácter, o sean, la laboriosidad y constancia de que dió espléndidas pruebas. Los ascendientes de las provincias septentrionales de España revivían en él.

A Barros Arana le tocó ser condiscípulo en el Instituto Nacional, entre otros futuros escritores, con los hermanos Amunátegui, con quienes vivió siempre unido por estrecha amistad y comunión de ideas, en la próspera y en la adversa fortuna.

Perteneció como estudiante al primer curso de un nuevo plan de humanidades, el de 1843, en el cual se adoptó la simultaneidad de diversas asignaturas en todos los años y se introdujo la enseñanza de la historia. Los textos adoptados para su aprendizaje fueron los compendios de Lamé-Fleury.

Muy luego, Barros Arana, dió a conocer decidida afición por este ramo; y, aunque el estado precario de su salud no le permitió seguir el curso de leyes, reveló en forma inequívoca extraordinarias dotes intelectuales.

A la edad de diez y ocho años publicó en los diarios de la época algunas traducciones de novelas francesas, de carácter histórico; y en 1850 inició sus estudios originales con el relato de las campañas de Benavides.

Por este trabajo, Barros Arana mereció entusiasta estímulo de parte del distinguido estadista don Antonio García Reyes.

Don Diego Antonio Barros se sintió hondamente halagado con este triunfo de su hijo, y, ya en los últimos años de la vida, deseó fomentar sus gustos por las investigaciones históricas. Pronto se le presentó una ocasión muy propicia de hacerlo. Con motivo de la muerte del filántropo don Miguel de la Barra, quien había desempeñado en

Europa las altas funciones de Encargado de Negocios de Chile, se anunció la venta de su valiosa colección de libros.

El señor Barros compró para su hijo más de trescientos de estos volúmenes, todos los que trataban de historia americana. Esta fué la base de la biblioteca de Barros Arana (1).

Más o menos, en los mismos días el joven investigador escribió interesante estudio biográfico del general Freire; y poco antes de la muerte de su padre, a mediados de 1853, fundó un periódico literario, que hacía falta desde el desaparecimiento de la revista *Sud-América* sostenida por Sarmiento, con el título de *El Museo*, donde insertó numerosos artículos de erudición y crítica.

Desde hacía algunos años, Barros Arana reunía con ahinco documentos originales o en copia, y noticias fidedignas, sobre nuestra historia nacional; y, así como, gracias al apoyo de su padre, había formado una regular biblioteca, empezó a organizar su archivo particular de piezas históricas.

En esta ocasión, recibió como obsequio del hijo de don Bernardo O'Higgins, don Demetrio, el cual residía en el Perú, una parte considerable de los documentos guardados por el fundador de nuestra independencia. Tomó asimismo copias o extractos de todas las notas, relaciones y memorias que juzgó de interés en el archivo del que fué secretario perpetuo de la Capitanía General de Chile, don Judas Tadeo de Reyes; y en 1855 hizo copiar en la ciudad argentina de Mendoza todos los antecedentes relativos al

(1) Barros Arana, *Historia General de Chile*. Tomo 16, Capítulo final, *Mi Conclusión*. La biblioteca del señor Barros Arana, por especial encargo de su dueño, fué cedida generosamente al Estado. Por desgracia, el Gobierno aun no la entrega al servicio público, por falta de un sitio central, donde esos libros se hallen bien colocados.

ejército de los Andes, que, al mando de San Martín y O'Higgins, nos dió patria y libertad.

Barros Arana aprovechó, además, todos los datos que pudieron suministrarle los militares sobrevivientes de la guerra de la independencia. La alta posición social de que disfrutaba le dió para ello grandes facilidades. Con tal objeto, conversó frecuentemente, o sostuvo correspondencias, con los generales Freire, Prieto, Las Heras, Blanco Encalada, Cruz, Pinto y Aldunate, y con personajes de la distinción de don Diego José Benavente y de don Victorino Garrido.

Después de lenta y serena preparación, Barros Arana empezó a publicar su *Historia de la independencia de Chile*, completada con la memoria que presentó a la Universidad sobre las *Campañas de Chiloé*.

La historia de estos veinte años, de 1807 a 1826, durante los cuales se decidió, primero, en los comicios, y, en seguida, por la acción de las armas, la suerte de nuestro país, fué entonces narrada con tan prolijos detalles y tal abundancia de pruebas que pareció haber sido agotada la materia.

Barros Arana, sin embargo, continuó estudiándola, y consiguió darle mayor amplitud.

En su *Historia General de Chile*, ha consagrado siete gruesos volúmenes, cerca de la mitad de toda la obra, al período que abarca desde la muerte de Muñoz de Guzmán, en Febrero de 1808, hasta la capitulación de Chiloé, en Enero de 1826.

Esta es sin duda la parte más completa de la historia escrita por él.

La *Historia de la independencia* y las *Campañas de Chiloé*, dadas a la estampa entre los años de 1854 y 1858,

fueron la base del prestigio de Barros Arana como investigador y erudito..

En 1855, cuando aun faltaban meses para que cumpliera la mayor edad, fué nombrado miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades, en reemplazo del sabio filólogo francés don Luis Antonio Vendel-Heyl, de quien escribió más tarde una de las biografías más interesantes publicadas en Chile.

Los primeros trabajos históricos de Barros Arana se distinguen por extraordinario respeto a la exactitud de los hechos, y por un estudio completo del asunto: según lo expresó por la prensa el periodista oriental Juan Carlos Gómez, entonces en nuestro país, esos escritos anunciaban al «futuro historiador de Chile».

Por desgracia, Barros Arana escribía entonces en mal castellano: sus frases a veces carecían de sentido, y a menudo estaban plagadas de vocablos incorrectos.

La práctica de los años debía tener mayor éxito que las lecciones recibidas en el Instituto Nacional; y los libros compuestos por él en la segunda mitad de su vida manifiestan un progreso literario notable sobre las obras de su juventud.

Presentado el segundo tomo de la *Historia de la Independencia* al certámen de la Facultad de Humanidades correspondiente a 1855, alcanzó el premio, gracias al encomiástico dictamen de los señores don Francisco Vargas Fontecilla y don Miguel Luis Amunátegui.

Los informantes se creyeron obligados, sin embargo, a declarar que no participaban de las opiniones del autor desfavorables a la conducta militar y política de don José Miguel Carrera.

En aquellos días aun subsistían las animosidades de

o'higginistas y *carrerinos*, y Amunátegui acababa de dar a luz su libro sobre O'Higgins, con el carácter de memoria universitaria.

No es esta la oportunidad de que se reabra el debate sobre las causas que dieron por resultado la reconquista española, ni sobre los errores estratégicos de los jefes patriotas. Barros Arana suministra, por lo demás, en el tomo 9.º de su *Historia General de Chile*, todas las noticias necesarias para que el lector forme juicio propio acerca del asunto.

En esta época, Barros Arana entró de lleno en la lucha política, y atacó al gobierno de don Manuel Montt desde las columnas de *El País*, en 1857, y de *La Actualidad*, al año siguiente.

Por espacio de medio siglo, Barros Arana combatió sin miedo y sin descanso, de palabra y por escrito, a todos los gobiernos que, en su sentir, exageraban el principio de autoridad.

No fué Barros Arana un publicista a la manera de Lastarria; pero, en igual grado que él, defendió con abnegación las libertades políticas de su país.

«Como diarista, según Vicuña Mackenna, se mostró incisivo, franco y enérgico, y, en la polémica, tan picante y burlón que no hubo adversario que no concluyera por cederle el campo.»

Suspendidas las garantías constitucionales, a consecuencia de la revolución de 1858, Barros Arana resolvió alejarse de Chile a principios del año siguiente.

En el curso de sus viajes, que duraron dos años, visitó la República Argentina, el Uruguay, el Brasil. En ninguna parte descuidó el principal propósito de su labor intelectual, esto es, el estudio de la historia patria; recogió

nuevos documentos en Mendoza; y aumentó considerablemente en Buenos Aires su coleccion de libros y manuscritos sobre historia y geografía.

Aunque siempre se reconoció deudor a don Manuel Ricardo Trelles, jefe del archivo público argentino, por las facilidades que le ofreció para copiar los documentos puestos bajo su guarda, de nadie recibió en la metrópoli ríoplatense mayores servicios que de don Bartolomé Mitre, a quien había conocido en Santiago de Chile. No sólo fué su consultor, sino su guía en la exploración de los archivos; y le comunicó además, generosamente, todos sus papeles y libros relativos a historia americana.

Barros Arana se trasladó en seguida a Europa; y, en Agosto de 1859, fué presentado en el Museo Británico por el general O'Brien, quien había combatido en nuestro país bajo las órdenes de San Martín. En este gran archivo reunió algunas piezas de extraordinario interés, sobre viajes y estudios geográficos. O'Brien, por su parte, le proporcionó valiosas noticias acerca de las campañas de la independencia.

Nuestro compatriota no tenía tiempo que perder, y en el mes de Diciembre empezaba a trabajar en el principal depósito español de papeles americanos, o sea, el *Archivo de Indias* de Sevilla.

«Durante más de cuatro meses concurrió a aquel establecimiento sin faltar un solo día, excepto los festivos, y todas las horas que permanecía abierto, es decir, desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde. En ese tiempo reunió un número extraordinario de notas y extractos, tomados prolijamente por él mismo, abreviando expedientes y legajos más o menos interesantes, pero que no juzgó necesario copiar por entero.»

Hacía diez años, en 1850, don Claudio Gay había emprendido idéntica labor en el mismo *Archivo*, y había tomado también numerosas copias, que publicó, en tomo especial, dos años más tarde.

En la época en que Barros Arana hacía sus investigaciones en Sevilla y en Madrid, otro chileno ilustre, el arzobispo Valdivieso, se ocupaba también en la Península en tomar copias de piezas históricas, en especial de la correspondencia de los obispos de nuestro país con el rey; utilísimo trabajo que sirvió después al historiador don Crescente Errázuriz para componer su obra sobre *Los orígenes de la Iglesia Chilena*.

Valdivieso y Barros Arana tuvieron entonces el agrado de encontrarse en España con don Benjamín Vicuña Mackenna, a quien se hallaban unidos por sentimientos políticos comunes.

Por desgracia, al cabo de poco tiempo, estos tres distinguidos viajeros hubieron de separarse: el arzobispo se dirigió a Roma; Barros Arana, a París; y Vicuña Mackenna, a Chile.

En 1870, este último escritor volvió al *Archivo de Indias;* y, valiéndose de idóneos escribientes, adquirió riquísima colección de testimonios históricos, que pudieron aprovechar en Chile todos sus amigos, y especialmente Barros Arana y don Crescente Errázuriz.

Esta severa compulsa de documentos originales, que nuestros primeros historiadores ejecutaban a costa de grandes sacrificios, no era sino el acatamiento rendido a las opiniones de Bello, según las cuales de nada valía una historia sin pruebas positivas.

Tres años más tarde, en 1873, un distinguido pariente de Vicuña Mackenna, don Carlos Morla Vicuña, secreta-

rio de la Legación de Chile en Francia recibió de nuestro gobierno la importante comisión de buscar en los archivos históricos de la Península las pruebas en que se fundaba el dominio de Chile sobre la Patagonia. La cosecha del señor Morla Vicuña resultó abundante, y robusteció la defensa jurídica de nuestros derechos (1).

En 1884, por fin, don José Toribio Medina, secretario de la Legación de Chile en España, fué honrado por el gobierno de la República con el encargo mucho más vasto que el anterior «de hacer copiar en los archivos peninsulares los documentos que creyera de interés para el estudio de nuestra historia». Medina correspondió a la confianza depositada en él muy satisfactoriamente: no sólo hizo sacar numerosos tomos de copias, sino que se creyó obligado, más tarde, a dar esas copias a la estampa, hasta completar el número de treinta volúmenes. Ha escrito, además, obras históricas originales de verdadero valor.

Tanto Medina como Barros Arana no se limitaron a copiar documentos sino asimismo obras enteras, que juzgaron dignas de ser conocidas; y uno y otro han aumentado de este modo nuestra biblioteca histórica.

Barros Arana recorrió en España, fuera del *Archivo de Indias*, los archivos de Simancas, de la Biblioteca Nacional de Madrid, de la Oficina Hidrográfica y de la Real Academia de la Historia. Trabajó también en varios archivos particulares, en todos los cuales recibió cariñosa acogida.

En París, don Claudio Gay y la señora de Balcarce, hija del general San Martín, le proporcionaron importantísimos documentos.

De regreso a su patria, Barros Arana obtuvo en el

(1) Tanto las copias de Vicuña Mackenna como las del señor Morla Vicuña se encuentran hoy en la Biblioteca Nacional de Santiago.

Perú, a principios de 1861, noticias y papeles históricos muy interesantes de parte del general Miller, glorioso militar inglés que había combatido al lado de los más grandes capitanes de América, en favor de la causa de nuestra independencia.

Puede asegurarse que en esta fecha Barros Arana se hallaba preparado para componer su *Historia General de Chile*; pero acontecimientos ajenos a su voluntad le impidieron entonces hacerlo. Debían transcurrir veinte años antes de que principiara esta obra.

Instalado en Santiago, colaboró en dos grandes revistas que publicaban en Valparaíso las casas editoras rivales de Tornero y de Helfmann: la *Revista del Pacífico* y la *Revista de Sud-América*. En aquélla dió a luz su notable estudio bibliográfico acerca de los cronistas de indias, que reprodujo con agregaciones, en 1892, en los *Anales de la Universidad*, con motivo de las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo; y en la de *Sud-América* permitió la reproducción de las biografías del cronista fray Melchor Martínez y de los presidentes Pinto y Prieto publicadas por él antes de su viaje a Europa.

En 1862 Barros Arana fundó en Santiago *El Correo del Domingo*, que sólo debía vivir seis meses, y en cuyas columnas continuó fomentando entre los jóvenes los estudios literarios e históricos.

En 1863, el gobierno de don José Joaquín Pérez le nombró rector del Instituto Nacional, cargo que ejerció por espacio de un decenio y desde el cual trasformó la instrucción secundaria de nuestro país, haciendo progresar no sólo la enseñanza del Estado sino también la particular.

En el desempeño de sus funciones, Barros Arana aprovechó los vastos conocimientos que había adquirido en

Francia; pero no se limitó a ellos. Dedicóse a estudiar de nuevo; y con perseverancia ejemplar profundizó sus nociones de latín, de literatura, de idiomas vivos extranjeros y de ciencias físicas y matemáticas. El rector del Instituto fué, al mismo tiempo, el más aventajado de los alumnos del colegio.

Es fácil comprender cuál sería la marcha de la nave bajo la dirección de semejante piloto. Si el Instituto, de conformidad con los anhelos de Camilo Henríquez, durante el primer medio siglo de su existencia, dió a la patria ciudadanos capaces de defenderla y dirigirla, multiplicó sus opimos frutos en los años que siguieron a aquellos.

Antes que nada, el nuevo rector, que poseía la completa confianza del Gobierno, se empeñó por alcanzar que el cuerpo docente estuviera compuesto de maestros idóneos; y, con tal fin, separó a algunos de los antiguos, confió mayor número de clases a los profesores verdaderamente preparados, y organizó en el mismo colegio una especie de seminario pedagógico.

Este plantel formó numerosos repetidores, o maestros ayudantes, que con los años debían distinguirse en la enseñanza de la juventud. Barros Arana tiene la gloria de haber educado a una veintena de jóvenes, entre los cuales se recuerdan literatos, abogados, ingenieros, médicos y profesores de alta cultura.

Isaac Ugarte Gutiérrez; los dos Rengifo, Ismael y Osvaldo; Manuel Barros Borgoño; Gaspar Toro; don Diego Antonio Torres, para no nombrarlos a todos, fueron sus discípulos, o desempeñaron clases en el rectorado de Barros Arana.

Una de las necesidades más premiosas era la adopción

de buenos textos de enseñanza; y el entusiasta jefe se apresuró a traducir y a hacer traducir aquellas obras de los colegios franceses que juzgó las más adecuadas a nuestros establecimientos.

Barros Arana creyó, asimismo, necesario escribir los siguientes compendios: tres manuales destinados al estudio de la retórica y poética, y un texto de geografía física; muy elogiados los cuatro libros en su época.

Esta última asignatura era nueva en el colegio. Fueron también incorporadas en el curso de humanidades las de química e historia natural. El primer profesor de ciencias biológicas fué el sabio alemán don Rodulfo Amando Philippi.

Barros Arana, que debía sobrevivir a Philippi, publicó una extensa biografía suya; la cual contiene gran copia de noticias sobre enseñanza pública, sobre colonización de las provincias australes y sobre cultivo de las ciencias en nuestro país, y es una de las mas interesantes compuestas por él.

Fué en realidad conmovedor el espectáculo del homenaje personal rendido por Barros Arana en las exequias del anciano maestro: sólo comparable con el de los generales sobrevivientes de la guerra de la independencia al libertador San Martín, con motivo de la inauguración de su estatua en la Alameda de Santiago.

El mejor libro de texto de Barros Arana es su *Compendio de Historia de América*, publicado primero en dos tomos, y, en seguida, en uno solo, por los años de 1865.

Esta era una obra necesaria. En la indicada fecha no se conocía ningún resumen de los acontecimientos históricos del Nuevo Mundo que reuniera los requisitos de extensión, claridad y exactitud exigibles en un libro para

la enseñanza. La más evidente prueba de los méritos de este trabajo es el hecho de haber sido adoptado en los colegios argentinos (1).

Las innovaciones introducidas por Barros Arana en el plan de estudios, su firme propósito de dar mayor amplitud a las pruebas del bachillerato en humanidades, y la estrictez que exigía en los exámenes de fines de año, le enemistaron con los directores de la enseñanza privada y con numerosas familias influyentes.

En esta fecha los alumnos de los colegios de Santiago sólo en el Instituto podían dar exámenes válidos para grados universitarios.

Barros Arana fué destituído del cargo de rector; pero veinte años más tarde se le exaltó al rectorado de la Universidad, y pudo entonces completar su labor pedagógica con esenciales reformas.

La autoridad de que gozaba sólo era comparable a la que tenía don Andrés Bello cincuenta años atrás.

Gracias a su influencia en los consejos de gobierno, Barros Arana cimentó sobre sólida base el nuevo plan de estudios secundarios de 1893; y promulgó como rector los primeros programas redactados en conformidad al sistema concéntrico.

Barros Arana fué miembro de la Cámara de Diputados en tres ocasiones, en 1867, en 1870 y en 1886; pero en ninguna de ellas manifestó entusiasmo por las luchas parlamentarias. Carecía de las dotes del orador; y no se resignaba a cumplir los deberes que impone la táctica política.

---

(1) La última edición del *Compendio Elemental* impresa en Buenos Aires, es de 1904.

Sus inclinaciones naturales le hacían preferir otro campo de actividad. En ninguna corporación se mostró más satisfecho ni más laborioso que en el Consejo Universitario, al cual perteneció por muchos años, en algunos períodos con el carácter de simple consejero, y en otros como decano de la facultad de humanidades, o como rector, del Instituto y de la Universidad.

La gran inteligencia que le distinguía y su vasta ilustración influyeron para que el gobierno de la República le distrajera de sus funciones habituales, confiándole honrosa representación diplomática en Buenos Aires y en Río de Janeiro.

Correspondió a Barros Arana tomar la defensa de Chile en la gravísima cuestión pendiente sobre el dominio de la Patagonia.

No fué ésta la última vez que intervino en el mencionado debate. A fines de la administración Balmaceda, fué nombrado por parte de Chile, y en virtud del tratado de 1881, para que desempeñara el cargo de perito en la demarcación de los límites que debían dividir nuestro territorio del que pertenece a la República Argentina.

Barros Arana manifestó en el ejercicio de este alto empleo tan acendrado patriotismo como profunda ciencia.

Las delicadas funciones públicas que él desempeñó en un largo plazo de más de treinta años, habrían impedido cualquier otro trabajo a persona menos tenaz y preparada.

Barros Arana no descuidó ni un solo día su labor histórica.

Al poco tiempo de haberse hecho cargo del rectorado del Instituto publicó una *Vida de Hernando de Magallanes*, o sea, el descubridor del estrecho que lleva este nombre.

La circunstancia de que tan ilustre navegante rompió

con el gobierno de su patria, y ejecutó su maravilloso viaje al servicio del rey de España, explica el hecho de que los historiadores portugueses no se hayan especialmente ocupado en referir sus hazañas.

Ellos han reconocido, sin embargo, el mérito del libro de Barros Arana; traducido en 1881 al portugués, y publicado a expensas de la Real Academia de Ciencias de Lisboa.

Puede afirmarse que hasta hoy no se ha publicado en castellano otra vida de Magallanes de mayor mérito que la escrita por Barros Arana (1).

He aquí el juicio que da sobre ella don Domingo Arteaga Alemparte.

«De esa obra de primera juventud *(Estudios sobre Benavides y las campañas del Sur)*, dice, a su *Vida de Hernando de Magallanes*, publicada catorce años después, hay un rápido progreso, no sólo en la ciencia y criterio del historiador, sino en las condiciones literarias de sus escritos. Su estilo no ha llegado a ser elegante, ameno, ni pintoresco; no ha alcanzado tampoco una corrección indisputable; pero ahora camina con naturalidad y soltura; ha perdido lo que tenía de fatigoso, conservando su severidad; es claro y preciso, sin pretenciones como sin afectación, y se encuentra sostenido por la acertada disposición y enlace de las diversas partes del asunto.»

Verdaderamente honrosa para Barros Arana es la apreciación emitida acerca de su obra por el historiador inglés F. H. H. Guillemard, el cual publicó en Londres, en 1890, una vida bastante completa del mismo Magallanes.

---

(1) MEDINA ha reunido en los dos primeros tomos de su *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile* un gran número de los más interesantes documentos relativos al gran descubridor; y proyecta escribir una extensa biografía suya.

«Es un hecho curioso, advierte en el prólogo, que, mientras año a año aparecen biografías de personajes que no merecen ni la décima parte de la justa celebridad discernida a Magallanes, aun no se haya escrito en inglés la vida del ilustre navegante, y, con una sola excepción, en ningún otro idioma. La excepción es la *Vida y Viajes de Hernando de Magallanes* por don Diego Barros Arana, obra traducida al portugués en 1881 por don F. de Magalhaes Villas-Boas, con el agregado de un apéndice original. Esta obra, aunque cuidada, no entra en detalles, y resume en pocas páginas la primera época de Magallanes, o sean, sus servicios en la India, bajo la autoridad de Almeida y de Albuquerque. Aquellos que desean tener mayores noticias necesitan acudir a las páginas de Navarrete, o bien, internarse en las espinosas sendas de las viejas crónicas y de los archivos que se guardan en la Torre do Tombo y en el castillo de Simancas».

Después del libro mencionado, Barros Arana colaboró activamente en la prensa política y en las principales revistas literarias de esa época.

En la *Revista de Santiago*, resucitada en 1872 por los distinguidos literatos don Fanor Velasco y don Augusto Orrego Luco, insertó un estudio titulado *Riquezas de los antiguos jesuítas de Chile* y algunos de los capítulos que debían formar parte de su obra *Proceso de Pedro de Valdivia*.

El primero de estos trabajos encierra positiva importancia; pues a su valor histórico agrega real mérito literario. Redactado con malicia y picardía en un estilo claro y sencillo, el antedicho estudio merecería formar parte de la biblioteca de filósofos franceses del siglo XVIII. El autor parece haberse inspirado en las obras de Voltaire, que eran su lectura favorita.

Manifiestamente hostil a los religiosos de la Compañía, este opúsculo funda la mayor parte de sus datos, o bien en las crónicas jesuíticas, o bien en documentos fidedignos.

El *Proceso de Pedro de Valdivia*, impreso por primera vez en Chile en el año de 1873, había sido ya publicado en el tomo 49 de los *Documentos inéditos para la Historia de España* (1). Barros Arana prestó señalado servicio dándolo a conocer a los investigadores chilenos con un apéndice muy noticioso acerca de los compañeros de Valdivia (2).

Contribuyó también a ilustrar con interesantes prólogos algunos de los tomos de la *Colección de Historiadores* de nuestro país que, por iniciativa de don Juan Pablo Urzúa, se publicaron en la imprenta de *El Ferrocarril*.

En la revista *Sud América*, dirigida por nuestro compatriota don Luis Montt y por el estadista boliviano don Luis Salinas Vega, a más de eruditísimos artículos de crítica y bibliografía, dió a luz Barros Arana la *Vida de Vendel-Heyl*, ya mencionada.

Con la muerte de esta última revista, no quedó en Santiago otro periódico literario que *La Estrella de Chile*, sostenida por una falanje de entusiastas jóvenes del partido conservador. Barros Arana fundó entonces la *Revis-*

---

(1) El indicado proceso fué nuevamente impreso por don José Toribio MEDINA en el tomo 8.° de los *Documentos inéditos para la Historia de Chile*, junto con una *información secreta* acerca del mismo Valdivia ordenada por La Gasca algunos días antes. Este segundo documento, desconocido hasta entonces, había sido copiado por MEDINA en la sección *Patronato* del *Archivo de Indias*.

(2) Don Tomás THAYER OJEDA, con la ayuda de los documentos de MEDINA y de los nuevos legajos de manuscritos que han enriquecido nuestra Biblioteca Nacional, ha rehecho esta parte de la Historia de Chile en su libro *Los Conquistadores*.

ta Chilena, que vivió hasta el año 1880 inclusive, pero que él no pudo dirigir sino año y medio, desde el 1.º de Enero de 1875 hasta mediados de 1876, fecha de su partida a Buenos Aires como Ministro Plenipotenciario.

Alcanzó, sin embargo, a insertar en aquel periódico diecisiete revistas bibliográficas, que contienen otras tantas valiosas lecciones de crítica histórica y literaria; y una extensa biografía de don Claudio Gay, a quien se considera el fundador de los estudios históricos en nuestro país.

En el mismo año de 1875, Barros Arana compuso y dió a la estampa el elogio de don Miguel Luis Amunátegui, candidato entonces a la Presidencia de la República; trabajo que debía completar más tarde, cuando falleció su amigo, en 1888.

Terminada la misión diplomática en Buenos Aires y en Río de Janeiro, Barros Arana se trasladó a Europa y residió por segunda vez en París durante largo tiempo, consagrado a estudios históricos.

Volvió a su patria con motivo de la guerra perú-boliviana; y en Diciembre de 1880 publicó en Santiago, por encargo especial del Gobierno, la edición española de su *Historia de la Guerra del Pacífico*, en la cual expuso, en forma verídica y completa, las causas de la contienda. Esta obra fué trasladada al francés por don Enrique Ballacey, con el objeto de que pudiera ser conocida en los principales países europeos (1).

Además, Barros Arana compuso en 1882 una obra sumamente curiosa, en que consignó los resultados de paciente búsqueda en archivos y bibliotecas: sus *Notas para*

(1) Posteriormente, el egregio literato don Gonzalo Bulnes ha publicado una nueva historia de estos sucesos, mucho más extensa que la de Barros Arana, sobre la base de numerosos documentos inéditos.

una bibliografía de obras anónimas y seudónimas sobre la historia, la geografía y la literatura de América. El autor estudia en esta obra quinientos siete títulos (1).

Ya había empezado la redacción de su magna *Historia General de Chile.* «Sólo en 1881, escribe en las últimas páginas del tomo dieciséis, puse decididamente mano a esta tarea, retardada tantos años». Habiendo aparecido el tomo final en 1902, puede calcularse que la composición de toda la obra exigió a Barros Arana una labor continua de más de 20 años. En atención, sin embargo, a que estudiaba la historia patria desde su primera juventud, cuando publicó las *Campañas de Benavides*, sería más exacto decir que para dar remate a tan vasta empresa necesitó medio siglo.

Las nueve partes de que consta la mencionada *Historia* tratan de las materias que siguen: primera, los indígenas; segunda, descubrimiento y conquista; tercera, la colonia desde 1561 hasta 1610; cuarta, la colonia desde 1610 hasta 1700; quinta, la colonia desde 1700 hasta 1808; sexta, primer período de la revolución de Chile, de 1808 a 1814; séptima, la reconquista española, de 1814 a 1817; octava, afianzamiento de la independencia, de 1817 a 1820; novena, organización de la República, 1820-1833 (2).

(1) En un libro de la índole de este *Bosquejo* no puede darse una bibliografía completa de Barros Arana. Quien tenga interés en conocerla, la encontrará en el *Ensayo* compuesto por don Víctor M. CHIAPPA, Temuco, 1907, y en el tomo primero de la *Bibliografía General de Chile* de don Emilio VAÏSE, Santiago, 1915.

(2) De estricta justicia es recordar el nombre del distinguido editor de esta obra, don Rafael Jover, de nacionalidad española, quien puso extraordinario esmero tanto en la corrección de pruebas como en la elegancia tipográfica de cada uno de los tomos. Jover fué, asimismo, editor de muchos de los libros de Vicuña Mackenna. Era poeta y dramaturgo. Había nacido en Granada y falleció en Santiago de Chile.

Esta obra contiene una narración completa de la historia de nuestro país durante tres siglos. Puede leerse de seguido, sin dificultad, y con creciente interés.

El autor no emplea en su estilo imágenes de ninguna clase. Sólo pretende ser bien comprendido. En este orden, Barros Arana pertenece a esa familia de historiadores de la cual son miembros conspicuos Lafuente, en España, y Alamán, en América.

La *Historia General* de Barros Arana forma una verdadera enciclopedia. Refiere las hazañas de la conquista, las guerras de Arauco y la revolución de la independencia, con tal proligidad de detalles que cada una de estas partes parece haber sido el único tema del autor. En esta *Historia*, se encuentra, además, un diccionario biográfico completo de todos los individuos, chilenos y extranjeros, que alguna intervención tuvieron en sucesos grandes o pequeños de nuestra vida nacional. Falta, por desgracia, en la obra un índice alfabético de personas: este trabajo dejaría perfectamente comprobada la verdad del anterior aserto.

La minuciosa narración de los hechos en la *Historia General* no excluye la descripción de costumbres sociales ni la síntesis característica de cada período. Barros Arana, cuida, por lo común, de ir anotando los progresos que alcanzaba de siglo en siglo esta pobre colonia, sin duda la más pobre de todas, pero nó, como han asegurado algunos autores, la más ignorante. La Universidad de San Felipe, establecida a mediados del siglo XVIII, cuyas cátedras educaron, no sólo a los hijos del país, sino también a numerosos alumnos de las ciudades trasandinas, suministra un testimonio fidedigno de lo contrario.

Se censura a menudo que los escritores chilenos consa-

gren tantos desvelos y tantas páginas a sucesos históricos de poca importancia. Esta rigurosa crítica no tiene justificación cuando nace de los labios de un compatriota: no hay hecho insignificante en la tierra natal.

Respecto de los extranjeros, y, sobre todo, de los españoles, el estudio de la conquista de Chile, y principalmente de su colonización está llamado a despertarles extraordinario interés. El problema resuelto por los tercios del rey, y por innumerables comerciantes y empleados que vinieron de la Península en los siglos XVII y XVIII, merece fijar su atención.

En el término de dos siglos, y con escasa inmigración europea, convirtieron aquellos en nación culta a un pueblo de indígenas que se hallaba próximo al estado de barbarie. Esta trasformación causa tanto mayor asombro cuanto que existía enorme diferencia étnica entre el español y el araucano.

El prodigioso fenómeno admite, sin embargo, una explicación histórica. La trasmisión de la cultura europea sólo fué posible desde que naturales y españoles mezclaron su sangre y dieron origen al actual pueblo chileno.

La historia de esta colonia ofrece, pues, aspectos singulares, y, quizás en mayor grado que las conquistas de Méjico y el Perú, vincula en América la gloria de España.

La obra de Barros Arana es única en nuestro continente; pues ninguna de las otras repúblicas americanas puede presentar una historia narrativa tan completa escrita por una sola persona.

Labor vastísima, ya que abraza un período de tres siglos, no posee igual mérito en todas sus partes. En sentir de autorizados críticos, los tomos de esa historia que narran las luchas de la independencia son aquellos en que

el autor alcanza mayor perfección. Esta fué, por lo demás, la época más estudiada por Barros Arana, y sobre la cual pudo reunir mayor copia de testimonios fidedignos.

Ocupa sin disputa el segundo lugar la época del descubrimiento y conquista, o sean, los dos primeros tomos de la obra; pues, aunque posteriormente ha adelantado mucho la investigación de los hechos, merced al ingreso en nuestra Biblioteca Nacional de nuevos archivos, como el de Morla Vicuña, y merced a la publicación de treinta volúmenes de documentos, en su mayor parte inéditos, de la valiosa colección de Medina, los resultados, si bien de grande interés, no modifican en sus líneas principales el cuadro de los viajes de exploración ni el de los acontecimientos militares.

Esta moderna tarea escudriñadora ha redundado, sobre todo, en beneficio de un conocimiento más íntimo de la vida social en los primeros tiempos, y del carácter y hazañas de algunos conquistadores. Así, por ejemplo, gracias a las revelaciones que ofrecen los procesos seguidos contra los capitanes de aquellos heroicos años, se han escrito biografías completas de Francisco y Pedro de Villagra y de Francisco de Aguirre (1).

La parte más débil de la historia de Barros Arana se ocupa en el período propiamente colonial, que, al mismo tiempo, es el que abarca mayor número de años. No podría negarse que en la descripción de los sucesos verificados durante los siglos XVII y XVIII se nota, a menudo, que el autor ha carecido de documentos y se ha guiado por

(1) El escritor chileno que mejor ha aprovechado los nuevos materiales es el respetable eclesiástico don Crescente Errázuriz, autor de diez volúmenes de historia civil.

cronistas de segunda mano. Cierta vaguedad y monotonía en el relato de las campañas de Arauco, y falta de noticias sobre la vida que se llevaba en los pueblos y en los campos, son defectos graves que deslustran la narracion.

Barros Arana no conoció muchos de los materiales que, guardados en los archivos de la Península, sólo han sido descubiertos por investigadores de los últimos años.

Puede asimismo formularse una observación general, aplicable no sólo a la obra de Barros Arana sino también a las de otros historiadores chilenos de su época. Nacidos todos ellos cuando acababa de terminar la guerra de la independencia, inconscientemente, se esforzaron en sus libros por dar a conocer los vicios y defectos de que adolecía el régimen español, y olvidaron casi en absoluto las fases favorables a la monarquía.

Gobernadas estas lejanas y extensísimas colonias por un rey que vivía en Europa, y nunca deseó conocerlas, progresaban con lentitud desesperante. Los escritores que vieron por primera vez la luz en ese período de transición que se extiende desde los fines de la colonia a los principios de la República, sintieron y escribieron dominados por el espíritu revolucionario.

No es este un cargo, sino una explicación. Los tiempos han cambiado; y nuevas generaciones empiezan la tarea reparadora de hacer justicia a los gobernantes que en el Viejo y en el Nuevo Mundo, si a veces cometieron iniquidades, y otras tantas erraron en sus resoluciones, de ordinario procedían de buena fe y trataban de ajustar sus actos a los sanos principios de una buena administración.

La *Historia* de Barros Arana ha alcanzado grande y merecido prestigio en América y en España; y su autor recibió por ella honores y recompensas.

Como algunos otros de sus compatriotas, fué nombrado individuo correspondiente de la Real Academia Española; y de igual modo que don Andrés Bello y don Miguel Luis Amunátegui, lo fué también del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil.

El gobierno de don José Manuel Balmaceda propuso al Congreso Nacional concediera un premio de veinte mil pesos al autor de la más completa historia de nuestro país. Barros Arana había publicado entonces los diez primeros volúmenes de su obra. El Congreso aprobó esta ley a principios de 1890.

El último libro de Barros Arana fué la historia de la administración de don Manuel Bulnes, cuyos dos tomos aparecieron en los años de 1905 y 1906. No encierran ellos una historia definitiva; pero sí pueden calificarse de interesantes memorias sobre aquel gobierno.

X

En la mitad del siglo XIX.—Revistas y amistades literarias.— Don Benjamín Vicuña Mackenna. — Posee los rasgos esenciales del carácter irlandés.—Cinco períodos de producción literaria. — Crítica de sus obras históricas.—Viajes y carrera pública.

«Al propio tiempo que yo, escribe Barros Arana en el último capítulo de su *Historia General de Chile*, se consagraban al mismo genero de estudios dos camaradas de colegio y de clase, con quienes estaba unido por aquella intimidad que se contrae en la niñez y que dura inalterable todo el resto de la vida. Me refiero a Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, modelos ambos de fraternidad, de las más preciadas virtudes que pueden adornar a un hombre, de incansable y bien encaminada contracción al trabajo, de la más sincera modestia y de una inalterable benevolencia. Aunque la identidad de inclinaciones literarias y la igual aspiración a abrirnos camino en esta carrera, parecían deber naturalmente convertirnos en rivales, nosotros no conocimos la rivalidad. Nuestros senti-

mientos, más que amistosos, fraternales, por decirlo así, fortificados por un trato frecuente de cada día y de la más sincera franqueza, nos inclinaban a mirar como comunes los esfuerzos de cada uno en aquel propósito. Yo celebraba como propios los tempranos y merecidos triunfos literarios que alcanzaron los hermanos Amunátegui. Mis libros, porque desde esos años yo había comenzado a formar, sin reparar en gastos, una regular biblioteca, eran, en el uso, comunes para nosotros, y con la más espontánea cordialidad nos comunicábamos mutuamente el fruto de nuestras lecturas, ya fueran éstas de historia, ya de cualquiera otra rama de literatura.

«Antes de mucho tiempo, continúa, (en 1855), tuvimos otro entusiasta cooperador en aquella obra de investigación histórica. Benjamín Vicuña Mackenna, joven como nosotros, alejado de Chile por causa de las turbulencias políticas en que precozmente había tomado parte, regresaba entonces a la patria después de tres años de viajes en Europa y en América, que habían desarrollado considerablemente su talento rápido y su vigorosa imaginación. Aunque ya era autor de algunos escritos no desprovistos de mérito, puede decirse que entonces se inició en la carrera literaria por la publicación de un libro de viajes, que anunciaba un notable escritor, y después de él por trabajos históricos que, a causa de la novedad de los hechos referidos, y más aun, del colorido y la animación con que eran expuestos, merecieron un aplauso alentador. La fraternidad literaria que me unía a los Amunátegui se hizo extensiva a Vicuña Mackenna; y, empeñados todos nosotros en el mismo orden de trabajos, mantuvimos nuestra unión, interesándose cada cual en la labor de los

otros, sin celos de ninguna clase. Si bien la diversidad de apreciaciones en muchos puntos de historia dió más de una vez origen a acaloradas disputas de carácter íntimo entre nosotros, ellas no enturbiaron en manera alguna la franca y leal cordialidad de nuestras relaciones.»

Esta comunidad formada por jóvenes que empezaban la carrera de las letras, aunque interrumpida a causa de los sucesos políticos de los últimos tiempos en el gobierno de don Manuel Montt, en la cual época salieron del país Barros Arana y Vicuña Mackenna, conservó estrechos lazos durante más de diez años y ejerció favorable influencia en el adelanto intelectual de los amigos que la constituían.

En el año de 1855 se publicó la *Revista de Santiago*, bajo la dirección de los poetas don Eusebio Lillo y don Guillermo Matta; y en 1858 apareció en Valparaíso la *Revista del Pacífico*, que duró hasta 1861 inclusive, donde encontraron cariñosa acogida los jóvenes que cultivaban las bellas letras. Todos ellos estaban unidos por franco sentimiento de amistad. Fuera de los nombrados, colaboraron en la *Revista del Pacífico* los tres hermanos Blest Gana, Alberto, Guillermo y Joaquín; Daniel Barros Grez; Lastarria; don Manuel Antonio Matta; y el distinguido literato boliviano René-Moreno.

En una sociedad que iniciaba su vida independiente, estos periódicos servían de centro a la labor intelectual y contribuían a fomentarla.

Por otra parte, el Instituto ya ostentaba casa propia, construída especialmente para los fines de la enseñanza; y, aunque sus rumbos se resintieron por estos años de falta de propósito definido, continuó formando una juventud progresista y amante de su país.

Don Benjamín Vicuña Mackenna (1) provenía por línea paterna de familias navarras y vascongadas, que tenían casas solariegas en la capital de Chile, desde hacía mas de un siglo.

Uno de sus bisabuelos llevó el título nobiliario de marqués de Montepío; y su abuelo, don Francisco Ramón Vicuña y Larraín, como miembro del partido liberal, tomó parte activa en las agitaciones que precedieron al triunfo del partido *pelucón* o conservador.

El padre de Vicuña Mackenna fué asimismo resuelto *pipiolo*, como entonces se decía. El fecundo escritor chileno nació, pues, con filiación política marcada; y, es grato recordarlo, nunca desmintió estos antecedentes de familia.

Siempre rindió homenaje a las creencias que dominaban en el país, y fué contrario a algunas de las reformas político-religiosas adoptadas en nuestra legislación; pero jamás dió pruebas de fanatismo, y, a la inversa, en varias ocasiones hizo causa común con los liberales más avanzados para combatir a gobiernos que consideraba autoritarios. Por tal causa sufrió destierros y persecusiones.

Vicuña Mackenna no hizo estudios metódicos; puede decirse que no adquirió su primera ilustración en los colegios, sino en todas partes: en los salones, en las calles, en los clubs, en las haciendas de su familia, en el cerro Huelén de la ciudad.

---

(1) *Benjamín Vicuña Mackenna* (Santiago, 1831; † 1886, Santa Rosa de Colmo, departamento de Quillota).

Biografías y Críticas.—Justo Arteaga Alemparte, *Don Benjamín Vicuña Mackenna.*—P. P. Figueroa, *Diccionario Biográfico*, t. III, año 1901.—René-Moreno, *Bolivia y el Perú*, año 1901.—*Corona Fúnebre*, año 1886.

Fué alumno de colegios particulares antes de matricularse en el Instituto Nacional, donde se hallaba el hogar docente de mayor importancia; y en este establecimiento, fundado por los padres de la patria, se sublevó a menudo contra la disciplina de sus maestros.

Después de terminar el curso de humanidades, siguió el de derecho; pero no se recibió de abogado sino tarde, cuando ya era mayor de edad, a causa de haber interrumpido por mucho tiempo sus estudios. Sus facultades no le inclinaban naturalmente a la profesión de las leyes.

En cambio, había nacido escritor, y desde niño manifestó entusiasmo por las narraciones históricas. A la edad de dieciocho años publicó su primer trabajo de este género.

En el carácter de Vicuña Mackenna predominaban los rasgos fundamentales del pueblo irlandés, al cual pertenecía por su abuelo materno. Es un caso típico de trasmisión hereditaria de las cualidades propias de una raza.

Ni sus actos ni sus escritos revelan las dotes del descendiente de españoles.

El carácter irlandés está perfectamente bien descrito en las siguientes páginas de Eliseo Reclus:

«Los irlandeses, escribe, se aman los unos a los otros, se ayudan con abnegación en sus desgracias, y dejan siempre abierta su choza de par en par. Poco basta para satisfacerles: son alegres, aunque carezcan de las comodidades de la vida. No olvidan jamás los beneficios recibidos. Si a menudo faltan a la verdad por fanfarronada o exceso de imaginación, a pesar de todo, son sinceros e ingenuos en el fondo del alma, y cumplen fielmente su palabra. Les gusta batirse, pero sin odio, más bien porque les agrada el ruido. Continúan siendo niños a pesar

de la dura experiencia de la vida: tienen la juventud del corazón, el ímpetu, los repentinos entusiasmos. Se dejan arrastrar con facilidad por su fantasía, y no gozando de la realidad, se complacen de buen grado con las quimeras: carecen de espíritu de orden y no tienen en sus empresas la constancia necesaria.»

«Los irlandeses, agrega más adelante, poseen ingenio natural, vehementes en sus palabras, ardorosos en el ataque y en la réplica; prorrumpen en chistes imprevistos y encuentran sin trabajo la palabra que caracteriza una situación. Son oradores natos, y, en comparación con los ingleses, han producido muchos más hombres elocuentes. Sus escritores no tienen menos inspiración que sus hombres de palabra, y la mayor parte de los diarios irlandeses muestran una vida que en vano se busca del otro lado del canal de San Jorge» (1).

Muchos de los rasgos señalados en el retrato anterior coinciden exactamente con los de la personalidad de nuestro compatriota. No es raro, pues, que los que hemos conocido a Vicuña Mackenna nos forjemos la ilusión de que el eminente geógrafo francés le tuvo delante de sí al fijar en líneas generales el espíritu genial del pueblo de Irlanda.

A la temprana edad de veinte años, Vicuña Mackenna se alistó resueltamente entre los enemigos irreconciliables de la candidatura de don Manuel Montt a la presidencia de la República. Expuso su vida y su libertad en la revolución de 1851.

A fines del año siguiente, salió del país; y durante tres años recorrió las principales ciudades de los Estados

(1) RECLUS, *Nueva Geografía Universal*, edición francesa, tomo IV, año 1887.

Unidos y las más grandes naciones de Europa: Inglaterra, Francia, Italia, Alemania. En Octubre de 1855 regresó a Chile por la vía de Buenos Aires.

En su mente traía innumerables proyectos de reforma, y en sus maletas un libro de viajes, que debía darle justa nombradía.

Este libro, que encerraba cerca de 500 páginas de abundante lectura, ha caído en el olvido; pero es digno de ser recordado, no sólo porque forma parte de la biografía del insigne escritor, sino porque luce mérito intrínseco y duradero.

En su *Diario de Viajes* Vicuña Mackenna descubre las variadas cualidades que le acreditaron más tarde como uno de los primeros literatos americanos: facilidad de elocución; brillo; intensidad en el colorido; prontitud para descubrir el rasgo esencial, ya en los paisajes, ya en las costumbres; variedad de tonos; amenidad en la narración.

«Don Benjamín Vicuña Mackenna, escribía René-Moreno en 1882, es el escritor a la vez más ameno, más fecundo y más brillante de Sud-América en materias de historia americana. Habrá tal vez quienes le sobrepujen en alguno de estos atributos; ninguno en los tres juntos» (1).

Por desgracia, en su primer libro, Vicuña Mackenna daba también muestras de los principales defectos que afearon su producción literaria: incorrección en el decir, superficialidad en los juicios, inexactitud de los hechos, vulgaridades frecuentes, falta de armonía en la composición.

A pesar de todo, algunos de los capítulos del *Diario*

(1) GABRIEL RENÉ-MORENO, *Bolivia y Argentina*. (Notas biográficas y bibliográficas). Santiago de Chile, 1901.

merecen ser conservados. Las descripciones de San Francisco de California y de las ciudades de Méjico y Veracruz, y la relación del viaje mismo, como entonces se hacía, al través de estas comarcas, presentan cuadros de gran interés, casi podría decirse, perfectos. Si alguna vez se emprende la publicación de una miscelánea de Vicuña Mackenna, deberían forzosamente incluirse en ella los cuatro primeros capítulos del *Diario*.

En el capítulo veinticuatro de la mencionada obra, en que describe la ciudad de Florencia, Vicuña Mackenna se complace en recordar la ciudad de su nacimiento; y propone espléndido plan de transformación para la capital de Chile, en el cual manifiesta algunos de los progresos que convenía realizar: la canalización del Mapocho; el camino de cintura; los jardines de la Plaza; el ensanche de las calles y la supresión de las acequias que corrían entonces por el centro de ellas; la prohibición de que las carretas, «esos potreros con ruedas», según su feliz expresión, transitaran por las principales arterias; la fundación de mercados, en los extremos de la población, para vender los productos del campo; el adorno del cerro como sitio de paseo y de solaz.

La mayor parte de estos adelantos fueron ejecutados por su inventor, Vicuña Mackenna, en el brillante período en que ejerció las funciones de Intendente de Santiago. En cambio, otros aguardan el poderoso brazo que ha de ponerlos por obra.

Como era natural, al propio tiempo que nuestro compatriota pedía para la ciudad de Santiago las reformas que juzgaba urgentes, se lamentaba a orillas del Arno del atraso de las costumbres chilenas. Esta cariñosa página trazada con dolor por su pluma de peregrino, es el primer

esbozo del magnífico capítulo con que catorce años más tarde dió remate a la *Historia de Santiago.*

En 1857, dió a luz su segunda obra de importancia: *El Ostracismo de los Carreras.* No debe buscarse en ella la elevación e imparcialidad del historiador: el carácter impresionable de Vicuña Mackenna y su espíritu desbordante de fantasía, se consagran a describir de preferencia los cuadros de dolor y de sacrificio que abundaron en la agitada vida de aquellos tres nobles soldados chilenos. Las páginas del libro parecen empapadas con las lágrimas del autor.

La influencia de Lamartine, que había publicado sus *Girondinos* diez años atrás, se halla patente en *El Ostracismo de los Carreras.*

Las obras poéticas e históricas del gran lírico francés estaban de moda entonces en los hogares cultos de nuestro país. Sus versos eran aprendidos de memoria, y su prosa, devorada, más bien que leída, por los jóvenes de aquella época.

La sociedad de Santiago leyó el hermoso drama referido por Vicuña Mackenna con la misma avidez con que había seguido los capítulos del *Diario de Viajes*, en las columnas de *El Ferrocarril*, antes de que se publicaran en volumen.

Sin duda alguna, el autor de estos libros era un verdadero literato: su indisputable facundia y la brillantez de su estilo prometían muchas e interesantes obras.

La historia nacional debía reconocerle como uno de sus obreros más activos. En *El Ostracismo de los Carreras* reunió una enorme masa de noticias, ignoradas u olvidadas. Gracias a la correspondencia íntima del general Carrera con su mujer i con sus hermanos, que el autor ha-

bía conseguido del único hijo varón de aquel caudillo, pudo dar valiosos pormenores sobre el viaje de Carrera a Estados Unidos, en busca de armas y soldados, y sobre las campañas militares que personalmente dirigió en la República Argentina.

En esta obra Vicuña Mackenna inicia la interminable colección de biografías con que enriqueció las letras chilenas. Sus estudios biográficos, ya libros, ya bosquejos, podrían formar un diccionario.

Recórranse los títulos de los volúmenes y de los artículos salidos de su pluma, y se encontrarán innumerables narraciones de esta clase. Los títulos generales con que a veces bautizó sus obras no deben, por lo demás, engañar al lector. La *Historia de Santiago*, la *Historia de Valparaíso*, la *Jornada del 20 de Abril de 1851*, las *Campañas* de la guerra de 1879 contra el Perú y Bolivia, no son sino series de biografías agrupadas por materias.

En el estudio de la historia, Vicuña Mackenna buscaba siempre al individuo o a los individuos, y sentía extraordinaria complacencia en referir con minuciosidad su existencia pública y privada. Salvo en frases o en páginas sueltas, no manifestaba interés por desentrañar las causas profundas de los acontecimientos narrados; ni proyectó nunca componer una obra de conjunto o de síntesis, en que las personas ocuparan el lugar que les corresponde, y cedieran ante la fuerza arrolladora de los fenómenos sociales.

El héroe y el grande hombre constituían la preocupación del historiador.

Este sistema preferido por Vicuña Mackenna, que indudablemente corresponde a la índole propia de su inteligencia, encierra graves errores e inclina a exageraciones

lamentables. No sólo da origen a cuadros históricos incompletos sino también falsos.

Vicuña Mackenna abulta a menudo los vicios y las virtudes de sus personajes, y les convierte en figuras fantásticas. Tal vez por esta causa han sostenido algunos que se hallaba dotado de las cualidades naturales a los novelistas, y que, si hubiera dedicado su pluma a este género literario, habría conseguido triunfos mayores que en la redacción de libros históricos.

Publicó extensas biografías de soldados, políticos, sabios y publicistas de diferentes épocas, chilenos y extranjeros.

He aquí los nombres de los principales individuos a quienes dedicó estudios especiales: Diego de Almagro; Pedro de Valdivia; Lautaro; Diego Flores de León; el canónigo Cortés Madariaga; Francisco Moyen; don Tomás de Figueroa; don Hipólito Unanue; San Martín; O'Higgins; Blanco Encalada; don Juan Mackenna; el abate Molina; don José Miguel, don Juan José y don Luis Carrera; doña Javiera Carrera; Beauchef; O'Brien; Portales; el General Vidaurre; don Juan María Gutiérrez; Blaine; el tirano Rosas; don Pedro Félix Vicuña; don Claudio Gay.

Además refirió extensamente las hazañas de la mayoría de los oficiales que combatieron en el ejército de Chile contra peruanos y bolivianos; y, en los últimos diez años de su vida, escribió interesantes y minuciosas reseñas, que insertaba en la prensa diaria, sobre todos los hombres distinguidos fallecidos en el curso de cada año.

«No sale de la biografía, exclamaba René-Moreno. Sus historias participan más bien con la prosopografía que con la sociografía. Hay vida en sus cuadros, vida de individuos; pero es a costa de una disgregación o derivación

practicada en las fuentes de la vida social. A medida que se ensanchan sus ya vastos conocimientos en la historia americana, la biografía bajo su pluma y la índole biográfica en su espíritu, dilatan majestuosamente sus riberas hasta la filosofía y la poesía de los hechos, sin salir por eso del individualismo.

«Este rigor persistente de método en torno de la persona humana, va en derechura al endiosamiento y a la idolatría históricas; y la idolatría y el endiosamiento, con todas sus adherencias romanescas y sus precipitados químicos, no son un defecto del todo raro en obras estimables del señor Vicuña Mackenna» (1).

Las turbulencias políticas con que concluyó la administración Montt le contaron, según se ha visto, en las filas revolucionarias. Antes que nada era escritor, y se encerraba horas de horas en el silencio del gabinete con el fin de redactar sus libros; pero la impetuosidad del genio que prevalecía en su alma no le permitió nunca quedar impasible en medio de la tormenta.

Combatió al gobierno de palabra y por escrito. En 1858, fundó en Santiago un violento periódico de oposición, *La Asamblea Constituyente.*

Cinco años más tarde, pertenecía a la redacción de *El Mercurio*, de Valparaíso. Se hallaba muy lejos, sin embargo, de tener dotes de diarista. Carecía de constancia en la polémica y de lógica en el raciocinio.

Su actitud de adversario tenaz obligó al gobierno a desterrarle del país. Viajó nuevamente a través de Inglaterra, Francia y España; y regresó pronto a América, para establecerse en el Perú.

---

(1) René-Moreno, *Bolivia y Argentina.*

Su entusiasmo por las investigaciones históricas le absorbió por completo en la Ciudad de los Reyes. Realizó importantes hallazgos en los archivos; recibió confidencias de boca misma de los personajes sobrevivientes de la época de Bolívar y San Martín; y consiguió del hijo de don Bernardo O'Higgins el valioso obsequio de algunos cajones de documentos que pertenecían al archivo de su padre.

Publicó entonces en Lima un ensayo, o bosquejo, de los antecedentes políticos y sociales de la *Revolución de la Independencia del Perú.*

Si sólo se atiende al mérito de la obra, no sería digna de ser mencionada. Escrita con precipitación, sus capítulos adolecen de falta de plan. El libro no es sino un hacinamiento de noticias y de reflexiones sueltas, que habrían ganado mucho si el autor las hubiera meditado más. Abundan asimismo en él páginas de relleno, o sea, de pensamientos y juicios vulgares.

Por desgracia, no es este el único volumen de Vicuña Mackenna que merece tales censuras.

En cambio, el mencionado ensayo ofrece al aplauso de la posteridad un valioso título: es el primer trabajo en que el jóven escritor manifiesta sincero entusiasmo por la causa americana. Puede asegurarse que, después de Francisco Bilbao, ningún chileno ha escrito y hablado con mayor fuerza y brillo en favor de la solidaridad de los pueblos de nuestro continente. Ha consagrado libros enteros a defender los intereses comunes de las que fueron colonias de España.

«Vicuña Mackenna, se complace en reconocerlo un ilustre hijo de Bolivia después de la guerra de 1879, ha sido siempre el apóstol más elocuente de la unión y confrater-

nidad americanas, desde que en 1861 resurgió esta idea, con motivo de la invasión de Méjico y anexión de Santo Domingo, y poco después con la doctrina sobre la reivindicación de las Chinchas» (1).

De vuelta a la patria, dió a la estampa un nuevo y nutrido volumen: *El Ostracismo de don Bernardo O'Higgins*, en el cual aprovechó los documentos recogidos en el Perú.

Aunque en la mente del autor esta producción era gemela de la consagrada a referir las aventuras de los Carreras en el destierro, presenta caracteres completamente diversos. De igual modo copiosa en noticias inéditas, no es como aquella la expresión de sentimientos íntimos, sino más bien una historia imparcial de la vida que llevó en tierra extraña el primer soldado de nuestra independencia.

Completado mucho más tarde el libro con capítulos de gran interés, formó un grueso volumen, que, con el título de *Vida del General don Bernardo O'Higgins*, proporciona una de las principales fuentes donde puede estudiarse la variada carrera de este héroe.

Algunas de sus páginas se hallan escritas con esmero, y son citadas a manera de ejemplos en los compendios de retórica; pero, de ordinario, el estilo de la obra, como en todos los libros del autor, ofrece notables contrastes de desaliño y lucimiento.

El gobierno que inició sus tareas en Septiembre de 1861 reaccionó muy pronto en contra de la política seguida por don Manuel Montt; y Vicuña Mackenna fué colmado de honores y distinciones

En 1862, el Ministerio de Instrucción Pública, a vir-

(1) René-Moreno, *Bolivia y Argentina*.

tud de sus atribuciones legales, le nombró miembro académico de la Facultad de Humanidades de la Universidad.

Elegido diputado por La Ligua dos años más tarde, la Cámara confióle su secretaría.

Vicuña Mackenna debía ocupar un asiento en esta rama del Congreso en tres períodos: fué diputado por Valdivia de 1867 a 1870 y por Talca de 1873 a 1876.

Más o menos, perteneció al Senado igual número de años: la provincia de Santiago le designó su representante de 1876 a 1879 y la de Coquimbo de 1879 a 1884.

Vicuña Mackenna prestó grandes servicios a la patria, según era de esperarlo, en los bancos de una y otra Cámara; pero no sobresalió como orador.

«El señor Vicuña Mackenna, afirma juez competente, dejaba ir su palabra a la ventura, como su pluma. Parecía un flemático; pues hablaba con una calma imperturbable, y hasta fatigosa en ocasiones. Su dicción era despreocupada. Su voz era agradable; pero era débil, y se resistía tenaz a reflejar las emociones de su alma» (1).

Desde el primer día, Vicuña Mackenna dió pruebas en la Universidad de ser un académico distinguido.

Su discurso de ingreso desenvolvió este tema: *Lo que fué la inquisición en Chile*, con gran erudición y valentía. En la sociedad timorata de entonces, el trabajo provocó escándalo y acaloradas polémicas de prensa.

No era esta la primera vez ni debía ser la última en que Vicuña Mackenna necesitó defender sus opiniones con la poderosa espada de su pluma. Los descendientes de algunos personajes políticos censurados por él desde

(1) ARTEAGA ALEMPARTE.

el punto de vista histórico,—le exigieron estrecha cuenta de los motivos en que fundaba su dictamen.

En la presente ocasión, Vicuña Mackenna replicó con un libro, en el cual dió mayor amplitud a la tesis sostenida: *Francisco Moyen, o lo que fué la inquisición en América.*

Este formidable ataque contra el tribunal del Santo Oficio, ganó para el autor las palmas del triunfo; y su obra, no sólo llegó a ser popular en los países de habla castellana, sino que inmediatamente fué traducida al inglés y pudo ser conocida en Norte América.

Su *Historia de la administración Montt,* de la cual solamente alcanzó a publicar cinco volúmenes, carece de la serenidad de un libro histórico, y participa de los caracteres del libelo. En cambio, la biografía de Portales, que dió a la estampa en el mismo año de 1867, conserva su valor. Gracias a las cartas familiares de aquel estadista, Vicuña Mackenna compuso un magnífico retrato de cuerpo entero del célebre ministro. En sentir de Barros Arana, esta biografía es su mejor obra.

Durante el período en que desempeñó las funciones de diputado por La Ligua, Vicuña Mackenna recibió del Gobierno, con ocasión de la guerra de España, una misión confidencial, y, a fin de cumplir tan honroso encargo, partió a los Estados Unidos.

Amargos sinsabores resultaron de este viaje para el distinguido literato, quien, a su vuelta, creyó necesario justificarse ante la opinión pública de su país, en dos volúmenes de copiosa prueba. Esta clase de trabajos, no escasos en la revuelta existencia de Vicuña Mackenna, propiamente se hallan fuera de la historia literaria.

En el catálogo de sus obras se cuentan un centenar de informes, memorias, exposiciones, álbums, manifiestos po-

líticos, recopilaciones y guías noticiosas, que, clasificadas como producciones didácticas, carecen, en general, de mérito artístico.

Una vez en Chile, con el título de *La guerra a muerte*, presentó a la Universidad, en la sesión solemne de 17 de Septiembre de 1868, una nueva e interesante memoria histórica sobre las últimas campañas de la independencia.

Asunto árido e ingrato en exceso, no logró darle variedad la prodigiosa imaginación del autor. La monotonía de los hechos y la escasa importancia de los personajes, hacen fatigosa la lectura del libro.

Ya Barros Arana había referido gran parte de estos sucesos en su trabajo sobre Benavides.

Tal vez Vicuña Mackenna habría obtenido mayor éxito si hubiera dado a esta memoria la forma biográfica.

No es dable, sin embargo, desconocer que en *La guerra a muerte* se nota extraordinaria escrupulosidad en los pormenores, que no fué, ciertamente, cualidad distintiva del autor.

En 1869, inició en Valparaíso la impresión de dos libros que recibieron entusiasta acogida de parte de los eruditos, y, asimismo, en los centros cultos del país: la *Historia de Santiago* y la *Historia de Valparaíso*.

Esta segunda obra es, sin disputa, inferior a la primera. Contiene mayor acopio de noticias, pero se halla escrita con desorden, y no ofrece los pintorescos cuadros que abundan en aquella. En la *Historia de Santiago*, más que en ningún otro de sus estudios históricos, Vicuña Mackenna descubre gran potencia evocadora del pasado. La pluma se trasforma en sus manos en mágica varilla; y hechos y hombres antiguos salen a escena con lozana realidad.

En el mencionado libro, los investigadores señalan vacíos e inexactitudes; pero la fisonomía verdadera de cada época resalta con tal vigor, que, puede asegurarse, la mayor parte de los capítulos serán leídos siempre con agrado y con provecho.

En 1870 Vicuña Mackenna realizó, acompañado de su familia, un tercero y último viaje a Europa.

La guerra franco-prusiana le sorprendió lejos de la patria, y fué espléndida ocasión de que escribiera animadas correspondencias a los diarios de Santiago sobre las principales fases de aquella furiosa lucha.

En este viaje, según ya se ha referido, hizo sacar en el *Archivo de Indias* de Sevilla, la valiosa colección de copias que hoy guarda nuestra Biblioteca Nacional, relativas al primer siglo de la colonia fundada por Valdivia.

Adquirió asimismo por estos días el valioso manuscrito de la *Historia* del jesuíta Rosales, quien sin disputa es el más notable de los cronistas de la colonia.

Volvió a Chile a fines de 1871; y a los pocos meses el gobierno de don Federico Errázuriz Zañartu le confió la intendencia de Santiago. No es esta la oportunidad de apreciar la magna obra de progreso ejecutada por él; pero sí conviene recordar que los trabajos administrativos, y, en seguida, su candidatura a la presidencia de la República, le alejaron por algunos años del cultivo de las bellas letras.

Derrotado en las urnas, fué nuevamente arrastrado por su pasión hacia los trabajos históricos.

En 1877, publicó la *Historia General del Reino de Chile* del padre Rosales, y con ello prestó inmenso servicio a los estudiosos de nuestro país.

En este cuarto período de su actividad literaria, Vicuña

Mackenna no compuso, como en los anteriores, obras de grande aliento; pero, en cambio, dió a luz pequeños libros y pintorescas narraciones que descubren inagotable inspiración.

Son dignos de mencionarse los siguientes estudios: *Los médicos de antaño, Cambiaso, De Valparaíso a Santiago, Los Lisperguer y la Quintrala, Relaciones Históricas.*

El resumen biográfico de Pedro de Valdivia inserto en las *Relaciones*, para el cual aprovechó Vicuña Mackenna las copias del *Archivo de Indias*, es el cuadro más animado y exacto que se conoce de la expedición conquistadora.

La Quintrala, o sea, la vida de la opulenta dama de Santiago doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, tiene todo el atractivo de una novela de Dumas. La obra se halla fundada en documentos historicos; y la imaginación del autor consigue interpretarlos con extraordinaria habilidad.

En los últimos años, empieza visiblemente a decaer la pluma del gran escritor. Aunque sus libros de carácter histórico no carecen de noticias interesantes y de páginas luminosas, verbigracia, *El Tribuno de Caracas* y *Don Tomás de Figueroa*, el estilo y la composición de ellos manifiestan la fatiga intelectual con que fueron redactados.

Por lo que toca a las relaciones patrióticas de la guerra de 1879, sólo deben juzgarse como el testimonio de los sentimientos que entonces dominaban en los espíritus cultos de nuestra sociedad. Al escribirlas, Vicuña Mackenna realizó obra de estadista y de chileno.

XI

La escuela conservadora.—Don Ramón Sotomayor Valdés. —Alumno del Instituto Nacional.—Su carrera de periodista.—Primer redactor de "El Ferrocarril" de Santiago.—Ministro Diplomático en Bolivia: sus estudios sobre esta república.—Historia del gobierno del general Prieto.—Juicio de Barros Arana.—Condiciones literarias de Sotomayor Valdés.—Monseñor Eyzaguirre.—Se educa también en el Instituto Nacional.—Su Historia Eclesiástica.—Crítica de don Bartolomé Mitre.—Otras obras.— Monseñor Eyzaguirre como orador sagrado.—Sus viajes al extranjero. — El Colegio Pío Latino-Americano.— Muere frente a Alejandría, y es sepultado en el Mar Mediterráneo.

Entre los modernos cultivadores de la historia nacional ya fallecidos, resta que mencionar a dos preclaros miembros del Partido Conservador: Sotomayor Valdés y Monseñor Eyzaguirre.

El primero de ellos nació en el mismo año que Barros Arana, y en casa solariega de la ciudad de Santiago; pues su abuelo materno era nada menos que

el mayorazgo don José Antonio Valdés y Huidobro (1).

La distinguida progenie de un escritor como Sotomayor Valdés no constituye hecho aislado en la literatura chilena; y a la inversa, fácil es comprobar que en nuestro país las letras nacieron en nobles hogares, donde, a veces, reinaba modesta condición de fortuna, pero siempre aristocrático origen.

Este fenómeno tiene fácil explicación. Las clases populares se han formado entre nosotros de la mezcla de dos sangres, la indígena y la española, y no estaban al principio preparadas para ejecutar labores intelectuales de orden superior y de refinada cultura.

Tal vez el único género en que individuos de humildes capas sociales pudieron sobresalir fué la poesía. A esta materia va consagrado más adelante un capítulo especial.

Entretanto, la historia, la novela, la poesía culta, la oratoria, el periodismo, las obras dramáticas y didácticas sólo eran cultivadas por personas de limpia ascendencia europea.

Desde el último tercio del siglo XIX se han presentado, sin embargo, elocuentes ejemplos de lo contrario. Hánse visto desde entonces novelistas, poetas, dramaturgos, autores didácticos, periodistas e historiadores que, sin duda, no pertenecen a la aristocracia.

Esta es plena prueba de que la República de Chile ha progresado, gracias a la enseñanza gratuita, y al contacto con los extranjeros, dentro y fuera del país.

El amor a las letras ha ido penetrando, poco a poco, en

---

(1) *Mayorazgos y Títulos de Castilla* (Sociedad chilena del siglo XVIII), tomo II.

todos los hogares, pobres o ricos, del estado llano o de grande alcurnia.

En la época de la colonia, los hijos de los magnates aprendían a leer en silabarios de plata, con punteros de oro. Hoy todas las cartillas se componen de hojas de papel y llevan tapas de cartón.

En aquellos tiempos lejanos, era muy escaso el número de los que sabían leer; en nuestros días constituye motivo de vergüenza no poder interpretar con facilidad las columnas de un periódico.

Los resultados se hallan de manifiesto.

No debe, pues, extrañar que actualmente sea capaz de redactar diarios el hijo de un portero, ni que componga buenos libros quien no ha recibido más instrucción fuera de la necesaria para ser preceptor de escuela.

Por línea paterna, Sotomayor Valdés era biznieto de un comerciante gallego, que alcanzó situación respetable en nuestra sociedad del siglo XVIII (1). No podría, pues, decirse que nuestro compatriota tenía muy próxima la genuina fuente de la savia española.

Educóse en el Instituto Nacional, y perteneció a ese brillante curso de 1843, a que ya se ha hecho referencia.

Terminó en el mencionado colegio el estudio de las humanidades, y empezó el de las leyes, que debía abandonar en la mitad.

En este país de abogados, Sotomayor Valdés no alcanzó el título de tal.

¿Careció de constancia? O bien ¿impidióle continuar en su carrera de estudiante la escasez de recursos?

---

(1) *Ramón Sotomayor Valdés* (1830, Santiago; † 1903, Santiago). Consúltese el *Diccionario Biográfico*, de FIGUEROA, tomo III.

Probablemente, influyeron estas dos causas en su resolución de dejar las aulas.

Entre los estudios del curso de jurisprudencia, Sotomayor Valdés sentía especial afición al de la economía política. «Y tenía tal conciencia de sus conocimientos que, a pesar de su ingénita modestia, alguna vez llegó a protestar de que el público le llamara «historiador», cuando propiamente él se consideraba «economista» (1).

Muy joven, dedicóse a la profesión de periodista; redactó diarios en Santiago y en Valparaíso; y desde el principio reveló, en estas afanosas tareas, sobresalientes cualidades de escritor.

No poseía, sin duda, las dotes propias de un periodista, a saber, la rapidez de la mirada, la agudeza del estilo, la energía del ataque; pero cautivaba a los lectores por su claridad y elegancia.

El lenguaje de Sotomayor Valdés no era completamente limpio de abrojos y de faltas gramaticales. Brillaba, sin embargo, por un tono clásico del más puro espíritu castellano.

Sotomayor Valdés empezó sus relaciones de amistad con don Juan Pablo Urzúa en Valparaíso, y en la mesa de redacción de *El Diario,* que pertenecía a aquél.

Así se explica cómo Sotomayor Valdés llegó a ser redactor de *El Ferrocarril,* de Santiago, fundado por el mismo señor Urzúa.

Es muy sabido que este nuevo periódico sirvió de poderoso apoyo a la política de la administración de don Manuel Montt.

Durante todo el año de 1856, Sotomayor Valdés defen-

(1) Apuntes de familia.

dió con talento y con brillo los principales actos del Gobierno.

Una de las cuestiones que más apasionaron en esta época los espíritus fué la provocada por la expulsión de un sacristán en la Catedral de Santiago. Algunos de los canónigos se rebelaron contra la autoridad del Diocesano, que lo era don Rafael Valentín Valdivieso, e interpusieron recurso de fuerza ante la Corte Suprema de Justicia.

Discutiéronse con este motivo, en la prensa, en la sociedad y en el Gobierno, graves problemas de patronato; y se pusieron en tela de juicio las facultades del Arzobispo.

El Ferrocarril defendió con energía la actitud del Gobierno y de la Corte Suprema en contra del prelado.

Con fecha 27 de Octubre, se leían en el artículo de fondo del mencionado diario las siguientes proposiciones:

«El Estado no debe abandonar un ápice sus regalías. Lo hemos dicho en otra ocasión y lo repetimos ahora: la iglesia se ha manifestado siempre eminentemente absorbedora. El jesuitismo, que es el ejército más activo de la conquista eclesiástica, ha probado en todas partes el espíritu de absorción. En realidad de verdad, ninguna forma política conviene mejor a las conquistas de la iglesia que la democracia tumultuosa, de cuyas tempestades la nave de San Pedro es la que mejor sabe escapar con todo lo que le place colocar a bordo.»

Cualquier radical de nuestros días firmaría con satisfacción las frases trascritas.

Sotomayor Valdés, sin embargo, no perteneció al partido liberal. Era conservador; pero conservador de la antigua escuela, esto es, de aquellos que, respetuosos del pasado, preferían los progresos lentos y se esforzaban por sostener todos los fueros y regalías del Gobierno.

En 1857, redactó en Santiago, en compañía con su íntimo amigo don Manuel Blanco Cuartín, quien participaba de sus mismas doctrinas, *El Conservador*, diario que no tuvo larga vida.

Tomó también parte en la redacción de *La Actualidad*, en 1858, y de *La República*, en 1866.

Con excepción de sus campañas de periodista, Sotomayor Valdés no fué propiamente aficionado a la política activa.

En cambio, aceptó con agrado empleos diplomáticos y administrativos.

En 1863, el gobierno de don José Joaquín Pérez le nombró Encargado de Negocios ante la República de Méjico. Allí le sorprendió la proclamación del emperador Maximiliano, ante el cual el Ministro chileno creyó necesario presentar sus cartas credenciales. Como esto contrariaba los propósitos de nuestra cancillería, Sotomayor Valdés recibió inmediatamente la orden de retirarse. Así terminó su primera misión.

La segunda confiada a su inteligencia y patriotismo, dió frutos literarios, más no políticos, de fraternidad americana.

En 1867 obtuvo la representación de Chile ante el gobierno de Melgarejo, en Bolivia; y halló entonces brillante oportunidad para estudiar la forma cómo gobernaban y cómo caían los tiranos en aquel desgraciado país.

No eran éstas por cierto circunstancias favorables a un acuerdo sólido de relaciones amistosas con Chile. Sotomayor dió a conocer de palabra y por escrito a los estadistas de su patria los funestos presentimientos que le había hecho concebir el estado social de aquella república hermana.

Pintoresco y animado cuadro de la administración Melgarejo presentó Sotomayor Valdés en su hermoso libro *La legación de Chile en Bolivia*, que publicó en 1872, en el cual reveló notables condiciones de literato y de estadista.

En esta obra, el autor transcribe íntegramente muchas de las páginas de un diario que había llevado con esmero y extraordinaria precisión durante sus largos meses de residencia en La Paz. Las imparciales notas que el diplomático chileno apuntó en su cartera día a día, y, casi puede asegurarse, hora a hora, contribuyen a que el lector forme juicio exacto de la sociedad boliviana y de los brutales procedimientos empleados por su gobierno.

La historia acogerá sin duda estas apreciaciones, nacidas de criterio ecuánime y tranquilo, y las incorporará en sus anales. Quien quiera conocer a fondo el estado político de Bolivia en aquellos años necesariamente debe leer el trabajo de Sotomayor Valdés.

De mayor labor, el *Estudio histórico de Bolivia*, bajo la administración de Achá, que el ex-ministro dió a la estampa en 1874, constituye un verdadero compendio de la vida nacional de aquella república. Ofrece abundante copia de noticias fidedignas, y resume toda la historia boliviana, desde los primeros movimientos de la revolución de la independencia hasta la caída del General Achá.

Desde el punto de vista literario, esta obra tiene, sin embargo, menos valor que el libro antes mencionado. En la introducción, la relación de los hechos abarca un largo medio siglo, de 1809 a 1859, y los acontecimientos pasan con demasiada rapidez ante la vista atónita del lector. El estilo elegante de Sotomayor no basta para caracterizar bien los diferentes períodos de la vida boliviana. El lec-

tor no se siente, en consecuencia, dominado por sucesos y personajes que carecen de relieve.

A la inversa, la figura de Melgarejo, tal como aparece en las páginas del *Diario* de 1872, se destaca con tal verdad que, a pesar de los repugnantes vicios que afean al hombre, atrae con el irresistible interés naturalmente despertado por quien en más de un lustro gobernó los destinos de su patria.

Falta además en el *Estudio Histórico* un examen detenido de las causas sociológicas que han estorbado el progreso político de Bolivia. Es verdad que en la introducción se leen algunas interesantes páginas sobre las diversas razas indígenas que habitan en el territorio; pero las noticias agrupadas por el autor no le han sido de provecho para emprender las hondas investigaciones que requiere el asunto.

En el gobierno de aquel país se sucedían unos a otros los tiranos militares y civiles, más o menos incultos; y la nación soportaba esa sangrienta mascarada, o, más bien, se complacía en ella, incapaz de ponerle término y de inaugurar una era de tranquila evolución.

Las riquezas minerales de Bolivia, según es notorio, desde la época colonial, colocan a su pueblo fuera de par en el continente americano. ¿Por qué sus gobernantes no consiguieron atraer, con tan poderoso auxilio, sana y fecunda corriente de pobladores europeos? ¿Por qué se perpetuó en larga y triste serie de años la insurrección erigida en sistema y la dictadura impuesta por la fuerza?

Es sensible que observador tan hábil como Sotomayor Valdés no se haya detenido a analizar ni se haya preocupado de resolver estos problemas de esencial importancia.

La Universidad de Chile le abrió cariñosamente sus

puertas en 1866; y desde esta fecha ocupó un asiento en la Facultad de Filosofía y Humanidades.

Alcanzó asimismo a recibir antes de su muerte el honroso título de individuo correspondiente de la Real Academia Española; cuando esta corporación inició noble política reparadora, destinada a unir en un mismo hogar a los españoles de Europa con los españoles de América.

Sotomayor Valdés era sin disputa digno de tales distinciones.

Al año siguiente de haber publicado su *Estudio Histórico de Bolivia*, empezó a dar a luz por entregas la principal obra debida a su pluma: *la Historia de Chile durante los cuarenta años transcurridos desde 1831 hasta 1871.*

Esta obra da sólido fundamento para colocarle entre los más notables historiadores de nuestro país. Barros Arana la juzga en estos términos: «Estudio histórico tan valioso por su fondo como por su forma literaria» (1).

Por desgracia, el autor sólo llegó en la narración de los sucesos hasta la fecha del asesinato del Ministro Portales, en 1837. No debía continuar su labor sino veinte años más tarde; y la muerte le sorprendió sin que realizara completamente el programa anunciado a los suscriptores de 1875.

En 1896 presentó a la Universidad, en forma de memoria, la relación de la campaña de Blanco Encalada contra Santa Cruz, con el título de *Campaña del Ejército Chileno contra la Confederación Perú-Boliviana en 1837* (2); y en 1900 dió a la estampa una nueva edición de su *His-*

(1) *Obras completas de Diego Barros Arana*, tomo I, página 23.

(2) Honra grande es para el autor de este *Bosquejo* haber conseguido que el señor Sotomayor Valdés publicara este libro, y, por tanto, continuara su obra, interrumpida hasta entonces.

toria, reducida esta vez a menores proporciones, ya que sólo ofrecía referir los acontecimientos del Gobierno del General Prieto (1831-1841).

Ni aun esta parte alcanzó a dejar terminada. La piadosa mano de su hijo, don Martín Sotomayor Lemoine, se encargó de la publicación del último tomo, que era el cuarto, inconcluso y descabalado, «sin agregar en su texto, escribe, una sola línea a las que él dejó trazada por su pluma».

Con todo, los volúmenes publicados encierran concienzudo estudio de uno de los períodos más interesantes de nuestra vida política, cual fué el de la verdadera organización de la República; y han ganado para Sotomayor Valdés inmarcesibles laureles.

Nadie antes que él había hecho defensa tan noble y levantada del Gobierno que afianzó nuestras instituciones e hizo respetar con mano de hierro el prestigio de la autoridad. Cualquiera que sea el juicio que los hombres políticos formen sobre los procedimientos empleados por el General Prieto y por su Ministro Portales, justo es confesar que consiguieron el objeto que se habían propuesto.

Después de prolijo y reflexivo examen de los antecedentes y de las pruebas escritas que nos legó aquella época tormentosa, el historiador, con rara habilidad y ecuánime juicio, ha desentrañado los patrióticos móviles que inspiraron a aquellos gobernantes y las poderosas razones que tuvieron en cuenta para obrar con dureza y energía.

Sotomayor Valdés alcanzó la honra de que sus contemporáneos le consideraran como el historiador de don Diego Portales. El libro de Vicuña Mackenna ayuda indudablemente a conocer a este personaje en la vida íntima, de

una manera completa; pero, a fin de apreciar bien su conducta política, es necesario analizar, en compañía de Sotomayor, los principales actos del gobernante.

La *Historia* de la administración Prieto se lee con extraordinario agrado, no sólo por la importancia del asunto sino gracias al estilo fácil y castizo de su autor.

Se ha censurado a éste, sin embargo, por falta notoria de espíritu de investigación.

En realidad, habrían ganado mucho la narración de los sucesos y el retrato de los personajes si, en vez de limitarse a consideraciones y noticias generales, se hubiera detenido el historiador en describir aquellos pormenores que a menudo dan pintoresco relieve a una situación y contribuyen a caracterizar a los hombres.

Pero, para ello, Sotomayor Valdés habría debido poseer condiciones distintas de las que eran propias de su índole: habría necesitado enfrascarse en los archivos, estudiar con ahinco empolvados legajos y perder la vista en descifrar amarillentos papeles de otro tiempo.

Nada de esto hizo ni intentó siquiera realizar. Para conocer a fondo los personajes que historiaba y para juzgar con acierto sobre sus principales actos, se consideraba satisfecho con leer detenidamente las piezas oficiales, y los libros, folletos y diarios de la época.

Nunca le faltó un amigo que buscara para él el proceso judicial o el curioso manuscrito cuyo conocimiento era necesario a fin de completar la narración de los sucesos.

Sotomayor Valdés era asiduo visitante de la Biblioteca Nacional; y allí, auxiliado siempre por su amigo don Luis Montt, director de ella, adquiría los datos indispensables para continuar sus trabajos históricos.

No ha faltado crítico que se empeñe en desprestigiar la *Historia* de Sotomayor Valdés, calificándola de *conversaciones de sobremesa;* pero este duro ataque resulta en extremo injusto. Aunque, como acaba de advertirse, la obra habría sido mucho más perfecta si hubiera ahondado las investigaciones relativas a cosas y personas, ella posee en realidad todos los elementos esenciales. Los sucesos modernos no requieren, como es de necesidad respecto de los antiguos, grandes averiguaciones para ser bien aquilatados.

Antes de empezar su tarea, Sotomayor Valdés cuidaba siempre de informarse con escrupulosidad acerca de los acontecimientos que iba a referir, oyendo a testigos abonados, y comprobando sus decires con documentos fidedignos.

Por lo demás, redactaba con gran facilidad: de ordinario no escribía él mismo y prefería dictar. En los últimos tiempos le servía de amanuense su hija, la distinguida señora Graciela Sotomayor de Concha.

Sotomayor Valdés había adquirido estos hábitos en su carrera de periodista.

Es de lamentar no concluyera su *Historia del Gobierno de Prieto.* Por desgracia, las necesidades de la vida, de una parte, las cuales le obligaron a consagrar muchos años a trabajos ingratos, y cierta indolencia de carácter, por otra, fueron tenaces enemigos de su gloria de escritor.

Monseñor Eyzaguirre (1), como Sotomayor Valdés, pertenecía a un linaje ilustre.

---

(1) *José Ignacio Víctor Eyzaguirre y Portales.* (Santiago, 1817; † 1875, Mar Mediterráneo, al frente del puerto de Alejandría). Se le bautizó con el nombre de Víctor por haber nacido a los pocos días del triunfo de Chacabuco.

De sus tíos paternos, don Agustín y don Domingo, fueron padres de la patria; y don José Alejo llegó a ocupar la alta dignidad de arzobispo electo de Santiago.

Por línea materna, se hallaba emparentado con varios oidores de la época colonial (2), y era sobrino del célebre estadista don Diego Portales.

Don Ignacio Víctor recibió educación en el Instituto Nacional, donde no sólo estudió humanidades sino también cánones y leyes. Alcanzó el título de abogado en 1838, a los veintiún años de edad (3).

Llamado por vocación irresistible, ingresó muy joven al sacerdocio; y pudo así prestar eficaces servicios en la iglesia americana.

Pocos chilenos, al empezar la carrera de la vida, viéronse rodeados de circunstancias más felices. De considerable patrimonio, no conoció las amarguras de la pobreza; de dorada alcurnia, se abrió para él desde el principio un escenario inmenso.

Fácilmente pudo sobresalir entre los contemporáneos gracias a su privilegiado cerebro.

En 1844, la facultad de teología de la Universidad le llamó a su seno; y en esta corporación ganó el principal título con que cuenta para ser considerado entre los literatos chilenos.

En los años de 1846 y 47 la facultad abrió dos certámenes cuyos temas abrazaban la historia eclesiástica de

---

(2) Don Melchor Bravo de Saravia, don Diego Portales, don Domingo y don José Santiago Martínez de Aldunate.

(3) *Archivo de la Real Audiencia de Santiago*, volumen 1656. Por equivocación, no aparecen ni el nombre ni el retrato de monseñor Eyzaguirre en el album que se publicó en 1913 con motivo del centenario del Instituto.

nuestro país, desde la época de la conquista hasta 1807 inclusive. El presbítero Eyzaguirre se presentó a ellos con sendos trabajos, y en ambos certámenes obtuvo el premio.

La obra completa, con el título de *Historia Eclesiástica, Política y Literaria de Chile*, fué publicada en Valparaíso en 1850.

Evidentemente, la facultad de teología estimaba que la historia de don Claudio Gay, cuyas primeras entregas ya estaban impresas, era deficiente en lo que toca a la historia eclesiástica, y quiso estimular a los escritores chilenos a fin de que presentaran un cuadro más extenso de la labor de obispos y religiosos en la colonización de nuestro país.

El libro de Eyzaguirre satisfizo entonces por completo las aspiraciones del clero. En su carácter de secretario del Arzobispado, el autor pudo conocer los archivos de la curia eclesiástica y de los conventos; y consultó asimismo las obras impresas y manuscritas de la Biblioteca Nacional, y de una copiosa librería propia, que guardaba interesantes piezas históricas.

Por desgracia, esto no era todo, y, a la luz de la crítica moderna, la obra de Eyzaguirre sólo constituye un esbozo imperfecto de la verdadera historia eclesiástica de nuestro país. Ofrece muchas inexactitudes, grandes vacíos, y sensible desorden en la narración de los hechos.

Según puede calcularse, en la parte consagrada a la historia política, que no era propiamente el tema principal, las deficiencias y errores aumentan en modo extraordinario.

Digno es de censura el juicio exageradamente favorable que emite el autor sobre el gobierno de don Francisco de Meneses.

Contradice en esta materia con rudas palabras al historiador Gay, y adopta las opiniones del cronista Córdoba y Figueroa. No se equivoca ciertamente al asegurar que a Meneses «poco asustaba lo que suele llamarse opinión pública»; pero yerra cuando le llama «ilustre». «Si el gobierno de Meneses, concluye, hubiera sido durable, la paz habría también consolidádose de una manera permanente».

Las investigaciones hechas en nuestros días desmienten en absoluto estos juicios; y la historia presenta a Meneses como gobernante de criterio extraviado. Sus violencias y atropellos le acarrearon con justicia estrepitosa caída (1).

En cambio, no merece sino elogios el estilo empleado en la obra: correcto, elegante y sencillo, da amenidad e interés a sus páginas.

Cada uno de los capítulos puede leerse por separado, con perfecta comprensión del asunto; y cada uno forma un discurso completo. Ello se esplica si se atiende al hábito adquirido por Eyzaguirre de hablar en el púlpito. Fué sin duda uno de nuestros oradores sagrados más elocuentes (2).

---

(1) Don Francisco de Meneses se hallaba entre los ascendientes de monseñor Eyzaguirre. La familia de Portales fué fundada en Chile por don José Portales Meneses, nieto de aquel personaje.

(2) La historia eclesiástica ha tenido posteriormente cultivadores muy distinguidos: en 1873 don Crescente Errázuriz publicó su importante obra *Los orígenes de la iglesia chilena;* y algunos años más tarde dió a la estampa don Rodolfo Vergara Antúnez extensas biografías de los obispos don Rafael Valentín Valdivieso y don Joaquín Larraín Gandarillas. Por su parte, don Carlos Silva Cotapos es autor de interesantes estudios sobre los prelados Gonzalez Marmolejo, San Miguel, Alday y Rodríguez Zorrilla. Por fin, en 1912, don Alejandro Vicuña publicó una

El ilustre escritor argentino don Bartolomé Mitre, quien presentó la obra al público chileno en conceptuosa introducción, se expresa en estos términos:

«La parte literaria es, de las tres en que se divide esta historia, la más nueva y la más llena de originalidad. Nada absolutamente había escrito sobre la historia literaria de Chile, tan llena, por otra parte, de autores notables de obras que parecen el producto de una civilización más adelantada, y de sucesos animadísimos capaces de dar interés a cualquiera narración. Ercilla, escribiendo su *Araucana,* en medio de los combates de la conquista; Bascuñán, meditando su *Cautiverio Feliz*, prisionero de los indios; Oña, confeccionando su *Arauco Domado* en un fuerte ignorado de la frontera (1); Ovalle, trazando en Roma los anales de la naciente colonia en que vió la luz del día; Luis Valdivia, sujetando a las reglas de la gramática el idioma conceptuoso de los indígenas; Villarroel, demarcando los límites de la potestad civil y de la eclesiástica, y Molina, ensayando con firmeza la primera historia física y política del reino de Chile, llevando de frente el doble estudio de su naturaleza y de sus hom-

---

vida del primer arzobispo de Santiago, don Manuel Vicuña. Las órdenes religiosas han contado con estimables cronistas. En 1891 se publicó en Barcelona la *Historia de la Compañía de Jesús en Chile* por el padre Francisco Enrich. Como esta obra sólo llega hasta la expulsión de la orden en 1767, el jesuíta español Rafael Pérez recibió el encargo de redactar la historia posterior, que apareció también en Barcelona, en 1901: *La Compañía de Jesús restaurada en la República Argentina y Chile, el Uruguay y el Brasil.* El padre Víctor Maturana publicó en Santiago, año de 1904, dos gruesos volúmenes con el título de *Historia de los Agustinos en Chile.*

(1) Esta es una equivocación, pues el primer poeta chileno escribió todas sus obras en el virreinato del Perú.

bres, de sus acontecimientos y sus producciones, son hechos, hombres y cosas que merecen ser inmortalizadas por la pluma del historiador.

«Para llenar tan vasto programa, el autor de este libro ha tenido que contraerse a un trabajo ímprobo y laborioso, en el cual no tenía luz alguna que lo guiase. Conducido por ese instinto seguro del hombre que busca con amor la verdad, el señor Eyzaguirre buscó con empeño los escritos de los literatos primitivos, en cuya adquisición empleó más de seis mil pesos; y, una vez organizada esta curiosa biblioteca de antigüedades, buscó en ellas la vida de sus autores y les pidió la explicación filosófica de la época en que éstos vivieron. Guiado por estos monumentos literarios, que la inteligencia ha derramado en el camino de nuestra historia como otras tantas piedras miliarias, el autor pudo seguir paso a paso el desenvolvimiento de las letras en Chile, formar biografías llenas de novedad, y analizar detenidamente los libros que recorría, para emitir sobre ellos un juicio exacto que fuese a la vez el juicio del estado de las luces en la época en que se escribieron.

«No se limitó a esto su trabajo. Considerando el desarrollo progresivo de la educación como una de las ramas más importantes del saber humano, ha evocado hechos olvidados de la memoria de todos, y ha delineado concienzudamente los orígenes y los progresos de la instrucción pública en Chile, empezando por la humilde escuela de la doctrina cristiana y acabando por sus seminarios, sus convictorios, sus cátedras especiales, sus universidades y sus solemnidades literarias, que contribuyen a caracterizar la época de una manera muy marcada. Esta parte, que tiene el interés de la novedad, no es la

menos original, ni la menos notable de la historia literaria» (1).

La época en que Eyzaguirre publicó su *Historia* fué sin duda la más importante de su vida. Por estos años desempeñó el decanato de la facultad de teología en dos sucesivos períodos; y perteneció además al Congreso Nacional como miembro de la Cámara de Diputados, en la cual ejerció las funciones de vicepresidente.

Eyzaguirre figuraba entre los amigos más decididos del gabinete de don Manuel Camilo Vial. «El presbítero don Ignacio Víctor Eyzaguirre, escribe el brillante periodista don Isidoro Errázuriz (2), respiraba aire a propósito para su ánimo emprendedor, vehemente e inquieto en la atmósfera calentada por las pasiones de partido. Su papel en el círculo de sus correligionarios guardaba cierta analogía con el de Garrido (don Victorino) entre los *pelucones*; era el director en jefe de la maniobra, del capítulo y de las combinaciones estratégicas. Estaba dotado de una gran elasticidad de carácter; sacerdote de ejemplar severidad, el trato íntimo de los hombres de mundo no le asustaba; ultramontano de pura sangre, jamás le causaron escándalo y alarma las doctrinas y las tendencias anticlericales de algunos de sus correligionarios. La energía de su corazón resistió, posteriormente, a las más duras pruebas, a la

(1) MEDINA, en nuestros días, ha adelantado mucho la investigación, tanto en lo que se refiere al cultivo de las letras como a la enseñanza, en sus obras *Historia de la literatura colonial de Chile* (1878) y *La instrucción pública en Chile desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe* (1905).

Asimismo don Alejandro Fuenzalida Grandón ha estudiado con solidez de informaciones estas mismas materias en su libro *Historia del desarrollo intelectual en Chile* (1541-1810), publicado en 1903.

(2) *Historia de la Administración Errázuriz.*

derrota, a la persecución, hasta el anatema de sus superiores. Obligado a abandonar el país, en donde faltaba ya campo a su actividad, supo encontrarlo más vasto y más fecundo a millares de leguas de distancia de Chile».

El presbítero Eyzaguirre no rehuía ninguna clase de trabajos, por penosos que fueran. Ejerció los cargos de administrador del Hospital de San Juan de Dios y de presidente de la Junta Central de Lazaretos.

El centro de su actividad era, sin embargo, muy distinto. Principalmente se ocupaba en la dirección moral y religiosa de las altas clases de la sociedad.

He aquí el juicio que expresa sobre él, como orador sagrado, una de las dignidades de la actual iglesia catedral de Santiago:

«Tenía voz poderosa y solemne, accionaba con energía, pero de una manera rígida y uniforme. Los períodos de sus discursos eran rotundos y altisonantes, y su lenguaje, generalmente correcto. En sus discursos hacía mucha gala de los conocimientos adquiridos en sus frecuentes viajes por Europa, Asia y América, para interesar, deleitar y mover a su auditorio» (1).

La íntima confianza con que le favoreció su tío don José Alejo, tuvo su faz opuesta en el arzobispado de don Rafael Valentín Valdivieso.

Don Ignacio Víctor Eyzaguirre creyó que este egregio prelado no era consecuente con los principios que manifestó durante el gobierno de su antecesor; y tuvo la franqueza de declararlo así en diferentes ocasiones. De aquí nació entre ambos una abierta ruptura.

---

(1) *Oradores Sagrados Chilenos*, por don Manuel Antonio Román. Biblioteca de Escritores de Chile, vol. X.

Por esta causa, Eyzaguirre aprovechó todas las oportunidades que se le ofrecieron para alejarse del país.

En Roma, fundó un gran establecimiento de enseñanza destinado a los eclesiásticos: el Colegio Pío Latino Americano; y recibió numerosas distinciones del Santo Padre.

Consiguió que su *Historia* fuera traducida al francés; y publicó en Europa dos obras de importancia: *El catolicismo en presencia de sus disidentes* y *Los intereses católicos en América.*

Monseñor Eyzaguirre pertenecía al Instituto Histórico y Geográfico del Brasil.

Una existencia como la de Eyzaguirre, empezada con tanto esplendor, concluyó de una manera tristísima.

A fines de 1875, de regreso de la Tierra Santa y próximo a volver a Chile, se vió acometido en el Mediterráneo, por repentino mal, frente a las costas del Egipto. Inútiles fueron los esfuerzos de los eclesiásticos que le acompañaban para conservar a bordo el cadáver de su jefe, con el objeto de transportarlo a la patria.

En virtud de la cuarentena establecida, el gobierno de Egipto ordenó que le sepultaran en el mar.

Por testamento otorgado en Santiago, monseñor Eyzaguirre legó a la Biblioteca Nacional sus libros y documentos.

XII

Memorias y narraciones históricas.—Diccionarios biográficos.—Bibliografías.—Don José Zapiola: sus «Recuerdos de treinta años».—Don Vicente Pérez Rosales. — «Recuerdos del Pasado».—Las memorias de Velasco sobre la revolución de 1891.—Sus revistas de la quincena de 1872 y 1873 —Importancia de la Revista de Santiago en estos años. — Chascarrillos militares de Riquelme. — Otras obras del mismo autor.—La bibliografía chilena de don Luis Montt.—Trabajos históricos de Frontaura Arana.—Diccionario biográfico y otros libros de Figueroa.—Investigaciones históricas de Rosales.

Entre las composiciones subalternas del género histórico, ayudan poderosamente a comprender los sucesos pasados las memorias, autobiografías, vidas de personas notables, relaciones de hechos particulares y bibliografías. Ellas formarán el tema de este capítulo.

Se ha sostenido que en nuestro país son raras las *memorias*, o sea, las composiciones en que el autor agrupa recuerdos y juicios personales sobre las cosas de su época. En una literatura reducida como la chilena, pueden

citarse, sin embargo, una docena de obras de esta clase.

Las ha habido en todos los tiempos, escritas por nacionales o extranjeros. En el período colonial, sobresale el *Cautiverio Feliz* de Bascuñán; libro que reviste los caracteres de una autobiografía.

Durante la revolución de la independencia, basta citar el *Diario* del paraguayo Talavera; *El chileno consolado en los presidios*, de don Juan Egaña; el *Diario Militar* de Carrera; y los de la misma especie de Tupper y Beauchef.

En nuestra edad republicana han aparecido libros de tanta trascendencia como los *Recuerdos Literarios* de Lastarria (1).

Don José Zapiola (2), es asimismo autor de una serie de artículos sobre el tiempo viejo; los cuales empezaron a publicarse en 1872 en *La Estrella de Chile*, y más tarde fueron reunidos en volumen, con el título de *Recuerdos de treinta años* (1810-1840).

Según parece, Zapiola no había pensado en componer esta obra; pero sus amigos, entre los que se distinguían algunos jóvenes escritores tan esclarecidos como don Ventura Blanco Viel y don Carlos Walker Martínez, le estimularon a hacerlo. El buen éxito del libro sobrepujó todas las expectativas; y las ediciones se sucedieron unas a otras.

Don José Zapiola es el primero, por orden cronológico,

---

(1) No caben dentro de los límites de este bosquejo ni las memorias de Domeyko, ni las *Reminiscencias de un viejo editor* de Tornero, por la nacionalidad de sus autores; ni las *Memorias de 50 años*, de Subercaseaux, quien aun felizmente vive.

(2) José Zapiola.—(Santiago, 1802; † 1885, Santiago).—*Noticias biográficas.*—P. P. Figueroa, Diccionario Biográfico.—*Blanco Viel*, introducción al libro de los *Recuerdos*.

entre los escritores chilenos de un origen verdaderamente popular, que ha dejado obra digna de cualquiera biblioteca moderna.

Su madre fué de condición modestísima, y llega a asegurarse que por sus venas corría sangre africana.

El hijo adquirió las primeras letras en la escuela pública, en una época en que la enseñanza de la juventud estaba muy atrasada. Zapiola tuvo necesidad más tarde de instruirse a sí mismo; y adquirió con el tiempo rara pasión por la lectura de los buenos escritores. En sus últimos años se complacía en leer durante todas las horas hábiles del día. Fué propiamente un autodidacto.

Sus aficiones predominantes habían sido muy diversas. Desde niño manifestó especiales dotes para la música. El mismo refiere cómo tuvo que desprenderse de un objeto de valor, el cual pertenecía a su madre, con el fin de adquirir un clarinete.

No sólo poseía habilidad para tocar los instrumentos sino para componer piezas sueltas de música vocal o instrumental. Zapiola es el autor del conocido *Himno de Yungay*.

Su carrera de artista ofrece mucha variedad: perteneció a varias bandas militares, dirigió en un tiempo la orquesta del primer teatro lírico de Santiago, tuvo a su cargo el Conservatorio Nacional de Música, y por largos años desempeñó las funciones de maestro de capilla de la Catedral.

Su entusiasmo por la música le indujo a emprender viajes a los países cercanos, a la República Argentina y al Perú, donde no sólo perfeccionó sus conocimientos artísticos sino también la ilustración general que había adquirido.

Zapiola redactó sus *Recuerdos* cuando ya era anciano. Sin embargo, el libro se distingue por la flexibilidad y gracia del estilo.

Si a estas cualidades se agregan la picardía del concepto y la malicia de la expresión, quedará perfectamente explicado el agrado que causa la lectura de la obra.

«Dotado de una memoria prodigiosa, escribe Blanco Viel, no olvida ni los nombres ni las fechas, y los apunta con tal precisión que cualquiera creería que acababa de registrar documentos o de curiosear los papeles de una biblioteca.»

Algunos de los capítulos de los *Recuerdos* de Zapiola contienen bosquejos admirables de las escenas del pasado. Se ha solido comparar estas páginas con las pintorescas telas de Goya. Más exacto sería afirmar que el libro está saturado del más puro genio francés.

Los únicos borrones que afean algunos de los artículos de la obra son las disertaciones políticas en que el autor rectifica, en términos desapacibles, a los escritores liberales. Aunque Zapiola había pertenecido en otro tiempo a este partido, llamado entonces *pipiolo*, convirtióse en la última parte de su vida a las ideas conservadoras, o *peluconas*. En tal carácter, fué miembro de la Municipalidad de Santiago.

Escritor de mucho mayor fuste y de los más egregios que honran a la literatura chilena es don Vicente Pérez Rosales (1). Descendiente cercano, por línea paterna y

(1) Vicente PÉREZ ROSALES. (Santiago, 1807; † 1886, Santiago).—Luis MONTT, introducción a los *Recuerdos del Pasado*, ediciones de 1886 y de 1910.—P. P. FIGUEROA, *Diccionario Biográfico*.

materna, de beneméritos españoles, heredó de ellos condiciones de inteligencia y de raza que le hicieron sobresalir entre sus conciudadanos.

Su abuelo es el cronista don José Pérez García, que también lo era de don José Joaquín Pérez, Presidente de la República en el decenio de 1861 a 1871; y bisabuelo suyo fué el peninsular don Jerónimo de Rosales, padre de uno de los miembros de la Junta de Gobierno de 1810.

La niñez de don Vicente trascurrió agitada entre las penalidades de la Reconquista y las que tuvo que sufrir a causa de su propio carácter, incorregible y voluntarioso.

Llevado fuera de Chile en un navío inglés, con consentimiento de la familia, su madre había contraído segundas nupcias, el comandante le dejó sin recursos en las costas de la ciudad de Río de Janeiro, donde permaneció dos años.

Más tarde, en 1825, en mejores condiciones, realizó un segundo viaje; y, acompañado de otros diez jóvenes chilenos, se dirigió a Francia. En la gran capital de este reino, gobernado entonces por Carlos X, adquirió Pérez Rosales sólidos conocimientos en las letras y en las ciencias.

Incorporóse primero en un pequeño colegio destinado a estudiantes españoles, el cual se hallaba a cargo de un presbítero Prado. En este plantel recibió nociones de matemáticas elementales.

Pérez Rosales se matriculó en seguida en el liceo hispanoamericano fundado en París por el notable jurisconsulto español don Manuel Silvela, quien se vió obligado a expatriarse para escapar a la tiranía de Fernando VII.

«Aquel vasto e importante establecimiento de educación, constituído desde el día de su fundación en asilo de

cuantas inteligencias peninsulares mendigaban en Europa el amargo pan del expatriado, contaba a don Leandro Fernández Moratín como profesor de amena literatura, a Silvela, a Ferrer y Mendivil, como humanistas, a don Silvestre Pinheiro Ferreira, ex-ministro de Portugal, como profesor de derecho público, y al matemático Planche, como sucesor del escritor Vallejo, que acababa de perder el juicio.»

Fácilmente se comprende cómo un alumno de las dotes de Pérez Rosales pudo aprovechar las sabias lecciones de aquellos maestros, en una época de la vida en que imágenes e ideas se graban de modo indeleble en lo más íntimo del ser.

La revolución de 1830, que exaltó a Luis Felipe al trono de Francia, puso término a la residencia de nuestro compatriota en aquel país, e inmediatamente regresó a Chile, donde tuvo que ganar la subsistencia en variadísimos trabajos.

«Hízose hacendado, y, no obteniendo resultado, comerciante, y después contrabandista por la Cordillera, y después minero, y después empresario de teatros». Con los objetos antedichos, recorrió el territorio chileno; dirigióse en seguida a la República Argentina; y, por fin, resolvió ir a tentar fortuna en California.

Una estrella negra le acompañó en todas partes; y volvió al suelo que le había visto nacer más pobre que nunca.

Por felicidad, al llegar a la madurez, en 1850, cuando sumaba más de cuarenta años de edad, el gobierno del general Bulnes le nombró agente de colonización en el sur; y este fué el principio de una vida ordenada, sumamente fructífera para la patria.

Con tal motivo, emprendió nuevo viaje a Europa, y consiguió en Alemania que numerosos trabajadores aceptaran las proposiciones del Gobierno de Chile, viniendo a establecerse en nuestras provincias meridionales.

Después de haber ejercido por poco tiempo la intendencia de Concepción, por los años de 1860 y 1861, Pérez Rosales volvió a la vida privada.

En 1876, la provincia de Llanquihue, que, gracias a penosos esfuerzos, él había contribuído a poblar y a cultivar, le eligió miembro del Senado de la República, por un período completo.

Entonces fué cuando Pérez Rosales, de edad de 70 años, inició, puede decirse, su carrera literaria. Es verdad que hacía dos decenios había publicado en Alemania su *Ensayo sobre Chile*; pero este trabajo tuvo una índole especial, como que no estaba destinado sino a proporcionar noticias acerca de nuestro país a las familias de los inmigrantes.

Instalado en Santiago de una manera definitiva, durante la última etapa de su vida, empezó a dar a la prensa sus apuntes particulares y recuerdos de otro-tiempo. El alumno de Silvela y de Moratín ofreció elocuentes pruebas de que no había olvidado las lecciones de sus maestros españoles.

En 1877 y 78 aparecieron en la *Revista Chilena*, fundada por Barros Arana y Amunátegui, diferentes trabajos de Pérez Rosales; y, entre ellos, muchos artículos del *Diccionario del Entremetido*, que el autor había ido formando poco a poco, con motivo de sus lecturas cotidianas.

«No hay papel chico ni grande, escribe don Vicente, folleto, memorial o cartapacio que caiga en mis manos que de ellas se escape, sin pagar alguna contribución de

risa o de respeto, envuelta en su correspondiente apuntillo; ni apuntillo que en proporcionado legajo deje de pasar de mis manos al fondo de una petaca, en donde cabe, quién lo creyera, la quinta esencia de centenares de impresos que a manera de parras silvestres dan muchas hojas y tal cual mezquino pampanito» (1).

Las producciones de Pérez Rosales fueron leídas con cariño y aplaudidas con entusiasmo. Los suscritores de la *Revista* comprendieron que aquel dignísimo anciano ocultaba un notable escritor. Sus amigos le pidieron encarecidamente publicara en un solo cuerpo las memorias de su asendereada vida, de las cuales conocían apenas algunos fragmentos.

Tal es el origen del precioso libro *Recuerdos del Pasado* (1814-1860). Apareció primero en las columnas de *La Epoca*, de Santiago, en 1882, e inmediatamente después en un volumen que editó la misma imprenta, con prólogo de Vicuña Mackenna.

Posteriormente, se han dado a luz dos nuevas ediciones: la de 1886, con una introducción de don Luis Montt; y la de 1910, que figura en la *Biblioteca de Escritores de Chile*.

El libro de Pérez Rosales fué publicado diez años después del de Zapiola: ambos describen la ciudad de Santiago a principios del siglo XIX y narran sucesos de la patria vieja y del gobierno de O'Higgins; pero las dos obras se diferencian tanto como la vida del modesto músico de

(1) Don Luis Montt recibió de su autor el obsequio del manuscrito completo de este *Diccionario*, y se había propuesto publicarlo. Por desgracia, no alcanzó a realizar este proyecto; y el manuscrito se ha perdido. Tal vez se halla en la Biblioteca de la Universidad Americana de Harvard, a la cual pertenecen hoy la mayor parte de los libros y de los papeles más valiosos de la sucesión del señor Montt.

las campañas de Chiloé, la cual terminó con el cargo de regidor de la capital, y la vida del hijo pródigo de opulenta familia, cuya carrera pública tuvo honroso remate en el Senado de la Nación.

Los *Recuerdos* de Pérez Rosales son verdaderas memorias, como que narran sucesos públicos y particulares que presenció o en que estuvo mezclado el autor. Puede asimismo calificarse esta obra de libro de viajes; los que realizó el protagonista en diversas comarcas y países de Europa y América. El libro, por último, encierra capítulos de gran interés político y social sobre los trabajos de colonización alemana en nuestras provincias australes.

En cualquiera de estos tres aspectos los *Recuerdos* suministran datos que merecen ser aprovechados por estadistas e historiadores (1).

Pérez Rosales pinta con mano maestra en las primeras páginas de su libro algunos cuadros de la Patria Vieja. Difícilmente se concibe una introducción más adecuada para entusiasmar a los lectores.

De seguida, refiere aventuras e incidencias de su propia vida. Abandonado en las playas del Brasil, y repatriado dos años más tarde, fué conducido, como se ha visto, a educarse en la capital de Francia.

Por interesantes que sean estos hechos biográficos, no puede compararse la narración de ellos con el estudio que se lee en capítulos posteriores sobre la Cordillera de los

---

(1) Barros Arana cita a menudo a Pérez Rosales tanto en su historia de la administración Bulnes como en su biografía de Philippi. Del mismo modo, en el libro *Los alemanes en Chile*, publicado en 1910 por la Sociedad Científica Alemana de Santiago, se utilizan ampliamente las informaciones de los *Recuerdos del Pasado*.

Andes, y sobre las provincias argentinas que en la época colonial pertenecían a Chile.

Este era entonces el teatro de desenfrenado comercio de contrabando, en el cual nuestro compatriota fué uno de los principales actores. Así se explica su conocimiento profundo de la Cordillera y de los diferentes pasos y boquetes.

Extraordinario mérito literario ofrecen las incidencias referidas por Pérez Rosales, sus retratos de *huasos* chilenos y de *gauchos* argentinos, y las dramáticas escenas en que se vió entonces envuelto, con peligro de perder la vida.

Pero, más que todo sorprende su descripción exactísima, y en cierto modo científica, de la Cordillera de los Andes, desde Atacama hasta Chiloé, cubierta de ventisqueros y volcanes, de tortuosos caminos y de mesetas inclinadas.

Al mismo tiempo que la carrera de los negocios, Pérez Rosales parecía ejercer funciones de diligente explorador. Trataba siempre de darse cuenta exacta de la configuración geográfica de las montañas, hasta cerciorarse de que ellas nos separan del país vecino, nó, como antes se creía, en forma de muralla escarpada y única, sino, por el contrario, en numerosos cordones, de desigual altura; los cuales van desapareciendo a medida que avanzan hacia el sur.

Los *Recuerdos del Pasado* habrían podido servir de documento en defensa de los derechos de Chile durante los acalorados debates de nuestra cuestión de límites.

Pérez Rosales consagra además un capítulo especial a las faenas de Chañarcillo, donde para él fué sumamente

esquiva la fortuna: rivaliza con Jotabeche en la pintura de los *cangalleros* y de la sociedad de Copiapó.

La relación de su viaje a California en 1849, y los penosos accidentes que allí tuvo que sufrir, forman el asunto de una novela, por el estilo de las de Maine Reid.

Algunos años más tarde, según se recuerda, Vicuña Mackenna visitó también la ciudad de San Francisco de California, de la cual nos dejó fidedigna descripción en su *Diario de Viajes*. Estas páginas y las de Pérez Rosales contribuyen a formar un cuadro completo de los orígenes modernos de aquel gran puerto.

Aun cuando las memorias de Zapiola indican el año de 1840 y las de Pérez Rosales el de 1860 como término de sus correspondientes relatos, la verdad es que ni unas ni otras abarcan todo el movimiento social y político de Chile hasta aquellas fechas; y que, para conocer los principales sucesos de nuestra vida republicana, necesítase recurrir a los libros de historia nacional.

La vida íntima de Portales fué referida por Vicuña Mackenna; y la sociedad chilena de la época de Bulnes puede estudiarse en la obra de Barros Arana.

Fuera de uno que otro acontecimiento extraordinario, como la revuelta del 20 de Abril de 1851, y con excepción del desarrollo literario y pedagógico, que han sido tema de trabajos especiales, no se han publicado libros ni folletos que narren en estilo familiar los gobiernos de Montt, Pérez, Errázuriz Zañartu, Pinto y Santa María.

Las *Memorias de 50 años* de Subercaseaux son de índole esencialmente privada. Consagran muchas páginas a estudios de colegio, a escenas familiares, y a apuntes de viajes. No faltan en ellas cuadros interesantes de la sociedad de Santiago, ni apreciaciones políticas; pero estas

últimas, teñidas de ardorosa pasión, parecen artículos de prensa más bien que recuerdos de personas y cosas que fueron.

En las postrimerías del siglo XIX se escribió un verdadero libro de memorias: las de Fanor Velasco sobre la revolución de 1891. Este acontecimiento, que produjo tan graves consecuencias, era digno sin duda de ser referido con pormenores.

Velasco (1) empezó muy jóven la carrera de la vida laboriosa. Después de haber estudiado humanidades en el Instituto Nacional, tuvo la desgracia de quedar huérfano.

Su padre, distinguido agrimensor, había ejercido las funciones de gobernador del departamento de Rancagua.

«Afecto a las letras, y careciendo de bienes de fortuna, Fanor Velasco interrumpió sus estudios de leyes en la Universidad, para consagrarse al periodismo. Se formó escritor de diarios en *La República*, bajo los auspicios del estimable editor y hombre de bien Jacinto Núñez, quien fué para él algo más que un amigo en los días de infortunio. Como obrero en el taller de ese diario, principió su carrera de escritor en la época en que era director de *La República* don José Santos Valenzuela.»

Velasco empezó a escribir en los bancos del colegio. Sus primeras composiciones pertenecieron al género poético. Poseía asombrosa facilidad para versificar.

Críticos que leyeron estas estrofas juveniles, aseguran que ellas ofrecen halagadoras promesas.

---

(1) Fanor Velasco y Salamó. (Santiago, 1848; † 1907, Santiago). *Apuntes biográficos:* artículo de Rómulo Mandiola, en *El Nuevo Ferrocarril*, de 30 de Noviembre de 1881; *Diccionario de Figueroa*, y *Prosistas y Poetas de América Moderna* del mismo Figueroa. Bogotá, 1891. Pág. 429

Las primicias de su labor periodística fueron publicadas en *El Farol:* amargas y burlonas, empleaban tanto el verso como la prosa. «*El Farol*, asegura un periódico de la época, se afanaba por juntar todo lo que hay de más odioso en las letras—los insultos—para vomitarlos sobre un partido digno por cierto de mejor suerte (1)».

Fanor Velasco sólo contaba entonces dieciocho años. A pesar de su juventud, ya mostraba ese espíritu picante que le acompañó hasta el fin.

Las durezas de la vida no podían justificar, ni explicar siquiera, esta tendencia de su alma. De una mirada descubría el aspecto ridículo de las cosas.

De *El Farol* pasó a colaborar en *El Pueblo*, que, como *El Charivari* y *La Linterna del Diablo*, estaba ilustrado con caricaturas. Velasco escribió también en los dos últimos periódicos.

Pertenecía por esos años al partido que fundaron los defensores de don Manuel Montt y de don Antonio Varas; y empleaba todas las saetas de su ingenio contra los amigos del gobierno de don José Joaquín Pérez.

Uno de sus biógrafos condena severamente la campaña emprendida por Fanor Velasco contra la simpática personalidad de Vicuña Mackenna, quien a la fecha había publicado media docena de obras fundamentales sobre historia de Chile y era uno de los más abnegados servidores de la patria.

Desde muy joven, Velasco sintió la satisfacción de que sus trabajos fueran acogidos y dados a luz en *El Ferrocarril* de Santiago. Por cierto, estos artículos, llenos de

---

(1) Briseño, *Estadística Bibliográfica de la Literatura Chilena*, tomo 2.º

malicia y picardía, no traspasaban los límites de la honestidad periodística.

Apenas salido de las aulas, Velasco se reveló escritor de raza. La fluidez y corrección del estilo corrían parejas con su hiriente y vivaz ingenio. En prosa o verso, desconcertaba al más temible adversario.

En 1868, en colaboración con don Joaquín Larraín Zañartu, publicó un folleto político titulado *Los Demóstenes de la Mayoría;* y en 1875, para defenderse de los ataques de Rómulo Mandiola en *La Noche*, dió a la estampa, con su amigo el poeta don José Antonio Soffia, el periódico festivo, en verso, que llevó por nombre *El Jote.*

Ningún escritor chileno se ha distinguido tanto en el estilo humorístico como Fanor Velasco. Esta índole de naturaleza insólita entre nosotros, sólo podía provenir de influencias extrañas heredadas (1).

Las revistas de la quincena publicadas por él en la *Revista de Santiago*, que, en unión del doctor Orrego Luco, fundó y sostuvo por los años de 1872 y 1873, constituyen verdaderos modelos en su género. Velasco manifestó en ellas una chispa y una gracia inimitables. Nada de la tosquedad y de la virulencia que a menudo deslucían los artículos de su noviciado en las letras.

Los ataques eran finos y acerados. Velasco combatió igualmente nuestras costumbres políticas y sociales. Defendió con vigor la causa de los menesterosos, y burló con crueldad a los hombres públicos y a los empleados admi-

(1) La familia de Salamó, o Salomón, a que pertenecía la señora madre de Fanor Velasco, fué fundada en Chile por don Agustín de Salomón, quien ejercía en 1788 el cargo de contador real de diezmos. Aunque el señor Salomón era natural de España, la forma de su apellido revela origen semítico.

nistrativos. Al mismo tiempo, ensalzaba a los estudiantes de medicina que servían en los lazaretos de enfermos de viruela, y criticaba con acierto las representaciones dramáticas y líricas del Teatro Municipal.

Las revistas de Velasco tuvieron un alcance mucho más alto. Combatió enérgicamente, en nombre de los sagrados intereses de la enseñanza, la fusión liberal-conservadora que entonces dominaba; y, cuando ésta cayó del gobierno, con derecho pudo considerarse entre los vencedores.

La *Revista de Santiago* de Orrego y de Velasco ha sido uno de los mejores periódicos de nuestro país, por la variedad de materias, por la importancia de los colaboradores, y por la influencia que ejerció en la evolución intelectual y política de nuestra sociedad.

Esta época fué, por lo demás, decisiva en la vida de Fanor Velasco.

Se incorporó resueltamente en el partido liberal; llegó a ser redactor de *La República*, en cuyas columnas defendió los mismos principios que había sostenido en sus brillantes revistas de la quincena; y fué, por último, nombrado oficial mayor del Ministerio de Instrucción.

Este ingreso en la carrera administrativa, contribuyó necesariamente en considerable modo para que Velasco disminuyera su labor literaria. Sólo un trabajo interesante produjo en el decenio siguiente: su *Ensayo sobre el patronato.*

Originado este opúsculo por la presentación hecha a la Santa Sede en 1878 del señor Taforó para el cargo de arzobispo de Santiago, y por el rechazo del candidato de parte de Roma, discurre el autor sobre la base de las relaciones históricas entre la Iglesia y el Estado, y concluye sosteniendo que debe mantenerse aquel consorcio es-

tablecido por los siglos. El opúsculo es una pieza literaria notable, aun cuando en él se advierte falta de esas perspicacia y valentía que caracterizaron otros escritos de la misma pluma.

Fanor Velasco pertenecia entonces al Congreso como miembro de la Cámara de Diputados.

Ejercía las altas funciones de subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores cuando estalló la revolución que derribó del poder al Presidente Balmaceda. Gracias a su situación privilegiada, pudo observarlo y oirlo todo dentro del palacio; y, gracias a los lazos de amistad que conservó con personajes conspicuos de la oposición, pudo conocer el verdadero estado de los ánimos revolucionarios, y, si no los planes completos formados para el ataque, por lo menos, las esperanzas e ilusiones de las clases sociales enemigas del gobierno.

Desde el 5 de Agosto de 1890 hasta el 29 del mismo mes de 1891, Velasco llevó prolijo diario de todo lo que sucedía, de las conversaciones interesantes que, de un modo u otro, llegaban a su noticia, de las opiniones emitidas en su presencia por tres Ministros de Relaciones Exteriores, de los decires de la calle, de las apreciaciones periodísticas.

Con este conjunto de datos e informaciones llegó a reunir un calidoscopio de escenas variadas y curiosas que dan la imagen de la realidad. Son cosas vistas y vividas.

Desde su aspecto literario, la obra de Velasco es irreprochable. El autor ha dado pruebas de un arte exquisito en la elección de los diálogos y en la distribución de las materias. El diario contiene páginas que deben de causar envidia a un dramaturgo.

El ingenio punzante y satírico de Velasco derrama sal en toda la narración.

La obra no fué publicada en forma completa sino siete años después de la muerte del autor.

Como era de preverlo, no escasearon las censuras. No de las menos amargas fué aquella por la cual se atacó a Velasco por el delito de infidencia.

Se olvidaba al duque de San Simón que, por haberse hecho reo de igual crimen, compuso sus célebres memorias, en que los historiadores estudian los reinados de Luis XIV y de Luis XV, y el gobierno del Regente.

Es verdad que San Simón sintió intranquila su conciencia cuando empezó a escribir, y que Velasco nunca experimentó escrúpulos, ni al principio ni al fin de su tarea. Pero, de todas suertes, la naturaleza de ambas obras es idéntica.

Al duque de San Simón le han llamado *espía de su siglo.*

Como el modelo francés, Velasco se manifestó infatigable para recoger noticias: durante más de un año, no perdía hora ni momento.

El duque vivió siempre muy contrariado en medio de las fiestas de la corte, y sentía la necesidad de averiguar los vicios y debilidades de los personajes que, como él, hacían genuflexiones delante del Rey.

En Fanor Velasco, la curiosidad era de igual modo insaciable; pero no provenía de los golpes de la fortuna o de los desengaños de la vida. Era condición innata de su naturaleza.

Después del triunfo del Congreso, en 1897, fué nombrado por el gobierno de Errázuriz Echaurren visitador de establecimientos de educación; cargo que desempeñó con habilidad y prudencia.

Velasco es autor de buenos textos de enseñanza, originales o traducidos.

Con motivo de sus funciones oficiales, presentó al Ministerio de Instrucción numerosos informes, tanto sobre colegios públicos como privados. En estos dictámenes prevalecen un buen sentido y una discreción extraordinarios.

El hombre que había derrochado su ingenio en los carnavales de la juventud, entraba ahora al templo con el sombrero en mano y con respetuoso ademán, sin atreverse a desafiar la cólera divina.

Dotado asimismo de natural ingenio, Daniel Riquelme (1) ofrece en la carrera de su vida algunos puntos de semejanza con Fanor Velasco.

Cursó humanidades en el Instituto Nacional; y vióse obligado a interrumpir sus estudios de leyes por escasez de medios de subsistencia.

Empezó, por lo demás, como Velasco, a ganarse el pan de cada día en la prensa, ya de gacetillero en los periódicos de Santiago, ya de corresponsal en los de provincia.

El parecido no llega más allá; pues, aunque Riquelme desempeñó constantemente funciones administrativas, sus servicios públicos fueron de menor importancia que los de Velasco, y la índole de su labor literaria muy diversa de la de este último.

Joven aun, tomó parte, como empleado del cuerpo de sanidad militar, en las campañas de la guerra iniciada en 1879 contra el Perú y Bolivia, en que su hermano Ernesto alcanzó la fama de héroe.

---

(1) Daniel Riquelme y Venegas. (Santiago, 1857; † 1912, Lausanne). P. P. Figueroa, *Diccionario Biográfico.*

Daniel Riquelme debía cosechar en aquellas expediciones la gloria de escritor. De regreso a Chile, publicó una sabrosa colección de *Chascarrillos Militares*, que le colocaron entre los costumbristas, a la altura de Jotabeche.

Riquelme retrata al soldado chileno con fidelidad irreprochable: patriota siempre sobrio en las marchas; ebrio y jugador después de la victoria; aficionado al hurto, sobre todo de las cosas del enemigo; y gracioso en el decir, aunque a menudo con chocarrería.

Los *Chascarrillos* son escenas copiadas del natural, con tan vivo colorido que producen el mismo efecto de un cuadro verdadero.

Si hubiera de formarse una miscelánea de obras nacionales, no sería lícito prescindir de las pinceladas de Daniel Riquelme.

Por desgracia, fué éste el único libro original compuesto por él.

Reproducido más tarde, con el título de *Bajo la tienda*, contó varias ediciones.

Los diarios de Santiago no dejaron descansar al ameno escritor, quien ocultaba modestamente su nombre con el seudónimo de *Inocencio Conchalí*.

Refirió entonces, en *La Época* y en *La Libertad Electoral*, interesantes hechos históricos y sociales, cuyo asunto tomó de libros o folletos conocidos.

Los principales de estos episodios fueron reimpresos por separado: *El incendio de la Iglesia de la Compañía, La revolución del 20 de Abril de 1851, El terremoto del Señor de Mayo.*

En ellos, no trató, por cierto, de describir a individuos del pueblo, mestizos de sangre araucana y española, con vicios y virtudes de una y otra raza, sino más bien de na-

rrar escenas de alto coturno, en que los autores de ordinario pertenecían a las clases de mayor distinción.

A pesar de que el estilo lucía el mismo donaire y galanura que se observaba en los *Chascarrillos*, y de que el público leía con avidez cuanto artículo llevó la marca de su pluma, el mérito de los nuevos trabajos fué en considerable modo menor.

El argumento de todos estos episodios carecía de novedad; lo que en ellos despertaba entusiasmo era el alma del autor, que, como la de esos héroes anónimos fotografiados *Bajo la tienda*, se descubría real y verdaderamente chilena.

La última obra de Riquelme fué su *Compendio de Historia de Chile*, compuesto por encargo del Ministro de Instrucción Pública don Federico Puga Borne, y dado a la estampa en Valparaíso, en 1899.

Es sin duda uno de los compendios más extensos y completos de nuestra historia patria; pero no sirvió para el objeto a que le destinaba el gobierno.

Riquelme nunca fué profesor, e ignoraba, por tanto, las necesidades intelectuales de los niños. Su libro no tenía las proporciones de un buen texto de estudio. Demasiado conciso sobre materias de importancia, se extiende con profusión al narrar hechos curiosos de valor secundario. Bajo la toga de un maestro fingido, aparecen de repente el gacetillero y el cuentista de otro tiempo.

El autor, por lo demás, estaba lejos de dominar el asunto. Relata con facilidad y elegancia los acontecimientos, en orden cronológico; pero ignora a menudo las hondas causas, sociales o políticas, que explican la formación de nuestro pueblo.

Riquelme no había aprendido a estudiar en los archi-

vos históricos, única fuente donde se encuentra la imagen verdadera del pasado. El *Compendio* adolece de graves inexactitudes.

Durante el último período, olvidó las letras, y dejaba indolentemente trascurrir las horas en compañía de sus amigos.

Por una ironía de la suerte, él, que había amado tanto a la patria, murió en tierra extraña, en Suiza, a donde se dirigió en busca de salud.

Don Luis Montt (1) no fué propiamente un literato. Entre sus trabajos originales, se recuerdan una colección de poesías, propias o traducidas, su vida de Camilo Henríquez y algunos artículos de erudición. Ninguno de tales estudios le da título para ocupar una página en la galería de escritores chilenos.

En cambio, nadie podría negar el importante concurso que prestó a las investigaciones históricas dando a la estampa cinco volúmenes de la *Colección de Historiadores de Chile,* desde el 7.º hasta el 11 inclusive, y los siete primeros tomos de las obras del argentino Sarmiento.

Asimismo, en el año 1881, fundó y dirigió la *Revista de Chile*, que contiene variada miscelánea de amena literatura.

La obra de más valor publicada por Montt es su *Bibliografía chilena*, la cual encierra una descripción completa de las producciones nacionales en el período de la Patria Vieja.

Durante veintitrés años fué director de la Biblioteca Nacional. A sus esfuerzos se debe la organización de dos

---

(1) *Luis Montt.* (Santiago, 1848; † 1909, Santiago). Corona fúnebre publicada en 1910, con el título de *A la memoria de don Luis Montt.*

archivos importantes: el de la Real Audiencia y el de Escribanos de la Capitanía General. Hizo formar los catálogos correspondientes y empezó la impresión de ellos.

Dignos también de mencionarse son los trabajos históricos de don José Manuel Frontaura Arana (1), jefe de la sección de manuscritos de la misma Biblioteca.

En desempeño de estas funciones, compuso el *Catálogo de los manuscritos relativos a los antiguos jesuítas de Chile* (2).

El estudio de los documentos que tenía bajo su custodia, inspiró a Frontaura Arana la composición de dos obras: un folleto sobre el *Convictorio Carolino*, fundado en Santiago por el rey después de la expulsión de los jesuítas, y un libro que lleva por título *Las escuelas públicas de Chile a fines de la era colonial.* Uno y otro trabajo encierran investigación propia, y agregan datos de interés a la historia de la enseñanza en nuestro país.

Resta que mencionar a dos escritores; los cuales, aun cuando no fueron propiamente literatos, por falta de aquella ilustración general que sólo se adquiere merced a esfuerzos de luengos años, prestaron innegables servicios a los eruditos de profesión.

Ambos se formaron en la prensa diaria; pero nó en la de la capital, sino como redactores de periódicos de pro-

---

(1) *José Manuel Frontaura Arana.* (Quillota, 1864; † 1904, Santiago). *Diccionario de Figueroa.*—Luis Ignacio Silva A., *La novela en Chile*, página 425.

(2) En nuestra Biblioteca Nacional se guarda preciosa colección de documentos de la antigua Compañía de Jesús; los cuales se refieren a los colegios que sostuvo la Orden en la América Española hasta la fecha de la expulsión.

Este archivo fué adquirido en París por la Legación de Chile, a virtud de instrucciones dadas por el Ministro don Miguel Luis Amunátegui.

vincia, con mezquinas ganancias y fatigosa labor. Por desgracia, no habían nacido en cunas doradas. Su educación y cultura adolecieron naturalmente de defectos graves, que no consiguieron subsanar en el curso de la vida.

Don Pedro Pablo Figueroa (1) era hijo de modesto comerciante originario de San Juan, en la República Argentina, y de una señora chilena, natural de la provincia de Coquimbo.

Estudió las primeras letras en el convento de la Merced de Copiapó, su ciudad natal; fué matriculado en seguida en la escuela de la Sociedad de Artesanos; y, por fin, llegó a ser alumno del liceo.

Perdió a su padre cuando sólo contaba quince años de edad, y desde entonces trabajó para ganar la subsistencia.

Vióse obligado a abandonar los libros, por los que sentía innata afición, y se incorporó en el comercio.

Después de breve noviciado en la antedicha carrera, sus naturales inclinaciones vencieron, y empezó la vida de periodista.

La guerra del año 1879 le sorprendió en Lima, donde había residido más de dos años.

Después del triunfo, colaboró en un diario de Iquique, y, al año siguiente, en 1884, fué redactor de *La Libertad* de Talca.

En 1885 llegó a Santiago. En el pleno desarrollo de su inteligencia y con grandes anhelos de trabajo, concibió el proyecto de componer un *Diccionario Biográfico* de contemporáneos.

La empresa no era de facil realización. Para llevarla a

---

(1) Pedro Pablo Figueroa. (Copiapó, 1857; † 1909, Santiago).

buen término, necesitaba de la cooperación de centenares de personas, de las mismas que debían figurar en la obra, muchas de los cuales ocupaban elevada situación en la sociedad.

El autor era un desconocido para ellas.

La mayoría de los literatos y políticos a quienes Figueroa pidió datos de su propia vida, se negaron a darlos. Algunos ni siquiera contestaron las cartas del atribulado escritor.

Este no se amilanó; y, después de ejemplar constancia, publicó la primera edición del *Diccionario*, por los años de 1888.

Tres ediciones posteriores, hasta la última, impresa en el período que va de 1897 a 1901, fueron completando la obra con nuevos nombres y numerosas agregaciones.

Aunque Figueroa tuvo la audacia de pretender que, en su forma definitiva, el *Diccionario* presentara carácter histórico, y comprendiera a los chilenos distinguidos del siglo XIX y a los más sobresalientes de la época española, no consiguió realizar una tarea que era superior a sus fuerzas.

La crítica ha señalado en el *Diccionario* la ausencia de egregios contemporáneos; la inclusión de numerosos individuos no merecedores de serlo; exageración de elogios y no pocas censuras injustas; frecuentes inexactitudes en las fechas; y desigualdad en el criterio como norma de apreciación política y literaria.

A pesar de todo, el libro no puede faltar en una biblioteca; y sus artículos invariablemente son reproducidos en los periódicos del país con motivo del fallecimiento de estadistas, escritores o personajes de posición social. Esta

es la mejor prueba de que el *Diccionario* llena una nece sidad.

Vivirá, pues, con robusta vida mientras no sea reemplazado por otro de mayor mérito.

El *Diccionario Biográfico de Extranjeros*, que Figueroa dió a la estampa en 1900 como complemento del anterior, adolece de los mismos defectos de éste.

Don Pedro Pablo Figueroa fué un escritor fecundo; y evidentemente sentía la vanidad de creerse parecido a Vicuña Mackenna, a quien trataba de imitar en sus libros.

De sus demás trabajos, merecen ser arrebatados al olvido su edición de las obras de Francisco Bilbao, impresa en 1898, y la *Historia de la Revolución Constituyente* (1858-1859), que había dado a luz diez años antes.

Para escribir este último libro, aprovechó la valiosa documentación reunida por don Benjamín Vicuña Mackenna, la cual se conserva en la Biblioteca Nacional. Desgraciadamente, Figueroa no se hallaba preparado para emprender esta clase de estudios.

Gozaba ciertamente de notoriedad en los países vecinos. En su juventud, como se ha visto, residió algún tiempo en Lima; y después de la revolución de 1891 se trasladó a Buenos Aires, donde dirigió la publicación de un periódico noticioso.

Los libros compuestos por él alcanzaron relativo buen éxito en el continente. Esto explica el que obtuviera los honrosos títulos de individuo correspondiente en la Academia Nacional de la Historia de Caracas, en la Sociedad de Geografía y Estadística de México y en el Instituto Geográfico Argentino.

Menos escritor que Figueroa, y mucho menos fecundo, don Justo Abel Rosales (1) mereció los aplausos que le prodigaron los aficionados al género histórico, por su paciente labor de búsqueda en los archivos y por la exactitud de sus informaciones.

No adquirió en la niñez otra ilustración que la muy elemental de las escuelas de Valparaíso y Quillota; pero su acendrado amor a las letras le estimuló a ocuparse desde muy joven en la prensa diaria. Fué colaborador de *El Pueblo*, de Quillota, por los años de 1873 y 1874.

Más tarde obtuvo un empleo subalterno en la secretaría de la Corte de Apelaciones de Santiago.

Durante la campaña contra el Perú y Bolivia, combatió en calidad de alférez del batallón Aconcagua.

A principios de 1881 volvió a la secretaría de la Corte, donde pudo estudiar muchos expedientes judiciales y administrativos de la época colonial, que le dieron temas para sus artículos históricos.

Su entusiasmo por describir la verdadera fisonomía de la vieja ciudad de Santiago se acrecentó cuando le nombraron, en 1885, jefe de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Preñados de curiosos recuerdos, los libros que compuso sobre *La Cañadilla de Santiago* y el *Puente de Cal y Canto* proporcionan horas de amena e instructiva lectura.

Muy interesante es la biografía que dió a luz en *El Estandarte Católico*, de Santiago, en el año 1884, sobre don Pedro de Recalde, alguacil mayor de la Real Audiencia de Chile, a principios del siglo XVII.

---

(1) *Justo Abel Rosales* (Valparaíso, 1855; † 1896, Santiago). *Diccionario Biográfico* de FIGUEROA.

Todos estos estudios llevan la marca de concienzuda labor.

Los nombres de Figueroa y de Rosales deben ser recordados entre los obreros más entusiastas de las letras nacionales.

XIII

Durante el Gobierno de Bulnes, los emigrados argentinos contribuyen a transformar la prensa política.—Redactores chilenos en «El Mercurio» de Valparaíso: don Santiago Godoy, don Ambrosio Montt, Blanco Cuartín. —Don Juan Pablo Urzúa funda «El Ferrocarril».— Los Arteaga Alemparte.—«La Patria» de don Isidoro Errázuriz.—«El Independiente» y «Los Debates».— Don Zorobabel Rodríguez.—Don Máximo R. Lira.— Caracteres del periodismo en la pasada centuria.

Con la muerte de don José Miguel Infante en 1844, murió también el viejo periodismo, acre, mordaz, intolerante en política y en religión, poco ilustrado, muy patriota, sin grandes horizontes de progreso positivo.

No sólo los discípulos de don Andrés Bello habían empezado a dar muestras de la educación recibida en casa del maestro, sino que, sobre todo, en los mismos días en que el egregio federalista se despedía del mundo, la prensa política experimentaba una transformación radical que, a la manera de esas violentas tempestades de los trópicos, arrancó de cuajo los restos de muchas preocupaciones,

hondamente agitó el espíritu de la juventud y sembró gérmenes fecundos de ideas y costumbres liberales.

Esta fué la obra de los periodistas argentinos que, para escapar a la tiranía de su patria, buscaron refugio de este lado de los Andes.

Durante un decenio, desde 1842 hasta 1851 inclusive, *El Mercurio* de Valparaíso es redactado por plumas extranjeras: los argentinos Sarmiento, Piñero, Frías, Alberdi, Rodríguez Peña, alternados con el neogranadino García del Río y el uruguayo Juan Carlos Gómez, discuten los sucesos públicos y expresan en las columnas del diario sus valientes opiniones.

Al lado de ellos escribió artículos de polémica el futuro historiador don Vicente Fidel López.

Sarmiento fué además el primer redactor de *El Progreso*, decano de los diarios de Santiago, que salió a luz el 10 de Noviembre de 1842; en cuya publicación colaboró más tarde el eminente estadista don Bartolomé Mitre.

En 1847, el mismo Mitre, en compañía de don Juan Bautista Alberdi, redactaron *El Comercio*, importante diario de Valparaíso.

Si bien es cierto que se ha exagerado la influencia de los expatriados de la vecina república en el desarrollo general de nuestra literatura durante el gobierno de Bulnes, no sería justo desconocerla en el campo del periodismo.

En esta época los únicos sobrevivientes caracterizados de la antigua prensa en Santiago eran don Pedro Félix Vicuña, padre de Vicuña Mackenna, y don Pedro Godoy, del cual desciende una legión de publicistas. Los hijos de uno y otro ofrecen evidente prueba de la evolución producida por el eficaz ejemplo de los escritores argentinos.

Pocos días antes del fallecimiento del redactor de *El Valdiviano Federal* comenzó a aparecer en Santiago un nuevo diario, *El Siglo*, «cuyo inspirador, asegura Barros Arana, era don José Victorino Lastarria», a quien acompañaban don Juan Nepomuceno Espejo, don Marcial González, don Jacinto Chacón, don Hermógenes Irisarri y don Pedro Godoy (1).

A mediados de 1849, se publicó asimismo en la capital otro órgano de la juventud, *La Tribuna,* dirigido por don Antonio García Reyes y don Manuel Antonio Tocornal, ambos de la generación que fundó *El Semanario de Santiago.*

La Tribuna y *El Siglo* fueron como los primeros vagidos de las nuevas ideas representadas por los discípulos de Bello y sus compañeros de profesión.

A pesar de los defectos propios de un noviciado difícil, estas hojas periódicas anunciaban el próximo advenimiento de la verdadera prensa política de nuestro país.

Don Santiago Godoy Cruz, hijo de don Pedro Godoy, y don Ambrosio Montt y Luco, sobrino de don Manuel Montt, son los gastadores de la cruzada, esto es, los soldados que debían franquear el paso a sus compañeros.

Estos dos jóvenes, que no llegaban a la mayor edad, fueron sucesivamente llamados en el mismo año de 1852 a redactar *El Mercurio.*

«Era el señor Godoy, escribe don Santos Tornero, editor entonces de aquel diario, un escritor fecundo, de ideas avanzadas; pero desgraciadamente demasiado fogoso para los difíciles tiempos que el país atravesaba, lo que trajo

---

1) Briseño. *Estadística Bibliográfica,* tomo I, página 319.

su inevitable separación ocho meses después.» «Como a la sazón, agrega más adelante, me hallaba yo en Europa, no puedo precisar las causas que motivaron la salida del señor Godoy. Conjeturo que el motivo principal fuese los asuntos religiosos, que en todo tiempo, y entonces más que ahora, han sido demasiado espinosos» (1).

El señor Montt ejerció el cargo, más o menos, por un período de tiempo igual al de don Santiago Godoy.

Por su parentesco inmediato con el Jefe del Estado, no tuvo la misma independencia de que gozó el antecesor; pero no por esto dejó de manifestar su ingenio burlón y refinado, que daba lustre al exuberante estilo que le era propio.

«Consagróse de preferencia, refiere don Domingo Arteaga Alemparte, a escribir sobre los intereses de la industria y del crédito; tocó también de vez en cuando las cuestiones religiosas. Su liberalismo católico le valió más de una acusación de herejía, al paso que los agiotistas se amotinaron contra su buen sentido económico, que pretendía la baja del interés del dinero. Los amotinados llegaron a pedir al propietario de *El Mercurio* la destitución del redactor; pero el redactor fué sostenido en su puesto» (2).

Montt abandonó el diario para ausentarse del país; y volvió a la redacción don Santiago Godoy (3).

Después de este último, se sucedieron en *El Mercurio* una docena de escritores, en su mayoría jóvenes, con ex-

---

(1) *Reminiscencias de un viejo editor*, Valparaíso, 1889, pág. 123.

(2) *Los Constituyentes de 1870.*

(3) Santiago Godoy y Cruz. (Santiago, 1830; † 1868, Lima). *Diccionario Biográfico* de FIGUEROA.

cepción del neogranadino don Florentino González, quien había sido representante diplomático de su patria en el Perú y en Chile.

Las vicisitudes políticas explican sobradamente este continuo cambio en las personas encargadas de redactar los artículos de fondo. Entre otros, desempeñaron tan delicadas funciones el venezolano don Hilarión Nadal, y los chilenos don Manuel Guillermo Carmona, don Martín Palma, don José Antonio Torres Arce, don Isidoro Errázuriz, Vicuña Mackenna y don Joaquín Godoy, hijo también de don Pedro Godoy.

Sólo en 1866 *El Mercurio* encontró su redactor definitivo. Este fué don Manuel Blanco Cuartín, hijo de don Ventura Blanco Encalada y de una señora española (1).

Blanco Cuartín nació y creció en la gran casa que había pertenecido a los marqueses de Villapalma, sus abuelos; propiedad entonces de don Martín Calvo de Encalada, magnate de primera categoría.

A pesar de tan encumbrado parentesco, la familia de Blanco Cuartín se halló en breve reducida a la pobreza. Don Ventura, que había sido benemérito estadista, no poseía condiciones adecuadas para adquirir fortuna. Vióse, pues, en la necesidad de educar a su hijo con modestia.

Don Manuel se incorporó en el Instituto Nacional a la edad de diez años, terminó en este colegio el incompleto estudio que se hacía en aquella época de las humanidades,

---

(1) Manuel Blanco Cuartín. (Santiago, 1822; † 1890, Santiago). Apuntes biográficos y críticos: JUAN LARRAÍN, Introducción al volumen XI de la Biblioteca de Escritores de Chile; *Diccionario* de FIGUEROA; PEDRO N. CRUZ, artículos publicados en *La Unión* de Santiago, en Junio de 1914.

y en seguida empezó a asistir al curso de medicina, establecido en 1833 en nuestro país.

Por desgracia, a causa de una enfermedad al oído, hereditaria en la familia de Encalada, no pudo continuar en el Instituto, ni, por tanto, alcanzar títulos profesionales. Estaba condenado al cultivo de las letras, que constituyeron el centro de su vida.

Como mentor en el peligroso camino del arte, Blanco Cuartín tuvo constantemente a su lado, hasta que llegó a la plena madurez de la inteligencia, a su padre don Ventura, quien no debió de escasearle prudentes consejos y cariñosas amonestaciones.

El criterio de este maestro era amplio y liberal. Aunque adicto fervoroso del neoclasicismo español de principios del siglo, sentía verdadero entusiasmo por la arrebatada lira de Byron.

Esto explica cómo Blanco Cuartín, contagiado por el ambiente de su tiempo, inició en 1845 su carrera literaria traduciendo *Los Misterios de París*, de Eugenio Sué.

El interés en él despertado por la literatura francesa, no le hizo, sin embargo, adquirir resabios de galiparlista, y conservó toda su vida un estilo realmente español: correcto, elegante, flexible, a menudo irónico y no rara vez hiriente.

Las primeras composiciones originales que dió a la prensa son poesías de escaso mérito; las cuales, si revelan buen gusto, carecen de inspiración.

Se asegura que Blanco Cuartín escribió en sus mocedades numerosas sátiras, en prosa y verso, bajo la forma de apólogos o sainetes, llenas de gracia y fantasía, en las que amargamente condenaba las miserias y ridiculeces de la vida. Por desgracia, estos trabajos no pudieron publi-

carse, porque en ellos había referencias directas a algunos amigos del autor y a personas de su propia familia.

Por lo demás, las memorias que compuso en los últimos años desaparecieron entre las llamas del incendio que destruyó la casa en que vivía.

En conclusión, la crítica sólo puede juzgar a Blanco Cuartín por su labor periodística.

En páginas anteriores, se ha recordado que en 1857 redactó *El Conservador* de Santiago, en unión de Sotomayor Valdés.

En el año 1860, sostuvo él solo con su fecunda pluma un periódico literario y político, que apareció también en la capital, con el nombre de *El Mosaico*,

Después de colaborar por corto tiempo en el diario *El Independiente* de esta ciudad, fué finalmente encargado de la redacción de *El Mercurio* de Valparaíso, cuyos artículos de fondo escribió por espacio de diez y ocho años.

Blanco Cuartín carecía de la preparación necesaria a un primer redactor. No era sin duda un economista, y se hallaba en la imposibilidad de ilustrar y aconsejar en debida forma a los negociantes del principal puerto del país.

Ante todo, brillaba como literato. Podían reconocérsele, sin embargo, vasta experiencia de la vida, conocimiento profundo de nuestra sociedad y de los hombres que la gobernaban, y, a pesar de la amargura de su alma, originada por golpes de fortuna, suficiente caudal de patriotismo para abordar los problemas de cada día y resolverlos de acuerdo con los intereses nacionales.

Tales condiciones le convirtieron, al cabo de pocos años, en un redactor lleno de prestigio, con justa popula-

ridad en Valparaíso, en la capital de la República, en los países vecinos de Sudamérica.

Blanco Cuartín heredó de su madre, la cual era gaditana, toda esa gracia que constituye el encanto de la mujer andaluza y comunica prodigiosa simpatía a los escritores de aquella tierra.

El redactor de *El Mercurio* nunca se presentó a los lectores como intransigente doctrinario. Las opiniones vertidas por él parecían siempre inspiradas en espíritu ecuánime. Esta táctica no pudo menos de crearle un atmósfera verdaderamente seductora.

El mismo se define en estos términos: «Conservador laico, que hace estribar su sistema en el respeto a las instituciones sancionadas por el tiempo y acreditadas por la experiencia del gobierno».

Blanco Cuartín provocó a menudo estallidos de indignación en los combatientes del Partido Conservador, que se habían halagado con la esperanza de contar entre los suyos a quien descendía de una de las más nobles familias de la colonia.

La capital de Chile no tuvo diario político estable sino un cuarto de siglo después que Valparaíso. Las personas sesudas y los estadistas de arraigo se consideraban bien informados con los artículos y noticias de *El Araucano*, que llevaba la palabra del Gobierno. Los oposicionistas de doctrina y algunos jóvenes animosos solían publicar periódicos de circunstancias, destinados, por cierto, a una existencia efímera.

A fines de 1855, don Juan Pablo Urzúa, el cual había dirigido empresas editoriales, tanto de Santiago como de Valparaíso, fundó en la primera de estas ciudades el dia-

rio *El Ferrocarril*, que debía vivir más de cincuenta años.

Su primer redactor político, según se ha visto, fué don Ramón Sotomayor Valdés. Después de un año, más o menos, le sucedió el joven humanista don Floridor Rojas, quien, a pesar de sobresalientes dotes, renunció a las letras por la magistratura judicial.

En el año de 1860, Urzúa nombró redactor a don Justo Arteaga Alemparte, sin disputa el más notable de nuestros periodistas, por las doctrinas que sostuvo y por la influencia que ejerció en el gobierno del país.

Imposible sería juzgarle con prescindencia de su hermano don Domingo; pues, aun cuando uno y otro tuvieron personalidad propia y se distinguieron en esferas de diversa clase, colaboraron siempre con perfecto acuerdo en favor del progreso literario y político, de tal modo que escribían en los mismos diarios y revistas, y juntos compusieron un libro de retratos parlamentarios, digno de elogio (1).

Estos gemelos de la prensa fueron hijos del ilustrado General don Justo Arteaga, y de la señora doña Trinidad Alemparte. Por línea materna reconocían como abuelo a un caballero español, originario de Galicia.

Los hermanos Arteaga Alemparte estudiaron humanidades en el Instituto; pero, a causa de imprevistas

---

(1) *Justo Arteaga Alemparte* (Concepción, 1834; † 1882, Santiago). *Domingo Arteaga Alemparte* (Concepción, 1835; † 1880, Santiago).—*Diccionario Biográfico* de Figueroa.—Roberto Huneeus, *Introducción* al volumen 2.º de la *Biblioteca de Escritores de Chile*.—Julio Bañados Espinosa. *Ensayos y Bosquejos*.

circunstancias, no pudieron seguir carreras profesionales.

Por participación en los sucesos de 1851, su padre, entonces Coronel, fué desterrado de Chile, y, en compañía de su hijo Domingo, se estableció en la ciudad peruana de Arequipa.

Este benemérito joven le ayudó en algunas negociaciones comerciales y adquirió así útiles conocimientos prácticos.

No por ello descuidó, sin embargo, su educación literaria, y en esta época consagró mucho tiempo al estudio de los clásicos latinos y españoles.

De regreso a la patria, fundó con su hermano mayor el periódico *La Semana*, que debía durar un año, desde mediados de 1859 hasta la misma época en 1860.

Acababa de terminar la guerra civil en Copiapó, y no se publicaba ningún periódico literario en el país, pues la *Revista del Pacífico*, dirigida en Valparaíso por el poeta don Guillermo Blest Gana, estaba interrumpida desde hacía varios meses.

La Semana apareció como arco iris en medio de la tempestad.

«Los fundadores, refiere don José Victorino Lastarria, tuvieron la gloria de producir una verdadera agitación literaria, pues, durante el primer trimestre su periódico fué una revelación inesperada del vigoroso desarrollo intelectual que se había mantenido, a pesar de los intereses políticos que habían predominado y preocupado al espíritu público.»

Los más activos obreros de la nueva revista son, como habría sido de suponerlo, los Arteaga Alemparte. Don

Justo, que ya había ejercitado su pluma en diferentes hojas, adquirió entonces sólido prestigio como redactor principal. Su hermano escribió la sección noticiosa, con el título de *Ecos de la semana*; e insertó además en el cuerpo del periódico algunas composiciones poéticas.

Como revistero, don Domingo hizo concebir halagüeñas esperanzas y fué muy aplaudido en los centros más cultos de la sociedad; pero, debe confesarse, le sobrepujó más tarde en este mismo género Fanor Velasco, con sus artículos quincenales de 1872 y 1873. Arteaga Alemparte tiene el mérito de haber sido el precursor.

Uno de sus biógrafos asegura, refiriéndose a *La Semana* que don Domingo «dió vida en nuestra prensa y carta de naturaleza en nuestra literatura al folletín noticioso», que él mismo debía componer, sin embargo, con mucha mayor perfección en *La Libertad*, fundada en 1866 por don Justo.

Los *Ecos de la semana* fueron bautizados en esta última publicación con el nombre de *El Correo del Mapocho.*

Como poeta, Arteaga Alemparte es frío y amanerado. Los versos que publicó en vida, y los demás, que don Justo reunió en un tomo después de la muerte de su hermano, manifiestan refinado estilo clásico, pero inspiración mezquina.

«Arteaga, escribe don Adolfo Valderrama en su *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, ha escrito poco; pero las muestras que nos ha dado de sus talentos poéticos son para él un gran compromiso contraído con la poesía nacional. Es preciso cumplir con ese compromiso, y hay fundados motivos para creer que no lo olvidará.»

El literato debía subir a mucho mayor altura en prosa que en verso.

En *La Semana,* los Arteaga Alemparte se rodearon de la mayoría de los escritores, chilenos o extranjeros, que en nuestro país gozaban entonces de reputación, o tenían positivas dotes para adquirirla.

Colaboraron en el periódico el egregio Lastarria, el cultísimo Hermógenes Irisarri, el economista González (don Marcial), el futuro redactor de *El Mercurio* Blanco Cuartín; y don Manuel José Cortés, de Bolivia; don Demetrio Rodríguez Peña, de Argentina, y don José Pardo, del Perú.

Juntamente con los directores, los literatos cuyos nombres acaban de leerse formaban el estado mayor de la revista.

Publicaron también en ella composiciones en prosa o verso don Manuel José Olavarrieta, don Rafael Santos, don David Campusano, los Blest Gana y los Amunátegui, Vicuña Mackenna, Barros Arana, don Camilo H. Cobo, don Ignacio Centeno, don Manuel Miquel, don Gabriel Izquierdo; todos de generaciones anteriores a los Arteaga.

Estos asociaron igualmente a sus trabajos a jóvenes aficionados a las letras de su misma edad. Así pueden leerse en las columnas de *La Semana* los nombres del poeta don Martín José Lira, de su primo el jurisconsulto don José Bernardo, y de los costumbristas don Vicente Reyes, don Daniel Barros Grez y don Adolfo Valderrama.

Figuran asimismo entre los colaboradores don Abdón Cifuentes, don Zorobabel Rodríguez y don Miguel Cruchaga.

Rodríguez Velasco y Eduardo de la Barra, que apenas cumplían veinte años, dieron a luz entonces algunas de sus primicias poéticas.

Por último, merece ser recordado don José Antonio Donoso, quién, aun cuando falleció prematuramente, alcanzó a publicar algunas notables producciones de su ingenio escéptico y burlón. Se había distinguido en la *Revista del Pacífico*, y honró las páginas de *La Semana* con tres o cuatro episodios novelescos.

Muy joven, fué enviado a Francia, en compañía de don Alberto Blest Gana, don Félix Blanco, don Luis Arteaga y otros, durante la administración Bulnes, a fin de que se educara en la Escuela Militar de Saint-Cyr.

De regreso a Chile, Donoso, como Blest Gana, prefirió las letras a las armas.

Con una falange tan numerosa y escogida de redactores, *La Semana* constituyó fecundo centro de labor intelectual; y a su influencia deben atribuirse la fundación del *Círculo de Amigos de las Letras*, que Lastarria reunió en su casa de Santiago, y la de la *Sociedad de Amigos de la Ilustración*, creada en Valparaíso por iniciativa de don Jacinto Chacón, quien restableció además entonces la *Revista del Pacífico*.

De los talleres de *La Semana*, don Justo Arteaga Alemparte pasó a la imprenta de *El Ferrocarril;* y su ilustre hermano menor, a las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Uno y otro ganaron en esta nueva vida inmarcesibles laureles.

En 1864, don Domingo fué ascendido al cargo de oficial mayor del mismo Ministerio, en cuyas delicadas fun-

ciones reveló sólidos conocimientos de derecho internacional, con motivo de la aguda crisis por que atravesó el país durante la guerra con España.

En este primer período, don Justo redactó *El Ferrocarril* por espacio de seis años; y se separó del señor Urzúa en 1866, para fundar un diario propio, *La Libertad.*

Le sucedió en *El Ferrocarril*, don José Ignacio Centeno, hijo del benemérito general de nuestra independencia. Por desgracia, a pesar de innegables dotes, el nuevo periodista pronto se fatigó de la laboriosa tarea que imponía entonces la prensa.

Como ya antes se dijo, don Domingo Arteaga Alemparte colaboró en *La Libertad*, de su hermano, en una sección especial, *El Correo del Mapocho.* En esta fecha, era ya miembro de la facultad de filosofía y humanidades de la Universidad, donde pronunció un notable discurso de incorporación sobre el costumbrista Vallejo, a quien reemplazaba.

Perteneció también en el último año de su vida al Consejo de Instrucción Pública, creado por la ley de 1879. Arteaga Alemparte defendió en esta corporación el restablecimiento del estudio obligatorio del latín en el curso de humanidades.

Sus ideas en asunto de tanto interés no vencieron. Los profesores que formaban parte del Consejo creyeron más provechoso para la juventud de nuestros días el conocimiento de los idiomas modernas.

Por lo demás, aun cuando el latín es el idioma oficial de la iglesia católica, no contaba en Chile con maestros capaces de enseñarlo bien.

Arteaga defendió con ardor el restablecimiento de aque-

lla lengua; porque, según lo recuerda su más entusiasta biógrafo, «desde niño había profesado adoración fanática por los clásicos latinos, como lo prueba su traducción de la *Eneida de Virgilio*».

La Libertad dejó de aparecer a fines de 1871; y don Justo Arteaga Alemparte volvió a la redacción de *El Ferrocarril.*

En el quinquenio trascurrido hasta entonces, ambos hermanos ejecutaron una labor extraordinaria, en el Congreso y en la prensa.

Don Justo fué elegido por primera vez miembro de la Cámara Joven en 1861; y don Domingo, seis años más tarde. Los nombres de uno y otro están vinculados a grandes debates en favor del progreso nacional.

En los dos últimos años de *La Libertad*, publicaron la galería de figuras políticas, que, con el título de *Los Constituyentes de 1870*, forma la base más sólida de su reputación literaria.

A pesar de haber sido escrita esta obra con apasionada pluma, en medio de una campaña agitadísima, ha soportado bien, gracias a su mérito intrínseco, los estragos naturales del tiempo, y acaba de ser reimpresa en la *Biblioteca de Escritores de Chile.*

Como lo advierte don Roberto Huneeus, algunos de los retratos del libro adolecen de injusticia notoria, por ejemplo, el de don Aníbal Pinto y el de don Alejandro Reyes. La vida posterior de estos personajes y el conjunto de los grandes servicios que prestaron al país, permiten fundar un juicio diametralmente opuesto al de los Arteaga Alemparte.

En cambio, pueden citarse notables estudios de otros políticos.

En general, los autores revelan extraordinaria perspicacia para hacer resaltar las condiciones peculiares de cada individuo. Su obra encierra desde este punto de vista verdadero valor histórico.

Todos los retratos se hallan firmados, de tal modo que es fácil percibir las cualidades propias de ambos escritores.

Los retratos debidos a don Domingo son superiores a los de don Justo: el estilo es más noble, menos afectado, sin galicismos ni vulgaridades, conforme, en una palabra, con la índole del castellano. El autor estudia, por lo demás, la psicología del personaje que ve delante de sí con hondura de pensamiento, y trata de juzgarle con imparcialidad.

Don Justo emplea de ordinario un estilo nervioso e incisivo, de forma lapidaria, a veces dogmático y violento. «Muchas de sus páginas, observa Huneeus, parecen menos colección de párrafos que rosario de versículos».

Posee mejores condiciones de periodista que su hermano, y produce efecto más intenso que él desde las columnas de un diario. Toma evidentemente por modelo al célebre polemista francés Emilio Girardin.

En sus retratos, don Justo pecaba por exageración en el colorido, y, sin duda, es menos imparcial que don Domingo.

Don Justo se retiró definitivamente de *El Ferrocarril* en 1875. En 1877 fundó un nuevo diario, *Los Tiempos*, que dirigió y redactó personalmente, hasta tres meses antes de su muerte, ocurrida en Santiago a mediados de 1882.

De la misma edad que este valiente adalid de las liber-

tades públicas, don Isidoro Errázuriz (1) fué uno de los grandes periodistas con que se honra el puerto de Valparaíso, la segunda ciudad de Chile.

Pertenecía a la familia que mayor influencia ha ejercido en el gobierno de la República, a contar desde el glorioso año de 1810.

El fundador de la casa de Errázuriz en nuestro país era un honorable comerciante de Navarra, que se avecindó en Santiago en el primer tercio del siglo XVIII.

Su hijo mayor, don Francisco Javier de Errázuriz y Madariaga, bisabuelo de don Isidoro por ambas líneas, paterna y materna, doctor en cánones y leyes de la Universidad de San Felipe, se consagró asimismo a los negocios mercantiles. Tal fué su prestigio durante la administración de don Ambrosio O'Higgins, que este celoso funcionario le pidió dictamen escrito sobre el estado del comercio en la Capitanía General. A juicio de Barros Arana, el informe dado por él es notable, y superior al de otros conspicuos vecinos de Santiago, a quienes también se dirigió el Presidente. Estos informes, que habían sido solicitados por la Corte española, fueron remitidos, en 1789, al Ministro de Indias, don Antonio Valdés.

El abuelo paterno de don Isidoro Errázuriz, llamado también Isidoro, es hijo de Errázuriz y Madariaga. Se contaba él mismo entre los patriotas más exaltados; y

---

(1) *Isidoro Errázuriz y Errázuriz* (Santiago, 1835; † 1898, Río de Janeiro). Consúltense el *Diccionario Biográfico* de FIGUEROA; *Los Constituyentes de 1870*, de los ARTEAGA ALEMPARTE; la *Introducción* de don Luis ORREGO LUCO en el volúmen 4.° de la *Biblioteca de Escritores de Chile;* y el juicio de don Pedro N. CRUZ sobre este mismo volumen y sobre las obras de Errázuriz, publicado en *El Diario Ilustrado* de 8 de Enero de 1912.

contrajo matrimonio con doña Antonia Salas, hija del ilustre don Manuel de Salas. «El fué, escribe Infante, en *El Valdiviano Federal*, con motivo de su fallecimiento, uno de los cuatrocientos cincuenta que el 18 de Septiembre de 1810, se presentaron con denuedo y entusiasmo a derrocar la tiranía, ahogándola en medio de sus más formidables recursos, y estableciendo de hecho la independencia, que después sancionó el voto público». Según la tradición que se guarda en la familia, don Isidoro Errázuriz y Aldunate era el de mayor talento entre sus hermanos.

Su nieto heredó este valioso patrimonio; pero con caracteres especiales, que le formaron una índole propia, distinta de la de todos los demás Errázuriz.

La madre de don Isidoro tenía por apellidos los de Errázuriz y Mayo; y fué hija de una señora española, cuya alma apasionada renació con intensidad en el alma de su nieto (1).

Éste fué enviado, a los diez y seis años, bajo la tutela del presbítero don Joaquín Larraín Gandarillas, a educarse en los Estados Unidos. Allí, en compañía de otro joven chileno, asimismo de noble linaje, don Manuel José Irarrázaval, ingresó al colegio que sostenían los jesuítas en Georgetown, en los alrededores de la ciudad de Washington.

En 1852, no sin haber dado claras pruebas de su espíritu liberal, Errázuriz obtuvo permiso para trasladarse a

---

(1) Los padres de don Isidoro se llamaban Manuel Antonio Errázuriz y Salas y Rosa Errázuriz y Mayo. Esta última fué hija del estadista don Ramón Errázuriz y Aldunate. El *Diccionario* de FIGUEROA yerra gravemente en este punto.

Alemania, donde se incorporó como alumno en la universidad prusiana de Göttingue, a principios de 1853.

De edad de veintiún años, había concluído sus estudios y alcanzado el título de doctor.

Regresó entonces a Chile, a fin de solicitar la venia de sus padres para casarse con una hermosa joven alemana; y, conseguido el objeto, trasladóse nuevamente a Europa, de donde volvió con su novia en 1858.

La enseñanza de los maestros prusianos enriqueció el espíritu de Errázuriz con amplitud de horizontes y vasta ilustración; pero no pudo amoldar el criterio del estudiante chileno a la disciplina germánica.

El alumno de Göttingue conservó en toda su fuerza las brillantes cualidades propias de la raza latina.

En el año de su llegada a Chile, empezaba entre nosotros una ardiente campaña política; y se preparaba la revolución de Copiapó, contra la candidatura de Varas, que muchos temían para el próximo período presidencial.

Errázuriz no vaciló en lanzarse a la lucha, y fué una de las primeras víctimas. El gobierno le desterró a Mendoza.

Cuando la amnistía le abrió las puertas de la patria, se consagró de lleno al periodismo, en el cual ya había ensayado su pluma, y esperaba ganarse la vida.

Errázuriz figura asimismo entre los poetas de su generación; pero la verdad es que sus composiciones, a menudo reminiscencias de cantos alemanes, no descubren un estro poderoso. Ellas son simples desahogos de un alma juvenil.

El centro de la vida de Errázuriz debía de ser el combate político, en la plaza pública o en el Congreso, en el diario o en el libelo. No había nacido para entonar dulces

endechas de amor, ni para embriagarse envuelto en una red de aspiraciones ideales.

El día 1.º de Agosto de 1863 obsequió a Valparaíso con un gran diario, *La Patria*, que debía durar más de treinta años. Errázuriz fué su principal redactor; pero, como lo prometía en el prospecto, constantemente tuvo a su lado colaboradores de indiscutible mérito.

Su inmensa labor periodística ha sido bien apreciada por distinguidos críticos.

«En todo lo que escribió, dice uno de ellos, domina el tono y el impulso oratorio, que constituía el fondo de su ingenio.»

«Don Isidoro Errázuriz, agrega, tenía todas las dotes que corresponden al orador parlamentario: la claridad en la exposición, el vigor y sencillez en la argumentación, el conocimiento de las leyes, el golpe de vista para elegir lo importante y capital del asunto, la brevedad holgada, la oportunidad para generalizar el caso, envolverlo en el interés social y mover los afectos del auditorio. Era de imaginación viva y clara, y la manejaba con arte. No la ocupaba en comparaciones largas y prolijamente elaboradas, sino en comparaciones breves, en rápidas imágenes, en rasgos brillantes que fijaban un punto, que retorcían un argumento, que herían al adversario en la parte débil o lo ponían en ridículo.»

El juicio de don Domingo Arteaga Alemparte completa el anterior.

«Como diarista político, afirma en *Los Constituyentes de 1870*, el señor Errázuriz carece de las medias tintas y atenuaciones de la benevolencia. Es un adversario implacable, que posee un singular poder de invectiva, de mofa y de sarcasmo, y que usa de él sin misericordia. Su estilo

corre en turgentes olas, caudaloso, apasionado, pintoresco, inagotable de brillo y colorido. Hay en él una elocuencia, una amplitud y una redondez de formas que traicionan a menudo al orador bajo las apariencias del diarista.»

Más adelante añade: «...el señor Errázuriz no es un sembrador de ideas, por más que sea un pensador serio, un talento penetrante y flexible, un espíritu sagaz. Se siente menos dispuesto a ilustrar y persuadir que a sacudir y encender los ánimos. Sus grandes horas de diarista han sido las horas del fervor patriótico, de la indignación, la ansiedad o el entusiasmo públicos, de la esperanza, del peligro, de la victoria».

Dotado de tan excelentes cualidades, es de suponer que don Isidoro Errázuriz fuera uno de los jefes del movimiento político, uno de los grandes directores de la juventud.

Muy lejos de eso. Carecía de una calidad necesaria en las democracias de todos los tiempos, sin la cual son estériles los esfuerzos, y pierde autoridad el cerebro mejor organizado.

Carecía de ese prestigio moral que, a la manera de sagrado amuleto, infunde misteriosa fuerza a la palabra de los hombres.

El mismo comprendía, con perfecta lucidez, las lamentables flaquezas de su conducta política. «Solía en lo mejor, observa Cruz, retirarse a su tienda, o cambiar de frente, o volverse simple espectador».

En cambio, justo es recordar que, desde muy joven, no faltó jamás a la lista en las grandes batallas de la libertad. Fué audaz revolucionario siempre que vió amenazados sus principios: a los veinte años, contra Montt; a los sesenta, contra Balmaceda.

En la prensa y en el Congreso, sirvió de poderoso apoyo a los Gobiernos que trataron de realizar en bien del país hondas y saludables reformas.

Esta es la base más firme de su gloria póstuma.

En 1877 empezó una *Historia de la administración Errázuriz*, o sea, de don Federico Errázuriz Zañartu, su cercano deudo; pero faltáronle alientos para continuarla después de quinientas páginas de introducción. No poseía condiciones de historiador, ni la constancia indispensable para terminar un libro.

La biografía completa de don Isidoro Errázuriz, su vida de bohemio, su vida diplomática, la labor que realizó en la administración pública, como Ministro y como Diputado, no caben en el estrecho marco de este *Bosquejo*.

Una muerte cruel le arrebató a su patria cuando desempeñaba el alto cargo de Plenipotenciario en Río de Janeiro.

En esta fecha, hacía ya muchos años habían desaparecido los Arteaga Alemparte, y Blanco Cuartín aguardaba tranquilo, jubilado de la prensa, el término de larga y asendereada vida.

Asimismo ya estaba entonces fuera de la labor periodística uno de los más valientes campeones del partido conservador: don Zorobabel Rodríguez (1).

Puede asegurarse que, de igual suerte que en 1844 había dejado de ser el viejo periodismo, la prensa políti-

---

(1) *Zorobabel Rodríguez y Benavides.* (Quillota, 1839; † 1901; Valparaíso).—*Diccionario Biográfico* de FIGUEROA; *Los Constituyentes de 1870*, semblanza escrita por don Domingo Arteaga Alemparte; *Rasgos biográficos* por RUIZ DE GAMBOA, publicados en *El Porvenir* de 15 de Febrero de 1903; y *Juicio Crítico* de don Pedro N. CRUZ, en *El Diario Ilustrado* del mes de Diciembre de 1909.

ca de Chile terminaba, en las postrimerías del siglo, un período completo.

Rodríguez es digno de mención especial. En el seno del partido conservador, ocupó lugar tan prominente como don Justo Arteaga Alemparte en el partido contrario. Uno y otro fueron primeras espadas.

Don Zorobabel Rodríguez recibió lecciones de humanidades en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso; y terminó este curso en Santiago, como alumno del Colegio de San Luis, dirigido entonces por el presbítero don José Manuel Orrego, quien gozaba de gran prestigio en la alta sociedad, aunque había fracasado en el cargo de rector del Instituto.

La asignatura que con mayor provecho estudió el joven quillotano fué la de español. A pesar de su juventud, se empapó completamente en las doctrinas de Bello, cuya gramática, publicada en Chile en 1847, fué acogida con unánime aplauso en todos los países de lengua castellana.

Tanta pericia manifestó en este ramo, que el señor Orrego sólo esperó obtuviera el grado de bachiller para confiarle en su establecimiento la dirección de aquella cátedra.

Rodríguez continuó sus estudios en la Universidad, donde se recibió de bachiller en leyes. Muchos años más tarde, alcanzó el título de abogado.

Su conocimiento exacto del idioma patrio, la facilidad que tenía para manejarlo, y su clarísimo talento, le movieron a consagrar muchas horas al cultivo de las letras.

Numerosas composiciones poéticas, y una novela, *La Cueva del Loco Eustaquio*, fueron trabajos de estreno.

Rodríguez no sobresalió ni como novelista ni como poeta. Su principal título a la celebridad de que goza es la considerable labor realizada por él en la prensa política.

Perteneció a la redacción del diario conservador *El Bien Público*; pero sus triunfos no empezaron sino en 1864, cuando tomó a su cargo *El Independiente*, de la misma tendencia conservadora.

«Dueño de un estilo claro, preciso, fácil y ameno, las ideas toman bajo el influjo de su pluma formas pintorescas, facciones vivas y bien diseñadas.

«Diestro para descubrir todos los aspectos de cada cuestión, sabe presentarla bajo la luz más favorable a sus intereses. Impetuoso en el ataque, tiene bastante táctica para retirarse en orden y hacer fuego en retirada cuando siente flaquear las filas de su argumentación.

«La ironía, la burla y la inventiva son sus armas favoritas de polémica, y las esgrime con particularidad y maestría.

«Más preocupado de los negocios de este pícaro mundo, que de los intereses de otro mundo mejor, el señor Rodríguez obedece en sus intemperancias y exaltaciones de polemista, no a su espontaneidad, sino a los procedimientos de una escuela de literatura político-religiosa cuyo modelo más acabado es el famoso escritor ultramontano de Francia M. Luis Veuillot.» (1)

Don Zorobabel Rodríguez no fué diarista de ocasión. Durante más de un cuarto de siglo sostuvo en la prensa y en su sillón de la Cámara de Diputados, de la cual fué miembro desde 1870 hasta 1890, teorías definidas de

(1) Domingo Arteaga Alemparte, *Los Constituyentes de 1870.*

gobierno, que sólo abrazó después de adquirir profunda convicción sobre los beneficios que darían al país.

Era entusiasta partidario de la doctrina política que se conoce con el nombre de individualismo. Creía que el Estado dispone entre nosotros de excesivas facultades, e interviene en numerosas esferas que no le corresponden.

Juzgaba que al Gobierno toca dirigir las relaciones exteriores, mantener la tranquilidad interna, cuidar de la buena administración de justicia y dar garantías de respeto a la libertad de los ciudadanos.

Condenaba, en cambio, la enseñanza fiscal; y proclamaba en todos los tonos que la instrucción pública corresponde exclusivamente a la iniciativa de los particulares.

Estaba asimismo afiliado a los más ardorosos librecambistas.

Cuando Rodríguez empezó su carrera en la prensa, estas teorías recibían mucha aceptación, en gran parte debida al prestigio que les habían dado los parlamentarios franceses enemigos de Napoleón III.

Los principales oposicionistas al Imperio, con M. Thiers a la cabeza, las defendían enérgicamente contra los ministros del absolutismo, empleándolas de arma poderosa para combatir todo acto opuesto a los principios liberales.

Don Zorobabel Rodríguez se encerró con ellas en un baluarte impenetrable; y con su auxilio presentó porfiada resistencia a las reformas que el Gobierno trataba de establecer en favor de las instituciones docentes u otros organismos nacionales no aceptados por los teóricos de la escuela a que él adhería.

Rodríguez, sin embargo, concluyó la vida pública ejerciendo el cargo de profesor en la Universidad y la Superintencia de Aduanas: de este modo solemne contradijo en

sus últimos años las doctrinas que siempre defendió sin variación alguna.

Es verdad que entonces dió a luz su *Tratado de Economía Política*, en el cual presentó, en forma doctrinaria, las teorías de libertad comercial enseñadas en nuestro país por el egregio catedrático frances M. Courcelle-Seneuil. pero esta declaración teórica no bastó para cohonestar su violenta conversión práctica a principios condenados por él.

El libro que más renombre ha dado al literato fué el *Diccionario de Chilenismos*, que publicó en 1875 en la imprenta de *El Independiente*. Esta obra ganó a su autor la honrosa distinción de individuo correspondiente de la Real Academia Española.

La prensa política ofrecía entonces caracteres literarios que ha perdido. Sus redactores «eran a la vez, afirma un eximio periodista contemporáneo (1), artistas literarios, cultivadores de la lengua, cuidadosos de un estilo que podían pulir en el reposo de una vida menos violentamente agitada que la nuestra». «Tales fueron, agrega, los Arteaga Alemparte, que escribieron, en períodos breves y nerviosos, semblanzas que parecen grabadas al agua fuerte; Blanco Cuartín, que disimulaba bajo una forma castiza y elegante la punta del acero toledano de su ingenio; Zorobabel Rodríguez, que escribía como un clásico castellano y pensaba como un liberal inglés».

Nuestra prensa ha experimentado una evolución completa.

Cuando Rodríguez dejó las columnas de *La Unión* de Valparaíso, último diario en que desplegó heroicos es-

(1) Silva Vildósola, *Periodismo y Letras en Chile*. 1914.

fuerzos en defensa del partido conservador, sólo quedaba en la brecha periodística uno de sus compañeros de otro tiempo, el cual, felizmente, debía sobrevivirle quince años, aunque en campamento distinto del que reunió a ambos en su juventud: don Máximo R. Lira (1).

Este fué alumno de más aprovechamiento que aplicación en el instituto que acababan de fundar en Santiago los religiosos de San Ignacio.

En los libros del colegio aparece que entre los años de 1860 a 1863, Lira recibió de los padres jesuítas las lecciones de humanidades que debían habilitarle para alcanzar el bachillerato, único grado universitario que presenta en su larga carrera de escritor.

Los padres enseñaron al sobresaliente joven el complejo arte de la dialéctica y de sus variadísimas formas. Este ramo ha sido siempre, por lo demás, objeto de atención especial en las aulas de San Ignacio.

«En un colegio dirigido por sacerdotes, observa un discípulo de los jesuítas de época posterior, se practica el estudio de la filosofía con un propósito no siempre manifestado, pero, sin embargo, manifiesto: el de ilustrar la fe del joven, de utilizar la razón en servicio de ella, de hacer cristianos conscientes y aptos para librar lucida batalla con la impiedad, llegado el caso (2).»

El autor de la anterior frase censura el procedimiento en los términos que siguen:

---

(1) MÁXIMO R. LIRA. (Santiago, 1845; † 1916, Santiago).—*Diccionario* de FIGUEROA, y semblanza escrita por Rómulo MANDIOLA. Véanse sus *Artículos Escogidos*, tomo I, año 1911.

(2) *Revista Chilena*, Octubre de 1917. Artículo de don Eliodoro ASTORQUIZA, *Tres Olvidados*. (El padre Ginebra, Oscar Sepúlveda, Daniel Barros Grez.)

«Pasados los años, vengo a admirarme de la contraproducencia del medio empleado para conseguir tal objeto. Porque si se buscara la escuela del escepticismo más radical y absoluto no se podría encontrar otra mejor que el estudio de la filosofía, tal como nosotros lo practicábamos.»

«Razonarlo todo, en efecto, es enseñar a dudar de todo.»

Como quiera que sea, el hecho es que Lira, dotado de precoz inteligencia, aprendió en el colegio el uso de nutrida dialéctica, arma que debía aprovechar grandemente en el curso de la vida.

Durante toda su juventud conservó asimismo las creencias y doctrinas que le fueron inculcadas en San Ignacio.

«Había nacido periodista, escribe Rómulo Mandiola, y dejó los libros del estudiante para tomar la pluma del escritor polémico. Se sentía con fuerzas para luchar. Su imaginación de poeta le pintaba las batallas con vivísimos y seductores matices. Después de colaborar con prosa y verso en varias hojas literarias, entró a la redacción de *El Independiente.*»

En este diario, empezó por publicar traducciones de novelas francesas, de Luis Veuillot, de Julio Verne, de Gustavo Aymard; y concluyó por ser elevado al puesto de segundo redactor.

En 1870, escribió ardorosa defensa de la orden de San Ignacio, en una de cuyas casas había recibido educación, con el título de *Los jesuítas y sus detractores;* y en 1872, leyó en el club de *Amigos del País* dos conferencias muy teñidas de espíritu reaccionario sobre *La Comuna y sus enseñanzas,* en que combatía los excesos de que fué teatro la ciudad de París a principios de 1871.

Entró por primera vez a la Cámara de Diputados en 1873, pero por poco tiempo; pues, antes de dos años, el gobierno de Errázuriz Zañartu le nombró secretario de nuestra Legación en Buenos Aires.

De regreso a Chile, volvió a ocupar un asiento en la Cámara Joven. Entonces fué cuando sostuvo con don Isidoro Errázuriz su famosa justa parlamentaria sobre la agitada cuestión de cementerios laicos o religiosos.

Estos discursos consagraron su fama de orador, que ningún adversario le negó jamás.

En la guerra de 1879 contra el Perú y Bolivia, Lira empezó desempeñando funciones administrativas de segundo orden, y terminó como secretario del General en Jefe, don Manuel Baquedano. Prestó entonces eficaces servicios a la patria.

La madurez de la inteligencia y las enseñanzas de la vida modificaron radicalmente el criterio político del distinguido ciudadano. Lira se incorporó al Partido Liberal; y en 1884, en pleno gobierno de Santa María, fué nombrado Oficial Mayor del Ministerio del Interior.

En el mismo año tomó a su cargo la redacción de *Los Debates*, diario que fundó el partido dominante a fin de proteger la candidatura de don José Manuel Balmaceda a la Presidencia de la República.

Los Debates vivieron hasta fines de 1887; y en este período de más de tres años la pluma de Lira defendió con altura y eficacia la labor oficial.

Redactó además en diversas ocasiones *La Época* y *La Tribuna* de Santiago.

Al mismo tiempo, era miembro, y fué nombrado secretario, de la Cámara de Diputados.

La personalidad de Lira había adquirido independencia e importancia.

No vaciló en alistarse en las filas, de la revolución de 1891; y después del triunfo, desempeñó el honroso cargo de Ministro Diplomático en varias repúblicas sudamericanas.

El Presidente Riesco creyó hacer una feliz elección nombrando a Lira Intendente de Tacna. En realidad, sus dotes de político y hombre de mundo parecían señalarle para tan difícil empleo.

El periodista ayudó con brillo al funcionario. Lira redactó a menudo los artículos políticos de *El Pacífico* de Tacna, siempre que creyó necesario refutar a los periódicos limeños.

El estilo de Lira es sencillo, sin afectación ni términos extraños. Las palabras y las frases brotan naturalmente de su pluma.

Su manera de escribir podría compararse con la del novelista Blasco Ibáñez.

El lenguaje castizo y elegante empleado por Lira deja comprender que no se hallaba lejos la fuente española.

El rasgo esencial de sus artículos no era, sin embargo, la forma externa, a pesar de que ella lo distinguió mucho de sus colegas de periodismo. Tanto en sus discursos parlamentarios como en sus artículos de fondo dominaba un raciocinio apretado y vigoroso, que hacía recordar al dialéctico de San Ignacio.

Aquellos tiempos ya pasaron. La prensa política en que figuraban como actores de primera fila Blanco Cuartín, los Arteaga Alemparte, Isidoro Errázuriz, Zorobabel Rodríguez y Máximo Lira ofrece más bien el cuadro de una academia que el de un comicio popular. Los redacto-

res se dirigen la palabra y se contradicen los unos a los otros, de ordinario cortesmente; pero casi siempre olvidan que su principal deber es instruir al público y ganar su voluntad.

Los diarios de entonces, considerados en conjunto, se asemejan a esas obras de filosofía que nos legó la antigüedad clásica con el nombre de *El banquete de Platón*, *El de Jenofonte*, *El de los siete sabios* y *El de los sofistas*.

XIV

Don José Victorino Lastarria es el fundador de la oratoria parlamentaria en Chile.—Otros oradores del Congreso de 1843: don Antonio García Reyes, don Antonio Varas, don Manuel Antonio Tocornal, don Francisco de Paula Taforó, don Juan Bello.—La oratoria forense progresa conjuntamente con la parlamentaria.—Nuevos oradores: don Manuel Antonio Matta, don Domingo Santa María, don Ambrosio Montt, don Manuel J. Irarrázaval, don Justo y don Domingo Arteaga Alemparte, don Pedro León Gallo, don Guillermo Matta, don Isidoro Errázuriz, don Zorobabel Rodríguez, don José Manuel Balmaceda y don Carlos Walker Martínez.——Oradores sagrados.—Obras didácticas.—Crítica literaria.

La oratoria parlamentaria sólo empezó a brillar entre nosotros cuando dieron abundantes frutos las enseñanzas de Mora, de Bello y de los profesores del Instituto Nacional.

La tradición ensalza los nombres de algunos estadistas formados antes de esta época como notables oradores; pero puede asegurarse que tales juicios pecan de excesivos. A menudo se confunde la influencia política de eminentes

ciudadanos, y el respeto y consideración de que se les rodea, con el prestigio y fuerza persuasiva del hombre verdaderamente artista en el uso de palabra.

Así, por más que se afirme lo contrario, no hay pruebas suficientes de que don Mariano Egaña, don Joaquín Campino y don Pedro Palazuelos hayan sido grandes oradores.

Los tres ilustres repúblicos nombrados nacieron en tiempos de mucho atraso, y no recibieron sino una instrucción defectuosa. Por lo demás, no habrían podido completar sus conocimientos en la sencilla y rústica sociedad a que pertenecían.

Egaña, Campino y Palazuelos poseyeron verdadera inteligencia, fueron siempre impulsados por un patriotismo de buena ley, y en ocasiones solemnes tuvieron nobles arranques de elocuencia, dignos del aplauso unánime del auditorio; pero de estos hechos innegables al aserto de que eran oradores, en el moderno sentido de la palabra, debe reconocerse gran distancia.

Aunque de una fecha posterior, y alumno distinguido del Instituto, don Manuel Montt tampoco puede ser considerado orador parlamentario. Ni su carácter retraído y desconfiado, ni su falta de conocimientos literarios, eran condiciones favorables para desarrollar en él el dón de la elocuencia. Si en días difíciles para la patria, su palabra fué escuchada en el Congreso con sentida admiración, ello provino de la autoridad política que encarnaba y de su probidad personal, que todos reconocían.

El primer diputado que merece sin discusión el nombre de orador es don José Victorino Lastarria; y, así como enseñó derecho público, según las teorías más avanzadas de su época, a numerosas generaciones, así también, con

el ejemplo de su elocuente voz y de su varonil arrogancia, estimuló a otros jóvenes miembros del Congreso a ejercitarse en el arte de hablar en público.

Lastarria no sólo fué maestro en el Instituto sino asimismo en su sillón de diputado. Esto explica la rapidez con que se impuso como jefe del Partido Liberal: daba, al mismo tiempo, lecciones de doctrina y lecciones de oratoria.

Ingresó por primera vez al Congreso en el año 1843, juntamente con García Reyes y don Antonio Varas. En el período siguiente, que se inaugura en 1846, inició su carrera parlamentaria don Manuel Antonio Tocornal.

Todos ellos se reunieron en el Congreso de 1849, que tanta influencia tuvo en la marcha política del país. Como oradores, se distinguieron además en esta última asamblea el presbítero Taforó, y don Juan Bello, hijo de don Andrés.

Con excepción de Bello, nacido en 1825, los diputados antedichos eran de una misma edad; pues habían venido al mundo en 1817, glorioso año de Chacabuco.

«El señor Lastarria, escribe don Domingo Arteaga Alemparte (1), se reveló desde los primeros días como un orador de raras dotes y de grandes facultades, y llegó a ser bien pronto el *leader* de la mayoría.

«Una voz sonora, agradable y hábilmente modulada; una fisonomía severa sin ser adusta, animada sin ser inquieta; nobleza y mesura en los ademanes, seguridad en el decir, pronunciación clara, límpida, perfecta, gran facilidad para tomar las entonaciones del desdén y del sar-

(1) *Los Constituyentes de 1870.*

casmo: tales son las cualidades exteriores de su oratoria, que dan realce a su elocución fácil, abundante y correcta.

«En cuanto al mérito intrínseco de su elocuencia, el señor Lastarria no es un ergotista, ni posee un gran poder de dialéctica, en el sentido estricto de la palabra. Aunque abogado, no lleva nunca a los debates parlamentarios las sutilezas y silogismos del alegato forense. Su procedimiento oratorio se basa de ordinario en las doctrinas constitucionales, en las teorías del derecho público, en los precedentes de la historia política de nuestro país y de las demás naciones que viven bajo el gobierno representativo. Explica más que argumenta, diserta más que arguye, busca sus armas de combate en los hechos antes que en las abstracciones.

«Apela con mucha sobriedad a la declamación y a las flores retóricas y carece de expresiones gráficas e incisivas, que se avienen mal con la abundancia de su elocución. En su larga historia de orador, en que pueden hallarse tantos grandes discursos, apenas se encontrará tal cual dicho memorable.»

Los demás oradores de 1849 poseían desigual mérito y condiciones diferentes. Para poder apreciar bien las cualidades que les adornaban es indispensable consultar a quienes escucharon su palabra.

De García Reyes (1), Vicuña Mackenna se expresa así:

«Como orador en el Congreso Nacional, a cuyo seno ingresó apenas había cumplido la edad constitucional (1843), tuvo las cualidades y los defectos de su organización, tal cual la acabamos de trazar, respecto de sus atri-

---

(1) *Antonio García Reyes*, (Santiago, 1817; † 1855, Lima).

butos como hombre de pluma. Era brillante, fascinador a veces, fogoso siempre, y por lo mismo, precipitado, ampuloso, y a veces agresivo y volcánico. Sus enemigos políticos le bautizaron por esto en la época de sus mayores tribulaciones y victorias parlamentarias (1849-1850) con el apodo de *Ventarrón*» (1).

Barros Arana, por su parte, le caracteriza en estos términos:

«Desde luego se distinguió por sus ideas moderadas y progresistas, por el talento superior y por la elocuencia lucida y brillante con que las sostenía. Sus discursos siempre fueron buenos, y algunos de ellos magníficos. Su gallarda presencia, su pronunciación dulce y sonora, y su admirable facilidad de locución, eran sus menores dotes oratorias.

«En diversas épocas, agrega, presentó a la consideración de la Cámara algunos proyectos de ley de alta importancia. Uno sobre procedimientos judiciales y otro sobre instrucción pública, que no han sido aprobados en todas sus partes, sirvieron de punto de partida para otros proyectos. La ley que reglamenta la desvinculación de mayorazgos, le debe a él su primer origen» (2).

Don Antonio Varas (3) no perteneció al Congreso de

---

(1) *Historia General de la República de Chile*, t. 4.º, año 1868.

(2) *Obras Completas* de BARROS ARANA, t. XII. Biografía de García Reyes.

(3) *Antonio Varas y de la Barra.* (Cauquénes, 1817; † 1886, Santiago). Consúltense las obras siguientes: Martín PALMA, *Los Oradores del cincuenta y ocho;* José Antonio TORRES, *Oradores chilenos; Los Constituyentes de 1870,* de los ARTEAGA ALEMPARTE; y *El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas.*

1849; pero, al año siguiente, tomó parte en sus discusiones como Ministro del despacho.

«La elocuencia del señor Varas, asegura quien le conoció mucho algunos años más tarde, es rápida, vehemente, apasionada, imperiosa, y, al mismo tiempo, flexible, sutil, inagotable de recursos, llena de agilidades dialécticas, habilísima para encontrar a una cuestión mil aspectos variados. Coinciden en ella dos cualidades que parecen incompatibles: la espontaneidad y la sagacidad, el ímpetu y la maña.

«Cuando se oye hablar al señor Varas, se experimenta algo parecido a lo que sentimos viendo navegar, a través del mar embravecido, una ligera nave, que se hunde, se levanta, se estremece, se dobla, se desvía, se escabulle, y, saltando de ola en ola, rechazada por ésta, empujada por aquélla, corre su blando cuanto peligroso rumbo. La vista sigue con ávido interés esa nave: el oído sigue con una atención no menos ávida la palabra del señor Varas.

«Cuando habla, hay en su semblante y en su actitud una singular movilidad nerviosa. El metal de su voz no es bueno. Su elocución, de ordinario incorrecta, llega a veces hasta el desaliño; carece de adornos y galas retóricas, y tiene una velocidad que desespera al mejor taquígrafo.

«Su pensamiento, impaciente por hacerse palabra, aguijonea a su expresión; sus ideas, impacientes por sucederse, se aguijonean a su turno las unas a las otras, y el orador, como el auditorio, parecen sentirse dominados por cierto vértigo. Pero, en realidad, el orador no se halla dominado sino por su convicción o su propósito: domina a su auditorio y se domina a sí mismo.

«Sin ninguna gracia exterior, la elocuencia del señor

Varas ejerce una atracción poderosa; sin ningún esplendor de formas, produce ofuscamiento. El secreto está en la fuerza y flexibilidad de su espíritu» (1).

En la formidable lucha que emprendieron los liberales de todos los matices, en el Congreso de 1849 y de 1850, contra el partido de Gobierno, que disponía de poderosísimas fuerzas oficiales, don Antonio Varas venció y desbarató a la oposición en el campo parlamentario con el tremendo ariete de su palabra y de su talento.

Fué entonces el mejor campeón de la causa conservadora; la cual necesitó, sin embargo, derrotar al enemigo en la batalla de Loncomilla para elevar a su candidato, don Manuel Montt, a la presidencia de la República.

Veinte años después, don Antonio Varas se reconcilió con las ideas liberales. El curso de los acontecimientos y la experiencia de la vida habían producido en su espíritu esta feliz evolución.

Comparado con Varas, don Manuel Antonio Tocornal (2) ofrece el reverso de la medalla, como estadista y como orador.

«La cualidad más recomendable de don Manuel Antonio Tocornal, escribía en 1860 don José Antonio Torres, la que más lo distingue de todos los hombres públicos de Chile, la que lo mantendrá siempre a una altura considerable de las desairadas figuras que se disputan el manejo de los negocios del Estado en los desgraciados tiempos que alcanzamos, es la consecuencia nunca desmentida con sus principios, sus opiniones, sus ideas.»

(1) *Domingo Arteaga Alemparte.*

(2) *Manuel Antonio Tocornal y Grez.* (Santiago, 1817; † 1867, Santiago). Consúltense *Ensayos Biográficos*, de don Miguel Luis AMUNÁTEGUI, y *Oradores Chilenos*, de don José Antonio TORRES.

«Don Manuel Antonio Tocornal, asegura por su parte Amunátegui, no rechazaba las innovaciones; pero anhelaba que, cualesquiera que ellas fueren, no se pusieran en ejecución sino después de madura deliberación, y con la mayor prudencia». «El estadista chileno sostenía en toda ocasión la conveniencia de que la autoridad fuera acatada, particularmente en las repúblicas hispanoamericanas, cuyo suelo formado de materiales volcánicos estaba sujeto a continuos terremotos; pero, como procedía en todo con la más laudable honradez, la ley más restrictiva llegaba a ser la más liberal cuando él era el encargado de aplicarla; así como la ley más liberal se convierte en la más restrictiva cuando son poco escrupulosas las personas que deben ponerla en ejecución.»

Torres describe en esta forma al orador:

«Su porte es interesante; sus maneras y usos, vigorosamente parlamentarios; su voz, clara, extensa y grata al oído; su aire, franco, y tan desembarazado que a primera vista se descubre al orador familiarizado con los debates, y para el que las grandes dificultades parlamentarias no son más que actos naturales, en los que se expide con facilidad y sencillez. Reposado, grave, prudente, tolerante, no precipita su acción, ni descompone su vestuario, ni atropella, ni se oculta, ni amenaza, ni se humilla, ni se alteran sus facciones, sino cuando la inspiración ha venido a irradiar en su frente y la elocuencia a animar todo su semblante. Es el tipo del caballero antiguo, lleno de esa finura, de esa gracia en el decir, de ese talento que se amolda a todo, y que de todo saca partido. En las réplicas es donde más luce su talento y sus bellas cualidades oratorias; si el adversario se ha arrastrado demasiado, si ha andado insolente o torpe en sus ataques, Tocornal lo

elevaba hasta su altura, para derribarlo después, desautorizado y vencido. Su memoria feliz, demasiado feliz, le presenta en sus menores detalles el discurso del contrario, y, sin fatiga, sin precipitación, va destruyéndolo, hasta que no deja de él más que una armazón desairada, que viene al suelo deshaciéndose en pedazos.»

El presbítero Taforó y don Juan Bello no estaban, ciertamente, a la altura de los anteriores.

El primero se distinguió más bien como orador sagrado.

Bello (1) habría obtenido sin duda grandes progresos en la elocuencia parlamentaria si la enfermedad no lo hubiera tronchado tan temprano.

«Don Juan Bello, dice su biógrafo, escribía sus discursos de antemano y los aprendía de memoria; pero los pronunciaba con tal fuego y pasión que, cuando hablaba, conmovía a sus colegas y a los oyentes, como el huracán agita y arrebata cuanto está al alcance de su impetuoso soplo.»

A más de los seis oradores nombrados, hubo otros muchos que, aun cuando no poseían grandes dotes de elocuencia, contribuyeron a que la Cámara de Diputados, en las sesiones de 1849 y 1850, se convirtiera en teatro de cultísimos debates.

Las libertades políticas dadas por el gobierno de Bulnes y el progreso obtenido en la ilustración general ofrecen satisfactoria explicación de este entusiasmo por defender los intereses de la patria.

A la par de la elocuencia propiamente parlamentaria

---

(1) *Juan Bello y Dunn*, (Londres, 1825; † 1860, Nueva York). Véanse *Ensayos Biográficos*, de AMUNÁTEGUI, tomo 2.º

empezó entonces a formarse una escuela de oradores forenses que, ya pedían ante los Tribunales la absolución de sus clientes, ya reclamaban en el Congreso la reforma de instituciones caducas, con iguales métodos de raciocinio e idéntica energía. Estos abogados se diferenciaban en considerable modo de los legistas de la época colonial, no sólo por la amplitud de su criterio, sino también por la independencia de sus opiniones.

Los letrados antiguos no tenían oportunidad para practicar el libre uso de la palabra; pues debían someterse al sistema escrito dominante en los procedimientos judiciales.

Esta doble aptitud, tanto para la oratoria forense como para la parlamentaria, que se observó entre nosotros desde mediados del siglo XIX, reconoce una causa concreta y definida. «La lucha política y la vida forense, observa un notable publicista italiano de nuestro tiempo, tienen numerosos puntos de semejanza, ya que puede estimarse que el debate político no es sino un alegato prolongado, de tal suerte que el jurisconsulto con afición por la vida pública encuentra en ella campo abierto para entregarse a la oratoria y a la dialéctica, y para ejercitar la voz y el arte de los grandes ademanes». (1)

Así, sobresalieron por su elocuencia, en el foro y en el Congreso, en la segunda mitad del siglo, los oradores antedichos, con excepción del presbítero Taforó, que no fué abogado; y, además, don Alvaro Covarrubias, don Alejandro Reyes, don Domingo Santa María, don Eugenio Vergara, don Ambrosio Montt, don Aniceto Vergara Ai-

(1) MICHELS, *Los partidos políticos*. Edición Flammarion de 1914. Pág. 143. París.

bano, don Jovino Novoa, don Joaquín Blest Gana, don Jorge Huneeus, don Luis Aldunate, don Miguel Cruchaga, don Eulogio Altamirano, don Marcial Martínez, don Julio Zegers, y otros que aun viven, de los cuales no sería lícito omitir los nombres de don Vicente Reyes, don Abdón Cifuentes, don Abraham König y don Enrique Mac-Iver (1).

El régimen de dictadura política e intervención electoral que dominó en el gobierno de don Manuel Montt, no fué favorable a las luchas parlamentarias ni abrió las puertas del Congreso a los jóvenes de carácter independiente.

En el segundo quinquenio de aquella administración, consiguieron, sin embargo, asientos en la Cámara de Diputados algunos oposicionistas de verdadero mérito.

Fuera de Lastarria, que era ya jefe de un partido, entraron al Congreso de 1858 don Manuel Antonio Matta, el cual también había sido diputado en el período anterior; don Domingo Santa María; don Alvaro Covarrubias; don Alejandro Reyes; y don Angel Custodio Gallo.

Matta (2) fué uno de los estadistas que desde un sillón del Parlamento, gracias a su honradez de convicciones, a su desinterés, a su energía y tenacidad de carácter y al espíritu liberal de sus doctrinas, han influído con mayor eficacia en el adelanto de nuestra sociedad.

Educado en el Instituto Nacional y alumno de don An-

---

(1) De estos oradores, se han publicado últimamente los discursos parlamentarios del señor Cifuentes, y hace algunos años empezó a darse a luz una colección de los de don Enrique Mac-Iver.

(2) *Manuel Antonio Matta y Goyenechea.* (Copiapó, 1826; † 1892, Santiago). Consúltese la obra de los ARTEAGA ALEMPARTE. *Los Constituyentes de 1870.*

drés Bello, fué enviado a Europa por su padre a fin de que perfeccionara sus conocimientos.

De regreso al país, en 1848, don Manuel Antonio Matta era uno de los jóvenes de instrucción más sólida y de inteligencia más aventajada de nuestra sociedad.

Luego empezó a darse a conocer en las revistas literarias de Santiago, donde publicó sus primeras poesías. Matta ha traducido en verso castellano el *Guillermo Tell* de Schiller y el *Fausto* de Goethe. A pesar de su rara dedicación al cultivo de las letras, no sobresalió ni como prosador ni como poeta.

Toca ahora juzgarle como orador. «No son acaso, escribe Arteaga Alemparte, sus grandes discursos, cuya materia ha tenido tiempo de elaborar despacio, sus discursos mejores. Cuando habla tranquilamente desarrollando una serie de ideas meditadas de antemano, su palabra es lenta, su tono seco y golpeado, su elocución complicada, vaga, falta de animación y transparencia. Pero, cuando habla bajo las impresiones del momento, cuando se siente sacudido por el entusiasmo de una gran convicción, por el sentimiento de un gran deber, o por el estallido de una indignación profunda, su voz adquiere entonaciones expresivas, vibraciones poderosas; su palabra fluye ligera de los labios; su fisonomía, severa y reservada, se ilumina; su frase, dócil al pensamiento, se concentra, se aguza, se enciende, brilla, relampaguea, se hace espada y antorcha. Entonces no es posible oirle sin sentirse conmovido».

«Si sus pulmones se lo hubieran permitido (1), afirma Torres en su libro sobre los oradores de nuestro país, habría sido el orador más notable de la Cámara de Diputa-

(1) El señor Matta sufría de una enfermedad grave.

dos del 58. Claro, preciso, terminante, siempre ataca de frente; y, fuerte por su patriotismo, por sus intenciones puras, por su conciencia sana, no huye jamás el cuerpo a los golpes del contrario. Tiene Matta una presencia que impone, y en su ancha frente cree uno ver pintados el atrevimiento de sus ideas y la independencia de su carácter: su voz es llena, y, cuando habla impresionado, toma un tono acentuado y solemne que hace parar la atención; sus maneras son suaves; su aire, despreciativo; y no guarda apostura parlamentaria. Ve irritarse a sus adversarios sin inmutarse; deja que lo estrechen, que lo aprisionen, sin dar muestra de temor ni de impaciencia; escucha las bravatas y amenazas con sonrisa de desdén, y, cuando le toca su turno, se alza tranquilo, al parecer indiferente, y ataca en globo, y suelta verdades amargas y frases punzantes, que van a herir en derechura a los que anduvieron bruscos o descomedidos en sus ataques.»

Matta fundó el partido radical, que ha sido la vanguardia del liberalismo doctrinario; y dirigió personalmente sus huestes, al principio escasas, más tarde abundantes y poderosas, como verdadero dictador, hasta la hora misma de su muerte, en el Senado y en la Cámara Joven, en el Club y en la plaza pública.

Don Manuel Antonio Matta y don Domingo Santa María (1) fueron siempre liberales de fila; pero entre ambos hubo diferencias profundas. El primero se manifestó siempre inflexible en la doctrina, y ajustó todos sus actos a la rigidez de sus principios. El segundo no temía, cuando

---

(1) *Domingo Santa María y González.* (Santiago, 1825; †1889, Santiago). Consúltense *Los Constituyentes de 1870.*

era necesario, hacer transacciones y amoldarse a las conveniencias del momento.

Matta dió más pruebas positivas de valor en la oposición que en el gobierno. Santa María, a quien acusan de infecundo en su larga carrera de oposicionista, realizó en su presidencia grandes reformas legales y sociales.

Santa María era más político que Matta, y más orador que él.

«Su voz, dice don Justo Arteaga Alemparte en el retrato de Santa María, es sonora, firme, ardiente; sus ojos tienen llamas, y sus labios, chispas. Encuentra caricias que seducen, desdenes que abruman, emociones que se trasmiten. Tiene el ademán, la presencia, que son en la tribuna lo que el colorido en el cuadro.»

Don Domingo Santa María, como el filósofo francés Rousseau, entusiasmaba a sus oyentes, a cualquier sexo o condición social que pertenecieran.

Poseía los secretos de la pluma y la magia de la elocuencia.

En los congresos de la administración de Pérez los oradores se cuentan por centenares: esas asambleas, en que prevaleció una completa libertad de palabra, fueron fecunda escuela de elocuencia. Los jóvenes que ellas formaron dieron lustre a los gobiernos de Errázuriz Zañartu, Pinto, Santa María y Balmaceda.

Pocos nuevos oradores notables se distinguieron en los parlamentos posteriores al de 1870.

Como sería difícil mencionar de una manera especial a todos los diputados que sobresalieron en los congresos de 1864, de 1867 y de 1870, la reseña que se va a leer sólo contendrá diez nombres.

Don Ambrosio Montt (1), el redactor de *El Mercurio* de Valparaíso en 1852, empezó su carrera parlamentaria en 1861; y durante veinte años perteneció sin interrupción a la Cámara de Diputados. Es uno de los oradores que más honran a nuestro Parlamento.

«En la tribuna parlamentaria, escribe don Domingo Arteaga Alemparte, el señor Montt conserva todas sus ventajas de escritor. Su elocución es como su estilo; sus discursos revelan, como sus escritos, al artista de la palabra, al acendrado literato, al hombre de ingenio.

«Posee, además, como orador, una figura agradable y una voz, si bien poco poderosa, abundante de entonaciones eufónicas, de énfasis oportunas, que dan realce a la intención del pensamiento.

«Pero, su elocuencia profundamente artística, literaria, ingeniosa, carece de ímpetu, de fuerza avasalladora: carece de ese poder de persuación que sólo alcanza la espontaneidad de una convicción un tanto agreste y selvática. Su argumentación no es rápida, ni apremiante, ni decisiva. Su palabra suele desviarse del camino real de la cuestión, persiguiendo alguna mariposa de brillantes colores, alguna alusión picante, algún rasgo satírico, alguna ironía. No busca la expresión más exacta, sino la expresión de más efecto. No sigue el camino más recto y de consiguiente más corto, sino el más florido.»

Antes que entre los oradores parlamentarios debería tal vez colocarse a Montt entre los académicos. Tenía, por lo demás, una abundancia y una facilidad de expresión

---

(1) *Ambrosio Montt y Luco.* (Santiago, 1830; †1899, Valparaíso). *Diccionario,* de FIGUEROA; *Los Constituyentes de 1870.*

extraordinarias. Algunos de sus discursos duraron varias sesiones.

No fué el único diputado que ocupó la tribuna por varios días seguidos. Las Cámaras de entonces ofrecían el curioso espectáculo de academias, que deliberaban sin plazo fijo.

Y la concurrencia que presenciaba los debates, y la prensa que un día después comentaba los discursos, aplaudían de buen grado estos abusos cuando los culpables eran oradores de nota.

Don Ambrosio Montt no sólo se distinguió en el Congreso, sino en los Tribunales de Justicia, como fiscal de la Corte Suprema, y en la diplomacia.

Sus obras constan de cuatro volúmenes: *Ensayo sobre el Gobierno en Europa* (1859), *Discursos y Escritos Políticos* (1879), y *Dictámenes Fiscales* (tomo I, *materias diplomáticas*, 1894; tomo II, *materias judiciales y administrativas*, 1895).

Don Manuel José Irarrázaval (1) recibió su primera educación entre nosotros; pero la completó en Estados Unidos y en Europa.

Regresó a la patria cuando ya era mayor de edad. Su cuantiosa fortuna le permitió realizar más tarde nuevos viajes a los países más adelantados del Mundo, y en ellos estudió con detenimiento las reformas que, a su juicio, convenía introducir en Chile.

Fué diputado durante más de veinte años, y senador de la República en varios períodos.

Su alta posición social, la vasta cultura que había ad-

---

(1) *Manuel José Irarrázaval y Larraín.* (Santiago, 1835; † 1896, Nueva York). *Diccionario* de FIGUEROA. *Los constituyentes de 1870.*

quirido en Estados Unidos y en Europa, y decidida consagración a los asuntos de interés público, justifican su nombramiento de jefe del partido conservador.

Irarrázaval no tenía el dón de la elocuencia: se expresaba con dificultad; dejaba oir siempre una voz desapacible; y llevaba de ordinario a los debates largos discursos escritos.

Influyó, sin embargo, de una manera decisiva en importantes reformas constitucionales. En gran parte, débense a la iniciativa y tenacidad de Irarrázaval la aplicación del voto acumulativo en las elecciones políticas y el ensanche de atribuciones de que hoy gozan los municipios.

Estos antecedentes explican que Irarrázaval sea recordado entre los miembros del Congreso que marcan profunda huella en nuestros debates parlamentarios (1).

Al mismo tiempo que grandes periodistas, los hermanos Arteaga Alemparte fueron oradores de primera línea.

Sus discursos eran aplaudidos con entusiasmo; y sus opiniones merecían siempre el beneplácito de los jóvenes más avanzados de la Cámara.

Don Justo hablaba como escribía; fingido y cortante, sus frases, demasiado breves, no conseguían siempre desenvolver el raciocinio con la necesaria amplitud. Estos defectos perjudicaban a su oratoria.

Don Domingo empleaba un estilo mucho más natural y elegante. Se distinguía por la corrección del lenguaje; y tenía mayor valimiento que don Justo entre sus colegas del Congreso, sobre todo cuando discurría en materias económicas.

---

(1) Una colección de sus discursos parlamentarios fué publicada en Santiago por los años 1892 y 1893.

El prestigio de ambos nacía de la sinceridad de sus ideas y del liberalismo de sus doctrinas. No sentían temor a las preocupaciones, y se complacían en desafiarlas.

La autoridad de don Domingo llegó a ser tan sólida que sus amigos pensaron en 1871 en llevarle a la presidencia de la República.

Don Pedro León Gallo (1) fué un héroe de la libertad.

Después de haber hecho buenos estudios de humanidades en los colegios de Santiago, cultivó la poesía con mediano éxito. Tenía un alma lírica y soñadora.

Cuando en las postrimerías del gobierno de Montt estalló la revolución de Copiapó, tomó la dirección de ella; gastó una fortuna en mantenerla, y sufrió con entereza la derrota de su causa.

Partió, entonces, desterrado a Europa, y no pudo regresar a Chile sino durante el gobierno de don José Joaquín Pérez.

Copiapó le eligió diputado en varios períodos. Murió de senador por Atacama, en 1877.

Perteneció a la avanzada del partido radical.

«El señor Gallo, escribía en 1870 don Domingo Arteaga Alemparte, no es un orador parlamentario, aunque ha pronunciado más de un discurso interesante, y suele tener arranques felices.

«En aquel carácter, lleno al mismo tiempo de impetuosidad y de modestia, inflexible, tenaz, propenso a los estallidos de la indignación y de la cólera, hay una temperatura a veces demasiado alta, a veces demasiado baja para la libre respiración de la elocuencia del parlamento.

---

(1) *Pedro León Gallo y Goyenechea.* (Copiapó, 1830; † 1877, Santiago). *Los constituyentes de 1870.*

Cuando habla sin ser agitado por un sentimiento vivo, su palabra es pálida, poco segura, sin rapidez ni encademiento. Cuando, por el contrario, siente el estímulo de la pasión, su espíritu se exalta fácilmente, su voz se hace trueno, su palabra quema y devasta, su discurso se convierte en deshecha tormenta.»

Don Guillermo Matta, el primero entre los poetas de nuestro país, perteneció al Congreso por largos años.

Elegido miembro de la Cámara Joven, en 1870, fué reelegido varias veces. Murió de senador de la República.

Antes de iniciarse en el Parlamento, había manifestado relevantes dotes de elocuencia en los comicios. En el Congreso intervino en grandes debates.

Don Domingo Arteaga Alemparte define así su oratoria:

«Hablando al aire libre, en reuniones numerosas, que no pedían ni necesitaban ser convencidas, sino retempladas en un sentimiento palpitante, el señor Matta ha cosechado hermosos laureles. Sabe manejar magistralmente el lenguaje de las imágenes y la dialéctica de la pasión y del entusiasmo.

«Pero el entusiasmo, la pasión, las imágenes entran por muy poco en la elocuencia política. Es otra su forma otra su esencia. Requiere cierta paciencia de hormiga, cierta lenta resignación de buey, cierto roce frecuente con el mundo infinitamente pequeño e infinitamente interesante de la realidad; condiciones todas con que no puede avenirse bien la naturaleza profundamente poética del señor Matta.»

Don Isidoro Errázuriz ha sido uno de los grandes oradores de Chile, tanto en las asambleas populares, como

en el Congreso, al cual perteneció durante varios períodos.

«Poseía singularmente, observa don Pedro N. Cruz, el difícil arte de parecer siempre espontáneo, aun cuando hubiera preparado con pausa los discursos. Nada hay en ellos de retórica, no tienen golpes sabiamente preparados, no anuncian ni manifiestan las líneas de un plan desarrollado con estudio, orden y método. Es siempre vivo, rápido, como si obedeciera a un impulso inmediato, con encantadoras apariencias de sinceridad y de franqueza.»

Don Domingo Arteaga Alemparte juzga que en Errázuriz «las grandes horas de orador político se cuentan por sus discursos pronunciados en reuniones populares. Con una voz de vibraciones poderosas y gratas, de rara unción y energía, sus acentos se levantan siempre con la certidumbre de comunicar a su auditorio los sentimientos que a él mismo le agitan. Su elocución fácil, abundante, engalanada con todos los atavíos de una rica fantasía, tiene magia e imperio, gracia y magestad».

En el mismo año de 1870, en que Errázuriz empezó la carrera parlamentaria, también por primera vez ocupaba un sillón en la Cámara su colega de periodismo, don Zorobabel Rodríguez.

En la prensa, este último fué superior a aquél, porque defendió con mayor autoridad, con más estudio y constancia los intereses políticos de su partido; pero en los sillones del Parlamento fué muy inferior a Errázuriz.

El juicio de Arteaga Alemparte sobre la oratoria de Errázuriz lleva por fecha la de 1870. Posteriormente, el gran tribuno desplegó en cien debates, ante sus colegas deslumbrados y en presencia de numeroso público, una elocuencia no igualada antes por nadie.

Los discursos de Rodríguez fueron escuchados siempre con atención y contestados sin demora. Su palabra jamás cayó en el vacío. Rodríguez era una personalidad cuyas opiniones debían tomarse en cuenta. Por desgracia, «su voz era apagada y desapacible, su tono lento y monótono, su expresión sin relieve ni viveza» (1).

Fué un orador distinguido por la solidez de los argumentos, nó por el brillo de la elocuencia.

Don José Manuel Balmaceda (2), después de haber figurado entre los conservadores, convirtióse al liberalismo, cuando aun no había llegado a la madurez.

Perteneció al Club de la Reforma, y en él se formó para la vida parlamentaria.

Desde 1870, en que ocupó un asiento en la Cámara Joven, hasta 1886, en que fué exaltado a la Presidencia de la República, ejerció el cargo de diputado sin otra interrupción que la de su viaje diplomático a Buenos Aires.

De un patriotismo sin tacha, y dominado por altos ideales políticos, tuvo en el Congreso lucidísima carrera.

«Sus discursos, se lee en la obra de los Arteaga Alemparte, permiten predecir que cosechará en la tribuna parlamentaria tan hermosos laureles como los recogidos en la conferencia y en el *meeting* si modifica algunas condiciones de su elocuencia.

«Su palabra incurre premeditadamente en ciertas frases sonoras y rotundas, en ciertas amplificaciones grandilocuentes, en ciertas pompas declamatorias. Esa elocución suele ser de excelente efecto en el *meeting;* pero en el

---

(1) Domingo Arteaga Alemparte, *Los constituyentes de 1870.*

(2) *José Manuel Balmaceda y Fernández* (Santiago, 1840; † 1891, Santiago.) *Los constituyentes de 1870.*

Parlamento daña a la precisión de la idea, a la claridad de la argumentación. Arropando demasiado el pensamiento, le quita esbeltez y soltura. La oratoria parlamentaria se siente más libre y llega más pronto a su objeto, vestida de ligeras muselinas, que no de terciopelo y cachemira.

«El señor Balmaceda puede disminuir sin peligro el lujo de las vestiduras de su elocuencia, bastante hermosa por sí misma. Su dialéctica es firme, la disposición de sus discursos generalmente feliz, su punto de vista elevado.

«A esas dotes junta una voz clara, insinuante, persuasiva, rica de entonaciones. Hay energía en su apostura, y la sangre que falta a su semblante pálido y rubio, está bien suplida por los nervios, esa sangre del alma. Su voz y su fisonomía se agitan con frecuencia a impulsos de la pasión, y cuando la pasión se adormece, recobran cierta dulce gravedad que le es habitual, y en que se refleja la moderación y afabilidad de su carácter.»

Balmaceda conservó hasta el fin estas buenas y malas cualidades de orador; pero, a pesar de sus defectos, llegó a ser una de las estrellas del Congreso.

Don Carlos Walker Martínez (1), por último, dió a conocer en las luchas parlamentarias dotes tribunicias de gran mérito.

Educado en el colegio de San Ignacio de Santiago, continuó sus estudios de leyes en la Universidad. Recibióse de abogado en 1866.

Su padre era un industrial inglés, de espíritu positivo; pero su madre, la señora chilena doña Mercedes Martínez,

---

(1) *Carlos Walker Martínez* (Valparaíso, 1841; † 1905, Santiago.) *Diccionario* de Figueroa; *Don Carlos Walker Martínez* por Pedro N. Cruz; y *Los Constituyentes de 1870.*

le inspiró desde temprano gran entusiasmo por las obras poéticas. Uno de los libros que recrearon la primera época de su juventud fué *La Araucana* de Ercilla.

La inspiración del poema se armonizaba completamente con el carácter del estudiante. En los *Romances Americanos*, que él publicó en 1871, hay reminiscencias del egregio vate español.

Los versos de Walker Martínez no descubren un estro poderoso, y, por desgracia, se hallan compuestos con censurable desaliño. Era un improvisador, que no limaba sus composiciones.

Dió a la estampa varios volúmenes, en prosa y verso; pero ninguno de ellos habría bastado para darle renombre.

En su obra teatral *Manuel Rodríguez*, don Domingo Arteaga Alemparte «encuentra el gérmen de verdaderas aptitudes para la poesía y el arte dramático». Walker Martínez no escribió ninguna otra pieza de este género.

La *Historia de la Administración Santa María* no corresponde al título, por el espíritu de parcialidad con que fué compuesta y por la deficiencia de las informaciones. Es una obra de circunstancias, de carácter político.

En cambio, Walker Martínez se colocó en primera fila entre sus correligionarios, por la valentía de sus opiniones, la abnegación de su conducta y la lealtad de toda su vida.

La actitud que observó en el Congreso, tanto en la Cámara de Diputados como en el Senado, le dió tanto prestigio que no hubo vacilaciones dentro de su partido para designarle jefe después de la muerte de don Manuel José Irarrázaval.

La oratoria de Walker Martínez no tenía variedad. En

su voz había falta de armonía; sus expresiones a menudo eran violentas; le faltaba calma para desenvolver sus raciocinios.

Estos mismos defectos le sirvieron, sin embargo, en ocasiones solemnes, en las cuales causó notable impresión en la asamblea.

En el último período de su carrera, perteneció al gobierno como Ministro del despacho; y supo ser conciliador y justiciero.

Había sido además un buen representante diplomático de Chile en la República de Bolivia.

La oratoria sagrada no ha progresado entre nosotros en la misma proporción que la parlamentaria y la forense.

Las causas son varias; pero, entre ellas, sobresalen tres. Primeramente, el número de personas instruídas que se consagran a este género literario es reducidísimo. En seguida, de ordinario, el auditorio, ante el cual se presenta el orador sagrado, está compuesto de personas poco idóneas para juzgarlo desde un punto de vista artístico, y muy prevenidas en su favor; circunstancias que no contribuyen, por cierto, a estimular el celo necesario para que los sacerdotes se perfeccionen en el uso de la palabra. Y, por fin, siendo idénticos los temas de estos discursos en todo el orbe cristiano, no escasean modelos de primer orden que imitar; por lo cual resulta que son muy raros en nuestro país los sermones y pláticas originales.

En Chile, el modelo más estudiado, a juicio de todos los católicos que en este asunto se ocupan, ha sido Bossuet, el gran obispo de Meaux, y, en general, los oradores sagrados de Francia.

No quiere esto decir que falten en absoluto buenos ora-

dores en los púlpitos chilenos. Nó. Para cerciorarse de lo contrario, basta leer el grueso volumen dedicado a ellos por el prebendado don Manuel Antonio Román; volumen que figura con el número 10 en la *Biblioteca de Escritores de Chile.*

Los nombres de Monseñor Eizaguirre, de Larraín Gandarillas, de Taforó, de Muñoz Donoso, y de don Mariano Casanova, honran la cátedra sagrada de nuestra Iglesia Nacional.

Algunos de estos sacerdotes poseyeron notables condiciones de elocuencia; y otros, que carecían de buena voz o de estilo adecuado, conmovían a los fieles por la unción y sinceridad de sus palabras.

El género didáctico tampoco se distingue en Chile por el número de sus cultivadores.

En países nuevos, los maestros prefieren, como es natural, traducir o adaptar los libros de enseñanza compuestos en otras naciones más adelantadas. Muy pocos libros chilenos forman excepción a esta regla.

Hay, sin embargo, una categoría de obras que son necesarias en toda sociedad culta, y a cuya composición deben consagrarse los escritores nacionales, por cuanto los temas de que tratan son propios de cada pueblo. Rara vez los gobiernos comisionan a autores extranjeros para redactarlas; salvo cuando son obras científicas o de alta jurisprudencia.

Chile ofrece varios ejemplos de esta última clase: el de don Andrés Bello, redactor del Código Civil; el de don Gabriel Ocampo, redactor del Código de Comercio; el de don Claudio Gay, cuya sabia pluma compuso una importante *Historia Física y Política de Chile*; el de don Ignacio Domeyko, autor de *La Araucanía y sus habitantes*, y de

numerosas memorias sobre las riquezas minerales de nuestro país; el de don Rodulfo Amando Philippi, el cual, fuera de otros trabajos, publicó un *Viaje al desierto de Atacama* y *Los fósiles terciarios y cuartarios de Chile*; el de don Amado Pissis, que fué comisionado para estudiar la *Geografía Física de Chile;* y, por último, el de otros sabios, no menos distinguidos, que aun viven.

En cambio, los asuntos relativos a la historia o a las instituciones patrias fueron siempre de la exclusiva competencia de escritores chilenos.

A más de los libros ya citados en este *Bosquejo*, son dignas de especial mención las obras didácticas que siguen:

Apuntes sobre la Geografía Física y Política de Chile, por don Pedro Lucio Cuadra. Año 1868.

Higiene y Asistencia Pública en Chile, por don Adolfo Murillo. Año 1889.

Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, por don Carlos Morla Vicuña. Año 1903.

Historia de Chile para las escuelas primarias, por don Francisco Valdés Vergara. Año 1897.

Organización de Escuelas Normales, por don Abelardo Núñez. Año 1883.

Reseña histórica de la enseñanza de la lectura en Chile (siglos XVI-XIX), por don Manuel Antonio Ponce. Año 1905.

Instituciones de Derecho Cánónico americano, por don Justo Donoso. Año 1848.

Derecho Público Eclesiástico, por don Rafael Fernández Concha. Año 1872.

Del hombre en el orden sicológico, en el religioso y en el social, por el mismo autor. Año 1900.

Exposición razonada y estudio comparativo del Código Civil chileno, por don Jacinto Chacón. Año 1881.

La porción conyugal según el Derecho Civil chileno, por don Clemente Fabres. Año 1882.

Derecho Internacional Privado, por el mismo autor. Año 1892.

Prontuario de los juicios, por don José Bernardo Lira. Años 1866-1869.

La ley de organización y atribuciones de los Tribunales de Chile, por don Manuel Egidio Ballesteros. Año 1890.

Comentarios sobre la Constitución Política de Chile de 1833, por don Manuel Carrasco Albano. Año 1858.

La Constitución ante el Congreso, por don Jorge Huneeus Zegers. Año 1879 (1).

La crítica literaria está estrechamente unida al género didáctico, como que se la considera una rama de él.

Por desgracia, con excepción de los maestros, que, consagrados a la tarea de enseñar en establecimientos públicos o particulares, por su cargo mismo, tienen obligación de dar juicio ante sus alumnos sobre los libros de texto, no se han conocido en Chile durante el siglo que acaba de concluir críticos de carrera.

El cultivo de las letras entre nosotros era limitado; y los periódicos no podían darse el lujo de pagar un redactor especial con tal objeto.

---

(1) En nuestros días, se han publicado algunas obras didácticas de gran mérito. En la dificultad de enumerarlas todas, conviene recordar las de don Valentín Letelier: *La evolución de la Historia, Filosofía de la Educación* y *Jénesis del Estado y de sus instituciones fundamentales;* y la de don Alcibíades Roldán, *Elementos de Derecho Constitucional de Chile.*

Don Andrés Bello, don José Victorino Lastarria y don Diego Barros Arana publicaron en su larga vida de literatos y profesores algunos dictámenes o críticas, de ordinario benévolos, sobre los libros de historia o amena literatura que llamaban su atención, ya estuvieran impresos en Chile, ya hubieran sido dados a la estampa fuera del país. Ninguno de los tres, sin embargo, aspiró a alcanzar en América la nombradía de los críticos europeos.

Los hermanos Amunátegui compusieron, en su juventud, como se ha visto, el libro que lleva por título: *Juicio crítico de algunos poetas sudamericanos;* y don Adolfo Valderrama presentó a la Universidad, en 1866, con el carácter de memoria, su *Bosquejo histórico de la poesía chilena.* Las mencionadas obras tampoco constituían prueba suficiente de que sus autores deseaban consagrarse a la crítica literaria. En efecto, sólo por excepción volvieron a escribir artículos de este género.

Deben asimismo calificarse de críticas los numerosos informes que, en la segunda mitad del siglo, con motivo de los certámenes abiertos en las academias o sociedades literarias, fueron compuestos por los miembros de los respectivos jurados.

En las diferentes revistas o periódicos que tenían por fin el de fomentar las letras, aparecen también no pocos juicios sobre las obras de verso o prosa que sucesivamente se publicaban en nuestra sociedad.

Esto fué todo, o casi todo.

Hubo, sin embargo, otra especie de crítica, principalmente acogida en los diarios conservadores, cuyo objeto, hasta cierto punto disfrazado, era político, ya que se ocupaba especialmente en atacar los libros o trabajos de autores liberales,

Era una crítica desapiadada. Los zoilos que la mantenían veían sólo los defectos. Sobre todo, buscaban con lente los errores gramaticales escapados al joven principiante o al experto literato.

Como se comprende, tales censuras no contribuyeron a despertar gran entusiasmo por el cultivo de las letras.

XV

El romanticismo en Chile.—Don Andrés Bello manifiesta su entusiasmo por Víctor Hugo, por Lord Byron y por Dumas.—La mayoría de nuestros poetas se inspiran en la escuela romántica.—Don Hermógenes Irisarri.—Don Eusebio Lillo.—Don Guillermo Blest Gana.

La evolución romántica se hallaba en toda su fuerza a fines del gobierno de la Restauración en la literatura francesa, y pocos años más tarde en la española.

No debía trascurrir mucho tiempo sin que estas novedades llegaran a la América del Sur y a las costas de Chile.

En 1839, don Andrés Bello, quién, como se ha visto, ejercía verdadera dominación sobre la juventud estudiosa de nuestro país, tradujo, e hizo representar, el drama *Teresa* de Alejandro Dumas.

El distinguido literato español don Rafael Minvielle, que en esa fecha ya residía entre nosotros, había traducido en Buenos Aires, y dió a conocer en Chile, *Hernani* de Víctor Hugo y *Antony* del mismo Dumas.

El señor Minvielle debía trasladar en Santiago al idioma castellano algunas otras piezas del teatro romántico, como, por ejemplo, *Las mujeres de mármol*, de Teodoro Barrière.

Entretanto, don José Victorino Lastarria había adaptado en 1840 a los gustos del público chileno *El Proscripto*, de Federico Soulié; y don Santiago Urzúa, al año siguiente, había traducido el *Pablo Jones* de Alejandro Dumas.

Este último autor y Víctor Hugo fueron, sin duda, los dramaturgos favoritos de nuestra sociedad culta.

Don Juan Bello, el tercero de los hijos varones de don Andrés, proporcionó al teatro de la época excelentes versiones de dos nuevos dramas, *Lorencino o la libertad de Florencia*, y *El Alquimista*, también de Dumas.

Subieron asimismo a las tablas en Santiago algunas otras piezas de este renombrado escritor, traducidas fuera de Chile.

El primer drama de Víctor Hugo que se representó entre nosotros fué *Angelo, tirano de Padua*, en el mes de Septiembre de 1841. Aunque la obra causó escándalo entre los devotos de la capital, aumentó poderosamente el prestigio del primer poeta de Francia.

Entre los dramas románticos españoles, se ejecutaron entonces *Macías* de Larra, *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch, *El Trovador* y *El Paje*, de García Gutiérrez.

Don Andrés Bello fué la principal autoridad que, entre los años 1840 y 1850, contribuyó a acreditar no sólo a los autores sino también los principios fundamentales del romanticismo europeo.

Sus artículos de crítica y sus traducciones de Víctor Hugo arraigaron sólidamente la nueva escuela.

Bello tradujo, o imitó, en verso castellano, las siguientes composiciones líricas del gran poeta francés: *Las fantasmas* (1841), *A Olimpio* (1842), *Los duendes* (1843), *La oración por todos* (1843), *Moisés salvado de las aguas* (1844).

Digno es también de recordarse su artículo sobre los *Romances Históricos* del duque de Rivas, publicado en *El Araucano*, en 1842; y su traducción poética, de 1850, de un largo trozo del *Sardanapalo* de Byron.

Ejerció, al mismo tiempo, poderosa influencia en el alma de los poetas chilenos la lectura de los inspirados versos de Zorrilla y Espronceda.

Los cantos del primero de ellos fueron reimpresos en Santiago en 1844.

Un decenio más tarde, don Guillermo Matta, joven entonces de veinticinco años, publicó por su cuenta un libro que contenía varias de las mejores composiciones de Espronceda, y la continuación del *Diablo Mundo* por Miguel de los Santos Alvarez.

La lira española embriagaba con sus armonías a la juventud de ambos sexos.

Tan hondamente penetró el romanticismo en las letras chilenas que, es lícito afirmar, nuestra poesía lírica se inspiró en él por espacio de medio siglo: desde Irisarri, que colaboró en *El Semanario* de 1842, hasta Garriga, muerto prematuramente en 1893.

Del brillante grupo de jóvenes vates que escribieron en la *Revista de Santiago*, fundada en 1848 por Lastarria, cuatro sobresalen y concluyen por imponerse en la opinión de las personas cultas: Irisarri, Lillo, Blest Gana y don Guillermo Matta.

Empezó entonces la edad de oro de nuestra producción poética. Unidos por los lazos de la amistad y del amor a

las letras se iniciaron, puede decirse, en aquella Revista esos cuatro brillantes ingenios.

Todos ellos pertenecían a la escuela romántica.

Irisarri, el cual sumaba algunos años más que sus compañeros, y Lillo, cuya precocidad fué proverbial, habían publicado las primicias de su lira en diarios y revistas anteriores a la de *Santiago;* pero, exceptuando la *Canción Nacional,* debida al segundo, tales composiciones son de escaso valor, y sólo merecen recordación para seguir el desarrollo artístico de sus autores.

Irisarri (1), como ya se dijo, colaboró en *El Semanario de Santiago.* Publicó, además, algunas composiciones en *El Crepúsculo,* aquel periódico que en 1843 sirvió de órgano a la Sociedad Literaria de Lastarria.

Sus dos poesías insertas en *El Semanario* revelan, sin lugar a duda, cuál era la musa que le guiaba.

A una Mujer es la primera de ellas. Refiere la eterna y tristísima historia de una hermosa doncella seducida y abandonada.

El autor se hallaba entonces bajo la avasalladora influencia de Espronceda.

La estrofa que sigue parece desprendida del *Canto a Teresa*:

Y tú, paloma incauta, enamorada,
¿Qué harás de tu existencia desgraciada,

---

(1) *Hermógenes Irisarri y Trucios* (Santiago, 1819; † 1886, Santiago). *Diccionario, de* FIGUEROA; VALDERRAMA, *Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena;* TORRES CAICEDO, *Ensayos,* primera serie, tomo II.

Dime, qué harás con tu infeliz pasión?
Llegas, tal vez, a un claustro, y dolorida
En él consumes tu agitada vida,
Entre el cilicio, ayunos y oración.
Y allí suplicas, con ferviente anhelo,
Que plegue concederte al almo cielo,
De tu acerbo penar el galardón.
Y, en tus ruegos tal vez envuelto, un nombre
Sube a implorar del cielo, para el hombre
Que te perdió en el mundo, su perdón.

La segunda composición de *El Semanario* termina con una estrofa de don José Zorrilla.

Evidentemente, Irisarri aprendió métrica en los versos de los dos líricos nombrados, quienes al mismo tiempo le comunicaban su armonía celestial y el atrevido vuelo de su imaginación.

Irisarri no sólo imitó a los poetas españoles: tomó, además, como modelos a los románticos franceses e italianos. De preferencia leía a Víctor Hugo y a Alfredo de Vigny, y vertía al castellano algunos de sus mejores cantos.

«Muy conocedor del italiano y de la literatura italiana, hablando el francés con una sorprendente maestría, escribe Valderrama en su *Bosquejo Histórico*, natural era que tratara de trasladar a nuestro idioma algunas de las producciones poéticas de la patria del Dante y de la tierra de Voltaire.»

En estas traducciones o imitaciones, Irisarri manifestó poseer las dotes de un verdadero poeta. Por desgracia, escribió muy pocas composiciones originales.

Además de las de *El Semanario*, de *El Crepúsculo* y de la *Revista de Santiago*, publicó algunas poesías en *El*

Museo, de 1853, en *La Semana* de los Arteaga Alemparte, y, el año anterior a su muerte, en *La Lectura*, de Jover.

Irisarri fué distinguido prosista, y en cierta época de su vida tomó participación en la política. Sus inclinaciones le arrastraban, sin embargo, al sereno campo del estudio y del sentimentalismo.

Uno de sus biógrafos asegura que representó a Chile con carácter diplomático en las repúblicas de Centro América, donde había nacido su padre; y que perteneció durante todo un período parlamentario a la Cámara de Diputados.

Dan espléndidas muestras del talento poético de Irisarri el fragmento y el romance que van a continuación.

El primero fué tomado de *La mujer adúltera* de Alfredo de Vigny.

He aquí el final de la composición. La pecadora, injuriada y golpeada por el pueblo, se ofrece a la vista de Jesús.

Y lloró la infeliz. Pero de pronto:
—«La primer piedra tire
«Quien se halle sin pecado entre vosotros,»
Dijo Jesús; y a un lado
A colocarse fué, volviendo el rostro.
El inconstante pueblo
Comenzó a serenarse, poco a poco;
Y al fin apaciguado
Dejó de ser, como era, numeroso;
Al tiempo que el Maestro,
Inclinándose a tierra, hizo en el polvo,
En idioma ignorado,

Caracteres que un dedo misterioso
En la mansión celeste
Retrazó de los Angeles Custodios...
Jesús, al levantarse,
Miraba a su alredor, y estaba solo.

El romance, «calcado sobre una poesía de Hugo», según lo anota el ilustre crítico neogranadino Torres Caicedo, es un artístico y delicado canto.

Vieja yedra, fresco césped,
Yerbas, arbustos y flores;
Iglesia donde en espíritu
Se mira al Dios de los orbes;
Insectos que en la floresta,
Para dormidos pastores,
Cambiais el sordo murmullo
En arrullantes dicciones;
Vientos, olas, himno extraño,
Coro eterno de mil voces;
Tú que al curioso viajero
Inspiras ¡oh! espeso bosque;
Frutos que de árbol sombrío
Os desgajáis en la noche;
Estrellas que los espacios
Ignotos cruzáis veloces;
Pájaros de alegres trinos;
Olas que os quejáis conformes;
Lagartija que en la grieta
De antiguo muro te escondes;
Llanura que el viento lanzas
Sobre los mares salobres;

Mar donde nace la perla;
Tierra feraz en tus dones;
Naturaleza que tragas
Cuánto les das a los hombres;
Hojas, nidos que del aura
Sentís apenas el roce:
Silencio haced de esa tumba
Sobre el pacífico borde:
¡Dejad al niño que duerma,
Y a su madre que lo llore!

De admirar es que con tan exquisitas cualidades Irisarri nos haya dejado escasísimo caudal poético.

La razón de esta esterilidad tal vez podría encontrarse en su escasa educación literaria y científica.

Hijo de uno de los escritores más talentosos de la América española, como lo fué el guatemalteco don Antonio José de Irisarri, don Hermógenes tuvo la desgracia de nacer cuando su padre, en servicio de la República, se hallaba lejos de Chile.

Volvió al lado de su familia aquel *cristiano errante*, según su propia expresión, en la época de Portales; pero permaneció poco tiempo al amor de la lumbre, pues salió de nuevo en 1837, para no regresar más, en la expedición mandada por Blanco Encalada contra el General Santa Cruz.

Su único hijo varón tuvo, pues, que instruirse sin la dirección de aquel insigne maestro, en tiempos difíciles y atrasados. Si don Hermógenes Irisarri figura entre los literatos chilenos, lo debe a sus distinguidas dotes naturales.

Don Eusebio Lillo (1) tampoco sobresale por su fecundidad; pero sin disputa es más original y abundante que Irisarri.

Por más de un lustro fué alumno del Instituto Nacional; y, aun cuando no se distinguió por su mucha aplicación, ejerció en su ánimo saludable influencia el anhelo de saber que en aquel colegio se observaba entre profesores y discípulos. Si Lillo no aprendía las lecciones, «en cambio, afirma uno de sus biógrafos, leía más que todos sus compañeros, más que todos los alumnos del Instituto Nacional juntos».

Este período de sana preparación intelectual despertó en él temprana e irresistible inclinación poética.

En los bancos mismos del Instituto compuso numerosos trabajos, en verso y prosa: panegíricos en alabanza de los maestros, dramas y novelas.

Uno de sus compañeros de entonces asegura que de ordinario Lillo imitaba servilmente a Zorrilla y a Espronceda. Y así debía de ser. Hasta en las composiciones de su edad provecta pueden señalarse las huellas de ambos, aunque su índole literaria es muy distinta de la de ellos; pues, según lo advierte un agudo crítico contemporáneo (2), «el estilo propio de Lillo es dulce, templado, musical».

De igual suerte que Zorrilla se dió a conocer al mundo en la tumba de Larra, don Eusebio leyó por primera vez

---

(1) *Eusebio Lillo y Robles* (Santiago, 1827; † 1910, Santiago). *Diccionario* de FIGUEROA; *Juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos*, por Miguel Luis y Gregorio Víctor AMUNÁTEGUI; *Bosquejo Histórico* de VALDERRAMA; y *Ensayos Biográficos* de Torres CAICEDO.

(2) Don Francisco Antonio Concha Castillo, en su discurso de incorporación a la Academia Chilena correspondiente de la Española.

en público sus versos en el sepelio del patriota don José Miguel Infante.

Esto sucedió en el día 9 de Abril de 1844, cuando el autor sólo contaba diecisiete años.

Desde esta fecha empezó a publicar composiciones líricas de diverso género, de preferencia en los diarios políticos de la ciudad. Todas ellas descubren la edad del poeta: el estilo es vacilante; graves defectos de fondo y de lenguaje deslustran la mayor parte de las estrofas; y al lado de lindísimos versos aparecen otros lánguidos y prosaicos.

En 1845, insertó en el periódico literario llamado *El Entreacto* una fantasía que llevó por título *El Angel y el Poeta*. Torres Caicedo observa que esta composición hace recordar *La Maja y el Niño* de Zorrilla.

Al año siguiente, dió a luz la introducción de la leyenda *Loco de Amor*, cuyos dos primeros cantos, los únicos que publicó, aparecieron en 1848 en la *Revista de Santiago*. El mismo crítico neogranadino advierte que esos cantos «demuestran bien que el autor ha leído con cuidado *El Estudiante de Salamanca* y *El Diablo Mundo* de Espronceda».

Muy superior a todas las poesías mencionadas fué la que bautizó *El Junco y la Violeta*, impresa en el periódico *El Tiempo*, año de 1846. Es una composición muy sentida, que perfectamente caracteriza el numen poético del autor.

El tema se halla desenvuelto con habilidad. Después de describir las cualidades propias de ambas flores, a las cuales presenta animadas de pasiones humanas, Lillo se complace en comparar sus propias penas con las del junco

y la violeta, y concluye considerándose más desgraciado que las mencionadas flores.

La suavidad y ternura de estos versos justifica el sobrenombre de *poeta de las flores*, con que a menudo fué caracterizado en su tiempo.

«Aun cuando no hubiera publicado ninguna otra poesía, juzga Torres Caicedo, esa sola bastaría para hacerle obtener el hermoso título de poeta.»

A la edad de veinte años, recibió del Gobierno el alto encargo de rehacer la letra del himno nacional de su país.

El Presidente Bulnes y su Ministro del Interior, don Manuel Camilo Vial, encontraron justas las reclamaciones de los españoles residentes en Chile contra los términos ofensivos de la canción que había escrito el doctor Vera cuando aun no terminaba la guerra de la independencia.

Don Eusebio compuso entonces un nuevo himno, con tan feliz éxito que no sólo fué aceptado por las autoridades oficiales, sino que, además, obtuvo el beneplácito de don Andrés Bello.

La canción de Lillo, con el coro compuesto por Vera, y la música del maestro español don Ramón Carnicer, fué definitivamente adoptada por nuestro Gobierno (1).

En esta época desempeñaba un modesto empleo en la Moneda, del cual pasó a otro de superior categoría en la Oficina de Estadística.

A pesar de que Lillo carecía de bienes de fortuna, no trepidó en alistarse en las filas de la oposición tan luego

(1) En 1909, a petición del Presidente de la República, don Pedro Montt, Lillo cambió en la letra del himno algunos vocablos y expresiones impropios: verdaderos tizones olvidados de la sangrienta contienda. Estos cambios aparecen en la edición oficial del *Himno Patrio* dada a la estampa en 1910.

como a fines de la presidencia de Bulnes empezaron las agitaciones políticas.

Esta actitud franca y valiente le hizo perder su destino.

Lillo se alistó en la Sociedad de la Igualdad, de la cual fué jefe Francisco Bilbao, y en el Ejército del General Cruz, derrotado, como se sabe, en la batalla de Loncomilla.

Condenado a muerte, huyó al Perú, donde halló cariñoso asilo.

Muy pronto, sin embargo, pudo regresar a Chile, gracias a la tolerancia del gobierno.

Lillo traía en su cartera una hermosa composición, que publicó en *El Museo* de 1853, con el título de *Fragmentos de los recuerdos de un proscripto.*

Merece leerse el siguiente inspirado trozo, en que rememora el combate librado durante la guerra civil en las riberas del Loncomilla.

Cual en el puro azul del firmamento
Y en el más claro día
La negra tempestad en un momento
Sus alas tiende borrascosa y fría,
Cubriendo con el manto de su sombra
Del limpio cielo la celeste alfombra,
Así en la mente mía,
A sus sueños de patria y de ventura
La realidad sucédese sombría:
Y entonces cruza como nube obscura
Los campos de la vaga fantasía
El penoso recuerdo de esa guerra
Que ensangrentó nuestra querida tierra,

Y a la que dieron pábulo y aliento
Discordia y ambición y odio sangriento.

Aun escuchar sonoro me parece
Del terrible cañón el estampido,
Que el alma del intrépido enaltece;
Y el clamor por los ecos repetido
Con que el chileno anuncia en la pelea
Que el plomo cruza, que la sangre humea...
Aun miro entre la nube
Del humo del cañón que al cielo sube
Al soldado valiente,
Con los labios en pólvora teñidos
Y serena la frente,
Ocupar el lugar de los caídos.

Como impetuosas olas que, agitadas
Por el sañudo viento,
Desde el seno del mar parten airadas
Con ímpetu violento,
Y, amenazando destrucción y muerte,
Se avanzan agrupadas y ligeras
Contra la roca fuerte
Que sirve de guardián a las riberas,
Así miro a los fieros escuadrones
Lanzarse a la pelea, y estrecharse
Con la rabia feroz de la venganza,
Y, en medio del encono y la matanza,
La palma de la lucha disputarse.
Entonces el sereno y claro río,
Que mansamente sus orillas baña,
Abre su lecho frío,

Asila en él a la abatida hueste,
Tiñe sus aguas con matices rojos,
Y con eco sombrío
Arrastra al mar los míseros despojos
Que le confía la sangrienta saña:

....

Y el puro sol que brilla
Sobre los verdes, extendidos llanos
Que baña el Loncomilla,
Al resbalar por la azulada esfera,
Alumbra los cadáveres de hermanos
Muertos lidiando bajo igual bandera.»

En el mismo periódico insertó Lillo sus *Deseos*, que tanta celebridad le dieron y tantas críticas han originado.

El tema se halla muy lejos de tener novedad, ya que desde los poetas clásicos antiguos viene repitiéndose en todas las literaturas; pero no puede negarse que nuestro compatriota fué muy feliz en la versificación de aquellas estrofas, cada una de las cuales es variante de la misma idea.

La lira de Lillo posee muchas cuerdas: de ordinario produce notas suaves y delicadas; no carece, sin embargo, de acentos guerreros; y a las veces suena irónica y jocosa.

De este último género puede citarse *El diputado Orejas*, cuyo estribillo es muy conocido:

Señor Ministro, ¿qué digo aquí?
¿Digo que nó?
¿Digo que sí?

Don Eusebio ha cantado en centenares de versos y en

numerosas composiciones el movimiento revolucionario que en 1810 inició en Chile, y, puede afirmarse, en toda la América Española, la campaña separatista de la madre patria.

Ninguno de sus trabajos sobre el mencionado asunto admite comparación con el que publicó en el diario *La Actualidad* el 18 de Septiembre de 1858. En estos versos no sólo vibran los sentimientos patrióticos, sino también los de animosidad política que entonces despertaba el Gobierno de don Manuel Montt. El poeta se sobrepasó a sí mismo por la energía y elevación de los conceptos.

Las necesidades de la vida obligaron al Tirteo de nuestras glorias nacionales a dejar de nuevo la patria; y, más feliz que otros, después de prolongada ausencia, pudo regresar a su casa con regular fortuna ganada merced a hábiles esfuerzos.

Lillo fué acogido por sus amigos, como era de esperarlo, con los brazos abiertos; y en diferentes ocasiones el Gobierno exigió su colaboración en momentos difíciles para el país. Ejerció los cargos de Ministro de Estado y de senador de la República.

Durante sus últimos años, después de realizar un corto viaje por los principales países europeos, se encerró en la vida privada. La casa de don Eusebio Lillo guardaba valiosa colección de pinturas, nacionales y extranjeras, que había adquirido gracias a su esquisito gusto (1).

A pesar de su resolución de vivir lejos de la política, ella le hizo quebrantar tan firmes propósitos. La nobleza de su alma y la lealtad de su conducta le señalaron en

(1) El señor Lillo legó por testamento estos cuadros al Museo de Bellas Artes.

ocasión solemne como hombre necesario para el manejo de los negocios públicos.

La mejor de sus composiciones de la edad madura fué la que dedicó *Al Imperial*, ese hermoso río que a espléndidas bellezas naturales agrega los fantásticos recuerdos de la ciudad fundada por Pedro de Valdivia. El autor combina el estilo romántico con su inspiración propia de poeta dulce y sentimental.

Como Irisarri, Lillo fué perseguido siempre por los álbum de las damas.

Inspiradas estrofas suyas quedan bajo la guarda cariñosa de la señora Sara del Campo de Montt.

Pues que versos me pides, (~~lo escribió el poeta~~)
Y si he de obedecer a tu mandato,
Es fuerza, bella Sara, que no olvides
Que un eco de vejez es eco ingrato.

Si en un tiempo canté las bellas flores
Que el aura columpiaba en los pensiles,
Y los dulces amores
De las rosadas horas juveniles,
Hoy miro, con dolor, desvanecida
Toda hermosa ilusión; y muy lejana
Atrás dejé la juventud galana
En el largo camino de mi vida.

Nó, las musas no abandonaron jamás al autor de la *Canción Nacional*.

Elocuente prueba de ello ofrece la siguiente estrofa, que estampó en otro álbum, en Julio de 1904, seis años antes de su muerte:

Cuando con lento paso
Hacia el término voy donde se extiende
La niebla misteriosa del ocaso,
Como una luz que grata me sorprende,
Brotan en la memoria adormecida
Recuerdos de otros hombres y otras horas
Que con lumbres de pálidas auroras
Aclaran las penumbras de mi vida.

La nota dominante en las poesías de don Guillermo Blest Gana (1) es triste, quejumbrosa, dolorida. Así se explica que su autor favorito sea Alfredo de Musset.

Como todos los jóvenes de su época, entre los años de 1840 y 1850, se inspiró además en los versos de Zorrilla y Espronceda.

Recórranse con detención sus estrofas tituladas *Amar y ser amado* y *No te olvidarás*, e inmediatamente se comprobará que nacieron de la más pura fuente del romanticismo español.

En 1854, delirante de entusiasmo, Blest Gana dirige este apóstrofe al cantor de Teresa:

Sublime soñador, bardo sombrío,
¡Cuántas veces leyendo tus cantares
Absorto queda el pensamiento mío!
Como en presencia de los vastos mares,
Yo te sigo en tu ardiente desvarío;

(1) GUILLERMO BLEST GANA. (Santiago, 1829; † 1905, Santiago.) *Diccionario* de FIGUEROA; *Juicio Crítico*, de los hermanos AMUNÁTEGUI; *Ensayos Biográficos*, de TORRES CAICEDO; *Bosquejo Histórico*, de VALDERRAMA; *Introducciones* a los tomos 1.º y 2.º de sus *Obras Completas*, de Antonio ORREGO BARROS.

Y, escuchando la voz de tus pesares,
Me olvido de mis propios sinsabores,
Para llorar contigo tus dolores.

Pero estas fueron calenturas de la edad. El arpa de Blest Gana no lanzaba gritos de dolor ni entonaba odas de orgía, como la de Espronceda; sólo sabía llorar en voz baja lágrimas de ternura y de recuerdo.

El alma de Blest Gana era céltica, heredada de su padre, quien había nacido en Irlanda.

Dolorosa enfermedad le obligó, en su primera juventud, a dejar las aulas del Instituto, donde había sido buen alumno; y le llevó a un clima más suave que el de Santiago, en el Norte de Chile.

Este alejamiento de la familia aumentó las tendencias sentimentales de su espíritu.

En el puerto de Coquimbo, donde se estableció por algunos años, distrajo sus ocios leyendo y escribiendo: estudió entonces la obra de Byron, las poesías de Goethe y de Schiller, volvió a deleitarse con los cantos de Espronceda y de Salvador Bermúdez de Castro; y compuso, a su vez, trabajos originales.

En 1848 y 49 había colaborado en la *Revista de Santiago* de don José Victorino Lastarria con su leyenda *La muerte de Lautaro*, cuyo asunto tomó de *La Araucana* de Ercilla, y con otras piezas y fragmentos de menor importancia.

De regreso a la capital, publicó en 1854 un primer tomo de versos, que es el mejor de todos los que llevan su nombre. Este volumen es el más fresco, el más inspirado, un verdadero canasto de hermosas flores, cuyo delicado perfume embriaga.

Lo dedicó a sus hermanos Alberto y Joaquín, con quienes había vivido en grande intimidad y con los cuales debía compartir la gloria literaria de la familia.

Desde las primeras estrofas se revela el carácter propio de la poesía de don Guillermo Blest Gana. Desde las primeras páginas del libro recuerda con lágrimas en los ojos los felices días de la infancia; a su madre, muerta prematuramente; las alegres playas donde él había pasado muchas horas de amor y de desgracia, en tiempo ya lejano.

Hermosísima elegía consagra a su hermana Sara, que abandonó a los suyos cuando aun era niña.

Superior, sin embargo, es el segundo de los cantos que, en el mismo volumen, titula *A María;* mujer preferida de su alma, a los veinte años, antes de partir al Norte.

En otro tiempo acaso (la dice)
Nos hubiera ligado el lazo estrecho
De un puro amor; pero, con raudo paso,
El bello sol que se elevó en mi pecho
Bajó pronto a su ocaso.

Brilló sólo un instante,
Y, al caer desmayado en Occidente,
Dejóme palidez en el semblante,
Hielo en el corazón, y, aquí en la mente,
Duda eterna, incesante.

Joven, sensible y pura,
Tú pudieras hacer que todavía
Brillase un rayo en mi existencia oscura;
¡Pero a tu suerte, bárbaro sería
Unir mi desventura!

Divide tus dolores;
Dame de ellos la parte más amarga:
De la suerte habituado a los rigores,
Para llevar la ponderosa carga,
Mis fuerzas son mayores.

Y, aliviado el quebranto
Que hacia tu pecho tu cabeza inclina,
Verás que hasta el dolor tiene su encanto,
Y que en la tierra todo bien germina
Regado por el llanto.

Los críticos pueden señalar en las estrofas transcriptas algunos lunares; pero nadie negará el inspirado sentimiento que las anima.

Según se ha hecho notar en repetidas ocasiones, Blest Gana revela consumada maestría en el arte de componer sonetos. Entre sus primeros versos, es digno de alabanza el que empieza *Si a veces silencioso y pensativo;* y, de sus últimos cantos, merece figurar entre los mejores de la poesía castellana aquel que termina:

Cuando nada se espera de la vida
Algo debe esperarse de la muerte.

Blest Gana dió a la estampa en 1857 un poema: *La flor de la soledad;* y en 1884, un tercero y último tomo de versos, con el título de *Armonías.*

En sus *Obras Completas,* la cariñosa mano del joven que había sido su amigo y fué su editor agregó dos partes: 1.ª *Sonetos y Fragmentos,* que contiene artísticos versos del anciano poeta y 2.ª *Hojas al Viento,* donde se hallan juntas las primicias de la lira.

Quien seguidamente lea las composiciones de Blest Gana no puede menos de experimentar fatiga. La continua tristeza de otro, aun de alma noble y levantada, causa efectos enervantes.

Pero, si se elige uno sólo de esos cantos, y se estudia con detención, la lectura hará nacer profundos sentimientos de simpatía por el poeta.

Ninguna de sus composiciones caracteriza mejor la inspiración de Blest Gana que aquella en que tradujo, o imitó, *la noche de Diciembre* de Alfredo de Musset.

A causa de la diferencia de estaciones de nuestro hemisferio, Blest Gana bautizó su trabajo *la noche de Mayo.*

Es esta una poesía muy extensa. Juzgue el lector por las siguientes estrofas:

Era una tarde de estío,
Y arrastraba murmurantes
Sus frescas ondas el río
Bajo el pabellon sombrío
De mil árboles gigantes.

Yo me senté a contemplar
Las nubes del firmamento,
Y el horizonte del mar;
Y un misterioso pesar
Acudió a mi pensamiento.

Mi pecho estaba oprimido...
Y, entonces, acongojado,
Un niño a mí parecido,
De negras ropas vestido,
Vino a sentarse a mi lado.

Después, cuando yo contaba
Quince años, un triste día
Que en un bosque me paseaba,
Y algún remedio buscaba
A un mal que no conocía;

Vi pálido y abatido
Un joven acongojado
Que era a mí muy parecido,
De negras ropas vestido,
Bajo de un árbol sentado.

En esa edad encantada
En que se cree en el amor,
En mi estancia, una velada,
Yo con el alma apenada
Lloraba el primer dolor;

Entonces, triste, abatido,
Un joven acongojado,
Que era a mí muy parecido,
De negras ropas vestido,
Vino a sentarse a mi lado.

Y en una noche de orgía,
Entre los brindis livianos,
Siempre con su faz sombría,
Su copa tocó en la mía,
Que quedó rota en mis manos.

Después, la noche de duelo,
En que mi madre expiró,

Y en mi amargo desconsuelo,
De rodillas en el suelo,
A solas lloraba yo;

Pálido, triste, abatido,
Un huérfano desgraciado
Que era a mí muy parecido,
De negras ropas vestido,
Vino a llorar a mi lado.

La imagen de su semblante
He guardado desde niño;
Siempre la tengo delante,
Y es una visión amante
Que contemplo con cariño.

Cuando enfermo, y sin mirar
Ni una estrella de bonanza,
Dejando mi pobre hogar,
Quise partir, y buscar
Los restos de una esperanza;

En todas partes, do quiera
Que, en la tierra o en los mares,
Tras de una vaga quimera
De aerea forma, hechicera,
He arrastrado mis pesares;

Por do quiera que seguí
Un bien que jamás se alcanza,
Y, tras unas otras, vi
Caer en torno de mí
Las flores de mi esperanza;

Donde he querido dormir,
Donde he podido llorar,
Donde he anhelado morir,
Y, cansado de sufrir,
He vuelto al fin a esperar,

Siempre un joven abatido,
De pálido rostro ajado,
Y mucho a mí parecido,
De negras ropas vestido,
Vino a sentarse a mi lado.

¿Quien eres tú, que, unido a mi existencia,
Debo siempre encontrar en mi camino?
Yo no puedo creer, en tu presencia,
Que el ángel seas de mi mal destino:

Tu sonrisa está llena de paciencia;
Viéndote, espero en el Creador divino;
Y me parece, al ver tu sufrimiento,
Que hermano es tu dolor del que yo siento.

¡Ah! de mi juventud espectro triste,
¿Quién eres? Para hallarte en mi camino,
Visitador sombrío, dí ¿qué hiciste?
¿Te unió conmigo el Hacedor divino?
Huésped eterno de mis penas fuiste,
Participaste siempre mi destino;
Hermano, hermano, cuyo nombre ignoro,
¿Quién eres tú que vienes cuando lloro?

La Visión.

Estoy unido contigo;
Pero no soy tu ángel bueno,
Ni tampoco tu enemigo:
Tú me llevas en tu seno,
Y en todas partes te sigo.

Cuando me llamaste hermano
Tuviste mucha razón;
Porque el Creador soberano
Entre el tumulto mundano
Me confió tu corazón.

Siempre te haré compañía
En esta vida enojosa,
Hasta tu postrero día
Que iré a sentarme en tu losa:
¡Yo soy la melancolía!

Don Guillermo Blest Gana colaboró siempre en los periódicos literarios que aparecieron durante la época de su juventud. Así su nombre figura con brillo en la *Revista de Santiago* de 1855; en la *Revista del Pacífico*, que él mismo dirigió, en 1857; y en *El Correo Literario* del año siguiente.

Por desgracia, vióse comprometido en las agitaciones revolucionarias de 1859, y fué desterrado del país. Visitó entonces las principales naciones europeas. Regresó a Chile en 1863.

Por largos años, Blest Gana ejerció las funciones de

empleado administrativo: primero, jefe de sección del Ministerio de Hacienda; y más tarde Intendente de diversas provincias.

Representó a su patria como Ministro diplomático en la República Argentina y en el Brasil; y durante tres años dirigió la publicación de nuestro *Diario Oficial.*

La escasez de recursos le obligó a aceptar en 1885 el prosaico cargo de oficial del Registro Civil. La cigarra había cantado todo el verano, y en el invierno sintió hambre y frío.

En 1901 jubiló como Intendente de Linares.

En 1858 la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad le nombró miembro académico; pero, a causa de su destierro, Blest Gana sólo pudo incorporarse cinco años después. En esta fecha, era uno de los poetas más populares de Chile.

XVI

Don Guillermo Matta.—Don José Antonio Soffia.—Don Víctor Torres Arce.—Don Pablo Garriga.

Don Guillermo Matta (1) fué el primero de los poetas de nuestro país.

Sus ascendientes paternos provenían de la provincia de Chiloé, donde nació su padre y donde él mismo residió por algún tiempo.

Por línea materna, era nieto de un caballero español, natural de Bermeo, patria de la familia Ercilla.

Matta estudió humanidades en el *Colegio de Santiago*, dirigido por don José María Núñez; pero rindió sus exámenes en el Instituto Nacional. En este último establecimiento, empezó el curso de leyes, que no terminó, y fué alumno de Lastarria en la asignatura de derecho de gentes.

Matta no sobresalió por su aplicación. La loca de la

---

(1) *Guillermo Matta y Goyenechea.* (Copiapó, 1829; † 1899, Santiago). *Diccionario* de Figueroa; *Juicio* de los hermanos Amunátegui; *Los constituyentes de 1870;* y *Ensayos Biográficos* de Torres Caicedo.

casa, esto es, su brillante fantasía, le trajo desde entonces perturbado el ánimo (1).

Vástago mimado de opulenta familia, no necesitaba ganarse la vida con el sudor de su frente; y empezó a gozarla, sin inquietud por el porvenir, con todos los recursos que ofrece privilegiada posición en la sociedad.

No malbarató, sin embargo, su juventud, y, si interrumpió sus estudios legales, fué para embeberse en las obras de las principales literaturas europeas.

Convirtióse de tal suerte en fervoroso discípulo de la escuela romántica. No sin razón Torres Caicedo, al juzgar el primer volumen de poesías publicado por don Guillermo Matta, (2) estampa su opinión de que las leyendas en ese tomo insertas «revelan que el autor ha leído con predilección el *Don Juan* de Byron y el *Estudiante de Salamanca* de Espronceda».

La primera cosecha de su producción lírica, que va de los veinte a los treinta años, es la más lozana, la más natural, la más inspirada. Se encuentra toda ella contenida en los dos tomos que Matta hizo imprimir en Madrid, en el año 1858, cuando el autor aun no había salido de Chile.

---

(1) En los libros del archivo del Instituto Nacional aparecen ocho exámenes rendidos por él, con las siguientes votaciones: 1.º de Enero de 1843, latín, aprobado; 28 de Diciembre del mismo año, primera parte de la filosofía, con un voto en contra; 20 de Noviembre de 1844, francés, con un voto en contra; 17 de Diciembre del mismo año, sicología, aprobado; 3 de Enero de 1845, gramática castellana, aprobado; 16 de Agosto del mismo año, lógica, moral y derecho natural, aprobado; 1.º de Diciembre de 1846, derecho de gentes, aprobado; 21 de Diciembre del mismo año, bellas letras, con un voto de distinción.

(2) Edición de 1853, impresa en Santiago.

Los versos se hallan plagados de incorrecciones gramaticales, de chocantes defectos de elocución y de graves erratas de imprenta; pero, a pesar de tan sensibles manchas, brilla en los rítmicos renglones numen vigoroso y fecundante.

Esa innumerable copia de lunares tiene fácil explicación, dicho sea en honor de don Guillermo Matta: las pruebas de la obra no fueron revisadas por el autor.

Sus primeros versos fueron publicados en la *Revista de Santiago*, cuando él era un joven de veinte años. Entre estas composiciones, merecen recordarse la traducción de la oda de Manzoni, *El 5 de Mayo*, que fué un triunfo, a pesar de la reclamación del vate peruano Llona, quien pretendió haber sido plagiado, y la traducción de *La Oración por Todos*, de Víctor Hugo, que fué un acto de osadía, después de la magistral obra de don Andrés Bello.

Matta no empezó a ser aplaudido sino en 1853, por sus *Cuentos en verso*: *Un cuento endemoniado* y *La Mujer Misteriosa*.

«La aparición de ese tomo, escribe don Domingo Arteaga Alemparte, fué el punto de partida de la celebridad literaria del señor Matta. Sus panegiristas y sus detractores, sus admiradores y sus críticos contribuyeron a ello de consuno. Porque aquellas dos leyendas produjeron una verdadera explosión de elogios y censuras, de aplausos y protestas en medio de nuestra sociedad, a la sazón más escasa que hoy de novedades poéticas y menos habituada a oir opiniones contrarias a sus creencias y a sus costumbres.

«La explosión, continúa, fué muy natural. Había en aquel volumen de poesías una enorme cantidad de mate-

rias inflamables. A la sombra de dos fábulas poéticas de mérito mediocre y de dudosa originalidad, el poeta lírico y descriptivo cantaba el amor con una ternura tan verdadera y profunda, con acentos tan poderosos y variados, con tanto calor y riqueza de fantasía, con tanta libertad de criterio y expresión, que no podía menos de arrebatar de entusiasmo a los jóvenes, de sorprender a los inteligentes, de escandalizar a la gente timorata, de alarmar a los vástagos de Tartufo. La alarma y el escándalo subían de punto cuando el poeta, empuñando el látigo del filósofo y del moralista, flagelaba a la sociedad chilena en su fe religiosa, en sus hábitos y preocupaciones, en su modo de ser y de ver. Pero, al mismo tiempo, aquella filosofía escéptica, inconsistente, nebulosa y negativa, puso de su parte a esa considerable masa de hombres que se pagan de lo que no comprenden, que sufren el prestigio de lo nuevo y misterioso, que ven con la imaginación antes que con el entendimiento.»

El escándalo provocado por los *Cuentos* de Matta en la sociedad de Santiago fué tan estrepitoso como el que había producido diez años antes Francisco Bilbao con su artículo *Sociabilidad Chilena*. Entre uno y otro suceso había, sin embargo, profundas diferencias. El trabajo de Bilbao se reducía a una protestación de fe anticatólica, y su autor fué estigmatizado y condenado. Los versos de Matta descubrían, al mismo tiempo, a un joven completamente incrédulo y a un poeta noblemente inspirado.

El espíritu liberal había hecho notables progresos. El novel escritor fué censurado con amargura en muchos hogares de Santiago; pero, en cambio, ganó ante la mayoría de las personas ilustradas un prestigio inextinguible.

La aparición de los *Cuentos en verso*, como el primer número de *El Semanario de Santiago*, marca una fecha célebre en los albores de nuestra vida literaria.

En el mismo año de 1853 se publicó también en la capital de Chile un libro histórico, *La dictadura de O'Higgins*, que fué muy discutido y causó honda emoción entre los intelectuales del país. Las nuevas generaciones empezaban a dar frutos sazonados.

Los *Cuentos en verso* constituían enmarañada selva, a veces poco comprensible, a menudo reñida con la gramática y el arte poético, pero preñada siempre de rica y juvenil inspiración.

Son hermosísimas las estrofas que Matta consagra a Grecia en el canto tercero de *Un cuento endemoniado;* las cuales así empiezan:

¡La madre de los genios, la armoniosa
Hija del arte, de las ciencias cuna,
Del Occidente reina poderosa
Y querida del Cielo y la fortuna,
Como a esclava sumisa y vergonzosa,
Oprime la sangrienta Media-Luna,
Y se extingue y perece lentamente
Como un rayo de luz sobre un torrente!

Las cuerdas de la lira de don Guillermo Matta son tan variadas como los sentimientos que agitan su alma sana y varonil.

Torres Caicedo sólo tiene palabras de alabanza para los amorosos versos que van a leerse:

¡Bella es la vida, sí, cuando los años
Envuelve cariñosa la inocencia;

Cuando el opio letal de los engaños
No ha envenenado aún nuestra existencia!
¡Entonces no se lloran desengaños,
Y abriga el corazón una creencia;
Entonces flores huella nuestra planta,
Y mundo, vida, amores, todo encanta!

¡Bella es la vida, cuando amor extiende,
Para envolverla, su flotante ropa;
Y en éxtasis sin fin, que no se entiende,
Las amarguras de este mundo arropa!
Con sonrisa amorosa amor le tiende
Del ansiado licor la dulce copa,
Donde el encanto del vivir se anida;
¡Y entre amor y placer bella es la vida!

¡Oh! amar a una mujer, y entre sus brazos
Dejar rodar la vida sin enojos;
Beber amor en lánguidos abrazos,
Beber amor en sus rasgados ojos!
Con sus negros cabellos formar lazos,
En su boca apurar nuestros antojos,
Y en deliquio de amor contra su seno
Unir el nuestro de ternura lleno!

¡Una mujer! ¡Consoladora fuente,
Que de esta vida brota en el desierto,
Donde logra apagar su sed ardiente
El corazón desconsolado y yerto!
¿Quién en sus ondas no bañó la frente,
Quién no detuvo allí su paso incierto,
Cuando hastiado del mundo maldecía
Y en eterno dolor se consumía?

A Matta no sólo inspiraron las alegres mujeres que invariablemente giran en torno de la vida voluptuosa de la juventud. La muerte de su madre dióle tema para composiciones de extraordinario vuelo y delicado estro.

Hé aquí algunas de las octavas que sobre este conmovedor asunto aparecen en el *Cuento Endemoniado*:

¡Una madre! una madre! es la primera
Blanca estrella de amor que pura brilla
Junto a la cuna y en la incierta esfera
Do vaga incierta la niñez sencilla.
La voz que en el dolor nos dice: ¡Espera!
¡Puerto de salvación, última orilla,
A donde llega el náufrago del mundo,
Para aguardar la paz del moribundo!

¡Una madre es la luz, es la existencia!
¡Es el único amor que no concluye,
Que, dentro el corazón, como una esencia
Que purifica, esparramando fluye!
¡Cuando abate el pesar toda creencia,
Jamás esta creencia se destruye;
Y queda en nuestras almas tan asida
Que parece la yedra de la vida!

Los *Cuentos en verso* forman casi todo el primer tomo de la edición de Madrid. En el segundo tomo, compuesto de piezas cortas, agrupadas en tres series, el poeta conserva los mismos caracteres que en el anterior: es un incrédulo tenaz, subyugado por los sentimientos de una gran pasión.

Verdaderamente deslumbra la fecundidad de sus ideas,

la riqueza de sus expresiones, el esplendor de sus imágenes.

Los demás poetas chilenos quedaron eclipsados ante la exuberancia e inspiración de tales versos.

El nuevo cantor desplegaba poderosa fantasía, ampliamente nutrida en el estudio de los principales poetas de Europa. Byron, Espronceda, Víctor Hugo, Goethe, Manzoni, Leopardi y Lamartine, fueron sus compañeros predilectos desde las aulas del colegio.

Este segundo tomo, en general, ofrece mayores nitidez y corrección que el primero; pero su relevante mérito se halla en la forma apasionada y artística con que el autor modela los cantos de amor.

Muchas veces los críticos han señalado como dignas de encomio las estrofas que se intitulan *La primera hoja* y *Pensamiento*. Podrian recomendarse muchas otras del mismo estro. Por ejemplo, las que fueron bautizadas *¡Para siempre!* y *Ruego*.

Esta última, que es breve, dice así:

Habla, sí, tu voz me encanta.
Tu frente mustia levanta;
No te humilles, por piedad.
La humildad a los infames,
Que no es un crimen que me ames,
Y no es virtud la humildad.

Nuestro amor es puro, santo:
Ha nacido con el llanto,
Ha crecido en el dolor!
Es un alma en dos partida.

Es un cuerpo; es una vida.
¿Quién puede ajar nuestro amor?

.....

Tu mustia frente levanta.
Háblame, tu voz me encanta.
Santo y puro es nuestro amor,
Y nadie puede, mi vida,
Desunir un alma unida
A otra por el dolor.

En el segundo tomo no sólo aparecen versos amatorios. Así, Torres Caicedo transcribe íntegra la composición que tiene por nombre *Panteísmo*, en la cual él señala «admirables quintillas».

Por su parte, los hermanos Amunátegui aplauden calurosamente el soneto *Estabilidad* y las poesías *Mártir*, *Loca*, *Buen Viaje* y *Armonías*.

La naturaleza del estro de don Guillermo Matta y su potente inspiración autorizaron al crítico neogranadino en el año 1862 para predecir que «sería el Byron de la América».

Este brillante pronóstico no debía de realizarse.

Precisamente en la fecha indicada, en la cual el vate chileno cumplió la edad de treinta y tres años, había concluído para él la época de los cálidos amores, e iniciaba una nueva vida.

Desterrado del país en 1859 por el gobierno de Montt, a causa de haberse comprometido en los movimientos subversivos del año anterior, don Guillermo Matta visitó las más cultas naciones de Europa durante dos años, y

regresó a Chile después de enriquecer su espíritu con abundancia de ideas y útiles conocimientos.

Había muerto el galán apasionado; y renacían con mayor fuerza el hombre político, el poeta filósofo y el tribuno americano.

En este período brillan de cuando en cuando algunos lampos de elevada inspiración; pero el conjunto de sus versos muestra al pensador de la edad madura antes que al lírico de la juventud.

Y ello es perfectamente explicable. La energía intelectual de Matta iba entonces dirigida de preferencia a la política.

En esta segunda mitad de su carrera, fué activo periodista, miembro conspicuo de la Cámara de Diputados, intendente de Atacama durante la Guerra del Pacífico, Ministro Plenipotenciario en Alemania, en Italia y en las repúblicas del Plata, Intendente de Concepción, y, en fin, Senador por Atacama.

Nunca abandonó el cultivo de las bellas letras.

En 1864, la Universidad le eligió miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

Don Guillermo Matta publicó durante su agitada vida numerosos trabajos en prosa, de diversa índole, políticos, históricos, literarios; pero el verso fué siempre la forma predilecta en que expresó sus sentimientos. Sólo pensaba en verso castellano.

Durante su residencia en Alemania, dió a la estampa, en Leipzig, por los años de 1886 y 87, dos gruesos volúmenes, que contienen toda su producción poética de los últimos treinta años.

Los versos más antiguos, de ordinario son los mejores. Entusiasman por la sinceridad y emoción manifestadas

en ellos, sus tercetos de despedida a don Martín José Lira, quien en 1861 regresó a la patria después de un largo viaje de placer y estudio por los países europeos.

He aquí algunas de esas bellísimas estrofas:

Te marchas, buen amigo
¡Y a nuestra patria, a Chile!
¡Las caricias de mi alma van contigo!

¡Que allí está lo que llamo
Mi vida! ¡Allí están todos,
Muertos y vivos, cuantos seres amo!

¡Allí está mi buen padre,
Hoy de sus hijos huérfano;
y la sagrada tumba de mi madre!

¡Allí mis ojos vieron
La luz! y en esos valles
Mis labios con sus flores sonrieron.

Allí aprendí a ser hombre,
Templé el alma en lo bueno,
Y hay quien pronuncie con honor mi nombre.

¡Allí, a la mente mía,
Un mundo eterno y puro,
Verdad de Dios, mostró la poesía!

¡Y allí también, mi canto,
Como en fúnebre duelo,
Sollozo pareció de íntimo llanto!

Ingrata fué conmigo
La suerte; pero nunca,
Ni desmayo cobarde, ni maldigo.

... .

Vé a Chile, buen amigo,
Y este fuego tan puro
De patriótico ardor lleva contigo.

....

¡Sirve a tu patria! Inicia
La política justa.
¡Hija es la libertad de la justicia!

....

Hoy no basta la lira.
Disuena el mejor canto
Si el amor a la patria no lo inspira.

....

Nunca, nunca es ingrata
La patria; lo es la envidia.
No es la acción, es la inercia la que mata.

Digna de ser conocida por la juventud es la composición que va a leerse, escrita en las horas más inspiradas del poeta:

TRISTEZAS

¡Yo quisiera ser un astro
Perdido en la inmensidad,
Un árbol de ignotos valles,
Una ola de ignota mar!

¡Yo quisiera ser un ruido
Que cae en la eternidad,
E ignora de dónde viene
Y no sabe a dónde va!

¡Yo quisiera ser un eco,
Tenue vibración no más;
Alma sin recuerdo alguno,
Mente sin ningún ideal!

¡Ah! Yo quisiera envolverme
En tus nubes, tempestad;
Y perderme en tus borrascas,
Vertiginoso huracán!

¡Tan sola vas por el mundo,
Tan triste, alma mía, vas
Que tu camino es la angustia
Y es tu descanso el pesar!

¡Son más dichosas las nubes,
Y ese astro, y ese huracán,
Y ese árbol de ignotos valles,
Y esa ola de ignota mar!

Versos de otra época encierran admirables octavas reales, cantadas por Matta en 1858. Palpita aún en ellas el fuego de la mocedad, que ya huía aprisa; y se anuncia la fuerza y corrección de la edad viril. Parecen estrofas sueltas de *Un cuento endemoniado.*

La maestría del artista y la sensibilidad del poeta se manifiestan con caracteres precisos en la tradición azteca *Tescatlepoca* y en las fantasías tituladas *La enamorada de la ideal* y *Lo que dicen las olas.*

Esta segunda pieza fué compuesta en 1866.

Empieza así:

Un misterioso lenguaje
Hablan las olas del mar:
¡Extraño como un enigma!
¡Solemne como un cantar!

Miradlas cómo se abrazan,
Cómo se besan también.
Aquella rompe la espuma;
Esta otra enarca la sien.

.....

Gimen cual gime el amante;
Ríen cual ríe el mordaz;
Y lloran, suspiran, cantan,
Siempre en lucha, nunca en paz.

El variado espectáculo del océano involuntariamente hace meditar al poeta sobre los desengaños de su vida.

¡Ah! Esperanzas y venturas,
Inmenso mar del amor,
Blancas nubes de los sueños,
Rayos de un sol interior;

Armoniosas poesías,
Voces de un mundo ideal,
¿Qué os hicisteis? ¿A qué esferas
Os llevó un astro fatal?

.....

Todo engaña; todo acaba
Por ser muerte y ataúd.
Como el mar que se oscurece
Se apaga la juventud.

¡Y acíbar vierten las flores;
Y tedio y llanto el placer;
Y hiel, y ponzoña, y odio,
Los labios de la mujer!

Las dos últimas estrofas parecen hallarse inspiradas en la poesía pesimista de Enrique Heine.

Don Guillermo Matta revela gran entusiasmo por el lírico alemán, a quien imita a menudo. Así como sus musas de la juventud fueron Byron y Espronceda, las de la edad madura se llamaron Heine y Víctor Hugo.

Podrían citarse numerosas estrofas en que es visible la influencia de Heine, sobre todo en las composiciones cortas que traducen pensamientos íntimos.

Los tres ejemplos que siguen comprueban el anterior aserto.

1.º

¿Duermes? ¿Velas? Amor mío,
Amor mío ¿en dónde estás?
¡Apareces como sombra,
Me miras solo, y te vas!

¡Sufro tanto! Estoy tan lejos
Y estoy tan cerca de ti!
Huye, para verte, mi alma;
Y entra en tu casa: ¡Está allí!

Entra a tu cuarto; compone
Una amorosa canción.
Amor mío, ¿no la escuchas?
¡La ha escrito en tu corazón!

2.º

¡Horrible sueño, horrible!
En lágrimas bañado,
Mis brazos estrechaban lo invisible,
Y en mi boca sentía un beso helado.
¡Algo como un acento misterioso,
Algo como un recuerdo del pasado
Se acercaba a mi oído, y silencioso
Preludiaba un cantar! Una figura,
Entre la sombra oscura,
Surgía; y en sus ojos centelleaba
La luz de subterránea sepultura.
Yo los míos cerraba;
Pero, en vano. Cerrándolos, veía

Esa misma figura,
¡Y el mismo canto oía!
¡Horrible sueño, horrible!
¡Fatídica ilusión de lo invisible!

3.º

LO QUE SUCEDE

Como dos desconocidos
Nos encontramos sin vernos.
¡Ah! los amores eternos
Son los eternos olvidos!

Besos, caricias, ensueños
Pasaron. ¡Nubes ligeras,
Aves, canciones, quimeras
De los fantásticos sueños!...

Vé en paz, sombra idolatrada,
Vé coronada de flores.
Nuestros antiguos amores
Son ya una historia pasada.

Mas, en mi alma, esa historia
Ha impreso tan honda huella,
Que ¡siempre en ella y por ella
Leyendo está mi memoria!

En una sola ocasión Matta declara que sus versos imitan otros del vate germánico: en los *Dos inventores*.

La amargura de Heine no constituye ciertamente la

fisonomía característica de la lira de nuestro compatriota. Ella tiene notas originales, que marcan el cenit de la poesía de Matta en la edad madura; y son aquellas que vibran en sus composiciones guerreras publicadas inmediatamente después del primer viaje a Europa, de 1862 a 1867, con motivo de las tentativas de Francia, España e Inglaterra para sojuzgar a algunos países de Hispano-América.

Estos varoniles acentos, en los cuales arde no sólo el amor a la patria sino también fraternal entusiasmo por la causa americana, se hallan distribuídos en diez cantos que forman armonioso conjunto, con los títulos que siguen: *A la Patria*, *Himno de guerra de la América*, *Méjico y la América*, *A las armas*, *Chile y España*, *Al cóndor de Chile*, *A Valparaíso*, *En la tumba del General Las Heras*, *Al Perú* y *A Méjico*.

El Himno de guerra empieza de este modo:

¡América ¡a las armas!
De nuevo a tus confines trae Europa
Oprobio y servidumbre.
¡América ¡a las armas!
Tu espada al sol relumbre,
Levanta tu pendón republicano;
Y un solo grito: ¡libertad y guerra!
Atraviese el Oceano,
Y estremezca la tierra,
Desde el Estrecho al golfo mejicano.

El canto *A las armas* termina con las tres estrofas que van en seguida:

Vuestra misión es santa, ejército de bravos,
La patria es la familia, la patria es el hogar.
¡Las tumbas de sus padres, fanáticos esclavos,
Los hijos de los héroes no dejan insultar!

Chilenos ¡a las armas! Soldados, ciudadanos,
¡Al puesto del peligro, al puesto del honor!
¡Y guerra y odio y muerte jurad a los tiranos!
¡Y guerra y odio y muerte jurad al invasor!

Si buques no tenemos, tenemos hierro y tierra;
Para fundir cañones, metales sobrarán;
Y cuando falten éstos ¡las piedras de esa sierra,
Las galgas de los Andes, por armas bastarán!

Puede ser que algunos censores juzguen que los anteriores versos carecen de fantasía; pero ninguno negará en ellos alta inspiración y conmovedora elocuencia.

Se comprende el efecto mágico que producían declamados por su autor.

En general, las poesías de don Guillermo Matta no parecen escritas para ser leídas en voz baja; y, por el contrario, ganan mucho valor recitadas en público. Esta observación principalmente se aplica a sus composiciones de la edad viril.

La dureza dominante en la mayor parte de sus versos recuerda, por lo demás, el origen vascongado de los abuelos del autor. Es este un curioso rasgo de semejanza con el cantor de *La Araucana*.

«Cuando el señor Matta, escribe Arteaga Alemparte, con su figura altiva y arrogante, con su hermosa cabeza coronada de flotantes cabellos negros, se erguía en medio

de la multitud para recitar sus estrofas, levantábase de continuo una tempestad de aplausos que sólo podía dominar la voz poderosa del poeta tribuno.»

Don Guillermo Matta formó parte de esa falange de la Unión Americana, que en nuestro país reconocía por jefes al filósofo Bilbao, al publicista Lastarria, al historiador Vicuña Mackenna y a otros distinguidos ciudadanos.

Pero pasaron, para no volver, los agitados días en que corrió peligro la independencia de nuestro Continente; y el egregio Tirteo de las huestes del Nuevo Mundo pudo consagrar su armónica arpa a otras canciones más adecuadas a la vida social.

Entonces fué cuando dió amplio curso a sus tendencias filosóficas, y cuando, tomando a Víctor Hugo de vívido modelo, empezó esa serie interminable de composiciones, de metros varios, que con los nombres de *Patria y Arte*, *Poesía Moderna* y *Panteón de la Historia*, llenan casi por completo el segundo tomo de los publicados en Alemania.

Sus ingénitas inclinaciones le llevaban fácilmente a las cumbres, donde dominan sin contrapeso los más puros principios de libertad, el odio a los tiranos y una absoluta independencia religiosa.

Como su ídolo Víctor Hugo, «durante toda su vida creyó que el poeta era un apóstol, o un Orfeo, un pastor de almas, una *antorcha*, obligado a tener principios, todos aquellos que alumbran y hacen progresar al mundo, y a resumir en sí las fuerzas de la civilización» (1).

Los defectos de la poesía filosófica de Matta pertenecen

(1) Emilio FAGUET, *Siglo XIX*, París, 1892, pág. 182.

a la misma categoría de los que sesudos críticos observan en las composiciones del gran lírico de Francia.

«Frecuentemente, escribe Faguet de Víctor Hugo, sus ideas filosóficas no sólo son un poco banales en el fondo, sino que, en verdad, únicamente encierran palabras. De igual modo que se complace en interminables nomenclaturas de hombres notables, goza amontonando en brillantes enumeraciones *títulos* de ideas, sin escribir los capítulos en que esas ideas debieran aparecer desenvueltas. Dice: ¡Libertad! ¡Justicia! ¡Humanidad! ¡Progreso! sin precisar con exactitud cuál es *su* progreso, cuáles *su* libertad y *su* justicia, sin duda la materia de mayor interés para nosotros» (1).

Don Guillermo Matta pertenece a la familia espiritual de Hugo; y, de igual suerte que él, siente una fe ciega por el progreso humano.

Por desgracia, no poseyó la magnificencia del estilo de su modelo. No podría decirse de Matta como lo afirma respecto del maestro francés Emilio Faguet: «es de aquellos que duran; porque sólo la belleza del estilo es capaz de conservar».

Un crítico chileno ha llegado hasta la crueldad cuando juzga que don Guillermo Matta, «en su edad madura, se dejó llevar del prurito de poetizar a lo sociólogo, y entonces su estilo degeneró en un prosaísmo seco y amanerado».

Son tantos y tan profundos los valores de aproximación entre la musa de Matta y la de Víctor Hugo que hasta podría considerarse que el poeta chileno compuso una pequeña *Leyenda de los Siglos*, en los infinitos cantos con

(1) Obra citada.

que enaltece a los héroes y grandes hombres de las principales naciones.

Entre ellos, no olvida, ciertamente, a los egregios hijos de América.

Una de sus mejores poesías de este género es la que consagra a don Andrés Bello, con el título de *Apoteosis del sabio.*

El primer poeta chileno era digno de glorificar al primer literato americano.

Cinco lustros menor que Matta, don José Antonio Soffia (1), tuvo personalidad literaria, y, aunque de corta vida, dejó en sus libros profunda huella luminosa.

Nieto de un comerciante español de apellido Soffia, descendía, por línea materna, de uno de los padres de la patria.

Cursó humanidades en el Instituto Nacional, y, según lo asegura cercano deudo suyo, alcanzó a recibir lecciones de don Andrés Bello.

La influencia de este esclarecido maestro se manifiesta en las primeras composiciones de Soffia, quien empezó a publicar sus versos antes de cumplir veinte años de edad.

Marcado sabor clásico se observa, por ejemplo, en las tres estrofas finales de *Amor y Poesía.*

Dicen así:

---

(1) *José Antonio Soffia y Argomedo.* (Santiago, 1844; † 1886, Bogotá). Noticias biográficas: *Diccionario,* de FIGUEROA; y *Una anécdota literaria,* de don Manuel J. VEGA, publicada en *El Mercurio,* de Santiago, año 1918.

Críticas Literarias de BLANCO CUARTÍN, en *El Mercurio* de Valparaíso; de LASTARRIA, en la *Revista de Artes y Letras;* de BARROS ARANA, en la *Revista Chilena;* y de Julio BAÑADOS ESPINOSA, en su obra *Ensayos y Bosquejos,* año de 1884.

Amo, pero no anhelo
El dorado artesón de altos señores:
¡Es mi soñado cielo,
Sin pompa ni primores,
Una casita oculta entre las flores!

Allí mi dulce amada
Entre sus rosas inocente mora:
De todos adorada,
A todos enamora,
¡Y sólo ella su hermosura ignora!

Linda, gentil, modesta,
Dulce dechado de sin par ternura,
¡No tiene su floresta
Rosa de más frescura,
Astro de más fulgor, ni ave más pura...!

Pero, no era sin duda este ambiente propio de la lira de fray Luis de León el que circundaba al joven bardo en la sociedad en que vivía. Aunque ya habían pasado los ardorosos tiempos del romanticismo, quedaban sensibles resquemores.

La composición titulada *Su Anillo* pertenece, a pesar de su ingenuidad, al género romántico.

Juzgue el lector por las estrofas que siguen:

Lo palpo y no lo creo... Ayer tan solo
En tu dedo precioso lo llevabas;
Y, al ver que con cariño lo mirabas,
Envidiando su dicha suspiré...

¡Hoy a mis labios acercarlo puedo,
Me es dado entre mis manos estrecharlo,
Y lleno de alegría conservarlo
Como una prenda de amorosa fe!

¡Y nada tengo que ofrecerte en cambio,
Sino mi corazón que amor suspira!
¡Nada! sino los cantos de mi lira,
Destellos de tu amor y tu virtud.

Involuntariamente se vienen a la imaginación los cálidos versos de Espronceda:

¡No tengo nada; pero te amo tanto!
¡Tengo un tesoro para ti de amor!

Soffia termina con estas rendidas promesas:

¡Para vivir contigo a todas horas
A tu pasión consagraré mis días;
Yo cantaré tus tiernas alegrías
Y sabré consolarte en la aflicción...

Y, aunque el cielo nos niegue otros favores
En la virtud la gloria encontraremos;
Y alegres y dichosos viviremos
Unidos en un solo corazón!

Puede afirmarse que el poeta cumplió su palabra. Casado con su prima, doña Lastenia Soffia, la cual no le dió hijos que perpetuaran la felicidad de ambos, fué fiel a este único e inextinguible amor.

A ella dedicó sus poesías.

A LASTENIA

Mis cantos, de mi vida son la historia,
Acentos de mi propio corazón;
¡Y, pues soy tuyo, mi adorada gloria,
Tuyos mis cantos, cual mi vida, son...!

Todos los críticos que se ocupan en analizar los versos de Soffia, y entre esos críticos los respetables maestros Lastarria y Barros Arana, juzgan que la mejor composición salida de su pluma es la que llama *Las cartas de mi madre.*

Fruto de honda y verdadera emoción, la recordada poesía no puede leerse sin enternecimiento.

La madre de Soffia había muerto en el incendio de la iglesia de la Compañía, ocurrido en Santiago a 8 días del mes de Diciembre de 1863.

Su hijo describe el pavoroso suceso en el siguiente soneto, digno de la lira de Bécquer:

LA NOCHE HORRIBLE

Visión sin nombre que temblar hiciera
De Dante la tremenda fantasía;
En ascuas calcinado el templo ardía
Cual si el averno en su interior se abriera.

Mil seres, y otros mil, en viva hoguera
Expirando tras hórrida agonía...
Llamas... terror... y tras la noche impía
Silencio y luto en la ciudad entera...

Muerta mi madre... huérfano en el mundo...
Desierta el alma y el hogar desierto...
Sin un hermano en mi dolor profundo...

Lágrimas... ruina... decepción... Despierto,
Repaso mis ideas... me confundo...
Palpo la realidad... ¡Todo era cierto!

«Soffia, afirma Barros Arana, es casi siempre natural, fácil, armonioso y correcto.»

Podría agregarse: es un poeta agradable y delicado. No sobresale por la viveza del estro ni por el movimiento de las pasiones. Sus versos guardan siempre la medida clásica y no se distinguen por la elegancia del estilo

Blanco Cuartín se expresa, más o menos, en los mismos términos:

«Ni las galas de una imaginación viva y fecunda, ni los artificios retóricos hábilmente manejados, ni, en fin, esos pecadillos inherentes a todos los que hacen versos a impulsos de la amistad o de compromisos ineludibles, han podido ocultar el corazón del autor.»

A menudo inspiraron a Soffia los temas patrióticos. Debe tenerse presente que había llegado a la madurez cuando estalló la guerra del Pacífico. Por desgracia, en su lira faltaba la cuerda bélica; y nunca este poeta alcanzó ni el vigor ni la altura de Matta.

El *Canto a O'Higgins,* que es una de sus mejores composiciones de este género, empieza con algunas estrofas de mediano vuelo para concluir en frío prosaísmo.

Como poeta descriptivo, don José Antonio Soffia carece de relieve y colorido. Así lo demuestra en las octavas reales que dedica a *Aconcagua.* Aunque están animadas

de un soplo simpático y cariñoso, no son dignas de las alabanzas que algunos críticos con motivo de ellas prodigan al autor.

Si hubiera de clasificarse a Soffia entre las escuelas que se dividen el campo de la poesía, no habría peligro de errar colocándole en la de Campoamor, quien perteneció al último período del romanticismo en España, o más bien, fué cantor de transición entre el romanticismo y la época siguiente.

Don José Victorino Lastarria parece también juzgarlo así.

«Hoy en España, escribe a principios de 1886, los poetas lucen su ingenio en poemitas o composiciones pequeñas, sin arte aparente, de exquisita naturalidad, y en las cuales la forma no vale tanto como la intención y la profundidad del pensamiento. Bécquer se hizo notable en este género de origen alemán, tan usado por Heine; pero no le dió nombre, como Campoamor, que tan impropiamente llama *Doloras* a sus composiciones cortas, aunque sean epigramáticas, ya que lo conceptuoso de ellas no le permite llamarlas *Idilios*, como con tanta propiedad llama a las suyas Núñez de Arce, que las hace divinas por su sencillez y naturalidad.»

«Soffia, agrega Lastarria, que poseía estas dotes en alto grado, tiene muchos idilios, sin el nombre, aunque en ellos no sobresale por la profundidad filosófica ni por la novedad de la intención o del sentimiento. Sin contar con varias composiciones fugaces, tiene varias que llama *poemas*, las cuales merecen mejor, como aquellas, el nombre moderno de idilios, tales son *La Ingratitud*, *La Epopeya del León*, imitación de Víctor Hugo, *Las dos Urnas* y *La Inconstancia*. Hay en ellas toda la sencillez, sin arte apa-

rente, que constituye el idilio, y sus formas y versificación son irreprochables.»

Vale la pena de detenerse en esas *composiciones fugaces* a que se refiere don José Victorino Lastarria; porque en ellas sobresale mejor que en las de más aliento el espíritu de imitación a Campoamor.

Los tres ejemplos que siguen comprueban lo anterior.

LA ETERNA LEY

(A mi amigo el Dr. A. Valderrama).

Ama el niño cuando apenas
Despierta su alma a la vida;
Crece, principian sus penas,
¡Y es de amor llama encendida
La sangre que arde en sus venas!

Lo ve la adusta vejez
Sufrir del amor los daños,
Y exclama con rigidez:
—«Amar sin tener quince años...
«¡Locura de la niñez...!»

Ama el joven con locura
Sin hallar tregua ni calma:
Juguete de su ternura,
El amor es de su alma
El tormento y la ventura.

Pierde alegría y salud;
Pero repite la gente:

—«Ya pasará esa inquietud:
» El amor es solamente
» Capricho de juventud!...»

Pasa la edad del engaño,
Pero, incapaz de consejo,
De amar el instinto extraño
El hombre cascado y viejo
Ve crecer año tras año...

Y por más que su altivez
Dobleguen crudos rigores,
Busca de amar la embriaguez,
¡Aunque ya son sus amores
Achaques de la vejez!...

Nada de amar nos redime,
Nada, querido doctor!...
Esencia de lo sublime,
Ley eterna es el amor
De la que nadie se exime.

Porque va siendo a su vez
Su irresistible inquietud,
Locura de la niñez,
Capricho en la juventud,
Y achaque de la vejez...

INCONSECUENCIA

Dice la ley:—«Muera el hombre
» Que la ajena sangre vierte

» Y, de la justicia en nombre,
» La muerte vengue a la muerte».

Y quien pudo ser virtuoso
Con el alma arrepentida,
En el banquillo afrentoso
Muere derramando vida;

Mientras que con sordo grito
Dice la turba insensata:
—«Si matar es un delito
» ¿Cómo la justicia mata?...»

LA VIUDA

(Estilo yanqui)

Cuando con mucho ajeno y poco mío
En Jersey como agente negociaba,
Recibí un telegrama de mi tío
Que a Boston con urgencia me llamaba.
Cierro mis libros, mis maletas lío,
Salto a un tranvía que veloz pasaba;
Y con la idea de heredar a un Creso
A Boston vuelo en el primer expreso.

Una joven de luto iba a mi lado,
De gentil y simpática hermosura,
Y entre los brazos, con sin par cuidado,
Mecía una dormida criatura.
Tanto la acariciaba que, encantado
De mirar en la joven tal ternura,

—¿Es vuestro hijito? preguntéle, y triste,
—Sí, me dijo... ¡y su padre ya no existe!...

La miré... me miró... y ante sus ojos
Pálido el sol me pareció y helado...
¡Por cumplir de la *viuda* los antojos
La herencia de mi tío hubiera dado!...
Paróse el tren... De aquellos labios rojos
El musical acento delicado
Me dijo:—Caballero, ¿os molestara
Si mi hijito un instante aquí os dejara?

—Sería un gran placer!... y acariciando
Al hijo de beldad tan sorprendente,
Ví que hacia el restaurant se fué acercando
La viuda hasta perderse entre la gente.
Pasa un minuto... dos... diez van pasando...
Da el vapor la señal... miro impaciente...
¡La viuda no parece ..! oh, chasco horrible...!
Parte el tren... y bajarse es imposible!

¿La dejó el tren o se quedó? ¿Qué hubo?
Yo tal enigma a descifrar no acierto...
Por evitar el aire el vidrio subo,
El niño voy a ver... ¡estaba muerto!
Y en un papel mi vista se detuvo
Que así decía sobre el pecho yerto:
«Un hombre me mató con su abandono:
¡Pague otro hombre mi entierro... y lo perdono!»

Campoamor no habría desdeñado firmar las composiciones trascritas.

La obra de mayor estro dada a la estampa por Soffia fué su poema *Michimalonco*, premiado en un certamen de 1877.

El poeta consigue mantener vivo el interés durante los doce pequeños cantos que forman el asunto, y, al través de numerosas estrofas pálidas y desmayadas, de cuando en cuando brotan lampos de verdadera inspiración.

Muy sentida es, por ejemplo, la página en que narra la muerte de Tila, la *machi* araucana.

Esto es todo lo que puede decirse en elogio del trabajo. El autor carece en absoluto de entonación épica. Su poema, por lo demás, está reñido con la verdad histórica. La invasión incásica, que Soffia condena, constituyó una fuente de bendición para los *mapuches;* los más grandes adelantos que encontraron los españoles en Chile fueron debidos a la influencia de los peruanos; y la conquista de Pedro de Valdivia y sus compañeros, sin tener los caracteres de crueldad que el autor le atribuye, marca gigantesca etapa de progreso en esta tierra.

El poeta personifica en Michimalonco las energías y pasiones propias de los naturales del país. Por desgracia, las investigaciones modernas revelan que aquel personaje era el representante del inca (1). Mucho más acertado fué sin duda Ercilla, a quien a veces imita Soffia en algunas octavas reales, cuando escogió a Caupolicán como héroe de *La Araucana.*

---

(1) «*Michimalonco*, según la autorizada opinión de Lenz (véase su *Diccionario Etimológico*, nota de la página 281), no es un nombre propio sino probablemente la designación que dieron los *mapuches* al jefe de los indios *quechuas* trasplantados al país por los incas; *Michima—lonco=mitima—lonco*, el jefe, la cabeza (*lonco*) de los *mitimaes*.»

Soffia publicó en Chile dos volúmenes de versos: *Poesías Líricas*, en 1875, y *Hojas de Otoño*, en 1878.

En estos dos tomos incluyó todas sus composiciones excepto las poesías satíricas.

Lastarria juzga que Soffia aventaja a los demás poetas de su tiempo en este segundo género.

Llama extraordinariamente la atención la diferencia que existe entre la pluma que escribió *Las cartas de mi madre* y la que compuso *Las exequias de un candidato* (1). Parecen obras de dos autores.

En realidad, había en Soffia dos personas distintas. No es de extrañarlo. «¿Cuáles, entre los humanos, son aquellos, exclama León Daudet (2), que no han experimentado en sí mismos, en ciertos momentos, la yustaposición repentina, paralela, desconcertante, de un voluntarioso y de un irresoluto, de un valiente y de un cobarde, de un casto y de un licencioso, de un optimista y de un pusilánime?»

El autor citado atribuye a influencias hereditarias esta variedad de caracteres en un mismo individuo; y sostiene que todo aquel que abriga la noble ambición de distinguirse sirviendo a los demás debe combatir enérgicamente las tendencias malsanas de su propio organismo.

Soffia se sentía en cierto modo avergonzado de las diatribas con que hizo reir a sus lectores burlándose de personas respetables. La mejor prueba de ello es su resolución de no incluirlas en las colecciones de sus versos.

Justo es que la crítica respete la voluntad del propio

---

(1) Esta pieza fué reproducida en el tomo XIX, tercer trimestre de 1916, de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*.

(2) *L'Hérédo*, Paris, 1917, pag. 137.

autor, y no insista en este aspecto vituperable de su inspiración.

Soffia carecía de bienes de fortuna. Desde muy joven empezó la carrera de los empleos administrativos.

A los veinte años el Gobierno le dió colocación en la Biblioteca Nacional. En 1870 le nombró intendente de Aconcagua, y, algunos años más tarde, oficial mayor del Ministerio del Interior. En 1880, por último, recibió el honroso encargo de representar a nuestro país como ministro plenipotenciario ante la República de Colombia.

De carácter alegre y jovial atrajo a su alrededor numerosos amigos, que se complacían en conversar con él en su casa. «Hablaba, dice Figueroa, con toda la gracia criolla que le era particular, y siempre brotaban de sus labios, como perlas líquidas de un raudal, festivas redondillas o anécdotas espirituales, llenas de viveza y donaire».

Estas dotes produjeron iguales efectos en Santiago y en Bogotá, ciudad esta última donde conquistó el cariño y la estimación de los principales escritores colombianos.

Podrían citarse entre sus amigos de aquella simpática república a don José Manuel Marroquín; a don Miguel Antonio Caro; a don Rafael Pombo; a don José María Samper, el cual había permanecido dos años en Chile, como ministro diplomático; a don Jorge Isaac, el célebre autor de *María;* y a muchos otros.

Era tal el aprecio de que estuvo rodeado en la ciudad más literaria de América que sus admiradores bogotanos le estimularon con verdadera instancia a fin de que publicara una colección escogida de los versos compuestos por él en Chile y en Colombia.

Este libro salió a luz en Londres, con un prólogo de Marroquín, presidente entonces de la *Academia Colom-*

biana, en 1885, un año antes del fallecimiento de Soffia.

Entre las piezas insertas en el tomo merece ser citado el idilio *Las dos hermanas*, dado por primera vez a la estampa en 1884 en el *Papel Periódico* de Bogotá.

Esta tierna composición es cantada en la guitarra tanto en Colombia como en Chile. Aseguran algunos viajeros haber visto llorar a lindas jóvenes de aquel país recitando los versos de nuestro compatriota.

Entre nosotros, se cantan asimismo algunas de sus poesías. Así ha llegado a ser popular la que lleva por título *No llores*.

Empieza de este modo:

No llores tan triste
¡Oh amable beldad!
La ausencia del tierno
Rendido galán
Que fué de tu alma
Raptor de la paz,
¡Qué cuanto se quiere
Se muere
O se va!

Yo amé cual tú amas
¡Tal vez mucho más!
Pero *ella* muy lejos
Se fué, por mi mal;
Y triste experiencia
Me vino a enseñar
¡Qué cuanto se quiere
Se muere
O se va!

La lira de don José Antonio Soffia era esencialmente tierna y sencilla.

Coetáneo suyo, y más o menos de igual edad, vivió toda su vida en Santiago otro joven cantor de las tristezas amorosas. Don Víctor Torres Arce (1) es siempre recordado con cariño por los que le conocieron; pero sus versos y su nombre no despiertan entusiasmo en la juventud de hoy.

Nuevas tendencias y modernos triunfos oscurecen la simpática figura de este poeta elegíaco que, como don Guillermo Blest Gana, pulsó en nuestro país el arpa de Alfredo de Musset.

¡Injusticias de la época, que deben ser corregidas!

Torres Arce era hijo de un notable médico portugués, establecido en Chile, y casado con una sobrina del gran periodista de la revolución de la independencia, Camilo Henríquez. Hermano mayor del poeta fué don José Antonio, autor del interesante estudio sobre los *Oradores chilenos*.

Don Víctor Torres Arce se educó en el Instituto Nacional; pero no terminó en este colegio los estudios de humanidades. Los grados universitarios carecían para él de importancia. Como sus numerosos hermanos, poseyó distinguidas dotes intelectuales; pero, desgraciadamente estuvo siempre desprovisto de constancia y energía. De igual suerte que algunos hombres viven consagrados al sacerdocio, y otros al ejercicio de las armas o de las profesiones liberales, él nació para amar y para cantar sus desengaños.

---

(1) *Víctor Torres y Pérez de Arce.* (Santiago, 1847; † 1883, Santiago). *Diccionario* de FIGUEROA.

Con decidida afición al cultivo de las letras, compuso dramas y novelas; pero su verdadero tesoro se halla en el volumen de *Poesías Líricas* que publicó en 1877.

La primera pieza inserta en él está dedicada al amor, y sirve de hermosa portada a la colección entera.

Juzguen los lectores.

EL AMOR

—Ven, angel mío, y en tus negros ojos
Deja mirar los míos un instante...
¡Ah! qué bello es tu angélico semblante
Cubierto de rubor!

—Ven, y deja que ponga cuidadoso
Sobre tu amante corazón mi oído,
Porque quiero me diga en su latido
Qué cosa es el amor.

—Ven, acércate a mí ¡sobre mi seno
Reclinada la frente, el labio amante
Bañado de sonrisa, y palpitante
De dicha el corazón!
Déjame así leer en tu mirada,
En tu sonrisa tierna y hechicera;
Déjame, en fin, leer en tu alma entera
Qué cosa es el amor.

—Melancólica virgen pensativa
Que en el espacio pierdes tu mirada,
Mientras corre tu alma fatigada
En pos de una ilusión,

¿Qué buscas, dime, en el lejano cielo
Cuando tu tierno corazón palpita?
¿Qué cosa, dime, es lo que así te agita?
¿Acáso es el amor?

—Y tú, pobre mujer, que solitaria
En medio de la noche silenciosa
Lamentas en tu queja dolorosa
La esperanza que huyó,
¿Por qué te entregas a tan hondo duelo?
¿Qué es lo que así te aflige y te tortura?
¿Quién te robó tu virginal ventura?
¿Acáso es el amor?

—¿Qué es el amor entonces? ¿Es la dicha
¿O es acaso el dolor y el desconsuelo?...
Pero ¡ay! en vano comprenderlo anhelo...
¡Y está en mi corazón!
Una dicha, un dolor, una esperanza,
Una mirada, una emoción, un beso,
Un suspiro, una lágrima, ¡todo eso,
Todo eso es el amor!

Estas conclusiones a que llega el poeta concuerdan perfectamente con la tesis sostenida por los filósofos del pesimismo.

Según ellos, el amor es una ilusión que produce al alma humana mayor suma de dolores que de verdaderos goces. El alemán Hartmann aconseja la completa abstención del amor.

Torres Arce no habría tenido, sin embargo, la fuerza

de voluntad necesaria para practicar ni por un solo día tan severa regla de conducta.

Amaba el amor por la pasión misma, y nunca escogió con refinamiento el objeto de su culto. Amaba a la mujer. Como las mariposas nocturnas, concluyó devorado por el fuego, después de revolar continuamente en torno de la luz.

Sin bienes de fortuna, se ganó la vida por luengos años en el prosaico empleo de taquígrafo de la Cámara de Diputados.

El cultivo de la poesía fué un noble consuelo para su alma.

Puede asegurarse que sus versos narran escenas reales de su propia historia.

En la hermosa composición *La Vida*, conmueven por la piedad que manifiestan hacia la mujer engañada las siguientes estrofas:

¡Todo pasó!... La tímida doncella
Que, embriagada de amor, tendió sus brazos
Al amante feliz, y tiernos lazos
Con ellos le formó; que, estremecida
De amor y de esperanza,
Escuchó la palabra enardecida
Del hombre que, incansable repitiendo:
«¡En cambio de tu amor daré mi vida!»
Iba su alma de amor enloqueciendo;
La tierna virgen que creyó, confiada
Del hombre en el amor, hacer eternas
Las horas del placer, y que creía
Que con su amor y sus caricias tiernas
Al hombre enloquecía;

¿Qué es de ella ahora? ¿Su pasión ardiente
El premio consiguió que merecía?...
¿Por qué se ve en su frente
Esa pálida sombra que revela
Un profundo dolor? ¿Por qué en silencio
Por sus blancas mejillas, antes rojas,
Esa lágrima ardiente se desliza,
Y va a ocultarse al seno,
Llevando de sus penas y congojas
Envuelto en ella su mortal veneno?
.....
.....

¡Pobre mujer! cuán grandes amarguras
Te hace el mundo apurar, desventurada,
Porque supiste amar!.....
.....
¿Qué harás ahora, desdichada y sola,
En medio de una mar enfurecida
Que te trae un dolor en cada ola?
... .

¡Ah! ¡Ved a la infeliz! Su ardiente boca,
Por horrible sonrisa contraída,
Maldice su destino, .
Y delirante y loca
Se precipita en el fatal camino
Cuya pendiente fácil y ligera
Lleva al abismo en rápida carrera.

Y ¿qué es del hombre en tanto?
.....

El hombre escucha el doloroso llanto
De la bella mujer que lo adoraba,
¡Y ni siquiera su alma se enternece!...
¡Acaba, cruel, acaba!
¡Sobre ese débil ser tu saña ejerce!
¡Quítale el resto de pureza a su alma,
Y al camino del mal su paso tuerce!
¡Húndela más en el impuro cieno
En que cruel la arrojaste!
¡Amarga más el infernal veneno
Que a beber inhumano la obligaste!
¡Es esa tu misión, hombre tirano!
Concluye, pues; la víctima te espera.
¡Llega pronto! cruel, y en su garganta
Descargue el golpe tan sangrienta mano!

En estos tiernos versos no puede menos de causar desagrado el descuido de la forma; negligencia muy común entre los jóvenes poetas de aquella época.

Torres Arce sentía en su cerebro potente inspiración, y versificaba con singular facilidad; pero adolecía del gravísimo defecto de no corregir sus composiciones.

El mismo asunto de la mujer que cae y a la cual aguardan la negra miseria y el desprecio de la sociedad, fué cantado por él en sus piezas *Amor Maternal* y *Una Historia Vulgar*. En una y otra se leen bellísimos trozos, y no escasean los versos llenos de ripios y de lugares comunes.

A la primera de estas composiciones pertenecen las estrofas que siguen:

Sin pan y sin abrigo,
Trabajando y llorando noche y día,
A solas con su hijo,
En lugar de vivir, ella moría.

Ella, que en la opulencia,
Como una reina deslumbraba al mundo,
Es casi una mendiga,
¡Siempre gimiendo en su dolor profundo!

No tiene más consuelo
Que la dulce sonrisa de aquel niño
¡Que la mira, y la abraza,
Y quiere hablarla con filial cariño!

Ella lo mira y llora,
Y a su pecho lo estrecha con ternura;
El es para su alma
Todo el amor y toda la amargura.

Todo el amor que un día
En su pecho encendió villano amante.
Todo el dolor que ahora
La doblega, a su peso, agonizante.

Pero ella, resignada,
No pronuncia una queja; silenciosa
Sus lágrimas derrama,
Cuida a su hijo y trabaja y no reposa.

Y ¿a qué con sus gemidos
El viento importunar?... ¡Nadie la escucha!

¡Contra el destino, en vano
El alma herida en su impotencia lucha!

Ella amó; su alma entera
Entregó al seductor; ¡él fué un canalla!
—¿Lo amó? Culpable es ella!
Sufra en silencio. Y ella sufre y calla.

Así castiga el mundo
A la pobre mujer que, en su locura,
Creyó el amor del hombre,
¡Y le dió, en cambio, toda su ternura!

Esta composición termina con un arranque conmovedor y digno de todo elogio.

El niño enferma de gravedad, y se halla a punto de morir.

La madre, medio enloquecida, implora a Dios para que salve a la criatura.

Un ángel baja del cielo y se esfuerza en consolar a la madre.

—«Oye, le dijo con süave acento;
Dios te quiere librar del sufrimiento,
Porque has sabido amar.
Volviendo atrás las horas que han pasado,
Te hará volver al primitivo estado
De dicha virginal.

«Volverás a tu hogar: de tu memoria
Se borrará la dolorosa historia
De tu infeliz amor.

Todos también olvidarán: dichosa
Al lado de tu madre cariñosa
Vivirás desde hoy.»

—«¿Y el hijo de mi amor? preguntó ella.
—«No dejará la más ligera huella,
Y al cielo volverá.»
Ella dió un grito, y, abrazando al niño
—«¡Ah! nó! exclamó; ¡dejadme su cariño!
No quiero nada más!»

La poesía de Torres Arce pertenecía al más puro romanticismo; y estaba impregnada de los rasgos principales de esta escuela. El poeta renuncia a menudo a su propia personalidad, y se considera dichoso anulado por la mujer que adora.

Así lo demuestra la composición que va a leerse.

A...

Vas a partir, y, en dolorosa ausencia
¡Con la muerte en el alma quedaré!
¡Vas a robarme el único consuelo
De verte alguna vez!

¡Yo que tanto te he amado, yo que solo
Quiero la vida para amarte a ti,
Loco de amor, desesperado y mudo,
Te miraré partir!

Te miraré alejarte, ¡sin que pueda
Darte siquiera mi postrer adiós!

¡Sin poderte decir que tu partida
Me parte el corazón!

Y tú, tal vez tranquila, sonriente,
No comprendes siquiera mi dolor;
¡Y, con el alma llena de esperanza,
Vas del placer en pos!

¡Ah! quiera el cielo que do quier que vayas
No encuentres otra cosa que el placer!
Goza y vive feliz, ¡que con tu dicha
Yo soy feliz también!

Mas, si tienes una hora de tristeza,
Evoca mi recuerdo, piensa en mí;
Siempre es grato saber que alguien nos ama
Como te amo yo a ti.

Siempre es grato saber que en nuestra ausencia
En nosotros alguno pensará,
Y de instante en instante nuestra vuelta
Ansioso esperará.

Anda, niña, ¡no pierdas un instante!
¡A tu puerta llamando está el placer!
¡Goza y vive feliz, que con tu dicha
Yo soy feliz también!

En las composiciones trascritas se halla representada con perfecta fidelidad la musa de Torres Arce. Cuando hayan dejado de ser todos sus parientes cercanos y todos sus amigos, el único recuerdo que quedará de él será un prolongado himno de amor.

Don Domingo Arteaga Alemparte, en la introducción que escribió para el volumen de las poesías de Torres Arce, juzga afortunada la imitación de *El Lago* de Lamartine.

Más originalidad y mayor elevación de espíritu ofrecen las estrofas que dedica *Al Mar*. Es esta una de sus pocas composiciones que no pertenecen al género erótico. Ella nos da elocuente prueba del feliz éxito que habría alcanzado el autor, si a sus dotes naturales hubiera agregado serios estudios y una ilustración más completa.

Las piezas tituladas *El Diario de un Amante*, *Ella ríe* y *Lo que va de tiempo a tiempo*, recuerdan el estilo de Bécquer; pero, en general, en las poesías de Torres Arce, se observa más a menudo la influencia de los románticos franceses que la de las musas españolas.

Versificaba sin esfuerzo y sin fatiga. Cantaba naturalmente, como cantan las aves. Ningún poeta chileno le aventaja en la fluidez y espontaneidad de su elocución.

Don Pablo Garriga (1) descendía por línea materna de familia distinguida de Coquimbo; y por línea paterna era nieto de un comerciante catalán avecindado en la Serena.

A pesar de que muy joven se alejó del lado de su familia, recibió una educación completa, gracias a su constancia y al apoyo que le prestaron algunos parientes ricos de su madre. Empezó los estudios de humanidades en el liceo de Valparaíso, en el cual debía regentar algunos años después la cátedra de literatura; y los terminó en el Instituto Nacional de Santiago. Más tarde siguió los cursos universitarios de Derecho hasta recibir el título de abogado en 1881.

(1) Pablo Garriga y Argandoña, (La Serena, 1853; † 1893, Santiago) *Diccionario* de FIGUEROA.

Desgraciadamente, carecía del entusiasmo necesario para ejercer la profesión. Esta fué la causa de que no tuviera clientela.

En 1883, don Domingo Santa María le dió el cargo de promotor fiscal en la ciudad de Valparaíso.

Un año antes, Garriga había publicado sus poesías, que presentó al público con sendos prólogos laudatorios de don Francisco Vargas Fontecilla y de don Benjamín Vicuña Mackenna.

El primero de estos encumbrados personajes ejercía entonces el decanato de la facultad de humanidades de la Universidad de Chile. Discípulo eminente de don Andrés Bello, Vargas Fontecilla no sólo era distinguido gramático y escritor notable, sino un pensador.

Vicuña Mackenna se hallaba en el último período de su fecunda producción literaria; pero su fama, en vez de decrecer, se había extendido por todos los ámbitos de Hispano-América.

Garriga no necesitaba de tan excelsos padrinos; pues su obra encerraba verdadero mérito intrínseco. Los elogios de Vargas Fontecilla y de Vicuña Mackenna le sirvieron, sin embargo, de poderosos luminares para la venta del libro.

Se explica que el poeta haya buscado protectores. Las composiciones principales de su pluma se hallaban dispersas y no habían bastado para formarle una aureola popular.

Garriga tenía, sin embargo, conciencia de su propio valer. Más aun. Como los poetas románticos de la grande época, guardaba en su mente considerable dosis de vanidad. En las horas felices, debía creerse sin

duda superior a muchos poetas europeos de segundo orden.

Su ídolo era lord Byron. Conocía perfectamente el inglés, que había estudiado en un colegio de Valparaíso antes de matricularse en el liceo. Algunas de las traducciones de poetas británicos publicadas por Garriga merecen aplauso.

Por desgracia, el mundo de los sueños es muy distinto del mundo real en que vivimos. El poeta chileno era pobre; a menudo se presentaba mal vestido; y, lo que es peor, sobre todo en los últimos años de su corta existencia, rara vez la felicidad y la alegría le acompañaron en su modesto hogar (1).

Estaba muy lejos de ser un poeta lacrimoso; pues, aun cuando, según lo advierte Vargas Fontecilla, en el desarrollo de los temas «se deja ver un fondo de tristeza y de tierno y elevado sentimentalismo», en la mayor parte de sus composiciones el autor se aleja de las miserias y pequeñeces de la vida para contemplar el grandioso conjunto del universo físico y del universo moral.

Esta tendencia irresistible de su numen le lleva a menudo a imitar las formas retóricas de Quintana, quien ha ejercido siempre marcadísima fascinación sobre el espíritu de los jóvenes de nuestro país.

Para comprobarlo, basta leer las odas de Garriga *Al Progreso, Al Mar, A la Belleza, A la Naturaleza, A la Humanidad.*

Su lira tuvo, además, otras cuerdas, de las cuales se desprenden notas sentidas y conmovedoras. Léase, por ejem-

(1) Garriga contrajo matrimonio con la señora chilena doña Antonia Borgoño y Maroto, nieta del General don Rafael Maroto, y viuda del actor español Mackay.

plo, la elegía que consagra a la memoria de don Fernando Santa María.

A esta última composición pertenece la estrofa que sigue:

¿Por qué pasó su sombra por el mundo,
Fugaz como la imagen de la aurora
Sobre las cimas que su lumbre dora?
¿Por qué vivió un instante
Como la gota de agua suspendida
Sobre las hojas de la flor temblante?
¡Misterios del destino! Preguntadle
Por qué muere el botón antes que se abra
Espléndida y fragante su corola,
Por qué muere en el piélago la ola,
Por qué muere en los labios la palabra.
Pero... ¿él murió? ¡No ha muerto!
¿Ha muerto acaso el astro que se oculta
Detrás del horizonte?
¿Ha muerto el sol cuando su faz sepulta
Bajo los mares o detrás del monte?
¡No! El no ha muerto; nuestra alma aun le siente,
Se ve aún mil veces recorriendo el mundo
Con la eterna mirada de la mente.

Aunque no de gran vuelo, como casi todas las composiciones de Garriga, esta elegía sobresale por la corrección del estilo y por la mesura de la inspiración.

Dignas de encomio son las traducciones hechas directamente del inglés de algunas poesías orientales, como las tituladas *A Indra*, *Himno a Camdeo*, *Himno a Bhávani*. Garriga parece sentirse atraído por los sistema filosóficos de la India.

De todos modos, estos estudios revelan el esfuerzo constante del poeta para perfeccionarse en el arte predilecto de su alma.

La mejor composición de Garriga es su oda *El Poeta*, la cual fué premiada con medalla de oro en un certamen universitario.

Léanse, en prueba de este aserto, los dos trozos que siguen:

Tú vuelas (dice al bardo) como el águila altanera
Que mira al sol, cruzando los espacios;
Tú trinas como el ave en la pradera,
Gimes como la tórtola amorosa,
Sonríes con el alba
O lloras con la tarde silenciosa;
Tu voz remeda el ruido del torrente,
Ruge como la indómita pantera,
Murmura mansamente
Cual la ola al morir en la ribera;
Zumba como el insecto rumoroso
Que turba apenas el callar profundo
Del prado con su vuelo tembloroso
O como el trueno que estremece el mundo.

Refiriéndose más adelante al mar del pensamiento, el poeta exclama:

Y de ese mar inmenso y animado
A influjo de tu acento
Y por tu soplo creador lanzado,
Nace Aquiles, emblema de la guerra,
Y, guiando al combate a sus legiones,

¡Hace temblar con su corcel la tierra!
¡Y el sublime gigante Prometeo,
Tipo inmortal del hombre y su osadía,
Se alza audaz y a los cielos desafía!
Y fulgura Beatriz, símbolo eterno
Del amor, que a su bardo alumbra y guía
Por la tierra y el cielo y el infierno;
Y aparece Luzbel, tipo perenne
De indomable fiereza,
¡Que ni ante Dios doblega la cabeza!
Y el Cid, sublime tipo, se levanta
Dando ejemplo de audacia y de grandeza;
¡Y a los tiranos con su voz espanta!
Y surge Otello, y formidable avanza:
¡Engendro abominable de los celos
Que ruge de furor y de venganza!

A las veces, Garriga cae en el tono declamatorio; pero su elocución siempre es inspirada y poética.

Si hubiera vivido más tiempo o si la fortuna no le hubiera sido tan esquiva, habría tal vez alcanzado a la cumbre.

XVII

Poetas académicos.—Don Domingo Arteaga Alemparte.—Don Adolfo Valderrama.—Don Martín José Lira.—Don Eduardo de la Barra.—Don Pedro Nolasco Préndez.

En los anteriores capítulos, después de recordar la obra poética de los precursores chilenos de este género literario en la vida republicana, o sean, Camilo Henríquez y doña Mercedes Marín del Solar, se han analizado las composiciones de Sanfuentes, don Hermógenes Irisarri, don Eusebio Lillo, don Guillermo Blest Gana, don Guillermo Matta, Soffia, Torres Arce y Garriga, quienes entre los desaparecidos de la escena merecen, sin duda, preferencia, o por la fecundidad de su labor, o por la elevación de su estro, o por ambas condiciones a la vez.

Más adelante, en un capítulo especial, se estudiará a los prosadores y a los poetas, que, formados en las aulas de la Compañía de Jesús, o del Colegio de los S.S. C.C., sostuvieron desde el año de 1867 *La Estrella de Chile*, y constituyeron su hogar intelectual en una sociedad que

llevó el mismo nombre, destinada a colaborar en aquel periódico.

En las últimas páginas del presente *Bosquejo* corresponderá hacer la síntesis de los nuevos rumbos de la poesía chilena, sin perjuicio de juzgar, al mismo tiempo, a los cultivadores de las modernas rimas.

Materialmente imposible sería trazar el cuadro completo de la labor lírica ejecutada en nuestro país, ya que muy raros son los jóvenes instruídos que no empiezan a ensayar su pluma fabricando bien o mal versos sentimentales y de ocasión.

La tarea resultaría, por otra parte, estéril, y un trabajo de tal clase proporcionaría lectura en extremo fatigosa.

En cambio, de sentir es que en las breves proporciones de esta obra no haya suficiente lugar para poder apreciar las poesías de los hermanos Chacón, don Andrés y don Jacinto; las de doña Rosario Orrego de Uribe, cuya entonación lirica no desmerece de la que distingue a la señora Marín del Solar; las de don Ramón Francisco Ovalle, de don Manuel José Olavarrieta, de don Benjamín Vicuña Solar y de tantos otros bardos dignos, por cierto, de un detenido examen.

En las páginas que van a leerse serán examinadas las composiciones de un grupo selecto de escritores nacionales que, aun cuando no sobresalen por su numen poderoso, legaron a los jóvenes de nuestra época brillantes trozos de métrica castellana. Fueron ellos retóricos más bien que poetas; pero no por eso añadieron poco lustre a las letras chilenas.

Don Domingo Arteaga Alemparte, el cual ya fué presentado en su doble carácter de periodista y de orador parlamentario, debe figurar también en la galería de los

poetas (1). Carece de estro; pero refleja en sus versos la inspiración de los vates antiguos y modernos estudiados por él, con singular maestría.

Entre sus composiciones de la juventud sobresale una traducción de Lord Byron, titulada *A la muerte del General John Moore*. Este fué uno de los héroes de la guerra de España; quien cayó en el combate de la Coruña, en 1809.

Dice así:

I

No redobló el tambor de las batallas,
El canto funeral no alzó su acento
Mientras que a toda prisa a las murallas
Llevábamos su cuerpo sin aliento;
Ni de marcial descarga el estampido
Lanzó su adiós al héroe fenecido.

II

Con nuestras bayonetas le fué abierta
En medio de la noche, tumba fría,
A los reflejos que la luna incierta
Por entre la neblina despedía,
Y a la luz macilenta y pavorosa
De la sorda linterna tenebrosa.

(1) *Obras Completas*, tomo I. *Poesías*. Santiago, 1880.

III

Su helado cuerpo la mortuoria caja
Inútil no encerró, ni le envolvimos
Entre los pliegues de áspera mortaja;
En su lecho de polvo le extendimos,
Cual guerrero que duerme descuidado
En su manto de guerra cobijado.

IV

Breve fué la oración que pronunciamos,
Y ni un acento de dolor siquiera
Brotó de nuestro labio; le miramos,
El semblante sin vida ya, y la fiera,
La horrible previsión del nuevo día
En nuestra mente se elevó sombría.

V

Al disponer su angosto, último lecho
Y nivelar su solitaria almohada,
Pensamos con tristeza y con despecho
Que de odioso enemigo la pisada
Iba a hollar presto sus cenizas solas
Y a lanzarnos nosotros en las olas.

VI

De esa alma que a los cielos se ha encumbrado
Sin respeto hablarán; su cuerpo yerto

A los ultrajes no será sagrado;
¡Feliz si acaso en el sepulcro abierto
Por el amor de patria, el sueño inerte
Dormir puede tranquilo de la muerte!

VII

Mas, terminada la mitad apena
De nuestro afán estaba, cuando la hora
De la partida en nuestro oído suena,
Y del cañón la voz breve y sonora
Del enemigo anuncia la presencia
Y del súbito ataque la inminencia.

VIII

Mustios y presurosos, en la arena
El sangriento cadáver escondimos
Del héroe arrebatado a aquella escena;
Ni una línea trazamos, no erigimos
Una fúnebre loza en su memoria;
¡A solas le dejamos con sú gloria!

A la edad de veintitrés años, recién llegado del Perú, publicó Arteaga Alemparte su *Himno a la Esperanza*, que encabeza con dos versos de Víctor Hugo.

La primera parte de este *Himno* es bellísima. Juzgue el lector:

¡Misteriosa visión de blancas alas
Que te ciernes tenaz sobre mi anhelo,
Inestinguible voz, voz de consuelo,

Augur del porvenir!
¡Esperanza! purísima centella
Desprendida del seno de Dios mismo
Para alumbrar el tenebroso abismo
Del humano vivir!

Tú eres para la flor amortiguada
Por los rayos del sol de árido estío,
La cristalina gota de rocío
Que anhela por beber;
Eres para la nave que en la calma
Perezosa se mece y se fatiga,
El soplo con que viene el aura amiga
Sus linos a extender.

De la mujer que en nuestros sueños vive
Eres el tibio, perfumado aliento,
De sus blandas querellas el acento,
Sus palabras de amor,
Y su esbelta silueta, vaporosa,
Que se diseña mágica a los lejos,
A los postreros pálidos reflejos
Del expirante sol.

Eres el cielo de la cara patria,
De sus pintadas aves el arrullo,
De sus brisas fugaces el murmullo
En bosques de azahar;
Eres el campo, el río, la montaña
Que en vano busca el pobre desterrado,
Cuando cavila mustio y fatigado
A la orilla del mar.

La segunda parte de la composición, inspirada por los acontecimientos políticos de aquella época, adolece de prosaísmo y de énfasis declamatoria.

La mejor poesía de don Domingo Arteaga Alemparte es su *Oda al Dolor*, escrita a los treinta años, en la plena madurez de su espíritu.

La pieza entera se halla empapada en el concepto cristiano del dolor. Su forma métrica es la clásica silva, en que han sido vertidas todas las odas españolas.

La obra se eleva a bastante altura; pero carece de intensa emoción. Ha sido compuesta con el cerebro, no con el alma.

A esta *Oda* pertenecen las dos estrofas que siguen:

Rubia como la espiga
De opima, rumorosa sementera,
Fresca como en estío sombra amiga,
Süave cual la luz de primavera,
Alza la frente la feliz infancia,
De su candor, de su festivo anhelo
En el hogar vertiendo la fragancia.
De su indolencia el velo,
¡Dolor! no has desgarrado todavía.
Aun no comprende tu terrible nombre.
Mas, su dormido corazon un dia
Tocas, y el niño se convierte en hombre.
No de otra suerte, de Moisés tocada,
La peña del Horeb brotó raudales
De líquidos cristales,
Y en fuente de frescura fué trocada.

¡Dolor! de tu candente
Crisol, vuelto en escoria
Sale el ánimo tímido, impotente,
Y de inmortalidad salen radiosos
Los seres generosos
Que iluminan los siglos de la historia.
De Tácito la frase vengadora
En tus ardientes fraguas retemplaste;
De Juvenal la sátira canora
En acerado ritmo modelaste.
En la copa de Sócrates tu sello
De eternidad pusiste.
Tu inextinguible, cálido destello,
De la fiel Eloísa, de la triste
Magdalena en las lágrimas fulgura.
Y de Dante sombría la figura
Lleva en sienes altivas
Tu corona de amargas siemprevivas.

Nadie ha juzgado con mayor exactitud las poesías de Arteaga Alemparte que don Rafael Egaña (1).

He aquí sus propias palabras. «Poeta casto. Ha cantado a la Patria, a la madre, al dolor, a la esperanza. Después de eso ha cantado al amor, pero en abstracto, puro, grande, buscando lo ideal. Aun en el amor, esta sublime locura del alma, Domingo Arteaga era sobrio, reflexivo, ¡iba a decir académico y clásico!»

Don Adolfo Valderrama (2) era hijo de un distinguido

(1) Artículo publicado en *El Nuevo Ferrocarril* y reproducido en el tomo de poesías de Arteaga Alemparte.

(2) *Adolfo Valderrama y Sáenz de la Peña.* (Serena, 1834; † 1902, San-

médico español, de quien heredó notables aptitudes literarias.

Nuestro compatriota empleaba en sus obras en prosa un estilo que, a pesar de ser a las veces algo declamatorio, se asemejaba al estilo elegante, correcto y bien cortado de don Eugenio de Ochoa. En sus versos imitó a menudo a Campoamor.

Valderrama empezó a estudiar humanidades en el liceo de su ciudad natal y las terminó en el Instituto de Santiago. Siguió la misma profesión de su padre. A mediados de 1859 alcanzó el título de médico-cirujano.

Durante más de cuarenta años ejerció tan noble profesión, a la cual se sentía atraído por tendencias irresistibles de su propia naturaleza. La medicina le ofreció siempre vasto campo, donde su gran talento luchaba por descubrir los misterios de la enfermedad, y donde su espíritu filantrópico no descansaba hasta poder calmar toda clase de dolores.

Este médico perpicaz e ilustrado encerraba un verdadero poeta. No de alta inspiración, su musa se complacía en la poesía anacreóntica. Así se explica su entusiasmo por el cantor de las *Doloras*.

La lira de Valderrama se halla perfectamente caracterizada en las dos siguientes composiciones.

¿Qué es amar?

(En un album)

En medio de un mar de flores,
Que mecía blando el viento,

---

tiago). — *Introducción* a sus obras escogidas en prosa, en el volumen 8.º de la *Biblioteca de Escritores de Chile*, por don Enrique NERCASSEAU Y MORÁN.—*Diccionario* de FIGUEROA.

Me habló una mujer de amores,
Y yo que, entre mis dolores,
Nunca probé el sentimiento
De que ella tierna me hablaba,
En triste melancolía,
Tímido, no contestaba;
Porque inocente creía
Que esta vida era un tormento
Donde el corazon sediento,
Muriendo de amor, vivía.
Mas ahora que tan lejos
Estoy del candor primero,
Permíteme que, sincero,
Del tierno amor los reflejos
Deje en tu libro hechicero.

¡Amor! llama inextinguible
Que abraza la vida humana,
Vida del alma sensible,
Impulsión irresistible
De otra impulsión sobrehumana;
Aura ligera que gira
En torno del alma inquieta,
Ilusión del que delira,
Inspiración del poeta
En cuyos versos suspira.
El es la dicha primera
Que en nuestras desgracias brota,
Cuando la mar altanera
Nuestra débil barca azota.

Todo lo abraza su vida;
Con él nuestra alma se enciende,
La flor a sentir aprende,
En el jardín escondida,
Y el ave el amor comprende.
El mar, entre cuya bruma
Calma su ardiente clamor,
Llega a la orilla, y su espuma
Murmura cantos de amor.
Lanza la flor su perfume,
El ave en los bosques vuela,
Y en oración se resume
La agitación que consume
Al mar y a el alma que vela:
Y ese perfume, ese vuelo,
Esa interna agitación,
Es el amor, el consuelo,
Es esa chispa del cielo
Que nos quema el corazón.

Amar para el alma mía
Es gozar y padecer,
Amar es mezclar el llanto
De nuestra melancolía
Con las perlas que el encanto
Dió a la faz de la mujer.
Amar es toda la vida
Del universo infinito:
El amor es la existencia,
Es una trova sentida,
Es un misterioso grito
De nuestra propia conciencia.

Amar, en fin, es sentir
Lo que no es dado expresar:
Es el placer del sufrir,
Es ver que se puede hallar
Junto al horror del morir
Toda el ansia del gozar.

El cura de la aldea

—Señor cura, postrada me confieso,
Con humildad sincera:
Fuí joven, fuí querida y festejada
Por mi rara belleza...

Y eso ¿qué tiene? Contestó el anciano,
Al través de la reja.
—Tiene, qué veo (replicó la dama),
Blanquear mi cabellera;

Que agostaron los años mi frescura,
Que la vejez se acerca;
Que se escapan, ingratas, de mi rostro
Las rosas y azucenas.

—Y eso ¿qué tiene? repitió impaciente
El cura de la aldea.
—Que no sé resignarme, señor cura,
Que me faltan las fuerzas;

Que, al mirarme al espejo, me entristece
Mi blanca cabellera...
—Y ¿qué quieres?—Yo busco algún remedio
Que consuele mis penas.

—¿Habéis amado?—Mucho, señor cura.
—¿Tenéis el alma buena?
¿La conservásteis pura en las caídas
De la humana miseria?

—Amé, señor, y en lágrimas bañada,
Gocé dichas supremas,
Y en mi llanto ardoroso halló mi pecho
Fuente de dichas nuevas:

Amé, y en el amor que aun guarda el alma,
En su inmortal grandeza,
Sentí del bien el celestial perfume
Empapar mi existencia...

—Vé en paz y nada temas, hija mía,
La vejez nunca llega
Para esas almas; que para ellas se hizo
La juventud eterna.

Don Adolfo Valderrama colaboró con hermosas poesías en casi todos los periódicos literarios publicados en Santiago, desde *El Museo* de Barros Arana, que apareció en 1853, hasta *La Revista Nueva* de 1900.

Los versos antes trascritos pertenecen al volumen en que, con el título de *Al amor de la lumbre*, recogió sus mejores composiciones en el año de 1881.

Leyendo con cuidado las páginas de este libro, se encuentran a menudo delicados trozos de exquisita ternura.

Léase, por ejemplo, la estrofa X de la oda *A la Virtud:*

Bella luz que colora
De la inocencia la virgínea frente
Con pedazos de aurora:
Temblor que el labio ardiente
Agita de la joven desposada
Al presentir medrosa,
Ante el altar postrada,
De esposa y madre la misión hermosa:
Pudor de la doncella,
Que, el lazo al recibir del himeneo,
Se siente estremecer tímida y bella
Al impulso de incógnito deseo:
Sonrisa fresca y pura
De la esposa que colma su ventura
Al sentir el rumor de alas extrañas
En la palpitación de sus entrañas:
Angel que guarda del hogar bendito
La misteriosa puerta,
Imponiendo silencio al torpe grito
De la calumnia fría y encubierta:
En cualquier forma, augusta soberana,
Serás del bien el generoso aliento,
Fulgor del pensamiento,
Brillante sol de la existencia humana.

Aunque en algunos de estos versos faltan los vocablos precisos, las vibrantes expresiones y el colorido evocador, todos ellos ofrecen, en cambio, artística graduación de escenas y sentimientos.

Valderrama manejaba con maestría el verso suelto; y de ello dan espléndida prueba las piezas tituladas: *A un amigo en la muerte de su hija* y *Ausencia*.

La primera de ella empieza así:

Padre infeliz, conozco tus pesares,
He palpado tus lágrimas: acaso
La hir iente sangre que en tu seno cae
Pueda yo restañar. Mi voz escucha,
Y piensa que ella, al resonar llorosa,
Voz es de amigo que un tributo paga
A otro amigo querido. De mis ojos
Brotó también el llanto; soy tu hermano:
Que hermanos son los que el dolor sufrieron.

De la misma composición es una de las mejores estrofas la que va a leerse:

La muerte llega
Y abre las puertas de la eterna vida.
Vive el que muere. La existencia marca
La huella del dolor en nuestra frente.
Pasan los años; tembloroso el hombre
Llega a la tumba y espantado cae
En su fondo insondable. Mas... tu hija,
Que era ángel de pureza, sonriendo,
Hasta el momento de expirar, quedóse,
Como si, fatigada, los juguetes
Dejado hubiere por dormir; sí, amigo,
Parecía dormir; sobre sus labios
Aun jugueteaba la infantil sonrisa,
Y el querubín, guardián de la inocencia,
El rostro le cubría con las alas,
Cual si temiera que la brisa errante
Turbar pudiera su tranquilo sueño.

Digna, por último, de caluroso aplauso, merece ser recordada su traducción de Hejesipo Moreau, poeta francés de principios del siglo XIX. Se titula *En la muerte de una alumna de siete años de edad.* En esta composición, Valderrama se excede a sí mismo, tal vez por la virtud del original, tal vez por la naturaleza del tema, muy apropiado a las dotes del traductor.

Valderrama era brillante prosista. Así lo atestiguan sus elogios de los doctores Sazié y Petit. Había traído sin duda al nacer el germen de un dominio completo de la lengua de sus mayores.

El *Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena*, que presentó como memoria a la Universidad en 1866, encierra una labor de considerable mérito, no sólo por sus acertadas críticas, sino también por sus prolijas investigaciones. Algunos de los capítulos de este libro, el cual ya cuenta medio siglo de edad, pueden consultarse hoy mismo con provecho. Las páginas que Valderrama dedica a la poesía del pueblo ofrecen datos interesantísimos.

Don Adolfo Valderrama cultivó asimismo el género novelesco; pero no sobresalió en él. Su *María*, compuesta en forma epistolar, se extiende en divagaciones sentimentales que fatigan la atención del lector.

Valderrama perteneció a dos facultades universitarias: a la de medicina y a la de filosofía y humanidades. Poseía todas las condiciones de un verdadero académico.

Durante algunos años desempeñó las funciones de secretario general de nuestra Universidad.

La Real Academia Española de la Lengua, al nombrarle correspondiente, premió en él al cultivador correctísimo del idioma castellano y al egregio literato. Este fué el más alto galardón que recibió en su vida.

Valderrama tomó alguna participación en la política de su país, y llegó a ser Ministro de Estado y Senador de la República; pero en el foro no cosechó más que desengaños y persecuciones. En nuestros tiempos, es raro que un mismo ciudadano se distinga en varios campos a la vez. Valderrama sobresalió en el ejercicio de la profesión de médico y en la carrera de las letras. Se le habria podido predecir un fracaso seguro en los comicios populares.

Las revistas son como tertulias literarias en que ordinariamente dan a conocer sus primicias los jóvenes poetas o prosistas; de igual suerte que las niñas de edad de quince años se presentan por primera vez en sociedad en los salones de baile.

En *El Semanario* de 1842 y en la *Revista de Santiago* fundada por Lastarria, empezaron la carrera de las letras distinguidos escritores que más tarde debían alcanzar inmarcesibles laureles.

El Museo de Barros Arana constituyó asimismo un semillero de buenos literatos. Allí estampó sus primeros versos don Adolfo Valderrama; y allí se inició en la misma senda don Martín José Lira (1).

Como Valderrama, este último no se hallaba dominado por un estro poderoso; pero lució, sin duda, mayor originalidad que él.

Lira se educó en el Instituto Nacional; y, estimulado por su padre, siguió el curso de leyes. En 1854 alcanzó el título de abogado.

Huelga asegurar que sentía antipatía por esta profe-

(1) *Martín José Lira y Rencoret.* (Santiago 1833, † 1867 Valdivia).—Noticia escrita por su hermano Pedro en el volúmen de sus *Poesías.* Santiago, 1868.

sión, la cual había abrazado en obediencia al autor de sus días. Durante algún tiempo desempeñó las funciones de relator en la Corte de Apelaciones de Santiago; y más tarde, las de juez de letras en Valparaíso y en Illapel.

Minado desde su juventud por un mal estraño, Lira sentía en su alma desconsuelos y tristezas que involuntariamente le hacían dar a todos sus versos colorido melancólico.

En vano realizó en 1859 un viaje a Europa, a fin de robustecer el organismo debilitado; pues pocos años después de su regreso a la patria cayó vencido por la enfermedad.

Don Martín José Lira revela especial maestría en la composición de los sonetos.

Hé aquí tres de ellos, escritos en diferentes épocas de su vida.

Eternidad ¡idea misteriosa!
¿Existe acaso para el alma humana,
O es tan sólo una sombra, ilusión vana,
Que en su sed de vivir al hombre acosa?

¿Es acaso la tumba silenciosa
Crepúsculo que anuncia otra mañana,
O la noche sin fin que al hombre hermana
Con el inerte polvo en que reposa?

¡La eternidad! ¿es aéreo monumento
Que en su ambición el hombre se ha forjado
Para consuelo de su triste suerte?

¿Será también un vano pensamiento
Cuanto grande la mente allí ha encerrado?
Y solo eterno y real será la muerte?

Ruinas

Truncas columnas, torres abatidas,
Del arte un día altivos monumentos,
¿Por qué en el alma grandes pensamientos
Despiertan vuestras piedras denegridas?

Si en la sombra del tiempo ya perdidas
Vuestras glorias están, vuestros portentos;
Si os baten sin piedad lluvias y vientos,
¿Por qué aun os ostentáis ennoblecidas?

Mas ¡ya!, no es del que vence toda gloria;
El débil que luchó también es fuerte,
También de grande mereció el renombre.

Grandes por eso son; pues en la historia
Representáis, imágenes de muerte,
¡La lucha de los siglos con el hombre!

En el tercer soneto que va a leerse domina, como en los anteriores, la preocupacion de la muerte.

¡Oh! déjame en silencio contemplarte.
Déjame oir el delicioso acento
Con que vierte tu labio el pensamiento,
Y con tus mismos ecos arrullarte.

Deja en mi pensamiento idealizarte,
Aunque haya de sufrir rudo tormento;

Pues, siendo el ideal del sentimiento,
¡Cuándo mi corazón podrá alcanzarte!

Deja, al través de tus brillantes ojos,
Penetrar hasta el fondo de tu alma,
Y abrasarme en tus vívidos destellos.

¡Tiene el vivir sin ti tantos enojos,
Que ya, sin esperanza de la calma,
Quiero morir; pero morir en ellos!

Lira ha traducido con fidelidad a Lamartine en los versos titulados *Oración del niño al despertar*.

Numerosos poetas han cantado a la mujer cuando experimenta las primeras delicias del amor.

Como era propio de su estilo, Lira se siente inspirado en presencia del ataúd que guarda el cuerpo de una doncella.

Estas estrofas, que llevan por título *En la muerte de una niña de quince años*, son dignas de elogios.

Otra pieza de la misma época, *A un niño loco de nacimiento*, encierra bellísimas ideas, empapadas de amargura.

Merecen recordarse las siguientes estrofas:

¡Y el mundo dice, niño, que eres loco!
¡Loco, porque su voz en ti no halla eco;
Porque de sus pasiones
Ni el átomo más leve abriga tu alma;
Porque juzgas visiones
Su bien mentido, su mentida calma!

¡Loco, porque no ríes con su risa,
Ni lloras, afligido, con su llanto;
Porque no te enajena
Este efímero bien que, necio, adora;
Porque aguardas sin pena
La inmarcesible aurora
Que ha de romper tu terrenal cadena!

¡Loco, porque el rumor de sus festines
No halaga, suave y blando, tus oídos,
Que, aun castos, se regalan
Con los sublimes e inefables sones
Que, en dulces vibraciones,
Del coro de los ángeles se exhalan!

.. ..

¡Y eres loco, en verdad, y cuerdo el mundo!
¡Oh! cuerdo, sí, muy cuerdo! ¡Si pudieras
Tan sólo un breve instante,
Angel puro, olvidar tu noble origen,
Y tu mirada errante fijar, y ver al hombre
Marchando siempre en pos de las quimeras,
Que su razón y sus acciones rigen!

La composición más conocida de Lira es la que dedica *A un ave herida*. No puede negarse que se halla escrita con exquisita delicadeza.

Concluye así:

Quédate, pobre avecilla,
Suspendida en esta rama,

Oculta, como en el sueño,
Tu cabeza bajo el ala.

Así dormida te crean
Tus inocentes hermanas,
Y ni con pavor te huyan,
Y ni te olviden ingratas.

Mas antes vengan en coro
Una tras otra mañana;
Y, al verte siempre dormida,
Arrúllente con sus cántigas.

No el llanto, dulce concentos
Pueblen tu última morada:
¡Sólo el hombre, el rey, el grande,
Mendiga en su tumba lágrimas!

A pesar de la altivez que revelan estos últimos versos, don Martín José Lira no sólo fué amado por sus parientes cercanos, sino también por sus numerosos amigos; y la temprana tumba que recibió sus restos ha sido objeto de conmovedoras manifestaciones de cariño y de dolor.

Don Eduardo de la Barra (1) fué un genuino literato español, aun cuando sus antepasados de esa nacionalidad se hallaban distantes. Manejaba la lengua de la Península con tal elegancia que parecia haber nacido en Castilla.

Atribuía de la Barra las condiciones literarias de prosador y de poeta que nadie le negó al hecho de descender

---

(1) *Eduardo de la Barra y Lastarria.* (Santiago, 1839; † 1900, Santiago). —*Diccionario* de Figueroa; i *Rasgos Biográficos* de Leonardo Eliz.

de la familia López y Guerrero Villaseñor, a que perteneció por ambas líneas.

Dos señoras de estos apellidos, hermanas del dominicano fray Francisco López, célebre improvisador de la colonia, fueron abuelas suyas.

Tarea difícil y casi imposible seria la de averiguar con certidumbre de dónde procede el talento en una persona, por más conocida que ella sea; pero, en el presente caso, más que a las sobresalientes cualidades de los López y Guerrero Villaseñor corresponde derivar de las probadas dotes del publicista arequipeño don Miguel José Lastarria las que poseyó su biznieto don Eduardo de la Barra. Para asegurarlo, no faltan pruebas; y la que más convence suminístrala un miembro de aquella familia que mamanifestó un talento literario indiscutible, o sea, don José Victorino Lastarria, tío y suegro del poeta de la Barra.

Don José Victorino no contó entre sus abolengos a los López y Guerrero Villaseñor; pues su padre era Lastarria y Cortés, del primer matrimonio del ilustre criollo de Arequipa, y, es necesario confesarlo, en la idiosincracia de don Eduardo de la Barra se observa mucho de la índole peculiar a su benemérito padre político.

«Carácter dotado de todas las altiveces y todas las delicadezas del amor propio, dijo de Lastarria en párrafo antes trascrito don Domingo Arteaga Alemparte (1), este sentimiento (su amor propio) ha llegado a adquirir en él proporciones exageradas, estimulado por el rudo e incesante batallar contra los multiplicados adversarios que ha hallado en su camino.»

Este imparcial juicio puede aplicarse en toda su exten-

(1) *Los Constituyentes de 1870.*

sión a de la Barra, sin que por esto dejen de advertirse entre uno y otro escritor diferencias marcadas en el proceder.

Lastarria, exasperado por la contradicción, sentía en su alma el fuego del maestro a quien se niega autoridad; y, como lo expresa Arteaga Alemparte, «con un dogmatismo contundente», él siempre quiso «imponer antes que persuadir».

De la Barra, de espíritu más agil y flexible, provisto de inagotables recursos de dialéctica e ironía, usaba de ordinario en la polémica dardos enherbolados, con que ponía en ridículo a su adversario. No hablaba *ex-catedra;* antes bien, bajaba a la palestra, y lanzaba con rapidez las innúmeras razones que se presentaban a su pluma. A falta de argumentos positivos, imaginaba pruebas de artificio, que disparaba sin temor, con el objeto de confundir al enemigo.

Era un polemista temible. En toda su producción literaria, la controversia fué el género en que alcanzó mayor pericia.

A fin de conseguir sus fines, de la Barra no vacilaba en emplear ardides varios. Así, a menudo luchaba con nombre encubierto. Se conocen cuarenta y cinco seudónimos usados por él (1).

Entre los folletos y artículos de combate que prodigó en la edad madura, han quedado célebres sus cartas sobre los jesuítas, un libro titulado *Francisco Bilbao ante la Sacristía*, su libelo sobre *El Radicalismo Chileno*, y la desapiadada campaña que emprendió contra un grupo de

(1) Emilio Vaïsse, *Bibliografía General de Chile.* Véase el artículo sobre don Eduardo de la Barra.

distinguidos profesores extranjeros contratados por el Gobierno para el Instituto Pedagógico, y los liceos del país. En este último caso combatió lo que él definía *el embrujamiento alemán.*

Pero la más esencial de las oposiciones entre el publicista Lastarria y el polemista de la Barra se halla en la conducta pública de uno y otro. El primero fué un doctrinario invariable, siempre consecuente con los principios, dentro o fuera del Gobierno, desde la cátedra o en el libro.

Fundó el liberalismo chileno y fué siempre fiel a su partido.

De la Barra empezó por afiliarse al radicalismo, y concluyó su carrera entre los leales del Presidente Balmaceda. Durante una larga época perteneció al partido de Lastarria, pero no sin incurrir en graves y frecuentes actos de indisciplina. Así se explica que ninguna agrupación trabajó por darle asiento en el Congreso Nacional.

Es justo reconocer, sin embargo, que de la Barra es un esforzado adalid de la libertad del pensamiento.

Ni una sola línea escrita por él desmiente esta profunda convicción de su alma.

Conviene, de igual suerte, recordar que, habiendo sido de los más activos obreros en las logias de la masonería, alcanzó en su seno altísimo grado.

Uno de los rasgos que le caracterizan es su anhelo por averiguarlo todo y por conocerlo todo, en la forma más completa posible. Figura entre los convencidos del magnetismo.

De la Barra cultivó e ilustró su inteligencia desde muy temprano, cuando sólo disponía de escasos bienes de fortuna.

Empezó su educación en los colegios ingleses de Valparaíso, con el propósito de seguir la carrera del comercio; pero, con mejor acuerdo, incorporóse más tarde en el Instituto Nacional de Santiago, donde estudió matemáticas y humanidades.

Quería abrazar la profesión de ingeniero. Las necesidades de la vida le obligaron a detenerse en el camino. Sólo en 1869, a la edad de treinta años, alcanzó el título de ingeniero geógrafo.

Entretanto, desempeñó en el Instituto los empleos de inspector y de profesor suplente de diferentes ramos, a saber, literatura, historia y matemáticas elementales. Su maestro, don Miguel Luis Amunátegui, le confió, cuando de la Barra era aún muy joven, la dirección de su clase por algunos días.

La precocidad de don Eduardo de la Barra fué sorprendente. Se distinguió siempre como un estudiante ejemplar y como un lector infatigable.

Poseía todas las condiciones necesarias a un buen maestro. Y lo fué de primer orden en el mismo Instituto, donde suplió a Barros Arana en 1876, en la cátedra de historia literaria.

Amaba a sus alumnos, y éstos sabían corresponderle. De la Barra tenía la unción del educador.

Conocidas las disposiciones de su carácter, es fácil imaginar cómo se sentiría de satisfecho, rodeado de discípulos; los cuales, incapaces de contradecirle, bebían sus palabras y admiraban sus conocimientos.

A principios de 1877, el Ministro de Instrucción Pública don Miguel Luis Amunátegui le nombró rector del liceo de Valparaíso. En este colegio, de la Barra regentó diversas cátedras de matemáticas y de letras humanas.

Nadie sin injusticia podría negar que fué un notable rector. Esta es la fase más honrosa de su vida pública.

Prestó otros servicios al progreso de su país. Desempeñó las funciones de jefe de sección en el Ministerio de Hacienda, de profesor de matemáticas en la Escuela Militar, de secretario en la Exposición Internacional de 1875 y de director en la Sociedad Nacional de Agricultura. En 1882, don Domingo Santa María le nombró encargado de negocios ante el gobierno del Uruguay. En todos estos puestos dejó huellas de inteligente labor.

Después del triunfo de la revolución de 1891, trasladóse a la República Argentina, y allí ejerció por algunos años el rectorado del Colegio Nacional de Rosario de Santa Fe.

Desde las aulas del Instituto, y por espacio de cuarenta años, de la Barra cultivó las letras y en particular la poesía. La publicación de su labor suministraría materia para algunos volúmenes.

En el periódico fundado por don José Antonio Torres con el nombre de *El Correo Literario*, que apareció en Santiago en 1858, insertó composiciones en verso de escaso mérito. Su verdadera iniciación debe buscarse en *La Semana* de los Arteaga Alemparte, en la cual dió a luz los *Delirios de Safo*.

En estas estrofas, de la Barra manifiéstase inspirado y poético. Es sugestivo, sin embargo, que encabece sus versos con una estrofa tomada de los *Ultimos Cantos de Safo* de don Guillermo Matta, a quien imita.

Matta era entonces el ídolo de la juventud. De la Barra, cuya alma sensible pertenecía a la escuela romántica, vivía subyugado por el fascinador prestigio de aquél; y

trataba de seguir sus huellas, así como las de Zorrilla y Espronceda.

Por desgracia, en la lira del joven vate hacían falta las cuerdas sonoras.

En el certamen poético abierto por el *Círculo de Amigos de las Letras*, en 1859, de la Barra obtuvo el accésit con su oda *A la Independencia de América*. Debía ser el triunfador obligado en esta clase de lides. Alcanzó un primer premio en el certamen que el mismo *Círculo* promovió en homenaje al naturalista chileno Molina en 1875; mereció que la *Academia de Bellas Letras* concediera el primer lugar a una balada y a un himno compuestos por él para celebrar la exposición de aquel año; y, por fin, fué laureado en diferentes torneos que costeó el generoso Mecenas don Federico Varela.

En su oda *A la Independencia de América* puede comprobarse la influencia de don Guillermo Matta.

De la Barra no ocultaba la admiración que entonces sentía por él. Muy conocido es el canto que le consagra; el cual empieza de este modo:

Aguila audaz del cielo americano
Es, poeta, tu ardiente fantasía;
La libertad tu mano
Sobre las cuerdas guía,
....

A mediados de 1866, cuando sólo contaba veintisiete años, de la Barra pudo ofrecer a sus amigos y discípulos un volumen de versos de más de trescientas páginas.

En la primera de ellas se lee esta dedicatoria:

Al señor don José Victorino Lastarria.—«Señor: Séame permitido manifestarle mi gratitud, en público y en privado, bajo las formas que estén a mi alcance, a Ud. a quien debo la luz benéfica y el calor fecundante del estímulo y de la inspiración, y el ambiente de amor que me circunda.—Su amante hijo, *Eduardo de la Barra Lastarria.*—Santiago, Mayo 31 de 1866».

Quien había sido maestro de las nuevas generaciones liberales también lo fué del brillante escritor que a los lazos del parentesco consanguíneo añadió los de hijo político en 1864. De la Barra contrajo matrimonio con una de las hijas de aquel egregio publicista.

El primer tomo de versos publicado por de la Barra es mucho más espontáneo y natural que los que dió a la estampa en la edad madura.

En sus composiciones juveniles los principales sentimientos que se disputan su alma de poeta consisten en las pasiones amorosas propias de un adolescente, y en una profunda antipatía hacia los monarcas que en aquella época pretendieron destruir la independencia de Hispano-América.

A esta segunda serie pertenecen las hermosas estrofas tituladas *La América* y *A Cuba.*

Como Matta, de la Barra incita a los americanos a tomar las armas.

Vírgen del mundo, fúnebre corona
Cubra tu yelmo, y el crespón tu lanza
Y desde Arauco hasta la ardiente zona
Su campo ordena y a la lid avanza.
Canto de muerte, varonil entona,
Canto de libertad y de venganza,

¡Y en las cuerdas de bronce de tu lira
Truene del Sinaí la ardiente ira!

¡Libertad! libertad por la ancha tierra
Lleve en sus alas presuroso el viento.
¡Ensanche el corazón la voz de guerra
Y estremezca los montes en su asiento!
Esa voz que a los déspotas aterra
Vibre en Europa con robusto acento,
Y funda, omnipotente, en una sola
De Norte a Sur la América Española.

Tres octavas más completan la composición.

El canto *A Cuba* se halla formado de varias partes. La primera de ellas es sin disputa la más galana.

Muy celebradas son las quintillas que así empiezan:

Índica región florida,
Envuelta en diáfano chal,
Que muellemente tendida
Pasas la indolente vida
Bajo un cielo tropical...

Entre los versos amatorios, *La Ingratitud* encierra delicadas estrofas, que hacen recordar las letrillas de Góngora y las anacreónticas de Meléndez Valdés.

En prueba de ello, léanse los versos con que empieza aquella composición.

Quien el amor quiera
Con desdén pagar,
Puede que desdenes
Tenga que llorar.

Así un tierno amante
Al partir cantó,
Al pie de la reja
De su ingrato amor.

Con desdén la bella
Oye la canción;
Pero el triste canto
Su sueño turbó.

Quiere ella olvidarlo,
Y no puede, nó,
Que el canto sentido
Llegó al corazón.

Y, aunque no se duele
De ajeno dolor,
Le dice al oído
Misteriosa voz:

Quien el amor quiera
Con desdén pagar,
Puede que desdenes
Tenga que llorar.

De la Barra se revela siempre más retórico que hombre de sentimientos hondos.

Desde muy joven poseyó extraordinaria habilidad en el arte de versificar, y prodigiosas dotes para apropiarse el estilo y las ideas de los poetas cuya lectura despierta su interés.

En ocasiones, limítase a cantar el mismo tema que ha

inspirado a otros. Así, en 1860, estampó en un album su composición *El junco y la violeta*, que trae a la memoria las estrofas de don Eusebio Lillo.

Don Luis Rodríguez Velasco (1) describe de esta suerte la flexibilidad que caracterizaba las poesías de quien era su amigo y coetáneo.

«Para mí, advierte, lo más admirable y casi incomprensible es la facilidad de Eduardo para tomar todos los tonos. Sus versos de juventud son de índole, estructura y escuela completamente distintas de los de hoy (1889); y hoy mismo, si tomo cuatro, cinco o seis de sus composiciones, y las doy a leer a críticos entendidos, me asegurarán que son de otras tantas personas diferentes (2).»

En realidad, de la Barra no fué poeta original; pero sí a veces un imitador inimitable.

Don José Victorino Lastarria, según antes se ha observado, careció también de verdadero numen poético. Si a esto se agrega que nunca fué maestro en el arte de versificar, se advertirá en el acto la diferencia que existe entre él y su hijo político.

Don Eduardo de la Barra debió tal vez sus excelentes cualidades de versificador a las influencias atávicas que él señalaba, ya que el fondo esencial de su alma provenía de diversa estirpe.

Nunca desplegó mayor destreza para expresarse en ajeno estilo que cuando presentó sus Rimas (3) al certa-

(1) El señor Rodríguez Velasco es una joya de nuestra sociedad. Pertenece a la Academia Española y a la facultad de humanidades de la Universidad de Chile. En 1909 publicó una edición definitiva de sus *Obras Poéticas*.

(2) *Rasgos Biográficos* de Eliz, pág. 13.

(3) Estas *Rimas* aparecen publicadas en el primero de los tomos de *Poesías* que dió a la estampa en 1881.

men Varela de 1887, y osó competir con notables artistas en el género de que fué tipo Gustavo Adolfo Bécquer.

De la Barra alcanzaba en esta época la plenitud de su maestría en la versificación.

La mayor parte de las piezas de las dos colecciones compuestas por él para el certamen merecen elogio. La principal dificultad es elegir, para quien quiera entresacar ejemplos.

La *Introducción* a las *Rimas* firmadas con el seudónimo de Job se halla compuesta con exquisita elegancia.

El lector comprobará en las estrofas que va a leer, las cuales pertenecen a otra de las piezas, cómo es verdad que de la Barra supo empaparse en los sentimientos de Bécquer.

¡Cuánto lloré en silencio no lo saben
Ni nunca lo sabrán!
Las olas de la mar menos amargas,
Las noches del insomnio menos largas
Que mi dolor serán.

Las noches a las noches se suceden
Y no pueden faltar;
Las olas tras las olas van rodando,
Pasan, pasan y pasan, y por siglos
Rodando seguirán.

Así en mi pecho en sucesión perdida
Las horas, sin cesar
Pasan y pasan en revueltas ondas,
Sus crestas blancas y espumosas blondas
Tendiendo en alta mar.

Y cuando muera, mi cadáver yerto
Jugando llevarán,
Y mi alma vagará en la noche obscura,
Y llorando, llorando su amargura
Los siglos la verán.

—¿De quién ese dolor y esa honda queja
Tan triste como el mar?
Navegante de mares sin riberas,
¿Quién eres tú, que descansar no esperas?
—¡Yo soy la Humanidad!

Las *Rimas Laureadas* forman la primera parte del primero de los tomos de *Poesías* que el autor publicó en la madurez de su vida.

La segunda parte del mismo volumen es superior a aquélla no sólo por la emoción que despiertan algunas de sus rimas sino porque tienen más variedad.

Léanse las dos composiciones que siguen:

En la tumba

Veinte años he soñado con un muerto
Que mi alma a otras regiones se llevó.
Bajé a su tumba... ¡Era ella!... Blanco lirio
Que la muerte escogió.

Con los brazos cruzados sobre el pecho,
Sujetando en las manos una cruz,
Parecía dormida, en el mullido
Raso del ataúd.

Blanca como la cera, los cabellos
Caídos sobre el cuello de marfil,
Entreabiertos los labios, parecía
De nuevo sonreir.

La nariz perfilada, y entornados
Los ojos, cual si fuera a despertar...
¿Dormía?...Sí; su seno suavemente
He visto palpitar.

Y me acerqué, ya viejo, a aquella imajen
De mi pasada juventud gentil...
¡Esta fué la mujer que tanto he amado!
¿Si pensará ella en mí?

A mis ojos, la espléndida belleza
Ella es aún, que el alma me robó.
¡Era la misma de antes!... Fuí a besarla,
Pero... ¡ya no tenía corazón!

Imagen

La niña pura, ardiente, enamorada
Besó un botón de rosa;
Y, al contacto del beso, aquel capullo
Abrió a la vida su gentil corola.

Encendióse su pálido rosado,
Cual tu mejilla si el rubor la toca,
Y cundió por su ser viva la llama
Que a tus ojos asoma
Si enamorada miras; luego, suave

Como el aliento de tu fresca boca,
Embalsamó el ambiente
Con su exquisito aroma

Como tú, delicada,
Parecióme la flor encantadora
Ser de tu ser, y, como imagen tuya
Fresca y gentil, y pura y deliciosa

Cuando tú me la diste pensativa
Palideció en mis manos, cual tú ahora;
Fui a besarla, toquéla, ¡se deshizo!...
¡Qué imagen de tu amor, pálida rosa!

La perla del tomo se intitula *¡Madre mía!*
Hé aquí algunas de sus estrofas:

El beso de la muerte
Sobre mi frente siento;
Yo contigo converso, Madre mía,
Y tú me abres los brazos desde el cielo.
—«Piensa, medita, y, hacia atrás mirando,
El camino que has hecho
Recorra en un instante
Como rayo de luz tu pensamiento.»
Así tú me dijiste, y de la cumbre
Tendí veloz el vuelo
Por la árida llanura
Donde corrió mi vida. Vi a lo lejos
La huella de mis pasos en la arena
Do mis días felices florecieron;
Vi la corriente mansa

Del río de mi vida, claro espejo
Donde mi quieta juventud se mira,
Consagrada al estudio y al severo
Deber, a los humanos,
Sabia Naturaleza, por ti impuesto.

.....

¡Ah! Madre mía, si mis ojos lloran
Hallo un triste placer en mis recuerdos;
y, si del tiempo la corriente subo,
Llego a mi cuna, y siento
Un aleteo de ángeles,
Y más, mucho más que eso,
Siento sobre mi frente,
Madre del alma, palpitar tus besos.

.....

¡Cuantas veces gimiendo dolorido
Busqué el calor de un generoso pecho
A falta de tu amor, y hallé tan solo
Piedad mentida, indiferencia y hielo!
Hoy, si miro hacia atrás, de blancas tumbas
Veo una larga hilera en mi sendero:
En ellas duerme cuanto amé inocente,
Cuanto quise en la vida de un momento.
Amigos, esperanzas, ilusiones,
Locos amores que esparcí a los vientos,
Flores del corazón, hojas segadas,
Ambiciones, mirajes y deseos.

Voy cruzando los mares de la vida,
Obscuro bogador atado al remo,
En barquilla sin vela,
Con tiempo frío y con el mar revuelto.
Participa afligida mi zozobra
La noble compañera; y, en silencio,
De ella y la tierna prole
Oculto las tormentas que recelo.
Y prosigo remando, herida el alma,
Confiado en Dios, y con mirar sereno.

El poeta continúa en un tono agresivo, que desdice de su sentimentalismo del principio.

El segundo tomo de las *Poesías* de don Eduardo de la Barra no puede compararse con el anterior. Las *Fábulas* carecen de ingenio; los *Micropoemas* son una mala imitación de las *Doloras* de Campoamor; y *Las Rosas Andinas* tratan de parodiar con picardía las *Rimas* que el nicaragüeño Rubén Darío presentó al mismo tiempo que el poeta chileno en el certamen de 1887.

En sentir de notables críticos españoles y extranjeros, Darío ocupa el primer lugar entre los poetas líricos castellanos de su tiempo. Tal es la opinión de Menéndez Pidal y de Fitz Maurice-Kelly.

Don Eduardo de la Barra parecía no amar la naturaleza. Rara vez la canta. Su vida social era demasiado intensa para que él pudiera ocuparse con interés en las bellezas de un paisaje.

Habría muerto de aburrimiento en medio de la soledad del campo. La verdad es que nació polemista; y con la poderosa arma de su pluma pretendía influir en la dirección de los negocios públicos.

Redactó folletos de política interna y sobre cuestiones internacionales. A menudo dió su dictamen en el conflicto promovido acerca de los límites entre Chile y la República Argentina, en forma de cartas, folletos y artículos.

Como se ha dicho, no alcanzó sus mejores triunfos en el foro, sino en la cátedra.

Compuso y dió a la estampa numerosos e importantes estudios de ortografía, métrica y versificación castellanas. En ellos se mostró siempre un gramático innovador.

No puede considerarse feliz su restauración del Poema del Cid, publicada en el mismo año de su fallecimiento. Don Eduardo de la Barra carecía de los conocimientos filológicos necesarios para realizar esta difícil obra. Así se explica que el académico español don Ramón Menéndez Pidal haya prescindido en sus ediciones de aquella célebre gesta de los trabajos de nuestro compatriota sobre literatura arcaica.

De la Barra tradujo en sus últimos años algunas de las odas de Horacio, que el egregio estadista y literato argentino don Bartolomé Mitre acababa de verter al castellano (1).

Entre estas dos traducciones, fácil es observar grandes diferencias. Mitre se ajusta al texto, casi literalmente. De la Barra prefiere ampliar las ideas del lírico latino, y su obra se reduce a una paráfrasis. De ordinario, cada verso de Horacio le da materia para varios versos.

Su estilo poético presenta siempre mayor soltura y elegancia que el de Mitre.

El mejor trabajo de este género compuesto por él, es

---

(1) *Horacianas*. Ad litteram verse, por un árcade de Roma. La Plata, 1895.

la traducción que publicó en 1897, con el título de *El Vaso Roto*, pieza original del delicado poeta francés Sully-Prudhomme.

De una generación muy posterior a la de los poetas criticados en este capítulo, don Pedro Nolasco Préndez (1) tiene con ellos de común cualidades esenciales que permiten calificarle de académico.

Su padre era español. Llegó a Chile a bordo de la fragata *María Isabel*, la cual, en el mes de Mayo de 1818, había salido de Cádiz escoltando once trasportes, en que venían más de dos mil soldados a combatir la independencia americana.

Conocida es la suerte que cupo a esta expedición en nuestras playas. Capturada la *María Isabel* por don Manuel Blanco Encalada, don Antonio Préndez quedó sometido a las autoridades chilenas.

Debía de ser entonces muy joven. Establecido en nuestro país, contrajo matrimonio treinta años más tarde.

La fortuna no favoreció el hogar formado por aquel súbdito del rey de España. Lo cierto fué que su hijo más distinguido se instruyó penosamente en diversos colegios de la capital.

Don Pedro Nolasco Préndez estudió las primeras letras en la escuela dirigida en 1860 por el benemérito alumno de Sarmiento don José Bernardo Suárez.

De ella pasó al Convento de la Merced, donde permaneció poco tiempo; y en seguida al Seminario Conciliar, en cuyas aulas rindió los exámenes de los tres primeros años de humanidades.

---

(1) *Pedro Nolasco Préndez y Murúa* (Santiago, 1853; † 1906, Santiago). —*Diccionario*, de FIGUEROA, y *Musas Chilenas*, por Leonardo ELIZ.

Incorporóse a mediados de 1869 en el Instituto Nacional, y terminó allí el curso de segunda enseñanza.

Debe confesarse que no fué alumno sobresaliente en este último colegio; pues la única prueba en que obtiene votos de distinción es la de literatura. Dato por demás sujestivo, que anunciaba cuál iba a ser su carrera predilecta.

Las necesidades de la vida le obligaron a seguir los estudios legales. Recibió el título de abogado en 1874.

Dos años después fué elegido secretario de la Legación de Chile ante el gobierno del Perú.

No quiso fijarse definitivamente en aquella república, aunque había contraído matrimonio con una señorita limeña; y en 1878 regresó a su patria.

Por muy pocos meses ejerció el cargo de rector del liceo de La Serena, para el cual fué nombrado por el Presidente Pinto.

En seguida desempeñó como suplente varios juzgados de Santiago, Valparaíso y Aconcagua, en el espacio de un año, más o menos. Tanto él mismo como el gobierno se convencieron de que no poseía las cualidades indispensables para cumplir bien las austeras funciones del juez.

A los treinta años de edad, gracias a la protección de don Isidoro Errázuriz, de quien fué leal amigo y partidario, abrazó de lleno la profesión de las letras, que no abandonó hasta su muerte.

En 1882, el brillante periodista nombrado, encargó a Prendez la redacción de *La Patria*, de Valparaíso. Errázuriz escogió siempre colaboradores jóvenes, a quienes confiaba la tarea de escribir día a día los artículos de

fondo; reservándose él las columas del periódico para las grandes ocasiones.

Préndez no pudo soportar las fatigas que le imponía la prensa. Fué siempre indolente e indisciplinado.

Después de publicar, por la misma imprenta de *La Patria*, un folleto de escaso valor, con el título de *Los Candidatos Liberales*, comprendió que su idiosincracia se avenía mal con aquel penoso trabajo.

No perdió, sin embargo, ni entonces ni nunca el afecto de Errázuriz, de cuya casa, en Santiago y en Valparaíso, era obligado comensal.

Préndez colaboró asimismo en *El Mercurio* y en *La Época*; sin que alcanzara una alta situación como redactor político.

El renombre de que goza en las filas de la juventud tiene por única base su obra poética.

A pesar de una extraordinaria facilidad para versificar, el número de sus composiciones verdaderamente originales es escaso. Debe reconocerse que, entre las virtudes que poseía, no figuraba la constancia en el trabajo.

Alentado por los aplausos de sus amigos y, por las recompensas de públicos certámenes, Préndez dió a la estampa su primera colección de versos, con el título de *Siluetas de la Historia*, en el año de 1886.

El volumen encierra solamente seis silvas de mediana extensión: *La formación de un pueblo, Hipatia, Shakespeare, Rafael, El fuego*, y *Colón, Galileo y Lutero*.

El modelo que tuvo a la vista, y en cuya musa se inspiró ampliamente, fué el poeta argentino Andrade. Prendez trató de imitar la grandilocuencia del autor de *Atlántida* y de *Prometeo*, no sólo en las recordadas composicio-

nes, sino en las que, bajo los nombres de *Siluetas* y de *Nuevas Siluetas*, publicó por los años de 1887 y 1888.

Por desgracia, no alcanzó a remontar el vuelo hasta las cimas donde anidan cóndores. La potencia de su estro fué menor que la de Andrade, y el tema de sus cantos, de ordinario, más común y reducido.

En la tribuna de una sociedad de jóvenes literatos, se censuró a Préndez por su falta de originalidad; pues algunas de sus piezas no eran sino fiel trasunto de brillantes páginas de Eugenio Pelletan, tomadas del libro *Profesión de Fé en el siglo XIX*.

Nadie, sin embargo, negó al poeta la espontaneidad de su elocución y su abundancia de ricas imágenes. Según el justo elogio de Rubén Darío, Préndez «labraba poemas en relumbrante metal».

En busca de la sonoridad del vocablo, u obligado por la necesidad del ritmo o de la rima, a menudo olvidó el valor de las palabras; pero el conjunto resultaba siempre noble, levantado, conmovedor.

Encabeza el volumen de *Siluetas* con un hermoso canto: *Gloria a Chile*, el cual fué premiado en el Certamen Varela de 1887.

El poeta retrata de esta suerte a las legiones chilenas en su marcha triunfal:

¡Allá van! cual rugiente catarata,
atravesando estériles llanuras.
¡Cuántos en la extranjera tierra ingrata
hallarán ignoradas sepulturas!

En los desiertos médanos de arena
no hay flores en el suelo;

y, al levantar la vista, en el espacio,
¡se ven nubes de duelo!
Pero, si están oscuras las esferas,
si agrestes son el valle y la colina,
¡es flor de luz la estrella que ilumina
de Chile las banderas!

¡Allá van! creadores de portentos,
cual rocas despeñadas de los Andes,
llenos de fe, de enojos y ardimientos,
buscando glorias y proezas grandes!

¡Sibilas que arrebatan al futuro
esa luz que en la historia se condensa,
van alumbrando el porvenir oscuro
con la explosión de su constancia inmensa!

¡Allá van! desatando tempestades,
para herir con escarnio y vilipendio,
castigo de pasadas liviandades
que no depura el fuego del incendio,
a esas viles ciudades,
lecho de impuros, lúbricos amores,
¡Chorrillos! ¡Miraflores!

Aunque elegida al azar, no habrá lector chileno a quien no entusiasme el ardor de la siguiente estrofa, que pertenece a la misma silva:

No estaba aletargada ni dormida
la vigorosa raza americana
que celebró en sus cantos *La Araucana:*

¡estaba en las escuelas y talleres,
fortificando brazos y conciencias,
construyendo los templos de las ciencias,
creando industrias, redimiendo seres!
¡Allí la sorprendieron, siempre atenta,
los clarines guerreros;
y entonces los obreros
de aquella lid incruenta,
el taller y la escuela abandonaron,
cogieron sus bridones,
y sin miedo ni asombro,
al cinto el hierro o el fusil al hombro,
a templar fueron su invencible acero,
con patrióticos bríos,
con bélicos afanes,
en las corrientes de sus grandes ríos
y en la fragua inmortal de sus volcanes!

Préndez consagra a Juana de Arco una de sus mejores composiciones.

Como muestra, júzguese por la estrofa que va a leerse·

Ante la multitud maravillada,
bondadosa y terrible cruzó un día,
ligera como el viento,
a pelear por la patria desgarrada.
Negro como las horas del destierro
era el brioso corcel en que montaba;
su armadura de hierro,
blanca como su alma; en una mano
hacía ondear altiva una bandera,
con aire soberano:

¡era el pendón glorioso que más tarde,
de la igualdad en nombre,
escribió entre sus pliegues luminosos
los *Derechos del hombre!*
La Francia, como el Cristo, en aquella hora,
una virgen buscó para encarnarse,
¡y Juana de Arco fué su salvadora!

Las *Nuevas Siluetas* ofrecen el mismo estilo que las anteriores; y, como éstas, tratan de asuntos históricos o heroicos. Evidentemente, don Pedro Nolasco Préndez no sentía inclinaciones por la poesía subjetiva. Muy rara vez dió a conocer sus pesares íntimos.

En 1890 perteneció a la Cámara de Diputados como representante de Constitución; y en 1891 abrazó con entusiasmo la causa revolucionaria en contra del gobierno dictatorial.

Reducido a prisión en la cárcel de Santiago, escribió en ella su *Maldición a Balmaceda*, que publicó primero en Iquique, y reimprimió más tarde en la capital.

Esta pieza, compuesta en octavas modernas, sólo tiene el valor que le dieron las circunstancias. No carece de fuerza ni de estro; pero el tono siempre igual de sus estrofas es de una enfadosa monotonía.

Sin disputa, el canto de Préndez más digno de encomio fué su oda a *Colón*, premiada en el certamen abierto por la Universidad en 1892 para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de *América*.

Magnífico es el trozo en que el poeta chileno describe la visión del Nuevo Mundo que en medio de las sombras nocturnas se ofreció a la acalorada mente del ilustre marino genovés.

Una noche, tras larga travesía,
interrogando al horizonte denso,
creyó ver una luz que se movía
con indeciso andar: júbilo inmenso
estremeció su ser, nubló su vista;
al abarcar con deslumbrados ojos
la gran revelación de su conquista,
las azules fronteras
que su siglo poblaba de quimeras,
ante el Supremo Ser cayó de hinojos,
y tuvo esta visión:
Vastas llanuras
en donde una feraz naturaleza
oculta entre ropajes de verduras
el pudor virginal de su belleza;
formidables colosos,
los Andes majestuosos,
ejército compacto de gigantes,
con sus altos volcanes centelleantes,
con sus nieves eternas,
sus hondos ventisqueros
y sus oscuras, lóbregas cavernas,
imponente alfabeto de granito
do el sabio deletrea
el poema que canta a lo infinito;
los caóticos bosques donde se alza,
un edén ocultando de delicias,
el árbol secular, siempre florido,
que, celoso, jamás ha permitido
del sol y de la tierra las caricias,
desiertos con oasis de palmeras
que oculta nube por las noches baña;

flores hasta en las rígidas laderas
de la erguida montaña,
que guardan en sus tímidos capullos
de las vecinas selvas los murmullos;
pájaros que en su vuelo
como la luz primaveral alumbran
cuando airosos se encumbran
hacia el azul del cielo;
luciérnagas que brillan cual diamantes,
y con su luz magnética y extraña
iluminan las tiendas de campaña
de viajeros errantes;
ricos vergeles, dilatadas zonas
que fertiliza pródigo,
de los ríos monarca, el Amazonas;
y esa inmensa región allá distante
de maravillas nido
y asombro de la historia,
que el Niágara aterrante,
dando ritmo y cadencias al rugido.
celebra como bardo de su gloria...

Esta espléndida versificación constituye palmaria prueba de cuanto habría sido capaz el autor si a sus naturales dotes de retórico hubiera añadido las que forma y educa un estudio tenaz y desinteresado.

Desde la *Maldición*, Préndez ensayó nuevas combinaciones métricas y abandonó su exclusivismo por la silva.

En 1892 fué nombrado profesor de castellano en el liceo Santiago, y ejerció este noble cargo por el resto de su vida.

Sus funciones docentes le movieron a componer una

colección de poesías escolares, que fueron adoptadas en 1901 para la primera enseñanza.

En elogio de este libro, puede asegurarse que algunos de los temas que inspiraron al maestro son en realidad poéticos y causan sincera emoción. Préndez usa a veces el verso *tripentálico*, inventado por don Eduardo de la Barra y llevado a la perfección por don Pedro Antonio González (1).

El último trabajo de Préndez es *El Manuscrito de una loca*, de 1904, en el cual emplea de preferencia el cuarteto, con escasa fortuna.

---

(1) Las poesías de este autor serán analizadas en el capítulo final de este *Bosquejo*.

XVIII

Debilidad de inspiración en los poetas chilenos.—Diversos géneros de poesía popular.—Sus rasgos esenciales.—Don Juan Rafael Allende.—Don Carlos Pezoa Véliz.

Como se pone de manifiesto en todo el curso de este *Bosquejo*, el desenvolvimiento literario de nuestro país en los últimos ochenta años se debe al esmerado empeño con que los poderes públicos atendieron siempre a la enseñanza de la juventud.

Así también parece comprenderlo el eminente crítico don Marcelino Menéndez y Pelayo. «De la Universidad, escribe, salieron historiógrafos, investigadores, gramáticos, economistas y sociólogos, más bien que poetas. El carácter del pueblo chileno, como el de sus progenitores, vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado a idealidades. Esta limitación artística está bien compensada por excelencias más raras y más útiles en la vida de las naciones; pero hasta ahora es evidente e innegable. No pretendemos por eso que haya de durar siempre. Dios hace nacer el genio poético donde quiere, y

no hay nación ni raza que esté desheredada de este don divino (1)».

La anterior observación del célebre polígrafo español es exactísima.

De igual suerte bien fundada debe juzgarse la causa a que él atribuye la ausencia de grandes líricos. La esterilidad poética de la colonia provino de otras circunstancias, las cuales desaparecieron por completo cuando la capitanía general se convirtió en república independiente.

Entretanto, Chile continúa siendo el más pobre de imaginación entre los pueblos americanos a quienes nutrió la sangre española. Lo más probable es que el origen de nuestra índole positiva provenga de la naturaleza de los comerciantes vascongados que desde fines del siglo XVIII compusieron las clases principales de nuestra sociedad.

Tampoco la poesía popular sobresale entre los chilenos por grande inspiración y robustez. Al contrario, si ella se mantiene con relativo verdor en las canciones o *tonadas*, decae visiblemente en los demás géneros que en otra época alcanzaron justa celebridad. Y aun en aquél género, del cual forman parte las estrofas de la provocadora *zamacueca*, el estro no se levanta más allá de modesta medianía.

La explicación difiere en este caso de la que Menéndez y Pelayo ofrece para la poesía culta. La mezcla de indígenas y españoles, que dió vida a las clases populares de nuestro país, proporciona la clave que permite apreciar las condiciones propias de la inmensa multitud de los mestizos. La evolución etnológica que arranca de esa mezcla aun no termina, se halla en confuso período de

(1) *Antología de poetas hispanoamericanos*, tomo 4.º, página 85.

tránsito y está muy lejos de haber creado un pueblo de caracteres definidos. Mal podría, pues, creerse que los miembros de una comunidad semejante poseen las condiciones naturales a las ciudadanos de países que se encuentran a mayor altura.

La poesía popular de Chile aun no se ha desenvuelto en los términos que le corresponden.

Los romances de la Península que introdujeron los conquistadores, e imitaron ellos mismos o sus descendientes, ya en su clásica forma métrica, ya a manera de *corridos,* conservan, es cierto, alguna aceptación en nuestros campos; pero ésta no se acerca siquiera a la de que gozaron en los pasados tiempos.

Como muestra, léase el *corrido* que sigue, el cual es relativamente moderno:

El Huaso Perquenco

Ayá va el guaso Perquenco
en su cavayo alasán:
ocho sorda' o lo siguen
y no lo pue'en arcansar.
Trré muerte 'icen que deve...
ar gorpe de su puñal:
uno era un viejo avariento
con cara 'e necesi'á;
'l otro un 'ermano traidor...
que lo vino a denunciar,
y tam'ién una mujer
que lo queria engañar.
¡Corran, corran lo' sorda'o'
corran, corran sin parar!

Yo sé qui ar guaso Perquenco
ninguno lo va a arcansar.
A media noche llegó
cerca de la Rinconá;
a la casa di un compaire
(ayá) jué a desensillar:
—¡Que se levanten las niña',
que se levante mi a'ijá';
aquí está er guaso Perquenco
para oir una toná'!

«Es notable, en nuestros días, agrega don Julio Vicuña Cifuentes (1), de quien se ha tomado el anterior ejemplo, la decadencia de esta clase de composiciones, porque la lírica ha ido desalojando de la afición del público a la poesía narrativa, y las estancias asonantadas, casi siempre asimétricas, no se adaptan bien al acompañamiento musical de los nuevos temas. El romance popular se va extinguiendo tristemente, sin gloria en su ocaso, dentro de la semipenumbra en que vegeta y a que lo ha empujado el instable gusto del pueblo, que también evoluciona, aunque tardíamente y a su manera. Es de creer que ya el bardo campesino no compone romances, pues los que todavía se oyen son los mismos que escuchamos en nuestra juventud, y las personas que los recuerdan, las mismas que cantan o recitan los romances españoles de *Delgadina*, de *La mala mujer*, del *Reconocimiento del marido*, etc.; gente que manifiesta inclinación especial a esta clase de poesía, a cuyo aprendizaje se ha dedicado con preferencia al de otra más divulgada en estos tiempos.»

(1) Discurso leído en la Academia Chilena el día 16 de Julio de 1916.

La *palla* misma «que hacía la delicia de la *chingana*», según acertadamente lo observa en 1866 (1) notable crítico chileno, va en derrota.

En este punto se hallan de acuerdo Vicuña Cifuentes (2), don Rodolfo Lenz (3) y don Desiderio Lizana (4); cuyos trabajos acerca de la poesía popular agotan, puede decirse, la materia.

Vicuña Cifuentes define la *palla* como una justa poética «en que los émulos lidian copla a copla durante horas y aun días enteros». «En la *palla a dos razones*, agrega, cada uno de los contendientes no improvisa sino dos versos de la copla, hirientes como banderillas, en que la intención crece cuanto el espacio mengua, pero en los que, por esto mismo, no es ya fácil a los ingenios rivales proponerse las cuestiones de difícil solución que tan interesantes resultan en la *palla* tradicional».

«Este deporte poético, asegura Lenz, es indudablemente la directa continuación de «preguntas y respuestas» que ya se hallan en el Cancionero de Baena, y abundan en los demás Cancioneros, y son debidas a la imitación de la *tenzón* provenzal.»

«El altercado, escribe el mismo Lenz más adelante, se puede hacer ya por cuartetas, con glosa de décimas, ya por décimas sueltas o por cuartetas solas. Esta última forma con su rápido cambio de personas es la única que todavía a veces se cultiva en verdadera improvisación entre dos *palladores*.»

---

(1) Don Adolfo Valderrama.

(2) Discurso citado.

(3) Artículo publicado en los *Anales de la Universidad* con el título *Sobre la poesía popular impresa en Santiago de Chile*.

(4) Véase su estudio sobre *Cómo se canta la poesía popular*.

Las *pallas* sólo son cantadas por hombres; y de ordinario emplean en ellas la guitarra o el guitarrón.

Hé aquí una *palla a dos razones*, citada por Vicuña Cifuentes:

RUIZ.— Dicen que en esta *ramada*
está el que me ha de vencer.
TEJADA.—Amárrate los calzones,
no te se vayan a *quer*.
RUIZ.— Eres un *tejo*, Tejada;
pero yo soy un demonio.
TEJADA.—No importa que seáis el diablo;
me ayudará San Antonio.

.....

TEJADA.—No pienses que has de ganarme,
pues soy *pallador* valiente.
RUIZ.— Tú estás abusando ahora
de que me llamo Clemente.

.....

TEJADA.—Ya que sois tan caballero,
dime cómo era tu padre.
RUIZ.— Si quieres saber cómo era,
pregúntaselo a tu madre.

.....

Hay otro género poético, muy cultivado en el siglo XIX por los varones de nuestro pueblo.

Este género, ahora en abierta fuga, se halla perfectamente definido por don Rodolfo Lenz.

«Por *poesía*, dice, se entiende en la métrica popular chilena solamente la forma típica del canto masculino, la décima octosilábica con la distribución de las rimas

abbaaccddc, que es conocida en la métrica castellana bajo el nombre de «décima espinela», según su inventor Vicente Martínez Espinel (1550-1642)». «Tomando en cuenta, agrega, la semejanza de los argumentos y del estilo, no cabe ninguna duda de que la poesía de nuestros poetas populares es un directo descendiente de la poesía «de arte mayor» que fué tan cultivada por la sociedad cortesana de la España del siglo XVI. Evidentemente llegó a Chile con los caballeros de la conquista, y siguió fomentada por los guerreros, los empleados del rey y los clérigos que llegaron hasta mediados del siglo XVII.»

«Según la métrica popular chilena, expresa el señor Lenz, la forma normal de una *poesía* es la siguiente. Comienza por una *cuarteta* que contiene el tema; siguen los cuatro *pies* (estrofas) que constituyen el desarrollo, la glosa del tema; y termina por el quinto pié, que contiene el *fin*, o la *despedida*. Cada *pié* consta de diez *palabras* (versos). Como la melodía y el acompañamiento exigen la décima completa, los cuatro versos del tema se completan con seis versos más, que constituyen una especie de exordio improvisado por el cantor, que no se agrega cuando se imprime la poesía. Cada vez el último verso de la décima debe repetir un verso de la cuarteta en el órden primitivo. La última décima muestra su carácter de despedida comenzando por una palabra típica, como *al fin*, *por fin*, *últimamente*, *por último*, o por un vocativo, *señores*, u otro.»

Lenz ofrece como modelo una composición del más aplaudido de los poetas populares, Bernardino Guajardo (muerto en 1887), quien debió su fama, según lo advierte el citado autor, a sus cantos sobre la última guerra del Pacífico, contra la confederación perú-boliviana.

Amor mal correspondido

Desde que te ví te amé;
Desde que te amo me muero;
Y muriéndome por ti
Dichoso me considero.

¡Ojalá nunca en mi vida
Hubiera logrado verte,
Por no sufrir una suerte
Tan triste y tan abatida!
Deseo que la partida
El recio golpe me dé,
Y será la causa qué
Siga de tu amor la huella.
Sabes que yo, ingrata bella,
Desde que te ví te amé.

En mi amarga desventura
Sólo me queda el decir
Que soy gustoso a morir
Por una rara hermosura.
De mi situación tan dura
Hay veces que desespero;
Tener consuelo no espero;
Estoy como prevalido
Y de una pasión herido.
Desde que te amo me muero.

Ya no tengo resistencia
Para tan doble rigor.

De este funesto dolor
Es la causa tu indolencia.
Tú pronuncias la sentencia
De mi último frenesí;
Y, si te fijas en mí,
Solo podrás observar
Que estoy siempre al espirar
Y muriéndome por ti.

En vuestras manos consiste
Mi desgracia o mi fortuna;
Tú eres la fuerte coluna
Que me ata y me tiene triste.
Mira del modo que existe
Un amante verdadero:
Yo dar la vida prefiero
Si es que premio no merezca,
Y, aun cuando por ti fallezca,
Dichoso me considero.

Al fin, quiero suplicarte
Que me digas la verdad,
Si me has de tener piedad,
Para más no molestarte.
Yo me afano en adorarte;
Y veo que tú también,
Siendo para mí un edén
De primorosas delicias,
Mis amorosas caricias
Me pagas con un desdén.

Cita también Lenz la siguiente composición patriótica del mismo poeta.

Viva la Patria y sus bravos hijos

Lima, la gran capital
Del territorio peruano,
Ya se rindió a Baquedano.
¡Viva nuestro general!

En su defensa tenían
Sesenta mil combatientes;
Y a nuestros rotos valientes
Muy pocos les parecían.
Mientras más hayan, decían,
Más grande queda el tendal.
Llegó el momento fatal
Para esa infeliz nación,
Y se rindió a discreción
Lima la gran capital.

Primeramente a Chorrillos
Atacaron los chilenos,
Allí estaban los más buenos
Soldados, con sus caudillos.
Estos como corderillos
Corrian; pero era en vano:
Veían su fin cercano.
Y en el conflicto mayor
Echó el hilo el dictador
Del territorio peruano.

En seguida, en Miraflores
Se les dió otra gran batalla.

Luego pusieron a raya
A los vasallos mejores;
Veinticinco mil traidores
Allí tenía el tirano;
Nuestro tricolor ufano
En sus alturas flamea;
Y esa soberbia ralea
Ya se rindió a Baquedano

La primera división
Dió el ataque a la derecha
Del enemigo, y lo estrecha
Tomando su posición.
Los cholos, como el cabrón,
Se encierran en su corral.
Si esta batalla final
Pone término a la guerra,
Diremos por mar y tierra:
¡Viva nuestro general!

Al fin entre ellos, los muertos
Pasan de siete mil,
Que a bayoneta y fusil
Fueron de heridas cubiertos.
A los cadáveres yertos
Baquedano con cordura
Les ha dado sepultura;
Y hace curar los heridos.
La ruina de los vencidos
Es mal que no tiene cura.

El instrumento preferido para cantar estas décimas fué

siempre el guitarrón, que es una guitarra grande con veinticinco cuerdas.

Las composiciones del género mencionado, por lo común, se imprimen en hojas sueltas. «Rara vez, apunta Vicuña Cifuentes, muestran algún colorido local, y ni por lo que hace al lenguaje son dignas de fe, pues, al paso que desaparecen en la impresión, enmendadas por los tipógrafos y los correctores de pruebas, muchas de las voces y de las construcciones auténticamente regionales, quedan subsistentes, asegurados por la rima, los vocablos absurdos que forjan los poetas para satisfacer el consonante».

En estas hojas de versos suelen leerse, a más de las décimas, trozos de poesías destinados a la lectura o a la recitación, en cuartetas o quintillas.

Los llamados *brindis*, afirma Lenz, son décimas *espinelas*; y consisten en alabanzas que un pobre, un rico, un huaso, un soldado, un carpintero o un herrero prodigan en honor de su estado u oficio. El brindador concluye bebiendo a la salud de sus compañeros de trabajo, o a la de sus amigos y protectores.

El brindis que va en seguida, citado por Lenz, fué compuesto por Hipólito Cordero:

Yo brindo, dijo un vaquero,
Por mis campesinas botas,
Por mi caballo patriota,
Por el corral y el chiquero.
Brindo por mi compañero
Que anda en la yegüita Rana;
También brindo por mi Juana,
Aunque ella es algo coqueta.

Yo brindo por mis maletas
Y por mi sombrero de lana.

Según informaciones del mismo Lenz, los poetas populares clasifican las composiciones destinadas al canto en cinco grupos.

1.º *Versos a lo humano.*—Amores, matrimonios felices o desgraciados, asuntos políticos o guerreros, asesinatos y ejecuciones de criminales.

2.º *Versos a lo divino.*—Temas religiosos: leyendas de santos, oraciones, vanidades humanas, el juicio final. Estas poesías se cantan en los velorios de niños o *angelitos.*

3.º *Versos históricos.*—Temas tomados del Antiguo Testamento o de las epopeyas medioevales.

4.º *Versos de literatura.*—Poesía descriptiva, didáctica, y, a las veces, mitológica. En ocasiones, tratan los poetas de asuntos geográficos o relativos a la astronomía.

5.º *Versos de dos razones o contrapuntos.*

«En general, afirmaba Lenz a fines del último siglo, hay que confesar que la poesía seria masculina (la de las décimas *espinelas*) se está acercando a una rápida decadencia, y el valor poético de las hojas actuales rara vez alcanza siquiera la altura relativa de Bernardino Guajardo.»

El único género poético que conserva hasta hoy vida propia es el de las canciones o *tonadas* y el de las *zamacuecas*, o sea, el que, compuesto por los hombres, cantan en arpa o guitarra las mujeres del pueblo. En otros términos, el canto lírico, en cuartetas y seguidillas, menos frecuentemente en quintillas; el cual se deriva, como lo observa Lenz, de la poesía popular del sur de España.

Por desgracia, ni el alma de nuestro pueblo, ni su com-

pleta falta de ilustración, ni sus costumbres, ni las *chinganas* que sirven de ordinario teatro a sus bailes y canciones, favorecen el amplio desenvolvimiento que en otras partes ofrece la poesía subjetiva.

«Es el llamado *roto chileno*, advierte Vicuña Cifuentes, personaje de rasgos inconfundibles, que no destila mieles ni ternezas, aunque sí donaires y epigramas; que no ruega ni se disculpa, sino que define y busca soluciones; que no pide al amor y a la amistad más de lo que a la amistad y al amor está él dispuesto a conceder; que «no se muere por nadie», para decirlo con palabras suyas, pero que tampoco quiere que nadie se muera por él.

«Así lo dice, con ingenuo desenfado:

«Yo no me muero por nadie,
nadie se muere por mí,
solo me parió mi madre
y solo me he de morir.»

«Ni el amor conyugal, observa el autor citado, ni el de los hijos, son motivos de inspiración para la musa popular. En cambio, el hombre del pueblo nunca olvida a la madre, y, en los trances apurados, al paso que se queja de la ingratitud de los otros, sólo de ella hace agradable memoria, recordando las felices horas de la infancia trascurridas al lado suyo, los cuidados que le debe, sus prudentes consejos, por desgracia no seguidos:

«¡Dónde habrá como la madre,
que en todo pone cuidado!
Cuando la madre se muere
quedan los hijos botados».

«Preso en la cárcel estoy
por andar por mal camino;
por no hacer caso a mi madre
este ha sido mi destino.»

«Su fe religiosa es sincera, y en los casos en que no se manifiesta, puede asegurarse que está latente. Así lo dice él:

«Nadie diga que no cree,
aunque sea pecador,
porque la Virgen María
siempre está en el corazón.»

«La superstición limita a veces esta fe, aunque sólo transitoriamente, pues lo más común es que ambas coexistan sin estorbarse en el alma popular. El fatalismo tampoco la amengua, porque el «destino», de que el pueblo habla, no es otra cosa que Dios, aunque la identificación no se haga y aun se evite, cuando suena a herejía y a despropósito.

«A la verdad científica, a la opinión establecida, a la hipótesis razonada, él opone siempre su burlón escepticismo, que demuestra la desconfianza que le inspiran los hombres y las cosas:

«Dicen que el mundo es redondo,
y que se mueve a compás:
la casa en que yo nací
está 'onde mismo no más».

«Ayer se me perdió un freno
en la casa 'e *ño* Meneses:

todos son hombres honrados,
pero el freno no parece».

«Mis espuelas son de plata;
las de mi patrón, de fierro.
A él le pasan veinte reales,
y a mí ocho reales y medio.»

«Y, apurando sus recelos, no sólo hace mofa de la justicia humana, sino que tampoco se muestra muy seguro de la divina:

«Como campanas de palo
son las razones del pobre:
aunque suenen noche y día
nadie aquí abajo las oye».

«En las novenas que *corren*
los padres de San Francisco,
el pobre paga las velas
y el milagro es para el rico.»

Los sentimientos groseros y de violencia, que forman parte esencial de la naturaleza de los hombres del pueblo, aparecen de relieve en sus canciones.

Vicuña Cifuentes ha recogido de labios campesinos las cuartetas que siguen:

«La mujer que a mí me engañe
se ha de poner pantalones,
el trabuco en las alforjas
y el cuchillo *en los corriones.*»

«Si dices que sí, me quedo;
si dices que nó, me voy.
A mí me importa lo mismo
que digas que sí o que nó.»

«Mi padre me dió un consejo
muy sabio, a mi parecer:
que el hambre y los malos tratos
hacen buena a la mujer.»

«A mí no me mandan *medios*,
ni me manijan *cuartillos:*
este pecho yo lo mando
y ha de hacer lo que yo digo.»

«Tengo que hacer un puñal,
para ponerle un letrero
que diga *Diablo* clarito,
¡*Cerro Blanco*, *panteón* quiero!»

«El tono dominante de nuestra poesía popular en sus diversas manifestaciones es jactancioso, fanfarrón, menospreciador, agresivo, falto casi por completo de sentimientos delicados, tiernos, religiosos, y aun carece de la virilidad sencilla y patriótica de los cantos de otras naciones» (1).

Vicuña Cifuentes explica estos defectos haciendo notar que el pueblo chileno es «adorador de la fuerza, como su

---

(1) PEDRO N. CRUZ, *Recepción pública de don Julio Vicuña Cifuentes. La Unión* de 15 de Septiembre de 1916.

antepasado araucano, y fanático del *matonismo*, como su progenitor andaluz».

En las *tonadas* y *zamacuecas* se encuentra a menudo la sal en abundancia.

En prueba de ello, léase esta *tonada con cogollos*.

La Pollita

Yo tengo, para hacer cría,
una pollita en mi casa;
cantando no más lo pasa,
y no pone todavía.

Me dijo el que me la dió
que era buena ponedora;
sin embargo, hasta esta hora,
un huevo no he visto yo.

No sé cuándo empezará
esta pollita a poner,
pero desde antes de ayer
cantando no más está.

Si yo fuera su pollita
y me diera de comer,
todito el día anduviera
pío, pío, tras de usté.

Viva el señor Fulanito,
varillita de membrillo;
¿cómo quiere que le venda
mi pollita en un cuartillo?

¡Que viva vuelvo a decir,
cogollito de ciruelo!
si me compra la pollita,
de *yapa* le doy los huevos.

Los llamados *cogollos*, porque en ellos de ordinario se emplea esta palabra, son las despedidas españolas. En la poesía popular chilena suelen ser ofensivos.

Por ejemplo, los dos que siguen, citados por Vicuña Cifuentes:

«¡Que viva el señor don Lucas,
varillita de membrillo!
Con ella le diera yo
a ver si afloja el bolsillo.»

«Al señor don Juan de Dios,
cogollito de *cilandro*;
si fuera hermano del burro,
no se pareciera tanto.»

La zamacueca es el baile más popular de Chile.

Obligadamente lo acompañan alegres cantos femeninos en arpa o guitarra.

«Cada *cueca* completa, escribe Lenz (1), consta de dos *pies*, separados por una pausa.»

Los *aros* son interrupciones caprichosas producidas por los galanes de la cantora.

«Cada *pie* de la *cueca* es una composición poética completa de catorce versos, con tres rimas asonantes o conso-

---

(1) *Diccionario Etimológico*, pág. 785.

nantes; y consta de tres estrofas, de cuatro versos, y del *acabo* o *remate*, de dos versos.»

«El argumento de las cuatro estrofas a veces es uno solo; pero no es raro que la primera cuarteta, que tiene la configuración de una estrofa de *malagueña* española, sea en la idea independiente de las demás.»

La segunda y tercera estrofas son verdaderas *seguidillas sevillanas*, sin mas diferencia que la de repetir el cuarto verso con la adición de un *sí*, que lo transforma en heptasílabo.

«El argumento de la segunda y tercera estrofa es uno mismo.»

«El *remate* puede continuar y concluir la misma idea desarrollada, o ser un dicho cualquiera, a menudo burlesco.»

Lenz presenta este ejemplo de un *pie* de *zamacueca*:

Una noche soñé un sueño:
que tú mucho me querías.
¡Yo de verte tan amante
orgullosa me ponía!

Saboreado mi sueño,
cuando despierto;
y veo que mi sueño
no sale cierto.

No sale cierto, sí,
¡qué rico fuese
que todo sueño dulce
cierto saliese!

Hace lo que te digo:
Vente conmigo.

Tal es, en síntesis, el estado actual de la poesía del pueblo.

En algunos países hispanoamericanos, a más de los bardos genuinamente populares, abundan otros que, a pesar de haber nacido en el seno de familias cultas, se inspiran en los sentimientos propios de las clases bajas del campo o de la ciudad, y cantan como si pertenecieran a ellas.

No sucede lo mismo en Chile, donde son muy escasos los poetas de esta clase.

Pueden, sin embargo, citarse dos poetas líricos en cuyos versos palpita con intensidad y verdad el genuino corazón del pueblo de Chile: don Juan Rafael Allende y don Carlos Pezoa Véliz.

El primero de ellos (1) estudió humanidades en el colegio de San Luis, que fundó en 1853 el presbítero Orrego, obispo después de La Serena.

Allende escribía con igual destreza en verso y prosa; y desde muy joven se ganó la vida colaborando en los grandes diarios de la capital.

Poseía una vena satírica inagotable, que realmente prodigó en diez periódicos de este género. Por desgracia, a menudo salpicaba sus escritos con chistes indecentes; a causa de los cuales no alcanzó el aprecio que merecía en sociedad.

---

(1) *Juan Rafael Allende.*—(Santiago, 1850; † 1909, Santiago). *Diccionario* de Figueroa, y *Bibliografía General de Chile* de Vaïsse.

Fué autor de varios dramas y comedias, cuyo examen corresponde a un capítulo posterior de este *Bosquejo*.

Sus versos más populares se conocen con el título de *Poesías de El Pequén*. Ellas estan inspiradas en noble sentimiento patriótico, como que fueron compuestas durante la guerra del Pacífico, para celebrar los triunfos del ejército.

Se publicaban periódicamente, en pequeñas colecciones, que su autor dedicaba al pueblo chileno

El programa de *El Pequén* aparece desenvuelto en flúido y elegante romance.

En este primer librito
Encontrarán los curiosos
Versos patriotas y versos
Contra los indignos *cholos*;
Versos de amor para niñas,
Versos de amor para mozos;
Pellizcos para las viejas,
Coscachos para los tontos;
Décimas para los santos,
Glosas para los demonios;
Cuentos, chascarros, tonadas,
Y cuecas; en fin, de todo.
Así, pues, si Dios me ayuda
Y mi padre San Antonio,
Creo que voy a echar *guata*
Y a comprar *chupalla* y *poncho*,
Y a pagar todas mis deudas,
Y hasta juntar mis ahorros,
Para cuando se me antoje,
¡Hem!, contraer matrimonio.

A fin de que el lector forme su opinión sobre el estro patriótico de Allende, se trascriben en seguida algunas estrofas del *Combate naval de Angamos.*

Para cantar las victorias
De mi muy querida patria,
Afino todas las cuerdas
De mi sonora guitarra.
No quiero que en el concierto
Que el entusiasmo levanta,
Del mar a la cordillera,
De Patagonia hasta Tacna,
Haya voces desacordes
Ni notas desafinadas.

... .

El día ocho de Octubre
Recorría nuestra escuadra
Las aguas de Mejillones
Viendo modo de dar caza
A esos dos buques corsarios
Llamados *Unión* y *Huáscar*,
Cuando a lo lejos el *Cochrane*
Divisó que se acercaban
Dos humitos, dos humitos
Que no eran humos de paja,
Sino de las chimeneas
De embarcaciones peruanas,
Que, al ver a nuestros blindados,
Tanto forzaron sus máquinas
Con dirección al Perú
Que casi, casi se escapan.

.....

La *Unión*, en cuanto notó
Que iban tras ella, se larga
Sin pensar que deja sola
A la nave capitana.

.....

La *O'Higgins* y el *Loa* fueron
Siguiendo a la que escapaba,
Mientras que al *Cochrane* lleva
El *Huáscar* poca distancia.

El buque peruano al ver
Que el buque chileno avanza
Cada instante más y más,
Una bala le dispara.

Latorre no le hace caso
Y sigue tras él su marcha.
Mas, de pronto, por el norte,
Se acerca el *Blanco Encalada*,
Y entre éste y el *Cochrane* siguen
Estrechando al pobre *Huáscar*.

.....

Al segundo tiro, Grau
Vuela con una granada
Que a buscarlo fué a su torre
Y que Latorre le manda,
Probándole que no hay torres
Que contra Latorre valgan.

.....

Los artilleros del *Cochrane*
No pierden una granada.
No menos de diez peruanos

Caen a cada descarga,
¡Que siempre está firme el pulso
Cuando está serena el alma!

A los pocos tiros mueren
Sobre la nave peruana
El segundo y el tercero
Comandantes que la mandan.

Cuando los restos de Grau
A su cámara llevaban,
Una bomba cae allí
Que esos restos desparrama,
Hechos polvo por el aire,
Introduciendo la alarma
En todos los tripulantes,
Que quieren bandera blanca
Izar, y pedir perdón;
Pero ninguno tiene alma
Para trepar a ponerla,
De miedo a nuestras granadas.

Por fin, pañuelos, camisas
Y calzoncillos amarran
En ganchos, remos y palos,
En bayonetas y espadas.
Los baten al aire libre
Y misericordia claman.

.....

Ahora sólo nos resta
Dar al Hacedor las gracias
Por este espléndido triunfo

Que alcanzaron nuestras armas,
Y decir todos conmigo,
Con la voz y con el alma:
¡Viva Latorre y Riveros!
¡Viva toda nuestra escuadra!

Las composiciones de Allende fueron recibidas, en aquella época angustiosa para el alma nacional, con deleite y regocijo por militares y paisanos; en tal grado que el Ministro de la Guerra juzgó de buen gobierno hacer imprimir una edición de diez mil ejemplares, a fin de distribuirlos en el ejército en campaña.

El vate popular tenía ingenio sobrado.

Digna de Quevedo es la siguiente décima, tomada de las *Poesías de El Pequén:*

El que ve (y es rara cosa)
Lechero que no usa el agua
Purita, la de Aconcagua,
Y beata que no es chismosa;
Niña que, siendo donosa,
Quedar soltera prefiere;
Mujer que lujo no quiere;
O alguna pícara suegra
Que no tenga el alma negra,
Dicen que de espanto muere.

Prodigiosa por el ritmo empleado en ella es la *Canción Canaca*, que casi no se puede leer sin cantar.

Más espontáneo y conmovedor, sin embargo, son aquellos versos en que Allende retrata al hombre del pueblo e interpreta los íntimos impulsos de su alma. En las poe-

sías de legítima fuente democrática no se encuentran a menudo notas tan verdaderas y vibrantes; como que el pueblo aun no sabe dar forma a los diferentes matices de su propia naturaleza.

Pertenecen a la composición de Allende *El Roto Chileno*, los trozos que van en seguida:

El roto no es descendiente
De monarcas europeos:
Araucanos son sus padres,
Araucanos sus abuelos.
Desciende, pues, de esa raza
De magníficos guerreros
Que nunca domó la España
Ni nunca nuestro gobierno.
Por eso sus fuerzas son
Las de un gigante, y por eso
Ni lo fatiga el verano,
Ni lo amilana el invierno.
Al rayo del sol trabaja,
Como trabaja lloviendo;
En las minas, con el combo
O con el chuzo de fierro;
Con el arado en el campo;
Sobre la mar, con el remo.

.....

En el *carril* de la Oroya
¿Quiénes trabajar pudieron,
Sin enfermarse jamás,
Sino los rotos?—Sólo ellos.
¿Cómo vivía cada uno?
Un hoyo hacía en el suelo,

Echaba un poco de paja,
Y se acostaba muy fresco,
Como en un colchón de plumas,
Y sin más techo que el cielo.
Eso sí, nunca faltaba
En aquel triste agujero,
Amarrado a un coligüito,
El estandarte chileno!

....

Por defender a su patria
El roto deja a su pueblo,
A su mujer, a sus hijos,
A las prendas de su afecto.
Cambia la pala en fusil,
Cambia en quepis su sombrero,
Y ante el altar de la patria
Pronuncia este juramento:
«¡O quedo muerto en el campo,
O a Chile vencedor vuelvo!»
Y ese juramento siempre
Lo cumplió el roto chileno.

La musa de don Carlos Pezoa Véliz (1) presentaba esenciales diferencias con la de Allende. Menos espontánea que la de este último, sabía cantar asimismo los profundos dolores y alegrías de los trabajadores del campo y de los obreros de la ciudad. Pero estaba muy lejos de poseer la sanidad de alma que dominó en los versos de Allende durante los primeros dos tercios de su vida.

(1) Carlos Pezoa Véliz (Santiago, 1879; † 1908, Santiago).—Colección de sus poesías publicada en Valparaíso, en 1912.—Samuel A. Lillo *Literatura Chilena.*

Pezoa Véliz era el tipo del ciudadano rebelde, cuya pluma destilaba acíbar con más frecuencia que miel. Su espíritu se hallaba impregnado de las teorías subversivas que difundió entre nosotros la literatura rusa, cuando en 1905 llegaron a manos de la juventud chilena las traducciones españolas de los publicistas de aquel país.

Mecieron su cuna padres de muy modesta calidad: un inmigrante nacido en España y una sirvienta chilena.

Su ilustración estaba llena de vacíos. Empezó las humanidades en el Colegio de San Agustín y las terminó como estudiante privado.

Hasta los veinticinco años llevó una existencia pobre y desgraciada.

Cuando creyó llegar a la meta recibió el golpe de muerte. Era secretario de la Municipalidad de Viña del Mar en el año del terremoto de 1906. Este espantoso cataclismo le dejó malamente herido y con el principio de la enfermedad que lo llevo poco después al sepulcro.

La incurable amargura de su alma está explicada por las tristezas de su vida.

Pueden recomendarse, a pesar de algunas incorrecciones, las poesías que intitula *Entierro de Campo*, *El organillo*, *Pancho y Tomás*, *De vuelta de la Pampa* y *Alma Chilena*.

La primera dice así:

Con un cadáver a cuestas,
camino del Cementerio,
meditabundos avanzan
los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descienden

por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hacen llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...

Una voz cansada implora
por la eterna paz del muerto;
ruidos errantes, siluetas
de árboles foscos, siniestros.
Allá lejos, en la sombra,
el aullar de los perros
y el efímero rezongo
de los nostálgicos ecos.

Sopla el puelche. Una voz dice:
—Viene, hermano, el aguacero.
Otra voz murmura: —Hermanos,
roguemos por él, roguemos.

Calla en las faldas tortuosas
el aullar de los perros;
inmenso, extraño, desciende
sobre la noche el silencio;
apresuran sus responsos
los pobres angarilleros;
y repite alguno: —Hermano,
ya no tarda el aguacero;
son las cuatro, el alba viene,
roguemos por él, roguemos.

Y como empieza la lluvia,

doy mi adiós a aquel entierro
pico espuela a mi caballo
y en la montaña me interno.

Y allá en la montaña obscura
¿quién era? llorando pienso:
¡Algún pobre diablo anónimo
que vino un día de lejos;
alguno que amó los campos,
que amó el sol, que amó el sendero
por donde se va a la vida,
por donde él, pobre labriego,
halló una tarde el olvido,
enfermo, cansado, viejo!

Los versos de Allende y de Pezoa Véliz son un feliz presagio de lo que promete con el tiempo nuestra poesía popular.

XIX

El drama nacional empieza a ser cultivado con buen éxito en el siglo XIX.—Predominio del romanticismo.—Los Amores del Poeta y El Tribunal del Honor.—Juana de Nápoles.—Dramas patrióticos.—Comedias y dramas de costumbres.—Por amor y por dinero.—Juicio sobre las poesías líricas de don Luis Rodríguez Velasco.—Dramas de don Víctor Torres Arce.—Una mujer de mundo, por Fernández Montalva.

El drama y la novela han sido las que han tardado más en progresar entre las composiciones literarias cultivadas en nuestro país. Y, entre uno y otro género, el teatral vino en pos del novelesco.

En la segunda mitad del siglo XIX, dieron a luz lozanas muestras de su ingenio novelistas de nota, cuando sólo habían subido a las tablas obras de ocasión o de ejercicio académico.

En las letras chilenas, la primacía corresponde, sin duda alguna, a la historia, y en seguida a la poesía lírica.

¿Cuáles fueron las causas que detuvieron la producción de obras dramáticas y novelescas?

Las principales de esas causas arrancan su origen del paulatino desenvolvimiento de nuestra cultura social.

En un pueblo primitivo, verbigracia, los *mapuches*, quienes habitaban el territorio chileno a la llegada de los españoles, no se concibe la composición de dramas ni de novelas.

Más aun. Los hombres de la selva araucana nunca proporcionaron tema para novelas o piezas de teatro verdaderamente interesantes. Los jóvenes chilenos, como don Salvador Sanfuentes, don Francisco Solano Astaburuaga, don Juan Bello y don Hermógenes Irisarri, y los grandes maestros españoles, como Lope de Vega, fracasaron en sus tentativas de poner en escena a los Caupolicanes y Lautaros.

En cambio, las heroicas hazañas de nuestros aborígenes inspiraron grandiosa epopeya; y sus ingenuas costumbres fueron descritas con sorprendente realidad en el *Cautiverio Feliz*.

Los hechos apuntados constituyen una prueba más de que los géneros literarios varían en cada etapa de la civilización; y de que, si el poema épico corresponde a las edades primitivas, el drama y la novela son frutos propios de pueblos cultos.

En los primeros siglos de la colonia fundada en las márgenes del Mapocho, fuera de un modesto ensayo de novela escrito por el mercedario Barrenechea y Albis, a fines del siglo XVII, no se sabe de ningún chileno que compusiera dramas o novelas.

Es muy dudoso que durante toda la época española, aun en el siglo XVIII, en los teatros arreglados para las

circunstancias o de un modo estable, se representara alguna pieza original. Con excepción de las loas compuestas para el recibimiento de los gobernadores, las comedias que se ponían en escena eran producto de ingenios de la corte.

Las costumbres de aquellos lejanos tiempos, sobre todo, algunos lances de sociedad, y determinados personajes de carácter extraordinario, han ofrecido, sin embargo, en nuestros días copiosos argumentos para narraciones del género histórico y para piezas teatrales de relumbrón.

De las segundas pueden citarse dos, ambas escritas en 1884: *Don Alonso de Ercilla o el sello del virrey*, de don Pedro N. Urzúa C.; y *La Quintrala*, por don Domingo A. Izquierdo.

Entre las composiciones narrativas, merecen ser recordados los trabajos de don Miguel Luis Amunátegui, como *El terremoto del 13 de Mayo de 1647*, las *Narraciones Históricas* y los *Cuadros Antiguos*, y los episodios de la misma clase escritos por Daniel Riquelme.

Las novelas y dramas de costumbres contemporáneas no aparecen sino después de la independencia.

Las piezas compuestas por Camilo Henríquez carecían en absoluto de las condiciones exigidas en toda obra dramática.

Es necesario esperar el año del *Semanario*, el de 1842, para que los vecinos de Santiago asistan al estreno de un buen drama original escrito en nuestro país.

La sociedad culta de la capital estaba entonces fascinada por los encantos del teatro romántico francés; y los dramas de Dumas y de Víctor Hugo, traducidos al castellano, se representaban con creciente admiración en modestas escenas de la ciudad.

En estas circunstancias, subieron a las tablas *Los Amores del Poeta* de don Carlos Bello (1), hijo primogénito de don Andrés.

Triunfo igual al del mencionado estreno no debía volver a alcanzarlo el autor, ni se ha repetido en el teatro chileno.

La obra merecía, por cierto, los aplausos que en esa noche prodigaron jóvenes y ancianos, hembras y varones, todos los asistentes a la memorable jornada.

Por desgracia, aunque don Carlos Bello fué chileno ante la ley, hay razones para no considerarle así desde el punto de vista literario.

No sólo sus padres nacieron fuera de Chile sino que además él mismo vino al mundo en la ciudad de Londres, y en ella creció hasta la edad de catorce años.

Los Amores del Poeta tenían los requisitos esenciales de una acción dramática; pues ponían en escena un suceso por demás interesante, de tal suerte que parecía desenvolverse a la vista de los espectadores.

Algunos críticos han censurado la brevedad de los actos, y han comparado esta pieza con los libretos de ópera. No carece de fundamento el reparo; pero este defecto no destruye la vida que anima las escenas, ni empaña el brillo del lenguaje en que se hallan escritas.

Tan relevantes cualidades inducen a dudar de que la obra haya sido compuesta por una sola pluma, sobre todo, por la de un joven que acababa de salir de la mayor edad.

---

(1) Carlos Bello y Boyland.—(Londres, 1815; † 1854, Santiago.)—Amunátegui. *Ensayos Biográficos*, tomo segundo; y *Las Primeras Representaciones en Chile.*

¿Cupo alguna parte en este trabajo al egregio maestro venezolano, el cual, por propia declaración, colaboró en la *Gramática Latina* de su segundo hijo, don Francisco Bello y Boyland?

Es muy probable que así sucediera. La verdad es que *Los Amores del Poeta* fueron la primera y última producción de mérito compuesta por don Carlos Bello.

Su anciano padre siempre manifestó un inmenso cariño por este hijo predilecto. Excusó los devaneos amorosos cometidos por él en la primera juventud y le ayudó con toda el alma a vencer las durezas de la vida.

No pudo, sin embargo, librarlo de la enfermedad ni de la muerte. Cuando ésta le convirtió en cuerpo yerto y frío, don Andrés por sí mismo lavó y vistió el cadáver (1).

Debe recordarse que en 1854 el ilustre sabio contaba más de setenta años de edad.

Transcurrieron siete lustros completos, día por día, antes que se representara un drama digno de competir con el de don Carlos Bello.

Por fin, en 10 de Agosto de 1877, se estrenó en el Teatro de Variedades de Santiago *El Tribunal del Honor*, escrito por don Daniel Caldera (2).

Desde el primer momento los críticos comprendieron

---

(1) Así lo refirió al autor de este *Bosquejo* la respetable matrona doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux, a quien le tocó ir a saludar a don Andrés cuando se ocupaba en cumplir estos últimos deberes para con su hijo.

(2) *Daniel Caldera y del Villar.* (San Felipe, 1852; † 1896, Iquique).— *Estudio biográfico y crítico* por don Agustín Cannobbio G. Santiago, 1900.

la importancia de la nueva pieza y le auguraron larga vida.

La obra fué debidamente apreciada por nacionales y extranjeros. En 1891, el gran actor italiano Roncoroni la tradujo a su idioma patrio y la incorporó en su repertorio.

Tanto *Los Amores del Poeta* como *El Tribunal del Honor* pertenecen a la escuela romántica; pero entre una y otra obra se observan fundamentales diferencias, en el estilo y en el asunto.

Ambas se hallan escritas en prosa, y ambas de la primera a la última escena cautivan el interés de los espectadores.

Como lo exige la poética, los dos dramas «producen la ilusión de que están verificándose realmente los hechos que se fingen a la vista» (1).

El tema desenvuelto por Caldera presenta, sin embargo, mayor verosimilitud que el elegido por Bello, como que aquél es un drama cierto, ocurrido en la ciudad de San Felipe, cuyos actores se conocen por sus verdaderos nombres.

El lance descrito por don Carlos Bello es uno de esos hechos sociales comunes en los países más cultos de la tierra. Pero, a causa de las estrecheces de la escena, vióse el autor obligado a precipitarlo en tal forma que aparece como un suceso extraordinario.

«La acción se desenvuelve en la sociedad moderna; y pasa en una aldea situada en las inmediaciones de París.

«Un poeta célebre, a quien se bautiza con el nombre de Eugenio Gressey, ama con delirio a una viuda de

---

(1) René-Moreno, *Literatura Preceptiva*, pág. 446.

veintidós años, llamada Matilde de Monville, que le ha dado su corazón, y estaría dispuesta a otorgarle su mano. El Coronel Fiercour, que adora a la misma dama, se interpone entre ambos; y prevaliéndose de su maestría consumada en el manejo de las armas, intima a la viuda que si ella no despide a Gressey, él tomará el partido de desafiar a su rival, o lo que es lo mismo, de asesinarle. Matilde de Monville, amedrentada por aquella amenaza, de cuyo cumplimiento no puede dudar, consiente en escribir a Gressey una carta dictada por el mismo Fiercour, para pedirle que en lo sucesivo se abstenga de visitarla, porque ella no puede corresponder a su afecto.

«El poeta sospecha, sin dificultad, quién es el autor de la intriga; tiene con el Coronel un duelo a muerte, en que una sola de las pistolas está cargada con bala, y le mata (1).»

El argumento de *El Tribunal del Honor* ofrece mayor amplitud, y va preparando poco a poco el ánimo de los espectadores para el desenlace. A fin de conseguirlo, Caldera ha dado a su pieza casi el doble de la extensión que tiene el drama de Bello.

El autor presenta a sus personajes en la ciudad de San Felipe, en el año 1830 y tantos.

Don Juan Martínez, que ejerce allí las funciones de Intendente, sorprende a su mujer, a quien verdaderamente ama, y de cuya fidelidad no tuvo hasta entonces sospecha alguna, en inequívoco coloquio de ardiente pasión con su antiguo compañero de armas, don Pedro Rodríguez.

---

(1) AMUNÁTEGUI, *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, pág. 305.

En un minuto, don Juan vió perdidas todas las ilusiones de su alma; pero, tal vez con la esperanza de rehacer la felicidad del hogar, aguardó los resultados.

La fría realidad le fué ofreciendo, una tras otra, las pruebas de su deshonra.

Asistió, oculto, a misteriosas citas.

Sorprendió quemantes cartas de amor.

Tuvo que rendirse a la evidencia.

No se resignó, sin embargo, a condenar a la culpable sin oirla, e inventó para ello un extraño procedimiento.

Se constituyó a sí mismo en tribunal del honor, y emplazó a su mujer para que en espíritu, ya que no en persona, compareciera ante el juez.

La escena parece imaginada por Calderón de la Barca.

Don Juan, como si fuera verdadero súbdito de Felipe IV, tiene la serenidad de revelar a la adúltera el castigo que proyecta.

«Tuviste, la dice, un defensor apasionado, que buscó en tu juventud, en tu inexperiencia, en las posibles infidelidades del esposo, en el fuego de las pasiones tal vez no satisfechas, en todo, en fin, hasta en los groseros impulsos de esta miserable materia, una excusa para tu falta, un motivo para la clemencia del juez!... Un defensor que presentó a tu marido como el martirizador permanente de una mujer infortunada, a quien perseguía hasta que se dejaba hurtar algunos hipócritas favores!... ¡Yo fuí tu defensor, María!... ¡Yo! es decir, el hombre que, olvidando su ultraje, sólo se acordaba de que te había amado, y quería a toda costa torcer el fallo de la justicia.»

La sentencia había sido implacablemente adversa.

Despreciando los ruegos y los llantos de la víctima, la

cual confiesa que va a ser madre, don Juan le da de puñaladas en la escena.

No puede negarse que el lenguaje de don Carlos Bello en *Los Amores del Poeta* tiene mayor elegancia y es de un arte más refinado que el de Caldera; pero justo es confesar también que el prosaico estilo de este último a menudo traduce mejor las voces destempladas de la pasión.

Ambos dramas pertenecen a un mismo género; y se prestan a las reflexiones del moralista sobre los impulsos salvajes que aun dominan entre los hombres. A pesar del progreso de la cultura, en sus luchas sexuales, ellos no vacilan en dar la muerte para obtener el triunfo o para vengar un adulterio.

Caldera, que se reveló notable dramaturgo en *El Tribunal del Honor*, era un poeta de inspirado estro.

No debe olvidarse que su familia paterna fué fundada en nuestro país por el caballero andaluz don Juan Antonio Caldera.

La verdad es que, según lo afirma su biógrafo, don Daniel Caldera manifestó desde la niñez sobresalientes dotes de imaginación.

En el liceo de San Felipe, donde estudió humanidades, recibió lecciones de latín y literatura del respetable caballero don Balbino Arrieta, quien tuvo especial esmero en estimular sus aficiones de escritor.

A la temprana edad de veintidós años, Caldera presentó, en Santiago, al certamen dramático abierto en 1874 por la Academia de Bellas Letras un drama en verso, titulado *Arbaces o el último Ramsés*, cuyo argumento tomó de la novela *Los últimos días de Pompeya* de Bulwer Lytton.

Este fué un gran triunfo para el joven principiante;

pues, aun cuando el jurado no le concedió el premio, en atención a que la obra carecía de originalidad, la colocó entre las mejores del certamen.

El público ilustrado confirmó este juicio cuando Caldera dió a la estampa su drama en la *Revista Chilena*, dos años más tarde.

Un crítico competentísimo como don Eduardo de la Barra estimaba que esta pieza era digna de figurar con honra en nuestra literatura dramática.

El carácter abandonado de don Daniel Caldera y los infortunios de su vida le impidieron realizar la obra literaria que anunciaban los dos interesantes dramas que escribió en la juventud.

Coetáneo y condiscípulo de don Carlos Bello, don Salvador Sanfuentes fué mucho más fecundo que él; pues, a más de sus leyendas y de sus obras en prosa, compuso diez piezas teatrales, originales o traducidas, sin tomar en cuenta el drama que dejó inconcluso sobre *Don Francisco de Meneses*.

De estos trabajos cuatro fueron quemados por su autor: *Caupolican I*, *Caupolican II*, *El mal jugador* y *El Castillo de Mazini*.

Tradujo del francés *Británico* e *Efigenia en Aulide*, originales de Racine, y *Los celos infundados*, de Molière; tomó de los *Incas* de Marmontel el argumento del drama *Cora o la Virgen del Sol;* y compuso dos dramas históricos: *Carolina o una venganza*, del cual no quedó satisfecho, y *Juana de Nápoles*, que consideraba su mejor obra de este género.

El asunto de esta última pieza, sacado del historiador Sismondi, encierra uno de los tantos episodios trágicos y

vergonzosos de la Italia de la edad media. La intriga se desenvuelve en Nápoles, a mediados del siglo XIV.

El drama de Sanfuentes carece de originalidad y de condiciones escénicas. No es más que una narración dialogada en verso. La frialdad de la musa que inspiraba al autor arrebata a la pieza todo interés.

Los dos dramas patrióticos escritos sobre temas de la revolución de la independencia por don José Antonio Torres (1) y don Carlos Walker Martínez, titulados el primero *La Independencia de Chile* y el segundo *Manuel Rodríguez*, sólo merecen ser considerados como ensayos juveniles.

Las mismas escenas han sido mucho mejor descritas en la más notable de las novelas nacionales, o sea, *Durante la Reconquista*, de don Alberto Blest Gana.

El hermano mayor de este último, don Guillermo, juzgado ya en su carácter de poeta lírico, es autor del drama histórico *La Conjuración de Almagro*, que se representó en nuestro Teatro Municipal a principios de 1858.

Aunque el autor recibió entusiastas aclamaciones del público, debe atribuirse su triunfo, no al mérito efectivo de la obra, sino a las simpatías que despertaba el joven poeta.

El drama de Blest Gana posee condiciones que lo colocan a mayor altura que los de Torres Arce y Walker Martínez; pero revela también en el autor notable falta de experiencia en los recursos teatrales.

En cambio, es grato dejar testimonio de que la versificación contiene algunos trozos líricos dignos de aplauso, y de que el asunto, tomado de la *Conquista del Perú*, de

(1) José Antonio Torres y Pérez de Arce. (Valdivia, 1828; † 1864. Santiago).—Amunátegui. *Ensayos Biográficos*, tomo cuarto.

Prescott, ha sido objeto de un serio estudio por parte del autor.

Don Guillermo Blest Gana compuso en sus últimos años la letra de la zarzuela *El Pasaporte*, la cual subió a las tablas en Valparaíso en 1890. Desgraciadamente, esta pieza se halla desnuda de mérito.

Algunos meses antes que *El Tribunal del Honor*, se representó en Santiago un drama original de don Pablo Garriga, que, aunque inferior a la obra de Caldera, debe ser recordado en la historia de nuestro incipiente teatro.

Se titulaba *La Huérfana*.

Poeta lírico más bien que dramático, Garriga, ha sabido, sin embargo, describir una situación teatral hondamente conmovedora.

Los dos primeros actos despiertan vivísimo interés. Los lectores del drama adquieren la convicción de que, si don Pablo Garriga se hubiera ejercitado en este género literario, o, más bien, si en aquella época el teatro nacional hubiera alcanzado mayor altura, el autor habría podido formarse una nombradía igual a la de Caldera.

Una pobre muchacha, de buena condición social, cuya madre había muerto cuando ella era muy niña, y cuyo padre reside lejos del país, sin que haya dado nunca noticias de su vida, se asila en casa de una familia amiga.

A la edad en que nacen las pasiones, Elena concibe hondo afecto por un joven rico que frecuenta el hogar de sus protectores.

Alberto corresponde las simpatías que inspira a la huérfana.

Desgraciadamente, Juana, la hija de la casa, forma también el proyecto de casarse con Alberto; y, tan pronto

como sorprende las inclinaciones de Elena, trata de estorbarlas, poniendo por obra toda clase de recursos.

En esta empresa, se ve amparada por sus padres, y por su hermano Francisco, mozalbete sin juicio, compañero de Alberto, al cual se empeñan todos en persuadir de que Elena es una joven extravagante e insensata.

Por otra parte, el padre de Juana obliga a Elena a que no acepte las proposiciones de matrimonio de Alberto. Para ello, la amedrenta con arrojarla de su casa, y, lo que es más grave, con deshonrar públicamente a su padre, a quien acusa de haber cometido un desfalco.

La triste huérfana se encuentra sola; y lastimeros gritos escapan de su pecho:

¡Nadie, nadie me ama aquí en la tierra!
Madre que moras en el alto cielo
¿Por qué te olvidas de tu pobre hija
Que llora aquí sin encontrar consuelo?...
Y tú, padre, si aun vives en el mundo,
¿Por qué me has olvidado?
¿Acaso el corazón no te ha anunciado
Que tu hija en el profundo
Pesar está sumida,
Y es un tormento matador su vida?

El poeta lírico aprovecha con buen éxito el aflictivo trance de su heroína. Más adelante, ella exclama con acento desgarrador:

¡Ser huérfana, desvalida!
¡Vivir en medio del mundo
Como barquilla batida

Por el choque furibundo
De las olas de la vida,
Sin divisar a lo lejos,
En la desierta ribera,
La claridad placentera
De un faro, cuyos reflejos
Me digan: sufre y espera!

El último acto es el más débil del drama.

Elena ha rechazado terminantemente la mano de Alberto y no ha querido verle más. Alberto llega a creer que ella ha perdido la razón.

Se concierta el matrimonio de Alberto con Juana.

En estas circunstancias, aparece de improviso el padre de Elena, que llega del extranjero; conoce la desgracia de su hija; descubre a Alberto el engaño fraguado por los padres de Juana; y siente la satisfacción de que él vuelva a los pies de Elena.

La inverosimilitud de este desenlace daña considerablemente el valor de la obra.

A mediados de 1869, y con intervalo de un mes entre uno y otro estreno, se representó en los teatros de Valparaíso y de Santiago una comedia que provocó estrepitosas polémicas, y que, en vista del apasionamiento de los ánimos, parecía estar destinada a figurar con brillo en el teatro nacional.

Por desgracia, no ha sucedido así. La pieza carecía de méritos propios; y solamente las circunstancias favorecieron la halagadora acogida con que la recibió el público. El autor pertenecía a un partido político de ideas avanzadas. La obra encarnaba principios generosos de regeneración social. Los amigos del novel dramaturgo batieron

palmas, y fueron imitados por numerosas personas de las ciudades principales de país.

Esto bastó para que en el campo opuesto se levantaran iracundas voces contra la comedia y contra su autor.

Disuelto el humo de la contienda, y calmado el espíritu con el transcurso del tiempo, es posible hoy apreciar el trabajo con imparcialidad.

La obra se titulaba *Por amor y por dinero*, y había sido escrita por don Luis Rodríguez Velasco.

El asunto es natural, sencillo y verosímil. La heroína, llamada María, ama a un joven bondadoso y honorable, con quien ha vivido en la mayor intimidad, dentro de su propia casa; pero que tiene un grave defecto: la pobreza. El padre de María llamó al joven a su lado cuando quedó huérfano, y le ayudó para que adquiriera una profesión.

Habría faltado la intriga si, al mismo tiempo, María no hubiera sido pretendida por un joven rico, Lindor, recién llegado de Europa.

Éste aparece en la escena como individuo sin carácter, a quien domina una tía gazmoña e intrigante: doña Ramona. Por lo demás, Lindor, se hace ridículo y antipático con sus recuerdos, mal aplicados, de las costumbres europeas, y con sus pretensiones de vestir bien.

Gabriel, el amante favorecido, es el reverso de Lindor. Lleno de modestia y con un excelente criterio, manifiesta en todos sus actos gran cordura y dignidad. No tiene, sin embargo, el relieve necesario; como en general, no lo tienen los demás personajes, con excepción de doña Ramona y de Lindor, que son verdaderas caricaturas.

El padre de María quiere obligar a su hija a que se

case con el galán rico; pero ella lo rechaza terminantemente.

Doña Ramona, que ve frustadas las expectativas de Lindor, apela al recurso extremo de inventar una calumnia. Hace creer al padre de María que, abusando de la confianza depositada en él, Gabriel penetra de noche y ocultamente al cuarto de su amada, y como don Antonio se resiste a admitir tanta maldad, le asegura que ella lo ha visto.

Esta grosera imputación impresionaría el alma del público si en la anterior escena doña Ramona no se hubiera manifestado pronta a valerse de toda clase de recursos para estorbar el triunfo de Gabriel. Desde ese mismo momento, el menos listo está prevenido contra la verdad de todo lo que ella diga en su daño.

El único crédulo es don Antonio, quien, sin intentar siquiera una averiguación sobre lo que haya de cierto, condena al infeliz Gabriel y concluye por arrojarlo de su casa.

El inculpado no sabe de qué delito se ha hecho reo. La causa es obvia. Si don Antonio hubiera sido franco con él, Gabriel se habría justificado en el acto, demostrando la infamia de doña Ramona; y no habría drama.

Don Antonio mantiene igual reserva con su misma hija; e insiste en la resolución de casarla con Lindor.

Todo parece perdido; pero la audacia de un amigo de Gabriel, Ricardo, desbarata las intrigas de la tía.

Contra toda verosimilitud, sin revelarle sus planes, Ricardo persuade a María de que aparente aceptar por marido a Lindor, el novio rechazado de una hora antes.

La niña obedece sin vacilación y se apresura a decla-

rarse rendida, delante de Lindor, de doña Ramona, y, lo que es más absurdo, de su propio padre.

En este momento crítico, llega un telegrama para don Antonio, en el cual le comunican que el depositario de toda su fortuna, comerciante de Valparaíso, ha quebrado.

La noticia produce pánico; y Lindor, en connivencia con la tía, retira su promesa de matrimonio.

Nadie negará que el recurso dramático empleado por Rodríguez Velasco es vulgar e inaceptable.

El éxito de Ricardo, es, sin embargo, completo; pues, aun cuando pocas horas después Lindor, aconsejado por doña Ramona, que ha sorprendido la falsedad del telegrama, trata de reanudar el compromiso, no lo consigue, ni de parte de don Antonio, el cual, por fin, ha llegado a comprender la bajeza de la tía y del sobrino, ni de parte de María, que no ama sino a Gabriel.

Este último, el cual oye por casualidad de boca de doña Ramona cuál es la calumnia inventada por ella, logra justificarse ante el que va a ser su suegro.

La comedia dura menos de doce horas, y en este corto espacio de tiempo se conciertan dos matrimonios con una misma joven, se deshace uno de ellos, un padre resuelve, sin pensar en las consecuencias, la desgracia de su hija, y sólo consiente en hacerla feliz cuando abre los ojos ante las repugnantes pruebas de la pequeñez de alma de quien quería para yerno.

Cae el telón cuando ya es de noche. De suponer es que el matrimonio de María y Gabriel no se realizará en la madrugada.

El único rasgo feliz de esta comedia es el título, que ha tenido en el teatro dos imitadores: don Heriberto Ducoing, en su drama *Por amor y sin dinero;* y don Juan

Francisco Ureta Rodríguez, en su comedia *Sin amor y por dinero*.

Rodríguez Velasco sentía verdadero entusiasmo por el teatro, y, como muchos otros literatos chilenos, juzgaba que la mejor manera de hacer progresar el género dramático entre nosotros era presentar buenos modelos a la juventud de nuestro país.

Esta fué la causa principal que le indujo a traducir varias piezas del teatro francés.

Al año siguiente del estreno de su comedia original, publicó en *La Libertad* de los Arteaga Alemparte dos proverbios y cuatro comedias de Alfredo de Musset, traducidos por él: *Il faut qu'une porte soit ouverte ou fermée*, con el título de *Dentro o fuera; On ne badine pas avec l'amour*, con el título de *Para el amor y muerte no hay cosa fuerte*; *On ne saurait penser a tout*, con el título de *Quien puede estar en todo*; *Carmosina*; *Il ne faut jurer de rien*, con el título de *Nadie diga de esta agua no beberé*; y *Betina*.

Estas seis obras se hallan en prosa, tanto en el texto original como en la traducción.

Desgraciadamente, Rodríguez Velasco compuso su comedia *Por amor y por dinero* en verso, con mal resultado. No puede negársele facilidad para versificar; pero justo es advertir que el lenguaje es en extremo prosaico.

Muchos años más tarde, en 1885, tradujo también el aplaudido drama de Jorge Ohnet, *Le maître des forges*, que publicó con el nombre del protagonista *Felipe Derblay* (1).

---

(1) Esta traducción no aparece en la interesante *Bibliografía Dramática Chilena* de don Nicolás Anrique Reyes. Santiago, 1899.

La mejor traducción suya fué la que hizo del *Ruy Blas* de Víctor Hugo en hermoso verso castellano. En sentir de idóneos críticos, la versión de Rodríguez Velasco es excelente.

Esta pieza fué representada en el Teatro Municipal de Santiago en la noche del 10 de Enero de 1885. El traductor recibió merecidos aplausos de numerosa concurrencia.

El prestigio de que goza el benemérito poeta chileno no descansa, sin embargo, en sus trabajos dramáticos sino en los armoniosos acordes de su lira.

Había nacido en Santiago en un hogar respetabilísimo (1). Por desgracia, perdió a sus padres cuando aun tenía pocos años.

El autor de sus días fué el distinguido abogado y estadista don José Antonio Rodríguez Aldea, quien era hijo de un rico comerciante español de la ciudad de Chillán.

Rodríguez Velasco fué uno de los alumnos fundadores del colegio establecido en la capital de Chile por la congregación de los Sagrados Corazones, a principios de 1849.

Sintióse inspirado desde muy joven, y, como se recordó en páginas anteriores, inició su carrera literaria en *La Semana* de los Arteaga Alemparte.

Una de sus primeras y más delicadas composiciones fué la que consagró a la memoria de su madre.

Raudales de ternura impregnan las siguientes estrofas:

---

(1) Luis Rodríguez y Velasco.—(Santiago, 1838; † 1919, Santiago).—*Diccionario* de Figueroa.

En la primera orilla de la vida
Me abandonaste, madre, cuando apenas
Aparecían para mí serenas
Las horas de la cándida niñez;

Cuando empezaba en mi inocente pecho
A nacer para ti mi amor de niño,
Puro, sublime, celestial cariño
Que no alcanzaba a comprender tal vez.

¡Debí ser muy feliz cuando bebía
El néctar puro de tu puro seno,
Y me daba tu labio, de amor lleno,
Un inocente beso maternal!

....

No sé si alguna lágrima de duelo
Por tu muerte mis ojos derramaron,
O si mis voces tristes te llamaron...
¡Por qué entonces no sé lo que sentí!

No sé si tuve algún dolor al verme
De las caricias de tu amor privado.
¡Después, en cambio, madre, he derramado
A torrentes las lágrimas por ti!

....

¡Ah! ¡Si hubieras vivido hasta el presente,
Para poder dormirme en tu regazo,
Y haber gozado del materno abrazo,
Y el dulce beso del materno amor!

¡Ah! ¡si vivieras, madre, si vivieras,
Con qué ferviente adoración te amara!
¡Cómo el consuelo de tu amor buscara
En mis horas de angustia y de dolor!

Los versos trascritos caracterizan perfectamente la musa de Rodríguez Velasco. Era un poeta sentimental, de la escuela de Selgas. En extremo abundante, no desdeñaba poner su firma en ningún álbum. Versificaba con facilidad; pero sin elegancia. De una ternura exagerada, no siempre conseguía comunicar su emoción.

Aunque este fué el género poético que correspondía a las dotes de su espíritu, se alistó entre los románticos de la época: y, como don Eduardo de la Barra, fué uno de los admiradores de don Guillermo Matta.

Imitó además a Zorrilla y a Espronceda.

He aquí un fragmento de su bellísima composición *Un recuerdo*, que podría colocarse sin disonancia entre las estrofas del *Canto a Teresa:*

Dulce recuerdo de mi bien querido,
Encanto de mis horas de tristeza,
Eco inefable de un cantar sentido
Que aduerme el corazón en su pureza;
Rayo de luz del cielo desprendido
Entre nubes de nítida belleza,
Aroma de la flor del sentimiento,
Secreto talismán de mi contento;

No dejes que se anuble en la memoria
El cristalino cielo del pasado,
Y se borren las hojas de esa historia

Que con llanto del alma he consagrado;
Siempre como astro de amorosa gloria
Recrea al corazón enamorado,
Abrígalo en tu influencia voluptuosa,
Conserva pura su ilusión hermosa.

.....

Siempre con luz de plácida bonanza
Alumbras el altar de mis amores,
Donde entona sus himnos la esperanza
Y la amante ilusión riega sus flores.
Y allá lejos, en blanca lontananza,
Envuelta de la aurora en los fulgores,
Me presentas como ángel de la vida
La imagen celestial de mi querida.

Porque ella es el ángel que los sueños
De mi edad juvenil ha embellecido,
La purísima luz de mis ensueños,
La más dulce ilusión que yo he tenido.
Para ella son mis cantos halagüeños,
Ella da vida al pecho comprimido,
Mi camino es el rastro de su huella,
Lo que soy, lo que tengo, todo es de ella.

No sin razón, la prensa de nuestros días, con motivo de su fallecimiento, ha llamado a Rodríguez Velasco *el último romántico.*

Cuando aun no llegaba a la mayor edad, se incorporó en los grupos avanzados del liberalismo. Más tarde, la fuerza de los años y la experiencia de la vida moderaron

sus ímpetus de los primeros tiempos; pero nunca desertó de las filas del partido de su primera juventud.

La causa americana tuvo en él ardoroso defensor. «Cuando se declaró la guerra a España, y pomposos manifiestos la anunciaron a todo el mundo, recuerda don Guillermo Matta, en su prólogo al primer libro de poesías de Rodríguez Velasco, éste se hallaba en la República hermana del Perú, en donde su inteligencia y su pluma se ocupaban en propagar y en defender la gran causa de la América. No hay un hecho heroico, no hay un solo acto digno que no haya solemnizado con himnos de triunfo...»

Corría entonces el año de 1865. Antes de que trascurrieran tres lustros, Rodríguez Velasco, en plena madurez, cantaba con entusiasmo los triunfos de nuestra guerra contra el Perú y Bolivia.

De sus composiciones inspiradas por la triste agresión de los españoles en las costas del Pacífico, digna es de recordarse la que tituló *Un viejo soldado de la Patria al pie de la estatua de San Martín.* Empieza así:

¡Soy yo, mi General! Viejo soldado,
Iba a dormir mi sueño postrimero,
Cuando de nuevo al mundo me han llamado
Los nobles ecos del clarín guerrero.

Igualmente feliz se mostró el poeta en su elocuente oda *Ante la estatua de Bolívar en Lima.*

Los cantos que Rodríguez Velasco consagró a las glorias de Chile en la campaña de 1879, ofrecen sentidas estrofas. El mejor y más popular de ellos es el que llama *Los Héroes de Iquique.*

El autor ocupó elevados cargos políticos; pero el centro de su vida no era el foro, sino las letras.

Las corporaciones académicas supieron reconocer sus méritos. Era miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile e individuo correspondiente de la Academia Española.

Sus traducciones líricas de Alfredo de Musset y de Lamartine honrarían la memoria de cualquier poeta.

Como su hermano mayor don José Antonio, don Víctor Torres Arce se dedicó a componer para el teatro.

Dos de sus dramas, *El Honor de una Mujer* y *Los Dos Amores*, fueron representados en las principales escenas de Santiago y Valparaíso, entre los años de 1872 y 1876. Aunque en ambas piezas abunda el lirismo propio del autor, fueron escritas en prosa.

El argumento de la primera empieza de una manera vulgar. En el seno de una familia de primera sociedad han desaparecido la fortuna y los goces después de la muerte del padre. La viuda, muy amante de su única hija, la persuade de que debe contraer matrimonio con un rico pretendiente, a quien no ama, y desairar a un galán pobre a quien adora.

El drama se complica con la celebración del enlace. Amelia continúa sintiendo hondo afecto por Ricardo. Luis, su marido, si no odioso, le es indiferente.

Entre tanto Ricardo consigue olvidar su primera pasión, y se enamora perdidamente de Margarita, amiga íntima de Amelia.

Esta no resiste al impulso de su alma, y quiere volver a ver a Ricardo, a fin de confesarle que le conserva intacto su cariño.

Con tal objeto, consigue una entrevista en la propia casa de Ricardo.

La conversación de los antiguos enamorados resulta interesante. El frenesí que se apodera del ánimo de Amelia y la obliga a explicar a Ricardo la verdadera causa de su matrimonio es muy natural y humano.

De improviso, llega Margarita, y sorprende el extraño coloquio, cuando esperaba encontrar a su novio solo.

Esta visita, aunque anunciada, contraría las más elementales reglas de la verosimilitud. Una joven virtuosa, de alta sociedad, no pide entre nosotros una cita en las habitaciones mismas de su galán.

Margarita se pone fuera de sí, y no imagina otro medio de salvar su amor que dar aviso de lo que sucede a Luis, el marido de Amelia.

Este último, acompañado de Margarita, corre a casa de Ricardo, a quien encuentra aún conversando con Amelia.

El procedimiento empleado en esta escena no puede ser más artificioso; y muestra en el autor de la obra completa ignorancia de los recursos teatrales.

Ricardo y Luis se baten en duelo. El primero de ellos cae herido de gravedad; i, antes de morir, alcanza a enviar a Luis una carta para asegurarle que Amelia es inocente.

Demasiado tarde. Amelia, ultrajada por su marido, se ha vuelto loca.

El asunto está mal concebido, y los personajes mal retratados.

Un crítico de la época (1), amigo del autor, propone

---

(1) Don Rómulo Mandiola.

que se cambie el título del drama. En vez de *El Honor de una Mujer*, *El Sacrificio de una Mujer*.

En la segunda de las piezas de Torres Arce, una jóven rica y huérfana, que vive al lado de sus tíos, se ve también disputada por dos pretendientes. Uno de ellos es libertino y derrochador, con los rasgos simpáticos que a menudo acompañan a los hombres de su condición; el otro, irreprochable de conducta, adora a Julia con reserva, y no vacila en retirarse cuando comprende que ella prefiere a su rival.

A pesar de que los tíos de Julia, don Tristán y doña María, no escasean advertencias y consejos para que la joven rechace las proposiciones del Lovelace, o sea, de César, Julia se encapricha y concluye por contraer matrimonio con él.

Los tíos estaban lejos de ser desinteresados cuando se esforzaban en conseguir que su pupila despidiera a César: el principal móvil era la fortuna personal de su sobrina. Pero tenían completa razón en juzgar mal del pretendiente.

Los resultados lo demostraron así con plena evidencia. La conducta de César en la vida de matrimonio correspondió a sus antecedentes de soltero. Malgastó el caudal de la mujer, y volvió a entregarse a la licencia más grosera.

Julia le habría perdonado la dilapidación de los bienes; pero no soportó que la humillara con hembras de mal vivir. Se separó dignamente de su marido.

En esta crítica situación, Julia contó siempre con el cariño discreto y entrañable del galán de otro tiempo, del buen Gustavo, que no había titubeado en dejar el campo libre a César, a fin que su amada fuera feliz.

Julia llega a imaginar que ama a Gustavo.

No era cierto. Basta que César vuelva a presentarse para que ella crea firmemente que está arrepentido, y que cumplirá sus nuevas promesas.

El desenvolvimiento del drama deja mucho que desear. Los tíos de Julia, los cuales ocupan puestos de importancia en los principios de la pieza, desaparecen en seguida, y no se les ve más.

Habría sido natural que Julia, separada de César, encontrara amparo en casa de los guardadores de su juventud. Nada de eso. El drama termina en el segundo acto con el matrimonio de César.

Los dos actos últimos constituyen una pieza distinta.

Exceptuadas algunas escenas, la acción es lánguida. El diálogo, de ordinario, se arrastra con lentitud.

El caracter de César es el único que presenta algunas pinceladas vigorosas. Los demás carecen de unidad.

Gustavo, el confidente de Julia, el hombre de nobles arranques, ha sido tomado del teatro francés moderno, donde la intervención de personajes de esta clase ayuda poderosamente al desarrollo de la acción.

A pesar de estos defectos, don Víctor Torres Arce da pruebas de poseer condiciones de dramaturgo. Por desgracia, le faltaba estudio y una observación penetrante del mundo. No tuvo tiempo en su agitada existencia para mirar alrededor, envuelto en sus propias pasiones.

A la misma escuela romántica, no sólo como poeta lírico sino como dramaturgo, perteneció otro jóven, amado también de los dioses, que murió sin llegar a la madurez: don Ricardo Fernández Montalva (1).

(1) Ricardo Fernández y Montalva.—(Santiago, 1866; † 1899 Valparaíso).—*Diccionario* de Figueroa.

De una generación muy posterior a la de Torres Arce, su obra ofrece grandes diferencias con la obra de aquél.

Poseía mayor ilustración; pero, en cambio, era de un estro mucho menos inspirado.

Fernández Montalva estudió humanidades en Santiago, en el colegio dirigido por el maestro inglés Mr. Radford; y empezó, sin terminarlo, el curso de leyes de nuestra Universidad.

Se estrenó, puede decirse, como poeta en el certamen abierto en 1887 por la mano generosa de don Federico Varela. Presentó entonces una docena de composiciones, por el estilo de las de Bécquer, con el seudónimo de Fortunio.

En este torneo triunfó, como se sabe, don Eduardo de la Barra.

El tribunal, compuesto por Lastarria, Barros Arana y Blanco Cuartín, apreció con benevolencia el trabajo de Fernández Montalva. Aparte de algunos descuidos, que hace notar, juzga sus composiciones elegantemente versificadas.

Idéntico elogio merecen la mayor parte de las poesías publicadas por el autor.

Al año siguiente, éste dió a luz en un folleto, a manera de ensayos, las composiciones del certamen y algunas otras de igual género.

He aquí una de las mejores:

Estaba la noche oscura
cual la boca de un abismo,
y yo me hallaba a su lado
silencioso y pensativo.
Ella, oprimiendo mi mano,

con voz sentida me dijo:
—«¿Acaso no estás contento?
¿qué es lo que tienes, bien mío?»
Clavé la vista en el cielo
y lo vi negro, lo mismo
que los fúnebres crespones
de un mausoleo bendito.
—«Tengo,—le dije,—en el alma
de los sepulcros el frío,
y tú no tienes, hermosa,
el calor que necesito.
¿Sabes tú si allá en el cielo,
gobernando lo que hizo,
existe un Dios poderoso,
sabio, inmutable, infinito?
Aquí, misterio y enigma;
allá, frases sin sentido;
un cuerpo que dura poco;
un alma que nadie ha visto;
una razón que es esclava
de cierto límite fijo;
un insaciable deseo,
y un inflexible destino
que arrastra al hombre y lo lleva
hacia algo desconocido,
¡como átomo que arrebata
el ala del torbellino!»
.....
.....
Seguía la noche oscura
cual la boca de un abismo,
y mi amada y yo quedamos
silenciosos, pensativos...

Ya había dado a la estampa algunos trabajos en prosa, entre otros, dos pequeñas novelas.

En las postrimerías de su corta vida, Fernández Montalva publicó una nueva colección de versos, con el título de *Nocturnos*.

En ellos se observan reminiscencias de Lamartine, de Rubén Darío, de Núñez de Arce, de Pedro Antonio González. El autor se halla lejos de presentar una personalidad definida. Merecen leerse la composición *Es tarde* y las estrofas que dedica al vate mejicano Manuel Acuña.

Superior a todas sus poesías y una de las últimas compuestas por él, la juventud recuerda como una joya la que va a leerse.

La vieja canción

¡Yo tengo una canción que sólo es mía!
Al pálido fulgor de las estrellas
yo la canto en mis noches de agonía.
¡Es la vieja canción de mis ideales
que lleva entre sus alas
las destrozadas galas
de mis queridos sueños inmortales!
¡La canción del cariño,
de santos embelesos,
que en la cuna del niño
se modula con risas y con besos;
la misma que, en seguida,
cuando se pierde el juvenil encanto,
se solloza en las tardes de la vida,
humedecida con amargo llanto!

¡Yo tengo una canción que sólo es mía!
¡Siempre que me hallo con mi pena a solas
en el mar de mi ardiente fantasía,
bate el recuerdo las jigantes olas
de mi primera y única alegría;
cuando, buscando salvación y ejemplo,
de hogar piadoso en la serena calma,
no tenían las bóvedas del templo
la duda impía que me muerde el alma!
¡Esta duda fatal que me doblega
y sin descanso me persigue y hiere,
que es más terrible, impenetrable y ciega,
cada vez que el amor se deja o muere!
¡Es la vieja canción de mis anhelos,
sencilla, enamorada,
en un delirio de pasión robada,
al eterno poema de los cielos!

¡Yo tengo una canción que sólo es mía!
¡Por más que en sendas de maldad te pierdas,
tú que fuiste mi amor, que sólo un día
respondiste a mi fe, tú la recuerdas!
¡Si en el silencio de la noche triste
tu corazón aumenta sus latidos,
y todavía alguna voz existe
que nombre la virtud en tus oídos;
si, asaltada por púdicos sonrojos,
te detienes un punto en la caída,
y una lágrima rueda de tus ojos
a la arena candente de la vida;
si tu labio falaz dice mi nombre
en la hora veloz de tu cariño,

es porque escuchas mi canción de niño,
que es la primera adoración del hombre!

¡Esa canción que suena
como ola suave que a la playa avanza,
es la vieja canción del alma buena
cantada en el altar de la esperanza!

¡Yo tengo una canción que sólo es mía!
¡Cuando Dios ponga fin a mis dolores,
yo moriré cantando mis amores,
a los destellos últimos del día!

De las obras dramáticas de Fernández Montalva sólo quedan tres: *La Mendiga, Una mujer de mundo* y *La copa de marfil.*

La primera fué estrenada en Santiago por una compañía española a mediados de 1888.

Es una pieza violentamente romántica. Parece inspirada por *La Pasionaria* de Leopoldo Cano.

En noche tempestuosa, una mendiga cae fatigada, casualmente, a las puertas de la casa donde vive el hombre que más la amó en otro tiempo.

Al oir los lamentos de la infeliz, acude un empleado doméstico y la introduce en la residencia de Pablo. Así se llama el protagonista.

Por desgracia, éste, a causa del desengaño amoroso que experimentó por culpa de Mercedes, ha perdido la razón.

En el alma herida de Pablo, el amor se ha tornado en odio. De los labios del que fué ternísimo galán, sólo brotan voces de maldición y de venganza.

Mercedes comprende la crueldad con que ella ha procedido; pero abriga la ilusión de que será perdonada.

Ella refiere de esta suerte su propia historia:

Mercedes... era bella, era
una mujer como todas:
muy pendiente de las modas
en invierno y primavera.
Pablo era pobre. Lo amaba
cuanto puede una mujer...
Pero, ella quería ser
tan rica como soñaba.
La cabeza trastornada
por un vértigo... alma fría...
otro daba más... y un día
¡se casó con Juan Estrada!...
Entre fiestas y placeres
partía su tiempo todo,
queriendo ser de este modo
la envidia de las mujeres.
En pocos años gastó
cuanto había conseguido.
Después .. murió su marido,
y ella.. ¡en la calle quedó!

La esmerada versificación de Fernández Montalva hace disculpar muchas inverosimilitudes.

Es conmovedora la escena en que Mercedes y Pablo se encuentran frente a frente. El loco la desconoce.

PABLO.—(Mirándola con curiosidad.)
Me dijeron que querías
hablar conmigo... ¿Quién eres?

MERCEDES.—(Avanzando hasta quedar cerca de Pablo, y con voz fatigosa.)
Una de aquellas mujeres
que has amado en otros días.

PAB.—Te engañas.

MER.— —No puede ser.

PAB.—Desde el día en que nací
eterno amor prometí
solamente a una mujer.

MER.—¿Tan sólo a una?

PAB.— —No más.

MER.—¿Y esa mujer?

PAB.— —¡Me engañó!

MER.—¿Se ha casado?

PAB.— —Se casó.

MER.—¿No quieres verla?

PAB.— —¡Jamás!

MER.—¿Tanto la aborreces?

PAB.— —Tanto
que, si de mí dependiera,
en esta vida le diera
cruel dolor y eterno llanto!

....

MER.—(Con voz suplicante y enternecida.)
Y si ella viniese un día
con el alma destrozada
a pedir desesperada
un consuelo en su agonía;
si en el mundo no tuviese
para dormir, ni un abrigo,
ni la mano de un amigo
que alimento le ofreciese;

si, de pesar casi muerta,
arrepentida y amante,
se acercara agonizante,
como mendiga, a tu puerta,
dime, Pablo, ¿negarías
a Mercedes tu perdón,
y, sin tener compasión,
de tu casa la echarías?
¿o, bondadoso, al sentir
la atracción de antiguos lazos,
le tenderías los brazos
para no verla morir?

PAB.—(Acercándose a Mercedes vivamente.)
¿Quién eres, que te concedes
el hablar de esa manera?

.....

MER.—¡Quiero pedirte perdón
de rodillas a tus pies!

.....

(Arrastrándose de rodillas hasta llegar cerca de él.)

¡He sufrido mucho! estás
ya vengado, de tal suerte
que, si hay dolor tras la muerte,
no se puede sufrir más!
¡Todo lo he perdido! Hogar,
nombre, cariño, belleza...
¡Sólo tengo en mi pobreza
derecho de mendigar!...
No hay burla que no haya oído,

bajeza que no he pasado,
cieno que no me ha manchado,
tormento que no he sufrido!
Lo más bajo y lo más ruín,
lo miserable y mezquino...
todo lo hallé en mi camino...
Hasta que el cielo, por fin,
frente a ti me ha colocado,
teniéndome compasión.
¡Dame, Pablo, tu perdón!
¡el cielo me ha perdonado!

El loco permanece inexorable, aunque en el último instante se da cuenta de quién es la persona con que habla.

Mercedes muere a su lado, mientras la tempestad ruge embravecida.

La Mendiga sólo tiene un acto. *Una mujer de mundo* es un drama de mayor extensión, pues comprende tres (1).

A pesar de que esta segunda pieza alcanzó el premio en el Certamen Varela de 1897, encierra menos valor dramático que la primera.

Su versificación es asimismo fácil y correcta; pero el drama presenta una pobreza extraordinaria de recursos teatrales. Ante todo, el autor se esfuerza por conmover al público con escenas de crudo realismo.

---

(1) Los dos dramas mencionados y *La copa de marfil* están publicados en *La Lira Chilena*, periódico quincenal que apareció en Santiago entre los años de 1898 y 1900.

La pintura de los caracteres es deficiente. Los personajes se retratan más que por sus actos por sus opiniones; de tal suerte que no despiertan interés.

El asunto es trivial. La protagonista representa una dama que se desvive por las fiestas y paseos. Para ella no hay placer comparable al de vestir con elegancia, y al de ser admirada por todos. Desprecia las murmuraciones y comentarios de la sociedad. Esta norma que siempre guía su conducta la autoriza hasta cierto punto para imaginar que es *mujer de mundo.*

El marido, de carácter complaciente, no resiste a ninguno de sus caprichos. Se satisface con lamentar la suerte que le ha cabido, ante los amigos íntimos de la familia.

Llega a tal grado la flaqueza de este personaje que se resigna a acompañar a su mujer a un baile en los propios momentos en que su único hijo se halla muy enfermo y en peligro de muerte.

Durante la fiesta, la *mujer de mundo* acoge placentera los galanteos de un mozalbete, a quien el marido tiene que poner a raya.

Cuando regresan a la casa, el hijo acaba de fallecer. Este triste fin pasa a la vista de los espectadores.

La escena no puede menos de impresionar al público.

La madre experimenta tardo arrepentimiento; y, después de reconciliarse con su marido, muere envenenada por equivocación.

El desenlace, como se ve, es completamente inverosímil.

La copa de marfil no es un drama original. Fué traducido libremente del francés.

Las piezas estudiadas en este capítulo dan una idea de

lo que ha sido entre nosotros el teatro de alto coturno en el siglo XIX.

En general, los temas carecen de novedad, y los autores manifiestan falta de experiencia en el arte dramático. Por lo demás, ellos no comunican a los personajes el espíritu de su país, ni ofrecen cuadros de verdaderas costumbres nacionales.

XX

Obras dramáticas de don Daniel Barros Grez.—Don Valentín Murillo.—Teatro popular.—Don Román Vial.—Don Juan Rafael Allende.—Don Carlos 2.º Lathrop.

Los diez autores dramáticos analizados en las páginas anteriores no son por cierto los únicos dignos de recuerdo.

A más de los jóvenes que se educaron en los colegios de San Ignacio y de los S. S. C. C., entre los cuales sobresalen algunos dramaturgos que merecen especial mención, proporcionan a la crítica interesante tema aquellos que, sin las pretensiones artísticas de Bello, Caldera, Garriga, Rodríguez Velasco, Blest Gana, Torres Arce y Fernández Montalva, se han propuesto poner en escena las costumbres peculiares de nuestra sociedad culta o de las clases bajas.

Entre estos autores, figura en primera línea don Daniel Barros Grez (1).

---

(1) Daniel Barros Grez.—(Provincia de Colchagua, 1834; † 1904, Quillota.—*Diccionario* de Figueroa; y *Bibliografía General de Chile* por Emilio Vaïsse.

A la edad de tres años, tuvo la desgracia de perder a su padre, quien tomó parte en un complot revolucionario contra el Gobierno, y en especial contra el Intendente de Colchagua, entonces el célebre escritor guatemalteco don Antonio José de Irisarri.

El padre de Barros Grez, perteneciente a una rama desprendida de la numerosa y respetable familia del historiador Barros Arana, fué fusilado.

A pesar de esta inmensa desgracia, que cubrió de sombra su primera edad, el hijo de la víctima de Irisarri recibió esmerada educación.

Estudió humanidades en el Instituto Nacional de Santiago; y a los veinte años alcanzó el título de agrimensor en nuestra Universidad.

Barros Grez poseyó extraordinarias dotes de escritor. Ha sido uno de los más fecundos literatos chilenos. Dió a luz voluminosas novelas, numerosas obras dramáticas, libros didácticos de mérito, colecciones de fábulas, trabajos de filología, y artículos varios de costumbres nacionales.

Persona bien informada asegura que dejó centenares de obras inéditas.

Si a esto se agrega que además dirigió la construcción de edificios particulares, entre ellos la Galería de San Carlos, en Santiago, y ejerció activamente su profesión de agrimensor, se convendrá en que Barros Grez no llevó la vida de un inútil.

Los fundadores de la familia Grez en Chile eran naturales de la ciudad de Cádiz, y a ellos debe atribuirse la facilidad que distinguió a nuestro compatriota en el manejo de la pluma.

No fué él, por cierto, escritor notable en ninguno de

los géneros a que se dedicó; pero en todos dejó huellas de ingenio y laboriosidad.

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile reconoció sus merecimientos, y le eligió en Diciembre de 1859 miembro académico, en reemplazo de don Augusto Charme.

Barros Grez nunca desempeñó cargos públicos rentados, ni perteneció al Congreso Nacional.

Su primera producción dramática, destinada a caracterizar la beata chilena, que desatiende sus obligaciones domésticas, y, en cambio, no falta nunca a las funciones de iglesia, es de corta extensión y carece de importancia. Apareció en *La Semana* de los Arteaga Alemparte a fines de 1859.

Compuso, además, otras doce piezas para el teatro, de las cuales no todas fueron publicadas.

El *Tejedor o la Batalla de Maipú* es un drama patriótico en tres actos. El protagonista hace a dos caras, y, a pesar de que en el fondo del alma cree en el triunfo de los españoles, aparenta desear su derrota cuando conversa con los partidarios de la independencia. Don Blas Vaivén, que así se llama este personaje, ejerce la profesión de comerciante.

En época tan agitada abundaban los hombres que procedían doblemente. El retrato de don Blas ofrece algunos rasgos felices; pero la pieza no despierta verdadero interés, sin duda a causa de la impericia teatral del autor.

Después de la victoria, el *tejedor* se salva de la prisión, gracias al galán de su hija, el cual era oficial del ejército patriota.

El título del drama es desgraciado, por su ambigüedad.

Antes que nada, cualquiera supone que el tejedor es uno de esos artesanos que fabrican telas.

La colegialada no tiene las pretensiones de estudio de costumbres. El autor presenta él mismo su pieza como un juguete cómico. La escena pasa en los baños de Colina y su argumento es inverosímil y mal hilvanado.

Como en Santiago se intitula una comedia en tres actos, en la cual se trata de poner en ridículo la preocupación muy común entre nuestros provincianos de imitar en todo las costumbres de la capital. La obra ofrece los defectos propios de un trabajo escrito con precipitación; y sus personajes parecen más bien caricaturas que seres reales. Esta es, por lo demás, la tendencia dominante en el teatro de Barros Grez.

En cambio, la piececita en un acto *Cada oveja con su pareja* sólo merece elogios. Llena de ingenio, forma un cuadro de costumbres, que, si bien con algunas inverosimilitudes, ofrece una serie de escenas muy graciosas.

Un varón entrado en años y una dama ya madura se enamoran aquél de la hija de esta última y ella del sobrino del primero. Por desgracia, la muchacha y el sobrino sienten hondo afecto el uno por el otro; y los viejos no pueden negarse a concederles permiso para el matrimonio. A su vez, el tío y la madre de la niña convienen en casarse, resignándose así a obtener la única felicidad que corresponde a su madurez.

La comedia *El testarudo,* como lo indica este nombre, se halla destinada a pintar uno de esos caracteres generales que son comunes en todas las sociedades humanas, y, por tanto, no caracterizan en especial a ninguna. Es una de las obras menos interesantes de Barros Grez.

La comedia *Ir por lana...* degenera en las últimas es-

cenas en una especie de chacota, propia de las piezas bufas. El protagonista, que al principio parece hombre listo y malicioso, concluye por conducirse como un simplón.

Uno de los defectos más censurables en el teatro de Barros Grez es el de que los personajes se encargan de anunciar al público cuál va a ser la norma de sus acciones, con lo cual contribuyen a que desaparezca todo sentimiento de curiosidad.

En *Ir por lana...* un viejo seductor ve estrellarse sus pretensiones ante la dignidad de la dama a quien corteja y gracias a la astucia de una solterona que le desea por marido. El asunto se desenvuelve en tres actos muy cortos, que podrían reducirse a uno, con pequeñas modificaciones.

El tutor y su pupila es un conjunto de escenas grotescas, sin verosimilitud, ni pintura de caracteres. En los cuatro actos de que consta esta llamada comedia de costumbres, pueden señalarse, sin embargo, algunos diálogos que no carecen de chispa. Barros Grez fué observador perspicaz de las debilidades de los hombres, y sabía retratarlos con vigorosas pinceladas. Su facilidad de escribir, por lo demás, no le permitía desenvolver con esmero el enredo dramático, siempre flojo y sin relieve, induciéndole a festinar la redacción de la obra. Así se explica que el autor haya compuesto tantas piezas para el teatro.

En el *Casi-casamiento, o sea, mientras más vieja más verde*, Barros Grez vuelve a su tema favorito de poner en ridículo a las mujeres de edad enamoradas de cualquier mozo. En el caso descrito, la protagonista descubre a tiempo que el galán no aspira a su mano sino a su hacien-

da; y toma venganza de él prestándose a la farsa de que ponga las bendiciones nupciales un hermano de su primer marido, quien se disfraza de fraile franciscano. La comedia concluye en forma grotesca e inverosímil.

A pesar de los graves defectos que se han hecho notar, las obras teatrales de Barros Grez, en su mayor parte, ofrecen un escenario dramático propiamente chileno.

El vividor, juguete cómico en un solo acto, no tiene valor artístico.

El ensayo de la comedia, por fin, alcanzó con justicia el triunfo en el certamen abierto en 1886 por el Ateneo de Lima. En esta pieza, que Barros Grez compuso con más estudio que las anteriores, revela condiciones especiales de dramaturgo. Su argumento es interesante, y los caracteres, a las veces un tanto exagerados, presentan algún relieve. La pieza, por lo demás, no tiene color local. Aunque la acción pasa en Lima, podría suponerse en Londres o en Madrid, sin inconvenientes.

Barros Grez se hallaba dotado de numen poético: y escribía con igual soltura en verso que en prosa.

Su colección de fábulas en verso presentada al certamen Varela de 1887 mereció elogios del jurado. En el informe, suscrito por Lastarria, Barros Arana y Blanco Cuartín, se reconoce que «casi todas tienen mérito bastante» y hay en ellas «verdadera chispa».

La *Historia de un Polizón* es un poema burlesco, en el cual Barros Grez refiere los diversos accidentes por que pasa un *polizón*, o sea, una de esas almohadillas que en otro tiempo llevaban las damas de sociedad, con el objeto de levantar la falda.

El autor en esta obra hace gala de su ingenio natural y espontáneo.

Léase, por vía de muestra, el siguiente gracioso fragmento:

En sus brazos me llevó
La sobrinita a su pieza,
Y, haciéndome mil cariños,
Me puso sobre la mesa.
Poco a poco desnudóse,
Lanzando media docena,
O más tal vez de suspiros,
Que ansia amorosa revelan.
El cordón que sujetaba
Sus trenzas en la cabeza,
Se desató; y por la espalda
Resbalaron ambas trenzas,
Que sobre el alba camisa
Eran dos serpientes negras;
Y saltó sobre su cama,
Que, cual nido de azucenas,
Se abrió para recibirla,
Y en cendales envolverla.
Dijo el ángel su plegaria;
Puso su linda cabeza
Sobre el almohada de rosas;
Se sonrió; apagó la vela,
Y el ángel de los amores
Descendió a su cabecera.

No puede negarse que el autor de los versos trascritos era un distinguido poeta.

Don Valentín Murillo (1) fué un literato de vocación.

(1) *José Valentín Murillo y Sotomayor.* (Santiago, 1841; † 1896, Limache).

Las necesidades de la vida y ocupaciones enteramente ajenas al cultivo de las letras, le impidieron perfeccionar sus innegables dotes artísticas, que empezó a descubrir en los bancos del Instituto Nacional.

Escribió, sin embargo, varias novelas de costumbres, y algunas piezas teatrales de corta extensión.

La mejor de estas últimas se intitula *El patio de los Tribunales*. La escena ofrece animación y colorido.

Barros Grez y Murillo deben colocarse entre los primeros autores que llevaron al teatro personas y costumbres verdaderamente chilenas.

Algunos otros dramaturgos se han singularizado presentando al público escenas populares, en que figuran individuos de las clases incultas, con su lenguaje defectuoso y su modo grosero.

Este es el aspecto más original de nuestro teatro criollo.

Don Román Vial (1) fué el primero, en el orden cronológico, que sobresalió en este género dramático.

Vial se crió en un hogar muy pobre, y adquirió en Valparaíso escasa instrucción, en la escuela sostenida por el convento de Santo Domingo y en la Municipal de la Matriz. El maestro de quien recibió lecciones en este último colegio fué don Juan Eloy Pérez.

Muy joven entró como aprendiz de tipógrafo, en la imprenta de *La Gaceta del Comercio*, periódico fundado en el memorable año de 1842.

Como lo asegura su biógrafo, Vial se formó escritor en las cajas de las imprentas.

---

(1) *Román Vial y Ureta.* (Valparaíso, 1833; † 1896, Valparaíso). *Diccionario* de FIGUEROA.

En 1858, fué gacetillero de *El Diario*, de Valparaíso. Puede decirse que en él empezó su carrera literaria.

En la misma época, se alistó entre los adversarios del Presidente Montt, y sufrió persecuciones de parte del Gobierno.

En 1859, fué admitido como redactor en la sección noticiosa de *El Mercurio*, en la cual permaneció hasta su muerte.

Consideraba que esta imprenta era su casa. Allí obtuvo merecidos triunfos publicando artículos de costumbres, críticas teatrales y literarias, y millares de gacetillas.

Como autor dramático, reveló poseer dotes de valor, y, durante su larga vida de periodista, compuso ocho obras teatrales, de muy varia extensión e importancia.

Las de mayor mérito fueron las dos siguientes: *Una votación popular*, representada en 1869, y *Choche y Bachicha*, que subió a las tablas en 1870.

Habría sido de suponer que la experiencia le hubiera dado habilidad para manejar los recursos de la escena; pero no sucedió así, por las causas que en seguida se expondrán.

En las piezas nombradas, los principales personajes figuraban individuos del pueblo, hombres o mujeres; y Vial que, por su mismo oficio de impresor, se hallaba en estrecho contacto con personas de esa clase, sabía retratarlos con perfecta precisión y notable color.

En *Una votación popular*, el sargento Beltrán, y el cabo Poblete con su familia, compuesta por su mujer y un hijo, producen la ilusión de la realidad: tan bien caracterizados se hallan en los rasgos esenciales.

El cuadro de costumbres de este juguete cómico encie-

rra mucha exactitud histórica, y, ya que las prácticas políticas se han transformado, puede citarse hoy como prueba de los abusos que antaño se cometían en los principales centros del país.

Choche y Bachicha es otro juguete que pertenece al mismo género.

La sirvienta Lucía, y sobre todo su galán don José, a quien se conoce con el apodo de *Bachicha*, aplicado en Chile a los naturales de Italia, ofrecen escenas graciosísimas.

Justo es recordar asimismo al inglés don Jorge, o sea *Choche*, presentado con mucha intención y verdad.

En vez de continuar explotando la misma veta, Vial trató de describir en sus obras posteriores la vida de las clases altas, y no pudo mantenerse en el nivel que habían alcanzado sus primeros ensayos.

La comedia titulada *Los extremos se tocan* encierra dos acciones diversas, que el autor presenta sucesivamente, una en el primer acto y otra en el segundo, con el propósito de demostrar la tesis en el tercer acto.

Este doble juego disminuye el interés de la pieza; porque obliga a los espectadores a repartir su atención entre personajes y familias que se mueven en diferentes campos.

La obra, por lo demás, adolece de inverosimilitud. No podría negarse, sin embargo, que algunos de los personajes están presentados con propiedad.

Vial fracasó en el drama. Las labores periodísticas que constituían el centro de su vida esterilizaron hasta cierto punto sus aptitudes para componer obras de teatro.

Dignidad y Orgullo fué su drama de ensayo, que escribió aconsejado por el director de *El Mercurio*, entonces don Camilo Letelier.

En los dos primeros actos se desenvuelve tranquilamente una comedia, en la cual no escasean rasgos felices y algunos personajes bien estudiados: un padre bonachón; una madre díscola y presuntuosa; y un eclesiástico lleno de virtudes, pero, al mismo tiempo, de hábitos añejos, como su inveterada afición al mate, que lo hace un tanto ridículo.

El drama propiamente tal empieza al fin del segundo acto y tiene su desenlace en el tercero. En tan breve espacio el autor no puede dar al asunto el desarrollo necesario para producir interés. Los hechos se precipitan y causan extraordinaria sorpresa en los espectadores, sin agitar sus sentimientos íntimos.

La protagonista opone porfiada resistencia al matrimonio de su hija con un joven que juzga de situación social inferior a la de la novia. A última hora, descubre que en realidad el galán ha sido criado como expósito. Con profundo horror de parte de los actores principales, se cree que es el fruto de una falta de juventud de la protagonista misma, y, por tanto, hermano de la novia.

Por felicidad, el eclesiástico antes mencionado, tío carnal de la novia, puede probar de una manera concluyente que no hay tal parentesco, pues el verdadero hijo de su hermana quedó encerrado en la inclusa, donde falleció a los pocos años.

La madre culpable, arrepentida y avergonzada, acaba por dar su consentimiento al matrimonio.

El tema no carece de interés; pero Vial no supo sacar provecho de una situación tan dramática como la que ofrece su obra.

La pieza de más vuelo escrita por él fué el drama *La mujer-hombre*, que presentó al certamen abierto en 1873

por la Academia de Bellas Letras, para celebrar su primer aniversario.

He aquí el asunto, descrito por don Miguel Luis Amunátegui y don Diego Barros Arana, miembros del jurado, en su informe presentado a la corporación.

«Florentina, joven pobre y huérfana, es el único sostén de su hermana Luisa. Para alimentarla vive disfrazada de hombre, y obtiene de don Jorge, rico comerciante de Valparaíso, el cargo de dependiente, que desempeña con el mayor celo. Clara, hija de don Jorge, creyendo, como todos, que Florentina es hombre, se enamora de ella; y a su turno, Florentina se prenda en secreto de Julio, hijo también de don Jorge. Julio, por su parte, está enamorado de Luisa, hermana de Florentina. Esta complicada situación causa a la heroína todas las amarguras que fácilmente pueden concebirse. Mientras tanto, Ricardo, otro dependiente de don Jorge, carácter intrigante y malvado, a impulsos de la malevolencia, persigue a su colega Florentina hasta lograr que se le arrastre a una prisión bajo el golpe de una acusación de robo. Al fin la trama se desenlaza de una manera favorable a la inocencia. Todo se descubre y se explica. Ricardo es sorprendido robando. Don Jorge concede su protección a las dos huérfanas. Julio se casa con Luisa. Así Florentina, modelo de virtud y heroína de abnegación, no se ve premiada en su amor. Esta compendiosa exposición permite juzgar sobre el mérito de una pieza que está lejos de ser vulgar; pero nos parece que es inverosímil que no se descubriera el disfraz de Florentina.»

El premio del certamen no fué adjudicado a Vial, quien obtuvo, entre los tres miembros que componían la comisión examinadora, un solo voto a su favor.

Los juguetes cómicos de don Román Vial, y principalmente las piezas populares, encierran mucho mayor mérito que sus dramas.

Don Juan Rafael Allende y Astorga, a quien ya se recordó como poeta lírico, es el más genuino representante del teatro popular.

De escasa ilustración, adquirida en el Colegio de San Luis, poseía verdadera inteligencia y un tesoro inagotable de chistes; dotes que prodigaba espontáneamente, sin preparación ni estudio, en sus poesías líricas, en sus obras dramáticas, en sus narraciones novelescas, y en cuántos periódicos colaboró, ya fueran serios o satíricos.

No siempre la gracia de su pluma fué culta; por la inversa, a menudo degeneró en grosera y chabacana. A las veces, creería el lector de sus producciones encontrarse al frente de un hijo del pueblo.

No era, sin embargo, así. Después de caer muy abajo, Allende se levanta en alas de su fantasía; y deja en el ánimo la impresión de un hombre que habría sido cultísimo si hubiera sido educado con esmero y si la vida le hubiera ofrecido las facilidades y privilegios que acompañan a la fortuna.

El rasgo característico de su ingenio fué el abundante venero de gracias y donaires que desparramó con exceso en todos los escritos salidos de su mano.

Por desgracia, se le ha acusado, en vida y después de muerto, de que algunos de los ataques personales publicados por él no fueron obra espontánea de su inspiración sino reflejo impuro de pasiones ajenas.

Allende empezó su vida de las letras cuando aun era muy joven, y hasta la edad de treinta años, más o menos, permaneció en las filas del partido conservador.

Amigos suyos declaran, sin embargo, que dudan de que aun entonces fuera un creyente.

Más tarde hizo gala de irreligiosidad y de clerofobia. Bastaría citar para comprobarlo sus *Memorias de un clérigo* y *Eliodora o los misterios de un Convento*, de los años 1885 y 1886.

Como don Román Vial, Allende aprendió a escribir en las oficinas de las imprentas.

Sus primeras piezas dramáticas, *¿Qué dirán?* y *Los entierros*, aparecieron envueltas en un generoso y profundo sentimiento de caridad.

Una y otra fueron estrenadas en el Teatro de Variedades de Santiago, en medio de la terrible epidemia de viruela que en 1872 azotó la capital, a beneficio de los enfermos.

Estos ensayos del novel escritor fueron justamente aplaudidos por los principales dramaturgos de entonces, don Rafael Minvielle, don Luis Rodríguez Velasco y don Carlos Walker Martínez, quiénes publicaron la comedia *¿Qué dirán?* en la *Galería Dramática* dirigida por ellos.

Debe reconocerse que la obra, aunque revelaba en el autor muy buenas disposiciones, carecía de interés. Lenta en su desarrollo, no presentaba ni caracteres definidos, ni escenas dramáticas.

Allende pretendía retratar a una familia de buena sociedad, que gastaba más de lo que permitían sus recursos, con el fin de evitar hablillas y murmuraciones.

Desgraciadamente los negocios mineros de su jefe iban de mal en peor; y un día de tantos éste anunció a su mujer e hija los propósitos que había formado de dejar la ciudad por el campo.

Ellas se desesperaron; y la hija manifestó firme voluntad de encerrarse en un convento.

Un alcance imprevisto en las minas devolvió la paz al hogar, no sin que el marido declarara que en adelante su familia viviría con discreta economía, respetando así el *qué dirán* bien entendido.

Episodios enlazados con la acción principal, como el de un cobrador de comercio, que consiente en dar prórroga a la madre para el pago de sus deudas, siempre que la hija se case con él, no agregan nada al mérito de la pieza.

Como ya se observó en el capítulo sobre la poesía del pueblo, Allende fué ardoroso patriota durante la contienda a que nos provocaron en 1879 el Perú y Bolivia. Las composiciones líricas del inspirado vate contribuyeron a mantener el ardor militar en el pecho de los soldados chilenos.

Allende ha sido uno de los escritores que más han influído en los sentimientos de las clases desheredadas de la fortuna. Por desgracia, según se advertirá más adelante, no siempre los rumbos aconsejados por su pluma fueron sanos y dignos de aplauso.

El dramaturgo ayudó al poeta lírico en la propaganda patriótica. Tres son las piezas de esta clase que se encuentran en el repertorio de Allende: *El general Daza*, *La comedia en Lima* y *El cabo Ponce*.

Las dos primeras tienen escaso valor dramático; pues, sin carecer de ingenio, son meras caricaturas de los gobiernos del Perú y de Bolivia. Su popularidad fué debida a las circunstancias.

No así la tercera, escrita veinte años después. *El cabo Ponce* encierra fragmentos de una ternura exquisita, y

ofrece un cuadro completo de los más puros sentimientos populares.

El protagonista es un viejo soldado de la campaña de 1879, que se desespera de no poder inscribirse en la guardia nacional, cuando nuevamente el gobierno llama al pueblo a las armas. Por fin, lo consigue, y ebrio de gozo, corre a alistarse, a pesar de tener abiertas sus antiguas heridas.

De sus hijos, los cuatro menores, sin edad para el servicio, sienten, como el padre, que el patriotismo agita sus venas, y juegan a los soldados con una gracia encantadora.

El hijo mayor no quiere sentar plaza en la milicia, entregado como está al vicio de la embriaguez, y convertido a las ideas anarquistas de quienes no reconocen más patria que el mundo.

El ángel malo que había conseguido apartarle del camino recto era un falso demócrata, que concluye por traicionarse. La víctima, quien lleva por nombre Caupolicán, se arrepiente a última hora, y acompaña al *cabo Ponce* al cuartel.

Padre e hijo salen de su humilde habitacion sumamente conmovidos, mientras los niños, alineados en la puerta, les presentan armas.

Los defectos que se observan en esta simpática pieza, deben atribuirse a la rapidez con que Allende componía sus obras. Poseía asombrosa facilidad para versificar.

Su labor de mayor trascendencia, consiste en los dramas y comedias de costumbres.

Además de la comedia *¿Qué dirán?*, escribió en este género las siguientes piezas, todas en verso:

Moro Viejo es una de las mejores. Ha sido representa-

da varias veces, siempre con buen éxito. El autor pone en escena a un ebrio consuetudinario, que hace la desgracia de su pobre familia. La pintura de este modestísimo hogar tiene un colorido muy exacto. Cuadros a menudo vulgares se trasforman en pintorescos y animados, gracias a la chispa de Allende.

José Romero es un drama destinado a enaltecer la memoria de un benefactor del pueblo, el mulato José Romero, a quien los vecinos de Santiago conocían con el nombre de *Peluca*. La acción pasa en la capital, en el año de 1858. El asunto encierra poco interés. Una muchacha honesta se ve solicitada en matrimonio por un hijo del pueblo, como ella, de oficio pintor, y requerida de amores, con malos fines, por un jóven rico. Este último es sorprendido en sus tentativas de seducción, y herido en un brazo por el hermano de la protagonista. La policía apresa al hechor, y le somete a juicio. El caritativo Romero logra salvarle de la cárcel; así como obtiene para el hijo de un viejo soldado de la guerra de la independencia que la autoridad le conmute la pena de muerte. *Peluca* fallece en el último acto, llorado por todos. El desenvolvimiento del tema no encierra novedad, y el autor parece desconocer elementales recursos dramáticos.

En *Las mujeres de la India* puede citarse una escena conmovedora, que Allende no supo aprovechar. Roberto, hijo único de una familia pudiente, es confiado por su padre a un amigo de respeto, a fin de que visite el viejo mundo. Después de recorrer los países europeos, el joven manifiesta a su mentor deseos de dar una vuelta por los pueblos asiáticos. En Calcuta, él recibe la inesperada noticia de la muerte de su padre, la cual le causa intenso dolor y una grave enfermedad. Poco antes de caer a la

cama, había presenciado un cuadro horrible: los funerales de un rico hindú, y el sacrificio tradicional de una de sus mujeres. Este espectáculo acaba por trastornarle el cerebro. Entre tanto, en Chile, su madre había olvidado muy pronto al padre de Roberto, contrayendo segundas nupcias con un hombre corrompido, indigno de sucederle. Tan luego como Roberto recupera la razón, regresa a Chile acompañado siempre del amigo de su familia. Por desgracia, al cerciorarse de que su madre no había guardado fidelidad a la memoria de su padre, cae de nuevo en demencia. El tema favorito de sus delirios es el cuadro pavoroso a que había asistido en las orillas del Ganjes. A toda hora se le oyen descripciones iguales o parecidas a la que va a leerse:

Es imponente aquel río,
Que riega un inmenso llano
De esplendidez tropical,
Y que vacia su caudal
Por cien bocas al oceano.
Entre tantas maravillas
Que naturaleza ostenta,
La religión representa
¡Qué cuadros! en sus orillas.
Allí diariamente van
A orar, gozar o sufrir
El fanático faquir
Y el misterioso bracmán.
De toda la India llegan,
En numerosas falanges,
Creyentes que, cabe el Ganjes,
A sus prácticas se entregan.

De éstas la más tierna es,
La más hermosa sin duda,
Aquella en que triste viuda,
Coronada de ciprés,
Arder en la hoguera mira
Al que fué su esposo amante;
Luego, alegre, delirante
De amor, se arroja a la pira.

Esta situación original habría dado oportunidad al arte dramático de Tamayo y Baus para producir un efecto semejante al de aquella escena de un Drama Nuevo en que el protagonista, ignorando el adulterio de su esposa, declama ante ella, como actor que era, los versos que condenan a la mujer infiel.

En el drama de Allende, con manifiesta inverosimilitud, Roberto vuelve en sí después que cree haber dado muerte a su padrastro, el cual en realidad, por consecuencias de su mala conducta, se ha suicidado algunas horas antes.

Debe confesarse que el autor describe mucho mejor las costumbres del pueblo que las de la sociedad culta.

La comedia titulada *Víctima de su propia lengua* refiere una historia perfectamente verosímil. No es raro que un joven deslenguado y libertino, envuelto en sus redes, se case con la mujer a quién ha pretendido deshonrar; pero resulta extraño que oculte este matrimonio no sólo a las personas de su familia sino también a los compañeros íntimos de pasadas aventuras. Este es el defecto de fondo de la pieza. Por lo demás, en ella, como en *Las mujeres de la India*, Allende no presenta bien en las tablas a la buena sociedad. En cambio, sobresale en las escenas de

orgía y seducción, en las que recuerda, aunque de lejos, el teatro de Zorrilla.

¡Para quién pelé la pava! es una comedia mal hilvanada y peor concebida. Su título mismo induce en error. *Pelar la pava*, según el uso corriente, se aplica en nuestro idioma a las charlas de amor que sostienen los mozos desde la calle con muchachas asomadas a las rejas o balcones. Allende emplea las palabras del título en su sentido propio. El jefe de una familia cursilona, y no de otra clase puede retratar el autor cuando sale de la más baja esfera, prepara por sí mismo en la cocina el ave que se va a servir en el festín al pretendiente de su hija. El proyectado enlace fracasa; y la niña consiente en dar su mano a un viejo amigo de su padre. Este es el invitado que, contra lo que se esperaba, come lo mejor del ave. La sal desparramada en la obra es de mal gusto, y el enredo vulgar.

En el drama *De la taberna al cadalso* Allende vuelve a sus cuadros predilectos de costumbres populares. La pieza no tiene, sin embargo, la gracia de *Moro Viejo* o de *El cabo Ponce*. Trata en ella de sostener una tesis: las funestas consecuencias del vicio de la ebriedad. Por lo demás, el drama alcanzó algún éxito, y dejó a su autor provechos pecuniarios, en forma de subvenciones que le concedieron varias municipalidades.

Allende ensayó también la comedia de carácter político. *La República de Jauja* es una diatriba de mala índole contra el gobierno y contra la aristocracia del país. Fué escrita en 1889; y sólo pudo ser representada una sola vez, por prohibición de la autoridad.

El autor fué, sin embargo, ferviente partidario de don José Manuel Balmaceda en la revolución de 1891; y des-

pués del triunfo del ejército constitucional, sufrió persecuciones y vejámenes.

El dramaturgo se vengó publicando *Un drama sin desenlace*, en el cual todo mérito desaparece confundido en medio de violentas exageraciones de despecho.

La hegemonía sudamericana (1), por fin, dada a la estampa en 1903, no presenta propiamente un drama ni una comedia, sino una serie de diálogos patrióticos en verso destinados a predicar la concordia entre los pueblos chileno y argentino.

Un drama muy delicado compuesto por Allende fué el que dió a luz en 1890 con el título de *¡Huérfano!* Podría leerlo la niña más honesta; y merecería representarse en un colegio.

Alberto ha contraído segundas nupcias con una bella dama, que es virtuosa y de buen linaje; pero a la cual inspira terribles celos el cariño de su marido al único hijo que éste había tenido en un primer matrimonio.

Guillermo, así se llama el huérfano, aunque bajo el amparo de su abuelo materno y de su padre, sufre malos tratamientos e injusticias de parte de su madrastra.

La condición de este hijo se halla admirablemente descripta. Todo el que lee la pieza tiene derecho de imaginar que Allende no ha inventado el argumento, sino que presenta una historia fidedigna. A pesar de que el tema se desarrolla en una atmósfera natural y ordinaria, interesa y conmueve.

La versificación es fácil y correcta.

El desenlace estalla con motivo de un hecho imprevis-

---

(1) Esta pieza no se halla en la *Bibliografía General* de don Emilio Vaïsse.

to. La madrastra se reconcilia con su entenado al verse víctima de un mal grave; porque teme para su hija la misma orfandad del hijo de su marido.

Coetáneo de Allende, y de mucho menor mérito, don Carlos 2.º Lathrop (1) fué asiduo cultivador de la poesía lírica y del drama.

Hijo de un industrial angloamericano, se educó especialmente para el comercio. Sus tendencias naturales le arrastraron al campo de las letras.

Durante una vida no muy larga, dió a la estampa dos novelas, algunos libros de versos y una veintena de obras dramáticas.

Se distinguió como editor. Contribuyó a dar a conocer a los escritores españoles contemporáneos, entre otros, al inspirado Núñez de Arce, cuyos poemas reimprimió en numerosos ejemplares (2). Publicó, además, muchos almanaques chilenos, a los que supo dar interés con la inserción de poesías y artículos en prosa de esclarecidos literatos.

Lathrop era dueño de una librería en Santiago que tuvo un buen éxito indiscutible.

Sus piezas teatrales no llaman la atención. Algunas de ellas son simples imitaciones de zarzuelas españolas, como el *Certamen chileno*, *La Pascua en Santiago*, *La gran vía Mapocho;* otras, de carácter patriótico, a saber, *La toma de Calama*, *Glorias peruanas*, *Los tres generales*, *El dicta-*

---

(1) *Carlos 2.º Lathrop y Cabrera.* (Valparaíso, 1853; † 1899, Santiago). *Diccionario* de FIGUEROA.

(2) Lathrop tuvo derecho para hacerlo; pues el poeta español no se había acogido a la ley de propiedad literaria que se halla en vigor entre nosotros. Núñez de Arce protestaba, sin embargo, en sus últimos años de éste que juzgaba un despojo literario.

dor Piérola, *Un dictador camanejo*, *Eleuterio Ramírez*, *El mojón de San Francisco*, *El Fuerte Maipú*, son vulgares; las demás, por fin, cuyos temas ofrecen cuadros de costumbres o lances de sociedad, verbigracia, *Sara Bell*, *Santiaguinas y porteños*, *El roto en las elecciones*, sólo se distinguen por su composición en extremo descuidada.

Lleno de entusiasmo por las representaciones dramáticas, Lathrop fundó en la capital el *Teatro Romea*, con el propósito de poner en escena obras de autores chilenos; pero, aunque el objeto era muy laudable, la empresa fracasó por completo.

Como lírico, Lathrop careció de verdadera inspiración. Sólo podrían citarse algunos lampos de poesía en sus numerosas composiciones.

La oda que publicó en 1884 para celebrar la paz con el Perú contiene estas dos estrofas dignas de recordarse:

(El poeta describe el desamparo que deja tras de sí la furia bélica).

Allí en esa extensión; junto a ese monte,
En aquella llanura,
Que hoy parece una inmensa sepultura,
Bella ciudad, extensa en horizonte,
Mostraba su esplendor y poderío:
Artes, industria, fábricas; suntuosos
Templos, casas, palacios prodigiosos;
Y ancha franja de plata, que era el río:
Bordaban sus orillas
Rica vegetación, hermosos prados,
Alamedas, jardines delicados,
Y parques con suntuosas maravillas.

Y hoy, de tanto esplendor, en esa tierra,
Donde un mundo bullía activo, inquieto,
¿Qué queda? nada más que su esqueleto.
¿Qué pasó por allí? ¡Pasó la guerra!

(El poeta canta los frutos de la paz).

Rompa el cañón en salvas, las banderas
Despliéguense flameando. ¡Dos naciones
Que ayer lucharon fieras,
Uniendo ya sus sacros pabellones,
Los tremolan al viento placenteras,
Al festivo tronar de sus cañones!
Huyó la tempestad; sus roncos truenos,
Sus corrientes de fuego destructoras,
Y sus rugidos de venganza llenos
Pasaron ya; bellísimas auroras
Animan con sus vívidos fulgores
La nueva era de dicha y de bonanza:
En transparente tul, ellas se extienden
Reflejando del iris los colores;
Sobre ese tul magnífico, desciende
Arco triunfal de paz, que fecundiza
La marchitada oliva, y fertiliza
Su agotada raíz. Vedla: sus ramas
Vigorosas levanta; ya florece;
En verdes grupos, imitando llamas,
Al amor de la vida se estremece,
Con plácido vaivén, lozana y bella,
Poderosa, feliz, rica, fecunda;
¡Y, animando su ser, en torno de ella,

En lugar de rugidos de venganza,
Revuelan la ventura y la esperanza!

Por desgracia, Lathrop puede presentar pocos versos como los anteriores.

Es justo, sin embargo, recordar su nombre entre los cultivadores de las letras en nuestro país.

XXI

El primer ensayo de novela publicado en Chile.—«El inquisidor mayor», de don Manuel Bilbao.—Don Alberto Blest Gana.—Recuerdos de su infancia.—Historia de su educación.—Novelas escritas por él en Santiago.—Carrera administrativa y carrera diplomática.—Novelas compuestas en París.—Otros trabajos literarios de Blest Gana.

La novela es uno de los géneros literarios que más grande desenvolvimiento han alcanzado en la época moderna. Aun en los Estados Unidos de Norte América, donde el teatro dramático nacional no logra desprenderse de los groseros gustos del populacho cosmopolita que domina en las ciudades, y, por tanto, carece de caracteres nobles y originales, las composiciones novelescas han tenido cultivadores dignos de figurar entre los literatos europeos más notables.

El primer ensayo de novela compuesto por un chileno,

dado a la estampa en la capital de la República, se debe a la pluma de don Wenceslao Vial Guzmán (1), hijo del respetable jurisconsulto don Juan de Dios Vial del Río, cuya firma se lee al pie de la Constitución de 1833.

El trabajo lleva por título *La vida de un amigo o un primer amor;* y publicóse a manera de folletín en el diario *El Progreso*, en el año de 1846.

El autor adoptó la forma epistolar, y se inspiró en los procedimientos retóricos del novelista inglés Richardson y del filósofo francés Rousseau, que convenían perfectamente al estado de su espíritu.

La obra no es sino el desahogo apasionado de un alma ingenua, a la cual hiere por primera vez la realidad de la vida. El golpe había sido rudo, y las lágrimas brotado en abundancia.

El protagonista se enamora con delirio de una joven, que le corresponde con igual ardor, pero que no guarda fidelidad al novio tan luego como sus padres la hacen desistir de su empeño.

Para un hombre de mundo, la conducta de estos padres se halla plenamente justificada. Los amantes aun no llegan a la edad de la madurez; y la fortuna del joven es demasiado escasa para la ardua empresa de establecer una familia.

El enamorado, que se siente con los ímpetus de un Romeo, juzga la oposición de los suegros de una crueldad inaudita. Piensa en suicidarse.

Se contenta, sin embargo, con escribir su novela, en

---

(1) Wenceslao Vial y Guzman. —Santiago, 1822; † 1864, Santiago.)— L. Ignacio Silva A., *La novela en Chile.*

la cual pueden leerse algunas páginas de conmovedora ternura.

El lance había sucedido en realidad, y el protagonista era el propio autor de la obra.

El señor Vial Guzmán no volvió a publicar ninguna otra novela.

El primer trabajo de valor en este género dado a luz por un autor chileno, digno del aplauso de la moderna crítica, es la obra escrita e impresa en Lima por don Manuel Bilbao (1) con este título: *El inquisidor mayor o historia de unos amores.*

Esta novela constaba de dos partes, y apareció en el año de 1852.

El autor era hermano del célebre apóstol demócrata Francisco Bilbao.

Se educó en los colegios chilenos, y en 1850 recibió entre nosotros el título que le habilitaba para la carrera del foro. Después de la revolución del año siguiente el Gobierno le desterró de Chile. Se estableció entonces con sus padres y hermanos en el Perú. No debía volver a la patria sino en dos ocasiones, y por pocos días.

Más tarde, acompañando también a su familia, fijó su residencia en Buenos Aires, donde vivió hasta su muerte.

Por inclinaciones naturales, por el campo mismo en que desplegó las energías de la edad viril, y hasta por la nacionalidad materna, don Manuel Bilbao fué ciudadano argentino.

En el Perú permaneció solamente un decenio, cuando

---

(1) Manuel Bilbao y Barquín.—(Santiago, 1827; † 1895, Buenos Aires.)—*Diccionario* de Figueroa.—Vaïsse *Bibliografía General de Chile*, tomo 2.°.

aun era muy joven y no había resuelto en forma definitiva el problema de su porvenir.

El inquisidor mayor, compuesto por él al poco tiempo de su llegada a Lima, es un libro que pertenece a la literatura chilena. Formado intelectualmente en nuestro país, el autor aprovechó para escribirlo los conocimientos y las influencias morales adquiridas en las aulas.

La obra debe ser clasificada entre las novelas históricas del género romántico.

La descripción que ella hace de la sociedad peruana provocó, escándalo entre las altas clases de aquel país. No fué este uno de los motivos de menor importancia que dieron popularidad a la novela.

La corrida de toros, las tertulias nocturnas en una casa aristocrática, y algunas escenas de intrigas amorosas despiertan el vivo interés que ofrecen las realidades de la existencia mundana en una rica capital.

El fandango de los negros en las últimas páginas de la segunda parte constituye el reverso de la medalla, y completa el cuadro del virreinato.

No son, sin embargo, estos temas los que forman el núcleo principal de la composición.

Bilbao proyectó la más intensa luz de su pluma sobre el tétrico Santo Oficio, o sea, la Inquisición de Lima, sobre los ministros que la componían, y sobre los procesos que se hallaban en tramitación.

Describió con prolijidad y variedad de colores la sala del tribunal, la cárcel donde los reos padecían toda clase de torturas, y los procedimientos secretos e inauditos que los jueces empleaban para arrancar la verdad y amedrentar a sus víctimas.

Esta novela daba extensa noticia del lamentable juicio

a que fué sometido el desgraciado francés Moyen, el cual después de trascurrir un siglo entero seguía despertando las simpatías y la compasión de las familias limeñas. Probablemente, Vicuña Mackenna tomó interés por esta historia, que su fantástica pluma convirtió en un precioso libro, al leer la novela de don Manuel Bilbao.

Relaciona este autor las iniquidades antedichas con la influencia poderosa y oculta de la Compañía de Jesús en las colonias americanas, y supone que la orden de Iñigo de Loyola no era extraña a las crueldades del Santo Oficio.

Con el mágico dón de su fantasía, Bilbao penetra en el fuero interno; y entrega despiadado a la condenación humana las flaquezas y delitos que aquellos hombres cometieron.

La época elegida por el escritor chileno es la que inmediatamente precedió a la expulsión de América de los religiosos de San Ignacio.

Bilbao no exageró por cierto las tintas de su cuadro en lo que toca a la conducta moral de los ministros del Santo Oficio. La historia suministra pruebas bastantes para condenarles (1).

El inquisidor mayor fué leído con avidez en la capital del Perú. A la primera edición de la obra sucedió inmediatamente una segunda, y en 1859 se publicó la tercera.

En 1865, Bilbao reimprimió esta novela en Buenos Aires con otras dos de menos valor compuestas por él (2).

En la patria del autor, el libro no alcanzó el auge obte-

(1). Consúltese el capítulo 25 de *La Inquisición de Lima* de don José Toribio Medina.

(2). Consúltense la interesante bibliografía de D. L. Ignacio Silva titulada *La Novela en Chile*, y la *Bibliografía General* de don Emilio Vaïsse.

nido en la sociedad limeña. La dominación conservadora de los primeros tiempos de la presidencia de don Manuel Montt y las medidas de rigor que tomó entonces el gobierno contra los librepensadores habían cortado las alas a la juventud estudiosa.

La reacción, sin embargo, no demoró mucho tiempo. En 1853 dió a luz en Santiago don Guillermo Matta sus *Cuentos en verso*, que tanto escandalizaron a los devotos.

El inquisidor mayor quedó por muchos años entre nosotros como una semilla perdida en la tierra. Fructificó después, y en forma tan abundante que pueden señalarse una larga serie de novelas y de autores cuya inspiración guarda analogía con la de la obra de Bilbao.

El fundador de la novela en Chile es don Alberto Blest Gana (1), hermano segundo del poeta don Guillermo e hijo del irlandés don Guillermo C. Blest, el cual contribuyó más que nadie a establecer en nuestro país la enseñanza de las ciencias médicas.

Su madre pertenecía a la mejor sociedad de Santiago.

Las primeras aficiones literarias de Blest Gana nacieron al amor de la lumbre. Su padre reunía con frecuencia a don Alberto y a sus hermanos para leerles obras históricas y de imaginación, entre otras, las novelas de Walter Scott y la *Historia de España* del padre Mariana.

La escena era digna de aquellos hogares respetables de la vieja ciudad, y daría tema a los artistas para un buen cuadro pintado al óleo, por el estilo de esas telas

---

(1) ALBERTO BLEST Y GANA.—(Nacido en Santiago a principios de (1830).—Expediente de su jubilación.—Carta autobiográfica escrita por el señor Blest Gana al autor de este *Bosquejo*.—Vaïsse, *Bibliografía General de Chile*.

flamencas que reproducen tan fielmente la vida íntima de las familias.

El doctor Blest no fué, por lo demás, el único que en la época indicada se preocupó de proporcionar a sus hijos una instrucción sana y sólida.

A fin de estimular la atención de sus pequeños alumnos, el doctor otorgaba un premio al que, después de una semana, tenía presente lo leído en la anterior.

Don Guillermo C. Blest era un espíritu completamente emancipado de preocupaciones, y en política, entusiasta partidario de las ideas liberales. Cuando los jueces condenaron a Francisco Bilbao por su artículo *Sociabilidad Chilena*, el doctor manifestó en público tan grande simpatía por el reo que este acto de independencia estuvo a punto de hacerle perder su cátedra de medicina.

Las doctrinas de su padre no podían menos de ejercer honda influencia en el espíritu en formación de los niños Blest Gana. Don Alberto a menudo oía comentar favorablemente en el seno de su familia los artículos de *El Diablo Político* contra la conducta opresora del gobierno.

Los Blest ocupaban la mitad de una casa situada en la acera sur de la Alameda, en la antigua Cañada de San Francisco, entre las actuales calles del Carmen y de San Isidro. La casa pertenecía a la familia Otero, y estaba al frente del Cuartel de Artillería (1), construído al pie del Cerro.

Los felices años de la niñez transcurridos en esta vivienda han sido recordados por don Alberto en su novela *El Loco Estero*, con perfecta exactitud y gran copia de pormenores.

(1) Hoy este cuartel ha desaparecido, para dar lugar a la Plaza Vicuña Mackenna.

Blest Gana fué matriculado en 1842 en el Instituto Nacional, juntamente con sus hermanos el poeta don Guillermo y don Joaquín, que debía distinguirse más tarde en la política y en el foro. Entre otros, tuvieron como profesores a don José María Núñez, de gramática castellana, y a don Tomás Centeno de historia.

Pocos meses alcanzó don Alberto a permanecer en este colegio; pues su tío materno el Coronel don José Francisco Gana, nuevo director de la Academia Militar, persuadió al doctor Blest de que debía colocar a su hijo en este establecimiento.

El Coronel consiguió de igual suerte que ingresaran a la Academia varios otros jóvenes de su familia: don Félix Blanco Gana, hijo del Almirante Blanco Encalada; don Tomás Walton Gana; y don José Francisco Gana, segundo de este nombre y apellido, quien debía obtener, como su tío, el grado de General.

Al tercer año de estudios, en 1846, a indicación del Coronel Gana y por decreto del Ministro de la Guerra, don José Santiago Aldunate, don Alberto y algunos de sus compañeros, como don José Antonio Donoso, don Luis Arteaga y don Félix Blanco, son enviados a Europa, con el objeto de que completen sus conocimientos.

La navegación fué larga y penosa, en un buque de vela, de los que acostumbraban hacer el viaje.

A su llegada a Francia, los jóvenes chilenos ingresaron como internos en una escuela preparatoria que dirigía en Versalles M. Barthe. Nuestro ministro diplomático en París, don Francisco Javier Rosales, así lo había juzgado necesario.

Después de año y medio, todos ellos se separaron: uno fué incorporado en la Escuela de Ingeniería de Metz,

otro en la de Puentes y Calzadas, quién entró como alumno en la de Artillería, cuál en la de Saint-Cyr. A Blest Gana le tocó la Escuela del Estado Mayor, que hoy no existe.

Blest Gana y sus amigos hacían frecuentes paseos a París. En una de estas ocasiones, don Alberto tuvo oportunidad de ver al rey Luis Felipe, rodeado de su familia, en los balcones de las Tullerías, un día de fiesta nacional.

En 1852, Blest Gana regresó a la patria, donde el General Aldunate, nombrado jefe de la Academia Militar, lo propuso al Gobierno como profesor de matemáticas del colegio, con el grado de Teniente de ingenieros.

Alcanzó a enseñar topografía en uno de los cursos; pero al poco tiempo renunció la clase para aceptar el empleo de jefe de sección en el Ministerio de la Guerra. Blest Gana permaneció diez largos años en tan modesto oficio, por felicidad para las letras chilenas; porque en el decenio indicado se consagró especialmente al cultivo de la novela, la cual debía darle más laureles que sus servicios públicos de gobernante y diplomático.

En esta época su familia había cambiado de residencia. El doctor Blest arrendaba entonces una casa situada como la de los Otero en la Alameda, pero seis cuadras más al poniente, vecina a la del caballero español don Martín Saldías. Los jóvenes Blest Gana tuvieron estrecha relación con los hijos del señor Saldías y, gracias a esta amistad, don Alberto pudo leer las entregas de la Biblioteca de Autores Españoles que Rivadeneira enviaba regularmente a su compatriota establecido en Chile.

La llegada a nuestro país de una obra tan importante como la mencionada Biblioteca se consideraba un acontecimiento por las personas ilustradas, que no eran en rea-

lidad numerosas. La cultura ha subido muchos puntos desde aquella fecha, y las líneas de vapores permiten el envío frecuente a Chile de los principales libros que ven la luz a diario en los centros intelectuales de Europa. Las nuevas obras son recibidas siempre con entusiasmo, pero no ya con el mismo asombro.

No fueron los autores españoles los que despertaron en Blest Gana el anhelo de escribir novelas. «Desde un día, escribe a Vicuña Mackenna en 1864, en que, leyendo a Balzac, hice un auto de fe en mi chimenea condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista, y abandonar el campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales y pasajeras composiciones (1).»

Don Alberto formaba parte de un centro de jóvenes que, educados en el Instituto Nacional, sentían todas las nobles aspiraciones del amor a la patria, del progreso político y de los variados adelantos que trae consigo la alta cultura.

Blest Gana era muy amigo de don Domingo Santa María, de don Francisco Vargas Fontecilla, de don Diego Barros Arana, de don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui, de don Pedro León y don Angel Custodio Gallo, de don Manuel Antonio y don Guillermo Matta, de don Manuel Blanco Cuartín, de don José Antonio Torres, y de muchos otros que no desperdiciaban la ocasión de reunirse (2) y de trabajar en pro de sus ideales.

---

(1) *Revista Chilena*, Mayo de 1917. Página 135.

(2) Una de las casas en que con mayor frecuencia se comunicaban algunos de estos jóvenes sus ideas y sus planes era la de los Amunátegui, situada en la Alameda, en la esquina de la antigua calle del Peumo. Salvo el período en que vivió desterrado por su intervención en los su-

Los hermanos Bilbao, don Francisco y don Manuel, habían sido desterrados al Perú después de la revolución de 1851, dejando en el alma de sus camaradas del Instituto hondo vacío, imposible de llenar.

Barros Arana tuvo la honra de proporcionar a este grupo selecto de amantes de las letras un órgano de publicidad en el periódico *El Museo*, que apareció en Santiago el día 11 de Junio de 1853.

Blest Gana se estrenó en la mencionada revista con su novela *Una escena social*. Fué una sorpresa para el público y un escándalo para los gazmoños.

Los jóvenes de nuestro tiempo no pueden formarse una idea exacta de lo que era entonces la alta sociedad de Santiago. Timorata y orgullosa, estaba compuesta de un pequeño grupo de familias, en su mayor parte establecidas en las calles de Santo Domingo, las Monjitas, la Merced, Catedral, Compañía, Ahumada y Estado, al rededor de la Plaza, despreciativas de los que no tenían fortuna para vivir en el centro, y celosas de mantener la pureza de las doctrinas, ya que en el hecho a menudo distinguidos hogares ocultaban en el más impenetrable secreto faltas gravísimas contra la moralidad de las costumbres.

La novela de Blest Gana refería amorosas aventuras que el autor imaginaba ocurridas entre personas de buena posición y de caudal.

---

cesos de 1851, a ella también concurría don José Victorino Lastarria, maestro de casi todos los asistentes.

Lastarria bautizó esta tertulia con el expresivo y cariñoso nombre de *la picantería*, no sólo por la familiaridad y franqueza que los jóvenes usaban unos con otros, cuanto porque a menudo alguno de ellos compraba a los vendedores de la Alameda dulces o panes que repartía en la tertulia.

La heroína había sido seducida en el Perú, con la complicidad de una tía suya, por un jugador de profesión, con quien llevaba en Chile vida conyugal. Todos creían que ellos eran marido y mujer.

La mejor sociedad visitaba su casa. De noche recibían a diario a numerosos amigos de ambos sexos.

No faltaba por cierto la sala destinada al juego. Esto no era raro a mediados del siglo XIX. La escasez de diversiones públicas autorizaba los juegos de naipes en las casas de la sociedad aristocrática.

Un joven distinguido, llamado Alfredo, en la edad de las grandes pasiones, perdidamente se enamoró de Carolina, en quien creyó descubrir desde el principio motivos serios de desventura íntima.

No se engañaba. Cuando ya estaba seguro de que ella le correspondía, el suicidio del presunto marido le permitió saber, de boca de la víctima, toda la verdad.

Carolina, cuya alma sensible había sufrido más de lo que su naturaleza soportaba, cayó gravemente enferma en los momentos en que Alfredo ofrecía hacer la felicidad de su vida. Murió al poco tiempo de haber quedado libre de su miserable seductor.

En este primer ensayo Blest Gana reveló verdaderas dotes de novelista. A la inversa del género dramático, la novela no dispone de la presentación de actores destinados a encarnar los personajes imaginados en ella. Esta es sin duda la principal causa que dificulta la tarea del que pretende escribirlas, ya que el novelista como el dramaturgo, a fin de salir airoso, debe producir la ilusión de la vida. Blest Gana salvó los principales tropiezos que ofrece el género, y en *Una escena social* retrató personas bien definidas, que por sus actos y palabras parecían reales.

En la obra del novel escritor la narración se desenvuelve naturalmente, y despierta grande interés.

La iglesia chilena tenía entonces un centinela, constantemente en guardia, para descubrir cualquiera señal contraria a sus intereses materiales o a las más estrictas doctrinas ortodoxas. Este era el periódico semanal *La Revista Católica*.

A menudo, los escritores de esta publicación rompieron lanzas con los literatos de *El Museo*. Así, sostuvieron larga y reñida polémica con don Francisco Vargas Fontecilla, sobre si el Estado tenía o no derecho para suprimir los diezmos eclesiásticos. De igual suerte, impugnaron con tenacidad algunas de las apreciaciones históricas hechas por don Domingo Santa María en su trabajo biográfico de don José Miguel Infante.

Pero los más rudos golpes de *La Revista* fueron dirigidos contra las producciones de índole especialmente literaria.

He aquí el artículo que puede leerse en el número de 21 de Octubre de 1853.

«Al ver el carácter y tendencias de la mayor parte de los ensayos que hacen nuestros noveles literatos, aciagos presentimientos nos asaltan acerca del porvenir del país y de su naciente literatura. El público conoce ya los *Cuentos en verso* de don Guillermo Matta, que nada dejan que desear a los que ven cifrado el futuro engrandecimiento, la dicha y prosperidad nacionales en la irreligión y consiguiente desenfreno de las costumbres. Como para coronar su obra, el mismo autor acaba de publicar en el número 19 de *El Museo* otros versos en que se declara abiertamente panteísta. Hemos también censurado algunos versos del poeta Lillo, entusiasta admirador y panegirista

de su colega Matta, y hoy nos cabe el sentimiento de denunciar a las gentes sensatas dos composiciones en prosa que han visto la luz pública en las columnas de *El Museo* y que son en nuestro concepto una verdadera lección de inmoralidad. *Una escena social* se titula la una, *novela original* escrita por don Alberto Blest Gana, infestada del fatalismo, preñada de incidentes amorosos, de lances provocativos, de impúdicas pinturas muy a propósito para exaltar la fantasía y despertar en el corazón de la inexperta juventud la pasión más peligrosa y seductora que en él puede albergarse. *Un bien perdido* es el rubro que encabeza la otra, suscrita por A. C. G. (Angel Custodio Gallo), cuyo cinismo raya en la más torpe y repugnante lubricidad.

«Es a la verdad sensible que *El Museo*, periódico destinado al cultivo de la amena literatura y a propagar el buen gusto literario, ensucie sus páginas con semejantes producciones. ¿Qué efecto podrán producir en la inocente juventud y en las castas doncellas que leen ese periódico? ¡Ah! ojalá que pasaran desapercibidos los inmundos conceptos con que plumas venenosas pretenden recrear su imaginación, por no decir, extraviar su inteligencia y corromper su corazón!

«*Los romances han corrompido a la Francia*, ha dicho en alta voz y en ocasión solemne un célebre orador y escritor francés. ¡Quiera Dios que andando el tiempo no pueda decirse otro tanto de nuestra amada patria!»

Esta amarga crítica da una idea de la exageración que reinaba entonces entre los moralistas eclesiásticos.

Por lo que toca a Blest Gana, su novela se hallaba muy lejos de merecer los severos conceptos con que la *Revista* entregaba su obra al desprecio de las personas sensatas.

Si todos los escritores hubieran adoptado las normas de aquel periódico, no se habrían publicado novelas en ningún país; y los tratados de retórica seguramente habrían suprimido, por innecesario, el capítulo relativo a las reglas que debe observar un buen novelista.

El cargo serio que habría podido hacerse al trabajo de Blest Gana era el de que se inspiraba con exceso en los libros franceses de igual clase, descuidando el medio social de Chile y el colorido propio de nuestras costumbres.

Antes de mucho, debía enmendar el rumbo.

En defensa de su amigo, atacado con tanta violencia, saltó a la palestra don Guillermo Matta, el cual, según se ha visto, fué también víctima de la *Revista Católica;* y, en un valiente artículo que publicó en *El Museo*, aplaudió sin reservas la novela sindicada de inmoral.

En igual forma, los hermanos Amunátegui habían intervenido en apoyo de Santa María cuando la *Revista* trató de desvirtuar la exactitud de su Vida de Infante.

De lo que antecede puede deducirse que *El Museo* tuvo considerable importancia en el desarrollo intelectual y literario de la juventud.

Engaños y Desengaños se titula la segunda novela de Blest Gana, publicada en la *Revista de Santiago* de 1855.

La escena en la cual se verifican los hechos referidos por el autor, es completamente nacional. El puerto de Constitución y la ciudad de Rancagua forman el teatro donde se anuda y desenlaza el drama.

Debe convenirse en que numerosos paisajes y algunos cuadros de costumbres de nuestro país se hallan fiel y artísticamente descritos en la obra. Por desgracia, no puede afirmarse lo mismo respecto del fondo del asunto ni de la psicología de los personajes.

Aventuras y actores pertenecen a un mundo más complicado que el de dos modestas ciudades chilenas de provincia.

Con eso y todo, el argumento interesa de tal suerte que el lector recorre con avidez las páginas de las dos terceras partes del libro. Es innegable que Blest Gana había estudiado profundamente el juego de las pasiones humanas y consagrado mucho esmero al examen de la condición social y moral de cada uno de los individuos que retrataba.

La protagonista es una joven de veinte años, hermosa e interesante, a quien su marido ha hecho desgraciada, afortunadamente por poco tiempo.

El autor nos presenta a Laura cuando ya es viuda.

Ismael se enamora de ella con locura; y Laura parece corresponderle, pero con condiciones. Le exige que guarde su pasión en el fondo del pecho.

¿Cuál era el motivo de tanto sigilo? Ismael se desvela tratando de penetrar este enigma que estorba su felicidad. En vano.

Por fin, lució un día; o, más bien, llegó una noche fatal. Ismael alcanza a ver que un hombre penetra furtivamente en la casa y en el dormitorio de Laura. Síguele y puede cerciorarse de que Laura está en su aposento acompañada por el presunto galán.

Esto basta para que Ismael se aleje con el alma destrozada de la ciudad de Constitución, en cuyo fantástico escenario ha experimentado la más grande desilusión de su vida.

Laura e Ismael vuelven a encontrarse, establecidos uno y otro en Rancagua, la heroica villa de otros tiempos,

Ella ha perdido su único hijo, de corta edad. Ismael

involuntariamente se ve obligado por la pasión a vivir cerca de su amada.

Amigos comunes se encargan de reconciliarles, y lo consiguen, descubriendo a Ismael cuál es la causa de que Laura no haya consentido hasta entonces en casarse.

El marido había muerto pobre, y un hermano suyo, de gran fortuna, había legado toda su hacienda a Laura y a su hijo con la condicion de que la viuda no volviera a contraer matrimonio. Por amor a su hijo, ella se había negado a aceptar las proposiciones de Ismael.

Muerto el hijo, desaparecía todo obstáculo.

El hombre a quien Ismael vió en Constitución entrar ocultamente al dormitorio de Laura era el novio de la hermana, con la cual, hacía tiempo, había contraído matrimonio.

El desenlace es inverosímil y artificioso. No se comprende por qué Laura, desde el principio, no expuso a Ismael la realidad de su situación. Esta franqueza habría evitado una ruptura sumamente dolorosa para ambos. Es cierto, sin embargo, que sin el mencionado ardid la intriga habría desaparecido, y Blest Gana no habría escrito su obra.

Los desposados es el nombre de una pequeña novela que don Alberto publicó también en la *Revista de Santiago.*

Ella refiere una aventura trágica que el autor supone ocurrida en París en los días de la revolución de 1848.

El conocimiento perfecto de los sitios en que pasan los hechos comunica intensa vida a las descripciones. Por desgracia el lector se impone del desenlace desde las primeras líneas, y la obra pierde con ello mucho de su interés.

En 1856 Blest Gana compuso *El Primer amor*, que sólo apareció dos años más tarde, en la *Revista del Pacífico*, dirigida por su hermano Guillermo.

Esta nueva producción es inferior a la titulada *Engaños y desengaños*. El autor expone el argumento con excesiva lentitud. Los cuadros de costumbres, como la fiesta de Pascua en el Mercado de Santiago y el paseo de la Alameda, que sirven de marco a la acción, no bastan para dar a ésta el interés necesario.

El asunto, por lo demás, es vulgar, y ofrece notables inverosimilitudes. No es creíble, por ejemplo, que un joven, tan pobre como Fernando, que empieza a vivir, y de tan pocos ánimos, se atreva a poner sus ojos en Elena, señora casada, de buena posición social, a quien acaba de conocer.

Menos aun es dable imaginar que la mencionada dama se enamore perdidamente de él. La posibilidad del hecho no podría negarse en absoluto; pero habría sido de necesidad explicarlo, ahondando mucho más de lo que hace Blest Gana el estudio psicológico de los personajes.

Después de la maestría de que dió buenas pruebas en sus primeras obras, había derecho para exigirle una labor más concienzuda.

Si el principio de la novela ofrece defectos, el final no corresponde a la exposición. Los caracteres de todos los personajes se desfiguran de tal suerte que el lector llega a desconocerles. La bondadosa madre de Fernando se transforma en una profesora de moral, severa e inflexible; el padre no vacila en permitir que lleven a su hijo a la cárcel, con motivo de las pequeñas sumas que debe; en cuanto a la prima Manuela, no hay indignidad que

no cometa, hasta la de enviar al marido las cartas amorosas de Elena; Marcos, confidente de Fernando y su cómplice, revela una frialdad que desconcierta; y el mismo protagonista se amilana exageradamente en la última hora.

El primer amor de los jóvenes ofrece, en la generalidad de los casos, rasgos muy diversos de los que señala Blest Gana.

Los anteriores reparos no amenguan el mérito de este escritor, el cual luchaba sin descanso por vencer las preocupaciones sociales y desafiar los dardos malévolos de la prensa.

En esta novela, Blest Gana pone en boca del padre de Fernando algunas de las opiniones aceptadas como misterio de fe por la mayoría de las personas serias de entonces.

«Tú eres ya un hombre, exclama en tono grave dirigiéndose a su hijo, y no es posible que sigas viviendo como lo has hecho hasta aquí: un joven que frecuenta la sociedad sin ocupación alguna, no puede sino incurrir en el menosprecio de las mismas personas que se dicen sus amigos. Por otra parte, los versos son buenos para los holgazanes o los ricos que no se perjudican perdiendo su tiempo; pero el que aspira a tener fortuna y respetabilidad, debe abandonar esas patrañas y buscar algo de más positivo. Si dudas de esto, no tienes más que mirar alrededor tuyo y preguntarte quién gana un centavo borroneando papel...»

Blest Gana, inspirado por verdadera vocación, siguió imperturbable la carrera de las letras.

En el mismo año de 1858 dió a la estampa, en la *Re-*

vista del Pacífico, su hermosa pintura de las costumbres parisienses que lleva por título *La fascinación*.

Don Alberto, que conocía los grandes espectáculos de la capital de Francia, pudo describir, con exacto colorido, un estreno en el teatro de la *Porte Saint Martin*, el paseo aristocrático de los Campos Elíseos y un baile de máscaras en la Opera.

En su vida de estudiante, había gozado él mismo de estas maravillosas fiestas de la civilización contemporánea.

No con igual verosimilitud introduce a sus personajes en los salones de la alta sociedad, que el alumno de la Escuela del Estado Mayor no pudo ver ni examinar de cerca.

Según parece, la primera idea de su nueva obra le fué sugerida por la lectura de *Las afinidades electivas* de Gœthe. El desarrollo del asunto, sin embargo, es completamente francés, no sólo por el escenario, sino también por el espíritu que anima a los actores.

La fascinación manifiesta un progreso notable en el arte de componer, sobre todo si se compara esta obra con *Los desposados*, cuyos lances ocurren asimismo en la ciudad de París.

Por desgracia, los temas de una y otra novela, si pudieron interesar a los contemporáneos ,han perdido su novedad. No hay joven de mediana cultura que no lea en nuestros días las novelas admirables en que los maestros de la literatura francesa describen todos los aspectos, sociales, políticos y artísticos, de la ciudad más refinada de Europa.

Juan de Aria, que es otro primer amor, descrito por Blest Gana al año siguiente de la novela que bautizó con

este último nombre, fué publicado por él en *El Aguinaldo*, con el cual favoreció a sus lectores un diario de Santiago, en la Pascua de Navidad de 1858.

A pesar de que sus obras eran leídas con entusiasmo por la juventud, don Alberto no se atrevía a lanzarlas en volumen, y prefería publicarlas en revistas o periódicos.

Editores nacionales, como don Santos Tornero, y la casa de Bouret en París se encargaron de reimprimir separadamente estos lozanos frutos de la pluma de nuestro compatriota.

Juan de Aria es una novelita de poca extensión y de escaso mérito. El tema principal se halla constituído por uno de esos amores que nacen frecuentemente entre una niña y un joven de la misma edad. El protagonista se entusiasma a la primera mirada de una hermosa mujer a quien ve en el balcón de su casa; tanto más cuanto que ella parece corresponderle.

De las miradas corren a las entrevistas. Conversan al salir de la iglesia, y se ponen de acuerdo en el hogar mismo de la joven.

Allí sabe Juan de Aria que su amada no tiene padres y vive con un protector, viudo y sin hijos, el cual siente por ella extraordinario afecto.

El asunto no despierta gran interés. En la mitad de la narración, muchos lectores deben de haberse preguntado por qué Blest Gana escribió esta novela.

Las páginas finales son trágicas. El protector de la niña, o sea, don Leandro, tiene el vicio del juego, y no sólo ha perdido toda su hacienda sino que ha contraído fuertes compromisos.

Por desgracia, el acreedor oculta en su pecho un alma negra. Puñal en mano exige a su víctima que le pague

dándole en matrimonio a su pupila Julia; y, como don Leandro rechaza indignado tan cínica propuesta, acaba por asesinarle, sin compasión alguna.

Las sospechas del juez recaen sobre los amantes, contra los cuales dicta orden de prisión. Aunque muy luego se descubre toda la verdad, la naturaleza sensible de Julia no puede sobreponerse al golpe que ha sufrido, y cae gravemente enferma. A los pocos días, muere en brazos de Juan.

El asesino es condenado a presidio perpetuo.

Este desenlace habría podido servir de tema a una novela policíaca. Sin el desarrollo necesario, no causa en el ánimo de los lectores la impresión buscada, sino más bien extrañeza y desconcierto.

Don Justo Arteaga Alemparte consagra en *La Semana* un entusiasta elogio a cuatro de las obras de don Alberto, entre las ya descritas: *Engaños y desengaños*, *El primer amor*, *La fascinación* y *Juan de Aria*.

El brillante escritor juzga que la mejor es la segunda de ellas; pero estima, al mismo tiempo, que las cuatro revelan en Blest Gana grandes cualidades.

Sólo formula una censura de fondo. «Blest, dice, como Balzac, su maestro, parece se cuida poco de las horas, se toma todo el tiempo que cree necesario, sin acordarse para nada del lector».

No debía ser ésta la última vez en que se comparara a don Alberto con aquel genial literato. Al hacerlo, sin embargo, se ha incurrido en una profunda equivocación. Nunca dos autores manifestaron tendencias más diversas.

«Balzac, escribe el distinguido crítico francés Pellissier (1), pintó de preferencia aquello que la humanidad

(1) *La evolución literaria en el siglo XIX*. París, 1889.

ofrece de más ruin y despreciable. El mismo decía a Jorge Sand: «Los seres vulgares me interesan más de lo que os interesan. Yo los agrando e idealizo a la inversa, en su fealdad o en su estupidez». Y agrega el mismo crítico: «La elevación moral le falta (a Balzac) tanto como la distinción. Si habla de la virtud como de una necedad, estudia el matrimonio como un negocio, y no ve en el amor otra cosa que la concupiscencia. Es cínico sin saberlo, de una manera ingenua. Materializa todo lo que toca. Mancha las emociones más puras, las ternezas más delicadas. Lo que comprende e interpreta maravillosamente es el apetito carnal y la codicia, los sentimientos más bajos de la naturaleza humana. *Comedia* es una especie de epopeya en que todo lo reduce a la fisiología, sin otra inspiración que la embriaguez de la materia».

Este no es el retrato moral de Blest Gana como novelista. Puede afirmarse que en sus cuadros sociales nuestro compatriota presenta tendencias completamente opuestas a las anteriores. Si Balzac fué el mago que despertó en su espíritu la vocación de la novela, no sólo bebió por cierto en la caudalosa fuente de *La Comedia Humana*. Se contentó con estudiar en ella el arte de describir el alma de sus personajes, y la ciencia de enlazarlos con el medio ambiente en que se agitan. Lo demás es suyo, propiamente suyo.

En la vida literaria de Blest Gana no se conoce sino un ensayo dramático, que es digno de recordarse. *El jefe de la familia* apareció en un periódico de 1858, *El Correo Literario*, de don José Antonio Torres.

La pieza está escrita con elegancia, y ofrece algunas escenas llenas de ingenio. En ella se hace la caricatura

de un padre de familia a quien nadie guarda consideraciones, ni su mujer, ni sus hijos, ni sus amigos.

Esta obra no fué representada, y su autor no volvió a escribir para el teatro.

Según ya se sabe, Blest Gana fué colaborador, por los años 1859 y 1860, de *La Semana* de los Arteaga Alemparte. En sus páginas publicó una novelita de menos valor que *Juan de Aria*, con el título de *Un drama en el campo*, y numerosos artículos de costumbres chilenas, todos los cuales llevaban la firma de *Nadie*.

En *Un drama* refiere la historia de dos hermanos de los cuales el mayor, desde la niñez, había vivido celoso del cariño de sus padres por el segundo. Con motivo de pretender ambos a una misma dama, se separaron para siempre: el preferido quedó al lado de su madre viuda, y contrajo matrimonio con la mujer que amaba; y el otro huyó del hogar, donde sólo había conocido las amarguras del mundo. Es una situación interesante que ha dado tema a grandes escritores. Blest Gana no tuvo tiempo o intención de estudiar con profundidad estas almas rivales, y fuera de dos o tres rasgos vigorosos, carecen ellas de relieve necesario. La joven disputada no ofrece tampoco una personalidad definida, el autor la retrata superficialmente, y se halla muy lejos de atraer la atención.

Por la inversa, los artículos de costumbres cumplen con todos los requisitos exigidos en este género literario. De mirada perspicaz, Blest Gana descubre siempre el rasgo característico y el aspecto gracioso o ridículo de las prácticas sociales. Al escribirlos, parecía prepararse para sus grandes novelas; de igual suerte que algunos artistas, antes de pintar un cuadro, hacen dibujos de detalle que les permiten ejecutar la obra con mejor acierto.

Sólo merecen elogio los artículos que siguen: *Algunos matrimonios*, *Las baraturas*, *Los padres y los padrinos*, *Los banquetes patrióticos*, *Las elecciones*, *Poesía y familia*, *Lo de antes y lo de ahora*, *Los novios*, *Viaje a los baños de Chillán*, y *Santiago en cuaresma*.

En algunos de estos estudios, que merecerían por cierto reimprimirse en volumen, no se muestra Blest Gana inferior al célebre Mesonero Romanos.

Al mismo tiempo que colaboraba en *La Semana*, don Alberto daba forma a una interesante novela que presentó en 1860 al certamen abierto por la facultad de filosofía y humanidades de la Universidad.

En el año anterior, el decano de ella, don Salvador Sanfuentes, había tenido la feliz idea de proponer y la satisfacción de ver aprobado el siguiente tema: «una novela en prosa, histórica o de costumbres, al arbitrio del autor, pero cuyo asunto fuese precisamente chileno».

La obra de Blest Gana intitulada *La aritmética en el amor* obtuvo el premio, después de un encomiástico informe de don José Victorino Lastarria y don Miguel Luis Amunátegui.

«El gran mérito de esta composición, escriben los jurados, es el ser completamente chilena. Los diversos lances de la fábula son sucesos que pasan efectivamente entre nosotros. Hemos presenciado, o hemos oído cosas análogas. Los personajes son chilenos, y se parecen mucho a las personas a quienes conocemos, a quienes estrechamos la mano, con quienes conversamos. Los desenlaces de las diversas incidencias, excepto uno que otro, son naturales, completamente verosímiles.»

En realidad, junto con pintar en su novela cuadros de costumbres, de igual colorido y exactitud que los publi-

cados en la revista de los Arteaga Alemparte, Blest Gana retrataba individualmente, de una manera admirable, a los hijos de nuestro país, hombres y mujeres, provincianos y vecinos de Santiago, con las manías, virtudes y vicios propios de nuestra sociedad.

Los jurados aplauden con razón las páginas en que el autor describe el juego de lotería en una reunión de familia, un paseo al campo, la procesión del Viernes Santo en la capital, el recibimiento de un intendente de provincia y las fiestas dadas en su obsequio. Estos cuadros, aunque menos intencionados y más superficiales, podrían competir con los mejores de Jotabeche.

La obra, sin embargo, adolece de graves defectos, de los cuales el principal es la falta de unidad en el asunto. El protagonista, llamado Fortunato, se estrena en Santiago, donde, estimulado por un amigo íntimo, abandona a su primer amor y resuelve cortejar a una niña rica, de cualidades morales insignificantes, que concluye por casarse con otro. Esta primera etapa constituye por si sola una novela completa.

Fortunato, desengañado y pobre, resuelve buscar refugio al lado de su padre, quien administra el valioso fundo de un cuñado suyo. Allí consigue, gracias a la influencia de éste, que es un rico vecino de Santiago, la secretaría de la intendencia. Prevalido del prestigio que le da el cargo, enamora con buen éxito a la más acaudalada doncella del pueblo; pero, impuesta la joven por almas caritativas de las hazañas de Fortunato, le obliga a desistir de sus pretensiones.

Nuestro héroe vuelve a la capital, donde recibe de improviso una herencia y enlaza su suerte con la de Amelia, su primera pasión, a quien nunca había olvidado, a pesar

de que la había pospuesto a otras novias, arrastrado por el espejismo del oro.

La moraleja es fácil de deducir. El cálculo interesado no da la felicidad y a menudo lleva consigo la derrota.

Es inútil insistir en las inverosimilitudes de detalle, que sólo pueden aquilatarse con la lectura detenida del libro.

De todas suertes, *La aritmética en el amor* es la novela de mayor importancia publicada hasta entonces por Blest Gana.

A raíz de este triunfo, don Alberto fué elegido miembro académico de la Universidad, para llenar la vacante producida en la facultad de humanidades por muerte de don Juan Bello y Dunn.

Incorporóse a principios de 1861 con un interesante discurso sobre las letras chilenas. Después de reconocer el progreso de nuestros escritores en el género histórico, Blest Gana discurre con sano criterio sobre los rumbos que deben dar a sus producciones los jóvenes poetas, y entra en seguida a su campo favorito, el cultivo de la novela. A su juicio, la de costumbres estaba destinada a conservar por mucho tiempo la primacía sobre la histórica.

Cree, por lo demás, que no es difícil entre nosotros dar a la novela un carácter chileno, ya que «nuestras costumbres tienen un sello peculiar que las distingue».

No se ocultan, sin embargo, al nuevo académico las dificultades que se ofrecen en la práctica a los que se sienten inclinados a escribir esta clase de obras. «El obstáculo más serio, afirma, consiste en la moralidad que ningún escritor puede olvidar sin desvirtuar su misión y sin exponerse a la justa censura de la crítica y al desprecio de

los que le lean». «Y llamamos éste un obstáculo, agrega, porque algunos críticos comprenden bajo el mismo anatema, tanto a la injustificable y licenciosa pintura de escenas sin decoro cuanto a la de ciertos extravíos humanos que no pueden dejar de figurar en obras destinadas a la descripción social».

Esta era una elocuente respuesta a los ataques de *La Revista Católica* contra su primer ensayo.

Blest Gana concluye recomendando a los críticos no olviden que su norma debe ser de imparcialidad y de justicia.

Don Alberto ha recibido en su vida grandes condecoraciones de los principales gobiernos de Europa; pero ningun galardón le ha sido más grato que los diplomas de académico de la Universidad de Chile y de correspondiente de la Española.

Después de *La aritmética en el amor,* publicó en la *Revista del Pacífico*, en el mismo año de su recepción en la Universidad, *El pago de las deudas.*

Aunque no había sido discípulo de Lastarria, le dedicó esta nueva obra, como cariñoso homenaje a quien era maestro de algunos de sus amigos.

La mencionada novela carece de unidad en la fábula, de igual suerte que *La aritmética en el amor.* En ella se desenvuelven dos dramas de familia, que, aunque ligados estrechamente en la persona del protagonista, forman temas diversos, y habrían podido suministrar el asunto de dos novelas cortas.

Luciano es un joven de buena sociedad, pero sin hábitos de trabajo. Ha malgastado toda la hacienda que heredó de sus padres, y se halla abrumado por las deudas.

¿Cómo pagarlas?.

En estas condiciones, pretende en matrimonio a una viuda rica e interesante, que, a su vez, siente por él hondo afecto.

Desgraciadamente, en el curso del noviazgo, Luciano conoce, en *la costa*, a una amiga de la que va a ser su esposa, y se enamora de ella en forma violenta.

Adelina le corresponde con igual ardor, y la novia, o sea, Luisa, llega a enterarse de la traición de Luciano.

La intriga está bien llevada, y la novela ofrece verdadero carácter nacional.

La desesperación se apodera del ánimo de Luisa, la cual ama de veras a su prometido. Vuelto en sí, y después de reflexionar sobre su situación, este último se arrepiente de su conducta, y pide perdón a aquélla.

Luisa perdona con nobleza, se celebra el matrimonio en Santiago, y Luciano paga todas sus deudas.

Así termina la primera novela.

Luciano, casado y rico, vuelve a encontrarse en la sociedad con Adelina; la cual también ha contraído matrimonio con un huaso extraordinariamente torpe, que no entiende sino en negocios de campo.

Renacen entonces con mayor intensidad los amores entre Luciano y Adelina; y, aunque ni uno ni otro traspasan los límites de las conveniencias, denuncian su pasión a los ojos de Luisa y de José Dolores, que son los cónyuges ofendidos, por sus conversaciones íntimas y por su correspondencia secreta.

El marido de Adelina emplea la violencia para arrebatar a ésta las cartas de Luciano, y de esta suerte la precipita hasta el extremo de huir con su amante.

Es sorprendida en Valparaíso por su padre y su marido, pronta a embarcarse con dirección al Perú.

Entre tanto Luisa velaba por quien la había traicionado; y había conseguido que el padre de Adelina la hiciera formal promesa de no atentar contra la vida de Luciano.

Cuando Luisa llega a Valparaíso con la seguridad de encontrar a su marido, éste ha puesto fin a su vida arrojándose al mar. De tan horrible modo, él paga con exceso las deudas de su conciencia.

Esta segunda novela despierta mucho mayor interés que la primera.

La muerte de la *Revista del Pacífico*, que había proporcionado a los jóvenes escritores cariñoso hogar durante un tempestuoso período político, en las prostrimerías del gobierno de don Manuel Montt, obligó a Blest Gana a cambiar de campamento.

En 1862, don Manuel Antonio Matta fundó en Santiago *La Voz de Chile*, cuya significación en aquellos momentos críticos se halla perfectamente definida por don Domingo Arteaga Alemparte, en los términos que siguen:

«La amnistía de 1861, le abrió (al señor Matta) las puertas de la patria, a donde volvía con el alma llena de amargura e indignación contra sus adversarios políticos y perseguidores. Esa indignación se reflejaba en breve en *La Voz de Chile*, diario que creó en unión de su hermano (don Guillermo) y de varios amigos, y de que fué el principal redactor (1).»

Los hermanos Matta habían sido desterrados a fines de 1858.

Blest Gana fué asiduo colaborador literario de la nueva publicación en su corta existencia de dos años.

En *La Voz de Chile*, redactó a menudo la *Conversación*

(1) *Los Constituyentes de 1870.* Retrato de don Manuel Antonio Matta.

del sábado; y publicó cuatro novelas: *La Venganza*, *Mariluán*, *Martín Rivas* y *El ideal de un calavera.*

Las dos primeras tienen corta extensión y escaso mérito; en cambio, las dos últimas son las mejores de las compuestas por él en nuestro país.

En *La Venganza*, Blest Gana se traslada al Perú del siglo XVIII, y presenta el retrato de cuerpo entero de una desgraciada y hermosa mujer, la cual ha sido seducida y engañada por su amante. Después de haber dado muerte a éste, ella se propone condenar al mismo fin a todos los galanes que en adelante la persigan.

En dos ocasiones logra satisfacer sus anhelos; pero cuando intenta realizarlos por tercera vez es sorprendida y encarcelada.

Bajo el peso del cargo de bruja, la culpable cae en manos del Santo Oficio de Lima, y es condenada a la ho guera.

En algunas de sus páginas, la novelita de Blest Gana hace recordar *El inquisidor mayor* de Bilbao; pero en realidad no tiene la tendencia antirreligiosa de esta última obra.

El argumento de *La Venganza* no es sino una de esas tradiciones sociales que la imaginación del pueblo abulta y deforma, y que van así perdiendo lentamente toda verosimilitud. La protagonista no sólo no existió nunca en la capital del Perú sino que sería difícil imaginarla en aquel culto centro colonial.

Por lo demás, don José Toribio Medina, que tan concienzudamente ha estudiado los anales de las inquisiciones de América, no menciona este proceso en su libro sobre el Santo Oficio de Lima.

Desde el punto de vista artístico, la novela de Blest

Gana es muy inferior a las tradiciones de don Ricardo Palma, las cuales se distinguen por la malicia del relato, la vida de los personajes y el colorido de las pinturas.

En *Mariluan*, el autor refiere uno de esos alzamientos de araucanos que eran frecuentes a mediados del siglo XIX, y que Blest Gana conocía muy bien por razón del empleo que desempeñaba en el Ministerio de la Guerra.

Los ardides y la táctica de los indígenas se hallan perfectamente descritos en su novela. Un historiador y un etnógrafo podrían aprovechar muchas de las noticias reunidas en este trabajo.

Desgraciadamente, no merece iguales elogios la parte de imaginación.

Para amenizar la lectura, el autor intercala los amores que supone ocurridos entre una hermosa joven, de buena familia, avencindada en la ciudad de los Ángeles, y un araucano, de la guarnicion militar de la frontera.

A fin de hacer verosímil la pasión que este último enciende en el pecho de Rosa, Blest Gana adorna al protagonista con cualidades de delicadeza y generosidad dignas del galán más culto de nuestros días.

El retrato de Mariluán es completamente falso. Si hubiera existido alguna vez un araucano de tan bellas prendas, indudablemente sería posible aceptar el amor que despierta, según Blest Gana, en la hermosa dama de cutis blanco i de cabellos rubios; pero la realidad se presenta muy distinta.

Los araucanos, con sus toscas figuras y sus pasiones salvajes, en vez de atraer, causaron siempre adversión a las mujeres de sangre europea. Y así lo comprueba la historia. El soldado español nunca tuvo dificultad para en-

contrar cuncubinas indígenas; pero el araucano sólo por la violencia hizo concebir a las mujeres españolas.

Mariluán, a pesar de estos defectos, tiene el mérito de ser la primera novela publicada por un chileno (1) en la cual figuran personajes de la raza aborigen. Posteriormente se han compuesto tantas de la misma especie que con ellas podría formarse una biblioteca.

Martín Rivas es un joven provinciano que llega a Santiago en el año 1850, sin otra expectativa de apoyo que el de un antiguo amigo de su padre, en cuyo hogar recibe cortés acogida, y al lado de quien espera seguir sus estudios de jurisprudencia.

Don Dámaso Encina, acaudalado vecino de la ciudad, como dueño de casa y hacienda, goza de grandes consideraciones entre las familias ricas. Su mujer manifiesta estrecha inteligencia, y su hijo Agustín, que acaba de realizar el soñado viaje a Europa, no es sino una mediocridad. En cambio, su hija Leonor, aunque educada en medio de añejas preocupaciones, realza la bella figura que la distingue con dotes intelectuales no comunes.

Tal es el medio en que debe vivir Martín Rivas. Nada tiene, pues, de extraño que en su pecho sensible y generoso nazca ardiente pasión por Leonor.

Esta recibe noche a noche a rendidos admiradores que no esperan sino su consentimiento para pedirla en matrimonio. Desgraciadamente, la joven no siente inclinación por ninguno de ellos.

Martín Rivas, al mismo tiempo que asiste a sus clases, desempeña las delicadas funciones de secretario particu-

---

(1) *La Restauración de La Imperial*, de Barrenechea y Albis, escrita en el siglo XVII, no ha tenido los honores de la impresión.

lar de don Dámaso, empleo por el cual recibe un pequeño sueldo. Con rara asiduidad al trabajo, el joven hasta cierto punto paga el alojamiento con que le ha favorecido el señor Encina.

En el cargo indicado, Martin Rivas encuentra oportunidad de hacer a su protector valiosas observaciones, que son de gran provecho para sus negocios. Esta conducta da al modesto provinciano algún prestigio entre los miembros de la familia.

Su condición de pobre le mantiene, sin embargo, en un nivel inferior al de los demás amigos de Leonor.

Las excelentes dotes de inteligencia y de nobleza de Martin Rivas debían imponerse muy pronto.

Señalado servicio personal hecho en favor del hijo de don Dámaso le conquista especialmente el aprecio de éste y la simpatía de su hija.

De grado en grado, el héroe de la novela va apoderándose del alma de la joven, no sin graves contratiempos, por cierto, pero sí de una manera segura, hasta que, por fin, cuando, sometido a juicio por su participación en la jornada del 20 de Abril de 1851, es condenado a muerte. verdaderamente loca, Leonor no omite esfuerzos por salvarle. El matrimonio recompensa la digna conducta de ambos.

En 1857 el célebre novelista frances Octavio Feuillet había dado a la estampa *Le roman d'un jeune homme pauvre*, cuyo argumento ofrece estrecho parentesco con el de *Martin Rivas*.

Es fácil hacer notar en una y otra obra detalles de importancia que son parecidos.

Máximo, el protagonista de la novela francesa, descubre que el abuelo de su amada ha sido antiguo adminis-

trador de los bienes de su familia, y que toda la fortuna acumulada por éste proviene de sus dilapidaciones.

De igual suerte, don Dámaso Encina había adquirido su hacienda gracias a la explotación de que había hecho víctima al padre de Rivas. Así se explica el amparo que, para descargo de conciencia, presta al hijo de aquél.

Por otra parte, el desenlace de ambas novelas es uno mismo. Con recursos más o menos melodramáticos, de la exclusiva imajinación de los autores, Máximo y Martín Rivas conquistan el corazón de sus damas, y se desposan con ellas.

La obra de Feuillet fué trasladada al teatro por su propio autor, a fines de 1858. Los que no conocían la novela quedaron encantados con la comedia. El asunto era en extremo simpático. *Le roman d'un jeune homme pauvre*, en su lengua original o traducido, se ha representado en todas las escenas de Europa y América.

Sin desmedro de las altas cualidades del escritor francés, puede asegurarse que la obra de Blest Gana presenta menos inverosimilitudes que la novela y la comedia de Feuillet.

Don Diego Barros Arana, que publicó un extenso elogio de *Martín Rivas* en la revista fundada por él en 1862, con el título de *El Correo del Domingo*, calificó en 1875 la mencionada obra, en la *Revista Chilena*, como «la más popular y quizás la mejor de las numerosas novelas del señor Blest Gana».

En verdad, esta obra constituía elocuente prueba de que el autor había llegado a tener completo dominio de su pluma y conocimiento exactísimo de la sociedad en que había nacido.

Los personajes que presentaba, pertenecieran o no a las

clases aristocráticas, encarnaban de una manera admirable las diversas modalidades características de los vecinos de nuestra capital.

En cuanto a los cuadros de costumbres, con ser chilenos, al igual de los exhibidos en anteriores obras, se enlazaban tan naturalmente con la acción de la novela que no aparecían en ningún caso sobrepuestos, con el único fin de causar impresión. Hechos y personajes guardaban armonía; y habría sido imposible concebir a los unos sin los otros.

Con algunas reservas, *Martín Rivas* puede considerarse como un documento histórico sobre el estado de nuestra sociedad hace setenta años.

Idéntico juicio podría emitirse respecto de la última de las novelas publicadas por don Alberto en *La Voz de Chile*, o sea, *El ideal de un calavera*.

Sorprende en verdad el feliz éxito alcanzado por él en su designio de dar a la obra una fisonomía chilena.

Sin duda, el alejamiento de la patria al empezar la juventud, y su regreso a ella a los veintidós años, habilitaron a Blest Gana para observar y analizar con primor la sociedad que se ofrecía a su vista.

El ideal de un calavera se compone de tres partes, que son otras tantas novelas o narraciones distintas. Habría motivo para censurar en esta obra el mismo defecto que se advierte en algunas de las novelas ya criticadas, como *La aritmética en el amor* y *El pago de las deudas*, o sea, la falta de unidad en el asunto.

En la primera parte, el autor refiere cierto lance amoroso ocurrido en el fundo El Trébol, próximo a Santiago. Blest Gana desenvuelve este tema en 140 páginas, que forman un todo completo. Abelardo Manríquez, jóven

de veinte años, que trabaja en una propiedad de su padre, se prenda con locura de la hija del dueño de la hacienda vecina. Desgraciadamente, la joven estaba comprometida con un novio rico. Sin meditar en las consecuencias, estimulado por las coqueterías de la dama, Manríquez concibe el audaz proyecto de sorprenderla de noche, en su dormitorio, para asegurar de este modo su conquista. La presencia repentina de los padres, que acuden a las voces destempladas de su hija, obligan al galán a retirarse.

Como lo anunciaba a sus lectores en el prólogo, Blest Gana había pintado caracteres y escenas propias de nuestra sociedad. Entre los cuadros de costumbres, sobresalen el rodeo y las curaciones de una médica.

La segunda parte, intitulada *Los calaveras*, aventaja a la anterior por la intensidad de vida que anima a sus personajes.

Los actores, entre los que figura Abelardo Manríquez, ya conocido, pertenecen a esa clase de bohemios, o tunos, como hoy se les llama, que abundan en las poblaciones grandes.

El medio en que ellos se mueven es el de un corto número de familias, venidas a menos por la pobreza, en cuyo seno la escasez de recursos y la magnitud de las aspiraciones producen, en modo inevitable, la decadencia y la corrupción.

En *Martín Rivas*, al lado de las familias aristocráticas, Blest Gana presenta un hogar de la condición descrita. Jóvenes alegres sirven de lazo entre ésta y aquella sociedad; y mientras buscan novias en los salones distinguidos, sólo piden pasatiempos a la casa de medio pelo.

Las hijas de don Raimundo Basquiñuelas, en *El ideal de un calavera*, ocupan un grado más alto en la escala so-

cial que las hijas de doña Bernarda Cordero de Molina, en *Martín Rivas*, sin perjuicio de que unas y otras se vean expuestas a idénticos riesgos y sufran iguales humillaciones.

El elemento social descrito por Blest Gana en *Los calaveras* es muy chileno. Al pintar, sin embargo, esta clase de vida, ociosa y festiva, sin prejuicios ni moralidad, con dias amargos y noches felices, nuestro compatriota debió de tener presente la obra de Enrique Murger: *Escenas de la vida de Bohemia*, que había leído en Francia en forma de novela, y había visto representar en forma de drama.

La culta Bohemia parisiense era sin duda muy distinta de la provinciana Bohemia de Santiago; pero en ambas el alma de los personajes encierra unos mismos ideales.

¿*Los calaveras* de Blest Gana recibieron su inspiración en la obra de Murger?

Lo que puede afirmarse es que don Alberto «da a sus creaciones un sello de nacionalidad que las exime de parentesco» con los personajes de la novela francesa.

Abelardo Manríquez es más feliz en el hogar de las Basquiñuelas que en las casas de El Trébol; pues, arrastrado por ardiente pasión, logra seducir a la más hermosa de aquellas jóvenes.

La tercera parte de la obra es una novela de intriga, preñada de inverosimilitudes. Después de abandonar a su víctima, Manríquez encuentra y solicita de nuevo a la mujer amada en El Trébol, ya casada, pero pronta a recibir sus galanteos. Manríquez sigue entonces la carrera militar; y, con las facilidades de esta nueva profesión, penetra en todos los salones, y lleva así una vida libre y sin compromisos.

A pesar de esto, fracasa en en su licencioso empeño. La dama de los sueños de la juventud le burla y le despide; y la modesta joven a quien ha perdido toma venganza en él.

Manríquez concluye sus agitados días en el patíbulo, por complicidad en el motín ocurrido en Quillota en 1837, que, como se sabe, tuvo por consecuencia la muerte de Portales.

Esta novela de Blest Gana, ha sido traducida al francés, y dada a la estampa por la casa Hachette de París, con el título de *L'ideal d'un mauvais sujet*. En los últimos años ha aparecido también en inglés, juntamente con *Martín Rivas*, impresas ambas novelas por un editor de Estados Unidos.

Don Alberto colaboró en el diario *El Independiente* de Santiago, mientras lo dirigió, en 1864, su amigo don Miguel Luis Amunátegui, con artículos humorísticos, por el estilo de los que había insertado en *La Semana* y en *La Voz de Chile*, y con una novela de corta estensión, *La flor de la higuera*.

Este último trabajo tiene poco mérito, y su autor mismo parece haberlo olvidado. En él narra la historia de los tristes amores de una joven que ve oscurecerse el cielo de su felicidad a causa de un pleito de negocios entre su padre y el de su amigo.

El desenlace sobreviene a consecuencia del candor con que ella admite una conseja muy conocida. Según voz corriente entre las sencillas gentes del campo, la higuera sólo da flores en la noche de San Juan, con acompañamiento de endriagos y demonios, y toda clase de hechos pavorosos.

Citada por su amante en esa precisa noche, al pie de

la higuera del jardín de su casa, la pobre niña, en un estado extraordinario de agitación nerviosa, cuando ya está reunida con su galán, cree ver tres extrañas figuras que avanzan rápidamente hacia la higuera.

Se oye un agudísimo grito y la joven cae muerta.

Los tres individuos eran su padre, un amigo de la familia y el cura de la parroquia.

El relato termina con la enfermedad y muerte del enamorado mancebo, quien no puede resistir a su infortunio.

En esta época Blest Gana había empezado una novela del género histórico.

«Ud., escribe a don José Victorino Lastarria con fecha 25 de Enero de 1864, me hace la honra de esperar una gran novela de mi pluma. Veremos, pues, si lo que estoy trabajando merece tan alto título. He llevado mi exploración al campo de la historia para componerla. Esta vez abandono los cuadros de costumbres y lanzo mi imaginación en el estudio de las pasiones inspiradas por ciertos hechos históricos, tratando, por supuesto, de enlazar ese estudio con una vasta y complicada intriga, que espero será abundante y sabroso pasto para los aficionados a las emociones de una trama enredada sin ser inverosímil ni estupenda, como ya no puede admitirse en sana literatura (1).»

No era de extrañar que el maestro Lastarria esperara una gran novela escrita por su amigo; pues, como lo observa don Domingo Arteaga Alemparte, los esfuerzos de su pluma no habían sido estériles. «Gracias a ellos, agrega, tenemos novelas que se leen con interés, que se releen con estima, que reflejan nuestros hábitos, nuestras cos-

(1) *Revista Chilena*, Mayo de 1917. Página 137.

tumbres, nuestras preocupaciones, nuestro modo de ser nacional, al mismo tiempo que ponen en juego ese conjunto de caracteres, de pasiones e intereses humanos que no pertenece exclusivamente a tal o cual nación, que es la patria de todas las almas (1).»

La carrera que había abrazado no permitió que Blest Gana continuara su obra. A mediados de 1864 el Gobierno le nombró intendente de Colchagua; y, como funcionario austero y discreto, don Alberto juzgó que había incompatibilidad entre el cultivo de las letras y sus nuevos deberes.

«Guardó, pues, en un paquete sellado con lacre, para evitar tentaciones, las carillas que tenía escritas de la novela *Durante la reconquista*.»

«Su propósito, al guardar así estos manuscritos, fué el de abstenerse de todo trabajo literario, a fin de dedicar todos sus esfuerzos a las tareas administrativas, como los dedicó exclusivamente en la intendencia de Colchagua y más tarde en los diversos cargos diplomáticos que le tocó desempeñar. Sólo en 1888, al obtener su jubilación del Gobierno de Chile, y especialmente a instancias de su señora, doña Carmen Bascuñán de Blest Gana, fallecida en París en 1911, reanudó las tareas literarias, empezando por destruir lo que tenía escrito de *Durante la reconquista*, que encontró muy inferior a lo que, a su juicio, debía ser esta obra, que volvió a empezar desde la primera página (2).»

Dos años, más o menos, permaneció Blest Gana en la intendencia.

---

(1) *Los Constituyentes de 1870.*

(2) *Carta autobiográfica.*

A fines de 1866, se dirigió a los Estados Unidos de Norte América con el carácter de encargado de negocios de Chile. Este fué el principio de una brillante carrera diplomática.

Antes de un año era nombrado por nuestro Gobierno Ministro Plenipotenciario en Gran Bretaña.

Cuando se hallaba pronto para emprender viaje a Europa envió a *La República* de Santiago interesantísima correspondencia sobre la excursión que había realizado *De Nueva York al Niágara*. Fué ésta su última veleidad de escritor.

En 1869, uno de los más queridos compañeros de su juventud, don Miguel Luis Amunátegui, quien desempeñaba el cargo de Ministro del Interior y Relaciones Exteriores, le nombró Plenipotenciario ante el Gobierno francés. Desde entonces hasta su jubilacion, don Alberto ejerció juntamente la representación diplomática de Chile en Londres y en París.

«Al llegar a esta última ciudad recibió una carta de su amigo Amunátegui en la que le recomendaba no se instalara sino provisionalmente; pues sus correligionarios políticos deseaban que volviera y figurara en la vida pública del país (1).»

En efecto, en las elecciones de 1870, el departamento de San Fernando le eligió diputado. El ilustre novelista tenía resuelto alejarse de las agitaciones del foro y no aceptó este honroso mandato.

Nuestro gobierno le confió posteriormente el desempeño de graves gestiones ante la Santa Sede, y, además de su misión obligada en Francia e Inglaterra, le

(1) *Carta* ya citada.

acreditó como plenipotenciario ante otros países europeos y americanos.

Blest Gana se consagró con entusiasmo al buen desempeño de estas tareas, segun él mismo lo declara; pero nunca pudo olvidar por completo la pasión dominante en su juventud. Tal es la verdadera causa de que a los cincuenta y ocho años de edad volviera con ardor al cultivo de las letras.

A pesar de que, en las apuntaciones escritas al autor de este *Bosquejo*, parece menospreciar las carillas de su novela histórica redactadas antes de alejarse de Chile, lo cierto es que ellas formaron la médula de la nueva obra.

Sin ese valioso fundamento de cuadros nacionales, tomados del natural, y de picantes diálogos recogidos en los labios mismos del pueblo, habría sido materialmente imposible que Blest Gana, después de una ausencia de mas de veinte años, hubiera conservado en la memoria los detalles característicos de los grandes salones y de los humildes ranchos de nuestro país.

Con ímprobo trabajo, y esfuerzos sostenidos por largos años, don Alberto logró dar feliz remate a la novela que desde antiguo había bautizado *Durante la reconquista*, y que la casa Garnier de París publicó en 1897. La composición de este libro, el cual consta de dos gruesos tomos, sólo se explica por la real vocación literaria que animaba el espíritu del autor, y por su infatigable laboriosidad, manifestada en las oficinas de gobierno de Santiago y en las legaciones servidas por él en el extranjero.

El resultado correspondió a las fatigas y molestias que se impuso desde el momento en que resolvió terminar su obra. *Durante la reconquista* ha sido el más espléndido triunfo alcanzado por don Alberto.

Para aquilatar en toda su importancia el mérito de la labor, debe saberse que, «aunque él prefería dictar sus informes y correspondencia oficiales, nunca pudo acostumbrarse a hacerlo en las obras de imaginación; pues, siempre que lo intentó, lo dictado le parecía flojo y sin elegancia».

Por lo demás, tomaba tanto cariño a los personajes de sus novelas que «nunca hizo apuntaciones para recordar los incidentes de la intriga que constituía la obra; todo, aun lo más complicado de los argumentos, lo confiaba únicamente a la memoria».

Blest Gana quedó satisfecho, en cuanto puede serlo un literato, de esta primera novela compuesta en París.

En ella «se había trazado como plan observar estrictamente la historia, hasta en las fechas, y no salir jamás de los límites de carácter nacional, de verdad y fidelidad en la pintura de los personajes históricos, buscando al mismo tiempo que se confundiesen exactamente los hechos históricos con la parte de fantasía y de los personajes imaginarios. (Don Alberto) creyó haber vencido esas dificultades en la obra citada, cuyo estilo le parecía contener todos los elementos de fuerza y de índole nacional que debían dar unidad y originalidad a la novela». Al escribirla, Blest Gana se propuso no emplear otras locuciones y palabras que las usuales en Chile, «donde, a su juicio, seguramente se había empobrecido el idioma castellano».

Esta es una prueba decisiva del auxilio innegable que debieron prestarle los capítulos compuestos en Santiago.

Blest Gana había bebido su inspiración en dos fuentes distintas: una era la sociedad que había tenido a la vista, y que estudió durante más de diez años, desde 1853 has-

ta 1864, en las casas aristócratas y en las viviendas populares; y la otra, las obras de nuestros historiadores.

La época de la reconquista española había sido objeto de prolija investigación entre nosotros, desde que los hermanos Amunátegui presentaron a la Universidad, en 1850, una memoria especial sobre este interesante tema. Siete años después, Barros Arana había consagrado a los mismos sucesos el tercer tomo de su *Historia General de la Independencia de Chile*. No faltaron, pues, al concienzudo novelista datos positivos sobre los hechos y los personajes de aquel aciago período.

Con las noticias que tomó de las antedichas fuentes, y gracias a su poderosa pluma evocadora, Blest Gana pudo reconstituir la sociedad chilena durante los gobiernos de Osorio y de Marcó del Pont, y presentarla a sus lectores en pintorescos y animadísimos cuadros.

No desmerecen éstos, por cierto, comparados con los que se leen en las novelas europeas del género histórico.

La alta sociedad de Santiago era perfectamente conocida de Blest Gana, como que había sido frecuentada por él de vuelta de su primer viaje a Francia. A mediados del siglo, los antiguos hábitos y preocupaciones de nuestras familias pudientes habían cambiado muy poco.

Al mismo tiempo se había preocupado en anotar con proligidad todo lo que llamaba su atención en las costumbres populares: idioma, fiestas, creencias, sentimientos íntimos, vida ordinaria, industrias, en una palabra, el folklore chileno. De tal suerte que no sólo pudo exhibir con exactitud a las clases cultas, sino que retrató a las más atrasadas en su verdadero colorido.

Durante la reconquista forma un rico arsenal donde los

estudiosos de nuestros días pueden extraer valiosas noticias relativas al *roto* chileno.

En elogio de Blest Gana, cabe además asegurar que, en general, los hechos y personajes históricos de su obra, guardan conformidad con lo que nos refiere la historia patria.

Un espíritu minucioso podría advertir, sin embargo, algunos pequeños errores. Así, en las primeras páginas el autor presenta al *Arzobispo* de Santiago en la misa de gracia de la Catedral, cuando se sabe que el primer Arzobispo recibió el palio en 1841. Más adelante figura como médico prestigioso el doctor español Passaman, que no llegó a Chile sino muchos años después, contratado en Londres por don Mariano Egaña. En lugar de Passaman, debió ser citado Grajales, que gozaba de mucha estimación en aquel tiempo.

Barros Arana, por su parte, en un artículo de elevada crítica publicado en *Los Anales de la Universidad*, anota las imperfecciones que siguen:

«En nuestro concepto, escribe, el General Osorio, sin ser ni con mucho un hombre regularmente superior, valía más que en el retrato que de él ha hecho el señor Blest Gana; pero éste ha querido personificar en ese mandatario la impotencia de los hombres moderados y humanos que aspiraban a calmar las pasiones por los medios de la conciliación y la templanza. El Capitán San Bruno es un esbirro desapiadado, leal y honrado en su fanatismo por la causa del rey, astuto para perseguir a los patriotas y cruel para castigarlos; pero el señor Blest Gana, realzando la importancia de ese personaje en las resoluciones del Gobierno, y convirtiéndolo en un intrigante artero y dominador, ha querido representar en él el espíritu im-

placable del odio y de la venganza que revistió ordinariamente el Gobierno de la reconquista.»

La obra de Blest Gana habría sido un modelo de novela histórica, en Chile y en Hispano-América, si no fuera por la inverosimilitud y por las exageraciones de la intriga con que el autor quiso ligar los sucesos públicos y de gobierno.

Se concibe que una joven chilena, de la buena sociedad de entonces, llegara a apasionarse de un apuesto mancebo como lo era el Coronel realista Laramonte, y que éste no omitiera sacrificios, y aun actos de arrojo, para casarse con ella; pero no es admisible que la recatada y aristocrática Trinidad Malsira, en medio de las sangrientas represalias de la reconquista, sobre el cadáver de su padre, víctima de la crueldad de San Bruno, aceptara huir en brazos del seductor, abandonando a su desgraciada madre y comprometiendo su propia honra.

Tampoco es verosímil que Abel Malsira, ardoroso patriota, en plena juventud, se complaciera en perder los días y las horas, amarrado por los arteros lazos de la española Violante de Alarcón, mientras el país entero gemía bajo el opresor gobierno de los vencedores de Rancagua.

Menos aceptable aun parece que, después del insensato fuego que él manifestaba por esta dama, a última hora, cuando aun resonaban en sus oídos las mutuas palabras de amor pronunciadas en la entrevista de reconciliación que había tenido con ella, se convirtiera en rendido galán de su prima Luisa Bustos, que representaba un tipo opuesto al de la viuda realista.

En verdad, Blest Gana imaginó este burdo tejido de lances, porque creyó que el cruzamiento de intereses

entre personajes de los dos bandos que dividían la sociedad le ofrecería fácil ocasión para dar a conocer los principales sucesos de la época, y, al mismo tiempo, mantener el interés en el ánimo de los lectores.

Incurrió con ello en gravísimo error. A pesar de su destreza en el manejo de la urdimbre, no consigue presentar en forma verosímil las incidencias de estas atrevidas aventuras, que a las veces parecen propias de una novela policíaca, y que son rechazadas por el sereno criterio de quien penetra a fondo en el espíritu de nuestras clases sociales.

Los coloquios entre Trinidad y Laramonte, por una parte, y Abel Malsira y la viuda de Alarcón, por la otra, palidecen y resultan de poca importancia ante las escenas de sangre y crueldad que el autor describe, como un maestro, con extraordinario relieve.

Con lo expuesto, se comprende cuán penosa es la lectura de la primera parte del segundo tomo de la novela, que trata especialmente de los esfuerzos de Laramonte y de Trinidad para llegar al anhelado fin.

En cambio, Blest Gana ha sido muy feliz en la pintura de los amores del simpático hijo del pueblo que bautiza con el nombre de *ño* Cámara. Estos amores se hallan descritos en pocas líneas, y no interrumpen la narración, verdaderamente interesante, de la heroica lucha entre dominadores y oprimidos.

La obra habría ganado enormemente si Blest Gana la hubiera reducido a un solo tomo. En efecto, podrían suprimirse con provecho las escenas entre el Coronel realista y Trinidad Malsira, algunos lances del hermano de esta última con la viuda de Alarcón, y no pocas vejaciones

atribuídas a San Bruno, las cuales concluyen por causar hastío, nó interes.

En la redacción definitiva de su obra, don Alberto imita los procedimientos de la escuela naturalista, de la cual fué jefe el escritor francés Emilio Zola. En prueba de ello, pueden leerse la minuciosa descripción de la ceremonia político-religiosa con que empieza la novela y los delirios de Trinidad Malsira en sus últimos días. Por desgracia, estos trozos, en estremo prolijos, no agregan nada al interes de la fábula.

Debe confesarse que las novelas escritas por Blest Gana en su juventud, por ejemplo, *Martín Rivas*, son más fáciles de leer que *Durante la reconquista*, y despiertan un entusiasmo más espontáneo.

Siete años después, en 1904, la misma casa Garnier dió a la estampa una nueva obra de don Alberto, con el título de *Los trasplantados*.

Su argumento es la historia de una familia de Hispano-América que posee ricas haciendas en una de las repúblicas del Nuevo Mundo y ha resuelto establecerse en la capital de Francia, con el fin de disfrutar ampliamente de los goces y diversiones que se compran con dinero.

La familia Canalejas es numerosa; pues, a más del padre y de la madre, se compone de la abuelita, llena de virtud y abnegación, de cepa antigua, y de seis hijos, cuatro mujeres y dos hombres.

El jefe de esta tribu consigue instalarla en una hermosa casa de los barrios aristócraticos.

Las consecuencias no tardan en producirse. Don Graciano, este era el nombre del padre, acude de preferencia a las aventuras galantes; doña Quiteria, su mujer, no piensa sino en las últimas modas, para recuperar la ju-

ventud perdida; Juan Gregorio, el primogénito, se entrega, tan pronto como tiene edad para ello, a la licencia más repugnante; y las hijas mayores contraen matrimonios de conveniencia, que les permiten cultivar amistades peligrosas y les dan pronta ocasion de graves extravíos.

Sólo una de las hijas había escapado al contagio, Mercedes, por quien velaba la abuelita; pero muy en breve cayó también envuelta en las malsanas pasiones de su familia.

Contrariada por sus padres en un amor honesto y profundo, concebido desde los primeros albores de la juventud, los suyos la obligan en seguida a casarse con un noble sin fortuna, cuya alma vale aún menos que su hacienda.

El anhelo alimentado por los Canalejas de ingresar en la aristocracia europea está satisfecho.

Por desgracia, la pobre niña, a quien humilla vilmente su novio en el viaje de bodas, loca de dolor y de vergüenza, resuelve poner fin a su vida, y muere asfixiada con el gas de su dormitorio.

Así termina la novela, cuyo asunto no puede ser más antipático para los americanos y cuya inverosimilitud sería fácil de comprobar.

Muchos de los jóvenes que van a Europa desde estos países concluyen por perderse, seducidos con el halago de la vida alegre y de los placeres fáciles; pero raros son los ejemplos de una familia entera que se arruina física y moralmente por estas mismas causas.

Blest Gana exagera, no fijándose en que, al hacerlo, contribuye al desprestigio de la sociedad hispanoamericana, sin ventaja alguna; pues las lecciones de moralidad, por muy elocuentes que sean, nunca persuaden a los

que, en virtud de razones muy hondas, se precipitan en la carrera de los vicios.

La primera idea de esta obra le fué sugerida a don Alberto por una novela de Mauricio Barrès titulada *Les déracinés*, en la cual este ilustre escritor francés presenta un vigoroso cuadro de los riesgos a que están expuestos los jóvenes provincianos de su país trasplantados en la capital, sin medios suficientes para vivir con desahogo en ella.

Una experiencia de más de cincuenta años había enseñado a nuestro compatriota que los hispanoamericanos sufren dolorosos contratiempos cuando no poseen las condiciones de carácter y de ilustración necesarias para adaptarse a la vida parisiense. Digno era, pues, de aplauso, que intentara advertirles estos graves peligros, pero no con los subidos colores de su obra; pues, de esta suerte, en vez de querer realizar nobles propósitos, parece estar guiado por la ironía de quien burla, antes que por los sentimientos caritativos de quien aconseja.

La tercera novela escrita por Blest Gana en Francia, *El loco Estero*, salió a luz a principios de 1910, en el glorioso aniversario secular de nuestra independencia.

No es extraño que en ella el autor se proponga recordar los felices tiempos de la niñez, si se toma en cuenta que inclinación muy humana es la de volver la vista a los días de la primera edad cuando la ancianidad se anuncia con repetidos achaques y dolores.

Don Alberto sumaba ochenta años.

En esta novela suya, por propia declaración, «se pueden ver retratados con más exactitud personajes reales. Así, el mismo *loco Estero* no es otro que un señor Otero que vivía en Santiago, por los años de 1839 a 1840, en

estado de enajenación mental, en la casa de la Cañada arriba, en frente del Cuartel de Artillería, al pie del Cerro, que ocupaban entonces, por mitad, la familia del doctor Blest, padre del novelista, y la familia Otero, a la cual pertenecía el personaje indicado. Los niños que figuran en esa novela son el mismo don Alberto y su hermano don Guillermo».

Blest Gana siempre había negado que en sus obras de fantasía hubiera pretendido copiar modelos vivos de nuestra sociedad. «Como los escultores y pintores, el novelista había formado sus caracteres con el conjunto de prendas morales y físicas que estudiaba en distintos individuos; y de ahí, a su juicio, que los lectores hayan solido encontrar en sus novelas el retrato de un personaje real, por ver atribuídos a algunos de los héroes los rasgos o cualidades que, por su parte, ellos mismos habían observado en individuos de sus relaciones. Pero esta circunstancia nunca se ha descubierto, escribe, en el conjunto de la pintura de los caracteres, que, en verdad, son imaginarios» (1).

El cuadro de la sociedad de Santiago en 1840, descrito por don Alberto en el primer tomo de *El loco Estero*, tiene las apariencias de una fotografía: tan grande es la exactitud en los detalles y la verdad de los personajes.

Este primer tomo no admite crítica alguna. La vida patriarcal de los santiaguinos de entonces forma contraste con la de disipación adoptada en París por la familia Canalejas.

Los recuerdos que hace Blest Gana de su infancia, de sus padres, de sus vecinos, de la casa habitada por aque-

(1) Carta citada.

llos, de las costumbres populares, del paseo de la Alameda, del juego del volantín, o cometa, muy en boga entre los jóvenes de aquel tiempo, refrescan el alma y la transportan a los años en que el novelista empezó a sufrir los azares de la existencia.

No merece idéntico elogio el segundo tomo de la obra. Para conservar el interés de la lectura, el autor complica demasiado la intriga imaginada por él, con lo cual sólo obtiene hacerla inverosímil.

Una hermana cruel y desapiadada mantiene a su hermano con cadenas, so pretexto de locura, en un cuarto obscuro de la casa. Después de largos años de encierro, el pobre preso es puesto en libertad por un muchacho atrevido, que quiere vengarse de la carcelera.

El presunto insano, con los ímpetus propios de quien vuelve al aire libre, y dominado por la pasión de la venganza, corre a buscar a su hermana, y la hiere ferozmente con una espada.

La víctima cae sin sentido.

¿Qué resolución toma la familia una vez que se restablece la calma en los espíritus? Nada menos que acusar al pobre loco ante la justicia por conato de parricidio.

Este es un acto completamente inverosímil. Si la familia creía en la enajenación mental del señor Estero, no podía acusarle de delincuente. Por otra parte, al más lerdo se le ocurre que, al tomar este camino, a quien directamente acusaban no era al loco sino a su hermana, que lo había recluído con manifiesta dureza.

El desarrollo de los hechos no requería este recurso extremo.

El lector se convence fácilmente de que el señor Otero tiene las facultades perdidas. La conducta que observa

en la calle, no guarda, sin embargo, correspondencia con su estado.

Algunos de sus actos parecen de una persona cuerda, justamente irritada con su familia.

Las necesidades de la fábula obligan sin duda al autor a incurrir en esta contradicción.

A pesar de tales defectos, la obra se lee con interés.

Como se ve, Blest Gana no sólo ha manifestado en su larga carrera condiciones naturales de novelista, sino que, gracias a la severa disciplina de su espíritu estudioso, ha producido muchos libros de este género dignos de aplauso.

Si en las novelas compuestas por él en Francia no realiza las expectativas que concibieron sus amigos con la lectura de sus obras de la juventud, ello proviene de que don Alberto durante más de veinte años abandonó el cultivo de las letras, para poder desempeñar bien los deberes diplomáticos confiados a su patriotismo.

El arte literario, como la mujer amada, exige de sus adoradores una consagración completa.

La última producción de don Alberto, *Gladys Fairfield*, publicada por la casa de Garnier en 1912, no es una novela psicológica ni propiamente de costumbres.

Esta obra se halla, por lo demás, muy lejos de tener la importancia de las escritas por él sobre asuntos chilenos.

La narración es interesante y animada; pero superficial. Se trata de un lance de amor ocurrido en medio de esa sociedad abigarrada que llena los hoteles de Suiza en la época de vacaciones. A pesar de su larga residencia en Europa, por su condición de hispano-americano, Blest Gana carecía del conocimiento que se necesita de la sociedad cosmopolita para poder presentarla con el arte exquisito de un Pablo Bourget.

El libro de nuestro compatriota produce el efecto de una charla entre amigos de confianza, que refieren el argumento de una pieza dramática o comentan los lances de una anécdota social.

Por un fenómeno muy explicable, el estilo de don Alberto en sus novelas de París está sembrado de galicismos.

En resumen, de sus numerosas obras, *La aritmética en el amor*, *Martín Rivas*, *El ideal de un calavera*, *Durante la reconquista* y *El loco Estero*, forman un sólido pedestal para su gloria literaria.

Blest Gana continúa siendo hasta hoy el primero de nuestros novelistas.

Como justamente lo observa uno de sus biógrafos, «el oro se gasta, pero el laurel no se marchita en las sienes del talento.»

XXII

Corto número de novelistas chilenos en el siglo XIX.—Don Daniel Barros Grez.—Don Valentín Murillo y don Moisés Vargas.—Don Vicente Grez.—La novela por entregas: don Martín Palma, don Liborio E. Brieba y don Ramón Pacheco.

Sin duda alguna, don Alberto Blest Gana constituye un caso de excepción en las letras chilenas del pasado siglo.

En todos los géneros literarios cultivados en nuestro país, a los iniciadores o fundadores sucedieron muy pronto quienes les igualaban o rivalizaban con ellos. Así se observa en la historia, en la poesía lírica y en el periodismo.

Nada de esto ocurre en la novela. Blest Gana desde el principio aventajó de un modo notable a todos sus compatriotas que dedicaron su pluma al género novelesco, y

habría, por tanto, razón para considerarle como un escritor extraordinario.

El brillante éxito alcanzado en sus obras se explica por la rara fantasía de que se hallaba dotado y por el dón de observación que en él acompañaba a aquella facultad.

Es necesario seguir hasta el presente siglo para encontrar autores de novelas o de cuentos que, si no disputan a Blest Gana la palma, a lo menos, pueden ser colocados sin contraste en la misma línea que él.

La llegada a Chile de don Alberto, a los veintidós años, después de haber nutrido su inteligencia con buenos estudios en un colegio militar de Francia, debe estimarse un suceso feliz para las letras nacionales.

Evidentemente, por múltiples causas, los jóvenes chilenos no estaban preparados en aquel tiempo para consagrarse al cultivo de la novela. Fuera de *El inquisidor mayor* de don Manuel Bilbao, que salió a luz en Lima, en el mismo año en que volvió Blest Gana a América, sería imposible citar otras novelas de igual mérito que las suyas en un período de más de veinte años, a contar desde 1852.

Otra observación que naturalmente se desprende del estudio de nuestra historia literaria es el corto número de novelistas que presenta el siglo que acaba de terminar.

La Bibliografía de don Luis Ignacio Silva sólo anota 154 títulos diversos desde el año de 1846 hasta el de 1900. Distribuídas estas obras, resultan tres novelas por año en medio siglo, y una más por cada uno de los años restantes.

El citado autor únicamente nombra, dentro de las mismas fechas, 84 novelistas.

Estos cálculos contribuyen a engrandecer la personalidad literaria de Blest Gana.

En 1876 salió a luz en Santiago una novela que más que obra recreativa merecía la calificación de sátira política. Llevaba el título de *Pipiolos y Pelucones* y había sido escrita por don Daniel Barros Grez.

En el año anterior había empezado a publicar Sotomayor Valdés su historia panegírica del Gobierno del General Prieto. El propósito manifiesto de Barros Grez fué el de contradecir al mencionado libro, y presentar a sus lectores un cuadro completo de los procedimientos políticos de don Diego Portales y de sus secuaces.

Barros Grez no vaciló en retratar con negros colores a todos los chilenos afiliados al Partido Conservador. Para hacerlo así, se apoyaba en el *Juicio histórico sobre don Diego Portales*, de Lastarria, en la obra de don Federico Errázuriz *Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828*, y, más que en nada, en los recuerdos y tradiciones que acerca de aquel período de nuestra historia patria se conservaban en la sociedad.

Por su parte, Barros Grez había heredado una antipatía invencible a la memoria de Portales, como que este estadista había autorizado el fusilamiento de su padre, don Manuel Barros.

Se comprende, pues, que la obra compuesta por el hijo cuarenta años más tarde debía ser muy exagerada. Entre los personajes de la novela figuraban el mismo Portales, el canónigo Meneses y don Victorino Garrido, corifeos del partido *pelucón*, o conservador. Los tres aparecían dotados de cualidades esencialmente contrarias al espíritu

republicano: llenos de crueldad y de doblez, no titubeaban en emplear medios indecorosos para obtener el triunfo de sus amigos.

Varios capítulos del segundo tomo de la novela estaban consagrados a describir el combate de la chacra de Ochagavía y las negociaciones de convenio que entonces celebraron liberales y conservadores. Estas páginas, teñidas de profunda malquerencia al partido vencedor en Lircay, no podrían ser calificadas de verdadera historia.

El móvil principal que había inspirado al autor para componer su libro fué, como ya se dijo, político. A fin de asegurar el buen exito de la obra, creyó, sin embargo, necesario dar a ésta la forma de una novela; y para ello imaginó una intriga social bastante complicada y bastante inverosímil. Inventó el amor sin esperanzas de un joven pobre por una niña rica y aristocrática; la violenta oposición del padre de la doncella, el cual, inducido por un jesuíta artero y enredoso, aspiraba a casarla con un viejo, que se decía noble, natural de España; la correspondencia abnegada de la niña al amor del galán chileno y su encierro en un convento; el rapto de la joven por los amigos del amante, y el matrimonio de éste con ella, despues de varios lances, en que actuaban bandidos, soldados, frailes, hombres del pueblo y personas de distinción.

La novela, que encierra más de novecientas páginas, se lee con dificultad, y, fuera de algunos cuadros de costumbres populares, carece de mérito positivo.

Barros Grez sobresale en sus pinturas de la vida de nuestras clases bajas, y fracasa casi siempre cuando describe los salones de las familias pudientes. De ordinario, sus personajes de alta sociedad no son sino caricaturas.

La sátira política empezada en *Pipiolos y Pelucones* fué

continuada en *El Huérfano*, novela compuesta de seis tomos, con mil setecientas noventa y ocho páginas, en la cual Barros Grez tomó por modelo las novelas españolas de los siglos XVI y XVII, y, sobre todo, el *Quijote* de Cervantes.

En la primera parte, sin disputa la mejor, el lector cree recorrer los capítulos de una novela picaresca.

El protagonista, que ignora los nombres de sus padres, se encamina a Santiago desde una pequeña aldea del sur, cercana a Curicó. Habiendo encontrado un bondadoso compañero de viaje, el cual sigue la carrera del sacerdocio, refiere a éste la historia de su vida.

Entre tanto, ambos resuelven continuar juntos, no sin que les ocurran diversas aventuras, algunas divertidas y otras peligrosas.

Los capítulos en que Barros Grez describe una *chingana* campesina ofrecen extraordinario relieve y gran animación. Este cuadro ha merecido los honores de ser reimpreso aisladamente.

En cambio, se leen en el primer tomo algunas escenas de salteadores que pecan por exceso de color trágico. Estarían más bien en una ópera cómica que en una novela.

En los tomos siguientes, extraordinariamente pesados, no sólo por la falta de interés, sino también por la repetición monótona de escenas iguales o parecidas, el autor retrata a un personaje, llamado don Simpliniano Tragaderas, el cual tiene numerosos rasgos de semejanza con don Quijote, y en quien encarna Barros Grez todos los errores y defectos que atribuye a los partidarios de don Diego Portales.

Este don Quijote de Santiago, como el imaginado por Cervantes, es un verdadero loco, quien no concibe hom-

bre más perfecto que Portales y defiende su política con la tenacidad y majadería propias de un enajenado. Barros Grez se vale de don Simpliniano para burlarse de los *pelucones*.

Como en su anterior novela, finge asimismo una fábula de amores, con la cual enlaza numerosos acontecimientos públicos y particulares. Por cierto, el autor no escatima los cuadros de bandidos, de raptos, de asesinatos, de brujas y de ensalmos.

El libro entero es una mezcla confusa, imposible de leer seguidamente.

Barros Grez escribía con suma facilidad, en un estilo corriente y sencillo. Algunas de sus descripciones de la naturaleza chilena sorprenden por la verdad de los tintes y por la espontaneidad de las metáforas.

Por desgracia, el prodigioso dón de redactar que distinguía al autor le dañaba en extremo. De cada cien páginas compuestas por él, ochenta carecen de valor, a causa de la extraordinaria rapidez con que redactaba sus obras.

Las aventuras del maravilloso perro Cuatro Remos, que Barros Grez publicó en seguida en *El Mercurio* de Valparaíso, se leen con mayor agrado que *El Huérfano;* porque presentan una gran variedad de cuadros.

El novelista trata de recordar en su obra a un perro muy conocido con aquel nombre en el vecino puerto, cuyas gracias y hazañas en los incendios y en el cuartel de bombas eran muy celebradas.

Barros Grez supone que el habilidoso can es adquirido sucesivamente por diversos dueños en Santiago y en Valparaíso; y, gracias a este artificio, tiene oportunidad de describir numerosos y pintorescos centros sociales.

De la casa del cura de la Viñita, en la capital, *Cuatro Remos* se traslada a vivir en el Cementerio; y de allí a la choza de un arriero. Con motivo de esta última amistad, el perro toma parte como actor de primera fila en una tragedia amorosa que se verifica en el pueblo de Renca. A continuación, es obsequiado al filántropo doctor Cox, quien se aprovecha de las aptitudes del animal para ejecutar actos de caridad. Robado por una partida de bandoleros, se convierte *Cuatro Remos* en un diestro ladrón de pañuelos y portamonedas. Sus generosos instintos naturales ayudan a la policía de Santiago para descubrir y apresar a los facinerosos que se habían adueñado de él. Por este gran servicio prestado al orden público alcanza un empleo en la policía secreta. *Cuatro Remos* concluye su vida de aventuras como voluntario de la 3.ª Compañía de Bomberos de Valparaíso.

Esta nueva novela de Barros Grez ofrece los mismos defectos y méritos que las anteriores del autor. Los lances que narra son comúnmente inverosímiles. La mayor parte de las hazañas atribuídas al perro, despiertan con razón la desconfianza de los lectores. En cambio, algunos cuadros de costumbres parecen tomados del natural, con perfecta exactitud.

La Academia Político-Literaria es la última obra de esta clase publicada por el abundante escritor. Dada a luz en un diario de la ciudad de Talca, en el año 1889, apareció en volumen al año siguiente.

Copiosa como todas las novelas de Barros Grez, *La Academia* cuenta más de setecientas páginas.

La fábula es muy sencilla. Un grupo de familias amigas, acompañadas de varios caballeros, viejos y jóvenes, aceptan una invitación al campo; y, a fin de mantener la

alegría durante su permanencia en él, conciben el proyecto de organizar una academia, en la cual no faltan los debates políticos y se leen algunas composiciones en verso.

Las sesiones, de ordinario, degeneran en alegres tumultos; y los días y las noches son además amenizados con juegos, cantos y comidas, no siempre de buen tono.

Al fin de la temporada, por medio de ardides groseros y atrevidos, los jóvenes consiguen que se celebre en las mismas casas del fundo donde se encuentran, el matrimonio de una interesante niña con el galán a quien ella ama desde antiguo y al cual siempre ha rechazado la madre de la novia sin justa causa.

En esta obra, el estudio de la sociedad es muy superficial; y los caracteres de los personajes, cuando no convierten a éstos en verdaderas caricaturas, sólo se distinguen por rasgos vulgares y comunes.

No podría negarse, sin embargo, que el medio ambiente es genuinamente chileno. Los cultivadores del Folklore encontrarán en *La Academia*, de igual suerte que en las demás obras de Barros Grez, muchos datos interesantes.

La extraordinaria facundia del autor hace que este libro sea pesado y difícil de terminar. Como se ha leído, uno de los principales defectos del novelista consiste en lo difuso de sus narraciones.

La Academia ofrece algunos otros aspectos dignos de ser anotados. Así como en sus primeras novelas Barros Grez se encarniza contra el partido de los *pelucones*, en *La Academia* condena con energía las prácticas políticas de los gobiernos liberales, y, en especial, de la administración Balmaceda. Debe recordarse que Barros Grez es-

cribió su obra en vísperas de la revolución de 1891. Muchos capítulos se hallan consagrados al tema político.

En algunos otros, el autor hace gala de su vasto dominio de la lengua. Una de las damas que más parte toman en los lances de la obra no habla sino en refranes. Barros Grez conocía tan gran número de éstos como el propio Cervantes.

De igual modo, el autor de *La Academia* manifiesta sin igual habilidad para inventar y resolver adivinanzas.

Por otra parte, todas las poesías insertas en el libro habían sido compuestas por el mismo Barros Grez.

Este prolífico escritor publicó además una obra que, con el título de *Cuentos para los niños grandes*, apareció en Bruselas, en 1868. A pesar del título, el autor no se había propuesto formar una colección de leyendas o de narraciones históricas. Sus *Cuentos* son fábulas en prosa, destinadas a combatir las preocupaciones políticas y antisociales arraigadas en los países de Hispano-América.

El libro está muy bien escrito, y algunos de los apólogos en él contenidos merecen elogios por su picante ironía.

Barros Grez era sin duda un literato original, muy bien dotado por la naturaleza; pero a quien faltaban algunas de las cualidades indispensables en un novelista.

Su gran facilidad de redactar constituía en él un defecto grave. No tenía tiempo de describir con esmero los hechos, ni poseía la calma que requiere el estudio de los personajes.

En la composición de su novela sobresale el moralista y el político antes que el retratista de almas y el crítico imparcial de la sociedad.

Al lado suyo no faltan en nuestra literatura escritores verdaderamente románticos, los cuales, así como los poetas expresan sus alegrías y dolores en forma métrica, publican cuentos y novelas que son el desahogo de sentimientos personales.

Una de las primeras novelas de don Valentín Murillo lleva el nombre de *Genoveva*. Dada a luz en Santiago en 1867, ofrece todos los caracteres de un tierno idilio.

La obra habría ganado mucho si hubiera sido compuesta en verso.

El autor refiere los amores de la hija de un pescador de Valparaíso con un joven marinero, que viaja continuamente al Perú en los buques de la marina mercante.

La pureza de estos amores es contrariada por un galán celoso, quien trata de corromper a su rival, a fin de desprestigiarle a los ojos de la novia, y después de haber fracasado, ensaya inútilmente la violencia para satisfacer sus lúbricos anhelos.

Jorge salva de un naufragio en las costas de Valparaíso, gracias a la feliz circunstancia de haber quedado enfermo en el puerto del Callao. Cuando regresa a Chile, castiga debidamente al hombre que intentó deshonrar a su amada, y contrae matrimonio con Genoveva, la cual ha guardado sin mancha su recuerdo.

La novela se halla muy lejos de ser un cuadro de costumbres nacionales; y los protagonistas, Jorge y Genoveva, descubren virtudes que parecen inverosímiles. No es una pareja humana, sino ideal.

Murillo emplea en sus obras un estilo fácil y sencillo.

El vértigo de un vicio, del mismo autor, fué premiado en un certamen abierto en 1870 por el círculo de colaboradores de *La Estrella de Chile*. Es una novelita inte-

resante, cuyo tema llena todas las condiciones de la verosimilitud cuando se le refiere en extracto y en sus rasgos esenciales.

Un joven rico y de buena sociedad causa la desgracia de su mujer y de su única hija, dominado por el vicio de la embriaguez. La mujer muere en la pobreza; y muy pronto la sigue su infeliz marido. La hija escapa a su obscura situación gracias al matrimonio que celebra con un noble mozo, el cual se enamora de ella desde el primer día en que la ve.

Desgraciadamente, la exposición de la intriga, su desarrollo y desenlace, descuidan por completo el estudio de los caracteres, y sólo van encaminados a impresionar el ánimo del lector con escenas dramáticas e imprevistas.

La escuela de Murillo, como lo observa uno de sus críticos, es la del fecundo y desordenado novelista español don Manuel Fernández y González.

Nuestro compatriota no ha intentado siquiera dar a su obra carácter chileno.

Al año siguiente, publicó *Una víctima del honor*. A la inversa de *El vértigo de un vicio*, el lance referido por Murillo en su nueva obra no puede admitirse como real, ni aun por la más exagerada fantasía.

Clotilde, joven rica y hermosa, concibe una gran pasión por uno de los empleados del molino de su propiedad; y sin darse cuenta de que él le corresponde con toda el alma, se esfuerza por conquistarle. Sus empeños para casarse resultan estériles. El empleado mide la distancia que hay entre él y su patrona, y no se atreve a solicitar la mano de esta última.

Una vez instalada en Santiago, Clotilde acude a las ma-

las artes de un nigromante, a quien pide un filtro a fin de alcanzar el amor de Alfredo.

Con tal objeto, se dirige sola, y de noche, para no ser sorprendida, a casa del embaucador. Este trata de seducirla aprovechando las circunstancias que la rodean; pero no consigue su objeto.

Le entrega entonces el filtro, o sea, un narcótico. Clotilde hace dormir a Alfredo, en el propio dormitorio de ella, adonde le ha hecho llamar, en horas avanzadas, mientras su hermana y su cuñado, con quienes vive, se hallan en un baile.

El nigromante se presenta de improviso a la vista de Clotilde, la infunde terror y concluye por violarla, en medio del desmayo en que yace.

Al volver en sí, la víctima pone fin a sus días.

Alfredo despierta de su sueño, y encuentra el cadáver de su amada. Todos creen que él es el asesino, y después de un breve juicio, es condenado a muerte.

En el acto mismo de la ejecución el nigromante confiesa su delito, y Alfredo salva así la vida.

Encerrado desde entonces en un convento, le toca asistir, en su última hora, al hechicero criminal, y tiene la magnanimidad de perdonarle.

Basta la anterior exposición para que se comprenda la falsedad del relato.

Habría sido de creer que las interesantes novelas de Blest Gana hubieran servido de modelo a los jóvenes de la generación de Murillo, y les hubieran hecho escapar al contagio del romanticismo trasnochado de Fernández y Gónzalez. Las cosas, por desgracia, no pasaron de esta suerte. *Una víctima del honor* suministra palmaria prueba de que el novelista Blest Gana era superior a su época.

Murillo destina las últimas páginas de su novela a declamar contra la pena de muerte.

El sombrero de paja es la más estensa, y tal vez la mejor de sus obras. Ella alcanzó una mención honrosa en el certámen literario patrocinado por el diario *La Unión* de Valparaíso, en 1887.

Esta novela pertenece al género sicológico. Don Valentín Murillo sentía decidida inclinación al estudio de los conflictos morales.

El protagonista, que posee mucha fortuna, tiene la desgracia de hallarse dominado de un carácter inquieto y caprichoso.

«¿Te acuerdas, le decía un amigo de la infancia, de tu delirio, de tu frenesí por todo lo que te parecía imposible obtener con tu dinero o tus halagos?.....¿Te acuerdas que, de regreso de unas vacaciones, te apasionaste de un grosero sombrero de paja, que probablemente no haría mala figura sobre mi cabeza, cuando tú te empeñaste en cambiármelo por uno tuyo de finísima pita, que valía, a lo menos, cien pesos, así como el mio no valía más de doce reales?»

En el curso de la vida, Mauricio, que así se llama el joven millonario, pierde el entusiasmo por los sombreros de paja; pero siente enloquecedores anhelos por objetos mucho más difíciles, casi imposibles, de alcanzar.

En cierta época se enamora con delirio de la mujer de un amigo, y se halla a punto de causar un grave rompimiento entre ellos. La narración de este lance ocupa más de cien páginas del libro.

Agobiado por su imaginaria desventura, Mauricio busca refugio en la quinta donde vive otro compañero de

colegio, a quien cree casado con una linda joven, de albo cutis y de cabellos rubios.

A las pocas horas, brota en su ánimo una simpatía irresistible por la dueña de casa. A los pocos días, este sentimiento se trasforma en poderosa pasión.

Mauricio piensa en suicidarse antes que traicionar a su querido amigo.

Felizmente, el matrimonio había sido fingido; con el loable objeto de cautivar a Mauricio, y de hacer su dicha.

Laura no es mujer, sino hermana de Felipe.

La novela termina con el matrimonio de Laura y Mauricio.

Esta obra se lee con interés, aun cuando la intriga es falsa. El carácter de Mauricio está bien analizado.

Contemporáneo de Murillo, don Moises Vargas (1) nació también dotado de vocación literaria.

Hizo sus estudios de humanidades en el Instituto Nacional; y, en seguida, se incorporó en el curso de leyes, pero no alcanzó el título de abogado.

El brillante éxito que obtuvo su primer libro, decidió de su porvenir.

El gobierno de don José Joaquín Pérez juzgó que Vargas podía prestarle eficaces servicios, y le dió un buen empleo en la Moneda. Desde entonces, Vargas no abandonó la administración pública. Desempeñó uno en pos de otro los cargos de oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores, gobernador de Parral, jefe de sección y oficial mayor del Ministerio de la Guerra, Jefe de la contaduría

(1) *Moises Vargas y Gómez.*—(Santiago, 1843; † 1898, Santiago.)—*Diccionario* de Figueroa.

en la Aduana de Valparaíso, Subsecretario del Ministerio de Hacienda y Ministro del tribunal de cuentas.

Durante un cuarto de siglo, presentó en las oficinas públicas el modelo más completo del funcionario pundonoroso e inteligente. En los azarosos días de la guerra de 1879, contra el Perú y Bolivia, su colaboración fué tan importante que llegó a ser aplaudida en la prensa extranjera. Por lo demás, la competencia adquirida por él en materias económicas fué aprovechada por todos los ministros de hacienda a quienes acompañó en sus delicadas tareas.

Destituído por los triunfadores de 1891, a causa de su inquebrantable lealtad al Presidente Balmaceda, Vargas volvió al campo del periodismo, en el cual había iniciado su carrera literaria.

La obra que le dió a conocer se intituló *Lances de Noche Buena*. Era una serie de cuadros de costumbres, copiados del natural, con tal arte, que los personajes parecen moverse y hablar en la escena.

Vargas retrata igualmente bien a los hombres y mujeres del pueblo y a las señoras y jóvenes de la sociedad culta; y revela en su libro un estudio profundo de las costumbres nacionales. Los lances que describe, al mismo tiempo, hacen reir y hacen pensar.

Es extraño que una obra de este mérito no haya sido aún reimpresa.

Al escribirla, Vargas se inspiró en las novelas de Blest Gana, a quien rinde homenaje de discípulo. *Martín Rivas* y *El ideal de una calavera* gozaban de una popularidad sin límites.

El autor sólo contaba entonces veintidós años de vida. Su alma sedienta de gloria poseía la frescura de la juven-

tud; y su pluma empapada de entusiasmo no conocía la fatiga.

Estos felices días debían concluir muy pronto. Los afanes del trabajo en las oficinas de gobierno y los desengaños de la lucha en el comercio humano, fueron debilitando su brazo y su cerebro.

Las obras posteriores escritas por Vargas valen menos que la primera.

Algunos años después, en 1870, dió a la estampa una novela de pasión, con el título de *Adiós a la vida.*

En ella manifestó notables dotes de escritor y de novelista; pero, en realidad, la obra fué un fracaso, pues, habiendo sido escrita con precipitación y sin suficiente estudio del argumento y de los caracteres, encerraba lances e intrigas imposibles en la buena sociedad.

Andrés y Elisa se aman y comprenden aún antes de haberse hablado.

Se adoran y juran eterna fidelidad cuando él consigue visitarla.

Este hermoso porvenir no se realiza. Un pretendiente rico obtiene la mano de la amada de Andrés.

Para llegar a este fin, los padres y la hermana de Elisa se confabulan con el que será pronto novio de ésta, inventando cartas de Andrés en que aparece como un galán doble y codicioso.

Andrés era pobre, y pudiente la familia de Elisa.

Al cabo de poco tiempo, todo se descubre. Elisa y Andrés, con el alma herida por hondo desengaño, no creen ya posible su felicidad y renuncian a los placeres de la vida.

Las páginas que Vargas consagra a la narración del bombardeo de Valparaíso por la Escuadra española, mere-

cen elogio. No sólo están animadas por el más puro patriotismo, sino que además ofrecen un cuadro vivísimo de las zozobras y agitaciones de aquellas horas trágicas para el primer puerto de Chile.

Vargas prefería el estilo cortado; y aunque no siempre correcto, pero lleno de intención, causaba novedad.

Los críticos juzgan que la mejor novela suya es *Un drama íntimo*. En verdad, si la intriga y el desenlace imaginados por el autor hubieran correspondido a la exposición, sencilla, natural, verosímil, la obra habría sido digna de los encomios con que esos críticos la ensalzan.

Desgraciadamente, Vargas creyó que, a fin de hacer interesante su relato, era necesario ennegrecer algunos caracteres, y acumular maldad sobre maldad.

Alberto, que es el protagonista, y su padre don Germán, aparecen como culpables de crímenes tan graves que, de haber sido descubiertos por la justicia, les habrían hecho concluir su vida en la cárcel, si no en el banquillo de los ajusticiados. *Adiós a la vida* es una novela sicológica; *Un drama íntimo* pertenece en considerable modo al género policíaco.

Vargas, como Murillo, sufrió la mala influencia de Fernández y González.

En nuestra vida social se cometen a menudo horribles delitos, más frecuentes en el pueblo que en las familias de fortuna; pero nunca se suceden inmediatamente uno a otro dentro de una misma casa. En la obra de Vargas hay varias tragedias, dos reos principales, seis muertes y muchos actos dignos de la sanción penal.

Al lado del argumento propio de esta novela, se desenvuelve otro secundario, inspirado indudablemente por la célebre creación de Alejandro Dumas hijo, *La dama de*

las camelias. Eugenia, una pobre niña seducida por Alberto, es hermana de alma de la heroína del egregio dramaturgo francés. La nobleza de sentimientos y la triste enfermedad de que muere, bastarían para recordar a esta última, si la intervención en su favor de don Antonio Reinel, padre de la mujer pretendida por Alberto, no agregara un nuevo rasgo que es común en la situación de ambas pecadoras.

La vasta ilustracion de Vargas y su espíritu perpicaz y observador le habrían formado un buen novelista si las necesidades de la vida no le hubieran impuesto otros trabajos ajenos a la carrera de las letras.

La cruz blanca es una corta historia de amor que el mismo literato narró a los lectores de la *Revista Chilena* en 1875. Se lee con agrado; pero no despierta mucho interés. Es un estudio superficial. El prestigio de don Moisés Vargas ni gana ni pierde con ella.

Don Vicente Grez (1) fué alumno del Instituto Nacional; pero no alcanzó a recibir sino escasísima instrucción en este establecimiento.

Entró a la vida por una senda triste y oscura. Apremiado por la pobreza, necesitó trabajar desde muy joven.

Felizmente trajo al nacer un dón muy valioso: su ingenio chispeante y oportuno. Esta cualidad, propia de los andaluces, la debía a su familia paterna.

Grez desparramó la gracia de su pluma en innumerables artículos publicados durante más de treinta años en casi todos los diarios y revistas de la capital. Fué el rey de los gacetilleros. Nadie podía competir con él en la redacción de un párrafo picante.

(1) Vicente Grez.—(Santiago, 1847; † 1909, Santiago).—*Diccionario de Figueroa.*

Cuando llegó a la edad viril, y juzgó que había adquirido suficiente experiencia de la sociedad, dió a luz una serie de cuatro novelas, que constituyen la principal cuota de su acervo literario: *Emilia Reynals* (1883), *La dote de una joven* (1884), *Marianita* (1885) y *El ideal de una esposa* (1887).

Fué además autor de una pequeña colección de versos, y de tres libros de mérito: *Las mujeres de la independencia; El combate homérico*, o sea, el sacrificio de Prat en 1879; y una reseña histórica de *Las bellas artes en Chile.*

Emilia Reynals no es sino un ensayo, que revela, sin embargo, las especiales cualidades de observador y novelista que distinguían a Grez.

Este no era, sin duda, un discípulo de Fernández y González. Por el contrario, huía de las escenas tétricas. De excelente buen sentido, Grez se propuso en su primera novela no salir de la esfera de lo posible y de lo verosímil.

Podría sí censurarse en *Emilia Reynals* falta de estudio de los caracteres y de las situaciones. No se comprende, por ejemplo, por qué la protagonista desprecia el amor de Víctor Cuesta, joven estimable y de talento, que le es fiel hasta la muerte, y se entusiasma por su primo Pablo, el cual la desaira por una coqueta vulgar, y sólo consiente en casarse con ella a última hora, después que la pobre muchacha le ha dado pruebas de su abnegada pasión.

El hecho no es imposible; pero el autor no lo explica.

El único personaje bien descrito en toda la obra es la madre de Emilia; y la única escena que conmueve es aquella en que esta última se halla en peligro de muerte.

Grez pertenecía a la escuela francesa, que había dado a conocer entre nosotros don Alberto Blest Gana.

La segunda novela compuesta por él, y publicada con el título de *La dote de una joven*, encierra un sentimiento profundo de amargura y desprecio por la sociedad rica de Santiago. Todos los personajes, con excepción de uno solo, pertenecen a la categoría de los criminales. Es verdad que no cometen asesinatos a la luz pública; pero arrebatan honra y hacienda a los incautos que caen en sus manos.

Virginia, protagonista de la obra, es la única noble, la única inocente, la única abnegada. Y la infeliz es bastarda. Despojada por sus parientes de la dote que le dejó su padre, y abandonada por su novio en el mismo día en que iba a celebrarse el matrimonio, no pronuncia una queja, ni lanza una protesta. Comprende en el acto la tristeza de su situación y la cruel perspectiva de su porvenir. Y resuelve meterse monja, no contemplativa, sino de la Caridad, para consagrar todos sus esfuerzos al alivio de los desgraciados.

La dote de una joven es la apoteosis de los hijos nacidos fuera de matrimonio.

La obra resulta falsa. Los bastardos, a las veces, poseen un alma sana y levantada; pero más frecuentemente, por causa de su desventura, y, sobre todo, de la educación que reciben, manifiestan un caracter dañino.

Algunos de los individuos que Grez retrata en esta novela, se hallan bien estudiados y son comunes en nuestra sociedad. Felizmente, no todas las familias cultas se componen de personas indignas.

Grez era un escritor realista, y no temía copiar la naturaleza en sus aspectos más crudos. Puede señalarse

en *La dote de una joven* una escena atrevidísima de esta clase.

Se celebra un baile en casa de doña Esperanza, donde vive asilada la pobre Virginia. Llega la hora del ambigú, y los invitados, señoras, caballeros y jóvenes de ambos sexos, toman asiento al rededor de la mesa.

Clotilde, la hija mayor, la preferida de doña Esperanza, se dirige a Mr. Jacobs, dentista de fama, a quien aprecian, de un modo especial, todos los miembros de la familia, y a quien, naturalmente, han rogado para que asista a la fiesta.

«Tengo una grave inquietud, le dice, me parece que tengo picado este diente, y querría que Ud. lo examinara. Es tal mi preocupación que desde ayer no como nada duro por no quebrarlo.»

—«Mañana, contestó Mr. Jacobs, haremos el reconocimiento. Presumo que nada habrá.»

«¡Mañana!— exclamó ella impaciente— ¡ahora mismo! Quiero dormir tranquila.»

—«No tengo mi lente.»

—¡«Sus ojos ven muy bien!»

«Y, sin esperar la respuesta, se levantó de su asiento. y, acercándose a un gancho de gas que estaba a muy poca altura, echó atrás su cabeza, abrió su boca, y con su afilada uña señaló a Mr. Jacobs el diente averiado.

«Estaba así encantadora, con su hermoso perfil y largas pestañas puestas de relieve, sus blancos dientes y su preciosa garganta descubierta.

«Todos los hombres se agruparon a su alrededor. Los más impertinentes la devoraban con ansiosa mirada.

«El marido miraba también, sonriendo indiferentemen-

te, mientras arrojaba en el platillo de su taza de té la ceniza del cigarro.

«—No veo, no veo—decía Mr. Jacobs, paseando su mirada de la garganta a la boca.

«—¿No ve usted?—insistía ella, sin cambiar de actitud —¡aquí está, aquí está!

«Y todos la miraban, sin mirar el diente.

«Mr. Jacobs vió a toda aquella gente que se agrupaba a su alrededor, y no pudo dominar un movimiento de impaciencia.

«—¡No tiene usted nada!—dijo con seriedad;—y, si tiene algo, mañana lo veremos. ¡Hoy es imposible!»

Algunos críticos juzgarán que este cuadro es impropio de una casa honorable; pero todos se hallarán de acuerdo en que está descrito con la pluma del célebre naturalista Emilio Zola.

Marianita, por desgracia, carece de originalidad. El autor se ha inspirado en el conmovedor asunto de la *Graciela* de Lamartine.

La protagonista de la novela chilena vive en Los Vilos, al lado de su padre viudo y de sus pequeños hermanos.

El señor Albarracín desempeña las funciones de Subdelegado.

Marianita se enamora de un joven de Santiago, Camilo, que pasa sus vacaciones en el puerto, en compañía de un tío suyo, rico hacendado de la comarca.

Los amantes se separan prometiéndose eterna fidelidad.

Camilo vuelve a su casa, olvida su compromiso, e, inducido por su madre, contrae matrimonio con una heredera de gran fortuna.

Esta era tísica, y muere muy pronto, sin dejarle hijos. Camilo, sin embargo, queda con algún caudal.

No había olvidado a Marianita. Cuando intenta reanudar sus amores, la encuentra de novia con un primo de él.

Este obstáculo desaparece como por encanto cuando consigue verla y hablarla de nuevo.

En un estilo sobrio, tierno y sencillo, describe Grez encantadoras escenas de idilio, a la orilla del mar. Es innegable que posee excepcionales dotes de narrador.

Camilo seduce a Marianita, y le jura casarse con ella.

Las influencias de su madre, y, más que todo, la expectativa de un segundo matrimonio, con una joven de su misma condición, le hacen faltar nuevamente a su palabra.

El fin de Marianita es sumamente triste. Se arroja al mar, cuando comprende que Camilo la ha engañado.

En esta novela, el autor presenta algunos pintorescos cuadros de costumbres nacionales.

El retrato de la madre de Camilo está fielmente copiado del natural.

El asunto de *Marianita* encierra tantas inexactitudes como el de la novela de Lamartine.

El ideal de una esposa fué la última novela publicada por Grez. Se halla muy lejos de ser la mejor. Es una obra sentimental, en la cual el interés se concentra en la lucha de las pasiones que se disputan el alma de dos esposos.

La novela pertenece al género romántico, y, como todas las de su clase, ofrece grandes inverosimilitudes.

El realismo del autor se da a conocer por algunos cuadros de costumbres, como el de una orgía en los alrededores de Santiago; pero prevalecen en la obra las escenas íntimas, de carácter sicológico.

Una mujer joven, a los pocos años de casada, sorprende a su marido en flagrante delito de infidelidad.

Hondamente conmovida, se resiste a perdonarle.

En vez de cicatrizar, la herida crece más y más.

Por su parte, el marido vacila entre rogar a su mujer, a quien ama de corazón, o permanecer indiferente, hasta que ella misma manifieste voluntad de aceptar sus excusas.

Trascurren días y meses.

Pasan años enteros, y ella no se doblega.

Este tenaz desvío es causa de nuevas infidelidades del marido.

El único fruto del matrimonio, un pobre niño delgado y raquítico, obliga a la madre a trasladar su residencia a San Bernardo, por consejo de médico.

Esta habría sido la oportunidad de reanudar la vida común. Ambos cónyuges adoran a su hijo.

En vano, el abuelo materno se esfuerza por obtener este resultado. Su hija permanece inflexible.

La muerte del niño junta al rededor del cadáver al marido con la mujer; pero no une sus corazones.

Así termina el libro. El lector, sin embargo, lo cierra con la certidumbre de que pronto llegarán al desamparado hogar el perdón y la reconciliación.

Las hermosas cualidades que adornaban a Grez le conquistaron el afecto sincero de numerosos amigos. Al morir, desempeñaba el elevado cargo de Director de la Oficina de Estadística.

Diputado en diversas legislaturas, don Vicente Grez siempre defendió sanas doctrinas de gobierno.

Aunque de menos importancia que los cuatro novelistas anteriores, no sería dable omitir el estudio de algunos otros que en el último tercio del siglo XIX alcanzaron

indisputable nombradía y extraordinaria abundancia de discípulos.

Don Martín Palma, don Liborio E. Brieba y don Ramón Pacheco representan entre nosotros un movimiento literario bien caracterizado, que en la misma época se dejaba sentir con intensidad en España.

Esta corriente dominadora había trascendido a la Península desde los centros cultos de Francia.

«Entre los múltiples elementos que componen la historia del romanticismo en España, escribe el agustino Blanco García (1), ninguno tan poderoso y avasallador como el de las influencias transpirenaicas, ostensibles en todos los géneros literarios, pero verdaderamente fabulosas en la novela. Si aún subsiste, aunque disminuído y vergonzante, el culto idolátrico a esas divinidades del folletín que se llaman E. Sué, A. Dumas, Jorge Sand, Montepin, Feval, Aimard, Ponson du Terrail y Paul de Kock, sólo puede uno formarse idea de lo que fué en días no lejanos, acudiendo a las indicaciones bibliográficas, que en esta parte, y entre traducciones y obras originales, nos dan un contingente muy por encima de toda ponderación. Hubo especialmente un período de exaltaciones y espasmos en que el prestigio de la novela romántica francesa llegó a poseer caracteres de un mal epidémico, de un cólera morbo, que con sus apogeos e intercadencias comenzó hacia el año 36 ó 37, subiendo de punto en los subsiguientes hasta el 45, y descendiendo gradualmente hasta que reaparece en el decenio anterior a la revolución de 1868 más exagerado y más universal que nunca.»

«Pueden designarse, agrega el mismo crítico, como cau-

(1) *La literatura española en el siglo XIX.* Tomo I. Madrid, 1891.

sas de este complicadísimo movimiento, la insaciable sed de lo extraordinario, el menosprecio de la realidad y la afición a las gigantescas tramoyas creadas por la fantasía y al recio y tumultuoso choque de las pasiones. Tanto la novela histórica como la antifrásticamente llamada de costumbres, fueron entonces como vasta urdimbre de lances apurados, abigarradas fisonomías y castillos en el aire, cuyo único objeto consistía en agitar violentamente los nervios, la sangre y la curiosidad. Con tal de que la acción resultara interesante, haciendo asomar las lágrimas a los ojos, todo lo demás era accesorio o inútil, así la consecuencia y verdad en los caracteres, como el análisis íntimo y las perfecciones descriptivas.»

Los novelistas españoles que mejor encarnaron estas tendencias y más imitadores encontraron en nuestro país fueron don Manuel Fernández y González y don Enrique Pérez Escrich.

Ya antes se advirtió que don Valentín Murillo y don Moisés Vargas sufrieron la malsana influencia del primero de los escritores mencionados; pero en realidad sus verdaderos discípulos son Palma, Brieba y Pacheco. Ellos inician entre nosotros la novela por entregas, que dedicaron a la voracidad de la juventud y de las personas de escasa cultura.

En las obras de estos escritores chilenos, como en las de sus maestros españoles, sobresalen tres géneros de novelas: en algunas pretenden halagar el amor patrio resucitando el pasado histórico, o refiriendo en forma pintoresca hazañas militares recientes; en otras su fin manifiesto es el bienestar de las clases populares; y en no pocas, el desprestigio de los dogmas católicos y el de los ministros de la religión.

El inquisidor mayor de don Manuel Bilbao empezó entonces a ganar prosélitos e imitadores.

Don Martín Palma (1) pertenecía a una familia modesta. Su padre era argentino y su madre chilena.

A pesar de la escasez de recursos de sus progenitores, Palma estudió humanidades en el Instituto Nacional y algunos años del curso de leyes en la Universidad.

Nunca adquirió, sin embargo, una gran ilustración. En cambio, alcanzó extraordinaria facilidad para redactar. El estilo de Palma era sencillo y claro, aunque no limpio de incorrecciones.

Antes de consagrarse al cultivo de las letras, intentó ganar dinero, con mal éxito, en los yacimientos auríferos de California.

A su regreso, entró en el periodismo. Fué redactor en jefe de *El Mercurio* de Valparaíso, en el año de 1859.

Sus obras de mayor aliento son sus novelas.

Los secretos del pueblo, que constan de cuatro tomos y de cerca de dos mil quinientas páginas, fueron repartidos en cincuenta entregas, que recibieron entusiasta acogida en toda la extensión del país.

Movieron al autor para componer esta obra sanos propósitos de regeneración social, y, sobre todo, el buen vivir de las clases populares.

En algunas de sus páginas expone y defiende las doctrinas de Proudhon y de otros socialistas franceses.

Por desgracia, la fábula es muy vulgar y completamente inverosímil. El autor refiere la historia de un joven obrero que, gracias a su nobleza de alma y a las raras

---

(1) *Martín Palma y Díaz.*—(Santiago, 1821; † 1884, Santiago).—*Diccionario* de Figueroa.

virtudes que practica, va elevando poco a poco su condición y la de sus parientes, y consigue, por último, contraer matrimonio con una joven de las mejores familias de Santiago.

El retrato del protagonista ha sido descripto con una fantasía propia de *Las mil y una noches* o de las novelas de Fernández y González. Nunca existió entre los artesanos de nuestro país un individuo tan bien dotado por la naturaleza ni de tan irreprochables costumbres.

Las aventuras narradas en esta obra son asimismo inaceptables, desde los puntos de vista de su posibilidad y del colorido local.

Los lectores cultos, con mucho esfuerzo, sólo llegan al fin del primer tomo. Esta novela, de seguro, no será reimpresa, y únicamente en las bibliografías se conservará su título.

La popularidad transitoria del mencionado libro influyó, sin embargo, para que el autor escribiera un epílogo, o continuación, que llamó *La felicidad en el matrimonio.*

Causan interés en la nueva obra algunas descripciones de la vida del campo, y principalmente los cuadros que ofrece de la miserable existencia llevada por nuestros *inquilinos.* Son asimismo dignos de elogio los proyectos que el autor concibe para levantar el espíritu de éstos e inducirles a educar bien a sus hijos.

Como en la obra principal, los lances de la novela no son sino el fruto mezquino de una escasa imaginación.

Todos los personajes que Palma pone en escena representan seres ideales, que sólo obran a impulsos del bien y no conciben otro fin que la felicidad de los demás. De igual modo que algunas de Pérez Escrich, la novela se convierte en un tratado de piedad cristiana.

Don Martín Palma publicó años después, en 1874, su última obra, *Los misterios del confesonario.* Esta es una pesada diatriba contra el clero chileno, contra sus procedimientos para asegurarse el predominio en la sociedad, y, principalmente, contra el abuso del confesonario.

Los personajes en quienes encarna el autor los crímenes que atribuye a los eclesiásticos de nuestro país son el clérigo Larrañaga, rector del Seminario Conciliar de Santiago, o sea, don Joaquín Larraín Gandarillas, y el capellán de la Iglesia de la Compañía, don Juan Ugarteche, a cuyo apellido verdadero agrega una última sílaba para disfrazarlo.

Larrañaga y Ugarteche se conciertan a fin de conseguir el matrimonio de un alumno del Seminario, tartufo y corrompido, con una rica heredera. Para obtener este objeto, no vacilan en ejecutar toda clase de intrigas y de maldades. Estimulan a los criados en el espionaje de sus patrones; aconsejan la calumnia como medio eficaz de vencer a un galán tímido: se sirven de la confesión con el objeto de ganar la voluntad de la joven; y, a pesar de que conocen muy bien las pésimas cualidades del novio, concluyen por darle la bendición nupcial.

No es esto solo. El novelista aparenta creer en la existencia de mazmorras ocultas en la casa del Seminario, dentro de las cuales el rector mantiene enjaulados a los reos impenitentes.

Larrañaga aparece como hombre hábil y extraordinariamente astuto, mucho más peligroso, por cierto, que el ingenuo y bonachón Ugarteche, quien, sin embargo, no carece de insidia y premeditación. Palma acumula en contra de este último todos los hechos punibles que ha recogido la leyenda. *El buzón de la Virgen,* en que las almas de-

votas, a instigación suya, depositaban lastimeras cartas de ruego a la reina del cielo, a efecto de que aliviara sus dolores, le da tema para muchas páginas del libro.

El incendio de la Iglesia de la Compañía en 1863, demás está decirlo, resulta causado por el fanatismo del capellán Ugarte.

La novela no encierra mérito literario de ninguna clase; y sus falsedades y artificios producen hastío en el ánimo del lector.

Aun cuando don Daniel Barros Grez fué un literato de más alto vuelo, y considerablemente más instruído que Palma, sus *Pipiolos y Pelucones* hacen recordar algunos de los capítulos de la obra analizada.

El fondo de verdad que alcanza a descubrirse en *Los misterios del confesonario*, y que habría podido servir de asunto a un cuadro realista de la sociedad de entonces, pierde toda importancia ahogado en un mar de mil seiscientas páginas de intransigente sectarismo.

A pesar de estos graves defectos, la obra encontró admiradores entre los protestantes de Londres, donde fué traducida al inglés *in extenso*, en 1888.

Don Liborio E. Brieba (1) es un escritor de muy diversa índole que Palma.

Hijo asimismo de padres de escasa fortuna, se educó en la Escuela Normal de Preceptores de Santiago. Parecía destinado a consagrar su vida al modesto cargo de pedagogo.

Sus aventajadas condiciones de talento y de carácter le

---

(1) Liborio Brieba y Pacheco.—(Santiago, 1841; † 1897, Valparaíso).—*Diccionario* de Figueroa.

abrieron, sin embargo, desde temprano horizontes más amplios. A los pocos años de percibir su diploma, el Gobierno le confió el cargo de visitador de escuelas.

Brieba no se resignó a permanecer obscuro en el servicio de la enseñanza primaria; y, sintiéndose con inspiración y aptitudes para el cultivo de las letras, anheló la gloria del escritor.

Era esta la época en que don Martín Palma había lanzado a la publicidad sus entregas de *Los secretos del pueblo*, y con ellas ganado nombre y fortuna.

Brieba concibió varios planes que creía felices, y se lanzó a la palestra compitiendo con aquel esforzado luchador.

La única novela interesante compuesta por él son *Los Talaveras*, dada a la estampa en 1871.

El buen éxito de esta obra fué rápido. Sus entregas, compradas tan luego salían a luz, eran leídas con entusiasmo.

El autor eligió como cuadro el gobierno del Capitán General don Mariano Osorio, que él había estudiado en la obra de Barros Arana *Historia General de la Independencia;* pero el tema en que concentró todo el interés del drama son los atropellos y violencias de los soldados españoles del batallón de Talavera contra los vecinos de Santiago.

Esta novela le creó a Brieba una envidiable reputación, e influyó para que siguiera estudiando el mismo asunto.

En 1875, publicó *El Capitán San Bruno*, o *el escarmiento de los Talaveras*, en tres tomos, los cuales sumaban más de 1,200 páginas.

El relato, que había empezado con la heroica defensa de Rancagua por O'Higgins, en los primeros días de Oc-

tubre de 1814, terminaba con el triunfo de Chacabuco, y el fusilamiento de San Bruno, aborrecido Capitán del batallón realista.

Un cuarto de siglo más tarde describía Blest Gana los mismos sucesos en su hermosa obra *Durante la reconquista*. Ambos novelistas creyeron que ésta era la más conmovedora de las tragedias de nuestra vida de nación.

Entre la novela de Blest Gana y la de Brieba no hay otra semejanza que la señalada. Los personajes y las aventuras de la parte fantástica son completamente diversos en una y otra obra. Los hechos históricos han sido respetados por uno y otro autor.

Blest Gana, con el pleno conocimiento de su responsabilidad, estudió a fondo los acontecimientos de la época, a fin de dar exacto colorido a los lances que refiere. Sus personajes parecen reales, y, en general, piensan y obran inspirados en las ideas y sentimientos de aquellos luctuosos años.

Por la inversa, con la excepción de los hechos públicos y muy conocidos, como la batalla de Rancagua y la fuga de los patriotas a Mendoza, la matanza de los presos en la cárcel de Santiago, dirigida por San Bruno, los sufrimientos de los chilenos desterrados en Juan Fernández, las hazañas de Manuel Rodríguez, y la batalla de Chacabuco, que narra con relativa veracidad, el autor de *Los Talaveras* no siente escrúpulos para inventar numerosas aventuras reñidas con el espíritu de aquel tiempo, y para poner en escena a personajes imaginarios, cuyos actos heroicos no podrían atribuirse sin menosprecio del buen sentido a seres de carne y hueso.

Se comprende que tales hazañas, de ordinario dirigidas por chilenos contra soldados realistas, hayan despertado

gran interés en los lectores jóvenes; pero, al mismo tiempo, se explica que, después de los primeros entusiasmos, esta grosera falsificación de la historia, haya recibido severas críticas del público imparcial.

La popularidad de *Los Talaveras* no tiene por única base el intencionado arte con que el autor despierta la noble pasión del patriotismo. Debe confesarse que Brieba poseía habilidad para manejar el diálogo, mover a los personajes, disfrazar hechos absurdos y hacerlos admitir como posibles. A fuer de buen discípulo de Dumas padre, narra con facilidad y elegancia; e introduce insensiblemente a sus lectores, sin que experimenten extrañeza, en un mundo imaginario, que por cierto está muy lejos del mundo en que vivimos.

Los Talaveras hacen revivir a *Los Tres Mosqueteros.*

Después del primer tomo de su principal obra, en el año de 1872, Brieba dió a luz *Las Camisas de Lucifer*; y en 1876, *Un Profesor de Crímenes.*

Estas dos novelitas carecen de mérito. Los lances que presentan son completamente inverosímiles. Parecen escritas sin estudio previo, con la esperanza de aprovechar la fama alcanzada por *Los Talaveras.* En ellas, Brieba imita las peores obras de Fernández y González.

Don Liborio E. Brieba fué también periodista: en Santiago redactó *Las Novedades*, y en Valparaíso *La Prensa.*

En 1891 el Presidente Balmaceda le nombró Inspector General de Instrucción Primaria.

Brieba no solo dedicó sus esfuerzos a las tareas literarias y a las de la enseñanza, sino también a las empresas de la industria. Por su iniciativa se construyeron los primeros ascensores mecánicos en los cerros de Valparaíso. Contribuyó, además, a organizar las sociedades fundado-

ras de algunas poblaciones, como la de Villa Alemana en Limache.

Habría sido un buen novelista si hubiera consagrado más tiempo a la composición de sus trabajos.

Pacheco (1), por último, fué discípulo de Brieba. Nacido en modesta cuna, se educó como seise en la Catedral de Santiago.

Más tarde, fué instruído en la práctica de las matemáticas por el periodista don Mauricio Cristi. Con el auxilio de estos conocimientos, pudo ganarse la vida por algún tiempo, ya como maestro de contabilidad, ya como empleado en casas de comercio.

Colaboró en la novela titulada *Los Talaveras*, de su pariente y amigo don Liborio Brieba, y desde entonces concibió el proyecto de escribir algunas obras del mismo género.

En 1874, publicó en Santiago una novela por entregas: *El puñal y la sotana, o las víctimas de una venganza.*

Aunque de este libro se han impreso varias ediciones, justo es declarar que no merece elogio alguno. Redactado en pésimo lenguaje, se compone de una serie de aventuras inverosímiles, que no son sino el trasunto de malas novelas españolas.

Pacheco, el antiguo seise, parece haberse inspirado, al escribir su obra, en los sentimientos de antipatía y odio que muchos espíritus vulgares alimentan en contra del clero.

El subterráneo de los jesuítas es la más conocida de sus novelas. Toda ella está encaminada a combatir la orden

---

(1) Ramón Pacheco.—(Santiago, 1845; † 1888, Santiago).—*Diccionario* de Figueroa.

fundada por Loyola, presentándola como una compañía de hombres intrigantes, preñados de codicia y ambición, siempre dispuestos a cometer terribles crímenes para conseguir sus propósitos.

El título está justificado por la supuesta existencia de unas galerías subterráneas que el autor asegura construídas por los religiosos de San Ignacio, en la ciudad de Santiago, con el objeto de ocultarse en ellas o de celebrar misteriosas reuniones. Estos sótanos se hallaban ramificados en una gran extensión, y comunicaban los diferentes colegios de la orden.

Los lances e intrigas inventados por Pacheco son completamente absurdos. No se explica la popularidad de este libro sino por la baja condición de los suscritores que se arrebataban sus entregas.

Durante la guerra que sostuvo nuestro país en 1879 y 80 contra el Perú y Bolivia, Pacheco prestó valiosos servicios a los soldados chilenos, en Antofagasta y en Tarapacá.

Posteriormente, publicó varias novelas de carácter patriótico, de las cuales las más populares son: *La generala Buendía* y *Los héroes del Pacífico.*

Ninguna de estas obras proporciona a las letras chilenas motivos de legítima satisfacción. Pacheco carecia de una base sólida de conocimientos; y mal habría podido escribir una buena novela quien ignoraba las reglas elementales del idioma y de la literatura.

Dotado, por lo demás, de pésimo gusto, se complació siempre en referir escenas de horror y de violencia, que despertaban curiosidad malsana, y no elevado interés, en sus lectores. Los personajes que retrata son verdaderos maniquíes, sin personalidad, ni carácter.

En sus estudios sobre la Guerra del Pacífico, hay algunas páginas inspiradas por el patriotismo. ¡Qué ellas le valgan de defensa cuando el autor sea juzgado en definitiva!

En *Las hijas de la noche*, después de tantos otros, Pacheco pretendió rehabilitar a la mujer que cae, acusando a la sociedad, y principalmente al hombre, de la corrupción de aquellas desgraciadas.

La tesis no era nueva; y los cuadros de orgía y de disolución descritos en la obra se hallaban lejos de ofrecer el colorido propio de nuestras costumbres nacionales.

Don Ramón Pacheco poseía sin duda inteligencia natural; pero carecía de ilustración, y en sus novelas había muy poco estudio.

XXIII

Escuela literaria formada en los colegios eclesiásticos.—Establecimiento de la Congregación de los SS. CC. y restauración de la Orden de San Ignacio.—Reformas introducidas en el Seminario Conciliar.—"La Estrella de Chile".—Ojeada sobre esta revista.—Algunos de sus colaboradores: Solar, Ballesteros, Gumucio, Morla, Muñoz Donoso, Vergara Antúnez, Vicente y Carlos Aguirre Vargas, Mandiola, Prieto del Río y Espiñeira.

Desde que tomó posesión del gobierno de la arquidiócesis de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso se preocupó en dar vigoroso impulso a la enseñanza de la juventud que estudiaba en el Seminario Conciliar.

Aun cuando creía que este plantel «debía tener por objeto servir exclusivamente para la educación de los eclesiásticos», al lado del curso de teología, organizó en

debida forma el de humanidades, en el cual dió cabida a los alumnos de corta edad, inhábiles aun para formar juicio sobre la carrera que debían seguir (1).

Al cabo de pocos años, el Arzobispo Valdivieso eligió como Rector del establecimiento al ilustrado y hábil sacerdote don Joaquín Larraín Gandarillas, quien ejerció estas funciones desde 1852 hasta 1878.

El Seminario no tenía casa propia. El Arzobispo consiguió que el Gobierno diera la suma de dinero necesaria para adquirir una espléndida propiedad en las riberas del Mapocho. Allí construyó el actual edificio, y, a principios de 1857, instaló las clases del colegio.

El rectorado del señor Larraín Gandarillas marca el apogeo del establecimiento. Las numerosas relaciones de amistad y el prestigio social de este sacerdote explican el aumento extraordinario de los alumnos que acudieron, año a año, a matricularse en él.

Durante el arzobispado del señor Valdivieso se fundaron en Santiago otras dos casas de educación, que tuvieron grande influencia en la política y en las letras.

La primera de ellas fué la que estableció la Congregación de los Sagrados Corazones en la Alameda, hoy llamada Avenida de las Delicias; la cual abrió sus aulas en el año de 1849. Durante siete decenios ha enseñado a millares de jóvenes de la primera sociedad.

La segunda de las casas mencionadas ha sido la de San Ignacio, que dió principio a sus tareas, en el mismo sitio donde actualmente se halla, a 1.º de Mayo de 1856.

Expulsada en 1767, la Compañía de Jesús pensó en

---

(1) Rodolfo Vergara Antúnez, *Vida y Obras de Don Rafael Valentín Valdivieso*. Tomo 1.º, página 119.

volver a Chile, después de restablecida por Pío VII, en 1842. Fracasó entonces esta tentativa; pero en 1848, algunos religiosos de ella se vieron obligados a buscar asilo en nuestro país, huyendo de la tiranía de Rosas en la República Argentina.

Tampoco consiguieron que fuera reconocida la personalidad jurídica de la Orden; pero, en cambio, tuvieron la satisfacción de que algunos acaudalados y respetables vecinos de Santiago reunieran fondos suficientes para edificarles en terreno comprado con tal objeto una extensa y cómoda casa para la enseñanza de los jóvenes chilenos.

Debieron este feliz éxito a la decidida protección del Arzobispo Valdivieso, quien empezó en 1850 por darles alojamiento en Santiago, en un hospicio que había hecho construir para refugio de sacerdotes pobres, y terminó por aconsejarles la fundación de un colegio en esta ciudad (1).

Desde entonces, y durante más de medio siglo, la Compañía de Jesús ha ejercido una acción poderosa e incontestable, por los mismos procedimientos de la época colonial, o sean, la predicación, el confesonario y la cátedra, en nuestras clases altas (2).

---

(1) Rafael Pérez, *La Compañía de Jesús restaurada en la República Argentina y Chile, el Uruguay y el Brasil.* Barcelona 1901.

(2) Según testimonio del padre Rafael Pérez, en su obra antedicha, la Compañía se vió en 1859 en grave peligro de ser expulsada nuevamente de nuestro país. Con motivo de la revolución que entonces estalló contra el Gobierno de don Manuel Montt, el Ministro del Interior don Jerónimo Urmeneta redactó un decreto «según el cual todos los jesuítas debían salir de la República en el espacio de cuarenta días». El Padre Pérez refiere que el Presidente Montt se negó a aprobar esta gravísima medida; y agrega que, en desagravio de la Orden, nombró

El colegio de San Ignacio, de igual suerte que el de los SS. CC., se ha visto siempre poblado por crecido número de estudiantes, hijos de la aristocracia de la ciudad.

A la influencia de ambos planteles se debe en gran parte la evolución que, al poco tiempo de fundados, empezaron a manifestar los políticos conservadores en la prensa y en el parlamento.

Oligarcas por tradición y por principios, los antiguos *pelucones* eran ardientes partidarios de las regalías del Gobierno, fomentaban con empeño y generosidad la enseñanza del Estado, y jamás habrían consentido en ceder, ni en un ápice, a un poder extraño, aun cuando fuera el del Sumo Pontífice, los privilegios y facultades propios de la soberanía.

Por la inversa, el actual Partido Conservador ha desautorizado de una manera solemne y definitiva los derechos del patronato, combate francamente, y en todas las ocasiones que se presentan, el ensanche de la acción educadora de los poderes públicos, y pospone sin vacilación los intereses de la comunidad a los especiales de la iglesia cuando juzga que los unos se oponen a los otros.

De la mayor importancia sería el estudio tranquilo e imparcial de la educación dirigida por los maestros de San Ignacio y de los S.S. C.C. El examen, verbigracia, de las obras literarias compuestas por sus alumnos permitiría deducir con exactitud el espíritu de las lecciones recibidas.

---

inmediatamente miembro honorario de la Facultad de Teología, a propuesta de ella, al religioso jesuíta don Bernardo Parés. (Páginas 746 y 747 del libro sobre *La Compañía de Jesús Restaurada*).

Felizmente existe una publicación que por más de diez años fué el órgano autorizado de los mejores discípulos de aquellos religiosos, y, por tanto, traductor genuino de las teorías enseñadas en sus colegios.

Esta publicación es el periódico *La Estrella de Chile*, que apareció por primera vez en Santiago a 6 de octubre de 1867.

No corresponde en el presente *Bosquejo* analizar sus diez y seis tomos, sino, a lo más, dar a conocer, en ligero cuadro, a los autores y la producción intelectual que esos tomos encierran.

A los historiadores políticos, en cambio, toca la interesante tarea de estudiar dicha producción a la luz de las doctrinas.

El carácter religioso de la mencionada revista consta desde su primera página. Los fundadores de ella estamparon en el prospecto la declaración que sigue:

«Sean cuales fueren nuestras tareas, caminaremos siempre a la sombra de nuestra bandera, la bandera católica. Su ley es nuestra ley, su doctrina nuestra doctrina, su civilización nuestra civilización, su destino será nuestro destino: a su sombra nacimos y a su sombra moriremos, combatiendo por el bien y contra el mal.»

La Estrella de Chile no sólo estaba destinada a ofrecer un cariñoso campo de ejercicio a los jóvenes que querían dedicarse a las letras, sino que además aspiraba a servir de baluarte en defensa de las doctrinas ortodoxas. Era otra *Revista Católica*, redactada por alumnos recién salidos de las aulas.

Para comprobar este aserto, basta recorrer cualquiera de los tomos de aquel periódico. En el primero de ellos, verbigracia, aparecen los siguientes artículos, cuyos títu-

los no dejan lugar a duda: *El Congreso de Malinas*, *La revelación y la ciencia experimental*, *Los hermanos de las escuelas cristianas*, *Pío IX*, *El ejército pontificio*, *Las obras del protestantismo y las del catolicismo*, *Las usurpaciones del rey de Italia*, *La obra del Cristo*, *El dinero de San Pedro*.

Entre los colaboradores de este tomo, sobresalen tres de los discípulos que mayor inteligencia habían descubierto en los últimos cursos dirigidos por los padres jesuítas: don Enrique del Solar, de 23 años; don Máximo R. Lira, de 22; y don Carlos Walker Martínez, de 26.

A estos noveles escritores es justo agregar otros tres, de igual suerte talentosos y llamados a un brillante porvenir: don Manuel Egidio Ballesteros, de 23 años, educado en el Seminario Conciliar de Santiago; don Zorobabel Rodríguez, de 28, alumno de los Sagrados Corazones de Valparaíso y del Colegio de San Luis de Santiago; y don Abdón Cifuentes, de 30 años, que había estudiado humanidades en el Liceo de San Felipe y en el Instituto Nacional.

El futuro periodista don Pedro A. Pérez, alumno del Seminario de Santiago, joven entonces de 17 años, inició también por la misma época su carrera literaria en las páginas de *La Estrella*.

A los alumnos de los jesuítas se agregaron, como se ve, los de los colegios sostenidos por la Congregación de los Sagrados Corazones y los del Seminario. Figuraron, asimismo, en *La Estrella de Chile* algunos jóvenes del Instituto Nacional, de filiación conservadora; pero en corto número.

Don Enrique del Solar (1) era hijo de la primera poe-

(1) ENRIQUE DEL SOLAR Y MARÍN.—(Santiago, 1844: † 1893, Los Andes).

tisa que se distinguió en nuestro país, la respetable matrona doña Mercedes Marín del Solar.

Fiel a las tradiciones de estudio y de cultura conservadas en el hogar de su familia, no se consideró satisfecho con terminar sus humanidades, sino que siguió en la Universidad el curso de leyes, hasta que alcanzó el título de abogado.

Desde muy joven, dedicó muchas horas de su vida al cultivo de las letras; y, como su madre, cantó las delicias que ofrece el campo, la virtud, el amor a la familia, los primeros sentimientos de pasión que brotan en el alma de los jóvenes, la fe religiosa.

La musa que le inspiraba no era arrebatada, ni fantástica. Como sus compañeros de San Ignacio, prefería la obra poética de los españoles del siglo de oro a la de los franceses de nuestros días. No puede haber duda de que estas inclinaciones le habían sido dictadas por sus maestros.

Cuando tomaba por modelo a un gran poeta europeo, se decidía por Lamartine antes que por Hugo.

Hé aquí una hermosa y delicada traducción de aquel vate, compuesta en 1869:

LA MARIPOSA

(De Lamartine)

Nacer con la primavera
Y fenecer con las rosas,
Volar, en alas del céfiro,
Por iluminada atmósfera;

Balanceada sobre el cáliz
De la flor encantadora
Que abre apenas, embriagarse
En beldad, fulgor y aromas;

Joven aun, de sus alas
Sacudiendo el polvo, airosa
Ascender, cual blando soplo,
A las eternales bóvedas;

Esa es tu mágica suerte,
Encantada mariposa;
¡Así son nuestros deseos
Que inconstantes van y tornan!

Así, nunca satisfechos,
Cuanto hay hermoso desfloran
Y al cielo se alzan buscando
El placer que no se agota.

Don Enrique del Solar fué uno de los colaboradores más fecundos de *La Estrella*. No sólo insertó en sus números copiosa colección de versos sino también una larga serie de interesantes estudios de crítica. De preferencia se ocupó en analizar a los poetas, antiguos y modernos, americanos y europeos. Don Carlos Walker Martínez, don Felipe Pardo y Aliaga, don Martín José Lira, Calderón de la Barca, Meléndez, Campoamor, Francisco de la Rioja, don Juan María Gutiérrez, Jorge Isaacs, doña Gertrúdis Gómez de Avellaneda, Lope de Vega, Arcesio Escobar, Carlos Morla Vicuña, Shakespeare, Cervantes, Gustavo Adolfo Bécquer, don Manuel José Quintana, don

José Antonio Calcaño y don José Antonio Soffia obtuvieron de su pluma merecidos análisis y elogios.

No era Solar uno de esos críticos de mirada profunda, capaces de sintetizar una época en pocas páginas, ni de marcar rumbos imprevistos a los escritores de las nuevas generaciones; pero, en cambio, su perfecto buen sentido y su alma generosa sabían discernir lo bueno de lo malo, y sabían comprender los atrevidos alcances de un espíritu superior.

En la misma *Estrella* publicó la traducción en prosa castellana de algunos trozos del *infierno* de la *Divina Comedia*. Lo mejor que puede decirse en alabanza de Solar es que el estilo vigoroso empleado por él en este ensayo produce la misma impresión de terror que infunde el original. De desear habría sido que nuestro compatriota no se hubiera limitado a trasladar los cantos aludidos.

El entusiasmo que sentía por la poesía clásica española se trasparenta en su leyenda en verso *Una historia de antaño*, que, premiada en un certamen, publicó *La Estrella* en 1875.

El argumento, como muy bien lo observan los jurados, tiene muy estrecho parentesco con el del Tenorio; pero ni los caracteres, ni los lances de la fábula presentan el desenfreno y la intensidad de vida que caracterizan al mencionado drama, en todas las literaturas.

La musa de Solar huía del romanticismo para beber en la tranquila fuente de fray Luis de León.

Una historia de antaño no ofrece colorido local, y tiene poco valor. El hecho cantado ocurre en Santiago, durante el gobierno de don Gabriel Cano de Aponte.

El autor compuso además una hermosa colección de

leyendas y tradiciones en prosa, que dió sucesivamente a luz en tres tomos, de 1875 a 1882.

El estilo de Solar se distingue por la claridad y la sencillez; y su lenguaje es correctísimo. Al leer las producciones de su pluma, en el acto se comprende que le son familiares los buenos hablistas de la lengua castellana.

Algunas de sus tradiciones interesan y conmueven. *El niño patriota*, en el cual refiere un episodio de la revolución de la independencia en Venezuela, parece escrito por Edmundo de Amicis. *Don Lorenzo de Moraga el emplazado* ofrece algunos cuadros que evocan la verdadera época colonial de Chile.

Por la inversa, en otras tradiciones no tiene escrúpulos para falsificar la historia. En *Una aventura de Ercilla* inventa rivalidad de amores entre Hurtado de Mendoza y el autor de *La Araucana*, y justifica así la sentencia de muerte que dictó don García contra el egregio vate.

Es verdad que en el prólogo de su obra, Solar pone en guardia al lector, y le advierte que, aunque sus narraciones siempre tienen por base un hecho cierto, obedecen, en lo demás, a la libre fantasía. Pero la crítica no puede llevar su condescendencia hasta admitir que se desfiguren por completo sucesos notorios. Así, en *Las dos huérfanas*, el autor hace aparecer a la hija natural del autor del *Quijote*, Isabel de Saavedra, como monja del monasterio de las Trinitarias de Madrid, siendo muy sabido que ella casó dos veces, que era iletrada, y que su padre la miraba en tan poco que por mucho tiempo se sirvió de sus manos para los oficios más humildes de la casa.

Solar había recogido esta noticia de la obra dada a la estampa por el marqués de Molins en 1870 con el título de *La sepultura de Miguel de Cervantes*.

Otros defectos graves saltan a la vista en las *Leyendas y Tradiciones.*

A menudo el autor se extiende con exceso en descripciones del campo o en diálogos amorosos, produciendo así fatiga en el ánimo del que lee, con mengua del interés que podría despertar la fábula.

¡A tales extremos le arrastra su facilidad para redactar!

Su fervor religioso le indujo a las veces a componer leyendas ingenuas, como *La fe del carbonero*, o completamente inverosímiles, como *El bautismo de un cacique.*

A pesar de todo, Solar reveló en las *Las leyendas y tradiciones* altas cualidades de novelista; y la mejor prueba de ello es el brillante éxito que alcanzó en el extranjero. Sus *Tradiciones* fueron reproducidas en la prensa literaria del Perú.

Se explica, pues, que él haya intentado escribir obras de mayor importancia en este género. A su culta pluma se deben la novela premiada en el certámen de 1886 abierto por *La Unión* de Valparaíso, con el título de *Dos hermanos*, y la que bautizó con el nombre de *Antonio*, inserta en la *Revista de Artes y Letras.*

En la primera, falta un estudio detenido del carácter de los personajes. Esto influye para que la intriga aparezca como inverosímil.

De los dos hermanos, el uno es representado con todas las dotes que caracterizan a los hombres de alma sana, y el otro con todas las tendencias y vicios que constituyen a los réprobos. Debe confesarse que ésta es una sicología demasiado simple.

Isabel ama a Gabriel, el hermano bueno. El otro trata de seducirla y desprestigiarla, tan luego como se convence

de que ella jamás consentirá en casarse con él. Sólo consigue hacerla perder la razón y la vida.

Los hermanos concluyen por reconciliarse y mueren en la guerra del Pacífico.

En *Antonio*, el autor incurre en el defecto de extenderse en interminables digresiones que no guardan estrecha relación con el asunto principal. Así, la vida de los padres del protagonista ocupa cincuenta largas páginas, después de más de veinte consagradas al prólogo de la obra. Cuando entra en materia, Solar ha agotado la paciencia de los lectores.

Las escenas en que retrata a la alta sociedad de Santiago, aun cuando no siempre desprovistas de interés, pecan por difusas. Algunas de ellas describen situaciones bien observadas. Habría ganado mucho la obra si la intriga hubiera sido concentrada en menor número de páginas.

Las hadas del Andalién, que el autor publicó en la *Revista de Artes y Letras*, no era una novela, como juiciosamente lo observa un crítico contemporáneo (1), sino una leyenda.

Don Enrique del Solar, en cuya cuna las hadas de Santiago habían depositado todos los dones que pueden hacer la felicidad de una vida, murió pobre, triste y olvidado, en el desempeño de humildes funciones judiciales.

Don Manuel Egidio Ballesteros (2), como se ha advertido, perteneció al núcleo de los fundadores de *La Estrella*.

---

(1) Don Luis Covarrubias.

(2) Manuel Egidio Ballesteros y Ríos Egaña.—(Santiago, 1844; † 1914, Santiago).—*Diccionario* de Figueroa; y *Bibliografía General* de Vaïsse.

Empapado en las creencias religiosas adquiridas en el Seminario, él era entonces un conservador de corazón. Los artículos que publicó en los dos primeros años de aquel periódico lo demuestran así. Llevan su firma las disertaciones que se intitulan *Religión y democracia*, *El Pontífice-Rey*, *La verdadera democracia*, *Seminario de San Pelayo*.

Cuando públicó este último trabajo, Ballesteros ejercía las funciones de rector del liceo de Talca. De allí se le trasladó a las oficinas del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

En 1875 empezó su carrera judicial, que terminó en 1891, como Ministro de la Corte Suprema de Justicia.

Su obra más importante son sus comentarios a la *Ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales de Chile*. Compuso también un proyecto de *Código de Procedimiento Penal*, premiado en un concurso abierto por el Gobierno.

El señor Ballesteros había sido ferviente partidario de la política de don José Manuel Balmaceda, a quien le ligaban lazos de afecto y de parentesco.

En sus últimos años, se afilió al radicalismo, y adquirió una posición notable en el Parlamento y en el Foro.

Entre los años de 1868 y 1869 aumentaron el cuerpo de redactores de *La Estrella* seis nuevos jóvenes que, educados en San Ignacio o en el Seminario, se hallaban destinados a adquirir un nombre en la iglesia, en el periodismo, en la diplomacia o en el Parlamento: don Ventura Blanco Viel, don Rafael B. Gumucio, don Raimundo Larraín Covarrubias, don Carlos Morla Vicuña, don Esteban Muñoz Donoso y don Rodolfo Vergara Antúnez.

El señor Gumucio (1) era hijo de un caballero boliviano y de una señora chilena. Fué aventajado alumno del Seminario de Santiago.

Más que las de un humanista poseía las dotes del escritor político. En *La Estrella* ejercitó con brillo su valiente pluma, que debía esgrimir sin descanso en la madurez de la vida, contra el Estado docente y contra las regalías del Gobierno.

Sus artículos se hallan redactados en un lenguaje claro y correcto.

Don Carlos Morla Vicuña (2), como don Enrique del Solar, había sido aprovechado discípulo de los padres jesuítas.

Durante toda su vida les conservó entrañable afecto y reconocimiento. Cuando ya estaba fuera del país, y ejercía el cargo de Secretario de la Legación de Chile en Washington, en carta dirigida a un íntimo amigo suyo de Chile, se expresaba en estos términos sobre la orden de San Ignacio:

«Aquí (Estados Unidos), le decía, no hay historiadores que malgasten su tiempo investigando cuantas propiedades tuvieron los jesuítas ahora un siglo, para formalizar un cargo de ambición sórdida y voraz contra la orden; pero hay en cambio innumerables y prominentes personas que, en libros, revistas, diarios, asambleas nacionales y *meetings* populares, encomian y enseñan a apreciar la actividad e inteligencia de una institución que multiplica

---

(1) Rafael B. Gumucio y Larraín. (Cochabamba, 1849; † 1908, Santiago).—*Diccionario* de Figueroa.

(2) Carlos Morla Vicuña.—(Santiago, 1846; † 1901. Búffalo, Estados Unidos).—*Diccionario* de Figueroa.

sus fundaciones en beneficio del culto y la moral pública, y de la educación de la juventud.»

«Uno, le agrega más adelante, que ha vivido con ellos diez años, y que ha asistido de cerca a la existencia pobre e inmolada que llevan, encerrados entre cuatro paredes, sin más menaje que una mesa, un estante de libros y una cama, y sin más regalo que un frugal puchero, y un breve sueño, se pregunta: ¿con qué misterioso objeto amarán riquezas estos hombres que no han de usarlas en su propio provecho, ni tienen en perspectiva trasmitirlas a sus herederos? (1)».

Si Morla Vicuña se hubiera quedado en Chile indudablemente habría pertenecido al partido conservador. Así lo manifiesta el discurso que pronunció en la Sociedad de Amigos del País, a fines de 1868, en el cual defendió la *inmigración católica*, «porque, son sus palabras, la unidad religiosa de un pueblo es un elem ento de fuerza y prosperidad»; y la *libertad de enseñanza*, «porque el monopolio universitario no se armoniza, es una planta exótica en nuestras instituciones republicanas (2).»

Las doctrinas aprendidas en San Ignacio habían arraigado de una manera muy honda en su alma.

El trabajo más serio publicado por él en *La Estrella* es un libro sobre la *Isla de Juan Fernández.*

Morla Vicuña estudió este tema con cariño, a la luz de los materiales impresos de que pudo disponer. Sin haber conocido los documentos que guardan los archivos españoles, nada de nuevo ofreció a la curiosidad de los erudi-

---

(1) Artículo de don Enrique del Solar, publicado en *La Estrella de Chile*, de 21 de Enero de 1872.

(2) *La Estrella de Chile*, de 27 de Diciembre de 1868.

tos; pero su obra, justo es dejar testimonio de ello, fué utilísima para la generalidad de los lectores (1).

En este trabajo, el aventajado alumno de San Ignacio manifestó dotes de buen investigador; las cuales recibieron espléndida confirmación cuando, después de su muerte, el Gobierno de Chile dió a la publicidad su *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego*, que había empezado a componer por encargo del mismo Gobierno.

En este caso, la obra de Morla Vicuña descansaba en sólidos fundamentos, cuales eran las piezas auténticas recogidas por él en concienzudo registro de los archivos europeos, principalmente españoles.

Por desgracia, el trabajo se hallaba inconcluso.

Uno de los defectos graves de nuestro compatriota era el desorden en que mantenia sus papeles; y otro su falta extraordinaria de constancia para realizar los proyectos que concebía. A esto debe atribuirse el extraño fenómeno de que no haya dejado ningún libro que dé exacta medida de su notoria inteligencia.

Como poeta, Morla Vicuña compuso muy pocas obras originales; pero, en cambio, se dedicó con entusiasmo a traducir, en verso castellano, del inglés y del alemán, algunos poemas de gran valor artístico.

De Longfellow, el egregio poeta de Estados Unidos, transladó a nuestro idioma *Evangelina*, que publicó en 1871, en Nueva York, y *La máscara de Pandora*, inserta

(1) Posteriormente, en 1883, Vicuña Mackenna, que era primo en segundo grado de Morla Vicuña, dió a la estampa un extenso libro acerca del mismo asunto. Pero el estudio más completo y que proyecta mayor claridad sobre la historia de la isla de Róbinson Crusoe, es el de don José Toribio Medina, impreso en Santiago en 1918.

en la *Revista Chilena,* en 1875; de Tennyson, el laureado vate inglés, *Enoc Arden (Revista de Artes y Letras* 1885*),* y *Tomás Becket* (la misma revista, 1885); y de Félix Dahn, notable escritor de Alemania, *Rolandin.* Esta última traducción sólo vió la luz en 1913. en los *Anales de la Universidad de Chile.*

Además, ha dejado inéditos largos trozos del *Fausto* de Gœthe, en nuestro propio idioma.

La mejor de estas traducciones es sin disputa la de *Evangelina,* que es la obra de sus años juveniles.

La estrofa escogida por Morla Vicuña fué la octava real.

Don Enrique del Solar, querido compañero de colegio del traductor, en alabanza de éste (1) cita las estrofas que siguen, en las cuales se describen las sencillas costumbres de Acadia, en la América del Norte:

Al uso de la Antigua Normandía
del rey Enrique en los tranquilos años
construye el aldëano su alquería
con maderos de encinas y castaños;
allí a la luz del moribundo día
del agreste portal en los escaños
se sientan, con sencillos corazones,
a recordar sus santas tradiciones.

Cuando el sol se despide de la aldea
y con su último rayo vespertino
esmalta la encumbrada chimenea,

(1) *La Estrella de Chile,* de 28 de Enero de 1872.

la familia escarmena el pardo lino;
el fresco soplo de la tarde orea
la sien del fatigado campesino;
la aldeana ostenta su sencilla gala,
y el campestre jardín su aroma exhala.

Tras los enrojecidos nubarrones
húndese al fin el sol en el ocaso,
y sube repartiendo bendiciones
el cura del lugar con lento paso;
rodéanlo rapaces juguetones
a quienes cuenta prodigioso caso,
y las lindas zagalas de su asiento
se alzan en respetuoso acatamiento.

Del pueblo silencioso y solitario
la luz crepuscular los techos baña;
anuncia la oración el campanario
con queja melancólica y extraña;
el humo, cual de místico incensario,
asciende en espiral de la cabaña;
y, acariciado por letal beleño,
el rendido aldëano se da al sueño.

Cuando emprendió la ardua tarea de traducir a Tennyson, Morla Vicuña había llegado a la edad viril.

La traducción de *Enoc Arden* empieza así:

Largas filas de cerros escarpados
Una abra entre ellos dejan:
Rubia playa, de espumas guarnecida.
Vénse al fondo rojizos y agrupados
Techos, que el sol reflejan,
En torno de una iglesia derrüida.

Trepa una larga calle hacia un molino.
Tras él, agreste llano
Dinamarqueses trémulos circundan.
En la cuenca del valle el verde pino
Y el blanquizco avellano
En floresta prolíficos abundan.

El poema continúa tierno, delicado, conmovedor.

Morla Vicuña habría necesitado de la lira de Núñez de Arce para verter con exactitud las armonías de sentimiento y de ritmo del laureado vate. Por desgracia, nuestro compatriota, aunque contenía en su alma raudales de inspiración, no dominaba el verso como aquel mago de la poesía castellana.

En la traducción de *Tomás Becket*, poema dramático en el cual Tennyson ha descrito con trágicos colores la violenta lucha del Estado y de la Iglesia en la Inglaterra del siglo XII, Morla Vicuña se siente inspirado por místico fervor, y no en raras ocasiones alcanza la grandeza del original.

Rolandín fué la obra de los cincuenta años. El poeta chileno no pudo entonces realizar hazañas que más bien son propias de la juventud.

Merecen citarse con encomio algunos trozos de poesía descriptiva.

Léase, por ejemplo, la pintura del refugio en que Rolandín y su dama, en la cima de los Pirineos, viven satisfechos de su amor y libres de las iras de Carlomagno:

¡Oh! alta Guardia! Soberbia abarcas
Desde tu cumbre vastas comarcas:
Del Pirineo sobre las rocas,
Donde las nieves eternas tocas,
Puedes a diestra la noble Hispania
Y a tu siniestra la Septimania,
Como vasallas, ver en el fondo.
Ciñe tu erguido Monte Redondo
Aspera mole de excelsa altura:
Sobre el granito gris de sus flancos,
Con sus matices rojos y blancos,
El rododendro frondoso asoma;
Forman tomillo, rico de aroma,
Azul genciana, brezo morado,
A las abejas sabroso prado;
En sus fragosos hondos barrancos
Las rotas breñas parecen ruinas,
Y son tu guardia fieros gigantes,
Robustos fresnos, pinos fragantes
De las frondosas selvas vecinas.

En sus composiciones originales, Morla Vicuña a las veces se manifiesta tierno, a las veces, heroico.

A la primera clase pertenece su elegía titulada *En la muerte del señor don Miguel Luis Amunátegui;* a la segunda, su *Canto a la declaración de guerra*, en el año de 1879, contra el Perú y Bolivia.

Aunque la concepción de esta segunda pieza es anticuada, ya que hoy no puede suponerse que alguien invoque con sinceridad a los númenes de la guerra y la victoria, algunas estrofas vibran con poderoso estro y arrebatada fantasía.

El poeta presiente el triunfo de su patria, y llega hasta describir la solemne ceremonia con que ella recibe al vencedor.

Se interrumpe, sin embargo, a sí mismo, y esclama entristecido:

¿Por qué a la luz de arrebolada fiesta
Sucede ya la sombra funeraria?
¿Por qué enmudece la brillante orquesta
Y se transforma el cántico en plegaria?
¡Patria! Cúmplese en ti la ley funesta:
No hay victoria sin urna cineraria;
Los que más alto premio han merecido
A tu materna voz no han respondido.

¡Ascendieron por áspera montaña,
Salvaron de las nubes la alta zona,
En la cumbre ya están! La luz los baña.
¡Dios les discierne la inmortal corona!
¡Cada cual lleva el nombre de una hazaña!
¡Su gloria coro de ángeles pregona;
Y se oye al son de célicos laudes:
Su fin fué la mayor de sus virtudes!

Morla Vicuña no sólo sirvió a su país cantando las glorias de sus hijos beneméritos, sino también desempeñando difíciles cargos en días de peligro nacional.

Fué Ministro de Estado y representante de Chile en el extranjero.

Murió en Estados Unidos, con la cabeza blanca, pero con el alma joven. No alcanzó a realizar las expectativas que había hecho concebir a sus conciudadanos.

El eclesiástico don Esteban Muñoz Donoso (1) colaboró igualmente en *La Estrella*, donde dió a la estampa numerosas poesías místicas o de carácter religioso.

Se había educado en el Seminario de Santiago. Profesor de este establecimiento, se distinguió al mismo tiempo en la prensa política. Fué redactor de *El Estandarte Católico* y de *El Chileno.*

A más de sus sermones y otros trabajos de oratoria sagrada, escribió un compendio de *Historia de América y de Chile.*

Muñoz Donoso atribuía excesivo valor a su poema *La Colombia,* publicado primero en *La Revista Católica*, y, en seguida, en volumen, en 1906.

Por desgracia, la crítica no ha confirmado la opinión del autor.

La Colombia se compone de doce cantos, y el volumen en que se halla impresa encierra 466 páginas.

A fin de que los lectores del presente *Bosquejo* formen juicio propio, se da a continuación un ligero resumen de los cantos.

Cantos 1.º y 2.º—Parte Colón de Palos, protegido por el arcángel Gabriel y combatido por Lucifer.

Canto 3.º—Lucifer, desalentado, en vista del poco fruto de su obra, se queja a Dios, en el cielo, de que no fa-

---

(1) Esteban Muñoz y Donoso.—(Curicó, 1844; † 1907, Santiago).—*Diccionario* de Figueroa.

cilite su misión de tentar a los hombres; y le pide que aleje al arcángel, aun cuando le reemplace con mil ángeles. Dios reconoce a Lucifer el derecho de estimular a los hombres hacia el mal, siempre que sus tentativas no vayan en contra de las leyes que rigen el mundo; y le promete que sólo le opondrá a Gabriel.

Canto 4.º—Continúa el viaje de Colón, en medio de grandes peligros. El poeta refiere el hundimiento de la *Atlántida*, ordenado por Dios y ejecutado por el demonio Atlante. Este último empieza asimismo a poner obstáculos a la navegación de Colón, aterrándole con negros vaticinios; pero Gabriel acude en auxilio del genovés y derrota a Atlante. Al mismo tiempo, conforta a Colón, asegurándole que su nombre será inmortal.

Canto 5.º—Lucifer, por medio de sus ministros, ora provoca en las naves la rebelión de Arana, ora incita a los tribus de América a repeler la próxima invasión extranjera. Fernández hace fracasar el motín de Arana; y Colón, inspirado por Gabriel, promete a las tripulaciones que avistarán tierra en el plazo de tres días.

Canto 6.º—Ultima noche. Se divisa la primera tierra americana.

Canto 7.º—Descripción e las islas descubiertas.

Canto 8.º—Naufragio de Colón. Excursión a Cuba. Amores de Fernández con una joven indígena. El autor pretende simbolizar en estos amores la unión del antiguo y el nuevo Continente.

Cantos 9.º y 10.º—Segundo complot tramado por Arana con el fin de impedir el regreso de las naves. Gabriel calma la intranquilidad que se apodera del ánimo de Colón; y le revela cuáles son en verdad las tierras descubiertas. Le profetiza además el porvenir del Nuevo

Mundo: las campañas de la independencia; el esplendor de las ciudades yanquis; las tiranías del doctor Francia, de López y de Rosas; la guerra del Pacífico; todo lo que va a suceder.

Canto 11.º—Preparativos para la vuelta a España. Traición de Martín Alonso Pinzón. Triste muerte de los españoles que quedan en Haití.

Canto 12.º y final.—Lucifer apela al último recurso de provocar una tremenda tempestad con el objeto de que las naves naufraguen. El mismo se lanza sobre la carabela en que va Colón. Gabriel acude a socorrerle, y triunfa de Lucifer. Colón llega sano y salvo a Europa. El Rey concede a Fernández habitación en su palacio y la Reina nombra dama de honor a la mujer indígena amada de Fernández. Los reyes se ofrecen por padrinos de la futura boda.

La anterior exposición manifiesta que el autor ha dado a su obra un desenvolvimiento anticuado. En nuestros días, no es posible admitir la intervención material de dioses y demonios, como en la época del politeísmo.

En vano Muñoz Donoso trata de justificar el empleo de la Máquina cristiana, en nombre de la estética y en nombre de la fe. Sólo consigue que la acción degenere en ridícula.

El poeta, por lo demás, cuenta, pero no describe. Se priva así de uno de los más poderosos recursos llamados a causar impresión en el ánimo de los lectores.

Otro defecto notable en *La Colombia* es la falta de colorido local. Su autor parece no comprender la naturaleza.

La versificación del poema es pobre, y aun los mejores trozos están deslucidos por numerosos ripios.

Después de la lectura de su obra, puede afirmarse que

Muñoz Donoso no ha conseguido volver a la vida la antigua epopeya. El ensayo es meritorio; pero queda en un nivel muy inferior al del poema de Ercilla.

Don Rodolfo Vergara Antúnez (1), como su colega Muñoz Donoso, proporcionó a *La Estrella* muchas poesías del género sagrado.

Fué asimismo alumno del Seminario de Santiago.

De mucho mayor prestigio en el clero de la capital que Muñoz Donoso, llegó a ocupar el alto cargo de rector de la Universidad Católica.

Desempeñó las funciones de profesor en el Seminario; y, con tal motivo, compuso varios textos de enseñanza: un *Tratado de Oratoria Sagrada*, su libro de *Retórica y Poética* y una *Historia de la Literatura*.

Redactó también obras de apologética cristiana, y dos interesantes biografías: la del Arzobispo Valdivieso y la de don Joaquín Larraín Gandarillas.

Por largos años escribió los artículos de fondo de *El Estandarte* y de *La Revista Católica*.

Era miembro académico de la facultad de teología de la Universidad de Chile.

La Estrella adquirió en 1870 la eficaz ayuda de un entusiasta grupo de amantes de las letras, que fundaron a mediados de ese año el *Círculo de colaboradores de la Estrella de Chile*.

Aun cuando nunca habían faltado las composiciones de los ex-alumnos de San Ignacio, de los Sagrados Corazones y del Seminario, quienes además habían obtenido a menudo estudios importantes de algunos literatos de re-

---

(1) Rodolfo Vergara y Antúnez.—(Talca, 1849; † 1914, Santiago). —*Diccionario* de Figueroa y *La Revista Católica*.

conocida fama, la constitución de aquel centro aseguró, puede decirse, la vida de la revista.

En los primeros tiempos el *Círculo* aceptó la hidalga hospitalidad del socio don Raimundo Larraín Covarrubias (1), en casa de su señora madre, donde se celebraban juntas periódicas. Más tarde *La Estrella* tuvo local propio, y como era natural, allí instaló el *Círculo* su sala de sesiones y su secretaría.

En el mismo año, la publicación ganó un ardoroso prosélito, que debía serle de gran provecho: don Ruperto Marchant Pereira, discípulo sobresaliente de los S.S. C.C. y del Seminario de Santiago.

Marchant Pereira habría sido capaz de llenar por sí solo números enteros de *La Estrella*. Era un literato fecundísimo. Ningún género escapaba a la facilidad y elegancia de su pluma. Redactaba en verso como en prosa; y así escribía novelas como dramas.

Al año siguiente, en 1871, cinco nuevos nombres ilustraban las entregas del periódico: don Vicente y don Carlos Aguirre Vargas (2), don Rafael Egaña, don Rómulo Mandiola y don Enrique Nercasseau y Morán.

Con excepción del último, que había estudiado humanidades en el colegio de los Sagrados Corazones, todos ellos salían de las aulas del Instituto Nacional.

Los hermanos Aguirre Vargas dieron a conocer entonces su solida preparación y su recto buen sentido, en numerosos artículos de polémica, en agudas críticas litera-

---

(1) Raimundo Larraín y Covarrubias.—(Santiago, 1851; † 1916, Santiago).

(2) Vicente Aguirre y Vargas.—(Santiago, 1851; † Berna, 1912).—Carlos Aguirre y Vargas.—(Santiago, 1852; † 1886, Santiago).—*Bibliografía General* de Vaïsse.

rias, en recuerdos históricos de valor, y en composiciones cortas de sana fantasía.

El mayor de ellos, que vivió hasta los sesenta años, dejó profunda huella de rectitud y de cultura en la enseñanza y en la administración de justicia. El menor, que no era el menos bueno ni el menos sabio, murió a los 34 de edad, cuando aun se esperaba mucho de su talento y de su contracción al trabajo.

Don Rafael Egaña empezó, puede decirse, la carrera de escritor en *La Estrella de Chile*. A los veinte años no se escriben obras maestras; pero los ensayos que Egaña insertó en ella anunciaban al crítico y al periodista de la edad madura.

Nercasseau y Morán, a pesar de su juventud, alcanzó a revelar a los lectores de *La Estrella* singulares dotes para el estudio de la gramática y de la lengua castellanas.

Pero, sin disputa, de los cinco escritores incorporados en 1871, el que marcó una estela más luminosa fué don Rómulo Mandiola (1).

Hizo sus primeros estudios en Copiapó, en un colegio que preparaba empleados de comercio; y, cuando ya había salido de la infancia, entró como alumno en el Instituto Nacional.

Por desgracia, su carácter impetuoso no le permitió continuar por mucho tiempo en este establecimiento.

Mandiola era entonces un escritor y un orador. Su precocidad no tenía límites.

Desde que empezó a raciocinar por sí mismo se afilió al

---

(1) Rómulo Mandiola y Muñoz.—(Chañarcillo, 1848; † 1881, Valparaíso).—*Diccionario* de Figueroa.

partido radical; pero, antes de la mayor edad, cambió de rumbos, y buscó asilo en el hogar de los conservadores.

Cuando apareció de nuevo en público, en la tribuna y en la prensa, había rehecho, por medio de constantes lecturas, su educación literaria.

«Mandiola, escribe don Rafael Egaña, en 1881, luchó como viejo adalid por la nueva bandera: su pluma se acentuaba cada vez más en el trabajo, y su inteligencia se enriquecía en el estudio. Entre nosotros, casi todos piensan como aquel niño que se preguntaba para qué sirve leer, después que se ha aprendido a leer. Mandiola era de los pocos que aprenden a leer para leer. Se entregó con pasión al estudio del siglo de oro de España, y tomó de sus clásicos el período rico, pero largo, el vocabulario puro y correcto, pero anticuado, las transposiciones eruditas del latín, muy socorridas entonces, pero hoy violentas y arcaicas. Mandiola fijó así definitivamente su fe y su literatura.»

Mandiola publicó en *La Estrella* algunos artículos notables: en filología, *De la autoridad de la Academia y del uso en orden a lenguaje;* en crítica y bibliografía, *Diccionario de Chilenismos* por Zorobabel Rodríguez, *El honor de una mujer* por Víctor Torres Arce, *Por amor y por dinero* por Luis Rodríguez Velasco, *Juan María Gutiérrez* por Vicuña Mackenna, *Apellidos Castellanos*, y *José Mármol.* Habría sido un gran crítico sin el arcaísmo del lenguaje, que hacia desmerecer sus mejores producciones, y sin las parcialidades de la pasión política, que le perturbaban el juicio.

Año a año, hasta su fin, *La Estrella* siguió aumentando el número de sus colaboradores, entre los jóvenes que

terminaban el curso de humanidades en los colegios religiosos.

De 1873 a 1876, el Seminario Conciliar de Santiago proporcionó a la revista tres escritores de nota: don Javier Vial Solar, nieto de doña Mercedes Marín del Solar, fecundo poeta y prosador; el eclesiástico don Juan R. Salas Errázuriz, autor de una espléndida traducción de Esquilo en verso castellano; y don Luis Francisco Prieto del Rio (1), erudito investigador de la historia patria, quien ingresó al prebisterado algunos años más tarde.

El trabajo de mayor importancia publicado por el señor Prieto del Río en las páginas de *La Estrella* fué su *Vida de don Ventura Marín.*

Ha dejado inédito un *Diccionario Biográfico del Clero Secular de Chile.*

En el mismo período indicado el Colegio de los Sagrados Corazones se hizo representar en *La Estrella* por tres esforzados adalides: el correctísimo poeta, de la escuela de Fray Luis de León, don Francisco Antonio Concha Castillo, nieto de un caballero asturiano que llevaba por apellido el de González de la Concha; don Antonio Espiñeira, moralista y dramaturgo; y don Pedro Nolasco Cruz, el cual estaba llamado a ser crítico literario.

Don Juan Agustín Barriga, sobresaliente alumno del Instituto Nacional, hizo también sus primeras armas en los cuatro últimos años de *La Estrella.*

Espiñeira (2) empezó su carrera literaria, a la cual siem-

(1) Luis Francisco Prieto y del Rio .—(Santiago, 1857; † 1918, Santiago.)—*Diccionario* de Figueroa.

(2) Antonio Espiñeira y Ortúzar.—(Valparaíso, 1855; † 1907. Santiago).—*Diccionario* de Figueroa.—Corona fúnebre publicada en Santiago, en 1908. Imprenta de La Ilustración.

pre sintió profunda inclinación, aun cuando los trabajos agrícolas constituían el centro de su vida, publicando cuentos morales por el estilo de los de Trueba.

El asunto de sus composiciones de ordinario encerraba escaso mérito; y, a pesar de que el fin de ellas era noble y generoso, nunca consiguió despertar gran interés.

La influencia e inspiración de sus maestros estaban a la vista en cada uno de estos cuentos o artículos.

El campo en que Espiñeira alcanzó verdaderos triunfos fué el teatro dramático.

Un compañero suyo de estudios, don José Ramón Gutiérrez, señala como la causa principal que contribuyó a desenvolver estas aptitudes de su amigo las frecuentes representaciones dramáticas verificadas en el Colegio durante el año.

En efecto, los profesores del establecimiento, y en especial su rector, el padre Augusto Jamet, fomentaron con eficacia entre los alumnos el gusto por el teatro. Así se formó dramaturgo don Ruperto Marchant Pereira; y de igual suerte debía serlo el joven nombrado.

De más está decir que las piezas, ya fueran nacionales o extranjeras, no subían al palco escénico sin previa censura y espurgación de los religiosos. El teatro nacido en este Colegio no era, pues, libre y espontáneo, sino que estaba sujeto a todas las imposiciones de la más estricta ortodoxia.

De las catorce composiciones dramáticas escritas por Espiñeira, la mayor parte tenían por temas asuntos nacionales.

Por desgracia, estas son las menos dignas de aplauso. El autor no supo dar a sus personajes carácter chileno, sea que retratara humildes campesinos, como en *Chincol*

en sartén, o individuos de la sociedad alta, como en *Lo que no tiene sanción*.

La primera es un sainete sin gracia ni colorido local. La *palla*, que constituye su principal escena, adolece de vulgaridad y chocarrería.

Lo que no tiene sanción es el pomposo título de una pieza con pretensiones de drama. La fábula no justifica el nombre. El autor ha querido probar una tesis falsa. En su sentir, el joven que galantea a la vez a varias niñas, a riesgo de que se enamoren de él, merece ser castigado con severidad.

Basta enunciar el tema para que salte a la vista el error en que ha incurrido Espiñeira. Las mismas niñas, en caso de ser consultadas, no aceptarían aquella opinión. Ellas prefieren tener galanes, aun cuando resulten engañosos.

Don Rómulo Mandiola ha puesto de relieve en un hermoso artículo (1) los defectos de la comedia *Cómo pasarían las cosas...*, del mismo Espiñeira. El desarrollo de los hechos prueba lo contrario de lo que quiere demostrar el autor. Una bachillera guarda fidelidad a su marido mientras la que no lo es engaña al suyo con impudencia.

Amor de Patria alcanzó los aplausos de la distinguida concurrencia que llenaba el Teatro en la noche del 28 de Noviembre de 1881 gracias a la bandera nacional en que el drama se hallaba envuelto. La esmerada versificación de la pieza no bastó para ocultar sus deficiencias.

Mal por bien es un largo drama en cinco actos y en verso, cuyo argumento descansa en una lamentable equivocación. Ramón, enamorado de Rosita y correspondido por ella, se imagina que lo traiciona con su amigo Fran-

(1) *La Estrella de Chile*, año X, 1877.

cisco; pues sorprende versos de pasión escritos por la mano de este último, dirigidos a aquélla. Al final, descubre que no es Francisco sino un amigo de éste, Carlos, quien manda los versos, compuestos y escritos, es verdad, por Francisco, pero sin que éste sepa el nombre de la dama a la cual se hallan destinados.

El asunto, por lo que se ve, completamente inverosímil, no logra despertar interés alguno.

Espiñeira publicó, además, en la *Revista de Artes y Letras*, en el año 1887, dos comedias en un acto, *Fuera de su centro* y *En la puerta del horno*... En la primera, trata de poner en ridículo a una pobre campesina que viene por pocos días a Santiago; y en la segunda, a un vejete rico, pretendiente de una niña joven y hermosa. Ninguna de las dos piezas tiene valor dramático.

Superiores, a no dudarlo, son los tres dramas en verso que compuso Espiñeira con asuntos extranjeros: *Martirios de amor*, *Cervantes en Argel* y *Pena de la vida*. Ellos carecen de originalidad, no sólo por el tema sino por la manifiesta imitación que descubren de los procedimientos empleados en el teatro clásico de España; pero, con eso y todo, conmueven e interesan, gracias al laborioso empeño del autor para estudiar y presentar bien personajes y situaciones.

Sólo el primero de estos dramas, *Martirios de amor*, que es el mejor, tuvo los honores de la escena.

La obra tiene mérito como ejercicio de escolar. Su lenguaje es castizo; pero arcaico.

El argumento es éste. Una hija bastarda de Cervantes, doña Isabel, se ve requerida de amores por el duque de Béjar y por un caballero de Santiago, don Gaspar de Ezpeleta. Ella le corresponde al duque, que no piensa en

casarse; y desaira a Ezpeleta, el cual la pide en matrimonio al autor del *Quijote*. La pieza termina con un duelo. En vista de su derrota, Ezpeleta quiere despedirse por última vez de su amada, quien sufre los martirios naturales de un alma bien puesta. No puede aceptar el sincero afecto de Ezpeleta, pues ama al duque; pero, al mismo tiempo, lamenta las congojas del galán. Durante el coloquio se oye la serenata acostumbrada del de Béjar, al pie de las ventanas de la casa. La escena es bellísima y dramática.

Ezpeleta corre a la calle, desafía al duque y es muerto por él.

La muerte de Ezpeleta al frente de la casa donde vive Cervantes es el único hecho cierto del drama. El resto no encierra una palabra de verdad. La investigación moderna ha demostrado que Cervantes y su hija fueron ajenos de toda participación en el triste fin de Ezpeleta.

Cervantes en Argel es una pieza de mucho estudio y erudición, con algún mérito literario, pero sin valor dramático.

Para dar interés a la obra, el autor, con grave ofensa a la verdad, imagina amores de Cervantes con Halima, hija del bey de Argel, y pretensiones desenfrenadas del jefe de la guardia berberisca al corazón de la misma dama. Esto es absurdo e inverosímil, contrario de todo punto a las costumbres orientales, que mantienen a las mujeres de alto rango en una reclusión absoluta.

La única escena que tiene vida es aquella en que Cervantes, próximo a ser descubierto, en pleno complot, por el bey, se salva denunciando al jefe de la guardia como seductor de Halima.

El rescate de Cervantes se realiza de un modo muy brusco y aparece como inverosímil.

El asunto de *Pena de la vida* fué sacado por Espiñeira de la obra del abate Collin de Plancy *Légendes du Moyen Age.*

La acción se verifica en la ciudad de Gante, en la segunda mitad del siglo XIV.

La obra puede colocarse sin desmedro entre las piezas que, como *En Flandes se ha puesto el sol*, de Marquina, representan escenas trágicas de la Bélgica medioeval. Ella fué premiada en 1889, en el certamen abierto el año anterior por el Directorio del Círculo Católico de Santiago.

El drama carece de movimiento; y sus personajes pueden ser tachados de figuras de museo.

Como lírico, don Antonio Espiñeira ha sido juzgado por su amigo Concha Castillo (1) en estos términos:

«La complexión de su espíritu fué verdaderamente poética. Trasfundió en sus obras mucho de la poesía de su propia vida; no porque ésta fuese un idilio, ni cosa semejante, sino en cuanto fué la expresión exacta de un temperamento idealista, de un alma abierta a todas las impresiones de la belleza.»

En realidad, compuso muy pocas poesías originales.

Fuera de los nombrados, *La Estrella de Chile* sirvió de albergue literario a algunos jóvenes de otras de las repúblicas de Sud América. Entre ellos merece recordarse a don Juan Zorrilla de San Martín, natural de Montevideo, quien estudió humanidades en el colegio jesuítico de Santa Fe, en la República Argentina.

---

(1) Corona fúnebre.

Zorrilla es autor del inspirado poema indígena *Tabaré* y de la notable obra *La Epopeya de Artigas.*

La lista de los colaboradores de *La Estrella* no está completa; pero bastan los recordados para que cualquiera se forme un juicio sereno del carácter y tendencias de la publicación.

Motivo de orgullo fué para los que la dirigieron que, con rara excepción, se viera ella sostenida constantemente, hasta que apareció la última entrega, en 1.º de Junio de 1879, por todos los jóvenes que en un período de doce años habían colaborado en sus páginas. Hecho elocuentísimo que prueba cuán invariable había sido la norma y el espíritu de la revista.

Como síntesis de este capítulo, conviene llamar la atención a los diferentes rumbos que se observan en la escuela literaria formada por la Compañía de Jesús durante la colonia, y en los escritores educados en ella, o a su semejanza, en el Seminario y en los Colegios de los Sagrados Corazones, en la segunda mitad del pasado siglo.

La orden de San Ignacio bajo la dominación del rey de España representaba en Hispano-América una verdadera institución oficial, que velaba por los intereses de la monarquía y trataba de dar la mejor solución posible a los grandes problemas de la sociedad y del gobierno.

Esto explica por qué sus discípulos, aun después de expulsada la Orden, alimentaban en su pecho un amor tan profundo al suelo natal, y cuál fué la causa de que en sus obras continuaran dilucidando las cuestiones políticas que preocupaban a las distintas colonias de América, verbigracia, el sometimiento de los araucanos en la Capitanía General de Chile.

Otra fué la condición legal de los jesuítas después de

su restablecimiento en la mayor parte de estos países. Así, según se ha visto, la Orden no consiguió ser admitida en Chile por ministerio de la ley.

La Compañía de Jesús tiene entre nosotros el carácter de una mera institución particular; y su único objeto es la defensa de la fe y de los dogmas católicos.

El estudio de la historia patria ha perdido en sus aulas mucho de la importancia que antes le era atribuído.

La verdad es que en el período que va desde 1856 hasta la fecha no se han formado en los colegios de San Ignacio autores de libros históricos tan nobles y elevados como la crónica del padre Rosales, y ni aun, como el de la *Historia Civil* de Gómez de Vidaurre.

El principal empeño de estos religiosos ha sido la educación de adalides de la fe, apercibidos de todas armas, y en especial de la dialéctica, para combatir sin descanso y sin temor por sus doctrinas e ideales.

Nadie podría negar que de las casas de San Ignacio han salido excelentes oradores y periodistas de primera fila.

Si hay fundado motivo para censurar a sus maestros por descuido en la enseñanza científica, sólo lo hay de elogios en lo que toca a la literaria.

Debe reconocerse que ellos han dedicado grandes esfuerzos al estudio del idioma castellano.

Esto mismo se halla comprobado por uno de los alumnos más distinguidos del colegio de San Ignacio en la capital, en los párrafos que van a leerse.

«Los jesuítas, escribe, han educado en su colegio de Santiago a varias generaciones de aquella clase conservadora de donde salían de preferencia los hombres que

iban más tarde al Congreso, a la magistratura judicial, a las letras, a la dirección de los grandes negocios.

«Sus métodos tenían y siguen teniendo los méritos y deméritos de los métodos españoles. Una severa disciplina en los estudios y una atmósfera moral, sana, viril y fundada en las prácticas religiosas caracterizan esos establecimientos de jesuítas sobre los cuales sigue rodando el tiempo y gastándose el diente de sus adversarios, que los tienen y muy encarnizados, sin disminuir su prestigio.

«Pero lo que ante todo distingue los estudios de los colegios de jesuítas es el desarrollo de la cultura filosófica y literaria que les permite estimular las vocaciones de ese orden y producir en todas partes escritores, grandes trabajadores intelectuales los unos, creadores geniales otros, estimables medianías muchos, segun las capacidades individuales, pero siempre hombres en quienes se reconoce la obra paciente y rígida, casi militar, de una disciplina estrecha que enseña a pensar y a poner en órden lógico los pensamientos.»

«La obra del Colegio de San Ignacio, agrega más adelante, ha sido favorable al desarrollo de los estudios españoles, ha difundido el gusto por la gran literatura clásica de nuestra lengua, ha creado en muchos espíritus una tradición española que no hacía más que despertar la conciencia de la raza al reconocimiento de sí misma (1).»

---

(1) Carlos Silva Vildósola. *Influencias Españolas y Francesas en Chile.* Artículo publicado en *La Revista Quincenal* de 25 de Enero de 1917. Barcelona.

XXIV

Observaciones generales sobre las letras chilenas en el siglo XIX.—Nuevos rumbos.—Evolución del periodismo y de la oratoria parlamentaria.—Influencia de don Pedro Antonio González y de Ruben Darío en la poesía lírica.—Porvenir de la novela y del teatro dramático.

Cuando nuestro país era colonia de España, necesariamente tuvo que recibir la influencia de sus escritores. En primer lugar, la de Ercilla, que vivió en Chile y se inspiró en la guerra araucana; y después, la de los demás clásicos de la Península, que fueron dados a conocer a sus discípulos por los maestros jesuítas.

Durante más de dos siglos, fuera de los padres de la Iglesia, enseñados en los conventos, predominó la literatura española. El primer poeta nacido en nuestro territorio, Pedro de Oña, no halló nada mejor que imitar la epopeya de Ercilla.

No parece, pues, extraño que se formaran literatos criollos como el padre Ovalle, al cual incluyó la Academia entre las autoridades que pueden servir de modelo para el uso de la lengua castellana.

En el último tercio del siglo XVIII, a pesar del aislamiento en que habían sido mantenidas estas comarcas, no solo por la política real, sino además a causa de la inmensa distancia que las separaba de Europa, y la dificultad de la navegación entre uno y otro continente, la Capitanía General de Chile experimentó una nueva evolución intelectual, producida por las obras de los enciclopedistas franceses. Esta corriente, misteriosa, puede decirse, ejerció una atracción irresistible sobre algunos espíritus superiores, y constituyó uno de los gérmenes principales de la revolución de la Independencia.

Al empezar el siglo siguiente, los pensadores españoles y franceses se disputaban el campo en la reducida sociedad de las personas cultas.

El triunfo de la Independencia aseguró también el de los enciclopedistas. Los primeros periódicos revolucionarios, o patriotas, así lo demuestran.

Al lado de aquellos, sin embargo, continuaron siendo especial objeto de estudio los autores españoles, y no podía menos de suceder así, ya que el idioma patrio de estos últimos era el nuestro.

Don José Miguel Carrera, quien, a más de haber encabezado la causa de la libertad, fué uno de los primeros escritores de la nueva república, había adquirido el hábito de redactar bien en el Perú, y en la Península misma.

En el Instituto Nacional, fundado en 1813 y restablecido en 1819, se adoptaron de preferencia como libros de texto los compuestos en Francia; pero, en cambio, el elemento español estuvo bien representado en este colegio durante muchos años por excelentes maestros, como don Francisco de la Puente y don Andrés Antonio Gorbea.

Pero el primer literato propiamente tal que introdujo

en Chile el entusiasmo por los poetas castellanos de principios del siglo fué don Ventura Blanco Encalada: él enseñó a su prima doña Mercedes Marín y Recabarren a admirar las célebres odas de Quintana.

Don José Joaquín de Mora y don Andrés Bello llegaron a nuestras costas algunos años más tarde: el primero, en Febrero de 1828; y el segundo, a mediados de 1829.

Aunque estos dos grandes maestros eran de origen español, el uno por nacimiento y el otro por herencia, prefirieron en su enseñanza científica a los autores franceses.

Mora se inspiró para dar sus lecciones en los filósofos Destutt de Tracy y Laromiguière, cuyas obras fueron aprovechadas por los jóvenes profesores del Instituto don José Miguel Varas y don Ventura Marín.

Es muy sabido, por otra parte, que Bello recibió de Condillac el primer impulso para sus estudios sobre la conjugación castellana, y que su proyecto de Código Civil se fundó esencialmente en el Código Napoleón.

En cambio, tanto Bello como Mora, divulgaron entre nosotros las buenas obras compuestas en España; y no se encastillaron en la literatura clásica, pues uno y otro dieron pruebas de apreciar la evolución romántica. Mora imitó más tarde el *Don Juan* de Byron, y Bello tradujo en nuestro país a Dumas, a Víctor Hugo y al mismo Byron.

Los discípulos chilenos de estos maestros aprovecharon sus lecciones y siguieron su ejemplo.

Lastarria, que fué alumno de ambos, sin descuidar la corrección de la forma, en sus libros de derecho público adoptó como base las doctrinas francesas y, en sus trabajos literarios resueltamente se afilió a la escuela romántica.

Francisco Bilbao, quien recibió las lecciones de Bello, fué un verdadero discípulo de Edgar Quinet y de Lamennais.

Interminable tarea sería la de clasificar a todos nuestros escritores nacionales según las tendencias manifestadas en sus obras; pero no estará de más hacer presente que Vallejo, alumno de Mora, aceptó la norma marcada por el costumbrista Larra, y que Sanfuentes, enseñado por Bello, escribió obras en el género clásico y en el género romántico, siguiendo la escuela española o la francesa.

Los historiadores chilenos no han imitado a los españoles, sencillamente porque España en el siglo que acaba de concluir no produjo grandes obras de esta clase.

En *La dictadura de O'Higgins*, don Miguel Luis Amunátegui parece haber tomado como modelo a los historiadores franceses. En cambio, en su libro *Descubrimiento y Conquista de Chile* trató de imitar a Prescott, *La Conquista de Méjico* y la *Conquista del Perú*, que empezaban entonces a ser conocidas entre nosotros.

Aun cuando, según se ha visto, la influencia de los *Girondinos* de Lamartine está de manifiesto en *El Ostracismo de los Carreras* de Vicuña Mackenna, puede afirmarse que el rumbo constante de los trabajos históricos en Chile ha sido el de la escuela sajona, fundado en el estudio minucioso de los hechos mismos, de conformidad con las enseñanzas de Gay y los consejos de Bello.

En la oratoria y en el periodismo triunfaron los grandes maestros de Francia, a pesar de que no faltan, entre nuestros diputados, discípulos de Castelar, y, entre nuestros periodistas, literatos genuinamente españoles, como Blanco Cuartín.

Don Justo Arteaga Alemparte imitó los procedimien-

tos de estilo y de polémica empleados por Emilio Girardin, y don Zorobabel Rodríguez, los de Luis Veuillot.

En los géneros en que predomina la imaginación, autores españoles y franceses se repartieron las simpatías de la juventud.

Zorrilla y Espronceda, a mediados del siglo XIX, ejercieron una dominación incontrastable entre los alumnos que habían salido de las aulas, e inspiraron millares de composiciones líricas.

Más tarde, Gustavo Adolfo Bécquer y Núñez de Arce dieron origen a verdaderas escuelas.

Campoamor sirvió de modelo a Valderrama y a Soffia.

Alfredo de Musset, Lamartine y, sobre todo, Víctor Hugo, constituyeron, por su parte, fecundas fuentes de inspiración.

La novela francesa, transformada por Balzac en género literario, según feliz expresión de Brunetière, ha servido y continúa sirviendo de norma a la mayoría de los novelistas de nuestro país.

Don Alberto Blest Gana, el más notable de ellos, empezó su carrera rindiendo a Balzac espléndido homenaje.

Barros Grez, a la inversa, descubre inclinación marcadísima, sobre todo en *El Huérfano*, por las novelas españolas de los siglos XVI y XVII.

De igual suerte, las obras de Fernández y González han impreso huellas indelebles en las novelas de Valentín Murillo y Moisés Vargas, y en las infinitas entregas de las compuestas por Martín Palma, Liborio Brieba y Ramón Pacheco.

Vicente Grez, y con él la muchedumbre de novelistas que han aparecido más tarde, siguen de preferencia las lecciones de la escuela francesa.

En nuestro pobre teatro no hay una tendencia definida. Se han representado numerosas piezas traducidas del francés y algunas imitaciones de grandes autores de la misma nacionalidad; pero, al mismo tiempo, han subido a las tablas no pocas comedias y dramas de estilo español.

Tales son las principales corrientes que han dirigido las letras durante la pasada centuria. Convenía recordarlas, como un compendio y como un pronóstico, ya que ha llegado el momento de exponer los nuevos rumbos que se anuncian.

Ántes de hacerlo, sin embargo, no está de más reunir en un cuadro las fechas que siguen, las cuales sintetizan el movimiento literario en sus principales etapas:

1812.—*La Aurora* de Camilo Henríquez.

1827.—*El Mercurio* de Valparaíso.

1842.—*El Semanario de Santiago;* y *El Progreso*, redactado por Sarmiento en la misma ciudad.

1846.—*Los Anales de la Universidad de Chile*

1848.—*Revista de Santiago*, fundada por Lastarria.

1853.—*Cuentos en verso*, de don Guillermo Matta; *La Dictadura de O'Higgins*, de Amunátegui; y *Una escena social*, primera novela de Blest Gana.

1855.—*El Ferrocarril*, dirigido por don Juan Pablo Urzúa.

1859.—*La Semana*, de los Arteaga Alemparte.

1884.—*Historia General de Chile*, por Barros Arana.

El siglo XX ha ensanchado en forma tan considerable las condiciones en que vive la intelectualidad chilena que puede preverse una honda transformación en las letras nacionales.

La instrucción primaria progresa con lentitud, pero de un modo sistemático; de tal suerte que no sólo son me-

jores los métodos didácticos sino mucho más numerosas las escuelas públicas. Las normales, destinadas a educar preceptores, desde el gobierno de don Domingo Santa María, han recibido notable impulso en su organización docente.

Los liceos de hombres pronto alcanzarán al respetable guarismo de cincuenta establecimientos, repartidos en todo el país. La liberalidad con que ellos admiten alumnos de todas las clases sociales y la gratuidad de su enseñanza autorizan para considerarlos como un eficaz elemento de cultura.

La educación de la mujer ha alcanzado también un gran desarrollo con la fundación de más de cincuenta liceos.

El primer colegio fiscal de esta clase fué creado en Valparaíso, y el segundo en Santiago, en el gobierno de don Jorge Montt.

Hasta entonces, la segunda enseñanza femenina dependió de la iniciativa particular, religiosa o laica. No sería justo negar los felices resultados de esta educación, y bastarían para comprobarlos los nombres de las distinguidas escritoras doña Amelia Solar de Claro, doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux, doña Teresa Prats de Sarratea, doña Inés Echeverría de Larraín, doña Luisa Fernández de Huidobro, doña Mariana Cox de Stuven, la señorita Elvira Santa Cruz y Ossa, y muchas otras; pero, después del gran progreso de los últimos tiempos, puede asegurarse que este corto grupo de damas consagradas a las letras se convertirá en legión. Las obras de la poetisa Gabriela Mistral y de la educacionista doña Amanda Pinto de Labarca así lo anuncian.

Entre tan benéficas reformas, una de las principales

fué el establecimiento del Instituto Pedagógico, instalado en 1889 por el Presidente Balmaceda y por su Ministro Bañados Espinosa. Este plantel no sólo ha formado centenares de maestros de segunda enseñanza sino que ha contribuído a la ilustración de millares de jóvenes de ambos sexos.

Necesariamente, la instrucción del Estado, amplia, gratuita y científica, estimula con vigorosa eficacia la evolución democrática en el cultivo de las letras.

De aristócrata que fué en el siglo XIX, ya que, a más de los poetas populares, sólo podrían citarse muy pocos nombres de modesto origen, el amor al estudio se arraiga más y más en todas las esferas de la Sociedad, y forma verdaderos artistas de la palabra y del estilo, aun en familias desheredadas de la fortuna.

Nuestra literatura va adquiriendo de este modo un intenso carácter nacional.

Como se ha advertido en repetidas ocasiones, la historia ha sido el género predilecto en nuestro país. No sólo se han escrito historias generales, y de importantes períodos de nuestra vida colonial y republicana, sino también numerosas monografías de gran valor sobre sucesos de carácter particular.

Entre estas últimas, ocupan la primera fila las *Campañas al Perú* de don Gonzalo Bulnes, los estudios sobre la marina militar de don Luis Uribe, *La Batalla de Rancagua* de don Julio Bañados Espinosa, *La evolución social e intelectual durante la colonia* de Fuenzalida Grandón, *Las primeras asambleas legislativas* de Roldán, los trabajos históricos sobre cuestiones internacionales de don Luis Barros Borgoño, don Gaspar Toro, don Alejandro Al-

varez y don Ricardo Montaner Bello, y *Los conquistadores de Chile*, de don Tomás Thayer Ojeda.

La copiosa biblioteca escrita por don José Toribio Medina se compone de libros de esta clase, los cuales pueden distribuirse en seis secciones, relativas a la historia de Hispano-América, y, en particular, a la de Chile: bibliografía, el Santo Oficio de la Inquisición, monedas y medallas, instrucción pública, descubridores y conquistadores, indígenas del Nuevo Mundo. El egregio publicista español don Rafael Altamira juzga «imposible dar un paso en la historia americana sin acudir a las publicaciones de Medina».

Además de este autor, que en 1906 dió a la estampa su *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*, y de algunos otros citados en el presente *Bosquejo*, muchos literatos de nota han vinculado sus nombres a espléndidas biografías de personajes chilenos.

Por último, cada una de las principales ciudades de nuestro país ha merecido los honores de una historia individual.

No sería lícito sostener que se han agotado los archivos en lo que toca a nuestra vida de nación; pero sí que ha llegado el momento de defender la tesis sostenida con tanto brío hace ochenta años por Lastarria. Estudiados prolijamente los hechos, comprobados con el testimonio inapelable de los documentos, y descubierta la verdad social y política que esos hechos entrañan, corresponde ahora deducir de ellos la interpretación científica de nuestra historia patria.

Una o varias obras de este género no sólo iluminarían el pasado sino que además proporcionarían útiles indicaciones para el porvenir.

El periodismo y la oratoria se hallan asimismo en vías de una evolución completa.

El diario, que en la segunda mitad del siglo XIX era una verdadera revista literaria, va transformándose en una obra esencialmente informativa, que no carece, por cierto, de estudios serios sobre política, educación y costumbres, pero que, de acuerdo con su índole propia, trata ante todo de ofrecer a los lectores un cuadro exacto de lo que sucede y de lo que se espera.

Un periodista contemporaneo (1) fija la fecha en que empieza este movimiento, en los términos que van a leerse:

«En 1900 se da el impulso inicial: los propietarios del viejo *Mercurio* de Valparaíso fundan el *Mercurio* de Santiago, importan maquinarias norteamericanas, introducen las linotipias, instalan sus diarios de ambas ciudades en palacios que recuerdan la suntuosa instalación de *La Prensa* de Buenos Aires y superan a la de cualquier diario europeo.»

«Esta evolución, agrega, ha durado apenas cuatro o cinco años. En 1905 el diario chileno está completo como diario moderno. Tiene las máquinas más perfeccionadas, los servicios cablegráficos del extranjero más extensos y prolijos que es posible obtener, redacciones políticas sólidamente organizadas, secciones literarias y artísticas confiadas a escritores distinguidos, ha entrado en la vida comercial con excelentes datos de esa especie, fomenta la educación física hasta llenar a veces varias páginas con

(1) Don Carlos Silva Vildósola, en su conferencia leída en el Ateneo de Madrid el 14 de Febrero de 1914, con el título de *Periodismo y letras en Chile*. Santiago, 1914.

lo que a ella se refiere, tiene una voz para cada uno de los aspectos grandes o pequeños de la actividad nacional, para la industria, las artes, las letras, la religión, la sociología, la educación, y ha visto hincharse y convertirse en una fuente de oro las columnas de anuncios que son su fundamento económico.»

La oratoria parlamentaria ofrece igualmente un cambio de transcendencia. Las Cámaras han perdido mucho de su antiguo carácter de academias. Discuten todavía demasiado, y, sobre todo, despachan pocos proyectos; pero sus miembros se esfuerzan en dar razones claras y precisas, apoyadas por hechos y guarismos, antes que en disertar con fatigosa extensión sobre teorías abstractas y situaciones políticas. En buenas palabras, parecen imitar las prácticas parlamentarias inglesas, las cuales convienen mejor a nuestro criterio positivo que las formas de debate adoptadas en los países meridionales de Europa, donde predomina una exagerada retórica.

En gran parte, proviene este cambio de la reforma introducida por el voto acumulativo en la composición de ambas ramas del Congreso. En nuestros días, el Gobierno ya no goza de las influencias de otro tiempo, que le permitían elegir a todos los miembros del Senado; y, de igual suerte, la sociedad aristocrática ha perdido los medios de acción que le permitían nombrar la mayoría de los diputados.

La fisonomía de nuestras Cámaras va siendo de elección en elección más democratica. Ya no sólo se ven en ellas a los individuos de gran renta, a los abogados con numerosa clientela o a los literatos de refinada cultura. A menudo ocupan sus bancos personas desconocidas en Santiago o de modestísima condición.

Por la fuerza de las cosas, senadores y diputados apelan a un arte oratorio más sencillo y de más grande eficacia inmediata que el de los parlamentarios de antaño.

Esta práctica predominará de un modo definitivo cuando se reformen los reglamentos en el sentido de hacer más cortos los debates y más prontas las resoluciones.

En la actualidad la poesía lírica ofrece entre nosotros una evolución formal que la distingue de la poesía del siglo último.

Dos años después de la muerte de don Pablo Garriga, en 1895, se publicó en Santiago, con el título de *Ritmos*, un volumen de versos firmado por don Pedro Antonio González (1).

Este escritor había nacido en un hogar pobrísimo de los campos de Curepto, y se había instruído mediante la protección de su tío materno, religioso mercedario, fray Armengol Valenzuela, hoy Arzobispo *in partibus* de Gangra.

Hecho curioso es el de que dos de nuestros más distinguidos poetas hayan empezado sus estudios de humanidades en el convento de la Merced de Santiago: don Pedro Nolasco Préndez, y González.

El segundo de ellos fué además alumno del liceo de Valparaíso, cuando era rector don Eduardo de la Barra, y del colegio de *El Salvador*, en la capital. Se recibió de bachiller en humanidades, y empezó a estudiar leyes; pero no llegó a ser abogado.

Cuando dió a la estampa su primer tomo de versos, ga-

---

(1) Pedro Antonio González y Valenzuela.—(Coipué, 1863; † 1903; Santiago).—*Diccionario* de Figueroa, e *introducción* de don Armando Donoso a las *Poesías* de González, publicadas en Santiago en 1917.

naba penosamente la vida enseñando Gramática y Filosofía en colegios particulares.

Las poesías de González causaron honda impresión en el alma de la juventud, más que nada por el exquisito cuidado de la forma, nuevo en Chile antes de él.

Sus *Ritmos* se distinguían igualmente por la pomposidad de las imágenes y por la hipérbole de los conceptos.

La mejor de las composiciones publicadas en el antedicho volumen tenía por tema la enigmática figura de *Lucrecia Borgia*. Se hallaba escrita en versos *tripentálicos*, que el autor manejaba con soltura y elegancia.

Esta y otras obras de igual o mayor importancia permitían colocar a González entre los discípulos de la escuela *parnasiana*, que reconocía por maestro al excelso poeta francés Leconte de Lisle.

Se caracterizó esta escuela por su aparente impasibilidad. «El arte, sostenían sus adeptos, se basta a sí mismo: se corrompe y envilece cuando es aplicado a la expresión de los sentimientos personales. La única emoción que el poeta experimenta y provoca, tiene un carácter exclusivamente estético, excitada por la belleza» (1).

González estudió a los *parnasianos* en sus obras mismas; pero además se empapó en sus doctrinas por la enseñanza inmediata de Rubén Darío, el genial poeta nicaragüeño, que permaneció en Chile algunos años, de 1886 a 1889, y aquí dió a la prensa su incomparable *Azul*.

«El año 1888, escribe un crítico de Norte América, marca una fecha en el último movimiento de la literatura hispanoamericana. En ese año, Rubén Darío publicó en

(1) Jorge Pellissier, *El movimiento literario en el siglo XIX*. París, 1889. Pág. 283.

Valparaíso un volumen de prosa y verso titulado *Azul*, recibido con entusiasmo desde el primer momento por la juventud (1)».

Como la mayoría de los poetas de la época, Darío empezó afiliado a la escuela de los *parnasianos*, pero sin que por esto fuera servil imitador de sus procedimientos.

El introdujo en la métrica innovaciones originales de gran valor. «Dejando a un lado sus versos amorfos, y todo lo que haya de discutible en su obra poética, afirma Fitzmaurice-Kelly, ¿cómo desconocer cuánto ha enriquecido la musicalidad de la frase con tanta bella combinación y tantos delicados matices apenas perceptibles? (2)».

Nuestro compatriota González se apresuró a adoptar algunas de las reformas del inspirado vate.

A pesar de las estrecheces de su existencia, y de grandes amarguras que le entristecían el alma, el profesor chileno continuó cultivando hasta el fin de sus días la lira poética. Por desgracia, no conservó la pureza de las costumbres, y, como tantos otros, concluyó dominado por el alcohol.

Entre sus poemas, sobresalen *El Monje*, *El Proscripto* y *El Toqui*, en los cuales hay hermosos fragmentos, pero cuyo conjunto, en cada uno de ellos, no corresponde a los esfuerzos del autor. González era lírico antes que narrativo.

El fragmento final del *Proscripto* dice así:

¡La tierra morirá!—Sentirá luego,
entre lóbregas ráfagas extrañas,

(1) COESTER, *La Historia Literaria de Hispano-América*. Nueva York, 1916. Pág. 450.

(2) Traducción de CARLOS R. MONDACA. Santiago, 1914. Pág. 57.

extinguirse el ardiente y sacro fuego
que agita sus recónditas entrañas.

¡Los astros ¡ay! contemplarán entonces
desde sus altas órbitas sombrías,
sordos y mudos como inmensos bronces,
sus hondas y espectrales agonías!

¡Entonces ¡ay! cada lejana estrella
cruzará indiferente a su martirio,
entre el cielo sin límites y entre ella,
como un siniestro, gigantesco cirio!

Sus montes, que, como ínclitos titanes,
batieron a los roncos aquilones
su soberbio penacho de volcanes,
se alzaron como fúnebres visiones.

¡Sus mares turbulentos de olas fieras
quedarán enclavados bajo el cielo
en medio de sus ásperas riberas,
como enormes sarcófagos de hielo!

¡La tierra morirá!—Será el asombro
de la tremenda esfinge del abismo
cada montón de ruinas, cada escombro
de su vasto y sombrío cataclismo.

Doblarán el pavor de las cavernas
de su mudo y helado planisferio,
con sus alas inmóviles y eternas,
los lúgubres fantasmas del misterio.

Su disco batirá la extensión honda
con el viejo compás de su alto polo,
sin que desde los ámbitos responda
a su fúnebre ritmo un eco solo.

Allá en los horizontes visionarios
de sus desconocidos derroteros,
flotarán como lívidos sudarios
sus pálidos crepúsculos postreros.

¡Acaso, desde su órbita remota,
símbolo de su trágica fortuna,
brillará en torno de su frente rota
como una yerta lágrima la luna!

¡La tierra morirá!—y entonces ella
rodará por el éter infinito,
a la luz funeral de cada estrella,
como una inmensa tumba de granito.

Ya el huracán veloz de alas sonoras
no turbará con sus acentos roncos
las grutas de sus selvas tembladoras,
de altivas copas y soberbios troncos.

Ya no alzarán al Sol, bajo la bruma,
coronados de cándida guirnalda,
estrepitosos cánticos de espuma
los golfos de sus mares de esmeralda.

¡En sus hondas y mudas soledades
no quedarán entonces ni los rastros
con que por su ancho seno las edades
desfilaron en triunfo ante los astros!

¡Su esfera helada, pavorosa y densa,
no será entonces más que un vasto averno,
en donde reinará la muerte inmensa
batiendo el cetro del silencio eterno!...

Estas estrofas son magníficas. El endecasílabo era uno de los versos favoritos de González. Al componerlas, el poeta parece haberse inspirado en algunas de las páginas con que Anatolio France empieza su delicioso libro *El Jardín de Epicuro* (1).

En las poesías de su última época, González abandonó a menudo la impasibilidad *parnasiana* y presentó al descubierto las heridas de su corazón. A esta clase pertenecen las que intituló *Mi vela*, *Sombra*, y las marcadas con los números romanos XVII, XVIII, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX y XL, en el grupo de las *Asteroides*.

Para comprender bien algunos de estos versos, conviene saber que González había contraído matrimonio, y que, en vez de la felicidad, le había tocado en suerte una desgracia irremediable y constante.

Su influencia en las nuevas generaciones fué grande; pero mayor lo ha sido la del vate nicaragüeño.

Además de sus audacias métricas, que desde el principio llamaron la atención, Rubén Darío ofrecía en su paleta extraños y deslumbrantes colores, con los cuales conmovió y perturbó las almas más tranquilas.

---

(1) Me refiero a las páginas 5, 24, 25, 26 y 27 de la obra mencionada. En el ejemplar que guarda la Biblioteca del Instituto Nacional, sin duda el consultado por González, esas páginas se hallan casi desprendidas, a fuerza de ser admiradas, del cuerpo del volumen.

Darío llevaba en el cerebro la ardiente fantasía del trópico, y guardaba en los ojos las variadas tintas de la flora y fauna de su tierra.

Cada uno de los versos escritos por él sugería en los lectores una muchedumbre de ideas y sentimientos, no siempre expresamente indicada.

Su prestigio se difundió con rapidez en Hispano América; y el nombre de Rubén Darío ocupó muy pronto el lugar que le correspondía entre los poetas españoles.

Una docena, o más, de poetas chilenos manifiestan en sus obras la influencia dominadora de este mago de la lira.

Y esta influencia no pudo menos de ser benéfica, como que rompió estrechos y antiguos moldes, y ensanchó el campo de la inspiración poética.

Con legítima satisfacción para nosotros, es fácil ver que aumenta de año en año el número de los jóvenes chilenos que cultivan con brillo este jénero literario.

Tardará, sin embargo, en nacer la poesía nacional; porque ella requiere un progreso extraordinario en la educación del pueblo.

El alma chilena está dividida: hay una sociedad culta, que se asemeja a todas las sociedades europeas; y numerosas clases de corta o ninguna fortuna que ofrecen rasgos característicos especiales.

Para que nazca la poesía chilena es necesario, que ella tenga ideales; y éstos no existirán sino cuando las diferentes capas de la sociedad lleguen a armonizar sus sentimientos, en la misma forma que se observa cuando los grandes conflictos ponen en peligro el porvenir de la Patria.

«La fuente genuina de toda poesía, escribe Eduardo Engel, es la canción popular.»

La novela en los últimos tiempos ha adquirido notable progreso en una de sus ramas: el cuento; pero no en todos, sino especialmente en aquellos que describen las costumbres del pueblo, ya en el campo, ya en la ciudad, en la cordillera o en las playas.

Estos cuadros, copiados del natural, revelan un estudio profundo de los sentimientos que mueven el alma de obreros y gañanes, arrieros y pescadores, capataces de minas e inquilinos acomodados, sirvientes domésticos y comerciantes al por menor.

Las clases incultas que componen la inmensa mayoría de nuestra sociedad, formadas desde antiguo por la mezcla de la sangre española con la sangre indígena, presentan caracteres propios, fáciles de describir, y muy interesantes, no sólo para las personas que gobiernan, sino para los ciudadanos, en general, a cualquiera categoría a que estos pertenezcan.

Tales son sin duda las causas de que haya adelantado en considerable modo el arte de componer cuentos populares.

El iniciador de este género fué el costumbrista Vallejo, en los albores de nuestra moderna evolución literaria.

No faltaron jóvenes que pretendieron imitar al maestro; pero es necesario llegar hasta don Alberto Blest Gana para descubrir otro observador tan fino y sagaz como aquel de las costumbres nacionales.

Moisés Vargas, en sus *Lances de Noche Buena*, Román Vial, en algunas de sus picantes narraciones, y Barros Grez, en *El huérfano*, pertenecen a la misma escuela.

Los Talaveras de Brieba revelan en su autor especiales dotes, que no ejercitó, para el cultivo del cuento chileno.

No sería permitido olvidar en esta lista el nombre de Daniel Riquelme, cuyos *Chascarrillos Militares* tienen por tema las aventuras y hazañas de nuestros soldados en la guerra de 1879.

Don Vicente Pérez Rosales, por fin, en sus *Recuerdos*, que por primera vez aparecieron en 1882, en *La Epoca* de Santiago, supo describir a los *huasos* de nuestro país con inimitable colorido.

Transcurrieron algunos años en que no hubo cuentistas afortunados; pero desde comienzos del actual siglo la vida del roto, sus fiestas tristes y alegres, sus miserias y grandezas, han sido descritas con tal arte que llenan una sección importante de las letras chilenas.

Las obras de Baldomero Lillo, *Sub-Terra* y *Sub-Sole;* de Rafael Maluenda, *Escenas de la vida campesina* y *Los ciegos;* de Federico Gana, *Días de campo;* de Guillermo Labarca, *Al amor de la tierra;* de Joaquín Díaz Garcés, *Páginas chilenas;* de Fernando Santiván, *El crisol* y *La hechizada;* de Mariano Latorre, *Cuna de cóndores;* y de Manuel Jesús Ortíz, *Cartas de la Aldea* y *El maestro*, constituyen una colección de libros genuinamente nacionales de alto valor.

Se ha censurado a algunos de estos autores por el agrado y el empeño con que parecen narrar escenas de lujuria; pero en realidad no hay motivo para ello.

Las costumbres populares de todos los países son groseras, y las chilenas no constituyen una excepción. Si existe el propósito de retratarlas, no deben omitirse aque-

llos lances que, a pesar de su carácter lascivo, dan idea exacta del grado de cultura de las clases proletarias.

No es en igual modo facil exhibir a la sociedad culta, cuya fisonomía actual se compone de rasgos francamente inciertos, propios de un país en formación.

Blest Gana escribió hace sesenta años notables novelas de esta especie; pero debe tomarse en cuenta el hecho de que entonces, de 1854 a 1864, nuestras clases altas conservaban muchos de los hábitos y preocupaciones coloniales, que causaron naturalmente honda impresión en el ánimo de un joven recién llegado de Europa.

Hoy se observa en los salones un cambio radical. Nuestras costumbres, nuestras recepciones, nuestras ideas y sentimientos, van colocándose cada día más cerca de lo que ocurre en las ciudades del Viejo Mundo.

Buenos Aires, invadida por la inmigracion española e italiana; Lima, con sus tradiciones seculares; Bogotá, de una adorable vida patriarcal, ofrecen sin duda mayor originalidad que nuestra capital.

Sería tesis insostenible, sin embargo, la de que en Santiago de Chile no se verifican sucesos dramáticos de crónica social dignos de constituir el enredo de una novela. Pero tampoco podría negarse que en una sociedad poco numerosa como la nuestra habría imprudencia y peligro en narrar esos lances, cuyos actores descubriría el público en el acto.

Esta es la explicación de la relativa esterilidad de los novelistas chilenos.

Después de Blest Gana, como se advirtió oportunamente, muy pocos de ellos han publicado obras merecedoras de aplauso.

Honrosa excepción es la de don Luis Orrego Luco, au-

tor de *Casa Grande*, que críticos de todos los colores han elogiado en términos satisfactorios.

Notas iguales o parecidas son aplicables al teatro de nuestros días.

Las piezas que atraen la atención con mayor fuerza son aquellas que ponen en escena a personajes del pueblo. En cambio, los cuadros de la alta sociedad, a más de la reserva con que son acogidos por la prensa, no consiguen el entusiasmo de los espectadores.

La pobreza de nuestro teatro se debe también, justo es advertirlo, a la escasez de actores chilenos. Puede afirmarse que ellos faltan en absoluto.

En Chile, por otra parte, no hay tradiciones teatrales, ni se ha estimulado debidamente el gusto del público por estos entretenimientos.

Las personas instruídas quedan satisfechas con leer o ver representar piezas europeas.

La importancia de la novela y del drama es, sin embargo, inmensa en los tiempos modernos; y, sin duda, estas obras llegarán a tenerla en el mismo grado en nuestra literatura cuando transcurran algunos años.

Como la poesía lírica, el drama y la novela ofrecen al alma las manifestaciones más puras del arte literario, y casi siempre exhiben interesantes escenas, dignas de estudio, para legisladores y estadistas.

Las letras coloniales invariablemente giraban al rededor de la guerra araucana, que era el más grave de los asuntos de gobierno.

El siglo XIX ante todo se preocupó de nuestra organización constitucional. En esta época, el periodismo y la historia fueron las ramas más cultivadas de las letras chilenas.

Puede afirmarse que las cuestiones sociales dominarán en el período que empieza. Para resolverlas con acierto será necesario que la historia continúe ofreciendo sus fecundas lecciones, a fin de que sean bien estudiados los problemas del presente. Con igual objeto, los políticos deberán prestar atento oído a la voz de los novelistas, dramaturgos y poetas.

INDICE DE MATERIAS

Páj.

I.—Revolución de la Independencia.—Don José Miguel Carrera. —Fundación de la *Aurora*.—Camilo Henríquez.—Don Juan Egaña y don Antonio José de Irisarri.—Don Manuel de Salas.—La *Gaceta del Rey* y su redactor fray José María de la Torre..... 3

II.—El periodismo en los primeros años de la República.—Don José Miguel Infante.—Don Melchor José Ramos.—Controversia política entre los partidarios y enemigos de don Bernardo O'Higgins.—Nacimiento de la Historia Nacional.—Don Manuel José Gandarillas.—El padre Guzmán.—Don Claudio Gay..... 18

III.—Fundación del Instituto Nacional en 1813 y su restablecimiento en 1819.—Alumnos sobresalientes: don José Miguel Varas y don Ventura Marín.—Influencia de los maestros extranjeros en el progreso literario; don Ventura Blanco Encalada, don José Joaquín de Mora, don Andrés Bello.—La primera poetisa chilena.—El Semanario de Santiago.—Residencia en Chile de numerosos escritores sudamericanos.—Polémica entre los argentinos Sarmiento y López, y los chilenos Vallejo y Sanfuentes..... 35

IV.—Don José Joaquín Vallejo.—Su retrato moral y su carrera política.—Pertenece a la escuela literaria de Larra, y posee originalidad y mérito propio.—Don Salvador Sanfuentes. —Imita a Mora en *El Campanario*.—Es el iniciador de la poesía descriptiva: *Inami o La Laguna de Ranco*.—Otras obras..... 55

V.—Progresos en la enseñanza pública.—El Seminario Conciliar de Santiago es separado del Instituto Nacional.—Se funda

Págs.

la Universidad de Chile.—Doble carácter de este establecimiento: académico y docente.—Don Andrés Bello fomenta el cultivo de la historia nacional y don Ignacio Domeyko el de las ciencias.—Fecunda labor de la Universidad..... 76

VI.—Don José Victorino Lastarria.—Sus maestros: Mora, Marín, don Andrés Bello.—Profesor de colegios particulares, y de legislación en el Instituto Nacional.—Se recibe de abogado. —Reseña de su carrera política: triunfos oratorios.—Cinco obras notables de derecho público.—Carrera literaria: funda periódicos y sociedades de bellas letras.—Cultiva casi todos los géneros.—Los *Recuerdos Literarios.*—Carácter de Lastarria..... 88

VII.—Paralelo entre Lastarria y Francisco Bilbao.—Autobiografía de este último.—Publicaciones de Bilbao en Chile, en el Ecuador, en el Perú, en París, en Bruselas y en Buenos Aires.— Principios dominantes en su espíritu.—Apreciación literaria sobre Bilbao.—Muere en la capital argentina a los 42 años de edad..... 106

VIII.—Don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui.—Estudian humanidades en el Instituto Nacional.—Libros históricos: *Descubrimiento y Conquista de Chile, Los Precursores de la Independencia de Chile, La Crónica de 1810, La Reconquista Española, La Dictadura de O'Higgins, El Terremoto del 13 de Mayo de 1647.*—Obras literarias: críticas, biografías y narraciones históricas.—*Vida de don Andrés Bello.—Acentuaciones viciosas.—Apuntaciones lexicográficas.* —Discursos parlamentarios.—Cuestiones de límites con Bolivia y Argentina.—Memorias sobre enseñanza.—Artículos de prensa..... 125

IX.—Don Diego Barros Arana.—Su educación en el Instituto Nacional.—Su entusiasmo por las investigaciones históricas. —Obras de la juventud.—Combate la política de don Manuel Montt.—Parte al extranjero.—Reune documentos y libros sobre la historia patria en la República Argentina, en Londres, en los archivos españoles y en París.—Es nombrado Rector del Instituto Nacional.—Sus grandes servicios a la enseñanza.—La *Historia General de Chile.*— Otros libros.—Carrera diplomática..... 143

X.—En la mitad del siglo XIX.—Revistas y amistades literarias. Don Benjamín Vicuña Mackenna.—Posee los rasgos esen-

Págs.

ciales del carácter irlandés.—Cinco períodos de producción literaria.—Crítica de sus obras históricas.—Viajes y carrera pública..... 168

XI.—La escuela conservadora.—Don Ramón Sotomayor Valdés.—Alumno del Instituto Nacional.—Su carrera de periodista.—Primer redactor de *El Ferrocarril* de Santiago.—Ministro Diplomático en Bolivia: sus estudios sobre esta República.—*Historia del Gobierno del General Prieto.*—Juicio de Barros Arana.—Condiciones literarias de Sotomayor Valdés.—Monseñor Eyzaguirre.—Se educa también en el Instituto Nacional.—Su *Historia Eclesiástica.*—Crítica de don Bartolomé Mitre.—Otras obras.—Monseñor Eyzaguirre como orador sagrado.—Sus viajes al extranjero.—El Colegio Pío Latino-Americano.—Muere frente a Alejandría, y es sepultado en el Mar Mediterráneo..... 187

XII.—Memorias y narraciones históricas.—Diccionarios biográficos.—Bibliografías.—Don José Zapiola: sus *Recuerdos de 30 años.*—Don Vicente Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado.*—Las memorias de Velasco sobre la revolución de 1891.—Sus revistas de la quincena de 1872 y 1873.—Importancia de la *Revista de Santiago* en estos años.—Chascarrillos militares de Riquelme.—Otras obras del mismo autor.—La bibliografía chilena de don Luis Montt.—Trabajos históricos de Frontaura Arana.—*Diccionario biográfico* y otros libros de Figueroa.—Investigaciones históricas de Rosales..... 207

XIII.—Durante el Gobierno de Bulnes, los emigrados argentinos contribuyen a trasformar la prensa política.—Redactores chilenos en *El Mercurio* de Valparaíso: don Santiago Godoy, don Ambrosio Montt, Blanco Cuartín.—Don Juan Pablo Urzúa funda *El Ferrocarril.*—Los Arteaga Alemparte.—*La Patria* de don Isidoro Errázuriz.—*El Independiente* y *Los Debates.*—Don Zorobabel Rodríguez.—Don Máximo R. Lira.—Caracteres del periodismo en la pasada centuria..... 234

XIV.—Don José Victorino Lastarria es el fundador de la oratoria parlamentaria en Chile.—Otros oradores del Congreso de 1843: don Antonio García Reyes, don Antonio Varas, don Manuel Antonio Tocornal, don Francisco de Paula Taforó, don Juan Bello.—La oratoria forense progresa conjuntamente con la parlamentaria.—Nuevos oradores: don Ma-

Págs.

nuel Antonio Matta, don Domingo Santa María, don Ambrosio Montt, don Manuel J. Irarrázaval, don Justo y don Domingo Arteaga Alemparte, don Pedro León Gallo, don Guillermo Matta, don Isidoro Errázuriz, don Zorobabel Rodríguez, don José Manuel Balmaceda y don Carlos Walker Martínez.— Oradores sagrados.— Obras didácticas.— Crítica literaria..... 265

XV.—El romanticismo en Chile.—Don Andrés Bello manifiesta su entusiasmo por Víctor Hugo, por Lord Byron y por Dumas. —La mayoría de nuestros poetas se inspiran en la Escuela romántica.—Don Hermógenes Irisarri.—Don Eusebio Lillo.—Don Guillermo Blest Gana..... 294

XVI.—Don Guillermo Matta.—Don José Antonio Soffia.—Don Víctor Torres Arce.—Don Pablo Garriga..... 320

XVII.—Poetas académicos.—Don Domingo Arteaga Alemparte.— Don Adolfo Valderrama.—Don Martín José Lira.—Don Eduardo de la Barra.—Don Pedro Nolasco Préndez..... 371

XVIII.—Debilidad de inspiración en los poetas chilenos.—Diversos géneros de poesía popular.—Sus rasgos esenciales.—Don Juan Rafael Allende.—Don Carlos Pezoa Véliz..... 420

XIX.—El drama nacional empieza a ser cultivado con buen éxito en el siglo XIX.—Predominio del romanticismo.—*Los Amores del Poeta* y *El Tribunal del Honor*.—*Juana de Nápoles*. —Dramas patrióticos.—Comedias y dramas de costumbres. —*Por amor y por dinero*.—Juicio sobre las poesías líricas de don Luis Rodríguez Velasco.—Dramas de don Víctor Torres Arce.—*Una mujer de mundo*, por Fernández Montalva..... 451

XX.—Obras dramáticas de don Daniel Barros Grez.—Don Valentín Murillo.—Teatro Popular.—Don Román Vial.—Don Juan Rafael Allende.—Don Carlos 2.º Lathrop..... 489

XXI.—El primer ensayo de novela publicado en Chile.—*El inquisidor mayor*, de don Manuel Bilbao.—Don Alberto Blest Gana.—Recuerdos de su infancia.—Historia de su educación.—Novelas escritas por él en Santiago.—Carrera administrativa y carrera diplomática.—Novelas compuestas en París.—Otros trabajos literarios de Blest Gana..... 514

XXII.—Corto número de novelistas chilenos en el siglo XIX.—Don Daniel Barros Grez.—Don Valentín Murillo y don Moisés Vargas.—Don Vicente Grez.—La novela por entregas: don

Págs.

Martín Palma, don Liborio E. Brieba y don Ramón Pacheco 569

XXIII.—Escuela literaria formada en los colegios eclesiásticos.—Establecimiento de la Congregación de SS. CC. y restauración de la Orden de San Ignacio.—Reformas introducidas en el Seminario Conciliar.—*La Estrella de Chile.*—Ojeada sobre esta revista.—Algunos de sus colaboradores: Solar, Ballesteros, Gumucio, Morla, Muñoz Donoso, Vergara Antúnez, Vicente y Carlos Aguirre Vargas, Mandiola, Prieto del Río y Espiñeira 605

XXIV.—Observaciones generales sobre las letras chilenas en el siglo XIX.—Nuevos rumbos.—Evolución del periodismo y de la oratoria parlamentaria.—Influencia de don Pedro Antonio González y de Rubén Darío en la poesía lírica.—Porvenir de la novela y del teatro dramático 642

CORRECCIÓN

Página 299. Se lee que D. Hermógenes Irisarri representó a Chile en las repúblicas de Centro-América. En verdad, sucedió lo contrario: representó a Guatemala en la República de Chile.